

REFLEXIONES SOBRE LA REVOLUCIÓN CHILENA

JESÚS SÁNCHEZ RODRÍGUEZ

INDICE

Introducción	4
Los principales actores políticos de la revolución chilena	6
El Partido Comunista de Chile	6
El Partido Socialista	18
El MAPU	30
El Movimiento de Izquierda Revolucionaria	34
La situación de partida en Chile	40
La situación económica	40
La estructura social	45
El sistema político	48
Condiciones que hicieron posible la victoria electoral de Allende	55
El proceso de construcción de la Unidad Popular	55
El Programa de la Unidad Popular	60
Situación previa a la victoria	64
Entre la victoria electoral y la proclamación como Presidente de Allende	68
La vía chilena al socialismo	73
Enfrentamiento entre revolución y contrarrevolución	84
Propuestas de periodización sobre el gobierno de la Unidad Popular	84
Las transformaciones económicas del gobierno de la Unidad Popular	88
Las variables del entorno exterior	98
La política de la oposición	109
Análisis interno de la Unidad Popular	121
Tres temas importantes en la experiencia de la Unidad Popular	141
El problema de la alianza con la clase media	141
El poder popular	149
La política militar	169
Las vías enfrentadas en la UP y el fracaso de la experiencia chilena	190
Comparación con el eurocomunismo y la revolución bolivariana	217
La vía chilena al socialismo y el eurocomunismo	219
La vía chilena al socialismo y la revolución bolivariana	228
Abreviaturas empleadas	249
Bibliografía	251

INTRODUCCION

“un proceso como el que viviéramos no puede dejarse simplemente de lado con el paso de los años, o recluirlo a un papel secundario de referencia apologetica en la oratoria de cualquier demagogo. En nuestra responsabilidad extraer de él todas sus enseñanzas, juzgarlo con la más descarnada actitud crítica y autocrítica y avanzar así en el salto teórico que necesitamos para emprender las nuevas fases de lucha”¹

No es nada fácil justificar por qué más de 30 años después del trágico final de la experiencia del gobierno de la Unidad Popular se debe hacer otro análisis de ella, sobretodo cuando abundan los realizados sobre este tema por actores directos del mismo o por estudiosos impulsados de distintas motivaciones. Quizás una justificación sean las palabras de Pedro Vuskovic con las que se abre esta introducción, no dejarlo en el olvido volviendo a reflexionar, por enésima vez, sobre el tema; quizás también sirva de justificante reflexionar en comparación con otras experiencias que se han planteado la problemática de la vía pacífica o democrática o político-institucional, ya que muchas veces se actúa como si nos enfrentásemos a problemas inéditos, como si la historia de muchas experiencias no existiese para arrojar luz a multitud de preguntas que no son nuevas.

La experiencia chilena tiene un interés en sí misma, no necesitando que otros acontecimientos reclamen su atención, pero no cabe duda que el actual ciclo por el que atraviesa América Latina ayuda a resaltar su interés. Vuelven a aparecer en escena procesos que mezclan las luchas populares y los accesos al poder por vía electoral de fuerzas que más o menos fielmente representan a los protagonistas de esas luchas. En el último capítulo utilizaremos uno de esos procesos, el venezolano, para intentar una comparación a pesar de las diferencias.

Si estas experiencias actuales se inclinasen definitivamente por orientarse al socialismo persistiendo en la vía institucional, entonces las reflexiones sobre la revolución chilena cobrarían mayor interés y actualidad, aún teniendo en cuenta las enormes diferencias que las separan en muchos aspectos, que hacen aparecer estos pocos más de treinta años como una enorme brecha temporal.

Entiendo que en el análisis se deben establecer dos objetos diferentes de estudio, aunque evidentemente estén totalmente engarzados. El primero sería las condiciones concretas que posibilitaron que una coalición de izquierdas, con un programa claramente orientado a la transformación socialista pudiese alcanzar el gobierno para iniciar los cambios. La importancia de un estudio de este proceso viene dada por lo infrecuente de esta situación, ya que si bien se puede hablar de otras alianzas electorales en otros momentos y lugares (los frentes populares, la unión de izquierda, etc.), ninguna inauguró un proceso de transformaciones estructurales orientadas al socialismo utilizando la vía político-institucional, que es lo definitorio del caso chileno. El segundo, es el estudio del proceso en sí mismo, su desarrollo, la posición de las distintas fuerzas y actores, la composición social y el entramado político en el que se desenvuelve, las estrategias utilizadas en cada caso y por cada protagonista, las realizaciones, las limitaciones y los obstáculos que tuvieron lugar.

¹ Pedro Vuskovic, Una sola lucha, IEPALA; Madrid, 1978, pág. 98

A tanta distancia temporal y geográfica de la experiencia chilena es evidente que el estudio solo puede hacerse a través de fuentes secundarias. Efectivamente, la mayoría de los documentos utilizados han sido escritos por protagonistas directos de los acontecimientos, algunos de ellos hechos a partir de un análisis sofisticado, otros más rudimentarios, pero no por ello menos importantes. También se han consultado estudios de interesados en el tema que no tuvieron protagonismo directo en el drama. Nada nuevo en el método empleado para estudiar fenómenos sociales o políticos con una cierta perspectiva de tiempo. El estudio no tiene por objeto, pues, descubrir algo totalmente novedoso de aquella experiencia, su objetivo es más modesto, utilizar las distintas reflexiones existentes y contrastarlas, utilizando más que un orden cronológico, uno temático, con el pretendido objetivo de iluminar más intensamente algunas de los temas y problemas más importantes como fueron, por ejemplo, el problema militar, el poder popular, o, las vías enfrentadas en el seno de la izquierda. Si acaso alguna parte pueda ser novedosa, es la contenida en el último capítulo, donde se ensaya un intento comparativo con otras dos experiencias, una coetánea, el eurocomunismo, y, otra más actual, la revolución bolivariana que vive actualmente Venezuela.

Solo añadir algo que sí es relativamente nuevo en relación con el acceso a las fuentes, las posibilidades inmensas que abre para este tipo de investigaciones Internet, pues, como podrá comprobarse, se utilizan generosamente estas fuentes que son, en el caso chileno, bastante abundantes. Finalmente es necesario aclarar en el tema de las fuentes, que las utilizadas se ubican de forma abrumadoramente mayoritaria en el campo de la izquierda.

En cierto modo el método utilizado se puede considerar comparativo, no tanto porque lo sea entre diversos casos similares, a lo que se dedicará el último capítulo, sino porque lo hace entre distintas interpretaciones del mismo caso. Pero no es la intención hacer una simple recopilación de citas, sino utilizarlas, en un argumento que tiene su propia visión, para contrastar opiniones y análisis con objeto de realizar un acercamiento más complejo.

Porque la cuestión es que no hay una interpretación única de lo acontecido y, precisamente, este será uno de los hilos claves que servirá de guía al relato, la contraposición en un caso histórico concreto de las dos maneras fundamentales, más allá de muchos matices, con las que la izquierda ha pretendido históricamente resolver la cuestión de la transición al socialismo, para decirlo con el lenguaje más empleado por los actores chileno, la vía gradualista o la vía rupturista.

LOS PRINCIPALES ACTORES POLÍTICOS DE LA REVOLUCIÓN CHILENA

En el período de gobierno de la UP hubo una constelación de fuerzas políticas y sociales que actuaron en diferentes direcciones y con distinto peso. Entre las sociales podemos identificar a la CUT, los pobladores, las distintas organizaciones patronales, etc.; y, entre las políticas podemos distinguir a la izquierda que formaba parte de la UP, a la izquierda fuera de la UP, y a las fuerzas de derecha que se opusieron al proyecto del gobierno popular y que van desde posiciones moderadas iniciales como la DC a la extrema derecha violenta como Patria y Libertad.

Sin embargo, dado el objeto de este estudio, nuestra atención se va a centrar en cuatro actores políticos principales de la izquierda, tres formando parte de la UP y otro exterior a la coalición, por ser los que sustentan los principales proyectos transformadores durante la revolución chilena y los que, con su actuación, modelan la dinámica del proceso, bien a través de la acción gubernamental, o a través de otros actores sociales como sindicatos, pobladores o Cordones Industriales.

EL PARTIDO COMUNISTA DE CHILE

El primer actor colectivo que vamos a estudiar es el Partido Comunista de Chile. Podemos adelantar algunas de las características que distinguen a este Partido en relación con otros Partidos Comunistas del mundo. En primer lugar su forma de nacimiento, pues al contrario que la generalidad, su origen no se encuentra en la escisión de un PS preexistente, sino que tiene un origen autónomo y anterior a éste. En segundo lugar es necesario mencionar su larga línea política basada en la conquista del poder no por medios insurreccionales, sino a través de las instituciones democráticas del Estado burgués, línea que se combina perfectamente con su adhesión inquebrantable a la Unión Soviética de la que no se apartaría en ningún momento. En tercer lugar, es de destacar su política de alianza con el Partido Socialista durante un largo trayecto de su existencia, en concreto desde 1958 hasta mediados de los 80, que a pesar de estar salpicada de desencuentros, sin embargo, es la base del triunfo final presidencial de 1970. Esta política de alianza política tiene su reflejo en la unidad sindical conseguida con la CUT en 1953.

El antecedente inmediato del PC CH se encuentra en el POS, fundado en mayo de 1912 por quién es una de las figuras carismáticas del movimiento obrero chileno, Luis Emilio Recabarren. Se trata de la primera expresión política del proletariado chileno y adolece de la inmadurez de las primeras experiencias. Será en 1920, en su tercer Congreso, cuando el POS autoriza a su máximo órgano directivo a iniciar los trámites para su adhesión a la III Internacional y decide pasar a llamarse Partido Comunista a partir del momento de su aceptación por la Komintern. Pero sería en su IV Congreso, en 1922, cuando se declaró la fundación del Partido Comunista, siendo éste su primer Congreso como tal. Fue uno de los primeros creados en América Latina y uno de los más importantes. El PC nace en Chile, pues, como estricta continuación del POS y no a partir de la escisión de un PS preexistente, pues

éste se organizará más tardíamente como expresión política de carácter nacional, y, como veremos, también con unas características muy peculiares.

Una primera síntesis de las diversas etapas de la evolución del PC de Chile es la propuesta por Américo Zorrilla, uno de sus dirigentes históricos: La primera etapa abarcaría desde la fecha de su nacimiento en 1922 y terminaría hacia 1932, pasada ya la represión de Ibáñez, y vendría marcada por tres hechos que dificultan el crecimiento del partido:

“El primero fue la existencia de fracciones, grupos con influencia anarquista o, después, con mucha fuerza, grupos trotskistas. El segundo es la muerte de Recabarren, hecho trágico y lamentable(...) Finalmente, está la dictadura de Ibáñez, hecho gravísimo, porque se puso a todo el movimiento popular fuera de la ley”²

Sin embargo, y a pesar de estas dificultades, el autor indica que el partido avanzó notablemente y adoptó las normas leninistas de organización.

La segunda etapa sería la correspondiente al período de la amenaza del fascismo en el mundo y, en consecuencia, de la impulsión de los Frentes Populares por la IC:

“nuestro partido acoge el llamado de la Internacional y empiezan a producirse cambios en su espíritu: se orienta, en primer término, a sacudirse del sectarismo que en algún grado tenía y se propone trabajar por la constitución del frente único antifascista, que en Chile se expresa en la formación del Frente Popular”³

Lo que define a la tercera etapa es la estrategia del PC de Chile por conquistar un gobierno popular que tiene su punto de arranque con la elección presidencial de 1952 apoyando la candidatura unitaria de Salvador Allende:

“(...)puede definirse como el período en que el Partido se convierte en el creador de una alianza que poco a poco se va configurando como una fuerza capaz de ganar el Gobierno(...) primero se forma el Frente del Pueblo, después el Frente de Acción Popular, FRAP, para culminar con la Unidad Popular”⁴

La cuarta etapa cae ya fuera del objeto de este estudio y comienza “con el golpe fascista de Pinochet”.

Desde un punto de vista diferente Nicolás Miranda⁵ va dividir la historia del PC de Chile en cinco grandes períodos:

“1) el período de la gestación y fundación; 2) el período de la llamada bolchevización; 3) el período centrista; 4) el período de la estrategia de conciliación de clases puesta en acción; 5) el período de la estrategia de la conciliación de clases ante la prueba decisiva de la revolución.”

Para este autor lo más significativo de la fundación del PC de Chile es que con ella el nuevo partido se adhería a la “estrategia de los revolucionarios en la época imperialista: la lucha por la dictadura del proletariado.”⁶

Sin embargo, en su nacimiento el PC de Chile adolecía de algunas importantes debilidades⁷:

² Equipo periodístico de la revista Araucaria, “Sesenta años del Partido Comunista de Chile. Mesa redonda con su Comisión Política”, Araucaria, Primer trimestre 1982, N° 17, pág. 28

³ *Ibíd.*, pág. 29

⁴ *Ibíd.*, pág. 29

⁵ Miranda, Nicolás. “Historia Marxista del Partido comunista de Chile (1922-1973),” Presentación, http://www.clasecontraclase.cl/libro_PC.php (15 Octubre 2005)

⁶ *Ibíd.*, Primera Parte

“1) La falta de una estructura organizativa de tipo leninista 2) La falta de una teoría marxista elaborada y asimilada sólidamente 3) Las difusas fronteras entre el partido y los sindicatos 4) Una orientación política general de carácter sectario por aplicación de las tesis de la IC de Frente Único Proletario hasta 1933.”

Para Miranda⁸ todo ello hace llevar al PC de Chile una línea incoherente: informado por una estrategia revolucionaria, la de la dictadura del proletariado, sin embargo, sus tácticas y políticas son reformistas, de colaboración con sectores de la burguesía que considera progresistas frente a los sectores reaccionarios.

Entre 1924 y 1927 se produce la bolchevización definitiva del PC de Chile que se plasma en los nuevos Estatutos aprobados en su V Congreso de 1927 por los que se adopta la forma de organización y trabajo que la IC impulsa en todas sus secciones adheridas.

En marzo de 1927 el partido pasa a la clandestinidad, poco antes de iniciarse la dictadura de Ibáñez que pone al PC de Chile al borde de su desaparición, que durará hasta 1931 en que es derrocado Ibáñez. En el período que va de la caída de Ibáñez a la formación del Frente Popular en 1938, el partido oscila entre las actitudes ultraizquierdistas y la política de colaboración de clases y pasa por una grave crisis interna con la escisión de un sector afín a las tesis del trotskismo en 1933.

En julio de 1933 el PC de Chile da un giro a su estrategia en una Conferencia Nacional pasando de la estrategia de la revolución socialista, con la instauración de una dictadura del proletariado basada en los soviets, a una estrategia de la revolución democrática burguesa basada en alianzas de clase que permitan construir frentes amplios:

“Esta tesis planteaba que la revolución chilena en lo inmediato no era socialista sino que democrático burguesa, agraria y anti-imperialista. Por lo tanto las tareas más importantes eran las de terminar las modernizaciones capitalistas -a través de la industrialización- y realizar alianzas con todos los sectores dispuestas a cumplir con esta labor (fundamentalmente obreros y campesinos).”⁹

Para Miranda:

“El significado de esta caracterización y de esta nueva definición estratégica, es de fundamental importancia: la burguesía nacional se convirtió en el principal aliado del proletariado, ya que su tarea no es la lucha por la revolución socialista y la dictadura del proletariado basada en soviets sino el desarrollo del capitalismo, y luchar juntos, la burguesía nacional y el proletariado para enfrentar y derrotar a los tres principales enemigos de Chile y su pueblo: el imperialismo estadounidense, el latifundio y la oligarquía nacional”¹⁰.

Con ello se dio por superada la fase ultrizquierdista y sectaria del partido y se adoptaba otra línea de carácter moderado que duraría sin solución de continuidad hasta los 80 - cuando el PC adopte, en plena dictadura, la política de rebelión popular, que contemplaba la utilización de todas las formas de lucha, incluida la violencia aguda - y que buscaba, además, convertir al PC en un partido de masas.

La política del Frente Popular es adoptada por el VII Congreso de la IC en 1935 para hacer frente al ascenso fascista en Europa y sus tres grandes realizaciones van a tener lugar en Francia, España y Chile. El PC de Chile va a seguir la orientación de la IC, una vez que el terreno había sido preparado por la Conferencia

⁷ Ibíd., Primera Parte

⁸ Ibíd., Primera Parte

⁹ Álvarez Vallejos, Rolando. Desde las sombras. una historia de la clandestinidad comunista (1973-1980), pág 49, Tesis para optar al grado de Magister Artium, mención Historia. <http://jjcc.cl/biblioteca/libros/UNIVERSIDAD DE SANTIAGO DE CHILE.zip> (20 Septiembre 2004)

¹⁰ Miranda, Nicolás. op. cit., Tercera Parte

de 1933, y se lanza a una ofensiva política para levantar el Frente Popular apoyándose en cuatro ideas centrales:

*“1) impedir el desarrollo del fascismo; 2) parar a la derecha; 3) unir a la clase obrera con las clases medias; 4) impulsar la liberación nacional, lo que significaba el desarrollo de la industrialización y modernización del país”.*¹¹

Las medidas que componen el programa del Frente Popular son propuestas de carácter progresista que no se plantean de ninguna manera alcanzar el socialismo, incluso la reforma agraria, contenida en un principio, es abandonada para evitar la ruptura de los terratenientes radicales. La fuerza principal del gobierno del Frente Popular es el Partido Radical, acompañado de socialistas y democráticos, pero sin participación comunista que quieren evitar dar la impresión de un gobierno comunista a la primera vez que la izquierda accede en Chile a la Presidencia.

Sobre la duración de este período de Frente Popular Luis Vitale estima que comprende desde el gobierno de Aguirre Cerda entre 1938 y 1941 hasta el primer año de gobierno de González Videla (1945) “aunque desde la presidencia de Juan Antonio Ríos, la combinación no se llamó Frente Popular sino Alianza Democrática, y no siempre el PS apoyó a los presidentes radicales”¹²

Sobre su significado dirá uno de los principales dirigentes del PS que con su victoria

*“culmina el proceso de ascensión de la clase media al poder, iniciado en 1920. Ahora logra esta clase su misión merced al concurso que le prestan los nuevos y pujantes partidos obreros de filiación marxista”*¹³

El pacto nazi-soviético puede resultar contradictorio al PC de Chile pero no modificará su inquebrantable adhesión a la URSS, que durará hasta su disolución. Como en otros PPCC del mundo la invasión alemana de la Unión Soviética, si bien plantea un peligro para la existencia de la patria del socialismo, también sirve para devolver a los comunistas a su trayectoria anterior, y el PC de Chile propone, siguiendo la misma línea de otros partidos hermanos, el establecimiento de una alianza más amplia que la del Frente Popular con su extensión por la derecha, es la política de Unión Nacional.

Esta línea política frentepopulista seguida por el PC de Chile le va a resultar rentable en lo inmediato. Efectivamente, en 1945 se ha convertido en un gran partido, y tras el apoyo a González Videla ese año y la obtención de un 17% de votos en las elecciones parlamentarias de 1947, consigue tener tres ministros en el gobierno. Pero su propia potencia y el comienzo de la guerra fría, que impone un claro realineamiento de las alianzas ahora contra los comunistas, hacen que el PC de Chile sea primero expulsado del gobierno, tras cinco meses de presencia, y luego declarado ilegal con la Ley de Defensa Permanente de la Democracia en septiembre de 1948, iniciando la segunda etapa de clandestinidad de su existencia, situación que se prolongará hasta 1958 cuando es derogada la ley bajo la presidencia de Ibáñez. La conclusión de Alonso Daire T. es la de que “el Frente Popular había fracasado”¹⁴,

¹¹ Ibíd., pág. Cuarta Parte

¹² Vitale, Luis. *Interpretación marxista de la historia de Chile*, t.6, pág. 178, http://mazingersib.uchile.cl/repositorio/lb/filosofia_y_humanidades/vitale/obras/svs/bchi/a/t6.pdf, (30 Septiembre 2003)

¹³ Almeyda, Clodomiro. *Obras escogidas 1947-1992*. Compilador Guarani Pereda. I, pág 9, <http://www.salvador-allende.cl/Biblioteca/Caml.pdf>, (14 Agosto 2004)

¹⁴ Alonso Daire T., “La política del Partido Comunista desde la post-guerra a la Unidad Popular”, en *El Partido Comunista en Chile. Estudio multidisciplinario*, Augusto Varas (comp.), pág. 145. Santiago: CESOC, 1988., http://www.memoriachilena.cl/mchilena01/temas/documento_detalle.asp?id=MC0016913, (31 Marzo 2005)

aduciendo que en lo político no había alcanzado a democratizar la sociedad chilena, lo que va a rematar la exclusión del PC del sistema político en 1948; y en lo económico se agotó el proyecto de modernizar la economía chilena. Los beneficios que quedaron de esta experiencia solo lo fueron en educación y salud para una gran mayoría de chilenos.

La política que seguirá el PC de Chile en estas circunstancias es la de repliegue combativo con dos tendencias en su seno que buscan ambas el derrocamiento de González Videla, una minoritaria sostenida por Luis Reinoso orientada a la lucha armada y con el objetivo de implantar una democracia popular, y otra mayoritaria sostenida por el Secretario General, Galo González, que se basa en el Programa de Emergencia para poder unificar las fuerzas de oposición y realizar la revolución democrática-burguesa. En el enfrentamiento abierto entre ambas tendencias, el “reinosismo” es finalmente expulsado del partido, quedando como un recuerdo traumático.

En 1952 el PC de Chile va a establecer en su novena Conferencia Nacional una línea política que le orientará hasta 1973, el Frente de Liberación Nacional, que como apunta Álvarez Vallejos:

*“Nuevamente en ella está presente la tesis de un "gobierno de coalición amplia" que fuese capaz de cumplir las "tareas de la revolución democrático burguesa". Si bien la similitud con las posturas enunciadas antes, las particularidades estaban dadas por tres puntos: el tipo de la alianza con la burguesía y con qué burguesía aliarse; alianza con hegemonía obrera ya no burguesa (como había ocurrido con el Frente Popular) y que la vía de la revolución chilena cursaría por medios pacíficos”.*¹⁵

Alonso Daire sitúa en un doble origen esta política. El primero se sitúa en la coyuntura nacional, en la que el PC se encuentra en la ilegalidad; el segundo, deriva del análisis que se hace del período a nivel internacional con la guerra fría y el impulso del movimiento por la paz desde el Movimiento Comunista Internacional. Para el PC un gobierno de liberación nacional es un gobierno de amplia coalición para dar cumplimiento a las tareas de la revolución democrático-burguesa. Efectivamente, continúa este autor, la nueva visión de las alianzas del PC con el FLN se basa en una autocrítica de las alianzas anteriores. Ahora se habla de alianzas con hegemonía de la clase trabajadora, y se aluden a tres condiciones para evitar que la inestabilidad de la pequeña burguesía y la burguesía nacional terminen llevando a la derrota: la unidad socialista-comunista, la unidad de la clase obrera y una sólida alianza obrero-campesina.

En relación con el aspecto de la vía pacífica al socialismo, ésta será oficializada en el X Congreso que el partido celebra en abril de 1956, aún en la clandestinidad. No se puede negar que esta orientación había existido en el PC de Chile desde mucho antes, pero tampoco es posible pasar por alto que dos meses antes se había celebrado el XX Congreso del PCUS, que tanta importancia tuvo para el conjunto del movimiento comunista, y que una de sus más importantes resoluciones fue la aceptación de la vía pacífica al socialismo. Así pues, es posible concluir que su oficialización por el PC de Chile fue consecuencia de su previa aceptación por el PCUS.

Corvalán niega esta relación no solo por que esta vía ya formaba parte del PC CH anteriormente, sino por diferentes matices que argumenta:

¹⁵ Álvarez Vallejos, Rolando. op. cit., pág. 48

“Más aún, nos apartamos de la formulación hecha por el XX Congreso del partido soviético que vinculó la vía pacífica a la conquista de una mayoría parlamentaria a favor del socialismo. Nosotros sostuvimos que la vía pacífica no está obligatoriamente vinculada a las elecciones, que en ella lo fundamental es la lucha de masas, que se puede llegar pacíficamente al poder de distintas maneras y que, en el caso chileno considerábamos más probable acceder a él a partir de la conquista del gobierno en una elección de Presidente de la República. Sostuvimos, además, que esta vía no desaloja acciones de fuerza, violentas(...)y que, por eso mismo, para ser rigurosos, deberíamos llamarla vía no armada en vez de vía pacífica”¹⁶

Además en ese mismo año, un acontecimiento internacional viene a refrendar esa estrecha vinculación del PC de Chile con la URSS y su política exterior, al aprobar la intervención de ésta última en Hungría.

La vía pacífica es uno de los elementos básicos de la línea comunista aprobados en el X Congreso en el cual, como apuntan Tomas Moulian e Isabel Torres, “se consolidaron los cambios que venían germinando desde la IX Conferencia de 1952 y que condujeron a la elaboración en 1955 de un nuevo programa”¹⁷

Los otros dos elementos serían “la ratificación del carácter pre-socialista de la etapa inmediata de la revolución chilena, definida como antiimperialista, antioligarquica y democrático-popular”, y, la ratificación de una política amplia de alianzas de clases cuya tesis principal era la colaboración con la llamada burguesía nacional. Esta línea se basaba en la manera como era presentada la contradicción principal en la sociedad chilena, en la que, según el PC, se oponían dos bloques, el del pueblo, concepto amplio que englobaba prácticamente a toda la sociedad salvo la minoría que formaba el bloque opuesto, que era la que concentraba el poder económico y el poder del Estado, es decir, los latifundistas y la burguesía monopólica.

En el análisis de estos dos autores, el PC da continuidad en el X Congreso a dos tesis claves mantenidas desde 1933, la de la necesidad de culminar las tareas de modernización y democratización en Chile con un papel especial de los partidos obreros en su dirección; y el corolario de esta tesis que es la confianza en el avance “hacia el socialismo a través de la profundización de la democracia, privilegiando la acción de masas y sin plantear ni la insurrección ni otras formas militares de lucha”

La vía pacífica al socialismo adoptada por el PC de Chile va a ser ratificada por su XII Congreso celebrado en 1962 con ocasión de la condena que se hace de las tesis del PC de China, y sin embargo va a seguir apegado a la política exterior de la Unión Soviética como demuestra palpablemente de nuevo el apoyo que la ofrece con ocasión de la invasión de Checoslovaquia. Esta vez la contradicción es profunda porque se está condenando un experimento, el del socialismo con rostro humano de Dubceck, que en teoría estaría más próximo a la vía y tipo de socialismo que parece proponer el PC de Chile que al existente en la URSS. Esta actitud contrasta con la de algunos de los PPCC que se van a inclinar por el eurocomunismo, como el PCE, que comprenden perfectamente la similitud con el experimento checoslovaco y la importancia que tendría su consolidación para presentar una imagen renovada del socialismo realmente existente frente a la imagen desgastada que presentan ya el resto de los regímenes socialistas. Pero esto es algo que no parece preocuparle demasiado al PC de Chile.

¹⁶ Corvalán, Luis. De lo vivido y lo peleado. Memorias, LOM Ediciones, Santiago de Chile, 1997, pág. 100

¹⁷ Moulian, Tomás y Torres D., Isabel. ¿Continuidad o cambio en la línea política del PC CH?, en *El Partido Comunista en Chile. Estudio multidisciplinario, Augusto Varas (comp.)*, pág. 145 Santiago: CESOC, 1988,, pag. 453, http://www.memoriachilena.cl/mchilena01/temas/documento_detalle.asp?id=MC0016918, (31 Marzo 2005)

El análisis que hace Corvalán de estos sucesos y de la posición del PC de Chile parte de reconocer los errores cometidos en la construcción del socialismo en Checoslovaquia y, asimismo, de mostrar comprensión y simpatía porque el PC checoslovaco se había hecho eco de las demandas de renovación y democratización que habían surgido en la sociedad. Pero, a partir de estos puntos pasa a descalificar la denominada primavera de Praga con el simplista argumento de que fue un intento de los medios reaccionarios para acabar con el socialismo, pasando por alto todo lo acontecido en el interior del propio PC checoslovaco. Y termina con una posición incoherente:

“los comunistas chilenos no asumimos las razones que invocaron los estados integrantes del Pacto de Varsovia que, con excepción de Rumania, decidieron enviar tropas a Checoslovaquia(...)Pero apoyamos la intervención diciendo que no se podía ‘podía permitir que las fuerzas reaccionarias reconquisten para el capitalismo a Checoslovaquia y a ningún otro país socialista’ ”¹⁸

La diferente línea estratégica del PC de Chile con su Frente de Liberación Nacional con relación al Frente de Trabajadores del PS le llevan a extraer conclusiones opuestas tras la derrota de Allende en 1964 frente al candidato del PDC, mientras los socialistas reafirman su estrategia de alianza exclusiva de trabajadores, el PC de Chile concluye con la necesidad de ampliar el FRAP para alcanzar el gobierno. Efectivamente, como apunta Alonso Daire¹⁹, el PC realiza un análisis tras la derrota que pone el énfasis en tres puntos: mantener la validez del programa del FRAP; evitar el sectarismo en la política a seguir hacia el gobierno de la DC, apoyándose siempre en las masas; e impulsar un movimiento popular activo. Pero el PC profundiza más en su línea y extrae una conclusión de la crisis de los partidos de centro-derecha y del carácter contradictorio de quienes apoyan a Frei: se ha creado una nueva correlación de fuerzas que ha dado lugar a un bloque por los cambios en Chile de composición heterogénea pero factible de actuar unido tras un programa. Su XIII Congreso (1965) profundizará en algunos de estos aspectos:

“en la necesidad de unir a un amplio contingente del pueblo; en la necesidad de concentrar esfuerzos frente al imperialismo y la oligarquía; y en poner a la clase obrera como centro de la unidad y motor de los cambios revolucionarios”.

La posición del PC frente al gobierno de la DC, basada en atraer a los sectores populares de ese partido, va a generar roces con el PS, que le acusa de estar dando un apoyo crítico no declarado al gobierno Frei.

Esta trayectoria es la que lleva a Corvalán a reivindicar un papel especial del PC en la experiencia de la UP:

“el PC CH fue el principal artífice de la Revolución Chilena. Tuvo el merito de vislumbrar la posibilidad de conquistar el gobierno por la vía no armada y de jugarse con todo tras el propósito de materializarla. Lucho incansablemente durante años y años, por la unidad de las fuerzas antiimperialistas y antioligarquicas alrededor de la clase obrera(...)Definió acertadamente el carácter de la revolución y la política de alianzas”²⁰

¹⁸ Corvalán, Luis. De lo vivido y lo peleado. Memorias, op. cit., págs. 110-111

¹⁹ Alonso Daire T., op. cit., pág. 216

²⁰ Corvalán López, Luis. El gobierno de Allende por dentro y por fuera, pag. 10, http://cep.cl/Cenda/Cen_Documentos/Varios/J_Arrate/Libro_Arrate_Rojas, (11 Octubre 2004)

La línea adoptada por el PC de Chile en el tema de las alianzas la mayor parte de su historia es resumida por Luis Corvalán²¹, en una entrevista hecha en 1982, en cinco rasgos principales: una visión muy amplia del concepto de alianzas; una predilección por forjarlas en los procesos de lucha; su realización en torno a un programa “que contemple los intereses no sólo de la clase obrera, sino de las diversas capas y/o clases sociales con las cuales hay que forjar la alianza”; y alcanzarlas a todos los niveles, principalmente en la base, pero no sólo allí.

El núcleo fundamental de su política de alianzas es la unidad de la clase obrera y por tanto con el PS de Chile, y a partir de este núcleo cree conveniente extender las alianzas:

“(...)con las capas no proletarias de la ciudad y el campo, con el campesinado en primer lugar, con las capas medias, y hasta con sectores de la burguesía, cuando objetivamente es posible que puedan tener algún grado de contradicción con el enemigo principal del momento”.

Después de la victoria de la UP, el PC de Chile sigue defendiendo su línea gradualista que incluye el intento continuo por alcanzar algún tipo de acuerdo con el PDC. Efectivamente durante el período de gobierno de la UP se van a poner a prueba la viabilidad de las tesis defendidas por el PC: vía pacífica, utilización de la institucionalidad para alcanzar los cambios, acuerdos con la DC, etc. Tendremos posteriormente ocasión de analizar el desarrollo de la política del gobierno de la UP y los análisis hechos con posterioridad sobre su derrota, incluidos los de los comunistas. Pero ahora, solo nos interesa señalar que el PC mantuvo, incluso en los momentos más adversos, lo que Alonso Daire denomina “cauce constitucional”, que venía a significar la fidelidad al programa de cambios de la UP realizados dentro de la legalidad, llevándole a enfrentamientos, dentro de la propia coalición, con quienes desde el principio no había compartido esa vía (sectores del PS) o con quienes se habían inclinado durante la evolución del proceso por soluciones de superación del marco institucional (MAPU, IC).

Ya tendremos ocasión de ver sus propias autocríticas, pero ahora constataremos que la defensa inquebrantable de su estrategia lo hizo con la conciencia del obstáculo que suponía el marco institucional vigente al desarrollo del proceso revolucionario. Como apunta Alonso Daire:

“el llamado ‘cauce constitucional’ del PC de Chile señala límites, aspiraciones, frustraciones y problemas. Su límite está en el impedimento que tiene en algunas instituciones para desarrollar el programa de la UP. Sus aspiraciones son cambiar y resolver los problemas de un aparato de Estado de tipo burocrático-burgués. Entre las frustraciones está la imposibilidad de hacer un cambio en el aparato del Estado, en el Estado de derecho, por cualquier vía, en una situación que hemos llamado de ‘empate catastrófico’(...)su problema mayor pasaba por la defensa del gobierno popular. Pero la emergencia de organismos de poder popular que se planteaban como alternativa, debilitaba – según el PC de Chile – al gobierno popular”²²

A la vista de la trayectoria seguida por el PC de Chile hasta el período de la UP y de los componentes que informan su línea política cabe interrogarse acerca de dos aspectos. El primero sería sobre la relación que la elaboración de esa línea política tuvo con el denominado movimiento comunista internacional en general y con la URSS en particular, dada la probada fidelidad del PC a la denominada patria del socialismo, es decir, establecer cuanto hay de elaboración autónoma de esa línea

²¹ Equipo periodístico de Araucaria, “Sesenta años del PC de Chile. Mesa redonda con su comisión política”, Araucaria, N° 17, 1° trimestre 1982, págs. 60-1

²² Alonso Daire T., op. cit., pág. 227

por parte del PC y cuanto de influencia de las vicisitudes del movimiento comunista internacional. El segundo aspecto giraría alrededor de la afinidad que pudiera tener con los partidos adscritos a lo que se conoció como eurocomunismo en la década de los 70 principalmente, pero no exclusivamente, en Europa. Estos partidos siguieron con interés y simpatía la experiencia del gobierno de la UP como una posible plasmación en la práctica de las tesis que defendían.

En relación con el primer aspecto, el de la influencia de la evolución del movimiento comunista y la URSS en la elaboración de la línea política del PC vamos a seguir el trabajo de Alonso Daire, cuya hipótesis central es la de que:

“la situación del movimiento comunista internacional y de lo que allí ocurría repercute e incide fuertemente en la implementación de las políticas autónomamente creadas por el PC de Chile siguiendo las líneas que aparecen centrales en el movimiento comunista internacional”²³

En un recorrido histórico de la línea del PC iniciado a partir de la adopción del FLN, este autor señala que éste tiene un origen tanto en las condiciones de la política nacional como en la propia evolución internacional del período (enfrentamiento dentro del contexto de la guerra fría, movimiento por la paz impulsado por el movimiento comunista), y aunque el carácter democrático-burgués de la revolución contenido en el FLN es anterior en el PC, sin embargo, no es política oficial hasta que no es sancionada previamente por el PCUS (XIX Congreso de 1951). Igualmente hasta después del XX Congreso del PCUS el problema de las alianzas no es objeto de un esfuerzo teórico.

El problema es similar con el tema de la vía pacífica, en el cual el PC inició de manera autónoma su adopción y desarrollo pero sin elevarlo a política oficial del partido hasta su X Congreso celebrado después del XX Congreso del PCUS y en el que dicha vía es aceptada por el partido guía.

Para Alonso Daire, de un lado hay una autonomía creadora del PC en el diseño de estrategias políticas y, de otro, el PC tienen una dependencia de las orientaciones del PCUS y del movimiento comunista (que no seguidísimo) que inciden en su elaboración interna, lo que al final produce una armonía entre ambos planos (las necesidades propias de la política nacional y las orientaciones emanadas del PCUS y el movimiento comunista). Como ejemplo de ello se mencionan la consigna de la lucha por la paz o la reivindicación de establecer relaciones comerciales entre Chile y el campo socialista.

A partir de 1957 el movimiento comunista entra progresivamente en crisis con motivo del conflicto chino-soviético en torno a la oposición del PC de China a dos grandes tesis del XX Congreso del PCUS, la vía pacífica y la coexistencia pacífica. Esto va a hacer que el tema de la vía pacífica se situó en el centro de la polémica en los años 60, con la especificidad en América Latina de que va a sumarse al impacto de la revolución cubana y la teoría del foco guerrillero defendida por Ernesto Che Guevara. La situación estimula al PC a profundizar teóricamente en la vía pacífica, como tendremos ocasión de ver más adelante. Ahora solo es preciso indicar que el PC rechaza la tesis china de las “dos piernas” que significa estar preparado simultáneamente para el desarrollo de la vía pacífica y de la vía armada. En cuanto al otro modelo de vía armada con influencia en América Latina, el proveniente del triunfo de la revolución cubana, el PC va a definir su posición partiendo del reconocimiento de la trascendencia histórico-universal de dicha

²³ Alonso Daire T., op. cit., pág. 185

revolución, pero descartando de plano la posibilidad de que sea trasladable mecánicamente la experiencia cubana al resto de América Latina.

Alonso Daire señala otros aspectos importantes del esfuerzo del PC por mantenerse dentro del esquema diseñado por el PCUS para América Latina. Tras el triunfo de la revolución cubana, la URSS elaboró nuevos conceptos como el de Estado Nacional Democrático, en el cual el liderazgo no debía corresponder al PC en particular, sino a las “fuerzas progresistas de la nación”, lo cual, y según esta perspectiva, debería haber llevado al PC CH a apoyar a la DC en 1964, sin embargo, su autonomía política nacional y su pacto con el PS evitó que se incorporarse a una amplia alianza progresista de centro, como si hicieron otros partidos comunistas de América Latina.

En relación con el segundo aspecto mencionado, el propio Corvalán²⁴ analiza los puntos de encuentro y las diferencias existentes entre el PC de Chile y los partidos eurocomunistas. Entre los primeros se encuentra la concepción de la vía pacífica o democrática, concebida en ambos casos:

“como un proceso revolucionario de masas, que debía ir más allá de la izquierda, agrupar a la mayoría ciudadana y desarrollarse en la lucha por los derechos del pueblo, por la defensa y la ampliación de las conquistas democráticas; pensábamos que era incorrecto identificarlo con un simple camino parlamentario y nos pronunciábamos categóricamente por construir, junto a las más amplias fuerzas progresistas, una sociedad socialista, con pluralismo político y en un Estado de derecho”.

Es el mismo Corvalán quien señala los puntos de diferencia fundamentales con el eurocomunismo. El primero era el rechazo del PC de Chile a las críticas que aquél hacía al “socialismo real” por acercarse al antisovietismo y beneficiar a los enemigos del socialismo. Sin embargo, termina diciendo Corvalán:

“Hoy a la luz del colapso de ese tipo de socialismo y de cuanto quedó al desnudo, no se puede menos que reconocer que, más allá de las exageraciones, abordaban [los eurocomunistas] problemas reales”.

La segunda gran diferencia estaría centrada en torno a la idea de la dictadura del proletariado que el PC de Chile seguía sustentando. Recuerda Corvalán que:

“Yo mismo la defendí apenas llegué a Moscú, en el mitin del teatro “Rossia” que se realizó el 4 de enero de 1977”.

Pero también en este tema rectificará Corvalán en el momento de escribir sus memorias:

“Pero pienso también que la expresión “dictadura del proletariado” no es acertada e induce a equívocos. Por eso coincido con el enfoque que Georges Marchais hizo sobre este problema en febrero de 1976, en su informe al 22 Congreso de su partido”.

Congreso en el que el PCF renunció oficialmente a la dictadura del proletariado.

Un estudio de Luis Corvalán Marquez²⁵ se centra en lo que considera tensiones entre la teoría y la práctica en el PC CH en los años 60 y 70. Porque

²⁴ Corvalán, Luis. De lo vivido y lo peleado. Memorias, op. cit., págs. 273-4

²⁵ Corvalán Marquez, Luis. “Las tensiones entre la teoría y la práctica en el Partido Comunista en los años 60 y 70”, en *Por un rojo amanecer. Hacia una historia de los comunistas chilenos*. http://www.memoriachilena.cl/mchilena01/temas/documento_detalle.asp?id=MC0016914, (31 Marzo 2005)

efectivamente salta a la vista la falta de coherencia entre la práctica gradualista que hemos visto que practicaba el PC CH y su adhesión sin fisuras a la ortodoxia marxista-leninista, lo que implicaba, entre otras cosas, su fidelidad inquebrantable en la URSS.

Corvalán Marquez hace un resumen de “una serie de hitos en la historia del PC verificados entre los 50 y los 70” que ilustran su visión gradualista. El primero sería su posición frente a la ley que lo declaraba ilegal en 1948, pues bien, en ese momento el PC CH expulsó a quienes propugnaban una versión temprana de utilización de todas las formas de lucha y se inclinó por reconquistar la legalidad apoyándose en amplias alianzas populares. El segundo sería el ya mencionado X Congreso donde oficializó su apuesta por la vía pacífica. Y el tercero sería su posición ante la revolución cubana, a la que apoyó pero nunca consideró como un modelo generalizable para América Latina.

Igualmente, prosigue este autor, durante el gobierno de la UP, el PC CH reafirmó en diferentes momentos esta línea, como se puede constatar en: 1) la primacía dada a la economía sobre la política como manera de ganar mayorías para el cambio, que le llevó a plantear la batalla de la producción en 1971 2) la voluntad por alcanzar un acuerdo con la DC que garantizase una mayoría social determinante en apoyo de las transformaciones realizadas 3) la apuesta por consolidar los cambios alcanzados antes de proseguir un avance más rápido que llevaría a un enfrentamiento frontal de clases en un momento determinado.

Corvalán Marquez apunta que esta disonancia cognitiva entre una teoría ortodoxa y una política innovadora del PC CH fue intentada ser superada por el partido con “dos argumentos, no del todo coherentes entre sí”. El primero consistía en reconocer que si bien las leyes que regían el paso del socialismo al capitalismo son universales en su contenido, sin embargo, en su forma, son nacionales, con particularidades en cada situación concreta. El segundo “proclamaba simplemente que los problemas eran concretos y prácticos y que, en consecuencia, no cabía detenerse en teoricismos”.

Al PC CH en realidad le faltó valor para teorizar las consecuencias de su larga política gradualista porque intuía, continua este autor, que ello le llevaría a enfrentarse con la ortodoxia marxista-leninista que profesaba y, seguramente, a reconsiderar sus relaciones con la Unión Soviética.

Una línea interesante de análisis, que no es posible desarrollar aquí, sería la de estudiar los factores que impidieron que un partido como el PC CH, que tenía una larga trayectoria gradualista, culminada en un éxito relativo con la victoria presidencial de 1970, no fuera capaz de extraer las consecuencias teóricas pertinentes que si extrajeron otros partidos comunistas europeos con menos experiencia práctica de poder. Es posible que la respuesta esté en el ambiente diferente de esas trayectorias, con un PC CH más presionado por un entorno más radicalizado (PS, MIR, revolución cubana) que le obligaba a mantener unas señas de identidad ideológica que le preservasen de los ataques izquierdistas. O, quizá, en la ausencia de un núcleo dirigente suficientemente dotado para enfrentar ese cambio teórico que lo reconciliase con su práctica política.

Vamos a mencionar solamente, por salir fuera del período temporal de este trabajo, las conclusiones que Corvalán Marquez extrae de la trayectoria del PC CH posteriores al golpe de Pinochet. Según él, la radicalidad de esta derrota provocaría una autocrítica general en el PC CH que le llevaría a reconciliarse con la ortodoxia teórica que le informaba y que culminaría en la política de Rebelión Popular adoptada en 1980. Tal rectificación práctica habría sido estimulada, además de por la

derrota, por diversos factores internos a Chile (institucionalización de la dictadura militar, etc.) e internacionales (revolución nicaragüense, etc.).

Pero, independientemente de que estas últimas son conclusiones no siempre compartidas por los estudiosos del PC CH, lo importante para Corvalán Marquez es que se terminó frustrando “la opción de desarrollar una teoría innovadora que partiera de la práctica histórica del movimiento popular chileno y de la del propio PC”.

En definitiva, a partir de las diferencias mencionadas se puede concluir que al PC de Chile no se le puede ubicar dentro de los partidos eurocomunistas. Estos últimos profundizaron teóricamente mucho más en los problemas planteados a los partidos comunistas que actúan en sociedades desarrolladas y con regímenes políticos liberal-democráticos, y llegaron a posiciones que el PC de Chile en aquellos momentos no asumió. Sin embargo, la única experiencia práctica en la que pudieron contrastarse algunas de las tesis de la vía democrática tuvo lugar en Chile. Ninguno de las dos, ni las tesis eurocomunistas, ni la experiencia chilena se saldaron exitosamente, pero ambas ofrecen importantes materias para la reflexión.

EL PARTIDO SOCIALISTA

El nacimiento del Partido Socialista de Chile es tardío no solo con respecto a otros partidos socialistas en el mundo, sino que, invirtiéndose la secuencia general en otras partes del mundo, su origen es posterior al PC de Chile, concretamente el 19 de abril de 1933.

Si las causas del nacimiento de los PPCC son claras, impulsar el proyecto revolucionario nacido con la victoria soviética frente al reformismo de la II Internacional y su hundimiento en la I Guerra Mundial, la aparición de un PS posterior a un PC parece que tendría que darse en clave reformista o moderada frente a éste. Pero no fue el caso del PS de Chile.

Diferentes dirigentes socialistas han sostenido que las causas que llevaron a la creación del PS se encuentran en el sectarismo del PC, que al seguir las orientaciones de la IC, sin ninguna vinculación con la realidad chilena, le habían hecho perder influencia real en las masas, con el agravante del traslado a su interior de las luchas intestinas entre stalinistas y trotskistas en la IC.

Para uno de sus principales dirigentes las causas fueron dos, la primera sería un vacío de dirección política en una situación de grave crisis mundial:

“Al iniciarse la década del treinta la gran masa de los trabajadores no obedecía a dirección política alguna. No la ubicaba ni en el P.C. ni en su escisión trotskista. La única entidad nacional sindical, la Foch, adherida también a la III Internacional, apenas si logra una precaria representatividad.

Las dramáticas exigencias planteadas por la crisis mundial, genera fragmentadas organizaciones en busca de una respuesta conduccional.”²⁶

Pero de ello se derivaría la creación de varias y dispersas organizaciones de carácter socialista. Entre 1931-2 van a aparecer cinco grupos de orientación socialista: La Nueva Acción Política (NAP), la Acción Revolucionaria Socialista (ARS), el Partido Socialista Marxista, el Partido Socialista Unificado y la Orden Socialista.

Será un acontecimiento impactante y efímero el que llevaría a unificarlas en una única organización: la República Socialista de junio de 1932. Fruto de una conspiración cívico-militar entre elementos socialistas como Eugenio Matte y el coronel Marmaduke Grove, su rápido fracaso se debió, entre otros factores, a la “escasa madurez doctrinaria en los reducidos cuadros revolucionarios, y la ausencia de un partido disciplinado y experimentado”²⁷, es decir, a la dispersión de los grupos impulsores de la iniciativa. Esta derrota y la represión posterior del gobierno de Alessandri servirían para catalizar las tendencias unitarias que darían lugar al PS de CH en abril de 1933.

Sobre su composición heterogénea en lo social e ideológico también son claros estos dos dirigentes socialistas. Así, Jobet indica que:

²⁶ Altamirano, Carlos, Dialéctica de una derrota I, <http://www.salvador-allende.cl>, pág. 5

²⁷ Jobet, Julio César. El Partido Socialista de Chile, Tomo I, pag. 7

*“El nuevo conglomerado se desarrolló como un partido popular, formado por sectores del proletariado urbano y minero, empleados y pequeña burguesía, artesanos e intelectuales y algunos elementos de extracción burguesa de ‘avanzada social’”*²⁸

Por su parte Altamirano se refiere a su composición ideológica:

*“A su seno afluyen las diversas corrientes del pensamiento revolucionario de la época - marxistas, anarquistas, socialdemócratas, nacional populistas, trotskistas- cristalizadas en una común orientación revolucionaria y antiimperialista”*²⁹

Esta situación está en el origen de los problemas con los que nació el PS:

*“A causa de la composición social heterogénea y de la formación democrática burguesa de muchos de sus militantes, el PS creció con algunas peligrosas contradicciones. No obstante el esfuerzo tenaz por darse una organización sólida y disciplinada(...)imperó una apreciable tendencia al caudillismo. Importantes sectores partidarios se aglutinaron tras personalidades y no por la comprensión y respeto a los principios doctrinarios”*³⁰

Para este autor, este carácter de aluvión de sectores ideológicos y sociales explican su rápido crecimiento inicial, el sentido mesiánico de su lucha y la desintegración en los años 40.

En un análisis similar al de los dos autores anteriores se expresa Hugo Cancino³¹, pero poniendo un mayor énfasis en los aspectos positivos con los que nace el nuevo partido socialista, especialmente en la comparación que hace con el PC de la época. Estos rasgos positivos se encontrarían, según el autor, plasmados en las siguientes características: La aceptación del marxismo como método de análisis y de acción, rechazando su formulación dogmática. La relación indisoluble que establece desde el inicio entre democracia y socialismo. El enraizamiento en la realidad nacional y latinoamericana, oponiéndolo implícitamente a la visión del PC que mira con los ojos de la Internacional Comunista. La apelación a sujetos sociales plurales, al “pueblo”, diferente de las concepciones “obreristas-reduccionistas” del PC, lo que le configura como un “partido obrero y popular”. Por último, se diferencia en la adopción de una estructura orgánica más flexible que la del PC que le da un carácter de “Partido-Movimiento” y le permitirá captar mejor a los movimientos sociales y populares, aunque esta estructura también pueda ser considerada una “debilidad histórica” frente a la eficiencia del PC.

De todos estos rasgos definidores, y diferenciadores respecto al PC, hay uno que va a ser utilizado especialmente por Cancino para, como veremos posteriormente, sustentar la visión de una línea de continuidad desde el origen del PS por parte de la línea política sostenida por Allende durante el gobierno popular; línea que no coincidirá con la que sostendrá el grueso del partido. Este rasgo es el que hemos mencionado en segundo lugar y que, cuando en los años 40 el PS sufra continuas escisiones y un agudo enfrentamiento con el PC, Cancino volverá a reivindicar como principal característica diferenciadora del PS al indicar que:

²⁸ Ibid, pág. 20

²⁹ Altamirano, Carlos, op. cit., pág. 7

³⁰ Jobet, Julio César, op. cit., pág. 23

³¹ Cancino Troncoso, Hugo, La problemática del poder popular en el proceso de la vía chilena al socialismo. 1970-1973, Ed. Aarhus University Press, 1988, pág. 71

*“este tajante distanciamiento del socialismo en los años cuarenta del modelo social soviético, implicó por parte del PS, una toma de posición con respecto a la vigencia de las libertades democráticas, los derechos humanos y el pluralismo político-ideológico bajo el socialismo”*³².

Tres grandes figuras polarizaron el PS en la primera época y representan claramente ese eclecticismo de su origen. El primer dirigente es Marmaduke Grove, militar, conspirador en diversos acontecimientos, incluida la República Socialista de 1932. Fundador del PS CH, su populismo, en opinión de Jobet, chocaría con los marxistas ortodoxos del PS y sería una de las causas de la división del PS. El grovismo va a obstaculizar la solidificación de principios en el PS promoviendo el inmediatismo, el practicismo y el antiteoricismo.

El segundo dirigente destacado de la época es Eugenio Matte, abogado importante y miembro de la masonería, fue el dirigente civil de la República Socialista de 1932 e impulsor de la unificación socialista en el PS CH.

El tercer dirigente es Oscar Schnake, con gran influencia desde su cargo de Secretario General del PS CH entre su fundación y 1939. Inició su militancia en 1919 en las filas del anarquismo. Sería el responsable de la ruptura del Frente Popular en noviembre de 1940 después del regreso de una misión financiera oficial en EEUU como representante del gobierno chileno.

En su inicio ejercen influencia ideológica sobre el PS CH las obras de Haya de la Torre y Mariátegui. Se trata, pues, de un partido muy heterogéneo en el que se impondrá finalmente un marxismo nada ortodoxo. Al contrario, pues, que el PC de Chile, en el PS el marxismo es una asunción lenta y siempre contradictoria, conviviendo en su seno diversas interpretaciones:

*“En el Partido militaron siempre cuadros con formación marxista, pero el conjunto de la organización no fue formada en el estudio ni en la práctica del marxismo-leninismo. El marxismo consecuente y el leninismo se desarrollaron lentamente, sin llegar a predominar, largos años después de la fundación del Partido.”*³³

Como apuntan Arrate y Rojas³⁴, es un partido aluvión con peso decisivo de los liderazgos carismáticos. El propio partido reconoce que aunque su composición ha sido mayoritariamente proletaria, sin embargo:

*“las direcciones políticas de todo nivel (de sus Seccionales al Comité Central) muestran un predominio absoluto de elementos de la pequeña burguesía, intelectual y funcionaria, principalmente.”*³⁵

Y está situación de predominio ideológico de la pequeña burguesía revolucionaria habría sido la responsable de que no se hubiese podido construir una auténtica organización leninista. El propio documento³⁶ continúa desgranando las deficiencias organizativas del partido con relación al modelo leninista: la falta de aplicación del centralismo democrático por la militancia a pesar de haber sido aprobado en sus Congresos, su estructuración orientada hacia la lucha electoral, la existencia de grupos y fracciones, y la tolerancia de caudillismos a distintos niveles.

³² *Ibíd.*, pág. 78

³³ Documento de marzo de 1974 del Comité Central del Partido Socialista de Chile, pág. 26, Cuadernos de orientación y pensamiento socialista, abril 2003, N° 2, <http://www.salvador-allende.cl>, (15 Agosto 2004)

³⁴ Arrate, Jorge y Rojas, Eduardo, op. cit., pág. 92.

³⁵ Documento de marzo de 1974...op. cit., pág. 26,

³⁶ *Ibíd.*, pág. 27

En su primer Congreso acepta el marxismo como método de interpretación de la realidad, preconiza la instauración de la dictadura de los trabajadores organizados y se adhiere al internacionalismo proletario, pero rechazando pertenecer a ninguna de las dos expresiones organizativas existentes a nivel internacional, ni a la II Internacional ni a la Internacional Comunista; a la primera la considera reformista y a la segunda sectaria, y a ambas “ajenas a una consideración realista a los problemas latinoamericanos”; igualmente muestra una clara vocación latinoamericanista que se expresa en la voluntad de alcanzar la unidad política de los países de América Latina a través de una Federación de Repúblicas Socialista. Como ejemplo de la heterodoxia en sus relaciones internacionalistas se puede mencionar su trayectoria zigzagueante en el movidizo panorama internacional de los 60 y los 70. En 1956 el PSP participó en la constitución de un Comité Consultivo del Secretariado Latinoamericano de la Internacional Socialista, entendido como una organización de intercambio de información y con objeto de acercar a los distintos partidos socialistas de América Latina, “sin necesidad de ser afiliados a la IS, como en el caso del PSP”³⁷. Pero además, indica Jobet, el PSP mantuvo contactos regulares con el socialismo asiático, participando en el intento de crear una tercera vía contra el capitalismo, pero separada del comunismo soviético. No obstante, lo más notorio de las relaciones del PSP en los años 50 es su acercamiento al régimen socialista yugoslavo. Este tipo de relaciones internacionales está en consonancia con la teorización que desarrollaba el PS en torno al reconocimiento de vías diferentes de acceso al socialismo. Tal como expuso Raúl Ampuero, tanto la “multiplicación de las experiencias nacionales” como “la extensión territorial del socialismo como sistema de gobierno” plantea el problema de la diversidad de vías. Como consecuencia, esto plantea “la necesidad de una nueva forma de integración democrática del socialismo internacional”³⁸. En el Congreso de Concepción de 1964, el PS apuntará que

*“ninguna circunstancia autoriza a un solo país o a un partido determinado para asumir la hegemonía del movimiento revolucionario mundial o para subordinar a sus intereses particulares la aplicación del principio del internacionalismo obrero”*³⁹.

En los años 60 la radicalización producida por el impacto de la revolución cubana se refleja también en el tipo de relaciones internacionales del PS. Del Congreso de Linares en 1967 salió una apertura a los países del socialismo real, donde viajaron diversas delegaciones y, sobretudo, una especial relación con Cuba. La búsqueda de su preconizada “integración democrática del socialismo internacional” al margen de la Internacional Socialista o de Moscú tuvo durante un tiempo visos de concreción con la creación de la Organización de Solidaridad para África, Asia y América Latina (OSPAAAL) y la Organización Latinoamericana de Solidaridad (OLAS) en 1966. En el Congreso de Chillán llegó a proclamar que la OLAS “debe convertirse en una dirección de la Revolución Latinoamericana”

Pero si todos estos rasgos ya le hacen singular, otros dos rasgos suplementarios refuerzan este carácter, por un lado, el reconocimiento desde el principio de la inviabilidad de una vía pacífica al socialismo y, por otro, sus tendencias unitarias que le llevan a mantener una duradera alianza con el PC de Chile (salpicada, es verdad, de desencuentros) a partir de 1952 con la formación del Frente del Pueblo, y a propiciar la existencia de una única central sindical la CUT.

³⁷ Jobet, Julio César, El Partido Socialista de Chile II, pág. 4

³⁸ *Ibíd.*, pág. 26

³⁹ *Ibíd.*, pág. 28

En los primeros años coexisten dos tendencias en sus seno tal como apuntan Arrate y Rojas:

“[una] que en términos gruesos podría ser caracterizado como de corte obrerista-vanguardista, que considera la participación en la lucha electoral y en el aparato del Estado como un acto de “colaboracionismo de clase” contrario al sentido revolucionario del partido. [Otra], que pudiera considerarse de corte pragmático, asume al partido como una organización destinada a promover y realizar reformas negociadas desde el Estado sin apuntar, necesariamente, a un reemplazo radical del régimen social vigente.”⁴⁰

En diciembre de 1934 va a entrar a formar parte del Block de Izquierdas dónde además del PS van a confluir el Partido Radical-Socialista, el Partido Democrático e Izquierda Comunista (organización trotskista escindida del PC CH que dos años después se integraría en el PS CH).

Desde su nacimiento y hasta la constitución del FRAP, el PS es reacio a la colaboración con el PC CH al que considera sectario e instrumento de la Internacional Comunista, cayendo en posiciones que se podían calificar de anticomunistas. Esta es la razón de su resistencia a formar parte del Frente Popular cuando los comunistas levantan esta bandera, pero finalmente la presión ambiental (nacional e internacional) le empujan a una incorporación que siempre será objeto de discusiones. Con la victoria del Frente Popular en las elecciones de 1938 con el candidato radical Pedro Aguirre Cerda, el PS CH participará con tres ministros en un gobierno donde los comunistas quedan fuera. Esta participación gubernamental motivó enfrentamientos en el seno del PS CH, cuyo punto álgido fue el Congreso de 1939 donde chocaron dos corrientes, la partidaria de continuar en el gobierno y la inconformista, partidaria de abandonarlo. Esta última, derrotada en el Congreso, terminará escindiéndose para formar en 1940 el PST, que terminaría integrándose en el PC CH en 1944.

Aún reconociendo la necesidad del Frente Popular ante el peligro del fascismo y las ventajas obtenidas por la clase trabajadora, sin embargo, su valoración de esta etapa es negativa.

“Exceptuando la experiencia del Frente Popular, históricamente insoslayable en el contexto de la guerra mundial contra el fascismo(...) el saldo de dos décadas de colaboracionismo fue categóricamente negativo.”⁴¹

De hecho esta experiencia le va a llevar a desintegrarse en fracciones personalistas y a casi desaparecer en las elecciones parlamentarias de 1945 en las que obtiene un 7% de los votos:

“El Partido entró en un periodo que se prolonga por la década del 40, caracterizado por su moderación política y la persistencia de una línea de colaboración de clases, participando en gobiernos burgueses sin postular una alternativa clara para las luchas populares. Esta situación condujo a una verdadera debacle partidaria, se dividió el Partido, surgieron traidores a la clase obrera y descendió notablemente su influencia de masas, sindical y electoral.”⁴²

Tras la ruptura del Frente Popular un sector mayoritario del PS CH continuó imponiendo la colaboración en los siguientes gobiernos radicales, creando un creciente malestar entre los opositores a esta política según se escoraba a la derecha

⁴⁰ Arrate, Jorge y Rojas, Eduardo, op. cit., pág 94.

⁴¹ Altamirano, Carlos, Dialéctica de una derrota I, op. cit., pág. 12

⁴² Documento de marzo de 1974 del Comité.....op. cit., pág. 25,

el gobierno de Juan Antonio Ríos. Finalmente la denominada “corriente de recuperación” derrotaría a los partidarios de la colaboración gubernamental en el Congreso de 1943, quienes terminarían escindiéndose en 1944 siguiendo a Marmaduke Grove que fundó el Partido Socialista Auténtico. Como reconoce J.C. Jobet, a partir de ese momento “el socialismo chileno entró en un período de anarquía y desintegración” y sufrió un fuerte retroceso reflejado en las elecciones parlamentarias de 1945. No obstante el intento de recuperación de una línea independiente de la burguesía y de carácter revolucionario, el PS CH volvió a participar en el gobierno de Alfredo Duhalde en febrero de 1946, lo que acrecentó su desprestigio y crisis.

En 1946, en el XI Congreso del PS se impone la corriente revolucionaria liderada por Ampuero sobre la colaboracionista, pero en 1948, con ocasión de la aprobación de la Ley de Defensa Permanente de la Democracia por el gobierno de González Videla, que ilegalizaba al PC CH, el partido se divide en torno a su apoyo por el sector anticomunista que consigue retener el nombre del Partido Socialista de Chile, y el sector mayoritario opuesto a dicha ley que pasarán a denominarse Partido Socialista Popular y que será la base de la futura reconstrucción en base a su línea política del Frente de Trabajadores. Pero aún se producirán nuevos enfrentamientos en 1951, en torno al apoyo del PSP a la candidatura de Ibáñez a la Presidencia, que harán que Allende y otros dirigentes, primero se escindan para formar el Movimiento de Recuperación Socialista y, luego se fusionen con el PS CH para dar lugar al PS a secas y desde ahí impulsen el Frente del Pueblo, con los comunistas y otras fuerzas menores, con el propio Allende como candidato presidencial. El PSP participará en el gobierno Ibáñez nueve meses antes de abandonarlo en una nueva frustración de colaboración gubernamental de los socialistas con fuerzas no socialista. El Frente de los Trabajadores será proclamada como estrategia del PSP en su Congreso de 1955 y con ella se viene a declarar finalizada la etapa de los frentes con los partidos burgueses a la que se considera negativa, abriendo una nueva etapa de alianzas en exclusiva con los partidos obreros y la CUT. Está será la estrategia que informe la reunificación de los dos partidos socialistas en 1957, además de la reafirmación del FRAP. No obstante, y después de ocurrida la derrota de la Unidad Popular, Carlos Altamirano reconocerá que:

“En la aplicación concreta de su política de «Frente de Trabajadores» generó más de una vez desviaciones puristas, expresadas en manifestaciones sectarias.”⁴³

Como ya se ha apuntado dos grandes diferencias separan al PS y el PC, la primera se centra en el tema de las alianzas, así, mientras el PC aboga por un amplio frente democrático de liberación nacional, el PS defiende un Frente de los Trabajadores restringido a los partidos de la clase obrera; la segunda diferencia está relacionada con la anterior, y así, mientras el PC diferencia dos etapas en la revolución, la democrático-burguesa y la posterior socialista, en el PS:

“concebimos el proceso revolucionario como una marcha ininterrumpida, como un proceso único y continuo, que cumple en su primera fase tareas eminentemente antiimperialistas y democráticas, pero que inevitablemente desemboca en la construcción de una sociedad socialista. Así entendido el proceso asume desde sus inicios un carácter socialista.”⁴⁴

⁴³ Altamirano, Carlos, Dialéctica de una derrota III, pág. 47

⁴⁴ Altamirano, Carlos, Dialéctica de una derrota I, op. cit. Pág. 9

Ya en 1961 Raúl Ampuero reflexionaba los problemas de la revolución en América Latina y concluía que:

*“América Latina no reclamaba una revolución democrático-burguesa, porque las burguesías del continente carecen de independencia para desarrollar los procesos que llevaron a cabo las burguesías de los países avanzados; las burguesías latinoamericanas son tributarias del imperialismo”*⁴⁵

En 1958 el candidato de la derecha vence a Allende, el candidato del FRAP, por una diferencia de 34.000 votos. Pero lo importante a resaltar es el hecho que desde ese año una alianza marxista con un programa declaradamente orientado al socialismo se convierte en posibilidad real de alcanzar el poder, aunque aún deba esperar 12 años.

En un partido abierto a las influencias heterodoxas de la izquierda internacional como es el PS, la revolución cubana no podía por menos que impactarle con fuerza, tal como apuntan Arrate y Rojas:

*“cuando el PS se aproxime a la ortodoxia marxista leninista, lo hará influido por los revolucionarios cubanos.”*⁴⁶

Las tensiones internas que nunca abandonarán al PS durante esos años llevan a la sustitución de su secretario general en 1965 por una alianza de trotskistas, pro-cubanos y moderados. En este Congreso de 1965 el PS descarta la vía electoral como método para alcanzar el poder, rechaza como falso el dilema de la “vía electoral” o la “vía insurreccional”, pues el partido tiene un objetivo, y los medios serán los que la lucha revolucionaria hagan necesarios. La insurrección tendrá lugar cuando el proceso social haya llegado a su madurez. Igualmente se reafirma en el rechazo a las alianzas con las fuerzas burguesas y la solidaridad con la revolución cubana.

En 1967 las discrepancias internas llevan a la expulsión del ex secretario general Raúl Ampuero, quién, junto con otros cargos socialistas que se solidarizaron con él, dio vida a un nuevo partido, el Partido de la Unión Socialista Popular. En noviembre de ese mismo año va a celebrar su XXII Congreso en Chillán donde se recoge la radicalización que vive el PS. Esto queda claramente reflejado en los acuerdos adoptados en dicho Congreso: En principio, se declara una organización marxista-leninista y “plantea la toma del poder como objetivo estratégico a cumplir por esta generación, para instaurar un Estado Revolucionario”. Después, se decanta sin ambigüedades por la vía insurreccional frente a la vía pacífica:

“La violencia revolucionaria es inevitable y legítima. Resulta necesariamente del carácter represivo y armado del Estado de clase. Constituye la única vía que conduce a la toma del poder político y económico y, a su ulterior defensa y mantenimiento. Sólo destruyendo el aparato burocrático y militar del Estado burgués, puede consolidarse la revolución socialista.

Las formas pacíficas o legales de lucha (reivindicativas, ideológicas, electorales, etc.) no conducen por sí mismas al poder. El PS las considera elementos limitados de acción, incorporados al proceso político que nos lleva a la lucha armada”

La revolución a realizar cumplirá

⁴⁵ Jobet, Julio César, El Partido Socialista de Chile II, pág 25

⁴⁶ Arrate, Jorge y Rojas, Eduardo, op. cit., pág. 185

“en un mismo proceso las tareas democrático-burguesas y las socialistas, con la clase obrera como eje del proceso, proyectada como parte de la revolución mundial”

En 1957 el PS había formulado la política del Frente de Trabajadores ahora, en el Congreso de Chillán, esta política es enriquecida en consonancia con el proceso radicalizador que vive la organización y se declara que:

“la política del Frente de Trabajadores se prolonga así, y se encuentra contenida en la política de la OLAS, lo que refleja la nueva dimensión continental y armada que ha adquirido el proceso revolucionario latinoamericano”⁴⁷

Ese mismo proceso radicalizador se expresa en la existencia en el PS de un grupo que ejerce la solidaridad con las guerrillas de otros lugares de América Latina y en la creación de una fracción militar en el partido de creciente influencia, tal como recoge Carlos Altamirano:

“En la década del sesenta el PS entrega —en la medida de sus escasos recursos- un apoyo activo y concreto al movimiento guerrillero boliviano, uruguayo (tupamaros) y argentino (montoneros). Militantes socialistas se incorporaron a la guerrilla boliviana, y cuando ésta es derrotada, Allende, entonces presidente del Senado, interpone la influencia de su cargo para salvar la vida de los guerrilleros que sobrevivieron a la represión.”⁴⁸

En esta creciente radicalización del PS es notoria la influencia de su interpretación de la situación internacional, tal como lo expresa uno de sus más importantes dirigentes, Clodomiro Almeyda, en 1967, poco antes del Congreso de Chillán⁴⁹, quién sostiene que “la lucha de clases en esta segunda mitad del siglo XX se manifiesta a través de la lucha antiimperialista a nivel mundial”; que como consecuencia de la revolución cubana es necesario abordar la lucha revolucionaria en términos continentales, y que “la Organización Latinoamericana de Solidaridad (OLAS) es el reflejo de estas características continentales, armadas y radicales que está progresivamente asumiendo el proceso político en el continente”. Y así concluye que “el contenido de la lucha política en su fase superior ha alcanzado en este momento y en escala mundial y continental la fuerza armada”, y centrándose más concretamente en Chile pronostica que:

“la forma fundamental que en un país como Chile puede asumir la fase superior de la lucha política (...) es impredecible en términos absolutos. Yo me inclino a creer que es más probable que tome la forma de una guerra civil revolucionaria”

Ya en el propio Congreso de Chillán uno de los documentos para discusión precisaba que, “queremos caracterizar este momento histórico como el período de transformaciones revolucionarias del capitalismo en socialismo y de la derrota del imperialismo”⁵⁰.

Los acuerdos revolucionarios tomados en el Congreso de Chillán se enfrentaron rápidamente a la prueba de la realidad dada la celebración próxima de elecciones parlamentarias (2 de marzo de 1969). Jobet reconoce explícitamente lo

⁴⁷ Jobet, Julio César, El Partido Socialista de Chile II, op. cit. págs. 38-9

⁴⁸ Altamirano, Carlos, Dialéctica de una derrota I, op. cit., pág. 6.

⁴⁹ Almeyda, Clodomiro, “Dejar a un lado el ilusionismo electoral” (Punto Final N° 42 del 22 de noviembre de 1967), en Cristián Pérez, *La izquierda chilena vista por la izquierda*, op. cit. págs. 348-54

⁵⁰ “El PS en la lucha mundial y continental por el socialismo” (Punto Final N° 42 del 22 de noviembre de 1967), en Cristián Pérez, *La izquierda chilena vista por la izquierda*, op. cit. pág. 357

que fue la realidad, el PC CH fue imponiendo en la práctica su línea sobre la que había aprobado el PS:

*“en esos mismos instantes el FRAP perdía fuerza y dinamismo a causa de la nueva estrategia del PC, dirigida a conseguir la ‘unidad popular democrática’ para conquistar por la ‘vía electoral’ un gobierno multipartidista, plataforma exactamente antagónica a la aprobada por el PS en su Congreso de Chillán. Esta oposición de las líneas políticas de los grandes componentes del FRAP provocó cierta confusión. Si bien el PS mantuvo formalmente las resoluciones de su último congreso general, en la práctica a consecuencia de sus intereses parlamentarios, de la acción divisionista del Partido Unión Socialista Popular, (nombre legal del nuevo grupo socialista) y de la necesidad de afrontar con éxito los comicios de marzo de 1969, entró en composiciones electorales, mostrándose ante los sectores populares principalmente interesado en obtener cargos parlamentarios, y no en dar cumplimiento cabal a la línea acordada en Chillán(...) En el fondo, el PC persistía en reemplazar la política del Frente de Trabajadores, sostenida por el PS, por la de ‘Frente de Liberación Nacional’, disfraz del Frente Popular de antaño(...) La marcha del PS a través de una posición pragmática y parlamentarista, hacia la línea de ‘unidad popular’, se hizo inexorable, no obstante los acuerdos revolucionarios de su Congreso de Chillán”.*⁵¹

Para explicar este proceso de radicalización y la aparente contradicción con una práctica parlamentaria del PS, Arrate y Rojas⁵² recogen diversos análisis de dirigentes del partido que van desde achacarlo a una ideologización exagerada conjugada con un oportunismo de esos sectores que siguen concurriendo en primera fila a las elecciones; hasta justificarlo como la reacción frente a la práctica histórica de los frentes populares; pasando por responsabilizar de ese problema a la estructura misma del partido (caudillista, personalista e indisciplinado). Cancino, por su parte, considera que la radicalización del PS venía posibilitada por su rasgo de Partido-Movimiento y que, más en concreto, la línea radical levantada en el Congreso de Chillán fue fruto de la capacidad de los diferentes grupos y tendencias de carácter marxista-leninista que convivían en su seno para “coyunturalmente superar las divergencias secundarias y constituirse en mayoría ideológica en ese evento partidario”⁵³. Pero lo importante es que esa mayoría coyuntural se mantuvo precisamente durante toda la experiencia del gobierno de Allende, y eso es lo verdaderamente importante a retener. El propio Cancino reconoce que:

*“En el nivel ideológico, vertientes significativas del marxismo de este partido (PS) remitían al discurso leninista-trotskista, que más allá de las vicisitudes del movimiento comunista internacional, mantuvo su adscripción al paradigma de la revolución de octubre en sus elementos invariantes: huelga general, formación soviética y milicia obrera e insurrección. Este bolchevismo redivivo sobrevivió y se reprodujo en el socialismo chileno articulado con las vertientes marxistas no dogmáticas, que priorizaban la comprensión y lectura de la realidad nacional por sobre la adhesión a los paradigmas históricos”.*⁵⁴

Lo cierto es que nuevamente el PS no solo había participado en las elecciones parlamentarias de marzo de 1969, y se estaba plegando a la línea del PC, sino que los resultados de dichas elecciones mostraron un ligero avance de PC (del 14,7% al 15,9%) y un ligero retroceso del PS (del 14% al 12,3% al que habría que sumar los resultados obtenidos por el PUSP). Efectivamente, la victoria de la posición “revolucionaria” en el Congreso de Chillán no significaba que no existiese una minoría discrepante, otro sector del partido, entre los que se encontraba Allende, partidario de una posición más flexible para poder ampliar las alianzas, más cercano,

⁵¹ Jobet, Julio César, El Partido Socialista de Chile II, op. cit., pág. 42

⁵² Arrate, Jorge y Rojas, Eduardo, op. cit., pág. 237

⁵³ Cancino, Hugo, op. cit., pág. 91

⁵⁴ *Ibid.*, pág. 132

por tanto, a las posiciones del PC de Chile. Ello va a obligar a la convocatoria de un Pleno Nacional del PS, celebrado en junio de 1969, después de las elecciones. Como apunta Jobet, la polémica tuvo en Altamirano y Allende los más altos exponentes de ambas posiciones:

“Carlos Altamirano fue el más brillante expositor de una posición socialista genuinamente revolucionaria, y Salvador Allende el más diestro y realista argumentador a favor de un apolítica popular, de amplia alianza de acuerdo con las condiciones sociales y políticas del país en esos instantes”.

El Pleno concluyó con una ratificación de las posiciones izquierdistas que hacían un llamamiento a la constitución de un Frente Revolucionario

“en el cual tendrían cabida todos quienes deseaban la liberación nacional y social de nuestro pueblo, definiéndose por una clara actitud anti-capitalista y anti-imperialista, a fin de conquistar el poder e iniciar el camino al socialismo”⁵⁵.

Estas discrepancias internas van a hacer que Allende encuentre obstáculos para ser proclamado candidato en su propio partido para las elecciones de 1970.

El PS vivía una especie de personalidad escindida, pues a pesar del Congreso de Chillán y del Pleno Nacional posterior, en la práctica fue aceptando poco a poco la línea defendida por el PC tendente a construir una alianza más amplia que el FRAP, que acogiese a los partidos de centro. A ello va a contribuir la propia evolución del PR, con su giro a la izquierda, y la escisión del ala izquierda de la DC para formar el MAPU.

La radicalización del partido se consolidará con la victoria de la UP. En 1971 celebra su XXIII Congreso en La Serena donde el ala izquierdista termina sustituyendo a Aniceto Rodríguez por Carlos Altamirano en la Secretaría General al no aprobar la manera de dirigir el partido en los últimos meses. Altamirano presenta en este Congreso un documento, “El Partido Socialista y la Revolución Chilena”, que, en opinión de Cancino⁵⁶, representa “la expresión de rechazo más categórico al Estado de Compromiso, al sistema político e institucional chileno, a la vez que a la trayectoria del Partido Socialista”. Sin embargo, en lo que este autor considera una paradoja, el sector allendista del PS apoyará la candidatura de Altamirano a la Secretaría General.

El Congreso define la etapa de la UP “como un período esencialmente transitorio” y define tanto a la UP como al gobierno de “composición pluriclasista”, esperando que “estas contradicciones de clase existentes en la UP serán superadas por la dinámica revolucionaria de las masas trabajadoras encabezadas por sus partidos de clase”. En el Congreso se definen dos objetivos más, el primero es el fortalecimiento de la unidad socialista y comunista con la superación de las diferencias en la acción y la discusión ideológica. El segundo es el respeto a la independencia del movimiento de masas, pues para el PS, “la presencia obrera en el gobierno no puede significar dependencia del movimiento de masas respecto al aparato gubernamental”.

El significado del “período transitorio” es aclarado un poco más adelante cuando expresa que el PS debe transformarse en la vanguardia revolucionaria para desarrollar una política que “tienda a crear aceleradamente condiciones para cambiar, durante el ejercicio de este gobierno, el carácter capitalista del sistema vigente para

⁵⁵ Jobet, Julio César, Historia del Partido Socialista de Chile II, op. cit., pág. 45

⁵⁶ Cancino, Hugo, op. cit., págs. 251-2

transformarlo en un régimen socialista⁵⁷. En resumen, en su XXIII Congreso de 1971 los radicales después de imponer en la secretaría general a Carlos Altamirano, se inclinan por ocupar de manera completa y rápida todo el poder del Estado ante lo consideran el inevitable choque con las fuerzas reaccionarias e imperialistas. Sin embargo, este Congreso es contemplado críticamente con posterioridad al reconocerse que:

“no estuvo precedido de una discusión política e ideológica a fondo de todo el Partido, y se caracterizó como culminación de una intensa lucha tendencial por el control del poder interno (...) Las corrientes que predominaron no expresaban un pensamiento homogéneo, y el propio Congreso fue una expresión de sectarismo y estilo burocrático para resolver los problemas políticos y las contradicciones ideológicas del Partido”⁵⁸

Si ya los acuerdos del Congreso de La Serena se situaban en clara oposición a los postulados de la vía democrática al socialismo que defendía Allende, un Pleno del Comité Central del PS celebrado unos meses más tarde en El Algarrobo profundizó definitivamente el camino elegido por la mayoría del PS durante el gobierno popular asumiendo “una posición aún más explícitamente leninista en relación a la problemática del Estado y la transición al socialismo”⁵⁹, así como una profundización de la bolchevización del partido.

Cancino⁶⁰ aporta una posible explicación de esta línea de evolución del PS en la cual, sin negar la influencia ejercida por el MIR, sin embargo, considera que se debe especialmente a la constante actividad en el seno del PS de grupos marxistas-leninistas, y en especial los trotskistas desde el final de la década de los treinta, y al impacto que generó la revolución cubana.

Si tuviésemos que elegir un resumen de la evolución del pensamiento político y trayectoria del PS hasta el momento de constituirse la UP, es decir, de las líneas fuerza que le llevan a la posición que sustenta mayoritariamente en ese período, sería adecuado elegir el que hace Jobet⁶¹. Su punto de partida es el de que en América Latina no existe la denominada “burguesía progresista”. El proletariado es la clase llamada a transformar el sistema capitalista semicolonial imperante en América Latina,

“Pero por equivocada actitud de los partidos obreros no se esforzaron en obtener su aliado natural y decisivo en las explotadas masas campesinas. Durante un largo período se dedicaron a concertar alianzas políticas con las clases medias de las ciudades de donde proviene la burguesía, en combinaciones democráticas, denominadas ‘frente populares’ y ‘frentes de liberación nacional’ “.

El resultado erróneo de esta política fue el fortalecimiento de la burguesía que llegó al poder con las clases tradicionales, y unas magras conquistas para el proletariado que no llegaron a extenderse en beneficio del campesinado.

Del fracaso de la experiencia del Frente Popular nacería una nueva estrategia revolucionaria que levantaría el PS, la del Frente de Trabajadores, cuya concreción fue el FRAP. Sin embargo, la incapacidad de esta alianza para alcanzar el poder por la “vía pacífica electoral” llevaría al PC a una nueva política aliancista con partidos centristas demo-burgueses. La constitución de esta nueva alianza, la UP, se hizo venciendo la resistencia del PS a este tipo de agrupamientos de efectos negativos en

⁵⁷ Jobet, Julio César, Historia del Partido Socialista de Chile II, op. cit., pág. 52

⁵⁸ Documento de marzo de 1974 del Comité....op. cit., pág. 27

⁵⁹ Cancino, Hugo, op. cit., pág. 253

⁶⁰ *Ibíd.*, pág. 253

⁶¹ Jobet, Julio César, Historia del Partido Socialista de Chile II, op. cit., págs. 54-5

el pasado. El PS reconoce la importancia del triunfo político-electoral de la UP, pero ello no supone la ratificación de la “vía pacífica”, porque siempre queda pendiente el problema de alcanzar el socialismo, “y ello solo es posible por la revolución de obreros, campesinos y estudiantes“.

EL MAPU

La promulgación de la Encíclica Vaticano II significó un intento de reconciliación de la Iglesia católica con el sistema democrático. Este hecho va a tener un impacto político dentro de la sociedad chilena impulsando un tipo de pensamiento cristiano de tipo progresista cuyas dos expresiones más claras son el apoyo primero al proyecto del PDC y luego al de la UP en una deriva cada vez más clara de compromiso con el socialismo y de aproximación al marxismo. Tal como apuntan Jorge Arrate y Eduardo Rojas:

“En septiembre de 1962, la pastoral “El deber social y político en la hora presente” señala el momento en que la jerarquía de la Iglesia Católica abandona al partido conservador y se vuelca a la democracia cristiana(...) Consecuentemente llama a realizar cambios estructurales profundos al mismo tiempo que a persistir en la lucha contra el comunismo(...) Paralelamente, desarrolla un empeño intelectual y técnico considerable para contribuir a la elaboración del programa político de la candidatura Frei.”⁶²

En relación con el apoyo al proyecto de la UP, que es el que realmente nos interesa, se puede constatar que el sector que se va inclinando hacia un diálogo con el marxismo está representado por las Juventudes del PDC, tras experimentar la frustración de las expectativas levantadas por la “revolución en libertad” de Frei, al no solucionar las grandes cuestiones planteadas por el bloqueo del modelo de capitalismo dependiente de Chile:

“Sus exponentes más importantes son Marta Harnecker, Rodrigo Ambrosio y Tomás Moulian, entre otros, quienes conducirán a esa odisea no capitalista hacia el puerto de la utopía y con ella a dos importantes y sucesivas escisiones en la militancia de los social cristianos: el Movimiento de Acción Popular Unitaria (MAPU) y la Izquierda Cristiana (IC) nuevos referentes políticos de convergencia entre cristianos y marxistas que se integran en la coalición de la Unidad Popular (UP)”⁶³

Estos sectores previamente se habían venido oponiendo, dentro del PDC, a cualquier acuerdo de este partido con la derecha propugnando en su seno una vía no capitalista de desarrollo, y terminaron siendo considerados como los “rebeldes”, junto a los cuales, y en posiciones intermedias entre éstos y el sector conservador de la DC, aparecerá el sector “tercerista”:

“La suma de “rebeldes” y “terceristas” incorpora así a la política nacional un poderoso sector progresista de la DC, con creciente voluntad de autonomía respecto de las iniciativas más conservadoras del gobierno.”⁶⁴

La diferencia de estrategia entre las dos tendencias consistía en que los “rebeldes” estaban organizados como fracción y se planteaban la ruptura con el PDC, en tanto que los “terceristas” apuntaban a acelerar y profundizar las transformaciones

⁶² Arrate, Jorge y Rojas, Eduardo, op. cit., pág 201

⁶³ Bravo Covarrubias, Inma y Gascón i Martín, Felip, Cristianismo y marxismo en Chile: Paradojas comunicacionales y espacios de convivencia, pág. 6, Artículos/Artículos, Volumen 3, Nº 4, julio-agosto-septiembre 2002, http://www2.metodista.br/unesco/PCLA/revista12/artigos_2012-3.htm, (19 Septiembre 2004)

⁶⁴ Jorge Arrate y Eduardo Rojas, op. cit., pág 218

desde el gobierno y al interior del PDC, pero no se planteaban abandonar dicho partido”⁶⁵

La creciente pugna entre “rebeldes” y “terceristas” de una parte y el sector conservador, que controla el gobierno, de otra, lleva a la ruptura final del partido precipitada por la masacre de Puerto Montt en marzo de 1969. En mayo de ese año se funda el Movimiento de Acción Popular Unitaria cuyos componentes provienen principalmente del sector “rebelde” del PDC y que formará parte desde el comienzo del conjunto de partidos que articulan la UP.

Comprometidos con un proyecto de transformación socialista, el marxismo que informa a los componentes de la nueva formación no es nada ortodoxo:

*“Estos cristianos llegan a la izquierda usualmente con una influencia del llamado “marxismo crítico”, especialmente de autores como Gramsci, Korsch, Luckacs, Poulantzas, lo cual los hace chocar con aquellas manifestaciones de ortodoxia reductiva del pensamiento revolucionario (el marxismo codificado por Stalin bajo la denominación de “marxismo – leninismo”, así con guión)”*⁶⁶

Irene Agurto realiza un análisis más complejo del conjunto de factores sociales, políticos e ideológicos que rodearon el nacimiento del MAPU y que en gran parte recogemos a continuación. En primer lugar se refiere al proceso de modernización que había tenido lugar en los últimos años en Chile y que había transformado la estructura social del país, dando lugar a la aparición de nuevos grupos sociales sin representación política definida, que van a servir de terreno de afianzamiento de los nuevos grupos políticos que nacen por esa época, el MAPU, la IC y el MIR, dado que dichos grupos sociales portaban “un alto nivel de conflictividad social – gran cantidad de demandas insatisfechas – y escasa organización”⁶⁷. Otros dos grandes factores serían el impacto ejercido por la revolución cubana en la izquierda chilena o el proceso de reforma universitaria que vivía el país cuyo efecto es significativo en el nacimiento de una serie de partidos: los tres mencionados más arriba más el Movimiento Gremialista. Pero, en definitiva, sostiene esta autora, la escisión del MAPU fue fruto de la oposición entre el “deber ético” y el “realismo político” en una coyuntura histórica de creencia en la realización de la utopía.

La segunda parte de los años 60 estuvo marcada por una fuerte agitación política y social en torno a tres grandes temas, el movimiento por la reforma universitaria, las huelgas campesinas y la conferencia de la OLAS que “provocan un profundo debate nacional en torno a los cambios, la intensidad y la velocidad de estos. Estos hechos y el debate consiguiente conducen a la radicalización de los grupos políticos”⁶⁸

También se refiere Irene Agurto a los orígenes teóricos que están detrás de las tendencias de la DC que darían lugar al MAPU y la IC y que es la tesis de la “vía no capitalista de desarrollo” formulada en 1951 por Silva Solar y Jacques Chonchol.

El MAPU se definió como partido marxista. Esto era inevitable para un partido de izquierda en los años 60 en Chile. Pero, dado la existencia en su seno de otras tendencias, su definición marxista no fue estrictamente leninista, “con unas imprecisiones similares a las del PS de modo de dar cuenta de la heterogeneidad

⁶⁵ Agurto Timoner, Irene, Política y utopía en situaciones de crisis. El caso de Chile, pág 129. Tesis presentada en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociología de la Universidad Complutense de Madrid. <http://www.ucm.es/BUCM/tesis/19911996/S/1/S1022501.pdf>, (23 Noviembre 2005)

⁶⁶ Jorge Arrate y Eduardo Rojas, op. cit., pág. 275

⁶⁷ Agurto, Irene, op. cit., pág. 116

⁶⁸ *Ibid.*, pág. 126

interna⁶⁹. El peso de la "ética política" en el MAPU, que marcó su nacimiento, persistirá en el tiempo y es por ello que "el MAPU se entiende asimismo y actúa como 'conciencia crítica de la izquierda'⁷⁰, insistiendo durante el gobierno popular en la recuperación de los objetivos iniciales del programa y situándose entre los partidarios de avanzar en lugar de consolidar.

Desde otro punto de vista, su definición como partido marxista hacía que su espacio político y social fuese similar al de las otras dos grandes formaciones de izquierda, el PS y el PC, con los que disputará la misma clientela; aunque el MAPU se autoconcebe como una "'tercera fuerza' al interior de la izquierda"⁷¹.

Consciente de que nace como expresión política de sectores de la pequeña burguesía se orienta a alcanzar su proletarianización en el objetivo último de construir "un partido unificado del proletariado"; pero el hecho de participar nada más nacer en las tareas de un gobierno de izquierdas acosado por continuos y urgentes problemas en realidad contribuyó a que se reforzasen sus "tendencias elitistas"⁷².

La línea estratégica adoptada por el MAPU es la denominada estrategia del Frente Revolucionario definida de la siguiente manera por uno de sus principales dirigentes⁷³: para alcanzar el poder es necesario que las fuerzas revolucionarias creen un núcleo de dirección o vanguardia que cumpla dos requisitos, en primer lugar debe ser "un núcleo de dirección proletaria tanto por su composición fundamental como por las posiciones de clase", en segundo lugar, "la dirección debe estar ligada a las masas y sus luchas". Este núcleo de dirección debe nacer de "la confluencia en la práctica y el combate común de los partidos identificados con la clase obrera y los trabajadores por su composición y objetivos". Una vez logrado este núcleo su tarea central sería "la construcción de un poderoso frente de masas estructurado en torno a dos cuestiones fundamentales: el agigantamiento del poder de la clase obrera y la multiplicación de la lucha de masas en todas sus formas y niveles".

Sin embargo, en la práctica se impuso la opción de la participación en la UP sobre la tesis del Frente Revolucionario en su primer Congreso, celebrado en 1970, gracias a la influencia del grupo dirigente compuesto por "Ambrosio, Correa, Gazmuri y Garretón", "formado en la cultura marxista europea". A su lado convivirán otras corrientes de tipo "gramsciano", trotskistas o maoístas.

En su segundo Congreso, celebrado en 1972, se dejan notar las tensiones que recorren el proceso revolucionario y el interior de la UP y, como en esta coalición, también aparecen en el seno del MAPU dos tendencias similares, la de avanzar y la de consolidar. La primera termina imponiéndose con la elección como Secretario General de Oscar Guillermo Garretón, pero el Congreso no cierra el enfrentamiento, que se salda en marzo de 1973 con la escisión del MAPU-Obrero Campesino, liderado por Jaime Gazmuri y más cercano a las tesis de consolidar que sostienen el PC y el sector allendista del PS, que le apoyan; mientras que el MAPU original se identifica con los sectores radicales del PS e incluso con el MIR. En opinión de Irene Agurto esta división sería la expresión de

⁶⁹ *Ibíd.*, pág. 155

⁷⁰ *Ibíd.*, pág. 164

⁷¹ *Ibíd.*, pág. 164

⁷² *Ibíd.*, pág. 156

⁷³ Gazmuri, Jaime, "El MAPU y su papel en la campaña electoral" (Punto Final N° 99 3 de marzo de 1970), en Cristián Pérez, *La izquierda vista por la izquierda*, págs. 367-70, http://www.cepchile.cl/cgi-dms/procesa.pl?plantilla=/base.html&contenido=documento&id_doc=1116, (19 Marzo 2004)

*" la debilidad del partido para resistir la polarización creciente en que se debatía la coalición de la Unidad Popular(...)la falta de perfil político propio - más allá del ya mencionado staff en el gobierno - divide al partido en torno a los ejes políticos fuertes: el PC y el PS"*⁷⁴

Esta misma autora señala las tres características que marcaron la participación del MAPU en el gobierno popular:

*"participar en aquellas estructuras destinadas a profundizar los cambios de la modernización (reforma agraria, desarrollo social); en tanto que élite, otorgan a dichos cambios una continuidad con el anterior proceso de reformas y, por último, él área de reformas afecta principalmente a aquellos grupos sociales que, por un lado, el MAPU busca representar, y, por otro, que son una resultante de la modernización: campesinos(...)pobladores(...)y obreros del sector moderno"*⁷⁵

Un punto fundamental de discusión entre los partidos que forman la UP, y que deslinda campos entre lo que el propio MAPU denomina revolucionarios y centristas es el tema de las vías a emplear para el paso al socialismo. En esta entrevista Jaime Gazmuri no rechaza la vía armada:

"El MAPU cree que la cuestión de las 'vías' para llegar al poder es un asunto que está mal planteado(...)No hay a nuestro juicio 'vías' armadas o pacíficas. Hay procesos revolucionarios que – combinando distintas formas de lucha en cada etapa – son capaces de conquistar el poder del Estado(...)Entre estas formas de lucha no descartamos las formas armadas".

Dentro del PDC aún había quedado el sector "tercerista" confiando en una rectificación de la línea conservadora del partido. Defraudada esta esperanza después de las elecciones de 1970 este sector también abandonará el PDC para crear la Izquierda Cristiana e incorporarse a la UP, provocando de paso una escisión en el MAPU que pasa a la IC tras acusar a aquel de un deslizamiento hacia el marxismo-leninismo.

⁷⁴ Irene Agurto, op. cit., pág. 144

⁷⁵ Irene Agurto, op. cit., pág. 135

EL MOVIMIENTO DE IZQUIERDA REVOLUCIONARIA

Los antecedentes del MIR hay que buscarlos, por un lado, en las continuas disidencias que se venían dando en los dos partidos tradicionales de la izquierda chilena, el socialista y el comunista y, por otro lado, en el impacto que la revolución cubana tuvo en la izquierda latinoamericana en general, y en la chilena en particular. El propio MIR⁷⁶ señala como causas de su nacimiento el hecho de que en un ambiente de fermento de las ideas revolucionarias en la izquierda chilena durante los años sesenta, propiciado por la evolución de la situación internacional, el PC primero y el FRAP después, frenaron el movimiento de masas para buscar un acercamiento a la DC; esto dio lugar a una crisis aguda en el seno de la izquierda tradicional y a la aparición de docenas de grupúsculos.

Así, en su nacimiento van a participar diversas organizaciones minúsculas ya existentes como la Vanguardia Revolucionaria Marxista, fundada en 1962 por disidentes del PC fundamentalmente, que ha agrupado, a su vez, a otras pequeñas organizaciones, el Partido Socialista Popular, integrado fundamentalmente por sectores trotskistas y procedentes del PS; el Movimiento de Fuerzas Revolucionarias, que había aglutinado anteriormente a otra serie de grupos; y la mayoría del trotskista Partido Socialista Revolucionario..

El propio MIR⁷⁷ hace una distinción entre los distintos componentes que concurren a su nacimiento entre los sectores que denomina “tradicionales” formados por trotskistas y comunistas disidentes o marginados anteriores a 1960, y sectores “no tradicionales” que engloba a comunistas y socialistas marginados o disidentes posteriores a 1960.

El Congreso constituyente celebrado el 14 y 15 de agosto de 1965 tiene lugar en el local de un sindicato de Santiago vinculado a sectores anarquistas. Todo ello ilumina la mezcla de culturas distintas que concurren en su formación.

El MIR nace rechazando la práctica política de la izquierda tradicional chilena, especialmente la del PC:

“La Declaración de Principios y el Programa del MIR significaban también una ruptura declarada respecto de las ideas imperantes en la izquierda chilena sobre el carácter de nuestra revolución (...) Frente a las concepciones predominantes en la izquierda tradicional que postulaban la posibilidad de alianzas con fracciones supuestamente “progresistas” de la burguesía (...) el MIR nace, pues, planteando abiertamente como tarea para la clase obrera y el pueblo la realización de una revolución proletaria a través de las más diversas formas de lucha y proponiéndose preparar al partido y al pueblo para el ineludible ejercicio de la violencia revolucionaria en el largo camino de la lucha por el poder.”⁷⁸

“ un paso significativo en las definiciones teóricas de entonces al precisar el problema de la lucha armada en relación con el partido revolucionario proletario y la lucha de masas, distanciándose de las posiciones foquistas que predominaban en grupos revolucionarios latinoamericanos de entonces. ”⁷⁹

Pero también quiere romper con el verbalismo revolucionario no actuante:

⁷⁶ MIR, MIR. Dos años en la lucha de la resistencia popular del pueblo chileno. 1973-75, Ed. ZERO, Madrid, 1975, pág. 45

⁷⁷ Contribuciones para una historia del MIR. I Algunos antecedentes del MIR, en Cristián Pérez, El MIR visto por el MIR. Tercera Parte, pág. 334, www.cepchile.cl/dms/archivo_3040_536/rev85_cperezparte3.pdf, (19 Marzo 2004)

⁷⁸ MIR, MIR. Dos años en la lucha de la resistencia popular...op. cit., pág. 47-8

⁷⁹ Naranjo Sandoval, Pedro, Biografía de Miguel Enríquez, págs. 11-12, <http://home.bip.net/ceme/>, (23 Octubre 2003)

*“la decisión de romper con la tradición centrista de los grupos de izquierda revolucionaria en Chile que hacían de la mera crítica a los partidos de izquierda tradicional el centro y objetivo de su actividad, grupos que en lugar de darse a la tarea paciente de construir una organización revolucionaria enraizada en las masas, asumían más bien el papel de “consejeros” de la izquierda”.*⁸⁰

Aunque este congreso fundacional elija como secretario general al trotskista Enrique Sepúlveda, el verdadero animador y líder de esta organización será Miguel Enríquez cuyo cargo máximo asumirá dos años más tarde.

El sector social dónde tiene una mayor presencia e influencia es el mundo universitario, especialmente en Concepción; reconociendo la dificultad que el MIR encontraba para penetrar en los bastiones de la clase obrera urbana donde era hegemónica la izquierda tradicional.

Entre 1965 y 1967 fue una etapa de maduración de un partido que nació con importantes limitaciones internas:

*“En éstos dos años, si bien el MIR constituyó un paso importante para avanzar hacia un polo de reagrupación de sectores revolucionarios y más radicalizados de la izquierda chilena, su desarrollo presentó dificultades dadas sus limitaciones en la cohesión ideológica, no claridad en el plano de la estrategia y la táctica, insuficientes definiciones sobre carácter del partido y acentuación de rasgos propagandistas que no le vinculaban más estrechamente con las masas. Factores todos que impidieron transformarlo en alternativa revolucionaria real al reformismo y centrismo en el movimiento popular chileno.”*⁸¹

El MIR⁸² dice sobre este período de su desarrollo que era una “bolsa de gatos”, de grupos, facciones, disputas, etc., sin niveles orgánicos, con predominio del ideologismo, sin estrategia ni táctica y aislados de las masas.

El tercer congreso del MIR, celebrado en diciembre de 1967, va a dar un paso importante en la solución de estos problemas con una división entre el sector tradicional y el que sigue a Miguel Enríquez que se alza con la jefatura del partido. Una parte del sector tradicional se marginó y el resto se organizó dentro como “oposición”. En un momento marcado por la lucha del Che Guevara en Bolivia, la impulsión de la OLAS (Organización Latinoamericana de Solidaridad) o el surgimiento de movimientos guerrilleros en el subcontinente y con un nuevo ascenso del movimiento de masas en Chile:

*“El MIR estructura entonces su estrategia de “lucha armada”(…) Más allá, la novedad que aporta la dirección de Enríquez es el intento de transformar el clásico verbalismo revolucionario discursivo, heredado de la tradición, en orientaciones para la acción concreta. La organización se apresta para iniciar su transformación en estructura político militar y emprender las acciones armadas”*⁸³

Pero las disensiones políticas continuaron actuando en el interior del partido, siendo la más polémica la referente a la posición del MIR frente a las elecciones. Después del Congreso de 1967 el MIR tuvo cierto desarrollo, pero persistieron los defectos heredados y la difícil situación interna que atravesaba llevó al Secretariado Nacional, en marzo de 1969, a intentar una nueva reestructuración con el adelanto del IV Congreso, que vino a coincidir con una ofensiva represiva en su contra. En esas circunstancias la “oposición interna” organizó lo que el MIR define como un

⁸⁰ MIR, *MIR. Dos años en la lucha de la resistencia popular...*, op. cit., pág. 47

⁸¹ Naranjo Sandoval, Pedro, op. cit., pág. 15

⁸² Contribuciones para una historia del MIR. 1 Algunos antecedentes del MIR, en Cristián Pérez, op. cit., pág. 334

⁸³ Arrate, Jorge y Rojas, Eduardo, op. cit., pág. 237

“congreso fraccional”, cuyo resultado final fue la salida de esa “oposición interna” que en su mayoría termina integrándose en los grupos tradicionales de la izquierda. Superada esta crisis se procedió a una reorganización y comenzaron las acciones armadas y la articulación de sus frentes de masas:

“Se asumió como un costo necesario en el desarrollo político de la organización; implicó una pérdida importante de experiencia histórica y capacidad política acumulada, pero fortaleció su unidad interna.”⁸⁴

Sebastián Leiva y Fahra Neghme⁸⁵ señalan tres grandes influencias ideológicas en las concepciones políticas y estratégicas del MIR; en primer lugar se encontrarían las procedentes de los clásicos del marxismo; en segundo lugar la procedente de los teóricos marxistas adscritos a la Teoría de la Dependencia, surgida a mediados de los años 60, algunos de los cuales estuvieron vinculados al MIR; y, en tercer lugar se encuentra el impacto producido por el triunfo de la revolución cubana

En 1967 y 1968 actores sociales diferentes del proletariado urbano comienzan a movilizarse, son los estudiantes, los campesinos y los pobladores; son sectores donde la izquierda tradicional no ejerce su control, y ello es aprovechado por el MIR, que encontró eco entre ellos.

En agosto de 1969 el MIR da inicio a las denominadas acciones armadas, que van desde las denominadas “formas de luchas extrainstitucionales” en las luchas de las masas (como las ocupaciones), a las denominadas “expropiaciones de bancos”, acciones que son criticadas por el resto de la izquierda, y que conjuga con su trabajo continuado en los frentes de masas:

“cristalizaba la visión de partido que venía sustentando Miguel y tenía correspondencia con la línea estratégica y táctica. Expresaba una concepción político-militar: por un lado la formación de una sólida estructura desde el punto de vista ideológico, político, orgánico y militar; integrada por cuadros revolucionarios profesionales ligados a los frentes; preparado y estructurado tanto para su desarrollo político en el movimiento de masas como para su desarrollo militar.”⁸⁶

Pero esta intervención de tipo armado por parte del MIR tuvo una duración muy corta al confluir con otro proceso político importante de la izquierda chilena, el nacimiento de la UP y la posterior campaña presidencial.

Cuando se inicia la campaña de la UP, el MIR es totalmente escéptico, primero sobre la posibilidad de que gane las elecciones y, después, en que la burguesía y el imperialismo acepten dicho triunfo sin reaccionar para impedir su consumación. Pero también le preocupa que el entusiasmo por un posible triunfo electoral de la izquierda frene el auge de la lucha social.

Frente a la lucha electoral que desarrolla la mayoría de la izquierda en la UP y que señala una vía pacífica de acceso al poder, el MIR reafirma en esos momentos su estrategia:

“La acción revolucionaria armada y la movilización combativa de las masas será nuestra tarea(...)Solo a partir de allí, de esa etapa de acciones directas, podremos mañana junto a los

⁸⁴ Naranjo Sandoval, Pedro, op. cit., pág. 19-20

⁸⁵ Leiva, Sebastián y Neghme, Fahra, La política del MIR durante la Unidad Popular y su influencia sobre los obreros y pobladores de Santiago, págs. 20-38, Tesis para optar al grado de Licenciado en Educación en Historia y Geografía, http://www.archivochile.com/Archivo_Mir/Mir_libros_sobre/mirlibros0001.pdf, (20 Marzo 2006)

⁸⁶ *Ibíd.*, pág. 21

obreros y campesinos construir un ejército revolucionario, que combatiendo por la conquista del poder desarrolle una guerra revolucionaria en el campo y la ciudad”⁸⁷

Además, si se verificase finalmente el triunfo de la UP, ello no habría resuelto el problema del poder y de la transición al socialismo, solo supondría un compás de espera en su resolución definitiva:

“un triunfo electoral popular no entregará el poder a los trabajadores, sino que a lo mas provocara una ‘impasse’ entre las clases dominantes, nacionales y extranjeras, y los trabajadores. Esta ‘impasse’ solo podrá ser resuelta por un enfrentamiento armado (...) Es necesario concientizar al pueblo, organizarlo y prepararlo política y militarmente desde ya para el enfrentamiento”⁸⁸

En este ambiente electoral no eran entendidas las acciones armadas por las masas y, en marzo de 1970, se suspenden las acciones armadas para evitar, de un lado, perjudicar electoralmente a Allende y, de otro, evitar quedar aislado. El MIR rechaza el proceso electoral como manera de conquista del poder por ilusorio, pero no se propone llamar a la abstención electoral y reconoce “en el terreno electoral, a Allende la representación de los intereses de los trabajadores”. En el período inmediatamente anterior a las elecciones el MIR se propone alcanzar un “frente” con las distintas fuerzas de la izquierda con el objetivo de “defender un eventual triunfo de Allende de un golpe militar reaccionario”⁸⁹, estrechando relaciones con la “izquierda revolucionaria” y con los “sectores revolucionarios” de la izquierda tradicional, manteniendo conversaciones con altos dirigentes de la UP y buscando mayores relaciones con la izquierda del PS. Suspendidas definitivamente las acciones armadas, el MIR se orienta a trabajar en las nuevas condiciones creadas por el triunfo electoral de la UP sin renunciar a construir su fuerza militar propia: desarrolla un trabajo de masas, realiza tareas de información e inteligencia y forma el dispositivo de seguridad de Allende, sin que las nuevas relaciones se tradujeran en su incorporación a la UP como se le propuso:

“rechazándolo por diferencias programáticas, estratégicas, una apreciación distinta sobre la situación nacional y como enfrentarla. Se mantuvo la independencia y se dio un apoyo crítico al gobierno(...) Política definida como: “marchar separados y golpear juntos”, y que en ningún momento dejó de lado un progresivo e intenso combate ideológico a las posiciones reformistas y centristas del gobierno y partidos de la izquierda.”⁹⁰

El MIR caracteriza el período de gobierno de la UP como de “situación prerrevolucionaria” y cree que para transformarla en revolucionaria se necesita la existencia de un partido revolucionario fuerte, pero reconoce que “el MIR no era aún ese partido” porque no había conseguido desplazar al “reformismo” del movimiento obrero y popular, siendo su influencia periférica al movimiento de masas. El triunfo electoral habría dado “nuevas armas” al reformismo, que emprendió una ofensiva ideológica contra las posiciones revolucionarias, es decir, contra el MIR principalmente.

Pero en el análisis que el MIR realiza sobre la situación del gobierno UP, estas dificultades no tienen gran importancia, pues el MIR esta convencido de que el

⁸⁷ MIR (Secretariado Nacional), El MIR y las elecciones presidenciales, (Punto Final N° 104 del 12 de mayo de 1970) en Cristián Pérez, El MIR visto por el MIR, Primera Parte, , www.cepchile.cl/dms/archivo_3040_536/rev85_cperezparte1.pdf, Pág. 352

⁸⁸ MIR, documento interno sobre el resultado electoral, septiembre 1970, en El MIR visto por el MIR, Primera Parte, op. cit., Págs. 362-3

⁸⁹ Contribuciones para una historia del MIR....op. cit., pág. 339

⁹⁰ Naranjo Sandoval, Pedro, op. cit., pág. 24-5

desarrollo del proceso llevara inexorablemente al protagonismo de los sectores auténticamente revolucionarios dentro y fuera de la UP:

“Si la UP no altera las estructuras fundamentales del sistema actual, fundamentalmente la estructura del Estado(...)Esto llevaría a la UP al fracaso de su gobierno (...) Esta situación creara situaciones favorables para que los sectores revolucionarios dentro y fuera de la UP tomen la vanguardia del proceso orientando a las masas en su lucha, radicalizando los objetivos de esta (...) Ante esta misma situación las FFAA trataran de canalizar el descontento popular con un sentido nacionalista, interviniendo en el proceso político (...) Sus planteamientos políticos se harán cada vez más antagónicos con los intereses y objetivos de la clase trabajadora(...) provocando y obligando al pueblo a combatir y resistir de manera violenta la represión, pasando paulatinamente a la ofensiva derecho hacia la conquista del poder”⁹¹

El análisis del MIR se ajustaba bastante a la realidad en cuanto a las contradicciones y obstáculos del gobierno de la UP y al desarrollo que seguiría el proceso, pero erraba profundamente en el aspecto crucial, el de las FFAA, no previendo la capacidad del sector más derechista para imponerse hegemónicamente en su seno y golpear rápida y brutalmente para impedir cualquier reacción opositora. Y no es posible alegar en el caso del MIR su falta de visión y preparación en este tema, pues ya en fechas tan tempranas como septiembre de 1970 reconoce que:

“En esta situación la mayor parte del peso de la resistencia armada caería sobre nosotros, sobretudo por la irresponsabilidad de la izquierda tradicional respecto a una posible defensa del triunfo(...)Nuestra tarea entonces, en función de un posible golpe o desconocimiento del triunfo, a corto o medio plazo, es preparar tanto a la organización como a los sectores más radicalizados del pueblo para una resistencia organizada”⁹²

No obstante, durante el período del gobierno de la UP, el MIR se orientó a radicalizar las luchas existentes con el objetivo de acelerar los cambios revolucionarios en marcha.

Su influencia en el proceso revolucionario se canalizó fundamentalmente a través de cuatro frente de masas que creó a tal efecto: el Frente de Trabajadores Revolucionarios, el Frente Estudiantil Revolucionario, el Movimiento de Pobladores Revolucionarios y el Movimiento Campesino Revolucionario. Al lado de estos cuatro principales, Leiva y Neghme señalan otros dos en formación, el Frente de Mujeres Revolucionarias, o de menos incidencia, el Frente de Fuerzas Armadas y Carabineros⁹³.

El MPR fue posiblemente el que adquirió mayor notoriedad y con el cual el MIR logró una importante influencia en el movimiento poblacional. Entre los campamentos donde logró influir el MIR, destacó el campamento “Nueva La Habana” que va a servir de escaparate al MIR y a sus planteamientos sobre la organización interna de los campamentos, transformados en un poder local; convirtiéndose en un “referente esencial y de vanguardia en el movimiento poblacional”⁹⁴.

Sin embargo, el MIR no consiguió más que una influencia marginal en el movimiento obrero a través del FTR. Las razones de esta situación la analizan estos autores⁹⁵: su tardía inserción en este ámbito; la tradicional fuerte presencia en él de socialistas y comunistas; el rechazo a la crítica que el MIR hacía al gobierno de la

⁹¹ MIR, Documento interno sobre el resultado electoral, septiembre 1970, en Cristián Pérez, El MIR visto por el MIR, Primera Parte, op. cit., págs. 362-3

⁹² *Ibíd.*, págs. 366

⁹³ Leiva Sebastián y Neghme, Fahra, op. cit., pág. 79

⁹⁴ *Ibíd.*, pág. 101

⁹⁵ *Ibíd.*, pág. 123

UP, con el cual el movimiento obrero tenía una fuerte vinculación; y, la canalización inicial del esfuerzo del MIR hacia el movimiento poblacional.

Su estrategia política orientada a superar los límites de la legalidad burguesa y a crear una situación de doble poder le llevaron al enfrentamiento de manera grave con algunos de los partidos componentes de la UP, especialmente el PC, al sostener dos visiones absolutamente distintas del proceso revolucionario. Sin embargo, también ejerció su influencia en ciertos sectores del PS, el MAPU y la IC. Pero tendremos ocasión de hacer un análisis más pormenorizado de este desarrollo cuando tratemos sobre la política de la izquierda durante el gobierno de la UP.

Para finalizar con esta organización recogeremos el análisis que hace concluir a Leiva y Neghme⁹⁶ que el MIR fue un actor político relevante en el período de la Unidad Popular, y que se basa en tres elementos fundamentales. En primer lugar porque posee un pensamiento revolucionario propio. En segundo lugar porque elabora una propuesta política para dicho período basada en tres pilares; “la definición del problema de la lucha por el poder”, rechazando la vía político-institucional hegemónica en la UP como inviable; “la unidad del pueblo y la izquierda”, que le llevan a proponer una alianza de los obreros y campesinos junto con los pobres del campo y la ciudad; y, el poder popular. En tercer lugar, porque “logra importantes niveles de inserción en el movimiento popular”.

Sin embargo, el MIR encuentra dos grandes obstáculos para desplegar su línea política en el período; su corta y accidentada existencia anterior, que le hacen aparecer como un partido en formación; y, su aparición en un entorno dominado por otros actores políticos de izquierda con fuerte arraigo popular a los que se enfrenta en sus planteamientos políticos, lo que es una dificultad añadida para conseguir un espacio propio, y aún más para ponerse a la cabeza del proceso.

⁹⁶ *Ibíd.*, págs. 154-7

LA SITUACIÓN DE PARTIDA EN CHILE

LA SITUACIÓN ECONÓMICA

Los datos de la realidad concreta en que se desarrolló la experiencia chilena son fundamentales para entender el trayecto que recorrió, los éxitos que obtuvo y los obstáculos que encontró en su camino: estos datos los dividiremos en tres categorías para su mejor análisis, sin perder nunca de vista su íntima interrelación: la estructura económica, la estructura social y la estructura política.

Enclavado en América Latina, Chile compartía con los países de la región una serie de rasgos comunes en su economía, aunque se encontraba por encima de la media en su nivel de desarrollo, como lo expresaba el hecho del carácter secundario del sector agrícola frente a una industria y servicios más avanzados que en los países de su entorno.

Esto no impedía que Chile compartiera los rasgos estructurales comunes a otras economías subdesarrolladas y dependientes:

*“alta concentración económica y de la propiedad, distribución regresiva del ingreso y creciente dependencia externa”.*⁹⁷

Como indicadores objetivos del carácter subdesarrollado de la economía chilena, David Tieffenberg cita los siguientes:

*“1) País monoprodutor; 2) Productor de materias primas; 3) Bajo índice de consumo popular; 4) Desigual distribución de los ingresos; 5) Elevada mortalidad infantil; 6) Alto porcentaje de desocupación; 7) Desnutrición; 8) Bajo promedio de vida; 9) Baja expectativa de vida; 10) Elevado índice de analfabetismo; 11) Bajo índice de crecimiento económico; 12) Escaso desarrollo industrial; 13) Deserción escolar elevada y 14) Colonización ideológica”*⁹⁸

Las cifras aportadas por Bitar son elocuentes⁹⁹: en 1965, año de inicio de la reforma agraria, el 2% de los predios abarcaban el 55,4% de la superficie. En 1963, el 3% de los establecimientos industriales controlaban el 51% del valor agregado. En relación con el ingreso, en 1967 el 10% más pobre de la población recibió el 1,5% del ingreso total, mientras el 10% más rico obtuvo el 40,2%.

La estructura latifundista de la agricultura chilena no solo provocaba una gran desigualdad en la repartición de la renta agrícola: “el 1% de los grandes propietarios percibían recursos que llegaban al 25% del ingreso derivado de la agricultura, mientras el 87% de los agricultores solo obtenían el 33%”¹⁰⁰; sino que además impedía que la agricultura chilena fuera capaz de abastecer al país de los alimentos necesarios, obligando a su importación.

⁹⁷ Bitar, Sergio, Transición, socialismo y democracia. La experiencia chilena, Siglo XXI Editores, México, 1979, pág. 25

⁹⁸ Tieffenberg, David, Cuatro revoluciones en América Latina, 7x7 edicions, Barcelona, 1977, pág. 206

⁹⁹ Bitar, Sergio, op. cit., págs 26-7

¹⁰⁰ Tieffenberg, David, op. cit., pág. 204

Por su parte, Susana Bruna también aporta otra serie de datos económicos descriptivos del alto grado de concentración del capital alcanzado:

*“hacia el final de los años sesenta, 284 empresas controlaban todos los sectores y subsectores de la economía, concentrándose el 78% del capital activo en el 17% de las sociedades anónimas. En las 161 sociedades anónimas más grandes de Chile, los 10 principales accionistas controlaban el 90% de las acciones”*¹⁰¹

Y concluye afirmando que:

*“en la base de la concentración económica chilena se puede encontrar un núcleo oligárquico que controla el conjunto de la actividad productiva y de la distribución. Las sociedades anónimas industriales y financieras están estrechamente ligadas gracias a los directores comunes a varios bancos”*¹⁰²

Dado el alto grado de concentración económica y de la propiedad, la Unidad Popular planteó en su programa una política de transformaciones orientadas a tomar el control de los centros de decisión estratégicos que evitase tener que acudir a un cambio generalizado de las formas de propiedad para centrarlas en un “número limitado de grandes empresas oligopólicas y predios agrícolas extensos”. Esta política debería evitar a la UP un rechazo inicial y generalizado de los pequeños y medianos empresarios y en general de la clase media. De hecho la reforma agraria ya la había iniciado el anterior gobierno democristiano, y la nacionalización del cobre en manos norteamericanas obtuvo el apoyo unánime en el parlamento cuando fue sometida a aprobación.

También es importante tener en cuenta la forma concreta de inserción de Chile en la economía internacional, que había comenzado a cambiar en los años 60, pasando de la clásica “dependencia a través de los recursos naturales y de los servicios públicos” a otra en la que se añadía la penetración de las empresas multinacionales en el sector industrial, de lo que se derivaba una importante consecuencia política, “la interpenetración de los intereses de los grandes propietarios nacionales con las empresas extranjeras”.

David Tieffenberg¹⁰³ se apoya en el análisis de Pedro Vuskovic para describir la penetración norteamericana de los años anteriores a la UP en el sector manufacturero, llegando sus monopolios a controlar sectores vitales como el cobre, el salitre, el carbón, el cemento, la petroquímica, la industria farmacéutica, etc.

Un último rasgo, que es importante mencionar, es el papel jugado históricamente por el Estado en la economía chilena, caracterizado por la constante expansión de su actividad económica, tanto en la esfera redistributiva como en la productiva, que alcanzó su nivel máximo en 1970 debido a la fuerte expansión de la intervención estatal durante el gobierno Frei:

*“Ese año, Chile era el país de América Latina (con la excepción de Cuba), donde el Estado poseía la mayor influencia en la actividad económica”*¹⁰⁴

Según Carlos Altamirano la política proteccionista del Estado fue fundamental para la expansión de la burguesía industrial y su participación en el proceso de acumulación llegó a ser dominante:

¹⁰¹ Bruna, Susana, Chile: La legalidad vencida, Ediciones Era, México, 1976 pág. 17

¹⁰² *Ibíd.*, pág. 19

¹⁰³ Tieffenberg, David, *op. cit.*, págs. 201-2

¹⁰⁴ Bitar, Sergio, *op. cit.*, págs. 35-6

“el Estado insuflaba dinamismo al sistema económico para compensar la insuficiencia del gasto privado, evitar las oscilaciones violentas del nivel de actividad, subvenir a necesidades básicas de la población y apoyar el desarrollo general, a través de la ampliación y modernización de la infraestructura (riego, energía, transporte, vialidad, etcétera) (...) desde el punto de vista de su financiamiento, la función estatal era aún más decisiva (...) durante el último decenio no sólo se produjo una sustitución importante de inversión privada por inversión pública directa (con un coeficiente de inversión global ligeramente decreciente), sino además una sustitución de fondos privados por fondos públicos en el financiamiento de la inversión privada.”¹⁰⁵

Para Susana Bruna¹⁰⁶ esta intervención excepcional del Estado motivada por “la debilidad general del desarrollo capitalista monopólico” cumple también otras dos funciones esenciales; la primera hace referencia a su función reguladora de las relaciones entre el sistema económico y social chileno y el sistema imperialista, del cual el primero es un enclave; mediante la segunda el Estado regula “las relaciones con el capitalismo agrario retrasado, especialmente a través de la fijación de precios a los productos agrícolas (...) como vía de distribución del excedente entre los sectores agropecuarios y urbano-industriales”

De esta característica de la economía chilena Sergio Bitar extrae dos consecuencias políticas importantes; por un lado el cambio que se había producido en la relación entre la burguesía y el Estado:

“Si bien el aparato estatal había contribuido a afianzar el sector público y a fortalecer el sistema socioeconómico vigente, al mismo tiempo dicho aparato generó su propia dinámica de crecimiento, adquiriendo autonomía relativa del sector privado (...) En otras palabras, así como el Estado prestó su apoyo a la gran burguesía local, también creó la posibilidad de suplantarla. La relación dialéctica entre Estado y burguesía comenzó a alterarse cualitativamente”¹⁰⁷

La otra consecuencia política importante que se extraía de esta situación era que:

“la creciente presencia del Estado y su participación directa en la propiedad de los medios de producción se había legitimado. Su expansión no creaba resistencias ideológicas en la gran mayoría de la población”¹⁰⁸

Esta última consecuencia, válida a priori, será puesta en causa por la insurrección de la clase media contra el gobierno Allende, especialmente desde octubre de 1972.

Desde los dos partidos nucleares de la UP, el socialista y el comunista, el diagnóstico sobre el sistema económico chileno en el momento en que Allende gana las elecciones presidenciales es similar, Altamirano lo va a caracterizar por “un alto grado de concentración monopólica, industrial y financiera; un régimen latifundario en la organización del agro”¹⁰⁹; y Orlando Millas va a hablar, por su parte, de “capitalismo de Estado dependiente, manipulado por las empresas transnacionales”¹¹⁰.

En la misma línea se expresa Susana Bruna cuando define las tres características fundamentales de la economía chilena de la época: “es monopólica, es dependiente y acusa una fuerte intervención estatal en provecho de los grandes

¹⁰⁵ Altamirano, Carlos, *Dialéctica de una derrota II*, op. cit. pág 36

¹⁰⁶ Bruna, Susana, op. cit., págs. 26-8

¹⁰⁷ Bitar, Sergio, op. cit., pág. 37

¹⁰⁸ *Ibidem*, pág. 38

¹⁰⁹ Altamirano, Carlos, *Dialéctica de una derrota II*, op. cit., pág 36

¹¹⁰ Millas, Orlando, *La economía chilena en los años de Allende, Araucaria*, N° 5, Primer trimestre 1979, pág. 25

monopolios, esto es, en el sentido de representar la forma actual del capitalismo al nivel del Estado”¹¹¹

Altamirano sintetiza los rasgos fundamentales de la estructura económica que hereda el gobierno de la UP:

*“la insuficiente integración del sistema económico, y la gran heterogeneidad de los sectores primario extractivo, industrial y agrario; el crecimiento absolutamente desigual de éstos; la subutilización de la capacidad instalada; la extraordinaria concentración de la riqueza y del ingreso; el insuficiente nivel de acumulación; las altas tasas de desocupación estructural; la distorsión de las relaciones comerciales y tecnológicas y la concentración geográfica del desarrollo.”*¹¹²

A la vista de la situación económica existente descrita en 1970, Bitar identifica lo que son ventajas y obstáculos para la puesta en práctica del programa de la UP, fijándose en tres aspectos claves: el papel económico del Estado, el tipo de vinculaciones económicas externas, y el nivel de desarrollo alcanzado por la economía chilena.

Sobre el primer aspecto, encuentra una ventaja obvia en la magnitud y complejidad alcanzada por el aparato estatal pues:

*“un punto de partida que se aproxima al del capitalismo de Estado es, indudablemente, condición ventajosa para iniciar la socialización de los medios de producción”*¹¹³

Pero también pone en evidencia los inconvenientes de esta situación, como son: La dificultad que entrañaría una modificación rápida para adecuarlo a los objetivos señalados en el programa de la UP dado que ello “podría ocasionar serias desarticulaciones en el conjunto del aparato productivo”. El hecho de que, concebida originariamente esa intervención estatal con el objetivo de apoyar al sector privado, era una tarea difícil “suplantar de inmediato al sector privado”, lo que le lleva a Bitar a extraer una conclusión de carácter estratégico:

*“era esencial entonces preservar el papel del mercado como mecanismo de orientación para un número importante de empresas”*¹¹⁴

Por último, señala la dificultad para cambiar en un tiempo corto la composición y el nivel del elevado gasto público existente.

En relación con las vinculaciones económicas externas, su centro de interés son las consecuencias que se derivarían de la nacionalización de las empresas mineras de origen norteamericano y de la renegociación de la enorme deuda externa:

*“Chile era el país con el más alto endeudamiento per cápita de América Latina y la deuda dependía casi en un 50% de los EEUU”*¹¹⁵

En este aspecto también encuentra un lado positivo en cuanto las nacionalizaciones afectarían principalmente a las empresas del cobre siendo un conflicto claramente delimitado, pero ve las dificultades relacionadas con el financiamiento externo a corto plazo, la dependencia de repuestos y ciertas materias primas provenientes de EE.UU., y el hecho de ser un país importador de alimentos cuya dependencia aumentaría con la redistribución de ingresos.

¹¹¹ Bruna, Susana, op. cit., pág. 15

¹¹² Altamirano, Carlos, Dialéctica de una derrota II, op. cit., pág. 36

¹¹³ Bitar, Sergio, op. cit., 1979, pág. 45

¹¹⁴ *Ibíd.*, pág. 45

¹¹⁵ *Ibíd.*, pág. 46

El nivel de desarrollo de la economía chilena era un punto de diferenciación importante en relación con otros países donde se habían dado procesos de transformación socialista y cuyo punto de partida era una economía más atrasada. El hecho de ser una economía más compleja y desarrollada implicaba una mayor integración y una propagación más rápida de los cambios entre sus sectores, por lo que se debía medir cuidadosamente las acciones a emprender. Bitar aprovecha esta reflexión para abogar de nuevo por el mantenimiento del mercado como regulador de una estructura de consumo diversificada, porque:

“una eventual reducción de los niveles de consumo, provocada por desajustes que tienen su origen en las transformaciones emprendidas, engendra fuertes resistencias contra los mismos”¹¹⁶

¹¹⁶ *Ibíd.*, pág. 48

LA ESTRUCTURA SOCIAL

Un aspecto importante para todo proceso de transformación social es el tipo de estructura social en el que se va a operar y el tipo de alianzas que dicha estructura permite construir, porque a partir de estos datos tiene sentido establecer una estrategia concreta. Pocos de los textos escritos sobre la experiencia del gobierno de la Unidad Popular se detienen a analizar en detalle este aspecto crucial tanto para entender ese preciso desarrollo histórico como para extraer consecuencias relevantes para el futuro. Y uno de esos escasos textos es el de Sergio Bitar, al que seguiremos fundamentalmente en este apartado.

Sergio Bitar hace un análisis de la estructura de clases existente en Chile en 1970 para verificar lo supuestos aliancistas en que se basaba la estrategia de la Unidad Popular.

El primer resultado a tener en cuenta es la estructura obtenida al tomar como elemento de diferenciación la propiedad de los medios de producción. La conclusión que se desprende es que del conjunto de la fuerza de trabajo ocupada solo el 3,1% son propietarios de medios de producción, pero si se tiene en cuenta el alto grado de concentración de la propiedad, en realidad el número de grandes propietarios que podrían ser afectados por el programa de la UP sería un porcentaje aún más pequeño.

Sin embargo, es demasiado simplista contraponer a esta minoría el conjunto de obreros y empleados, políticamente sería un análisis erróneo. Por ello, Bitar hace una desagregación de este grupo que en conjunto representaba el 71,3% de la población ocupada. Su objetivo es conocer cual era la dimensión real del núcleo del proletariado más organizado y concienciado, llegando a la conclusión de que era inferior a un 10% (tomando en cuenta primero el porcentaje de los obreros empleados en los sectores de bienes materiales y, luego, dentro de estos, los de los sectores mineros e industriales en empresas de un cierto tamaño).

Si, por tanto, eran dos minorías las que polarizaban el enfrentamiento social, ambas intentarían conformar un sistema de alianzas en torno suyo para imponer sus soluciones respectivas. Pero para ese conjunto de grupos su orientación final dependía más de factores políticos e ideológicos que de su ubicación en la estructura productiva, y esto es lo que se hace necesario analizar.

Porqué la UP planteó un esquema aliancista que partía de la existencia de una contradicción principal entre los grandes propietarios de los medios de producción (la burguesía monopólica e imperialista) y el resto de los grupos sociales, en tanto que las contradicciones secundarias en el seno de éstos eran regulables y permitirían mantener su cohesión frente a los grandes propietarios.

Sin embargo, en el desarrollo del proceso chileno las contradicciones secundarias se agudizaron hasta el extremo de imposibilitar la alianza deseada.

Bitar introduce un segundo factor de análisis en la estructura social que la hace más inteligible; se fija ahora en la pirámide de ingresos y extrae dos conclusiones; primero, se confirma la existencia de la contradicción principal (la mayoría de los propietarios de los medios de producción se encuentran entre los de ingresos más altos y la mayoría de los obreros entre los de ingresos más bajos); pero, en segundo lugar, se constata un alto porcentaje de trabajadores por cuenta propia y empleados en una posición de ingresos intermedios. En definitiva, una situación que corresponde con la relativa complejidad de una estructura social como la chilena, que se expresa en una gradación continua entre los grupos sociales.

Esta estructura fue utilizada con distinto éxito por las dos principales fuerzas sociales que se enfrentaron en el escenario chileno; de un lado la burguesía y de otro el proletariado a través del proyecto que representaba el gobierno de la UP.

La gran burguesía chilena trabajó desde el comienzo del gobierno de la UP por evitar su aislamiento. El primer sector al que dirigió sus esfuerzos fue el de los medianos y pequeños propietarios, consiguiendo establecer una alianza que no tenía porque estar forzosamente preconcebida. Dos fueron las causas que propiciaron dicha alianza: la predisposición inicial anti-UP de este sector, que temía la modificación de las formas de propiedad, y que fue reforzada por la imprecisión inicial del gobierno sobre la amplitud del proceso de estatización; y el rechazo a la participación y control obrero en sus empresas aún cuando se respetase la propiedad formal. Con este sector la UP cometió un error de cálculo, pues estimó que el aumento de sus beneficios que se derivó inicialmente del aumento de la demanda, les mantendría como mínimo en una posición neutral. Finalmente se demostró que el temor sobre el futuro de sus propiedades era un factor de mucho más peso que el aumento de beneficios a corto plazo.

El segundo éxito de la burguesía chilena en su esfuerzo por evitar el aislamiento fue el apoyo recibido por los intereses transnacionales públicos y privados. Esta era una meta fácil de alcanzar dado que la experiencia puesta en práctica en Chile y una de sus más inmediatas decisiones, la nacionalización de la minería, suscitaron la abierta hostilidad del imperialismo y las empresas transnacionales.

Entre otros dos sectores sociales encontró la gran burguesía aliados, aunque solo una parte de ellos, pues otra parte mantuvo su apoyo al gobierno.

En primer lugar están los trabajadores por cuenta propia, sector heterogéneo donde es posible diferenciar a efectos de los distintos apoyos dos grandes grupos en el ámbito urbano. El primero estaba formado por pequeños propietarios, artesanado, transportistas y profesiones liberales que compartían los valores de la burguesía y que se colocaron en contra del gobierno empujados por dos factores principalmente, el temor a depender del Estado y, a través de él, de las organizaciones populares; y el desplazamiento progresivo que sufrió el mercado, que incrementó sus incertidumbres. De este grupo saldrían los dos componentes más destacados en la lucha contra el gobierno UP, los transportistas y los comerciantes.

Sin embargo, un segundo grupo de los trabajadores por cuenta propia mantuvo su apoyo al proceso transformador, se trataba de trabajadores sin medios de producción, sin especialización y dedicados a servicios menores y temporales, con bajos niveles de ingreso. Sin embargo las desorbitadas expectativas que se suscitaron en su seno fueron aprovechadas a veces por la extrema izquierda; no obstante, no fue posible su manipulación por la derecha como ocurrió en otras experiencias históricas de agudización de la lucha de clases.

El segundo sector dividido en el tema de las alianzas fue el de los empleados. Una parte mayoritaria tanto de los empleados públicos como de los privados, con rentas bajas, mantuvo su apoyo al gobierno. Pero hubo una minoría importante por su significación que militó activamente contra la UP, especialmente los médicos. Dos grandes diferencias separaban a los empleados de los obreros, la primera era su mayoritaria inserción en el sector servicios, la segunda, su superior nivel de ingresos. Ello les hacía sensibles ante el riesgo de perder sus posibilidades de ascenso social y económico y verse abocados a la proletarianización, lo que les empujó a aliarse con la burguesía.

Así, finalmente, el gobierno de la UP contó con un apoyo social basado fundamentalmente en los obreros y reforzado por otros sectores como los campesinos, pobladores urbanos, empleados y trabajadores por cuenta propia de bajos ingresos.

Para Susana Bruna las diferentes fuerzas sociales que van a tener en la UP su punto de encuentro son:

*“el proletariado minero-industrial (sector monopólico), sindical y políticamente organizado; el proletariado agrícola, más débilmente organizado e ideológicamente menos permeable; sectores de pequeños productores en crisis frente al monopolio, donde también puede encontrarse algunos sectores del artesanado industrial; sectores de la pequeña burguesía (profesionales, burocracia estatal, intelectuales, estudiantes, pequeños comerciantes) y, en fin, sectores del subproletariado urbano y rural”.*¹¹⁷

Termina concluyendo Bitar que la lucha entre la burguesía y la clase trabajadora por ganarse el apoyo de las capas medias terminó en un resultado distinto del supuesto en el programa de la UP:

*“Terminó imponiéndose la clase hegemónica, lo cual reveló la destreza para reunir fuerzas, buscar nuevas formas orgánicas y para manejar los medios de comunicación”*¹¹⁸

¹¹⁷ Bruna, Susana, op. cit., págs. 47-8

¹¹⁸ Bitar, Sergio, op. cit., pág. 295

EL SISTEMA POLÍTICO

No es el interés de este trabajo hacer un estudio de la historia de Chile y de su desarrollo político, pero si es necesario una mínima referencia a ello con objeto de situar correctamente el análisis que vamos a realizar de la experiencia desarrollada durante los tres años de gobierno de la Unidad Popular.

En este sentido no vamos a realizar un estudio más de los que ya figuran en numerosas obras, sino que vamos a cotejar dos tipos de análisis diferentes hechos sobre la misma realidad, y desde ópticas de izquierda, cuyas diferencias tienen por objeto, precisamente, servir de soporte a la defensa de dos estrategias diferentes, las dos estrategias que, pasando por alto los matices, van a enfrentarse durante el período de la UP.

Analizar el desarrollo político de Chile es hacer referencia a la evolución desde un Estado oligárquico a un Estado democrático, a su relativamente larga estabilidad institucional, a las características de su movimiento obrero, y a su relación con el Estado liberal hasta 1970.

A grandes rasgos estos dos análisis van a diferenciarse en el aspecto principal en el que poner el énfasis. El primero de ellos va a referirse sobretudo a la complejidad y solidez de la sociedad civil y el Estado resultante de siglo y medio de evolución, y va a encontrar en ello las dificultades principales para una estrategia de transformación socialista. El segundo, por el contrario, hará abstracción de este problema y se centrará sobretudo en subrayar la carencia fundamental que habría impedido la revolución socialista en Chile, la ausencia de una auténtica dirección revolucionaria que, en los momentos críticos por los que atravesó el sistema capitalista en Chile, hubiera podido transformarlos en situaciones revolucionarias y llevar a la toma del poder por el proletariado. En el primer caso enlazan con las reflexiones de Gramsci e, incluso, con las del eurocomunismo. En el segundo, se mantienen más fieles a los esquemas ortodoxos derivados de la revolución bolchevique.

Entre los autores situados con más o menos intensidad en el campo del primer análisis, y que seguiremos a continuación, podemos citar a Hugo Cancino¹¹⁹, Regis Debray¹²⁰ y Jorge Arrate y Eduardo Rojas¹²¹.

El desarrollo que seguirá el Estado chileno se encuadra en general en la evolución típica de los Estados liberales europeos, que partiendo de un carácter marcadamente oligárquico se va democratizando paulatinamente por diversas presiones internas y, a veces, externas. Las diferencias con el cuadro general de evolución de este tipo de Estado vienen dadas en el caso chileno por tratarse de un país semidependiente económicamente.

Las bases del sistema político-institucional chileno se asientan en el período conservador que siguió a la guerra civil de 1829, y son recogidas en la Constitución de 1833. Se trata de un Estado oligárquico en el que la política y el gobierno son monopolizados por una exigua minoría de la sociedad que compone la oligarquía terrateniente, minera y comercial, que inserta a Chile en el mercado internacional con un rol subordinado.

La dominación de este bloque se realiza apenas sin amenazas o sacudidas. Solamente dos acontecimientos internos alteran inicialmente esta estabilidad política,

¹¹⁹ Cancino Troncoso, Hugo, op. cit., págs. 61-95

¹²⁰ Debray, Regis, Conversación con Allende, Siglo XXI Editores, México, 1971, págs. 18-33

¹²¹ Arrate, Jorge y Rojas, Eduardo, op. cit., págs. 1-13

más resaltable aún en el cuadro de graves alteraciones sociales y políticas que conforman su entorno continental. De un lado la guerra de la Araucanía con el pueblo mapuche y, de otro, la guerra civil de 1891. Como apuntan Arrate y Rojas, detrás de este último conflicto está el conflicto entre los presidencialistas seguidores de Balmaceda que defienden la explotación nacional de las riquezas básicas nacionales, de manera que la explotación del salitre sirviese de base para iniciar un proceso industrializador; y los parlamentaristas conservadores, finalmente triunfantes, partidarios de que el capital exterior explote las riquezas del salitre, reservando al Estado chileno un papel recaudador de impuestos. En palabras de Debray, la naciente burguesía industrial tuvo que ceder ante una más solidamente asentada oligarquía agraria y comercial. Y, además, el Estado adoptó un carácter parlamentario que duraría hasta 1920.

Sin embargo, estas diferencias pronto pasan a segundo plano ante el reto del naciente movimiento obrero chileno.

El desarrollo económico y político empezó en esa época a divergir, pues por un lado el control extranjero de las principales riquezas supuso un retraso en el desarrollo del sistema capitalista chileno, en tanto, por otro lado, se estabilizaba y desarrollaban las instituciones del Estado liberal.

El proletariado, que se expande a finales del siglo XIX, crea sus primeras organizaciones, que asumen un carácter de lucha frontal contra el Estado con influencia del anarcosindicalismo, lo que supone, a su vez, una intensa represión por parte del Estado oligárquico. Es lo que Cancino denomina “ciclo ‘heroico’ de las luchas obreras”, tras el cual, a partir de 1907, la línea que se consolida es aquella centrada en los aspectos reivindicativos y búsqueda de representación en el sistema político.

En la década de los 20 un nuevo actor social, las clases medias, exigen su participación política. Unidas a la clase obrera promueven las reformas del Estado oligárquico y así se abre un período de inestabilidad política entre 1924 y 1932 que posibilita diversas intervenciones militares. Además del acceso de las clases medias a la participación en el Estado, otras dos consecuencias se desprenden de la efervescencia del período, de un lado el desplazamiento definitivo de las corrientes sindicalistas revolucionarias a favor de las corrientes negociadoras y, de otro, la reforma constitucional que restablece el carácter presidencialista de la República.

En 1938, el Frente Popular alcanza el gobierno y con ello se abre un largo período político que durará prácticamente hasta 1964, caracterizado por un sistema de consensos entre las clases sociales que caracterizan el denominado “Estado de Compromiso”, que reemplaza al viejo Estado oligárquico, ello se plasma en los sucesivos gobiernos de coalición. El significado de este nuevo Estado es que representa un equilibrio de las fuerzas en pugna, dónde el Estado representa un papel arbitral que es capaz de integrar y canalizar los conflictos.

Debray también interpreta el pulso continuo entre el bloque dominante y el movimiento obrero, salpicado de episodios de intensa represión, como una situación de equilibrio, con el mantenimiento de las características principales del sistema, alegando que las distintas crisis sufridas “corresponden más a mutaciones que a rupturas, a desplazamientos del centro de gravedad en el seno del dispositivo de las fuerzas sociales dominantes que a trastornos del dispositivo mismo”. Pero va más allá y, en relación con el papel del movimiento obrero, afirma que “el movimiento obrero, a través y más allá de las tensiones y de las crisis, se ha convertido con el tiempo en uno de los polos necesarios al mantenimiento, es decir, al reequilibrio periódico del sistema de dominación”.

Y avanza una explicación a este fenómeno contradictorio de enfrentamiento social y consenso político por parte del movimiento obrero que evite “los anatemas subjetivistas lanzados contra las direcciones políticas tradicionales”, tomando en cuenta ciertas condiciones objetivas.

Primero, la dispersión geográfica que sufre la clase obrera consecuencia de la ubicación de sus centros de concentración, apartada del centro de decisiones políticas que supone la capital. Segundo, su aislamiento e incapacidad de influencia sobre un campesinado por largo tiempo atado clientelisticamente a la oligarquía latifundista. Tercero, el carácter minoritario del sector organizado de la clase obrera. Por último, que la alianza de clases que articula con la clase media en el Frente Popular, “por lo demás inevitable” hace que sus intereses queden subordinados a los de ésta.

Estos factores, apunta Debray, explican porque “el cuadro hegemónico ha podido amortiguar el impacto y la fuerza de ruptura de un movimiento obrero poderoso”.

En el balance que realiza Cancino de este período cree que frente a los que magnifican los aspectos negativos, como la incapacidad de impulsar la reforma agraria o el cuestionamiento de la dependencia económica, también hay aspectos positivos a resaltar como el mantenimiento de la estabilidad política durante varias décadas y la posibilidad que significó para la izquierda de salir del “ghetto”, especialmente al PC.

Este análisis de Cancino sobre el desarrollo del Estado chileno desde su nacimiento está guiado por un objetivo, rechazar los análisis de una parte de la izquierda sobre la naturaleza del Estado chileno y, como consecuencia, rechazar la estrategia insurreccional que proponía. El Estado se habría venido caracterizando por la resolución de los conflictos a través de medios institucionales basados en consensos, con la excepción de la guerra civil de 1891. Su carácter inicial no democrático fue transformado especialmente en la crisis de los años 20 y la posterior etapa frentepopulista, que redundó en un ensanchamiento de las bases sociales del Estado y la ampliación del sistema de consensos, en los que participó la clase obrera, si bien siguieron marginados los estratos pobres del campo y la ciudad. En definitiva, en Chile existía a la altura de 1970 un Estado asentado en una sociedad civil compleja.

Debray también llegará a conclusiones parecidas, recordando que por encima de las alteraciones puntuales, el Estado liberal democrático “ha demostrado una excepcional capacidad de amortiguamiento, de recuperación y de conciliación. Ella ha proporcionado y continúa proporcionando la ideología dominante, el legalismo y la juridicidad, que permanecen en el ambiente; las estructuras políticas de encauzamiento, es decir, un cuadro institucional estable”. Y continúa diciendo:

“Sin duda esta dictadura legal ha podido ser mellada accidentalmente (por fractura, luego de la República Socialista de los cien días en 1932) o recortada sobre los bordes (por los costados, luego de una coalición popular victoriosa, en 1938 o en 1946); sin duda ha podido ser infiltrada, en pleno régimen capitalista, por una legislación social avanzada, sancionando o instituyendo numerosas conquistas obreras (...) Pero eso no es más que el ‘molido’ del billete, la contrapartida de la alienación histórica que aseguran a la perfección las instituciones llamadas representativas de soberanía popular.”

Su conclusión es la de que:

“Chile, en este sentido, pertenece a esas sociedades “occidentales” de las que hablaba Gramsci, en las cuales, detrás de la fortaleza principal del Estado, que puede siempre ser tomada por

un golpe de mano afortunado, se escalona en profundidad toda una red de trincheras, de fortines y de bastiones cuya conquista no puede ser tan simple.”

Un segundo tipo de análisis, típico de una izquierda que concibe como única manera de cambiar la sociedad la toma insurreccional del poder por el proletariado, es el que podemos encontrar en el documento “Lecciones de Chile”¹²² donde se pone el énfasis en la incapacidad de la burguesía para cumplir sus tareas históricas.

El problema de la tierra, junto con el de la emancipación del país del imperialismo habría sido siempre el problema central de la sociedad chilena.

El hecho de que en Chile se terminasen fundiendo los intereses de los grandes terratenientes, los banqueros y los capitalistas en una oligarquía poderosa, que controla la vida económica del país junto al imperialismo, explica la ausencia en este país de una revolución democrática burguesa y la frustración de cualquier auténtica reforma agraria. La extensión de los derechos democráticos fue consecuencia de las luchas de la clase obrera que obligó a hacer concesiones a la oligarquía en el período de entreguerras.

El enfrentamiento entre liberales y conservadores en la segunda mitad del siglo XIX, como consecuencia del desarrollo de la economía capitalista, llegó a su final con las guerras de final de siglo con Perú y Bolivia que contribuyeron a la fusión de los terratenientes con la burguesía. Este “compromiso histórico” entre las distintas fracciones de la clase dominante encontró su expresión en el terreno de la política con un largo período de parlamentarismo asentado en la bonanza económica derivada del período de expansión del capitalismo internacional entre 1891-1913 y de la neutralidad chilena en la Primera Guerra Mundial.

La burguesía chilena también mostró su incapacidad para emancipar al país del imperialismo, del británico antes de la Primera Guerra Mundial y del norteamericano después de la Segunda Guerra Mundial.

La recesión mundial iniciada en 1918 sacó a la superficie todas las contradicciones que el sistema albergaba y la sociedad chilena entra en un período de crisis en los años 20. Situación prerrevolucionaria desperdiciada para la clase trabajadora al no disponer de un auténtico partido revolucionario que llevase a la toma del poder por la clase trabajadora. En su lugar, la dirección comunista impulsó la política de Frente Popular, arrastrando a la dirección socialista, que redundó en perjuicio de la clase trabajadora.

Si la fusión de la burguesía con la oligarquía terrateniente la incapacitó para cumplir sus tareas históricas, el proletariado tampoco fue capaz de jugar su rol histórico en las oportunidades que se le presentó debido a la ausencia de una auténtica dirección revolucionaria, cuando los principales partidos del proletariado se inclinaron por el frentepopulismo. La estrategia correcta seguirá siendo la insurreccional, pero, como en los años 20, tampoco en los 70 hubo una dirección revolucionaria capaz de aprovechar la situación prerrevolucionaria.

En conclusión, Chile ha estado articulado políticamente como un Estado liberal democrático de larga estabilidad en cuyo seno los principales partidos obreros han practicado, más allá de las declaraciones programáticas o de principios, una política parlamentaria basada en diversas concepciones aliancistas pero, en cualquier caso, alejados de prácticas insurgentes.

Efectivamente, a partir del año 1932, en que comienza una progresiva expansión del sistema democrático que permite la participación cada vez mayor de la

¹²² Lecciones de Chile, en *Marxismo Hoy*, N° 5, Septiembre, 1998, Fundación Federico Engels, http://www.engels.org/marxismo/marxis5/mar_5_2.htm. (19 Septiembre 2004)

clase trabajadora, las principales expresiones políticas de ésta, los partidos comunista y socialista, institucionalizan el conflicto de clases a través de los mecanismos arbitrales del Estado: la lucha sindical reivindicativa y, sobretudo, la actividad parlamentaria.

Van a ser varias las características del sistema político en el cual la Unidad Popular va a desarrollar su estrategia de la vía chilena al socialismo según Joan E. Garcés¹²³: régimen multipartidista que caracteriza incluso al propio movimiento revolucionario; pluralismo político con reconocimiento de los derechos a la oposición; forma de Estado liberal democrática caracterizada por el predominio del Presidente de la República; continuidad de la actividad parlamentaria durante siglo y medio sin apenas interrupciones; y FFAA constitucionalistas, con apenas intervenciones en la vida política.

En estas condiciones del sistema político y de la praxis histórica del movimiento obrero la estrategia de la UP va a descansar en una noción que, como apunta Sergio Bitar, está profundamente arraigada en el pensamiento de la izquierda: la “flexibilidad institucional”, con la cual se expresa la confianza en que el régimen institucional sea lo suficientemente flexible como para tolerar cambios revolucionarios y permitir realizarlos.

Efectivamente, recordará Susana Bruna, en Chile la democracia liberal se alcanzó mediante un proceso de desarrollo progresivo desde un Estado claramente oligárquico sin llegar a producirse una ruptura del Estado, y este desarrollo hizo que el Estado chileno revelase “en su forma” la flexibilidad suficiente para permitir el acceso de las fuerzas populares a posiciones claves en su seno.

A partir de este presupuesto, el esquema a seguir tenía su lógica:

*“A nivel político institucional era posible alcanzar electoralmente el poder ejecutivo. Se concibió que, apoyadas en esa cuota inicial de poder, las fuerzas políticas progresistas implantarían cambios progresivos en la estructura económica e ideológica, y más tarde en la institucional”*¹²⁴

Pero, como tendremos ocasión de analizar al final, algunos autores criticarán la falsedad de esta premisa que se evidenciará dramáticamente con la intervención militar del 11 de septiembre de 1973. La discusión, en este aspecto, girará en torno a si el fracaso de la experiencia chilena estaba escrito de antemano por la utilización de una vía imposible en sus propios términos o, si fue más bien responsabilidad de errores cometidos en su desarrollo.

El régimen político vigente en Chile en el momento de la victoria de la UP tiene una clara característica presidencialista y fue definido por la Constitución de 1925. Susana Bruna precisa lo esencial del funcionamiento de ese régimen político:

*“el sistema sancionado ese año refuerza el poder del Ejecutivo y mantiene al Legislativo como factor de flexibilidad y apertura hacia las clases-apoyo. Por otra parte, la oligarquía, jamás completamente eliminada de la repartición del poder, obtiene sus propias garantías de participación a través del poder Judicial que, en adelante, permanecerá entre sus manos; la importancia atribuida al Senado, especie de tribunal supremo, refuerza tales garantías. El equilibrio del sistema, en fin, estaba asegurado, por un control jurídico-administrativo que ejercerá sobre el Ejecutivo la Contraloría General de la República, creada en 1925”*¹²⁵

El régimen presidencialista vigente en Chile desde 1925 significaba que, dentro del equilibrio existente entre los diferentes poderes del Estado, prevalecía la

¹²³ Garcés, Joan E., El Estado y los problemas tácticos del gobierno de Allende, Siglo XXI Editores, México, 1974, págs. 194-5

¹²⁴ Bitar, Sergio, pág., op. cit., pág. 56

¹²⁵ Bruna, Susana, op. cit., pág. 60

voluntad del Presidente de la República para lo que contaba con numerosas facultades e instrumentos legales: responsable del orden público y de la política exterior, jefe de las Fuerzas Armadas, derecho a veto de leyes aprobadas por el Parlamento, funciones legislativas delegadas por el Parlamento, legislación por decreto, monopolio de la iniciativa legislativa en varios campos importantes, etc.

Pero la práctica histórica de este sistema hacía que, debido al multipartidismo del régimen político chileno, el Presidente careciese de mayorías parlamentarias para poder gobernar cómodamente. Ésta va a ser la situación en que se va a encontrar Salvador Allende para intentar llevar a la práctica el programa de la UP.

La palanca que se proponía utilizar la UP para iniciar la transición al socialismo era la conquista de la Presidencia como poder más relevante de la República. Esto significaba crear una “dualidad de poderes” en el seno del propio Estado, porque la oposición iba a seguir controlando el poder legislativo y judicial, el económico y el financiero, iba a seguir teniendo en sus manos el control de una gran cantidad de medios de comunicación, y jugaba a su favor el peso del sistema ideológico con el apoyo de instituciones como la Iglesia o la Universidad.

Pero la estrategia era, a partir de la mencionada noción de “flexibilidad institucional”, apoyarse en las posiciones conquistadas desde la Presidencia para extender el control al resto del aparato estatal. Como apunta Carlos Altamirano:

“La conquista del poder provendría así, no del desarrollo de un poder popular surgido «desde la base» para remplazar el Estado burgués, como lo señalaba el programa, sino de la adaptación progresiva del orden jurídico-institucional a las nuevas realidades introducidas por las transformaciones socioeconómicas.”¹²⁶

Esta estrategia buscaba aprovechar oportunidades existentes en el sistema político, pero se enfrentaba también a claras limitaciones. El esquema tripolar de 1970, fruto del programa de reformas del gobierno Frei permitió el triunfo de la UP, pero exigía su mantenimiento para poder aplicar el programa, evitando la bipolarización, lo que se traduciría en la necesidad de lograr acuerdos con la Democracia Cristiana. Si se apoyaba en la flexibilidad institucional para lograr las transformaciones buscadas, también se reconocía la imposibilidad de superarla para lograr aquellas:

“ el uso de los mecanismos existentes para conseguir su autotransformación impedían un cambio radical, permitiendo sólo un avance gradual”¹²⁷.

Igualmente, dado el carácter constitucionalista de las FFAA (su obediencia al gobierno legítimamente constituido) éstas podían servir de garantes frente a los procesos sediciosos internos o amenazas externas, pero también servían de freno a tentaciones de la izquierda de desbordar la institucionalidad.

Finalmente, y en relación con las competencias mencionadas del Presidente de la República, es interesante tener en cuenta el siguiente matiz:

“si ellas pueden ser consideradas suficientes o aun sobradas cuando se trata de gobernar una sociedad en reposo, destinada a preservar el status, o, cuando más, a evolucionar lentamente dentro de los marcos llamados “de desarrollo”, se tornan dramáticamente insuficientes para el Jefe

¹²⁶ Altamirano, Carlos, *Dialéctica de una derrota I*, op. cit., pág. 27

¹²⁷ *Ibid.*, pág. 304

de Estado que aspira a provocar transformaciones profundas en las estructuras políticas del país y en sus condiciones socioeconómicas, como es el caso del presidente Allende”¹²⁸

¹²⁸ Novoa Montreal, El difícil camino de la legalidad, en Susana Bruna, op. cit. pág. 63

CONDICIONES QUE HICIERON POSIBLE LA VICTORIA ELECTORAL DE SALVADOR ALLENDE

EL PROCESO DE CONSTRUCCIÓN DE LA UP

La política aliancista del PC de Chile se detecta prácticamente desde sus orígenes, pues, en 1924 va a formar junto con la Federación de Estudiantes, el Comité Obrero Nacional que, a su vez, en 1925 realizó un Congreso Constituyente de Asalariados e Intelectuales, predecesor de la Asamblea de Asalariados de Chile, formada en 1926 para presentar un candidato presidencial a las elecciones de ese año frente a la Alianza Liberal, que sería la vencedora. La Asamblea de Asalariados estaba compuesta por una serie de organizaciones sociales (la Federación Obrera de Chile, la Federación Obrera Ferroviaria, la Liga de Comerciantes Industriales, etc.) junto al PC, pues el PS aún no se había creado en esa fecha.

Sería en los años 30 cuando, en medio de una grave crisis política, aparecen las siguientes alianzas de la izquierda. La primera sería el Block de Izquierda formado por el PS, el Partido Radical-Socialista y el Partido Democrático. El PC, por su parte, que no participó en esa alianza, impulsó el Frente Popular (FP), que terminó constituyéndose en 1936 con la participación del PC, el PS, el PR, el PD, el PRS y la Confederación de Trabajadores de Chile que se había constituido en esos momentos mediante la fusión de las organizaciones sindicales que dirigían comunistas, socialistas y anarcosindicalistas.

Con el FP por primera vez la izquierda accedía al poder en 1938 con el Presidente radical Pedro Aguirre Cerda, iniciándose con él un periodo de gobiernos radicales apoyados por la izquierda, de los cuales ésta saldría frustrada y decepcionada.

Tras la muerte de Aguirre Cerda en 1941, y después de la ruptura del FP por el PS de Oscar Schnake en 1940, le suceden diversos gobiernos radicales cuyas notas características, a los efectos de las políticas unitarias aquí analizadas, consisten en que son apoyados uno por el PS (Duhaldé) y otro por el PC (González Videla), consecuencia de la ruptura producida entre socialistas y comunistas en ese periodo.

La recomposición de la unidad de la izquierda se haría primero entre el PC y una parte del dividido socialismo en ese momento, el PS de Chile, para formar el Frente del Pueblo, que apoyaba como candidato presidencial a Salvador Allende en 1952 frente a Carlos Ibáñez, al que a su vez apoyaba la otra parte del socialismo, el PSP. Tras la rápida frustración del PSP con el gobierno Ibáñez terminó uniéndose al Frente del Pueblo, recomponiéndose así la alianza entre el PS y el PC por un largo periodo que duraría más allá del gobierno de la UP.

Fruto de la nueva situación de entendimiento es la constitución en 1956 del FRAP (Frente de Acción Popular) del que formaban parte, además del PC y el PS, el Partido Nacional Democrático, el Partido Democrático del Pueblo y del Trabajo y la Alianza Independiente. La diferencia fundamental que separa al FRAP, y luego a la UP, del FP, es que mientras en este último era el PR el eje de la coalición; en el FRAP y la UP es la alianza PS-PC la fuerza determinante. Se trata de una transacción

entre las dos políticas diferentes del PS (FT) y el PC (FLN), pues como dicen Jorge Arrate y Eduardo Rojas:

“Para una mirada superficial, el FRAP representa el triunfo de la línea “revolucionaria” de Frente de Trabajadores del PSP sobre la del PC, partidario de frentes amplios y políticamente moderados. Pero desde una perspectiva histórica, el FRAP es un fenómeno más complejo y contradictorio, que hace coexistir una composición social e ideológica más “estrecha”, de impronta socialista, y una política y programa “amplios”, de línea PC.”¹²⁹

Para Miranda se trataba de una variante distinta del frentepopulismo del PC de Chile:

“aunque el programa del FRAP era el mismo que el de los Frentes Populares y en su composición también incorporaba a partidos burgueses, aunque no de la importancia del Partido Radical en los 30 y 40, había un nuevo elemento que terminó de incorporarse con fuerza al análisis, y sobre el que muchos se apoyan para decir que la estrategia frentepopulista responde a un período anterior: el de la necesidad de alcanzar la hegemonía obrera en la alianza anti-imperialista y anti-oligárquica, que a efectos prácticos significaba la unidad socialista- comunista, para dirigir el amplio bloque por el que se bregaba.”¹³⁰

En opinión de Alonso Daire el FRAP representa la estrategia del FLN porque representa los objetivos de la revolución democrático-burguesa, no es portador de un programa socialista, sino de cambios profundos en la sociedad chilena. Desde luego no es la estrategia ideal del PC porque no integra a ningún partido de centro como los comunistas deseaban, pero tampoco representa la política del Frente de Trabajadores del PS.

Una cuestión interesante es la que plantea Alonso Daire¹³¹ a partir de su interpretación de que el FRAP representa la línea del PC: ¿Por qué en un contexto en que el PS aparece más fuerte que el PC, éste se impone en el FRAP?. La hipótesis explicativa que apunta es la de la presencia de Salvador Allende en el PS.

El candidato de la nueva alianza, Salvador Allende, es derrotado en las elecciones de 1958 por Alessandri por un estrecho margen de votos (390.000 sobre 356.000). Este resultado va a servir al PC para cargarse de razón en su tesis de instaurar un gobierno popular a través de una victoria electoral popular.

La interpretación que hace Alonso Daire de las tres alianzas que, entre 1952 y 1970, formarán el PC de Chile y el PS es la de que representan en gran medida los proyectos sostenidos por el PC de Chile. Así, en principio, opina que el Frente del Pueblo se transformará “en el centro y núcleo del Frente de Liberación Nacional”¹³². Después continúa apuntando que: “la estrategia del Frente de Liberación Nacional, elemento constante desde 1949-50, asume en 1956 forma orgánica en el programa del FRAP”¹³³. Por último, apunta que: “La UP como revolución antiimperialista, primera etapa de la transición al socialismo, es la realización histórica del pensamiento del PC de Chile”¹³⁴.

Sin embargo, para Julio César Jobet¹³⁵, historiador y militante del PS, el significado del FRAP es diferente, se trataría más bien del triunfo de la posición socialista en cuanto dejaba fuera del FRAP a los partidos del centro como el Partido

¹²⁹ Arrate, Jorge y Rojas, Eduardo, op. cit., pág. 168,

¹³⁰ Miranda, Nicolás, op. cit., pág. 101

¹³¹ Daire T., Alonso, op. cit., pág. 173

¹³² *Ibíd.*, pág. 150

¹³³ *Ibíd.*, pág. 168

¹³⁴ *Ibíd.*, pág. 216

¹³⁵ Jobet, Julio César, El Partido Socialista de Chile II, op. cit., pág. 4

Radical y Falange Nacional, es decir, no se trataba con él de impulsar el desarrollo de la revolución democrático-burguesa, sino de conquistar el poder para el pueblo.

Como hemos visto, antes de la constitución del FRAP la colaboración entre el PS y el PC no había sido estable. Es a partir de esta experiencia unitaria que las relaciones se estabilizan, aunque no por ello dejan de ser conflictivas por momentos, especialmente durante la segunda etapa de la UP. Pero ya durante la vigencia del FRAP se produce uno de los más importantes debates ideológicos entre el PS y el PC, iniciado por Ampuero y Millas en 1962, en el que se deslindan las posiciones diferentes de cada partido. Esta polémica es recogida tanto por Jorge Arrate y Eduardo Rojas¹³⁶ como por Alonso Daire¹³⁷, al que seguiremos fundamentalmente en esta parte. El primer punto de controversia es sobre el reconocimiento o no de un mundo dividido en dos campos enfrentados, el capitalista y el socialista. El PC, lógicamente, se identifica con esta visión, donde el capitalismo apunta hacia la guerra y el socialismo hacia la paz, con la ya clásica posición de que la piedra de toque del internacionalismo proletario vendría dada por la actitud frente a la URSS y el campo socialista. El PS, por el contrario, rechaza esta teoría de la división en campos en base a que considera que la verdadera división es la que produce la contienda entre las fuerzas de la burguesía y del proletariado y que abarca al mundo entero, y no a dos campos como áreas geográficas definidas en el mapa, y, porque además, se derivan consecuencias perversas en la práctica, ya que significa subordinar las necesidades estratégicas del movimiento obrero a la seguridad nacional de los Estados socialistas, o calificar las conquistas políticas en función de sus compromisos internacionales y no por su valor intrínseco. Las motivaciones de esta posición del PS se encuentran en los casos de Yugoslavia (por la que sentía gran simpatía) o Hungría.

El segundo punto de la polémica versaba sobre el papel del PCUS como vanguardia del movimiento revolucionario, que era la posición sostenida por el PC, en tanto que el PS rechazaba de plano el reconocimiento de cualquier centro dirigente, lo que había sido la causa de su independencia internacional, ya que la posición del PC termina por exigir fidelidades y por condenar como herejías toda vía original en la conducción revolucionaria o en la construcción socialista.

El tercer punto de la controversia giraba en torno a la vía pacífica, tal como la entiende el PC en esos momentos. La crítica del PS apunta no a la participación electoral, que el mismo practica, sino en que el énfasis del PC pueda llevar a crear entre las masas una falsa confianza en la normalidad de las instituciones democráticas y en el imparcial funcionamiento de los mecanismos representativos. Pero no se puede olvidar en este tercer punto en discusión que, tras la posición del PS, está la fuerte influencia que ejerce en él la revolución cubana y sus métodos de lucha, y que terminaría por gestar en el PS una línea ultraizquierdista.

Corvalán se refiere en sus memorias a cuatro graves crisis entre el PC y el PS a lo largo de su historia:

“La primera crisis entre socialistas y comunistas estalló cuando Oscar Schnake, líder del PS, le declaró la guerra al PC. Esto ocurrió a fines de 1939, durante el gobierno de don Pedro Aguirre Cerda (...) De regreso de un viaje de varios meses a los Estados Unidos (...) Oscar Schnake desahució la alianza del Frente Popular y las emprendió contra el Partido Comunista. Se abrió entonces un período de guerra fratricida entre socialistas y comunistas (...) La unidad fue restablecida al calor de la lucha antifascista. La segunda crisis se produjo en el verano de 1946 cuando, a raíz de la masacre de la Plaza Bulnes, el PS (...) entra en el gobierno de Duhalde, llamado

¹³⁶ Arrate, Jorge y Rojas, Eduardo, op. cit., págs. 195-7

¹³⁷ Daire T., Alonso, op. cit., págs. 190-8

el gobierno del Tercer Frente, y su líder sindical, Bernardo Ibáñez, divide la Confederación de Trabajadores de Chile, la CTC. La tercera crisis ocurrió en 1952, cuando la mayoría de los socialistas deciden plegarse a la candidatura presidencial de Carlos Ibáñez del Campo y a esta se opone nuestro partido y un sector socialista encabezado por Salvador Allende. La cuarta, la más grave, comenzó en las postrimerías de la dictadura de Pinochet y se prolonga hasta nuestros días”¹³⁸

Es necesario anotar que, a pesar de mantenerse la alianza PC-PS estable a partir de ese momento, primero con el FRAP y luego con la UP, sin embargo, las políticas de alianzas sostenidas por ambos partidos diferían sustancialmente. La del PC se basaba en una concepción amplia que intentaba integrar a los sectores progresistas de la burguesía, alcanzar el poder y proceder a transformaciones; a efectos políticos su traducción era la defensa de una actitud favorable a alcanzar acuerdos con el PR y la DC. El PC había definido a la burguesía nacional como “aquellas capas de pequeños, medianos y grandes comerciantes e industriales cuyos intereses económicos están en contradicción con la política de destrucción y sometimiento de la economía nacional que impulsan los monopolios yanquis y chilenos y los grandes latifundistas criollos”. Por el contrario, la política de alianzas del PS se basaba en una concepción más restringida, que desconfiaba profundamente del apoyo de cualquier sector de la burguesía, pues para el PS, la burguesía es definida como reaccionaria, tributaria del imperialismo, ligada a los terratenientes e incapaz de jugar un papel democrático, en consecuencia los cambios revolucionarios necesitan de la unidad de la clase obrera pero no del concurso de ningún tipo de burguesía.

Con el apoyo del FRAP Salvador Allende intentó dos veces sin éxito acceder a la presidencia, la primera en 1958 y la segunda en 1964. Ya vimos lo cerca que estuvo en la primera de alzarse con la victoria, por ello mismo las expectativas creadas generaron una gran frustración en parte de la izquierda cuando se produjo la segunda derrota en 1964. Como causa de esta derrota la mayoría de los autores apuntan a un hecho inesperado acaecido poco antes de las elecciones presidenciales. Una elección parcial en Curicó dio la victoria al FRAP frente a la derecha, que tomó rápidamente conciencia del peligro de la derrota, haciendo que se produjese una realineación de aquélla para apoyar conjuntamente al candidato de la DC e impedir, así, la victoria del FRAP. Esta situación agudizó la discusión entre socialistas y comunistas en torno a la política de alianzas. Mientras el PS se reafirmaba en sus posiciones en el Congreso de Chillán de 1967, el PC abogaba por ampliar las alianzas en que se sustentaba el FRAP para alcanzar la deseada victoria electoral, y esa ampliación solo podía hacerse con la incorporación del PR, que había venido escorándose a la izquierda.

La frustración producida por esta derrota electoral en parte de la izquierda originó también que un sector de ésta descartase definitivamente la vía electoral como modo de conquista del poder y se inclinase por posiciones de extrema izquierda, defendiendo la lucha armada, fenómeno que alcanzó incluso al PC, donde se formó el grupo Espartaco alrededor del senador Jaime Barros, finalmente expulsado del partido. En esta situación es donde podemos situar el origen del MIR, que sería el más importante de la variedad de grupos izquierdistas surgidos.

La derrota del FRAP en 1964 había llevado al PC a profundizar en sus análisis sobre la necesidad de ampliar las alianzas basándose en la percepción de la existencia de un bloque social dispuesto a los cambios, lo que suponía atraer a los sectores populares que habían apoyado a la DC y a otros partidos de centro que se

¹³⁸ Corvalán, Luis, De lo vivido y lo peleado, op. cit., pág. 338

habían desplazado a posiciones progresistas como el Partido Radical. Este es el mérito del PC, que partiendo de unas condiciones adversas, como las creadas con la derrota del FRAP, y una posición contraria del PS, llega a levantar la alianza ampliada que representa la UP. Ésta no sólo representa el tipo de alianza que venía impulsando el PC desde hacía 20 años, sino que también representaba la plasmación de la táctica defendida por el PC de la “vía pacífica” (o “vía no armada”).

Como contraste con esta línea triunfante en 1969 está la posición del PS, que en su congreso de Chillán se había inclinado por la vía armada y había vuelto a rechazar las alianzas amplias, en particular la inclusión del Partido Radical. No obstante, el programa de la UP contiene una formulación del objetivo estratégico que persigue, al que se aferrará el PS para alegar que esta alianza en realidad supone “un avance ideológico y programático con respecto a los programas del FRAP que sólo sustentaban objetivos de ‘liberación nacional’ “. Esta formulación se encuentra en el párrafo donde se expresa que el objetivo perseguido es “terminar con el dominio de los imperialistas, de los monopolios, de la oligarquía terrateniente e iniciar la construcción del socialismo en Chile”¹³⁹.

Sobre el significado político y social que representa la alianza de la UP se han expresado numerosos analistas posteriores cuyas diferentes propuestas son resumidas por Hugo Cancino:

“a) Frente Popular de nuevo tipo; b) Coalición de partidos de izquierda con predominio del reformismo obrero; c) Coalición bajo influencia de la pequeña burguesía; d) Coalición que integró los intereses históricos de la burguesía avanzada con los del proletariado; e) Compromiso de tendencias pequeño burguesas y reformistas con sectores obreros revolucionarios; f) Populismo de Estado; g) Conglomerado político tecno-burocrático; y, h) Coalición pluriclasista y pluripartidista con dirección obrera”¹⁴⁰.

Cancino deduce que esta serie de conceptualizaciones sobre la UP son un indicador, sobretodo, de la participación de los investigadores de esta experiencia, tanto chilenos como extranjeros, en una matriz ideológica común, que indica el peso del discurso marxista-leninista; y crítica que, precisamente por ser esa línea la predominante, en su lógica de análisis esté inscrita ya la explicación del desenlace: la derrota de la UP sería una consecuencia inevitable “de la renuncia de la UP a las tesis del leninismo sobre el Estado y la revolución (...) por apartarse de las enseñanzas del paradigma de la revolución rusa de 1917”.

¹³⁹ PS (Regional Cordillera-Santiago), “Definir e impulsar una política revolucionaria”, En Cristián Pérez, *La izquierda chilena vista por la izquierda*, op. cit., pág. 537

¹⁴⁰ Cancino, Hugo, op. cit., págs. 124-5

EL PROGRAMA DE LA UP

El programa de la UP, firmado por los distintos partidos que la componen¹⁴¹, lo forman un conjunto de proposiciones cuyo objetivo esencial es la conquista del poder político con el objetivo de crear un poder popular sustentado en la clase trabajadora, es decir, sustituir el Estado burgués por otro que responda a los intereses del proletariado y el resto de los sectores y capas aliadas. Con ello se impulsaba el inicio de transición al socialismo.

Las transformaciones a realizar apuntan a toda la realidad política, social y económica de Chile. En el plano económico declara la intención de “terminar con el dominio de los imperialistas, de los monopolios, de la oligarquía terrateniente e iniciar la construcción del socialismo”¹⁴². El programa detalla el proceso a seguir para la construcción de una nueva economía donde “la planificación, jugará un papel importantísimo”. Comienza por expresar la voluntad de crear un área estatal dominante compuesta por la gran minería nacionalizada, el sistema financiero del país, el comercio exterior, las grandes empresas y monopolios de distribución, los monopolios industriales estratégicos y aquellas actividades que condicionan el desarrollo económico y social del país. Lo complementaría una Reforma Agraria, ya puesta en marcha por el anterior gobierno, que sería acelerada, optando por organizar preferentemente en forma de cooperativas de propiedad las tierras expropiadas. El plan enumera los objetivos a los que se orientará la nueva economía: reorientación de la producción desde los artículos superfluos y caros hacia los de consumo popular; garantizar el pleno empleo; liberar a Chile de la subordinación al capital extranjero; asegurar un crecimiento económico rápido y descentralizado; lograr una creciente independencia tecnológica y financiera; y alcanzar la estabilidad monetaria, donde la lucha contra la inflación se decide esencialmente con los cambios estructurales enunciados.¹⁴³ Esta área social dominante conviviría con un área mixta y otra de propiedad privada.

Como apunta Pedro Vuskovic¹⁴⁴ (Ministro de Economía del primer gobierno Allende) el área mixta estaría constituida por empresas donde se combinen los capitales privados con los estatales, con una administración y gestión conjunta, mientras que el área privada la constituirían la mayor parte de las empresas existentes, “cuyo tratamiento se ceñirá a las disposiciones legales sobre propiedad privada industrial y comercial”.

En el plano político el objetivo era trasladar las transformaciones económicas al plano institucional a través de un “proceso de democratización a todos los niveles y movilización organizada de las masas” que debería llevar a la promulgación de una nueva Constitución que fuese expresión de la estructura del poder popular. El Estado Popular, como es denominado en el programa, tendría en la Asamblea del Pueblo su órgano superior de poder, constituida por una Cámara Única en sustitución del sistema bicameral chileno: “Este sistema permitiría suprimir de raíz los vicios que

¹⁴¹ El programa fue aprobado el 17 de diciembre de 1969 y firmado por el Partido Comunista, el Partido Socialista, el Partido Radical, el Partido Social Demócrata, el Movimiento de Acción Popular Unitaria y la Acción Popular Independiente

¹⁴² Programa básico del gobierno de la Unidad Popular, Centro de Estudios Bicentenario Chile 1810-2020, pág. 3, www.bicentenariochile.cl, (1 Noviembre 2004)

¹⁴³ *Ibíd.*, pág 5-6

¹⁴⁴ Vuskovic, Pedro, “La política económica de la transición al socialismo”, en Cristián Pérez, *La izquierda chilena vista por la izquierda*, op. cit. pág. 379

han adolecido en Chile tanto el presidencialismo dictatorial, como el parlamentarismo corrompido”¹⁴⁵.

Tanto los integrantes de la Asamblea del Pueblo como de otros organismos de representación popular estarían sujetos al control de los electores mediante mecanismos revocatorios.

La característica fundamental del Estado Popular sería la participación activa de las masas en el poder. Para ello el programa se inclina por crear Comités de Unidad Popular que en un principio deberían coadyuvar a conquistar el poder y, luego, servirían para ejercer el poder popular; pero también expresa que:

*“las organizaciones sindicales y sociales (...) serán llamadas a intervenir en el rango que las corresponda en las decisiones de los órganos de poder (...) Se extenderán todos los derechos y garantías democráticas entregando a las organizaciones sociales los medios reales para ejercerlos y creando los mecanismos que les permitan actuar en los diferentes niveles del aparato del Estado”*¹⁴⁶

El programa se refiere también a transformaciones en el sistema cultural, educativo y de justicia, donde “una nueva concepción de la magistratura reemplazará a la actual, individualista y burguesa”. Dedicaba asimismo atención a los medios de comunicación de masas donde debían suprimirse el dominio de los monopolios y se adoptarían medidas “para que las organizaciones sociales dispongan de estos medios”.¹⁴⁷

En lo referente a la política internacional se buscaba “afirmar la plena autonomía política y económica de Chile” y para ello se articulaban tres ejes de actuación principales: A nivel general, privilegiando las relaciones con los pueblos que “están desarrollando sus luchas de liberación e independencia” y con los países socialistas. A nivel regional, promoviendo “un fuerte sentido latinoamericanista y antiimperialista” lo que implica, según el programa, “denunciar la actual OEA como un instrumento y agencia del imperialismo norteamericano y luchar contra toda forma de panamericanismo implícito en esta organización”; y, también solidarizándose de forma efectiva con la revolución cubana. Y a nivel de Chile, revisando, denunciando o desahuciando los tratados o convenios que limitan la soberanía nacional y, más en concreto, los suscritos con Estados Unidos.¹⁴⁸

Los propios protagonistas van a calificar este programa de revolucionario, dotado de carácter antiimperialista, antimonopolista y anticapitalista.:

*“El carácter revolucionario del programa surgía del propósito de la UP de alterar profundamente las bases económico-sociales del poder, generando una nueva correlación de fuerzas para alcanzar el control del Estado e ir ganando una hegemonía ideológica”*¹⁴⁹

Los tres objetivos globales a alcanzar de manera simultánea serían, pues, recuperar los recursos estratégicos de la economía en manos extranjeras, socializar aquéllos medios de producción claves en el proceso productivo, y elevar el nivel de vida de las clases populares.

El programa recoge y es acompañado de una serie de propuestas más concretas e inmediatas, en lo que se conoció como las “cuarenta medidas”, que iban orientadas a una inmediata elevación del nivel de vida de las clases populares, entre ellas se pueden citar la extensión y abaratamiento de la atención sanitaria, una

¹⁴⁵ Programa básico del gobierno de la Unidad Popular, Centro de Estudios Bicentenario Chile 1810-2020, pág. 5

¹⁴⁶ *Ibíd.*, pág. 4

¹⁴⁷ *Ibíd.*, pág. 10

¹⁴⁸ *Ibíd.*, págs. 10-11

¹⁴⁹ Bitar, Sergio, *op. cit.*, pág. 54

política de remuneraciones con reajustes automáticos de los salarios, las becas para estudios, el impulso a la construcción de viviendas populares, etc.

Como apunta Sergio Bitar fueron cuatro los enfoques principales que configuraron el programa económico de la UP:

“a) la idea socialista de que la estatización de los medios de producción es una condición necesaria para iniciar la transformación; b) los estudios sobre la dependencia, de dónde se deducía la necesidad de nacionalizar las empresas extranjeras, enfrentar a las transnacionales y reducir la influencia financiera de los Estados Unidos; c) el pensamiento de la CEPAL sobre una estrategia de desarrollo sustentada en los bienes de consumo esencial; c) un sesgo keynesiano, que inspiró una política fuertemente redistributiva y reactivadora”¹⁵⁰

Por su parte, Gonzalo Martner¹⁵¹ enumera los seis objetivos perseguidos por el Programa: En primer lugar se trataba de alcanzar un desarrollo nacional e independiente mediante la nacionalización de las actividades mineras en manos extranjeras. En segundo lugar se buscaba pasar de una economía excluyente a otra de participación popular, lo que implicaba un esfuerzo para alcanzar el pleno empleo. El tercer objetivo era mejorar la distribución del ingreso, estableciéndose la meta de pasar del 51% al 61% en la participación de los trabajadores en el ingreso nacional en el período 1970-6. El cuarto objetivo se proponía reestructurar el aparato productivo para mejorar el nivel de vida de las masas. El quinto se orientaba a incrementar la acumulación y reorientar su destino, sin que supusiese un esfuerzo por encima de las fuerzas del país. El último objetivo era conseguir un desarrollo nacional sostenido que transformase una economía estancada en otra en constante expansión.

El Programa concebía como compatibles alcanzar los dos objetivos principales que se proponía, la estatización de las grandes empresas y la redistribución del ingreso con las otras metas de corto plazo como eran la reducción del ritmo de inflación, el aumento del empleo y la aceleración del crecimiento.¹⁵²

Sin embargo, hay que tener en cuenta que el Programa además de orientarse a alcanzar estos objetivos debía de operar en unas condiciones políticas concretas que condicionaban su puesta en práctica, pues había objetivos políticos inmediatos a los que debía servir. Estos eran los siguientes¹⁵³: Las elecciones municipales de abril de 1971 exigían lograr un incremento del apoyo popular para lo que era necesario una reactivación económica que atrajera a los estratos más pobres. Era necesario obtener, al menos, la actitud neutral de los pequeños y medianos empresarios delimitando que el cambio de propiedad afectaría solo a las empresas más grandes. Y era indispensable debilitar la base del poder económico de la gran burguesía y el capital norteamericano con diversas nacionalizaciones y estatizaciones. Esta visión rechazaba por innecesario un acuerdo político con la DC, apostando por la posibilidad de que las medidas políticas y económicas serían capaces de atraer a una parte importante de la base popular democristiana a favor del gobierno.

En cuanto a los medios adecuados a utilizar para alcanzar estos objetivos, si bien parece existir una conciencia clara de las grandes líneas también aparecen críticas a la falta de concreción clara.

En el primer aspecto se manifiesta el propio Salvador Allende al aludir a las tres condiciones necesarias para organizar una nueva economía:

¹⁵⁰ *Ibíd.*, pág. 63

¹⁵¹ Martner, Gonzalo, La dirección económica durante el gobierno de Allende, Araucaria, N° 12, 4° trimestre 1980, págs. 52-3

¹⁵² Bitar, Sergio, op. cit., pág.61

¹⁵³ *Ibíd.*, págs. 75-77

“En primer lugar, establecer la dirección única y centralizada, esencialmente democrática (...) Si antes la economía era dirigida y orientada por los grandes monopolios y clanes oligárquicos, nacionales y extranjeros, ahora, al romperse su base material de sustentación, también se quebró el antiguo mecanismo de dirección económica del país. La necesidad de reemplazarlo por uno nuevo es una tarea urgente (...) En segundo lugar, debemos asegurar el funcionamiento planificado de la economía. El Plan debe ser democrático en su gestación, central en su formulación y descentralizado en su ejecución (...) La tercera condición es la más amplia y democrática participación de las masas”¹⁵⁴

En el segundo aspecto podemos apuntar dos críticas. La primera proviene de Carlos Altamirano que considera que la mayor deficiencia del programa de la UP consistía en que:

“no señalaba los mecanismos concretos para alcanzar los objetivos revolucionarios planteados (...) Es esta omisión la que resulta decisiva en la manifestación de ulteriores divergencias estratégicas en la conducción del proceso revolucionario”¹⁵⁵

La segunda proviene de Sergio Bitar, que apunta que el carácter del programa:

“era esencialmente estructural y global. Esto disminuía su valor como fuente para deducir acciones concretas y para definir una estrategia clara. El acento en los objetivos estructurales tuvo como consecuencia un escaso énfasis en los aspectos coyunturales de la transición”¹⁵⁶

Continúa criticando Bitar que:

“los procedimientos legales para lograr los objetivos del programa de la UP fueron precisándose en el camino. No hubo una definición precisa detallada, salvo en algunas áreas”.¹⁵⁷

La nacionalización del cobre se hizo a través de una reforma constitucional. En la reforma agraria, aunque existió la intención de articular una nueva ley, finalmente se utilizó la creada con el anterior gobierno de la DC. En el sector industrial no se partió de una lista clara de empresas afectadas por la estatización, ni de los procedimientos exactos a seguir, ni de las formas de compensaciones a utilizar.

Bitar plantea lucidamente el problema clave que se planteaba a la inédita experiencia chilena en el terreno práctico: “ como articular una política económica de corto plazo, con medidas de cambio estructural, en un marco democrático”¹⁵⁸, y con la conciencia de que no eran aplicables los métodos clásicos de planificación en una situación en que actuaban sobre la política económica los efectos de los cambios de propiedad y los objetivos políticos.

Las dificultades concretas que fue encontrando la aplicación del programa, tanto en el aspecto económico como en el político, y las respuestas que intentó articular la UP, así como los enfrentamientos producidos en su interior en torno a estas respuestas, serán analizadas de los próximos capítulos.

¹⁵⁴ Allende, Salvador, La revolución chilena, Editorial universitaria de Buenos Aires, Argentina, 1973, págs. 170-1

¹⁵⁵ Altamirano, Carlos, Dialéctica de una derrota I, op. cit., pág. 18

¹⁵⁶ Bitar, Sergio, pág. 62

¹⁵⁷ *Ibíd.*, pág. 80

¹⁵⁸ *Ibíd.*, pág. 82

SITUACIÓN PREVIA A LA VICTORIA

Hemos visto la constelación concreta de fuerzas políticas que terminarán por agruparse en la UP para alcanzar la victoria presidencial en 1970, así como las políticas unitarias que fueron preparando el terreno propicio para que finalmente Allende alcanzase la presidencia de Chile. Sin tener en cuenta estos datos es difícil entender el peculiar proceso chileno, pero también hay que analizar porque ese proceso culminó en la victoria de la izquierda en 1970 y no antes, y también porque tomó el camino de una auténtica transformación socialista y no un simple proceso reformista más o menos radical.

Ésta es, precisamente, una de las peculiaridades más resaltables de la experiencia chilena. El resto de las experiencias existentes sobre intentos, logrados o no, de transformación socialista habían partido de una previa crisis del sistema de dominación de manera violenta, generalmente algún tipo de guerra o de dictadura contestada por las armas (guerra mundial, invasión, dominio colonial, dictadura). Pero, en este caso, la institucionalidad burguesa estaba intacta y se intentaba utilizarla para hacer la transición.

Igualmente, dentro de los diferentes regímenes liberal-democráticos se habían producido accesos de la izquierda al poder, pero nunca habían ido más allá de políticas reformistas, aunque fuesen con carácter radical, que pusiesen en cuestión la estructura de dominación burguesa.

Para responder al primer interrogante es necesario analizar porque en 1964 fue frustrada la posibilidad existente de alcanzar la victoria por parte de la izquierda agrupada en el FRAP y, también, analizar el período inmediatamente anterior a la victoria de la UP, indagar en el significado de la “revolución en libertad” de Frei y su fracaso, porque en él reside la oportunidad histórica que finalmente se le abrió a la UP.

En el primer sentido ya nos hemos referido a la elección parcial ocurrida en Curicó poco antes de las presidenciales de 1964 cuyos resultados alarmaron a la derecha, provocando un realineamiento de ésta detrás de la DC para evitar la victoria de la izquierda. Entonces, sostiene Garcés, no ganó la DC, “sino la coalición de fuerzas políticas contra la candidatura marxista de Salvador Allende”, y en ello jugó un papel fundamental el hecho de que unos meses antes de las presidenciales, en una elección parcial de un diputado en Curicó, la victoria fuese para el candidato del FRAP. Ello alarmó a la derecha sobre las posibilidades del triunfo de Allende, que ya en 1958 se quedó a 34.000 votos de Alessandri, y la llevó a optar por el mal menor, apoyar al candidato de la DC. Igualmente hemos tenido ocasión de analizar el pulso en la izquierda por el tema de la ampliación de las alianzas para alcanzar la victoria presidencial que, finalmente, tuvo lugar en 1969 con la formación de la UP.

En la década de los 60 lo que estaba en crisis profunda en Chile era el sistema de dominación burguesa establecido a finales de los años 30, basado en la combinación de

“los intereses de la burguesía industrial y de la vieja clase terrateniente y financiera sobre la base de una participación mutua en los beneficios del enclave cuprero, controlado por el capital norteamericano”¹⁵⁹

¹⁵⁹ Mauro Marini, Ruy, Dos estrategias en el proceso chileno, pág. 4, http://www.marini-escritos.unam.mx/013_transicion_es.htm, (20 Abril 2004)

El sistema se sustentaba también en el apoyo de la pequeña burguesía urbana, una fracción de la cual administraba el Estado en beneficio de todas las clases y capas beneficiadas por el sistema; y había conseguido institucionalizar las relaciones con el sector mejor organizado del movimiento obrero.

Este sistema había superado en la década de los 50 una fase crítica, con la incorporación política de amplias masas proletarias y semiproletarias que habían desarticulado provisionalmente el régimen de partidos, y que tras el gobierno del general Ibáñez y de Alessandri desembocaría en la victoria de Frei en 1964, cuyo objetivo era “reconstruir y ampliar la base de sustentación del sistema de poder burgués”.

Las contradicciones interburguesas en la década de los 60 son palpables tanto en la industria como en la agricultura. En el sector industrial se asistía en esa época a un cambio estructural, “un desplazamiento del eje de la acumulación del capital”¹⁶⁰ Desde las industrias tradicionales con predominio de la pequeña y mediana burguesía hacia una industria más moderna donde el control correspondía al gran capital nacional y extranjero.

Pero también estas contradicciones alcanzaban al campo donde la DC impulsó una reforma agraria con un triple objetivo: 1) desarrollar una amplia clase media en el campo que sirviese para contrarrestar la movilización campesina 2) impulsar el desarrollo agrícola para disminuir la carga de la importación de alimentos, apoyando la ampliación de la penetración capitalista en el campo, lo que implicaba un conflicto con los terratenientes 3) captar una mayor base campesina para la DC.

Esta crisis de los 60 había, pues, terminado por desprestigiar totalmente a liberales y conservadores,

“instalándose en el debate la certeza de que es imposible superar el subdesarrollo sin introducir cambios estructurales en la sociedad. La revolución se convierte en la matriz conceptual”¹⁶¹

De esta manera, en 1964 se enfrentan dos proyectos que se definen como revolucionarios. Sin embargo, la denominada “revolución en libertad” de la DC ya muestra la dirección en la que se orienta por los propios apoyos que su candidato Eduardo Frei Montalva recibe, la derecha y el radicalismo le apoyan con objeto de cerrar el paso al avance de la izquierda.

La situación de avance de la izquierda en Chile en la mitad de los 60 formaba parte de la misma tendencia a nivel internacional y en América Latina en particular. Fue ésta la causa que impulsó la iniciativa estadounidense de la Alianza para el Progreso, política que perseguía:

“promover reformas por arriba como una forma preventiva para contener el desarrollo de movimientos revolucionarios que se radicalizaban y se orientaban a la transformación revolucionaria”¹⁶²

La Revolución en Libertad que levantó la DC en Chile, y llevó a la victoria de Frei en 1964, fue la expresión más acabada de esa política, puesta en funcionamiento en Chile. Su propósito era lograr el crecimiento, junto con mayores cotas de igualdad sin tener que modificar para ello profundamente el sistema, y buscaba apoyarse en

¹⁶⁰ *Ibíd.*, pág 2

¹⁶¹ Bravo Covarrubias, Irma y Gascón I Martín, Felip, op. cit., pág 3,

¹⁶² Miranda, Nicolás, op. cit., pág 107,

una base política formada por la burguesía nacional, las clases medias y el apoyo de campesinos y grupos marginales de la ciudad.

El gobierno Frei no solo fue el proyecto reformista más completo de la Alianza para el Progreso, sino que arrancó en unas condiciones totalmente favorables, teniéndolo todo a su favor:

*“una amplia base social de apoyo, el respaldo más absoluto del imperialismo norteamericano, una afluencia de capitales que llevó a límites muy avanzados la extranjerización de la economía chilena, altos precios del cobre”*¹⁶³

Y, además, por primera y única vez se instaló en Chile un gobierno de un solo partido. El apoyo del gobierno de los EEUU a la candidatura de la DC tuvo dos momentos diferenciados, primero en la financiación millonaria de su campaña electoral y, después, una vez ganadas las elecciones, en una importante avalancha de recursos financieros.

El enfoque desarrollista del PDC planteó como meta el comunitarismo, con un modelo económico mixto, sustentado en el desarrollo de organizaciones intermedias. Su programa tuvo como metas cuatro áreas de reforma prioritarias: la promoción popular, las reformas agrarias y de la educación, y la nacionalización de la minería del cobre.

*“Más que la modernización del campo en sí misma y un cambio profundo de las estructuras económicas, el programa democristiano se plantea la ampliación del mercado urbano y la integración del campesinado a la modernidad. Para facilitar dichos propósitos se plantean cambios en las instituciones asumiendo la urgente tarea de dirigir las desde arriba”*¹⁶⁴

Su programa de chilenización de la minería se basaba en la asociación del Estado con las empresas de la gran minería del cobre lo que llevó al mayor enfrentamiento de esos años de la izquierda con el gobierno democristiano, pues frente a la política de convenios de éste, aquella abogaba por la nacionalización, solución a la que se llegaron a sumar sectores concretos de la DC. La reforma agraria llegó a ser “drástica, rápida y masiva”. La política de “promoción popular”, por su parte, pondría en marcha “un amplio e intenso programa de organización, integración y educación de los sectores más pobres del país”.¹⁶⁵

Sin embargo, como analiza Sergio Bitar, la “revolución en libertad” de Frei se saldó en un nuevo fracaso que no hizo más que exacerbar las contradicciones existentes. Si en los dos primeros años hubo un aumento de las remuneraciones de las capas medias y el campesinado y una expansión del gasto público, las tensiones económicas generadas por su desbordamiento llevaron en el tercer año a medidas restrictivas que, al coincidir, con un momento ascendente de la movilización popular, llevaron a la agudización del conflicto y las contradicciones.

Tras un primer impulso a la reforma agraria, el aumento de la movilización campesina y el incremento de los conflictos con los terratenientes, llevó a un intento del gobierno por frenar dichas reformas. La política de búsqueda de apoyos de la DC entre las clases medias, campesinos y sectores marginales urbanos provocó un incremento de exigencias y expectativas que llevó a una reacción adversa de los empresarios que terminaron por separarse de la DC para apoyar a su propia fuerza

¹⁶³ Vuskovic, Pedro, Una sola lucha, op. cit., pág 37

¹⁶⁴ Irma Bravo Covarrubias, Irma y Gascón I Martín, Felip, op. cit., pág 8

¹⁶⁵ Arrate, Jorge y Rojas Eduardo, op. cit., pág. 214

política. Pero, a la vez, el gobierno Frei entró en conflicto abierto con los trabajadores.

“En síntesis, el gobierno Frei intensificó las contradicciones del sistema, actuando en dos direcciones contrapuestas: por un lado contribuyó a ampliar la movilización y organización populares, y por otro, intentó un desarrollo económico que dejaba prácticamente intacta la estructura económica.

*En el plano político, el proceso empujó a la gran burguesía en pos de una solución propia, reagrupando a los sectores contrarios a los cambios. Al mismo tiempo, generó una amplia movilización popular organizada, que políticamente representaron los partidos que integrarían la UP”.*¹⁶⁶

En consecuencia, al final del gobierno Frei se había decantado políticamente un sistema tripolar de fuerzas entre la derecha desencantada con la DC que se agrupaba en torno al Partido Nacional, la izquierda agrupada en torno a la UP que levantaba la bandera de su alternativa revolucionaria, y la propia DC. Con ello, las condiciones para la victoria electoral de la UP estaban maduras.

¹⁶⁶ Bitar, Sergio, op. cit., pág. 44

ENTRE LA VICTORIA ELECTORAL Y LA PROCLAMACIÓN COMO PRESIDENTE DE ALLENDE

El 4 de septiembre de 1970 el candidato de la UP, Salvador Allende, resultó el más votado de los tres que concurren a las elecciones presidenciales, obteniendo 1.075.616 votos que representaban el 36,5%, seguido por el candidato del derechista Partido Nacional, Jorge Alessandri, con 1.036.278 votos (34,9%) y, en último lugar, el candidato de la DC, Radomiro Tomic, con 824.849 votos (27,8%).

Como consecuencia de esta victoria, en el período que transcurrió entre el 4 de septiembre y el 24 de octubre, fecha de la investidura oficial de Allende, los sectores más derechistas chilenos y el imperialismo norteamericano pusieron en marcha todos los procedimientos posibles, desde los legales hasta el intento de golpe de Estado, para evitar que la UP hiciera efectiva su victoria electoral.

En cierto sentido fue un ensayo adelantado de las tensiones y estrategias que se reproducirían durante los tres años posteriores de gobierno de la UP. La diferencia fundamental se puede situar en el distinto éxito obtenido por uno de los actores principales, el tandem derecha reaccionaria-imperialismo, en su estrategia contra la UP. En este primer período, como veremos, no consiguió arrastrar a la DC tras su estrategia y se frustró su intento de golpe militar. En el segundo período, el del gobierno UP, una vez resuelto el primer término de la ecuación, la vinculación de la DC a su estrategia, el segundo alcanzó el resultado buscado, el golpe de Estado militar acabó con el gobierno UP y, de paso, con la democracia más estable y duradera de América Latina.

Esto presupone discutir sobre quién fue el actor que llevó la iniciativa en esta lucha desatada con la victoria electoral de Allende y cerrada con el golpe de Estado de Pinochet. Veremos en los capítulos finales los análisis realizados en torno a los actores y sus estrategias, y las posibles medidas alternativas que pudieron tomarse. Porqué detrás de todo ello subyace una cuestión de gran calado político: en las condiciones políticas nacionales e internacionales en que iba a tener lugar el experimento chileno, ¿era inevitable su fracaso, o, más bien fue consecuencia planteamientos erróneos y de decisiones incorrectas en determinados momentos?

Un actor político que busca alcanzar sus fines propios nunca se encuentra en un ambiente totalmente propicio a la consecución de sus objetivos, debe saber aprovechar las oportunidades políticas que se ofrecen para, encuadradas en una estrategia correcta, poder avanzar en la dirección propuesta. En este caso, el movimiento revolucionario chileno, expresado en la UP, se encontraba en un ambiente poco propicio para la realización de su proyecto, pero los errores y divisiones de sus enemigos y los aciertos tácticos propios la permitieron en una primera etapa acceder al poder ejecutivo.

La victoria electoral de la UP es consecuencia, ya lo hemos analizado anteriormente, no solo de la dilatada trayectoria de sus dos principales protagonistas, el PC y el PS, y de su estrategia aliancista que había preparado el camino; sino también de la división de la derecha chilena como consecuencia de una radicalización populista en la DC y de un exceso de confianza en sus posibilidades electorales frente a la izquierda transformadora. Este error de cálculo de la burguesía lo achaca Ruy Mauro Marini a la existencia de

“contradicciones interburguesas entre la burguesía y la pequeña burguesía que llevaban inevitablemente a esas clases a buscar soluciones políticas inconciliables”¹⁶⁷

Eduardo Labarca Goddard¹⁶⁸ apunta más concretamente al efecto de la reforma agraria puesta en marcha con el gobierno Frei como la causa que provocó un profundo abismo entre la DC y la derecha tradicional vinculada a la oligarquía terrateniente.

Joan E. Garcés¹⁶⁹ afina aún más en las causas de esta división de la derecha en 1970, que impidió, a pesar del esfuerzo de algunas personalidades más clarividentes de ambos partidos, el reconducirla hacia la unidad, y sitúa en cuatro reformas del gobierno Frei la responsabilidad del abismo abierto: la primera fue la reforma agraria aplicada sobre los latifundios; en segundo lugar estarían los cambios introducidos en la política tributaria que gravó sobretudo las grandes propiedades de la clase alta, que no fue capaz de aceptar esta concesión a la modernización capitalista del país; también contribuyó a ello los controles que el gobierno democristiano estableció a la política bancaria de créditos; por último, con los controles establecidos sobre el precio de venta al público de las mercancías, los pequeños y medianos comerciantes buscaron una alternativa derechista al candidato de la DC.

Para resaltar aún más la importancia de lo que Garcés denomina situación tripolar en la victoria electoral de Allende en 1970, solo hay que hacer una comparación con las causas ya analizadas de su derrota en 1964.

La UP había podido aprovechar esta situación tripolar para alcanzar la victoria electoral, pero ahora debería mantener esa división en la derecha para que su candidato Salvador Allende pudiera ser investido Presidente por el Congreso Pleno. Según el artículo 64 de la Constitución chilena, cuando el candidato ganador no hubiera obtenido la mayoría absoluta, era el Congreso Pleno (la reunión de todos los miembros de la Cámara de Diputados y el Senado) quién proclamaba al Presidente entre las dos primeras mayorías relativas, y, siempre, la designación había recaído en el candidato más votado.

La estrategia de la derecha para impedir la consumación de la victoria electoral de Allende tenía dos variantes, una de tipo constitucional y otra ilegal y violenta. La primera pasaba por alcanzar un acuerdo entre el Partido Nacional y la DC que evitase la proclamación de Allende como Presidente. En este sentido hubo una oferta a los democristianos para que sus diputados y senadores apoyasen la candidatura de Alessandri y, a cambio, éste se comprometía a renunciar de inmediato para así convocarse unas nuevas elecciones en 60 días a las que no se presentaría, dejando a Frei como candidato único del centro y la derecha. Su objetivo era impedir la elección de Allende y ganar tiempo para recomponer las fuerzas de la derecha de cara a las siguientes elecciones. Era una manera legal de sustraer la victoria de manos de la izquierda violando una práctica política establecida.

Que esta maniobra finalmente se frustrase fue debido más a la situación de la DC y la iniciativa de su sector progresista que a la iniciativa de la UP.

Efectivamente, la situación de la DC en aquellos momentos hacía muy difícil un acuerdo con el Partido Nacional. La DC había concurrido a las elecciones de 1970 con la candidatura de Radomiro Tomić y con un programa donde había muchos puntos cercanos al programa de la UP, fruto del empuje de su sector progresista que

¹⁶⁷ Mauro Marini, Ruy, op. cit., pág. 2

¹⁶⁸ Labarca Goddard, Eduardo, El Chile de Corvalán, una entrevista de 27 horas, Editorial Fontamara, Barcelona, 1975, pág. 85

¹⁶⁹ Garcés, Joan E., Chile. El camino político hacia el socialismo, Ariel, Barcelona, págs. 48-51

propugnaba acelerar los cambios iniciados por Frei. Como apunta Sergio Bitar, el programa de Tomic:

“dio menos importancia a los cambios de propiedad y más a las políticas económicas. Su análisis fue menos estructural y más instrumental, aunque reconociendo explícitamente la necesidad de una transformación profunda (...) en cuanto a la política de desarrollo y a las políticas económicas, el programa de Tomic poseía elementos similares al de Allende (...) Las medidas redistributivas también eran semejantes (...) En síntesis, la comparación de los programas económicos de Allende y Tomic deja a la vista una importante zona de confluencia”¹⁷⁰

Otro de los principales protagonistas de este proceso reconoce el importante papel jugado por Tomic en la investidura final de Allende como Presidente:

“la candidatura de Tomic se perfiló como una candidatura antiderechista. Su sello principal no fue el combate contra la Unidad Popular sino el combate contra la derecha (...). La orientación de Tomic ayudó sobre todo y ante todo al feliz término del proceso electoral, en la segunda parte de este proceso. Concretamente, contribuyó al reconocimiento por parte de la mayoría del país, por parte del Partido Demócrata Cristiano, por parte de la mayoría inmensa del Parlamento, de la victoria de Salvador Allende”¹⁷¹

La fuerza de este impulso progresista jugó con más peso en las decisiones que tomó la DC que la posición del sector más tradicional, opuesto a respaldar la candidatura de Allende; sus bases y sus juventudes no aceptaban apoyar al candidato derechista. En esta situación la directiva de la DC condicionó su apoyo al candidato de la UP a la aprobación previa de un Estatuto de Garantía Constitucionales que se incorporaría a la Constitución:

“es gracias a ese documento que la izquierda cristiana, entonces representada por Radomiro Tomic, pudo neutralizar a la derecha del partido en el poder y desbaratar así las maniobras de un aparato gubernamental más que reticente”¹⁷²

La oferta produce tensiones en la UP, que volverán a repetirse durante todo el proceso. El PC se muestra a favor del entendimiento con la DC, mientras el Pleno del Comité Central del PS, celebrado el 25 de septiembre, rechaza cualquier pacto con la DC, apostando por las movilizaciones de masas. Finalmente, en una reunión tensa, con la implicación a fondo de Allende, y ante la posición del resto de los partidos de la UP, el PS cede y se decide negociar con la DC. También en este partido el proceso para aceptar las negociaciones es tumultuoso.

El Estatuto de Garantías Constitucionales consta de nueve enmiendas que se incorporan a la Constitución y cuyo objetivo era asegurar el mantenimiento de la democracia liberal, estas enmiendas hacen referencia a lo siguiente: Estatuto de los partidos políticos. Estatuto de los medios de comunicación. Educación y autonomía universitaria. Derecho de reunión. Inviolabilidad de la correspondencia. Libertad de trabajo y derecho de sindicación. Libertad de movimiento. Organización social. Reglamentación constitucional de las FFAA y Carabineros.

Esta reforma constitucional es aprobada por la Cámara de Diputados el 15 de Octubre y el 22 por el Senado. El camino de Allende a la Presidencia quedaba desbrozado desde el punto de vista legal. Y efectivamente, el 24 de octubre el

¹⁷⁰ Bitar, Sergio, op. cit., págs. 64-66

¹⁷¹ Respuesta de Luis Corvalán en ¹⁷¹ Eduardo Labarca Goddard, op.cit., pág. 86

¹⁷² Debray, Regis, op. cit., pág. 40

Congreso Pleno se reunió con 195 integrantes, recibiendo 153 votos Salvador Allende y 35 Alessandri, con 7 en blanco.

Preguntado por Debray sobre si realmente era necesario este acuerdo, Salvador Allende confirma su necesidad y rechaza que se tratase de una negociación pues la UP no cedió ni una línea de su programa, solo se trató, alega, de una necesidad táctica. Similar opinión es sustentada por el PC quién afirmará que

“el pacto de garantías fue un requisito indispensable que puso la Democracia Cristiana para confirmar en el Parlamento la elección de Salvador Allende. Dicha condición era aceptable. Más aún, constituyo en los hechos una victoria del pueblo. Las condiciones que implicaba, de tipo menor, eran más que compensadas con la concesión de la otra parte”¹⁷³

Pero la pregunta pertinente era otra: si la izquierda de la DC no hubiera tomado la iniciativa para desbloquear la situación, ¿hubiera dejado la UP pudrir la situación y dejar que la DC fuese atraída por el PN?, ¿la amenaza de movilización de masas era factible?, ¿servirían para desbloquear la situación?.

Las respuestas pueden ser discutibles, pero la iniciativa no la llevó la UP en esta ocasión.

La segunda estrategia de la reacción y del imperialismo era de carácter ilegal y violento y fue puesta en marcha en paralelo a la anterior para servir de presión y de alternativa ante su fracaso. Se puede hablar, en este sentido, del empleo de toda una panoplia de métodos desestabilizadores que llevasen a una salida autoritaria de derechas: terrorismo y sabotajes, intentos de asesinato de Allende, sobornos, pánico financiero organizado y organización de un golpe de Estado.

La derecha utiliza a organizaciones de extrema derecha como el Movimiento Patria y Libertad, creada el 10 de septiembre de 1970, o la Vanguardia Nacional Libertadora para iniciar toda una serie de atentados terroristas. El pánico financiero no solo fue provocado por personajes e instituciones privadas, el propio ministro de economía en funciones, Andrés Zaldívar, se implicó en promover tal estado de animo. Igualmente la administración Nixon no perdió el tiempo para impedir el acceso de Allende al Palacio de la Moneda.

La CIA gastó 350 mil dólares en sobornos de Congresistas para evitar la elección de Allende en el Congreso Pleno. Fracasado este intento, la acción se encaminó por un lado, a apoyar dos tentativas de golpe de Estado y, por otro, a la desestabilización económica según un plan de la ITT

Detrás de las tentativas de golpe de Estado se encontraban el general retirado Roberto Viaux y otra serie de militares y civiles. Su fracaso se debió, desde el punto de vista militar, según Joan E. Garcés, a tres factores: 1) Al hecho de que en las FFAA la tradición de respeto al régimen legal y a los mecanismos democráticos pesaban, en ese momento, más que su formación anticomunista 2) A que, debido al “azar”, el comandante en jefe del Ejército, general René Schneider, perteneciese a ese sector institucionalista, concluyendo Garcés que:

“de ser otra la personalidad del comandante en jefe del Ejército, hay que ser muy claro en esto, el Gobierno de la Unidad Popular hubiera sido militarmente derrotado antes de asumir. Y un régimen autoritario de derecha se hubiera implantado en Chile en octubre de 1970”¹⁷⁴

¹⁷³ Informe al Pleno del Comité Central del Partido Comunista de Chile de agosto de 1977, pág. 2, http://www.memoriachilena.cl/mchilena01/temas/documento_detalle.asp?id=MC0016916, (31 Marzo 2005)

¹⁷⁴ Garcés, Joan E., El Estado y los problemas tácticos en el gobierno de Allende, op. cit., págs. 22-3.

3) Por último, también, a que los militares golpistas chilenos siempre temieron la ruptura de la unidad de las FFAA y su enfrentamiento interno.

El momento álgido de la conspiración golpista se produce dos días antes de la reunión del Congreso Pleno que debe proclamar Presidente a Salvador Allende, el intento de secuestro del general Schneider acaba en asesinato y esto frustra el último intento derechista de evitar la investidura.

De un lado, se había malogrado la estrategia política con el acuerdo DC-UP para investir a Allende y, de otro lado, había fracasado la estrategia golpista con el asesinato de Schneider, pues como apunta Pedro A. Vives:

“ La muerte del general Schneider tres días después del atentado se volvió en contra de quienes la habían inspirado. Las FFAA adoptaron la doctrina Schneider como filosofía colectiva ante la situación nacional, con lo que – como algunos reconocieron con el tiempo – le otorgaron tres años de vida a la vía chilena al socialismo”¹⁷⁵

Solo quedaba la estrategia de la desestabilización económica, pero era insuficiente para impedir la llegada de Allende a la Moneda.

Garcés había visto en la tripolarización producida en Chile la condición fundamental primero para la victoria electoral de Allende y, luego, para su victoria en la votación del Congreso Pleno y hace una predicción condicional, en abril de 1971, cuando escribe:

“la DC (...) constituye una cámara de aire entre la Izquierda en el Gobierno y la Derecha, seriamente amenazada pero aislada. La gran cuestión es saber si el Gobierno de Allende podrá consolidar el poder – en el sentido más amplio del término – de las fuerzas populares antes de que el Centro actual desaparezca (...) antes de que los sectores sociales intermedios, hoy parcialmente incorporados a la Unidad Popular o mayoritariamente neutralizados, logren ser atraídos por el polo político al servicio del gran capital para formar un solo frente contra el proletariado y los trabajadores organizados”¹⁷⁶

¹⁷⁵ A. Vives, Pedro, El Chile de Allende, Historia 16, Cuadernos del mundo actual, N° 63, pág. 12

¹⁷⁶ Garcés, Joan E., Chile. El camino político hacia el socialismo, op. cit., pág. 77

LA VÍA CHILENA AL SOCIALISMO

El proceso seguido por el gobierno de la UP con la victoria en las elecciones presidenciales de 1970 tenía como finalidad la transición al socialismo mediante una vía peculiar, diferente de la seguida hasta ese momento en otras experiencias en diferentes partes del mundo. Si éstas, en general, venían a enmarcarse en lo que podría denominarse vía insurreccional, el proceso chileno sería definido, por contraposición, de diferentes maneras según distintos autores para diferenciarla de aquella. La mayoría de estos autores van a utilizar la denominación de “vía chilena al socialismo” o, también, la de “vía pacífica”, pero otros autores como Joan E. Garcés o Hugo Cancino prefieren utilizar la de “vía político-institucional”. En el fondo, aún viniendo a referirse al mismo proceso, la elección de una denominación u otra no es del todo irrelevante. La primera quiere expresar una singularización característica del país donde se lleva a cabo, cuyas condiciones no son fácilmente localizables en otros países, y menos aún en América Latina, donde, desde el triunfo de la revolución cubana, tenía un gran peso la vía armada entre la izquierda transformadora. La segunda, la de “vía pacífica”, es justamente utilizada para remarcar esa diferencia respecto a su entorno contemporáneo y va a ser la más utilizada en la polémica interna de la UP sobre la estrategia a seguir y, también, la que más utilizarán los críticos con la experiencia chilena, precisamente para resaltar que solamente la vía armada es la que ha sido convalidada por la historia como eficaz para conseguir sus objetivos. La denominación de “vía político-institucional”, por su parte, enfatiza más las posibilidades de utilización de la institucionalidad democrático-burguesa en determinadas condiciones para poder transitar desde una formación social capitalista a otra socialista.

Carlos Altamirano define cuales son las características que separan a ambas vías:

“La vía pacífica -algunos prefieren denominarla «no armada» - sería aquella que tanto en el curso del proceso como en su culminación, recurre a formas pacíficas de lucha. Supone, básicamente, el desarrollo de la lucha de masas, el empleo de métodos legales y la utilización de la institucionalidad burguesa. El ciclo de tránsito del capitalismo al socialismo se cierra sin prever ni recurrir a la violencia, lo que no obsta a que ésta pueda darse en manifestaciones secundarias y objetivas.

La vía armada, por el contrario, supone en todas o en alguna de las fases del proceso, el uso de la violencia revolucionaria. Es este el factor, que en último término, rompe la espina dorsal del régimen dominante, quiebra su aparato represivo. La vía armada puede utilizar durante un largo camino la institucionalidad burguesa y formas legales de lucha, pero prevé - y aquí está el quid del problema- para las instancias decisivas del proceso, el empleo de la violencia. En consecuencia, configura este camino, no tanto el uso real de ella, como la previsión de este uso y la adecuación y preparación consecuente de la vanguardia revolucionaria, a esa eventualidad.”¹⁷⁷

¹⁷⁷ Altamirano, Carlos, Dialéctica de una derrota I, op. cit. Pág.24

Sobre el tema de la discusión en torno a las causas de la derrota del proceso chileno volveremos más adelante de manera más extensa y profunda, pero ahora solo nos centraremos en las características propias de esta vía y su significado.

Podemos elegir a Joan E. Garcés como el representante más destacado de la defensa de la “vía político-institucional”¹⁷⁸. Su argumentación puede ser dividida en dos partes. La primera sirve para destacar las características diferenciadoras de Chile en relación con aquellos países que siguieron la modalidad insurreccional para transitar al socialismo. Estas diferencias¹⁷⁹ son de dos tipos, económicas y políticas. Entre las primeras enumera las siguientes: el mayor grado de concentración de la propiedad de los medios de producción fundamentales en Chile que lo hacían estar más cerca del prototipo de capitalismo de Estado. En segundo lugar, su dependencia del capital extranjero no era del tipo de sometimiento colonial o semicolonial que se daba en otros países, tampoco atravesaba Chile por una grave crisis económica como la que se daba en los países donde estalló la insurrección. Por último, la diferencia era importante en la estructura socioeconómica, pues mientras aquellos eran predominantemente agrícolas, en Chile los sectores dominantes eran el secundario y el terciario.

Las diferencias políticas también son notables, Chile tenía una larga tradición sindicalista y de organización del proletariado en dos partidos obreros marxistas, frente a la tónica general de los países donde triunfó la revolución insurreccional caracterizados por una débil o inexistente tradición sindicalista y un solo partido obrero importante, el comunista. El campesinado chileno también es diferente, con un nivel avanzado de organización y desalienación frente al sometimiento a relaciones feudales o semif feudales. La clase media chilena en 1970 estaba en situación de relativa autonomía respecto a la clase dominante, lo que fraccionó el bloque burgués, frente a unos sectores medios poco desarrollados y sometidos a la hegemonía de la oligarquía. Frente a los regímenes de tipo autoritario o incluso absolutista de los países donde se impuso la vía insurreccional, Chile gozaba de un régimen democrático-liberal que se había mostrado históricamente flexible; es de destacar asimismo la naturaleza presidencialista del régimen político chileno. Por último, es clara la diferencia en cuanto a la coalición de clases formada en Chile, con hegemonía de los trabajadores, pero incluyendo a sectores de la pequeña y mediana burguesía.

En la segunda parte de su argumentación, Garcés se va a centrar en diferenciar los postulados de los defensores de las dos vías que existían en el seno de la UP, para, en contraste con los argumentos de los partidarios de la vía armada, resaltar los de la vía político-institucional¹⁸⁰. Así, los primeros encuentran en algunas de las instituciones del Estado obstáculos importantes, en algunos casos claramente beligerantes, al avance del proceso revolucionario; y, entienden que dicho proceso chocará con la legalidad institucional burguesa provocando un conflicto agudo que se resolverá por la violencia física; por tanto es inevitable destruir previamente la institucionalidad burguesa para que pueda construirse la socialista, porque el Estado chileno es un clásico aparato de dominación al servicio de los intereses del capital sin querer entrar a analizar las peculiaridades que reviste en el caso de Chile.

Los partidarios de la vía político-institucional, por el contrario, si analizan esas peculiaridades, que según ellos permiten avanzar al proceso revolucionario

¹⁷⁸ Así lo reconoce también Hugo Cancino, quién le considera un fuente imprescindible para acceder a la teoría sobre esta vía, aunque le reprocha la débil atención que muestra por los conflictos sociales desarrollados durante el proceso, en relación con el peso preponderante que concede a los conflictos político-institucionales. Hugo Cancino, op. cit., pág. 133

¹⁷⁹ Garcés, Joan E., El Estado y los problemas tácticos en el gobierno de Allende, op. cit. págs 254-7

¹⁸⁰ *Ibid.*, pág. 83-5

mediante la transformación legal del Estado actual, estando abierta una vía para que los trabajadores puedan copar y utilizar para sus propios intereses las estructuras del Estado, existiendo así la posibilidad de crear una nueva institucionalidad socialista a partir de la burguesa; en su análisis no descartan la posibilidad de un conflicto agudo y violento en algún momento, pero su objetivo es precisamente evitarle.

Esta vía ofrece oportunidades, según sus partidarios, pero también son conscientes de las limitaciones que impone, como lo reconoce Sergio Bitar¹⁸¹. Estas son de tres tipos, la primera consiste en que como dicha vía se basa en el acceso al poder mediante procesos electorales en los que la UP no dispone de mayorías absolutas, obliga a buscar compromisos con la DC; en segundo lugar la vía chilena partía de que la institucionalidad era flexible y respetada por todos los actores, entre ellos mismos la UP, y el mantenimiento de esta legitimidad institucional impedía cambios radicales que la erosionasen, permitiendo solo un avance gradual; el último límite era el control de las FFAA, su búsqueda neutralidad solo podía asegurarse mientras la acción gubernamental no superase la institucionalidad.

La vía político-institucional era el proyecto estratégico de la UP pero no era asumido de manera unánime en su seno, dando lugar, como veremos más adelante, a tensiones internas y a reproches posteriores. De los dos grandes partidos que formaban el pilar de la alianza, su defensor más decidido, con matices, era el PC, en tanto que el sector mayoritario del PS se inclinaba por la vía armada, lo cual reflejaba también las dos visiones diferentes de los objetivos que debía cumplir el gobierno popular, pues mientras para los comunistas se trataba de un período de carácter antiimperialista, antimonopolista y antilatifundista con vistas al socialismo, los socialistas plantearon durante el debate del Programa Básico de la UP la “exigencia de iniciar la construcción del socialismo como tarea del gobierno popular y no como simple perspectiva histórica”¹⁸²

En el caso del PC CH es necesario hacer una matización importante al respecto porque, como ya apuntamos anteriormente, se inclina por definir la vía que propugna no como “vía pacífica”, sino como “vía no armada”.

Ya hemos mencionado que esta opción fue adoptada por el partido en su IX Conferencia en 1952 y ratificada posteriormente en su X Congreso en 1956. Tomas Moulián e Isabel Torres¹⁸³ hacen un análisis pormenorizado del tema que vamos a seguir a continuación.

Estos dos autores están interesados, en su estudio, en poner en evidencia un aspecto importante de dicha vía, su condicionalidad, dado que su análisis va orientado a comprender el significado de la política de rebelión popular adoptada por el PC en 1980 y que es interpretada como un cambio en la línea y no como un cambio de la línea que el PC ratifica en 1956, pero que prácticamente informaba su actuación desde 1935. Pero este tema sale totalmente fuera del objetivo de este estudio y ahora solo nos interesa retener este carácter condicional de la “vía no armada” del PC. Los autores citados rastrean las justificaciones alegadas para defenderla y comienzan por dos artículos de Corvalán en 1961. En ellos hay tres argumentos importantes; primero se intenta respaldarla con apoyo de los clásicos del marxismo; en segundo lugar se caracteriza la “vía no armada” por excluir la guerra civil y la insurrección armada, pero no acciones de masas que pueden tener componentes de violencia; y, en tercer lugar se menciona su condicionalidad, pues,

¹⁸¹ Bitar, Sergio, op. cit., pág. 304

¹⁸² Altamirano, Carlos, *Dialéctica de una derrota I*, op. cit., pág. 17

¹⁸³ Moulián Tomás y Torres D., Isabel, “¿Continuidad o cambio en la línea política del PC CH?”, en *El Partido Comunista en Chile. Estudio multidisciplinario*, Augusto Varas (comp.), op. cit., págs. 456-462

se advierte que si las clases dominantes recurriesen a la violencia, entonces el movimiento popular podría verse obligado a emprender otro camino.

La derrota electoral de la izquierda en 1964 obliga al PC a ratificar su confianza en la “vía no armada” y a ella vuelve a referirse en más ocasiones. Ya durante el gobierno de la UP, y a pesar de las crecientes dificultades, después del primer año, el PC insistirá en la necesidad de mantenerse dentro de la legalidad y de evitar la guerra civil rechazando la posibilidad del cambio de vía.

La defensa de esta línea, incluso en coyunturas difíciles, como fueron el periodo de ilegalización, la segunda parte del gobierno de la UP, o la primera etapa de la lucha contra la dictadura pinochetista hizo que cristalizase la imagen de un PC profesando un “pacifismo incondicional”, lo que, según Moulian y Torres, hacia parecer que en 1980 se había producido un cambio de línea en el PC.

Por su parte, Luis Corvalán¹⁸⁴ matizará la discusión que suscito en aquel momento la línea adoptada por el PC en varios aspectos. Primero, rechazando como incorrecto hablar de vía electoral: “porque no se trataba únicamente ni obligatoriamente del camino electoral, y no tenia nada que ver con las concepciones reformistas de la socialdemocracia” y, además, continua Corvalán,

“Dentro de ella tenia cabida acciones de fuerza, múltiples combates y diversas formas de lucha, mítines, huelgas, paros nacionales, tomas de terreno, ocupaciones de fabricas, violentos enfrentamientos con la policía. Por eso era impropio calificarla de pacifica. Lo mas correcto era calificarla de no armada”¹⁸⁵

En segundo lugar, rechaza que el PC presentase la vía pacifica como opuesta a la seguida por la revolución cubana y pretendiese elevar la experiencia chilena durante el gobierno UP a la categoría de modelo a seguir.

Moulian e Isabel sostienen que el PC CH razona en términos marxistas sobre las formas de lucha en cuanto afirma que la elección de los medios no se puede realizar de una forma general y abstracta, puesto que ella depende de las condiciones históricas.

Y efectivamente este es el argumento que emplea Corvalán para defender a la vez la revolución cubana y la vía no armada sostenida por los comunistas chilenos:

“Los revolucionarios no pueden elegir, indistintamente, uno u otro camino, el de la vía pacifica o el de la vía no pacifica, ni tal o cual forma de acceso al poder dentro de una misma vía, sino el camino y la forma que surgen de las condiciones concretas en que actúan. Tienen el deber de tomar en cuenta “las instituciones, las costumbres, las tradiciones de los diversos países” de acuerdo al pensamiento ya recordado de Marx. Por ello, los comunistas chilenos sostuvimos explícitamente que en las condiciones de nuestro país, la llamada vía pacifica podría materializarse a partir de la conquista del Poder Ejecutivo en una elección presidencial y no a través de la conquista de una mayoría parlamentaria como la concibiera el XX Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética”¹⁸⁶

Susana Bruna advierte sobre el riesgo implícito a esta táctica del PC, que sería la hegemónica durante todo el gobierno popular y que se afianzaría a mitad del proceso con la consigna de consolidar para avanzar:

“En la base de esta táctica del PC se encuentra siempre la concepción del proceso en dos etapas, a saber, que una alianza extendida a la pequeña y mediana burguesía es compatible con esta primera etapa de revolución “centralizada” y bajo un fuerte capitalismo de Estado de nuevo tipo. Sin

¹⁸⁴ Corvalan, Luis, El gobierno de Allende por dentro y por fuera, op. cit., pág. 105

¹⁸⁵ *Ibíd.*, págs. 105-6

¹⁸⁶ *Ibíd.*, págs. 105-6

embargo, el riesgo consiste en no llegar a superar semejante etapa aun cuando esta revolución antiimperialista, antimonopolista y antilatfundista sea capaz de destruir esas tres fuerzas. El riesgo era, en otras palabras, que tal estrategia – con la consigna “consolidar para avanzar” – pudiera desembocar en un período de capitalismo de Estado cuya estabilidad comprometía el carácter revolucionario socialista del proceso”¹⁸⁷

Altamirano, por su parte, reconoce que la vía pacífica estaba implícita en el programa de la UP y también que el conjunto de la dirección revolucionaria era consciente de lo problemático de dicha vía, para a continuación lanzar contra ella una crítica aguda:

“A pesar de ello, en las esferas dirigentes de la UP se generó una confianza creciente en la factibilidad de «la vía chilena al socialismo, en pluralismo, libertad y democracia». En esta forma, una línea estratégica insuficientemente elaborada, expresión más de un deseo que de una concepción acabada, que ni siquiera señalaba las etapas y mecanismos tácticos que hipotéticamente la hicieran aplicable, adquiere consistencia teórica y científica.

Así, a contrapelo de todas las experiencias revolucionarias de los últimos cien años - desde la Comuna de París hasta nuestros días -, a despecho de las leyes generales del marxismo, y en abierta disposición voluntarista, se adhiere - algunos lo hacen con fe de carbonarios - a un camino jamás antes transitado.”¹⁸⁸

Esta vía, implícita en el programa de la UP, va a ser solemnemente declarada por Salvador Allende en su Mensaje Anual al Congreso Nacional pronunciado el 21 de mayo de 1971. Es la única ocasión histórica en que el más alto magistrado de una república burguesa expone de manera franca, y en un acto tan solemne, que su intención es superar la institucionalidad del régimen liberal-democrático que preside para alcanzar el socialismo:

“Como Rusia, entonces, Chile se encuentra ante la necesidad de iniciar una manera nueva de construir la sociedad socialista: la vía revolucionaria nuestra, la vía pluralista, anticipada por los clásicos del marxismo, pero jamás antes concretada (...) Chile es hoy la primera nación de la Tierra llamada a conformar el segundo modelo de transición a la sociedad socialista (...) modelando la primera sociedad socialista edificada según un modelo democrático, pluralista y libertario.”¹⁸⁹

El mismo hecho de que Salvador Allende eligiera su papel de Presidente de la República y tomase como auditorio el Congreso Nacional es una escenificación clara de la apuesta hecha por la vía político-institucional y sus implicaciones; pues bien pudiera haber escogido el papel de “compañero Presidente” y haberse dirigido a tal efecto a alguno de los actos de masa en los que intervino a menudo Salvador Allende.

Antes de continuar analizando este Mensaje del Presidente Allende al Congreso Nacional es necesario detenerse un momento en las ideas expresadas más arriba. Por un lado, la principal fuerza política sustentadora de la vía pacífica es el PC de Chile, con las características que hemos visto, entre las cuales hay que recordar que se encontraba la adscripción de este partido al universo doctrinal del marxismo-leninismo, dentro del cual una seña de identidad básica es el concepto de dictadura del proletariado. Por otro lado, en el discurso de Allende, éste habla de un

¹⁸⁷ Bruna, Susana, op. cit., pág. 177

¹⁸⁸ Altamirano, Carlos, *Dialéctica de una derrota I*, op. cit., pág. 26

¹⁸⁹ Allende, Salvador, *La "vía chilena al socialismo"*. Discurso ante el Congreso de la República 21 de mayo de 1971, pág. 3, <http://www.marxists.org/espanol/allende/21-5-71.htm>, (27 Agosto 2003)

segundo modelo de transición al socialismo, contraponiendo al clásico de la dictadura del proletariado uno diferente, “democrático, pluralista y libertario”.¹⁹⁰

El planteamiento no era del agrado del PC de Chile, que expreso más bien discretamente su desacuerdo, quizá no quiso levantar más polémica porque, donde Allende apuntaba la “necesidad de iniciar una manera nueva de construir la sociedad socialista”, el PC de Chile hablaba en su XIV Congreso de 1969 de una revolución con objetivos “antiimperialistas y antioligárquicos con la perspectiva del socialismo”. Entonces, para que polemizar con un tema que no estaba para él en el orden del día. Sin embargo, en la crítica hecha en 1977 a la experiencia chilena, el PC de Chile si puntualizará entonces sobre este punto y dejará de manera clara y patente su desacuerdo con la visión de Allende:

*“Disentimos, por ejemplo, de su criterio de que nuestra vía revolucionaria conformaría un segundo modelo de realización del socialismo que excluiría o haría innecesaria la dictadura del proletariado en un periodo de transición determinado”*¹⁹¹.

Pero en 1971 será Sergio Ramos¹⁹² quien se encargue de mostrar las discrepancias comunistas con el planteamiento expresado por Allende, afirmando que en el caso chileno sigue vigente en los mismos términos de siempre la necesidad absoluta del cambio en el carácter de clase del Estado, de la dictadura del proletariado, para iniciar la construcción del socialismo; y que en el discurso ante el Congreso, al contraponer los modelos de paso al socialismo, lo que hacía Allende era confundir la esencia de la dictadura del proletariado, que es la necesidad absoluta de su hegemonía en el período de transición al socialismo, con las distintas formas que esta hegemonía puede asumir (soviets, ejército rebelde transformado en gobierno, democracia popular o vía pluralista, democrática y libertaria) según las condiciones históricas concretas.

Continuando con el discurso mencionado, el Presidente Allende expresa la confianza en que descansa su proyecto, el papel neutral de las FFAA y la flexibilidad de la institucionalidad vigente para transformarse:

*“(…) la conciencia patriótica de nuestras Fuerzas Armadas y de Carabineros, su tradición profesional y su sometimiento al poder civil (...) fundándose esta institución [Congreso Nacional] en el voto popular, nada en su naturaleza misma le impide renovarse para convertirse de hecho en el Parlamento del pueblo. Y afirmo que las Fuerzas Armadas chilenas y el Cuerpo de Carabineros, guardando el respaldo de una ordenación social que corresponda a la voluntad popular expresada en los términos que la Constitución establezca.”*¹⁹³

Su discurso expresa el realismo de un gobernante al que anima una firme voluntad revolucionaria, por ello mismo define lo que entiende por vía chilena al socialismo, “un modelo nuevo de Estado, de economía y de sociedad, centrado en el hombre, sus necesidades y sus aspiraciones.”¹⁹⁴; disipa dudas y posibles confusiones sobre su proyecto, “Si olvidáramos que nuestra misión es establecer un proyecto social para el hombre, toda la lucha de nuestro pueblo por el socialismo se convertiría en un intento reformista más.”¹⁹⁵; y reconoce las dificultades del

¹⁹⁰ Cancino recoge la opinión de Goran Therborn según la cual la experiencia chilena vendría a representar, en realidad, el cuarto modelo histórico de transición al socialismo, siendo los tres primeros el representado por la II Internacional, el puesto en práctica por los bolcheviques y el de los Frentes Populares. Cancino, op. cit., pág. 134

¹⁹¹ Informe al pleno del Comité Central del Partido Comunista de Chile de agosto de 1977, pág. 44

¹⁹² Ramos, Sergio, Chile, ¿una economía de transición?, en Cristián Pérez, La izquierda chilena vista por la izquierda, op. cit., págs. 397-402

¹⁹³ Salvador Allende, La "vía chilena al socialismo", op. cit., págs. 3-4

¹⁹⁴ *Ibíd.*, págs. 7

¹⁹⁵ *Ibíd.*, págs. 7

proyecto, “La tarea es de complejidad extraordinaria porque no hay precedente en que podamos inspirarnos. Pisamos un camino nuevo”¹⁹⁶.

Finalmente, enumera los cinco puntos esenciales que definen la vía chilena al socialismo. El primero de ellos es el principio de legalidad que, a la vez que promete respetar, expresa su confianza en que sea capaz de permitir los cambios necesarios que van a suponer la implementación del proyecto que defiende:

*“Nuestro sistema legal debe ser modificado. De ahí la gran responsabilidad de las Cámaras en la hora presente: contribuir a que no se bloquee la transformación de nuestro sistema jurídico.”*¹⁹⁷

El segundo se refiere a la institucionalidad, Salvador Allende expresa que Chile tiene un sistema institucional flexible que puede adaptarse al nuevo objetivo de transferir a los trabajadores y al pueblo el poder político y económico, dejando bien claro que:

*“el principio de legalidad y el orden institucional son consubstanciales a un régimen socialista”*¹⁹⁸

El tercero, es el reconocimiento del valor de las libertades políticas:

*“las libertades políticas son una conquista del pueblo en el penoso camino por su emancipación. Son parte de lo que hay de positivo en el período histórico que dejamos atrás.”*¹⁹⁹

Y la promesa de que el gobierno de la UP reconocerá dichas libertades políticas y ajustará su actuación dentro de los límites institucionales.

El cuarto punto expresa la aspiración del pueblo chileno a avanzar al socialismo sin recurrir a la violencia o a formas autoritarias de gobierno, pero advirtiendo, a la vez, que si se ejerciese la violencia contra el normal desarrollo político, entonces, “el combate por la emancipación social” se vería obligado a adoptar manifestaciones diferentes de las expresadas por la vía chilena al socialismo.

Por último, se refiere al núcleo de esta vía, la socialización de los medios de producción, que reconoce que será un proceso largo y sin atajos, porque:

*“No es posible destruir una estructura social y económica, una institución social preexistente, sin antes haber desarrollado mínimamente la de reemplazo.”*²⁰⁰

Este discurso de Salvador Allende, y las propuestas que contiene, no es fruto de un consenso previo de los distintos partidos que conforman la UP y, si bien es una concreción del Programa de esta alianza, su acogida no es igual en todos sus sectores; acogido favorablemente por una parte del PS y por el PR, también el PC se adhiere en cuanto a sus efectos políticos inmediatos, pero se distancia de él en lo concerniente a sus implicaciones sobre la “teoría de la transición al socialismo”, donde sigue aferrado a la necesidad de la dictadura del proletariado, lo mismo que ocurre con otra parte del PS y el MAPU.

Como apunta Sergio Bitar:

¹⁹⁶ *Ibíd.*, págs. 6

¹⁹⁷ *Ibíd.*, págs. 9

¹⁹⁸ *Ibíd.*, págs. 10

¹⁹⁹ *Ibíd.*, págs. 11

²⁰⁰ *Ibíd.*, págs. 13

“El concepto de dictadura del proletariado confundió la acción política, en cuanto no quedaba claro de qué modo era consistente la vía institucional y el pluralismo con tal dictadura (...) Allí entonces la UP ofrecía un flanco ideológico ventajoso para la oposición, la que argumentaba que la democracia, en manos de la izquierda, era un expediente táctico que en fases posteriores sería reemplazado por formas de gobierno “totalitarias””²⁰¹

Hugo Cancino va a sostener la tesis, también apuntada por Garcés, de que en realidad la vía chilena al socialismo solo es sostenida de una manera coherente y convincente por Salvador Allende y el sector allendista del PS. Vía basada en la “producción de consensos”, mediante la cual la clase trabajadora busca “conquistar por medio de la persuasión a la mayoría de la población para el proyecto de cambio social en libertad”, y que es opuesta a la estrategia insurreccional de “asalto directo al poder por una minoría esclarecida”. Estas diferencias estratégicas son visualizadas también por Allende como diferencias en el proyecto final de socialismo a establecer: “La preservación del Estado de Derecho y la continuidad institucional constituían de acuerdo al discurso de Allende, la más segura garantía para preservar las libertades y el pluralismo político”, en tanto que la vía insurreccional, ya sea libremente elegida por las fuerzas populares o forzada por la contrarrevolución interna o la intervención extranjera, con “la primacía de los medios de fuerza y coacción, conducirían a la erección de un Estado autoritario que conculcaría las libertades, derechos y garantías democráticas conquistadas por el pueblo a través de su lucha”²⁰².

Cancino es un incisivo crítico en su obra de lo que considera el paradigma hegemónico en el seno de la izquierda chilena de la época, que correspondería al sostenido por la III Internacional. Allende por el contrario, según este autor, sería el auténtico “continuador de las tesis fundacionales del socialismo chileno”, opuesto al modelo leninista sobre el Estado, la revolución, la democracia o el bloque social y las alianzas en que se debía apoyar la revolución. Aunque en otros aspectos no se libra de esta herencia teórica, como por ejemplo en su concepción instrumentalista, común a toda la UP, sobre el poder, concebido como un ente institucional materializado en el Estado y “susceptible de ser conquistado por la clase obrera mediante aproximaciones sucesivas (...) hasta culminar en el acto físico, material de apropiación del Estado”, rechazando así una visión más compleja del poder como “una red compleja de relaciones sociales, ideológico-culturales que exceden el ámbito del Estado o sociedad política, proyectándose en la sociedad civil”²⁰³.

Para Cancino, la vía político institucional al socialismo respondía a las condiciones de una sociedad civil compleja y pluralista que era a lo que se asimilaba Chile en 1970, por ello considera una necesidad que para:

“el objetivo planteado en el programa de generar cambios fundamentales en las estructuras económicas, sociales, políticas y culturales del país requería para su éxito una amplia base de apoyo social, y por ello, el establecimiento de un consenso entre la Unidad Popular y una política como la Democracia Cristiana, que asumía significativamente la representación y convocación de las capas medias, y de sectores campesinos y populares urbanos. Este consenso habría permitido aislar y desarticular al bloque burgués y reaccionario. La Unidad Popular se propuso una democratización profunda de la sociedad chilena.”²⁰⁴

Las conclusiones de Cancino sobre las posibilidades reales con las que contaba ese proyecto no son muy optimistas dadas las fuerzas de izquierda en juego.

²⁰¹ Bitar, Sergio, op. cit., pág 322

²⁰² Cancino, Hugo, pág. 119

²⁰³ *Ibíd.*, pág. 121

²⁰⁴ *Ibíd.*, pág. 433

Su principal valedor sería Allende, que contaría fundamentalmente con el apoyo relativo del PC y del sector allendista del PS. Pero el primero, ya lo hemos mencionado, acompañaría al Presidente Allende en esta primera etapa, que para este partido no era aún de paso al socialismo, ésta sería una etapa diferente para la cual el PC se hallaba inmerso dentro del pensamiento clásico al respecto, lo que incluía la necesidad de la dictadura del proletariado y, se suponía, que el modelo de sociedad era el representado por el socialismo realmente existente, con el que el PC se sentía identificado en ese momento. En cuanto a lo que se llama sector allendista del PS, el propio Cancino se encarga de poner en evidencia su escaso peso: “no conformaba una tendencia, es decir, una corriente con una plataforma político-ideológica diferenciada, sino que un grupo de viejos militantes socialistas vinculados a Allende por relaciones de amistad”²⁰⁵.

Entonces, concluye Cancino:

*“¿era posible la implementación de la vía político institucional al socialismo, por partidos o tendencias que formalmente aceptaban sus premisas y a la vez reconocían la validez del paradigma de la vía armada/insurreccional, la dictadura del proletariado, y, en definitiva, el ejemplo de los “socialismos reales”? Nuestra respuesta y conclusión es negativa”.*²⁰⁶

Frank Gaudichaud resume en cuatro tesis esenciales el contenido de la vía chilena al socialismo:

“1) Tesis de la “revolución por etapas” y de la vía institucional y pacífica al socialismo

2) Tesis del respeto del Estado burgués de su constitucionalidad y de la posibilidad de la transición al socialismo dentro de esas normas legales (la “flexibilidad institucional”)

3) Tesis de la Constitucionalidad de la Fuerzas Armadas como “especificidad chilena”

4) Tesis de la alianza de clases con la pequeña burguesía y las llamadas “burguesías nacionales””²⁰⁷

Susana Bruna²⁰⁸ también hace una caracterización de la vía chilena ligeramente diferente a la anterior, dónde sus particularidades serían: Un acceso parcial al Estado liberal chileno para orientarle favorablemente al proletariado. Acceso que no implica su destrucción o el cambio del carácter de clase de ese Estado, sino simplemente su utilización. El resto del aparato estatal queda bajo el control hegemónico de la clase burguesa y sus aliados. El control del gobierno va a servir para poner en marcha una serie de intervenciones económicas con las que comenzar las transformaciones de las relaciones de producción. Estas transformaciones dan lugar a una grave contradicción entre la superestructura jurídico-política existente y la nueva estructura económica puesta en marcha. Finalmente, esta grave contradicción intenta resolverse por medio de “la lucha legal-institucionalista” y no en “el campo de la práctica política en el seno de las masas”.

Alain Touraine considera que la “vía chilena” es la única vía “popular” posible y enmarca su análisis sobre ella dentro de una reflexión más amplia sobre las vías de cambio social en las sociedades dependientes a las que considera

²⁰⁵ *Ibíd.*, págs. 275-6

²⁰⁶ *Ibíd.*, pág 440

²⁰⁷ Gaudichaud, Frank, *Pensar las alternativas y el socialismo en la América Latina del siglo XXI*, pág 6, <http://www.rebellion.org/izquierda/040218gaudichaud.pdf>, (18 febrero 2004)

²⁰⁸ Bruna, Susana, *op. cit.*, págs. 84-87

caracterizadas por tres tipos de relaciones sociales en interacción entre ellas: "clase popular/clase dirigente; nación dependiente/nación dominante; organización tradicional/organización moderna". A partir de ello, Touraine contempla la situación chilena reposando sobre tres órdenes de conflictos: "las relaciones de dependencia, la lucha de clases y la participación institucional". Más en concreto, la forma que esas luchas adquieren en Chile está condicionada por un dato importante "la ausencia de conflictos internacionales". Esta circunstancia que ha sido común a la historia de las revoluciones recientes no está presente durante el proceso chileno y, por eso mismo, afirma el autor: "la ausencia de guerra y hasta de amenaza exterior es mucho más que una circunstancia favorable en la continuidad de la vía chilena. Es la condición principal de su existencia"²⁰⁹. En realidad es el único de los autores que analizamos en esta obra que hace una referencia explícita a este tema, si bien puede decirse que se trata de una formulación diferente de lo que otros autores presentan como la dicotomía vía insurreccional / vía pacífica o, también, teoría del derrumbe / vía institucional.

En la práctica histórica se ha verificado que la concurrencia de una situación de guerra junto a un Estado que impone su dominio absoluto sobre las fuerzas sociales y sus conflictos es lo que provoca una unificación de la lucha nacional, la lucha de clases y la voluntad de modernización. Pero en Chile no concurría ninguno de los dos términos de la ecuación.

La segunda aportación novedosa de las reflexiones de Touraine sobre la vía chilena es en relación con la necesidad que tiene de construir un Estado fuerte:

*"la vía chilena, tal como la define y práctica la Unidad Popular, no puede combinar movilización de masas y acción institucional más que si el Estado es fuerte y constituye la base sólida de una política forzosamente compleja y frágil"*²¹⁰.

Finalmente, para este autor, otra característica peculiar de la vía chilena consiste en que en ella el movimiento popular y su expresión política no coinciden sino parcialmente.

Un último interrogante en torno a la vía chilena al socialismo es el planteado sobre su originalidad. ¿Se trataba de una propuesta original, o se asemejaba a otras experiencias históricas como los Frentes Populares o a otras propuestas de la izquierda como las del PCUS o las del eurocomunismo?

Sobre las diferencias fundamentales que la separaban de la experiencia histórica de los Frentes Populares, que tuvo en Chile, junto a Francia y España, su concreción práctica en la década de los 30, es el propio Salvador Allende quien se encarga de marcar la distancia entre ambas formulaciones:

"el Frente Popular chileno no fracasó, por una razón muy sencilla: porque el Frente Popular chileno no se propuso la transformación revolucionaria de Chile: Pedro Aguirre Cerda levantó un programa que decía: "Pan, techo y abrigo". Es decir, un programa humanitario pero no un programa de contenido social ni mucho menos revolucionario. El que piensa que Pedro Aguirre Cerda era un revolucionario, tendría que decir, claro, fracasó; pero resulta que nosotros entramos conscientemente a colaborar para ser la izquierda del sistema, es decir, del sistema capitalista. En cambio, el programa lo dice, hoy luchamos por transformar y cambiar el sistema, es completamente distinto. En el Frente Popular, Régis, había un partido hegemónico, un partido mayoritario, el partido de la burguesía, el Partido Radical. Hoy día, en la Unidad Popular no hay ningún partido hegemónico, pero están presentes dos partidos de la clase obrera, partidos revolucionarios, partidos marxistas. Por último, compañero, el Presidente de la República es un socialista. Entonces, las cosas

²⁰⁹ Alain Touraine, Vida y muerte del Chile popular, Siglo XXI Editores, México, 1974, pág. 115

²¹⁰ *Ibíd.*, pág. 95

*son distintas y yo he llegado a este cargo para hacer la transformación económica y social de Chile, para abrirle camino al socialismo. La meta nuestra es el socialismo integral, científico, marxista,*²¹¹

Por otra parte, la experiencia chilena será contemplada con interés desde el punto de vista soviético. El PCUS había aprobado la fórmula de la “vía pacífica” para alcanzar el socialismo en su XX Congreso celebrado en 1956 como una consecuencia de la doctrina de la “coexistencia pacífica” que suponía un reconocimiento del equilibrio de fuerzas existentes a escala internacional, condicionada por la amenaza de las armas nucleares disponibles, y la imposibilidad de un choque armado entre las dos superpotencias por las gravísimas consecuencias aparejadas. La “vía pacífica” era una forma de no renunciar al avance de la revolución en los países occidentales desarrollados en el escenario internacional descrito. Pero el PCUS no renunciaba en esta versión etapista de la revolución al resto de las características fundamentales del modelo revolucionario propuesto que, por un lado, debería terminar llevando al mismo tipo de sociedad que la existente en la URSS y, por otro lado, debería contener los ingredientes propios que caracterizan un proceso revolucionario: dictadura del proletariado, papel dirigente del PC, etc.

Por tanto, la experiencia iniciada por la UP en 1970 fue contemplada con interés por la URSS en cuanto podría ser la demostración práctica de su propuesta ya que uno de los principales partidos de la UP, el PC de Chile, era considerado de plena confianza y lealtad por parte del PCUS:

*“el PC chileno era mirado en Moscú como un PC “creativo” que logra adaptarse a las condiciones nacionales y que sabe cuál es el modo de actuar político más apropiado en sus condiciones nacionales, dentro de una línea política absolutamente ortodoxa”*²¹²

En cuanto a las posibles similitudes con el eurocomunismo, será objeto de especial atención en el último capítulo.

²¹¹ Debray, Regis, Conversaciones con Allende, op. cit., pág. 115

²¹² Uliánova, Olga, La Unidad Popular y El Golpe Militar En Chile: Percepciones y Análisis Soviéticos, pág 90, http://www.cepchile.cl/dms/archivo_1120_349/rev79_ulianova.pdf , (21 Marzo 2004)

ENFRENTAMIENTO ENTRE REVOLUCIÓN Y CONTRARREVOLUCIÓN

PROPUESTAS DE PERIODIZACIÓN SOBRE EL GOBIERNO DE LA UNIDAD POPULAR

El período de gobierno de la UP que va desde el 4 de noviembre de 1970 al 11 de septiembre de 1973 se caracteriza por un enfrentamiento abierto entre el gobierno y las fuerzas que le sostienen, y la oposición. Si los primeros están determinados a poner en práctica su programa y abrir, así, el camino al socialismo, la segunda, por su parte, muestra una clara voluntad de hacer abortar la experiencia del gobierno UP a cualquier precio. La secuencia presenta casi una imagen en negativo de lo que durante más de un siglo había sido la relación entre la burguesía y el proletariado. Ahora éste ocupaba el gobierno, que no el Estado, y se defendía desde la legalidad de la acción insurreccional de la burguesía. Y decimos casi porque es evidente a primera vista algunas de las importantes diferencias existentes, la burguesía además de su actividad insurreccional centrada especialmente en los gremios, seguía controlando y utilizando importantísimos resortes contra el gobierno UP desde la judicatura, el Parlamento, los medios de comunicación, el poder económico o el entorno internacional.

Los aspectos esenciales a analizar en este período serán de dos tipos: Primero, el nivel logrado de aplicación del programa de la UP, los obstáculos encontrados, las consecuencias derivadas y las lecciones que se pueden extraer. Relacionado con ello se encuentra la estrategia seguida por el gobierno y las fuerzas que le sostienen, la falta de unidad en su seno y por tanto la ausencia de una clara dirección revolucionaria.

El segundo aspecto a analizar será la actuación de las fuerzas opositoras internas y las del imperialismo norteamericano para acabar con el gobierno UP.

Pero, previamente, es necesario establecer una periodización que permita una mejor visualización de las distintas etapas recorridas durante estos tres años. Distintos autores han propuesto diferentes periodizaciones según sus puntos de vista y según el énfasis recaiga en unos elementos u otros del proceso: el papel de las masas, el bloque que lleva la iniciativa, la posibilidad o imposibilidad de avanzar por el camino institucional, la articulación de las distintas fuerzas dentro de cada bloque o, los cambios en las relaciones de fuerzas en liza.

Una de ellas es la de Luis Vitale:

“Con las principales medidas adoptadas por Allende desde el 4 de noviembre hasta mediados de 1972 se cumplió, a nuestro juicio, la primera fase del gobierno de la Unidad Popular. La segunda, se inició con el Paro Patronal de octubre de ese año hasta el conato de golpe expresado

en el llamado "tanquetazo" de junio 1973. Y la tercera terminó con el golpe militar del 11 de septiembre de 1973."²¹³

Otra diferentes es la propuesta por Nicolás Miranda:

"Un primer período que va de la asunción de Allende al gobierno hasta mediados de 1972. Y un segundo período que va desde mediados de 1972, hasta el golpe.

El primer período fue el de las realizaciones del programa de la UP, y un aumento en la actividad de los trabajadores y las masas, pero que se mantenía en los marcos del régimen frentepopulista imperante.

En este período, la burguesía opositora había quedado a la defensiva, abriendo un impasse en sus acciones golpistas, que ya describimos, y concentrándose en acciones de tipo desestabilizador(...) El segundo período se abrió a mediados de 1972. El gobierno de la UP empezó a quedar paralizado, y el aumento en la actividad de los trabajadores y las masas dio un salto cualitativo: el problema todavía irresuelto del poder se planteó en toda su intensidad.

La burguesía y el imperialismo decidieron acelerar el paso a la acción represiva y genocida, al golpe de Estado.

Lo esencial de este período es que se desató el enfrentamiento abierto entre revolución y contrarrevolución."²¹⁴

El criterio elegido en este caso para dividir en dos períodos el trienio es el punto de inflexión que a mediados de 1972 supone, según el autor, el salto cualitativo de las masas, ya que es ese giro revolucionario el que realmente pone en causa la estructura de dominación de la burguesía y el imperialismo.

Coincide en una división en dos y con idénticas fechas la periodización de Pedro Vuskovic, pero poniendo énfasis en motivos diferentes, en concreto en el pasó de la iniciativa desde el gobierno a la oposición:

"(..) hay, desde este ángulo, dos momentos distintos dentro del período del Gobierno Popular, marcados por los índices que van, el primero, desde noviembre de 1970 hasta mediados de 1972, y el segundo desde entonces hasta la fecha del golpe militar. Momentos respecto de los cuales se ha sugerido frecuentemente, y erróneamente, que se diferencian en tanto en el segundo habían aflorado los efectos desatados por la política de reactivación desarrollada durante la primera etapa. La realidad es otra: la diferenciación estriba más bien en que en el segundo momento ya no pudimos desarrollar nuestra política(...) Pasado el primer año, en el que la movilización del pueblo mantuvo a raya, con éxito, una reacción atomizada y dispersa del gran capital, no fuimos capaces de elevar el poder de los trabajadores a niveles cualitativamente superiores; no supimos entender el cambio que se produjo en la reacción de la minoría poderosa, ni sus alcances. Como resultado, esta minoría, dotada luego de un solo comando de dirección unificada, fue capaz de imponer en los hechos su contra-política de desquiciamiento. En la práctica, comenzó a imperar la política económica de la gran burguesía."²¹⁵

Susana Bruna²¹⁶ plantea el problema de la periodización de manera diferente. Para esta autora, con el acceso de Allende a la Presidencia de la República se produce un primera ruptura con el sistema de dominación vigente y a partir de ahí propone "la hipótesis del desarrollo de un proceso yendo de la crisis relativa del

²¹³ Vitale, Luis, Interpretación marxista de la historia de Chile Tomo VII, pág. 49. http://mazinger.sisib.uchile.cl/repositorio/lb/filosofia_y_humanidades/vitale/obras/svs/bchi/a/t7.pdf, (29 Septiembre 2003)

²¹⁴ Miranda, Nicolás, op. cit., pág. 135

²¹⁵ Vuskovic, Pedro, Una sola lucha, op. cit., págs. 80-2

²¹⁶ Bruna, Susana, op. cit., págs. 49, 78 y 120-1

sistema de dominación hacia la ruptura revolucionaria o hacia la ruptura contrarrevolucionaria”.

Con “el primer hecho de ruptura” que supone conseguir la Presidencia, se abre la primera fase que denomina “fase de desarrollo y aceleración de las contradicciones”, en ella tienen lugar las principales transformaciones de la estructura económicas; esta fase “se detiene con peligro de retroceso, de reversibilidad, a causa del bloqueo de los caminos hasta entonces utilizados”, su expresión es la agudización del conflicto entre los poderes del Estado.

Entonces se da paso a la segunda fase del proceso, denominada “fase de explosión de las contradicciones”, que se desarrolla entre la agudización del conflicto institucional y el golpe militar, y está definida por el agotamiento de las posibilidades de avanzar en las transformaciones por medio de los instrumentos legales, por el “bloqueo de la vía institucional burguesa”; momento que para la autora solo es posible superar bien por la revolución o por la contrarrevolución.

Las dos últimas periodizaciones que vamos a ver son más pormenorizadas al distinguir coyunturas, períodos y etapas. La primera de ellas corresponde a la propuesta por Marta Harnecker que distingue seis períodos según el desarrollo del dramático pulso llevado a cabo entre la UP y las fuerzas opositoras, o como dice ella misma: “de acuerdo a la lucha de clases y la correlación de fuerzas que se fue dando”²¹⁷.

En este relato, el énfasis se pone en dos aspectos, por un lado en las relaciones internas de la oposición y frente al gobierno, con una lucha continua por imponer su estrategia entre la DC y el PN; por otro lado en las dificultades internas de la UP para dotarse de una dirección única, viéndose presionada no solo por las maniobras desestabilizadoras de la derecha, sino también por las actividades de desbordamiento por la izquierda impulsadas por el MIR sobretodo, con apoyo de parte de la propia UP.

Posiblemente esta “cronología analítica” sea la más adecuada para avanzar en el estudio del proceso y aprovecharemos esta estructura para profundizar en varios aspectos.

El primer período está caracterizado por la unidad y ofensiva de la UP, y va desde el 4 de noviembre de 1970 al 8 de junio de 1971 en que tiene lugar el asesinato de Pérez Zujovic, y “se caracteriza por la unidad y ofensiva de las fuerzas de la Unidad Popular y una desorientación y división de las fuerzas opositoras”²¹⁸

El segundo período, que se desarrolla entre junio de 1971 y abril de 1972 con la Marcha de la Patria, está marcado por “la unidad y ofensiva de las fuerzas opositoras y por un repliegue de la Unidad Popular”²¹⁹

En el tercer período, entre abril y junio de 1972, cuando se produce la ruptura de las conversaciones con la DC, se destaca la crisis de dirección tanto en la oposición como en la UP, por lo tanto, “la desintegración del frente opositor que no puede ser aprovechado por la izquierda, porque también ésta sufre una crisis de dirección: se plantea el problema de cómo seguir avanzando”²²⁰.

El cuarto período está comprendido entre julio y noviembre de 1972 cuando se forma el primer gabinete cívico-militar:

²¹⁷ Harnecker, Marta, La lucha de un pueblo sin armas, pág. 1, 10 Septiembre 2003, <http://www.rebellion.org/harnecker/030912harnecker.pdf>, (20, Noviembre 2003)

²¹⁸ *Ibíd.*, pág. 8

²¹⁹ *Ibíd.*, pág. 13

²²⁰ *Ibíd.*, pág. 22

“se caracteriza por una gran ofensiva del frente opositor liderado por el sector más derechista(...)culminando en el paro de octubre. Durante este período se ahonda la crisis de dirección dentro de la UP, la que sólo es superada ante la grave amenaza del enemigo.”²²¹

El quinto periodo abarca desde noviembre de 1972 hasta las elecciones del 4 de marzo de 1973:

“Es un período de tregua, en que la lucha política se desplaza fundamentalmente al terreno electoral. Durante estos meses se agudizan las contradicciones internas, tanto dentro de las fuerzas populares como dentro de la oposición, pero éstas logran ser superadas en vista de los objetivos electorales.”²²²

Finalmente, el sexto periodo se desarrolla desde marzo hasta el golpe militar el 11 de septiembre 1973:

“Se caracteriza por la ofensiva final de la oposición encabezada en todos los terrenos por su representación gremial. La izquierda, a pesar de los esfuerzos de algunos sectores, no logra definir una estrategia única que le permita emprender, a nivel del Estado y de las masas, tareas que la pongan en mejores condiciones para enfrentar el golpe que todos preveían.”²²³

Como se puede apreciar los puntos de ruptura que elige Marta Harnecker tienen que ver con acontecimientos que marcan el paso de una fase a otra de predominio de la iniciativa bien de la oposición, bien del gobierno. Son interesantes porque ponen en evidencia los errores y aciertos en la conducción de un proceso dinámico donde es importante la movilización social que se produce, pero también todo lo relacionado con la existencia de una dirección clara y decidida. En ambos bandos se pugna por imponer diferentes estrategias, pero la balanza se va inclinando hacia el lado del sector más derechista de la oposición.

La periodización de Carretón y Moulián²²⁴ es posiblemente la más pormenorizada de todas ya que establecen hasta diez coyunturas diferentes siguiendo criterios de separarlas por "cambios significativos en el espacio político, es decir en las relaciones entre las fuerzas". Estos cambios, en el período que va desde la fecha de las elecciones presidenciales hasta el 11 de septiembre de 1973, son: el acceso de Allende al gobierno, las elecciones municipales, el asesinato de Pérez Zujovic, la ofensiva derechista de septiembre de 1971, la aprobación por el Congreso del proyecto de reforma constitucional de la Democracia Cristiana, el fin de las negociaciones entre el gobierno y la DC en junio de 1972, la crisis de octubre de 1972, las elecciones parlamentarias de marzo de 1973 y, el tanquetazo de 29 de junio de ese mismo año.

En estas diferentes coyunturas los autores subrayan los ejes principales que las dan su impronta, y diferencian las que están marcadas por los tanteos y la medición de fuerzas, de las que están caracterizadas por el enfrentamiento agudo entre el gobierno y las fuerzas que le apoyan, y la oposición.

²²¹ *Ibíd.*, pág. 24

²²² *Ibíd.*, pág. 33

²²³ *Ibíd.*, pág. 39

²²⁴ Antonio Carretón, Manuel y Moulián, Tomás, Análisis coyuntural y proceso político. Las fases del conflicto en Chile. 1970-1973, Editorial universitaria centroamericana EDUCA, Costa Rica, 1978.

LAS TRANSFORMACIONES ECONÓMICAS DEL GOBIERNO DE LA UNIDAD POPULAR

El gobierno UP aprovechó claramente la situación creada con la victoria electoral de Allende en las urnas en septiembre y en el Congreso Pleno en noviembre. La situación era propicia y el gobierno supo aprovechar tanto su impulso como la situación de confusión y desmoralización pasajera que sufrió la oposición. En estas circunstancias se produce un rápido avance en la realización del programa del gobierno.

Cuando se cumple aproximadamente un año de gobierno, a finales de 1971, los objetivos que se había propuesto para tres áreas claves de la economía están prácticamente cumplidos. Las empresas de la minería del cobre, donde predominaba la propiedad estadounidense, habían sido nacionalizadas, y el resto, salitre, hierro y carbón, habían sido adquiridas por el Estado.

En el primer caso fue necesaria una reforma constitucional, aprobada por unanimidad, para llevarla a cabo; en el segundo caso se empleó la negociación y la adquisición de acciones por el Estado.

La nacionalización del cobre fue motivo de enfrentamiento con la administración estadounidense, no solo por el hecho en sí, sino porque, además, se utilizó para calcular las indemnizaciones a pagar lo que pasó a denominarse “doctrina Allende” que suponía un peligroso antecedente para el imperialismo, ya que podía servir de ejemplo a otros países dependientes donde las multinacionales tuviesen grandes intereses.

La UP contemplaba en su programa la nacionalización de la minería y otras empresas importantes en manos extranjeras, pero no tenía una posición preconcebida sobre las compensaciones a pagar. Cuando el proceso nacionalizador se puso en marcha un sector de la UP se inclinó por la no compensación basándose para ello en dos argumentos:

“que los EEUU buscarían un bloqueo financiero de todas las maneras, cualquiera que fuese la resolución chilena; y que la situación de la balanza de pagos hacía imprescindible conservar el máximo de reservas, no pudiendo desviar las disponibles para el pago de indemnizaciones”²²⁵.

Consecuencia de ello fue la llamada “doctrina Allende” mediante la cual la compensación por la nacionalización de una empresa sería la resultante de hacer a la indemnización prevista una serie de descuentos, entre ellos, el más importante, las utilidades excesivas obtenidas durante su explotación económica. El resultado final fue que, con excepción de las dos empresas menores, el resto no obtuvo compensación alguna.

El segundo sector económico donde se produjo un avance rápido fue en el agrario. La reforma agraria, ya iniciada con el gobierno Frei, se intensificó. Si: “en el período 1965-70 habían sido expropiados 1408 predios(...) En el gobierno popular se expropiaron 3440 predios”²²⁶

Con ello se cumplieron varios objetivos. Se erradicó el latifundio; se “alteró cualitativamente el régimen de tenencia de tierra, introduciéndose mecanismos de socialización como los Centros de Reforma Agraria (CERA) y los Centros de Producción, a cargo y responsabilidad de todos los elementos humanos que

²²⁵ Bitar, Sergio, op. cit., pág. 117

²²⁶ Millas, Orlando, “La economía chilena en los años de Allende”, Araucaria, 1º Trimestre 1979, N° 5, pág. 26

integraban las fuerzas productivas de las tierras expropiadas²²⁷; se impulsó la creación de los Consejos Comunales y los Consejos Campesinos; y se dio un gran impulso a la sindicalización campesina que pasó a tener 278.000 adherentes, un 178% más que en 1969.

También el sector financiero conoció una rápida nacionalización que llevó

*“al control directo del 96% de los depósitos y del 95% del crédito. Fue un procedimiento basado en los propios mecanismos capitalistas y que redujo a nada el poder financiero ejercido en el mercado de capitales por la oligarquía”*²²⁸.

Más lento y conflictivo fue el proceso de creación del Área de Propiedad Social como se detallará a continuación, pero, finalmente,

*“mediante expropiaciones, intervenciones y requisiciones, fueron incorporadas al APS 335 empresas con ingresos correspondientes al 19,2% del producto geográfico bruto del país”*²²⁹

La creación del APS debía hacerse a través de la estatización de las grandes empresas industriales, lo cual se iba a convertir en el punto nodular del conflicto interno, ya que si para el gobierno se trataba de un sector estratégico, también para la burguesía nacional era la base de su poder político y económico.

Para la nacionalización del cobre, el gobierno utilizó un proyecto de reforma constitucional para cuya aprobación no encontró problemas por parte de la oposición. Sin embargo, para la creación del APS, a pesar de la intención de Allende de utilizar un proyecto de ley, las divergencias internas en la UP llevaron a desechar esa vía. Sus detractores temían un alargamiento de los trámites en el Congreso y su distorsión final por la oposición, lo que podía hacer descarrilar el proceso al dejar al ejecutivo sin capacidad de maniobra. La conclusión final fue que el gobierno, en lugar de dotarse de instrumentos jurídicos específicos, prefirió utilizar los mecanismos que le permitía la situación vigente para negociar posteriormente con el Congreso desde una posición de fuerza consolidada.

Este camino no fue fácil como pone en evidencia Eduardo Novoa²³⁰, quien considera que el sistema jurídico chileno ofrecía escasas posibilidades para ejecutar el plan de gobierno de la UP: “apenas llega a ofrecer ásperos atajos y estrechos senderos para un fin semejante”. Pero, además, el problema se agravaba por las dificultades y obstrucciones puestas a su ejecución práctica por parte de los funcionarios del Estado opuestos a la UP, sobretudo a nivel del Poder Judicial y la Contraloría General de la República.

Finalmente, dada “la propia exhuberancia legislativa, su desorden y falta de organicidad” se encontraron los preceptos que fueron utilizados por el gobierno. Algunos databan de 1932, del breve período de la República Socialista, que nunca fueron derogados. Otros formaban un conjunto de normas legales

“relativas a estructuración económica, solución de conflictos laborales y fiscalización por el Estado de las actividades productivas, que concedían al Poder Ejecutivo o a algunos organismos estatales poderes de los llamados jurídicamente ‘discrecionales’”.

²²⁷ Tieffenberg, David, op. cit., págs. 239

²²⁸ Millas, Orlando, La economía chilena en los años de Allende, op. cit., pág. 26

²²⁹ *Ibíd.*, pág. 26. Cancino da los siguientes datos para mediados de 1973: 320 establecimientos industriales en el APS que representaban el 1% de las 35.000 empresas existentes, pero, sin embargo, con ellas se controlaba el 40% de la producción total, empleando a 140.000 personas, más del 30% de la fuerza de trabajo industrial. Cancino, Hugo, op. cit., pág. 223

²³⁰ Novoa, Eduardo, El difícil camino de la legalidad, en Cristián Pérez, La izquierda chilena vista por la izquierda, op. cit., págs. 430-33. Eduardo Novoa fue el experto jurídico responsable de encontrar los resquicios legales en la legislación chilena para poder poner en práctica el programa económico del gobierno.

Más concretamente, David Tieffenberg²³¹ cita cuatro mecanismos legales ya existentes empleados por el gobierno para construir el APS. El primero es el conocido como “Reanudación de faenas”, cuya base son diversas leyes existentes, y cuyo objetivo original era imponer la vuelta al trabajo en casos de “huelga o cierre, paralización de empresas o servicios que pusieran en peligro la salud o la vida económico-social de la población, o el paro de industrias vitales para la economía, (etc.)”. Este instrumento, originalmente diseñado contra los trabajadores y su derecho a la huelga, será utilizado por el gobierno Allende de manera diametralmente diferente, ahora las huelgas y las tomas de establecimientos se utilizarán como pretexto para provocar la intervención de la empresa o servicio por el gobierno y su incorporación al APS.

En segundo lugar, el gobierno utilizó la Corporación de Fomento de la Producción (CORFO), ya existente, para conformar el APS a través de la “compra de empresas o paquetes de acciones de compañías productoras de bienes y servicios, ya sea en su totalidad o en proporción suficiente para convertir al Estado en un socio mayoritario”.

En tercer lugar, fue utilizado el Decreto-Ley 520, dictado en 1932, durante la efímera República Socialista, cuya vigencia se mantuvo desde entonces pasando desapercibido. Fue el instrumento que más y mejor se utilizó para conformar el APS. Declaraba de utilidad pública toda actividad económica dedicada a la producción o distribución de artículos de primera necesidad y se autorizaba al Presidente de la República a expropiarlas cuando las empresas dedicadas a ello se mantuvieran en receso o no cumplieran los objetivos de producción impuestos por el gobierno.

Finalmente, existía una disposición legal que autorizaba la expropiación de las empresas que se negasen injustificadamente a seguir un ritmo normal de producción, mantuviesen existencias ocultas o especulasen con los precios.

Las dificultades de utilización eran importantes, como apunta Novoa, para quien esta legislación no era suficiente “para imponer planes orgánicos de transformación de la economía, precisamente porque no fue dictada con ese fin”, pero no obstante, con el inicio de su utilización por el gobierno, la oposición se vuelca en obstruir este camino. De un lado, con el proyecto de reforma constitucional Hamilton-Fuentealba que busca privar al gobierno “de aquellos medios legales que han estado a disposición de todos los gobiernos anteriores desde hace cuarenta años”; y, de otro, lado, alegando que el gobierno vulneraba la legalidad mediante la desnaturalización de las leyes y de las atribuciones gubernativas (abuso de las facultades de que el gobierno está investido). Argumentos que Novoa se encarga de rebatir jurídicamente.

La cuestión principal, como apunta este autor, es que en tanto la UP aceptó actuar dentro de una legalidad que no favorecía sus objetivos, la oposición se propone “cambiar unilateralmente las reglas del juego, para colocar al gobierno UP dentro de un marco muchísimo más estrecho que el limitado que éste ya había previsto”.

Así pues, el gobierno utilizó dos procedimientos, la negociación con los propietarios y la requisición. El primero dio rápidos resultados, pero se terminó utilizando más el segundo por dos motivos principales, en primer lugar, por la creciente negativa de los grandes propietarios a vender sus empresas, y, en segundo lugar, por el rechazo de la UP a pagar elevadas sumas en concepto de indemnización. Mediante la requisición, el Estado se hacía cargo de empresas productivas de bienes

²³¹ Tieffenberg, David, op. cit., págs. 211-16

esenciales cuyo abastecimiento hubiese sido alterado por conflictos laborales prolongados.

Superados los primeros momentos, la derecha comenzó a reaccionar, primero con la exigencia de una lista clara de las empresas que el gobierno consideraba necesarias de pasar a propiedad estatal, luego, se pasó a acusar al gobierno de querer nacionalizar toda la industria en un proceso expansivo, finalmente, descalificó por ilegal la actuación gubernamental al no contar con la aprobación del Parlamento.

Pero sería con la DC con quién el gobierno mantendría el pulso principal sobre este tema. El Partido Demócrata Cristiano no iba a enfrentarse frontalmente con el gobierno por el objetivo que se había propuesto con el APS, sino que iba a utilizar de excusa el procedimiento utilizado. La batalla sería en las instituciones y con el objetivo de deslegitimar al gobierno. La DC, salvo quizá un pequeño sector, no era golpista, prefirió una batalla institucional, aunque ésta supusiese buscar una alteración fraudulenta del propio régimen político chileno para transformar su carácter presidencialista en otro de tipo parlamentario sin mediar reforma constitucional alguna, aunque ello implicase una alteración del espíritu de las leyes o de las instituciones vigentes.

No era golpista mayoritariamente, pero su campaña contribuía poderosamente a deslegitimar al gobierno de cara a los sectores derechistas y las FFAA, de manera que creaba las condiciones indispensables en que era posible un golpe de Estado exitoso. Si no parecen encontrarse pruebas de un plan por parte del sector derechista de la DC de crear las condiciones para un golpe, tampoco es posible suponer que los responsables de esta estrategia no fueran conscientes, en su fase más avanzada, de que estaban allanando el terreno para ello.

La DC recogió todo el malestar de la derecha con la política económica del gobierno y le canalizó con un proyecto de reforma constitucional sobre la creación del área de propiedad social y mixta en octubre de 1971. El proyecto Hamilton-Fuentealba, por ser estos los dos senadores de la DC que la presentaron. Su presentación fue una reacción motivada por la intención del Ejecutivo de presentar un proyecto de ley que regularizase legalmente la situación de las empresas que formaban el APS; este proyecto de las “tres áreas de la economía” buscaba sancionar definitivamente, a través de una ley, las distintas actuaciones que había venido realizando el gobierno por los mecanismos descritos. De esta manera, el PDC se adelanta al gobierno y toma la iniciativa en la batalla parlamentaria cuando el Congreso Pleno ratifica el proyecto el 19 de febrero de 1972²³².

Su objetivo era sustraer las facultades sobre estos temas de las manos del gobierno y dejarlas en manos del Parlamento, donde la oposición se hallaba en mayoría. Era el primer paso para desvirtuar el régimen presidencialista chileno. El contenido de la propuesta de reforma constitucional consistía en rechazar la estatización de la banca, exigir una ley específica para cada empresa a incorporar al área de propiedad social o mixta, suprimir las facultades para requisar o intervenir empresas, anular las actuaciones del gobierno en este sentido llevadas a cabo a partir de octubre de 1971, y, pasar, en las empresas del APS, la administración a manos de los trabajadores. Es lo que la DC denominó como Empresas de Trabajadores, y que consistía en que los trabajadores pasarían a ejercer la administración de las mismas y distribuirse sus beneficios, pero su propiedad seguiría siendo de los antiguos dueños a quienes se abonaría un interés anual. Con este último punto, la DC intentaba impedir el control de las empresas por el Estado y, además, poder ejercer su influencia dado que disponía de un cierto peso en los sindicatos de empleados. Su

²³² Para el análisis pormenorizado de este conflicto se puede consultar Susana Bruna, págs. 182-199

justificación pública era que pretendía evitar el desarrollo en Chile de un socialismo estatista.

El gobierno rechazó esta trampa propuesta por la DC, como recoge David Tieffenberg²³³, basándose en argumentos socialistas. Si en una economía de fuerte concentración monopólica como la chilena las empresas del APS se entregasen a sus trabajadores, un pequeño grupo de chilenos controlaría la riqueza que atañe a todo el pueblo, además, “se transformaría a los trabajadores en pequeños capitalistas solamente interesados por su empresa y no por el bienestar del pueblo”, creándose así, una división entre una casta privilegiada de “obreros capitalistas” y “obreros proletarios”. Esta solución de la DC crearía una capa parasitaria de rentistas formada por los dueños de las empresas arrendadas. Y, finalmente, otro argumento de peso en contra de la propuesta democristiana es que impediría cualquier planificación de la economía, no pudiendo el Estado disponer de los excedentes producidos con objeto de impulsar el desarrollo económico o satisfacer las necesidades sociales de la población.

La presentación de este proyecto de reforma constitucional tuvo un segundo efecto en las filas de la derecha, y es que a partir de ese momento la Contraloría²³⁴ y los tribunales de justicia comenzaron a adoptar una actitud más beligerante con el gobierno, obstaculizando y trabando las acciones de éste.

El Contralor era de filiación democristiana y se dedicó a obstaculizar las decisiones gubernamentales sobre expropiaciones o requisiciones, lo que obligaba al gobierno a recurrir a los decretos de insistencia. En cuanto al Poder Judicial, su actitud de baluarte de la reacción derivaba de la extracción clasista de sus miembros, especialmente en los organismos superiores, que además, como apunta David Tieffenberg²³⁵, es un caso insólito en cuanto que “la justicia se autogenera en sus integrantes a nivel superior” por el mecanismo dispuesto para cubrir las vacantes.

Como ejemplos de la actuación reaccionaria de los jueces de la Corte Suprema, este autor cita tres ejemplos demostrativos. El primero fueron las “penas ridículas” impuestas a los autores intelectuales y materiales del asesinato del comandante en jefe del Ejército, general Rene Schneider, lo mismo que aconteció con asesinos de obreros y campesinos que defendían sus derechos. El segundo ejemplo expuesto en la actuación clasista de la justicia era la concesión por ésta de las llamadas “medidas precautorias” a los propietarios de las empresas afectadas por expropiación, requisición o intervención del gobierno con objeto de obstaculizar o impedir la labor de los interventores designados por aquel, aplicando así fraudulentamente un mecanismo de derecho privado entre particulares a actos del gobierno. Por último, se refiere a la detención e incomunicación de diputados de la UP por salir en defensa de obreros y campesinos.

La reacción del gobierno frente a la reforma constitucional de la DC fue proponer en noviembre una lista de 91 empresas a incorporar al área social de manera conjunta como manera de evitar su aprobación legal individualizada. De estas 91 empresas, 52 lo serían en el área de propiedad social y 39 en el área de propiedad mixta, de las cuales 74 eran industriales, 6 comerciales, 4 de transportes y comunicaciones y 6 de electricidad, gas y agua. Dada la importancia económica de estas 91 empresas, su control por el Estado significaría alterar profundamente la base del poder económico de la derecha.

²³³ Tieffenberg, David, op. cit., págs. 279-80

²³⁴ La misión que desempeñaba la Contraloría era la de examinar la constitucionalidad de los decretos del Poder Ejecutivo sin que ello suponga la capacidad de juzgar su oportunidad, mérito u otros aspectos. Su carácter independiente, en el cumplimiento de sus funciones, es garantizado por el carácter vitalicio del nombramiento de su titular.

²³⁵ Tieffenberg, David, op. cit., págs. 261-2

Un intento inmediatamente posterior de alcanzar un acuerdo con la DC se frustró y ello volvió a intensificar las diferencias internas en la UP sobre la necesidad o no de negociar con la DC. En junio de 1972 se hizo el esfuerzo negociador más intenso para alcanzar un acuerdo sobre el tema del área social con el sector progresista de la DC, quedando el sector derechista de este partido a la espera del momento oportuno para frustrar de nuevo cualquier posibilidad de acercamiento. Los resultados, tras dos semanas de contactos, fueron una serie de concesiones de ambas partes que acercaron las posiciones en torno a varios acuerdos. Los puntos en los que se llegó a un acuerdo por ambas partes y el desarrollo preciso de las conversaciones son hechos públicos por quien fue el principal interlocutor por parte de la UP, el Ministro de Justicia Jorge Tapia, del Partido Radical²³⁶. Sin embargo, acabó imponiéndose el sector derechista y la DC terminó desistiendo de los acuerdos alcanzados. Finalmente, la oposición impuso fraudulentamente una votación en el Senado para aprobar por mayoría simple el proyecto de reforma constitucional de la DC.

Este hecho suponía crear un grave conflicto competencial al hacer la oposición una interpretación sesgada y fraudulenta de las competencias del Congreso. Efectivamente, el gobierno podía vetar, y veto, en abril de 1972, las disposiciones de la reforma que no compartía, procediendo posteriormente a promulgar solo aquellos artículos de la reforma en los que se había alcanzado un acuerdo con el Congreso. En la Constitución vigente chilena el Congreso podía superar el veto del ejecutivo a leyes insistiendo con los 2/3 de sus votos, pero la oposición pretendió rechazar los vetos a la reforma constitucional por mayoría simple del 51%. La gravedad de esta fraudulenta actuación legislativa de la oposición, que el Ministro de Justicia refuta con argumentos jurídicos, políticos e históricos en el Informe al Pueblo mencionado, se incrementó, poniendo en evidencia sus objetivos, cuando ante el anuncio del Ejecutivo de someter este conflicto al dictamen del TC, la oposición anticipa que no acatará la decisión del TC, cuya competencia niega. Esos objetivos eran claros, transformar ilegalmente el régimen político chileno de presidencialista en parlamentario para dejar en manos del Congreso la conducción política, gubernamental y administrativa que corresponde al Presidente de la República, y bloquear el camino de la legalidad al proceso revolucionario.

La consecuencia inmediata fue un incremento de la tensión política en torno al conflicto de la reforma constitucional y los vetos del ejecutivo.

Un nuevo hecho vendría a incidir en la configuración del área social: el paro de octubre promovido por la oposición. La respuesta obrera a este ensayo insurreccional de la burguesía utilizando los gremios llevó a añadir 65 nuevas empresas al APS, cuyos criterios de incorporación no eran los establecidos inicialmente por el gobierno, sino fruto del impulso tomado en ese período por el proceso revolucionario.

En diciembre de 1972, con un gobierno cívico-militar, el general Prats impulsó un proyecto de ley que estabilizase la situación del área social, se trataba de consolidar lo avanzado aún a costa de ciertos retrocesos. Allende y el PC apoyaron a Prats, pero el PS se negó a toda devolución de empresas. El conflicto interno de la UP seguía lastrando su capacidad de dirección del proceso.

El resultado de las elecciones parlamentarias de marzo de 1973 fue favorable al gobierno y, como consecuencia de ello, la estrategia del sector moderado de la

²³⁶ Tapia, Jorge, Informe al Pueblo sobre las conversaciones con la DC, en Cristian Pérez, *La izquierda chilena vista por la izquierda*, op. cit., pags. 440-51

oposición de bloquear y poner fin a la experiencia de la UP por la vía institucional fue derrotada en las urnas. En esta coyuntura favorable, el gobierno intentó avanzar en el área social y envió un decreto de insistencia²³⁷ a la Contraloría con objeto de legalizar la requisición e intervención de 45 empresas, la mayoría intervenidas durante el paro de octubre. La reacción de la oposición fue elevar la apuesta, reiniciando la discusión sobre los vetos al proyecto de reforma constitucional para rechazarles definitivamente y aprobar el proyecto.

El último episodio de esta batalla tuvo lugar con ocasión del frustrado levantamiento militar del 26 de junio de 1973. Nuevamente los trabajadores respondieron con la ocupación de multitud de empresas, una parte de las cuales permanecieron bajo control obrero en una dinámica que desbordaba claramente las primitivas intenciones del gobierno.

Esta actuación del gobierno de la UP en el sector minero, agrario, financiero e industrial fue acompañada, además, por la estatización del comercio exterior.

No se trataba solamente de que el Estado pasase a controlar las principales actividades económicas para realizar los cambios en la estructura económica contenidos en el proyecto de la UP e iniciar así el paso al socialismo, se trataba complementariamente de impulsar la participación de los trabajadores, para lo cual fueron empleadas principalmente dos vías:

“la creación de órganos sectoriales, regionales o nacionales, implantados directamente por el gobierno, y el establecimiento de normas de participación acordadas entre representantes de los trabajadores y del gobierno a nivel de las fábricas, minas y asentamientos agrarios(...)La primera vía operó por decreto y se buscó la incorporación de los trabajadores a la discusión de las políticas a seguir(...)La segunda vía se gestó a partir de las llamadas normas básicas de participación elaboradas por la Comisión de Gobierno(...) En las empresas privadas, los partidos de la UP y la CUT propiciaron la formación de los llamados “comités de vigilancia” “²³⁸

Estatizar la economía no tiene porque suponer en sí mismo un régimen socialista, puede ser parte de un régimen de capitalismo de Estado en el que subsisten las relaciones sociales correspondientes al capitalismo. Es necesario para poder hablar de socialismo que la estatización de la economía sea puesta al servicio de las necesidades sociales y que se transformen las relaciones de producción con la participación activa y consciente de la clase obrera en la dirección económica del país y de cada unidad de producción o servicios.

El programa de la UP había contemplado esto, tal y como vimos al analizar el Programa de la UP.

El cumplimiento de esta parte del programa también se da en fases tempranas del gobierno de Allende. Así, en diciembre de 1970 se celebra un acuerdo entre aquél y la CUT “por el cual se establece la incorporación de representantes de los trabajadores en los organismos de planificación y desarrollo económico y social y se conviene en asegurar la participación de estos en la dirección de las empresas del área social y mixta”²³⁹. Dos meses más tarde se formaría una comisión mixta del gobierno y de la CUT cuyo objeto sería elaborar las normas que orientarían la participación de los trabajadores.

Las Normas Básicas elaboradas contemplaban la participación en dos niveles “en el de la planificación económica nacional, regional y sectorial, y en el de la dirección de las empresas del área social y mixta”

²³⁷ Se trataba de un mecanismo legal para obligar a la Contraloría a acatar una decisión del Ejecutivo que previamente hubiera rechazado. El requisito necesario era la firma del Presidente y de todos sus ministros.

²³⁸ Bitar, Sergio, op. cit., pág. 84

²³⁹ Tieffenberg, David, op. cit., pág. 271

David Tieffenberg²⁴⁰ describe como estaba contemplado el funcionamiento de la participación a nivel de empresa:

“El organismo superior que reemplaza al antiguo directorio es el Consejo de Administración. Se formaba paritariamente con representantes de los trabajadores y del gobierno y un presidente designado por el Presidente de la República o el organismo estatal correspondiente. Los cinco representantes de los trabajadores eran designados por la Asamblea de Trabajadores de la Empresa(...) los otros cinco, por el Presidente de la Nación o la rama oficial pertinente(...)

En un escalón más bajo estaban los Comités de Producción de las unidades productivas de las empresas(...)Estaban constituidos por un número de 3 a 7 representantes de los trabajadores, elegidos en su respectiva unidad, en votación secreta y directa. Su función principal era la de asesorar al jefe de la Unidad Productiva(...) Tenían además otras funciones importantes(...) Como organismo intermedio de gran importancia se encontraba el Comité Coordinador de Trabajadores de la Empresa(...)

Los mecanismos generadores de los representantes de los trabajadores eran: la Asamblea de Trabajadores de la Empresa y las Asambleas de las Unidades Productivas”

Tieffenberg considera una decisión acertada la que se tomó en torno a la opción sobre si los representantes obreros en la dirección de la empresa eran designados por el sindicato o “mediante la participación activa de las bases” a través de las asambleas, cuando la comisión CUT-Gobierno optó por esta última.

Con ello el sindicato no quedaba marginado, pues se le responsabilizaba de promover y organizar la participación de los trabajadores y de velar por “el juego democrático de la democracia obrera”. Las Normas Básicas desarrollan detalladamente sus funciones en este sentido.

Tieffenberg se refiere, asimismo, a las deficiencias y errores que originó esta nueva manera de funcionar al nivel de la empresa, y a la discusión que la CUT promovió entre las bases con objeto de hacer correcciones en una prevista Asamblea Nacional de Trabajadores de las Áreas Social y Mixta que el golpe militar de septiembre frustró definitivamente.

Pero los éxitos del gobierno Allende durante el primer año no se circunscribieron a los logros en el ámbito de los cambios estructurales. También consiguió cumplir la parte del programa orientada a mejorar las condiciones de vida de los más desfavorecidos y así, “la participación de los asalariados en el ingreso geográfico pasó del 52,8% en 1970 al 61,7% en 1971”²⁴¹, y se redujo la tasa de desempleo. Todo ello en una coyuntura positiva de actividad económica con un crecimiento de la producción y una disminución del ritmo de inflación.

Pero, Bitar apunta a la existencia, ya en esos momentos, de factores negativos de repercusión más tardía: la expansión del consumo superó de lejos el crecimiento de la producción, se desbocó el déficit fiscal y el de la balanza de pagos, y creció de manera rápida la cantidad de dinero en manos del sector privado. De entre todos ellos, apunta a la fuerte expansión de la demanda global como el principal elemento desequilibrador: “las alzas de remuneraciones excedieron las metas del gobierno, que en sí eran ambiciosas”²⁴².

El déficit, por su parte, se originó en el aumento de los gastos en remuneraciones, prestaciones sociales y transferencias al sector público, y tuvo como consecuencia una fuerte expansión monetaria.

²⁴⁰ *Ibíd.*, pág. 272-3

²⁴¹ Sergio Bitar, *Sergio*, op. cit., pág. 86

²⁴² *Ibíd.*, pág. 91

A todo ello hay que añadir que la oposición, después del primer período de desmoralización y desconcierto que siguió a la proclamación de Allende, inició una campaña de resistencia y boicot a las medidas del gobierno que derivarían en una actitud insurreccional y golpista como analizaremos posteriormente.

Vamos a finalizar este epígrafe recogiendo dos críticas, diametralmente opuestas, a la política económica desarrollada por el gobierno Allende, una muestra más de las profundas diferencias existentes en el seno de la izquierda sobre la naturaleza y la estrategia de la revolución.

La primera de ellas es la de Sergio Bitar, quién condensa en cuatro puntos las enseñanzas a extraer de la experiencia chilena en torno a la creación del área social: 1) Dado las condiciones de poder limitado existente en Chile era necesario definir claramente los límites del área social en base a su carácter estratégico para la economía y al carácter monopólico. 2) Era igualmente necesario identificar claramente las empresas a nacionalizar y dar garantías de respeto a esta decisión para amortiguar incertidumbres. 3) Se imponía un proceso de socialización rápido para pasar luego a consolidar, siendo más desgastante una estrategia de paso a paso. 4) Dado que el conjunto de empresas socializadas seguían interactuando en medio de un ambiente externo de empresas privadas, el mercado seguía teniendo un lugar central como mecanismo de relación y regulación y, “en este marco, el problema consiste en lograr la planificación de la producción y de la inversión utilizando también el mercado”²⁴³.

Más en general, la crítica de Bitar apunta a dificultades originadas en las propias organizaciones que apoyaban al gobierno y en el proceso en sí. Así, se refiere a la escasa atención de la UP al diseño de las políticas a corto plazo; a las insuficiencias del equipo económico para hacer frente a las tareas de la transición; a las dificultades derivadas del incremento de las tareas económicas a consecuencia de las nacionalizaciones; a la irracionalidad de las cuotas de cargos por partido; a la escalada de reivindicaciones salariales, y a la competencia entre los partidos de la UP por ganar posiciones entre los trabajadores; etc.

Este análisis incisivo pone en evidencia las dificultades inherentes a un proceso de transición, independientemente de la resistencia que opongan las clases dominantes y los sectores sociales que rechazan el socialismo. Además, en el caso chileno no había antecedentes históricos en los que poder basarse; en todas las anteriores transiciones al socialismo el problema del poder había sido solucionado antes de poner en marcha las mutaciones económicas, pero el ensayo chileno se realizaba en condiciones limitadas de poder para el bloque social que impulsaba la transformación.

Debido a todo esto, Bitar se muestra muy crítico con la UP:

*“la falla central radicó en la dirección económica, que no previó la magnitud de los desajustes económicos acumulados, ni los retos políticos que acarrearán”*²⁴⁴.

En el extremo opuesto se encuentra el enfoque crítico que hace el MIR en relación con el APS y en general toda la conducción económica y estratégica de la UP. Esta crítica viene recogida en un artículo de Luis Vargas²⁴⁵ que resumimos a continuación. El autor comienza con una interpretación del significado de la estrategia de la “vía chilena al socialismo” como un proceso de acceso gradual del

²⁴³ *Ibíd.*, pág. 274

²⁴⁴ *Ibíd.*, pág. 117

²⁴⁵ Vargas, Luis, (MIR), La formación del área social: del programa de la UP a la lucha de clases (Marxismo y revolución, Santiago, 1973), en Cristián Pérez, El MIR visto por el MIR, tercera parte, págs. 345-58

proletariado a la hegemonía de la sociedad; en él las reformas económicas serían el instrumento de cambio cuantitativo en la relación de fuerzas entre clases que se terminaría consolidando a nivel de la superestructura de la sociedad. El papel clave en este proceso lo jugaría el APS que establecería su hegemonía en el conjunto de la economía.

Este planteamiento, inverso al de las revoluciones proletarias clásicas, supone que “el problema del poder iría encontrando su solución en la medida misma de la resolución de esas tareas económicas”, lo que implicaría que la dinámica de la lucha de clases se amoldase a las necesidades para el cumplimiento de las etapas de las transformaciones revolucionarias. Pero las clases, continua el autor, no parecen respetar estos esquemas.

Para la UP, en el APS se establecerían relaciones de producción socialistas, lo que para Luis Vargas estaría por demostrar, y de esta manera, la lucha por la hegemonía se daría entre el APS y el área de propiedad privada, subestimando los otros niveles de contraposición de clases (políticos, ideológicos, etc.), que se transformarían mecánicamente lograda la hegemonía del APS. Para la UP la problemática del período de transición es fundamentalmente económica, el aparato del Estado solo debe servir a estas transformaciones. Esto es un error porque el Estado debe ser el objeto principal en una estrategia proletaria.

Así, el autor considera que la discusión sobre el papel del APS en la transición al socialismo debe remitir a la lucha política por el poder, y enfocar la constitución del APS desde tres puntos de vista:

“Como resorte que empuja la dinámica anticapitalista de la lucha de los trabajadores. Como elemento unificador del proletariado en su lucha por el poder. Como instrumento que, antes desarticula que refuerza el viejo aparato del Estado burgués y al proceso de acumulación privada de capital, contribuyendo a la constitución del nuevo aparato de poder”.

En su lucha por el poder, la clase obrera debe buscar su unificación orgánica, política e ideológica, y el debate sobre el APS debe tener como central este criterio, siendo lo que diferencia a reformistas y revolucionarios no el número de empresas a expropiar o la forma de pago, sino el contenido, la calidad y los objetivos históricos de distinta naturaleza a que apuntan el APS.

Luis Vargas critica que el proyecto del APS del gobierno solo incluya al 10% de los trabajadores industriales, dejando al 90% en la práctica sin conducción política, limitando a sectores fundamentales de la clase obrera en sus movilizaciones, pero este proyecto se enfrenta a los conflictos y movilizaciones de masas por incorporar empresas al APS que terminan poniendo al gobierno en una disyuntiva.

La UP busca el control de la economía, y esto se puede lograr mediante la expropiación total o con otros instrumentos, pero la clave principal no es ésta, sino el control obrero, el cual es una condición esencial para que el capitalismo de Estado sea un instrumento del proletariado.

El control obrero se diferencia del control estatal en que no concibe al Estado como un simple instrumento técnico neutral. Pero, además el control obrero impide estabilizar el proceso de transición en una etapa intermedia.

Para el autor, definir los límites del APS es hacer depender el proceso de la correlación de fuerzas a nivel institucional y no de las movilizaciones de las masas; y, por último, tampoco hay que privilegiar la centralización estatal de las tareas económicas cuando el Estado burocrático chileno es un obstáculo a las transformaciones.

LAS VARIABLES DEL ENTORNO EXTERIOR

Al analizar la política exterior del gobierno popular es necesario hacerlo con relación a lo que fue su principal problema en este terreno, el acoso sistemático del imperialismo norteamericano buscando abortar la posibilidad de consolidación en América Latina de otro régimen político socialista. Por ello haremos alusión en este apartado a ambos aspectos a la vez, a la política exterior desarrollada desde el gobierno Allende, cuyas líneas orientativas estaban contenidas en el programa básico de gobierno ya analizado, y a los retos que desde el exterior dificultaban la experiencia chilena y que, finalmente, contribuirían a su derrota.

El texto principal que va a servir para el análisis de la primera parte va a ser el documento de Clodomiro Almeyda, “La política exterior del Gobierno de la Unidad Popular”²⁴⁶. La importancia del documento radica en que está escrito por uno de los principales dirigentes del PS y que, además, fue Ministro de Asuntos Exteriores del gobierno Allende, y por tanto, responsable de la conducción de la política exterior.

Los sectores dirigentes de la UP eran conscientes de las implicaciones internacionales que suponían su apuesta por una transición pacífica al socialismo en Chile, y que afectaban a tres ámbitos diferentes, primero a intereses concretos extranjeros, sobre todo relacionados con EEUU; en segundo lugar impactaba sobre “el status quo político latinoamericano” introduciendo un elemento distorsionador en una región ya de por sí inquieta, especialmente desde el triunfo de la revolución cubana; y por último, no dejaba de influir también en el orden internacional mundial caracterizado por el pulso mantenido entre el mundo capitalista, encabezado por EEUU, y el campo socialista liderado por la URSS.

Teniendo en cuenta la coyuntura internacional existente en 1970, y en relación con lo que implicaba este concreto contexto externo Almeyda piensa que el proyecto político de la UP era “viable, aunque de difícil realización. Era susceptible de llevarse a la práctica, pero también estaba sujeto a múltiples eventualidades peligrosas que en cualquier momento podían frustrarlo”. Con ello Almeyda expresaba “primero que esta viabilidad se manifestaba en una situación de paz y, segundo que el riesgo de la intervención armada era una de las eventualidades posibles o indeseables”. Nada especial en realidad, puesto que ninguna experiencia revolucionaria se ha hecho en condiciones óptimas. Por ello, justamente, el importante papel de una dirección revolucionaria apropiada.

Sin embargo, existía el convencimiento de que una intervención armada norteamericana directa era muy poco probable debido a varios factores: primero, por la dificultad política de tal intervención contra un gobierno de origen impecablemente democrático, que por ello mismo despertaba simpatías en países de Europa Occidental; segundo, porque dado el apoyo declarado del campo socialista, supondría un agravamiento de las tensiones Este-Oeste; en tercer lugar, EEUU tenía ya un problema creado con su intervención en el sudeste asiático; y, además, EEUU podía utilizar otros medios de gran eficacia y menos costo político para conseguir sus fines.

Pero si EEUU era el principal problema exterior, Almeyda no olvida que el gobierno Allende se hallaba inmerso en un entorno hostil de gobiernos sudamericanos con algunos contenciosos históricos que podrían ser utilizados para

²⁴⁶ Almeyda, Clodomiro “La política exterior del Gobierno de la Unidad Popular”, en *Obras escogidas 1947-1992*. Compilador Guarani Pereda. II, págs. 35-50, <http://www.salvador-allende.cl/Biblioteca/Cam1.pdf>, (14 Agosto 2004)

iniciar un conflicto militar, pero que, sobre todo, ofrecía las condiciones adecuadas para poder realizar contra el gobierno popular una política de aislamiento político y económico.

Había una clara conciencia de que la hostilidad del gobierno de EEUU con el gobierno popular no era solo por la defensa de los intereses económicos de sus empresas, afectadas por la política de nacionalizaciones, sino, especialmente, por el papel que EEUU jugaba en el orden internacional como garante del sistema capitalista. Situación originada al finalizar la Segunda Guerra Mundial con la creación de una estructura “paraestatal” contrarrevolucionaria, orientada a cercar a los países socialistas, y cuyo centro hegemónico se sitúa en los EEUU.

La vía político-institucional que se ensayaba en Chile representaba un desafío especialmente peligrosos para aquella estructura “paraestatal” contrarrevolucionaria por cuanto su éxito podría representar un modelo contagioso para algunos países latinoamericanos o de Europa occidental.

Pero como es habitual en las intervenciones que EEUU ha realizado en otros países, las razones reales son enmascaradas con otras de tipo más presentable ante la opinión pública.

En el caso chileno, el motivo alegado por EEUU en su enfrentamiento con el gobierno popular fue la política de nacionalización e indemnizaciones empleada frente a las empresas de origen norteamericano. Más adelante volveremos sobre el tema al detenernos en los detalles de la campaña de la administración de EEUU contra el gobierno Allende.

La conciencia dentro de la UP de los motivos reales de la hostilidad norteamericana la llevaron a dos conclusiones, la primera, ya la vimos, a la adopción de la “doctrina Allende” en el tema de las indemnizaciones, puesto que existía la convicción de que incluso satisfaciendo las demandas económicas de las empresas nacionalizadas, no por ello disminuiría o desaparecería la política de hostigamiento de EEUU; la segunda conclusión fue la de evitar ofrecer todo pretexto o agravamiento innecesario de cuestiones conflictivas que sirvieran para facilitar la política norteamericana.

En este sentido es por lo que el gobierno popular proclamó y practicó el principio de no intervención y defendió la doctrina del “pluralismo ideológico”, cuyo objetivo último era evitar el aislamiento de Chile en América Latina, “evitar la ideologización de los conflictos en el continente, lo que conllevaba muy probablemente a la agudización”.

Dentro de las políticas concretas que el gobierno popular estableció en América Latina destaca la importancia concedida al proceso de integración económica andina, como manera eficaz de evitar su aislamiento, mediante la puesta en práctica del principio del “pluralismo ideológico” con lo cual, según Almeyda, se “derrotó así, en el ámbito latinoamericano, a la doctrina de las “fronteras ideológicas” que anteriormente sostuvo el propio Brasil”.

Sin embargo, sostiene Almeyda, esta política de prudencia, basada en la no intervención y el “pluralismo ideológico”, para evitar el aislamiento y los pretextos gratuitos, no disminuyó su contenido antiimperialista. Sus expresiones más claras están contenidas no solamente en la propia política de nacionalizaciones llevadas a cabo en Chile sino en la política diplomática desplegada. Así, recién instaurado el gobierno de Allende se restablecieron las relaciones diplomáticas con Cuba, lo que suponía desconocer los acuerdos tomados por la OEA en este sentido. Igualmente, el gobierno de la UP mostró su solidaridad activa con los distintos movimiento de

liberación nacional existentes y con los esfuerzos de las naciones recientemente independizadas por desprenderse del yugo del neocolonialismo.

Entre las decisiones llevadas a cabo por el gobierno en este sentido destacan: La denuncia hecha en el propio seno de la OEA de su carácter de instrumento a disposición de EEUU para su política sobre América Latina. Su incorporación al Movimiento de Países no Alineados. El apoyo a la lucha del pueblo vietnamita, traducido en el establecimiento de relaciones diplomáticas con la República Democrática de Vietnam, con el gobierno revolucionario de Vietnam del Sur, con el gobierno real de Camboya y con la República Popular y Democrática de Corea, etc.

Para Almeyda, la política exterior implementada por el gobierno de UP generó toda una serie de efectos políticos positivos para el proceso transformador en marcha: evitó el aislamiento chileno en América Latina y consiguió impulsar “una política integracionista andina, latinoamericanista y crítica frente al sistema interamericano”; consiguió minimizar las consecuencias de las prevista dificultades con EEUU y logró restarle apoyos a su política contra el gobierno UP entre sus aliados occidentales; y se ampliaron las relaciones de Chile con los países socialistas y del “Tercer Mundo”.

También va a utilizar Almeyda lo que considera una trayectoria acertada y positiva en el frente exterior, de lo cual él era el responsable, para contraponerla a la trayectoria en el frente interior, y destacar, así, los errores cometidos en este último. Errores que centra en dos aspectos, el primero sería “una marcada tendencia a sobrevalorar las fuerzas propias y a subestimar las del adversario”, el segundo se trataría de la resistencia existente en la UP a concluir acuerdos tácticos con los sectores de la oposición que pudiesen ser neutralizados. Por el contrario, concluye, en el terreno internacional no se cayó en la “percepción inexacta de la realidad y de la correlación de fuerzas en pugna”.

Ya vimos como la administración norteamericana participó activamente en los intentos por evitar que, tras su victoria electoral, Allende fuese ratificado por el Congreso Pleno.

En este apartado es obligado referirse al conocido como Informe Church²⁴⁷, que es el documento oficial de una comisión del Senado de los EEUU designada para estudiar las acciones encubiertas llevadas a cabo por el gobierno de los EEUU, a través de la CIA, en Chile, y que fue redactado a finales de 1975. Se trata de un documento citado normalmente por la mayoría de los autores que han denunciado la intervención de la administración norteamericana en Chile con objeto de impedir primero el acceso y desplazar después a la izquierda del poder. Sobre las razones que podrían haber llevado a esta investigación por parte de Senado norteamericano Joaquín Fermandois apunta que

*“fue parte de la atmósfera de Watergate y post-Vietnam, que puso en la picota al establishment norteamericano y que expresaba el profundo malestar y desengaño, con su cuota de histeria, de la sociedad norteamericana”.*²⁴⁸

Lo cual, podríamos añadir, no sirvió de aprendizaje colectivo para evitar intervenciones similares del gobierno norteamericano en el futuro como ha puesto en evidencia su actuación posterior en Nicaragua, Panamá, Irak, etc.

²⁴⁷ Acción encubierta en Chile 1963-1973. Publicado en Internet por Equipo NIZKOR, <http://www.derechos.org/nizkor/chile/doc/encubierta.html>. (25 Enero 2005)

²⁴⁸ Fermandois, Joaquín. ¿Peón o actor? Chile en la guerra fría (1962-73), pág. 158, http://www.cepchile.cl/dms/archivo_1150_300/rev72_fermandois.pdf, (21 Marzo 2004)

Este Informe será ratificado en sus principales conclusiones por un documento posterior, el Informe Hinchey²⁴⁹, de fecha 18/9/2000 cuyas aportaciones suplementarias más importantes caen fuera del periodo estudiado sobre la UP, pero que ayudan a ratificar a aquél en cuanto reconoce que “la CIA apoyó a la Junta Militar tras el derrocamiento de Allende”, aunque matiza que no ayudó a Pinochet a asumir la presidencia; en cuanto reconoce que la CIA, a pesar del conocimiento de las graves violaciones de los derechos humanos por la Junta Militar, siguió manteniendo relaciones con personajes implicados en tales violaciones, siendo el caso más destacado el de Manuel Contreras, jefe del principal servicio de inteligencia en Chile (la DINA); y en cuanto tuvo conocimiento de la Operación Cóndor antes incluso de su puesta en práctica.

La cobertura temporal del Informe Church abarca la década de 1963-1973 y si bien sus conclusiones son comedidas, no por ello dejan de ser claras en cuanto a la intervención grosera norteamericana en la política chilena y su implicación en los acontecimientos que llevaron al golpe de Estado del 11 de septiembre de 1973.

El estudio se apoya en gastos claramente autorizados por un organismo oficial de los Estados Unidos (la Comisión 40 y sus antecesoras El Grupo Especial del Panel 5412 y la Comisión 303) que servían para financiar proyectos diseñados y aplicados por la CIA en una actuación rutinaria de la agencia. Los objetivos de dichos proyectos cubrían actividades como la propaganda manipuladora de los medios de comunicación, el apoyo a los partidos políticos y organizaciones civiles de la oposición al gobierno de Allende, y tentativas directas para fomentar un golpe militar.

El Informe comienza por reconocer que, a raíz de la victoria de Castro en Cuba, los Estados Unidos ponen en marcha una doble respuesta, la de la Alianza para el Progreso y las técnicas de contrainsurgencia, que minaron las bases de la primera. En este proyecto, Chile es elegido para servir de escaparate a la política de la Alianza para el Progreso y se convierte en el primer receptor de la ayuda económica de Estado Unidos, que no está dispuesto a aceptar la existencia de “otra Cuba” en América Latina.

En este sentido, y después de la cercana victoria del candidato del FRAP, Salvador Allende, en 1958, los Estados Unidos se volcaron en el apoyo a la Democracia Cristiana en las elecciones de 1964, financiando más de la mitad de la campaña de Frei, y volcándose en una masiva campaña propagandística anti-comunista que el propio Informe califica de “campaña de terror”. La propia CIA reconoce que su ayuda fue fundamental en la obtención de una amplia mayoría para la DC en esas elecciones.

Durante todo el gobierno de Frei, la CIA llevó a cabo toda una serie de acciones encubiertas cuyos objetivos eran fortalecer al gobierno democristiano y contrarrestar la influencia marxista. Sus resultados son juzgados por la propia agencia como de relativo éxito en el terreno del apoyo electoral a sus candidatos, que consiguieron con su ayuda varios escaños en el Congreso, y de fracaso en sus intentos manipuladores entre trabajadores, campesinos y pobladores de barrios marginales.

En las elecciones de 1970, Estados Unidos decide cambiar de estrategia y, en lugar de apoyar a un candidato individual, decide llevar a cabo una serie de operaciones de “ruina” contra la UP al objeto de impedir la victoria de Allende. Nuevamente fue utilizada de forma masiva una “campaña de terror” a través de todos

²⁴⁹ Informe Hinchey sobre las actividades de la CIA en Chile. Publicado en Internet por Equipo NIZKOR, <http://www.derechos.org/nizkor/chile/doc/hinchey-e.html>, (25 Enero 2005)

los medios de comunicación. Si la campaña no impidió esta vez evitar la victoria de la UP, si contribuyó a la polarización política del país y al pánico financiero de ese periodo.

Tras la victoria electoral de Allende el propio presidente Nixon ordenó a la CIA la preparación de un golpe militar para evitar la consumación de la victoria de Allende.

La actuación de la CIA fue doble; de un lado, como consecuencia de las decisiones adoptadas en la Comisión 40 se orientó a convencer a los dos partidos perdedores para que impidiesen la ratificación de Allende por el Parlamento, este fue el objetivo del denominado Plan de Acción I (Track I); por otro lado, se dirigió a promover el golpe de Estado en respuesta a la petición de Nixon del 15 de septiembre de 1970, era el denominado Plan de Acción II (Track II).

Con objeto de alcanzar el primer objetivo se puso en marcha toda una ofensiva económica por parte de los Estados Unidos cuya finalidad era generar una crisis económica que evitase la ratificación de Allende, pero, como vimos, este primer objetivo fracasó al rechazar Frei la maniobra en el Parlamento que impediría la ratificación de Allende y terminaría en unas nuevas elecciones con él como candidato único del centro y la derecha.

El Informe Church reconoce que los dos planes de la CIA tenían en mente el golpe de Estado, pero mientras el primero lo hacía depender del acuerdo de Frei, el segundo se orientaba a ese objetivo sin restricciones. Como consecuencia de este segundo plan la CIA contacto con mandos militares y oficiales de carabineros asegurándoles apoyo en los más altos niveles del gobierno de Estados Unidos en su intento de golpe.

El Informe Hinchey detalla más esta operación en la que la CIA contacto con el grupo del general retirado Roberto Viaux, que sería el responsable del asesinato de Schneider, para optar finalmente por el grupo del general Camilo Valenzuela que la ofrecía más garantías. No obstante rechazar la actuación conjunta con el general Viaux después del fracasado golpe, le ayudaría económicamente. El único reproche que le hacía la CIA es el de no haber seguido sus instrucciones para alcanzar el éxito en el golpe.

Fracasados los tres intentos de impedir el acceso de Allende a la presidencia de Chile, el primero en las elecciones, el segundo en el Parlamento y el tercero con el golpe de Estado preventivo, el gobierno de los Estados Unidos se dedicó a partir de ese momento a buscar la manera de derribar el gobierno de la UP.

La presión económica fue una de las armas empleadas en este período, la segunda fue el apoyo financiero prestado por Estados Unidos a los partidos políticos y organizaciones de oposición al gobierno, y, la tercera los contactos con oficiales de las Fuerzas Armadas.

Dada la dependencia de la economía chilena respecto de la de Estados Unidos, y el control que éste ejercía sobre áreas críticas de la economía chilena, el Informe reconoce que la presión económica ejercida por los Estados Unidos contribuyó claramente al derrocamiento de Allende.

En cuanto al apoyo financiero a la oposición no solo fue a parar a los dos grandes partidos opositores, el PN y el PDC, sino que se utilizó también para sostener la oposición de los medios de comunicación, de lo que se benefició especialmente el periódico El Mercurio, y para apoyar a través de organizaciones del sector privado las huelgas convocadas contra el gobierno, especialmente la acción insurreccional de octubre de 1972 y de nuevo los paros de julio-agosto de 1973 que durarían hasta el golpe de Estado de septiembre. El Informe, aunque pone en duda un

apoyo directo de la CIA a estas huelgas o a grupos terroristas de extrema derecha como Patria y Libertad, sin embargo reconoce que, dadas las conexiones entre algunos de los partidos y organizaciones a las que financiaba y estos hechos y grupos, su dinero revertía finalmente en ellos, es decir, se utilizaron canales indirectos, pero con conciencia clara de su destino último.

Finalmente, está el tema de la implicación de los EEUU en el golpe de Pinochet que acabó con la experiencia de la UP y con una larga tradición de prácticas democráticas en Chile. El Informe se muestra cauto en cuanto en acusar directamente a la CIA y la administración norteamericana de su directa participación, pero es fácil deducirla de sus suposiciones. Primero, porque era conocida dentro de las Fuerzas Armadas chilenas la posición de Estados Unidos de promover un golpe antes de la ratificación de Allende por el Parlamento y, por tanto, era lógico suponer su continuado interés en acabar con el gobierno por esa vía, una vez fracasadas las demás alternativas. Segundo, porque la CIA mantuvo contactos con los conspiradores militares chilenos, estando en conocimiento exacto de sus planes, lo que suponía como mínimo, en ausencia de su denuncia, un apoyo tácito a tal acción, pero incluso se supone que dicho apoyo iba mucho más allá. Tercero, porque después del golpe, la CIA se orientó a ayudar a la Junta Militar a conseguir una imagen más positiva, a la implementación de nuevas políticas, y a elaborar el Libro Blanco que justificaba el derrocamiento violento del gobierno de Allende.

En el lenguaje aséptico y diplomático en que pretende moverse el Informe se concluye diciendo que “Del apoyo a fuerzas que los EEUU considerara como democráticas y progresistas en Chile, al final hemos terminado apoyando y animando el derrocamiento de un gobierno elegido democráticamente”; y se pregunta “¿Justifica esto (el acceso de Allende a la Presidencia) el específico e inusual intento de fomentar un golpe militar y negar la Presidencia a Allende?”.

Uno de los autores que se van a apoyar en el Informe Church para referirse a la actividad de la Administración norteamericana contra el gobierno Allende será Carlos Altamirano, quien vincula a la CIA tanto con los intentos de soborno de congresistas chilenos para evitar la elección de Allende, como con las tentativas de golpe militar cuyo resultado último fue el asesinato del general René Schneider. En esta primera intervención frustrada de hacer descarrilar el proyecto de la UP, aún antes de comenzar, jugaron un papel importante la CIA, el embajador de EEUU en Chile, Edward Korry, y la empresa norteamericana ITT. Pero el principal instigador intelectual de toda la campaña de acoso al gobierno UP fue, para la mayoría de los analistas de este tema, Henry Kissinger, y en esas siete semanas que van desde la victoria electoral a la ratificación por el Congreso Pleno queda medianamente claro para la UP que podía esperar del gobierno norteamericano.

Efectivamente, como acabamos de ver, en el Informe de la comisión presidida por el senador Frank Church se reconoce la implicación de la CIA en el apoyo financiero a los partidos burgueses en las elecciones, la financiación de las huelgas gremiales de octubre de 1972 y de julio de 1973, o la financiación y dirección de la campaña propagandística desde el diario El Mercurio contra el gobierno de Allende. Sin embargo, dando un paso más, Altamirano apunta que:

“su presencia se asoma a todas las esferas de la vida nacional(...).Trabaja activamente con los órganos de las FFAA(...)y en la preparación y adiestramiento de grupos terroristas”²⁵⁰.

²⁵⁰ Altamirano, Carlos, *Dialéctica de una derrota II*, op. cit., págs. 22-6

Un segundo campo de actuación del imperialismo contra el gobierno UP fue en el terreno comercial y financiero. Chile era muy sensible en este terreno por su posición internacional:

“El 75% de nuestro comercio exterior provenía del material rojo. El 65% de los bienes de capital dependían de importaciones norteamericanas. En 1970, el 78,4% de los créditos comerciales de corto plazo tenían su origen en bancos de EEUU”²⁵¹

En función de estos datos era fácil deducir que un boicot económico bien planificado fuese a impactar decisivamente en el deterioro que sufre la economía chilena entre 1970-3.

Clodomiro Almeyda²⁵², por su parte, distingue tres planos de actuación en la política desestabilizadora que el gobierno y los intereses económicos norteamericanos pusieron en marcha contra el gobierno chileno de una manera que supone una planificación minuciosa: 1) En el plano económico las líneas de acción son implementadas a través de las agencias públicas e internacionales de crédito (suspensión de créditos y préstamos, obstaculización a la renegociación de la deuda externa chilena); de la banca privada norteamericana (antes del gobierno de Allende el 78% de los créditos de Chile que eran de origen norteamericano pasaron al 6% en 1972); y de las empresas cupríferas nacionalizadas. 2) En el plano político, la acción se orientó a subvencionar y asesorar a los partidos políticos de derecha, a sus medios de comunicación y a las entidades gremiales para promover acciones desestabilizadoras. 3) En el plano militar, el objetivo de la CIA fue su penetración en las FFAA, llegando “hasta su participación en la preparación técnica del golpe(...)alguna participación directamente norteamericana fue contemplada y hasta realizada en la materialización misma del golpe militar”.

Carlos Altamirano llama la atención sobre la paradoja que se dio en la “vía chilena” de transición al socialismo:

“Las fuerzas revolucionarias buscaron el poder a través de una vía pacífica. Aceptaron las reglas del juego democrático y se sometieron a ellas. El imperialismo y la gran burguesía, con mayor dosis de realismo, en cambio, concibió desde un comienzo una estrategia insurreccional armada”²⁵³

No se trató, pues, de una actuación improvisada, el fracaso cosechado en el período de transición entre septiembre-noviembre de 1970 llevó a una planificación minuciosa y sistemática:

“El gobierno norteamericano, la CIA, los consorcios transnacionales, en connivencia con la alta burguesía nativa, diseñaron para Chile un modelo contrarrevolucionario complejo, extraordinariamente sofisticado e implacable en su ejecución. No parece existir precedente de una planificación insurreccional burguesa concebida con tal antelación, frialdad y precisión”²⁵⁴

Un aspecto de las relaciones externas del gobierno popular de especial interés es el referido a las relaciones mantenidas por aquél con el denominado campo socialista. Hemos visto las nada disimuladas intenciones del gobierno de EEUU de acabar con el proyecto político de la UP y las descaradas intervenciones realizadas en este sentido.

²⁵¹ *Ibíd.*, pág. 38

²⁵² Almeyda, Clodomiro, Obras escogidas 1947-92 II, op. cit., pág. 40-1

²⁵³ Altamirano, Carlos, Dialéctica de una derrota III, op. cit., pág. 3

²⁵⁴ *Ibíd.*, pág. 5

Pero ¿recibió el gobierno popular un apoyo de igual intensidad por parte del campo socialista que ayudase a contrarrestar los perjuicios causados por los norteamericanos?.

Ya al hacer el análisis del PC de Chile, y siguiendo el trabajo de Alonso Daire, al que continuaremos en esta sección, habíamos hecho referencia a la posición de la URSS con respecto a América Latina a partir del momento del triunfo de la revolución cubana. Sin embargo, con el desenlace de la crisis de los misiles en 1962 y el reemplazamiento de Kruschev en 1964 cambian los datos del problema y da lugar a la aparición de la “doctrina Brezhnev” para América Latina de un contenido mucho más pragmático, dónde primaban las relaciones económicas y diplomáticas con los Estados al margen de los regímenes políticos que tuvieran.

En ese momento se elabora en la URSS el concepto de “vía no capitalista de desarrollo” basado en la formación de amplios frentes nacionales y una vía pacífica que impulsarían una economía mixta con un poderoso sector estatal y una reforma agraria. En este nuevo modelo el papel asignado a los PPCC de América Latina no es el de ser vanguardia, sino el de formar amplios frentes populares con otros partidos, siendo en su seno un componente más. Los PPCC debían apoyar todo régimen que tuviera características de la “vía no capitalista de desarrollo”. Así, terminará opinando el autor, en el Programa de la UP van a confluir dos criterios, de un lado el contenido de la estrategia del FLN, de otro, responde también a las líneas definidas en la Conferencia de PPCC de 1969 y al “modelo Brezhnev”.

Frente a la línea anterior de Kruschev de apoyo claro a las luchas anticoloniales y antiimperialistas y de primar la afinidad ideológica, ahora el nuevo modelo se caracteriza por el mayor pragmatismo, donde el apoyo verbal a los movimientos de liberación nacional dejó de acompañarse de créditos y ayudas. La URSS se orienta ahora hacia las naciones cuya situación geopolítica beneficia a los diversos intereses soviéticos, y en este sentido América Latina quedaba en la periferia de esos intereses. La etapa de distensión entre las dos potencias va a hacer que la relación de la URSS con el gobierno de Allende se mueva entre el polo doctrinal (ya que la UP sería lo más cercano prácticamente al modelo Brezhnev) y el de la realpolitik (el acercamiento a la UP hacia peligrar la existencia de la detente con los EEUU). Esta línea interpretativa de Alonso Daire ayudaría a explicar el comportamiento no muy generoso de la URSS con el gobierno de Allende.

Un proyecto como el de la UP contenía tres ingredientes que le hacían atractivo para la URSS: encajaba con su estrategia “gradualista” para América Latina; podía servir de test para validar su propuesta de “vía pacífica”; y era impulsado por un PC en el que tenía una gran confianza.

Pero hay que tener en cuenta que el proceso de transición al socialismo emprendida en Chile estaba conducido por un conjunto de partidos, de los cuales solo uno tenía unas relaciones estables y profundas con el campo socialista, el PC. El PS, por su parte, aunque se declaraba en ese momento marxista-leninista, no estaba, ni había estado en ningún momento bajo la disciplina de la III Internacional o cualquier otro organismo que le vinculase a la URSS, ésta había sido una de sus grandes diferencias con el PC, su autonomía política a nivel internacional. Y si este era el caso del PS, aún más clara era la desvinculación de los demás partidos de la influencia soviética, incluso el Partido Radical era miembro de la Internacional Socialista. Esto no era, por supuesto, ningún obstáculo para recibir la ayuda del campo socialista, simplemente dejaba al gobierno UP en una situación de mayor autonomía para poder negociarla.

Olga Uliánova constata, a través de varios testimonios, que, a pesar de todo, el triunfo electoral de Allende en 1970 fue una sorpresa para los soviéticos y que “desde un principio, las esperanzas de ver materializarse un proyecto tan singular se mezclaron con el temor a crearse falsas expectativas”²⁵⁵. Esta sensación de incertidumbre acompañará a los análisis e informes que se realizaron por los soviéticos durante todo el proceso.

Al margen de estas dos opiniones hay algunos otros interrogantes en torno a la relación de la URSS con el experimento chileno, así, es necesario tener en cuenta que además del PC de Chile había otros actores pugnano por imprimir características propias a la evolución del proceso chileno como eran el PS o el propio Presidente Allende y que, por tanto, el modelo de transición y, posiblemente, de sociedad socialista, que impulsaba la UP en Chile estaba alejado de las características propias del modelo del socialismo real. En este sentido, si bien es cierto que el PCUS, desde su XX Congreso, propugnaba la posibilidad de la vía pacífica al socialismo en determinadas condiciones, también es verdad que preferiría que un proceso así fuese pilotado por un partido de plena confianza de los soviéticos. En Chile el PC respondía a ese criterio, pero, a pesar de su peso, encontraba muchas dificultades dentro de la propia UP para mantener su línea política.

Es de suponer que un modelo de socialismo diferente, democrático y pluralista, podría inquietar a la URSS en varios sentidos, servir de modelo en América Latina creando una nueva alternativa no controlada; dar alas al eurocomunismo europeo, que se había convertido en un dolor de cabeza para los soviéticos; introducir nuevas inquietudes en las sociedades del socialismo real del tipo de las que dieron lugar a la Primavera de Praga. Es difícil establecer el peso de cada una de estos aspectos, los documentos que pudiesen arrojar luz sobre ellos me son desconocidos. Pero desde luego parece cierto que, como dice Joaquín Fernandois, “la URSS no seguía la política interventora de los norteamericanos”²⁵⁶

Según Luis Corvalán, el PCUS se negó a financiar la campaña presidencial de Allende de 1970 tras una petición del PC de Chile a sugerencia del propio Allende y, concluye mostrándose avergonzado de dicha actitud que:

*“La respuesta que fue negativa, nos pareció tan terrible e impresentable ante nuestro candidato que decidimos recurrir a nuestras propias reservas para entregarle 100 mil dólares(...) a nombre de los comunistas soviéticos”*²⁵⁷

Las dificultades económicas con las que se encontraba el gobierno chileno en 1972 le llevó a demandar de la URSS una importante ayuda en materias primas, alimentos, maquinaria y equipos varios mediante un crédito a largo plazo, a la vez que proponía exportar a la URSS toda una serie de productos chilenos mediante el pago en efectivo y en divisa convertible. En opinión de los soviéticos,

*“el plan de desarrollo del comercio soviético-chileno propuesto por la parte chilena implica que la Unión Soviética tendría que aceptar condiciones que jamás se han contemplado en las relaciones de la URSS con los países en vías de desarrollo”*²⁵⁸

²⁵⁵ Uliánova, Olga, op. cit., pág. 90

²⁵⁶ Fernandois, Joaquín, op. cit., pág. 169

²⁵⁷ Corvalán, Luis, De lo vivido y lo peleado, op. cit., pág. 108

²⁵⁸ Informe sobre la situación chilena elaborado por el Instituto de América Latina de la Academia de Ciencias de la URSS, en Cristián Pérez, La izquierda chilena vista por la izquierda, op. cit., págs. 458-9

El pesimismo sobre la evolución de la situación en Chile es patente a finales de 1972 cuando, con ocasión de la visita de Allende y las peticiones de ayuda económica por Chile, se produce un rechazo de la URSS a esas demandas, pesando en ello, no solo las dificultades económicas soviéticas, sino, también, la percepción de que quizá el proyecto de la UP se había vuelto inviable, no significando ello necesariamente que se temiese un golpe de Estado a corto plazo, “sino la no realización del socialismo en Chile y la sustitución de la UP en el poder en las próximas elecciones por cualquier otra fuerza política ‘burguesa’ ”²⁵⁹. Aunque para esta autora, el argumento de más peso fuesen las limitaciones económicas de la URSS para asumir “el compromiso de “una nueva Cuba””.

Algunos de los principales protagonistas de la experiencia chilena expresan opiniones de simpatía y agradecimiento hacia la actitud mostrada por el campo socialista. Clodomiro Almeyda, por ejemplo, cita los compromisos adquiridos para la realización de proyectos industriales, los créditos a largo plazo suscritos con los países socialistas y el incremento de las relaciones comerciales, aunque, en este aspecto reconoce que su significado en el conjunto del comercio chileno continuó siendo baja. Especialmente se muestra reconocido con la ayuda que el campo socialista prestó a Chile en materia de ayuda financiera en momentos de dificultades coyunturales, lo que impidió que el país cayera en cesación de pagos: “no tanto por su magnitud, sino por su oportunidad, la ayuda financiera de los países socialistas fue, entonces, decisiva”²⁶⁰.

Luis Corvalán²⁶¹ intenta ser comprensivo con la actitud de resistencia de los soviéticos a ayudar financieramente a Chile, y describe los esfuerzos de la delegación chilena y el propio Allende, en su visita de noviembre de 1972 a Moscú, para conseguir que finalmente se les concediera 45 de los 80 millones de dólares que necesitaban con urgencia, lo que se sumaba a las dificultades para obtener otro crédito de 240 millones de rublos que intentaba negociar Gonzalo Matner con anterioridad. Al final, concluye, la culpa sería de ambos equipos negociadores, pero “hubo una buena disposición a colaborar con la Chile durante el gobierno de la Unidad Popular”

En un tono de mayor reconocimiento, y disculpatorio hacia la URSS se muestra Carlos Altamirano cuando alega que:

*“no nos parece justa la crítica hecha por algunos a la Unión Soviética, y en general al campo socialista, por no haber prestado una ayuda más efectiva al proceso revolucionario chileno. Ayuda económica a largo plazo le fue otorgada en cantidad y condiciones extraordinariamente favorables. Pero Chile requería reponer, con dramática urgencia, los recursos a corto plazo, cancelados por los organismos internacionales y los bancos y proveedores norteamericanos. Ello, en ese instante y en la cuantía exigida, no era factible para la Unión Soviética.”*²⁶²

Sin embargo, otros se muestran más críticos, como es el caso de Sergio Bitar quién, ante los modestos resultados obtenidos por Allende en su viaje de noviembre de 1972 a Moscú, señala que este resultado provocó desconcierto entre muchos dirigentes políticos. Sus hipótesis sobre dicho comportamiento son, por un lado, que la URSS hubiera considerado una inversión poco eficaz de sus créditos dados los problemas de fondo y su experiencia con Cuba, y, por otro, que la URSS se retraía en su apoyo a Chile dada la situación internacional. Su opinión sobre el impacto de este revés en el seno de la UP es elocuente:

²⁵⁹ Uliánova, Olga, op. cit., pág. 102

²⁶⁰ Almeyda, Clodomiro, La política exterior del Gobierno de la Unidad Popular, op. cit., pág. 45

²⁶¹ Corvalán, Luis, De lo vivido y lo pelado, op. cit., págs. 144-7

²⁶² Altamirano, Carlos, Dialéctica de una derrota III, op.cit., pág. 25

“estos resultados decepcionaron al presidente Allende, quién estimó que significaban una derrota de importancia, opinión que prevaleció entre sus colaboradores. Tal vez esta evaluación negativa no se explica tanto por el monto escaso de la ayuda, pues ésta fue bastante mayor que en el pasado, sino por la magnitud de las expectativas abrigadas entre ciertos líderes de la UP, sobre bases simplistas marcadas por el idealismo”²⁶³

Por último, otra explicación de la conducta de la URSS con el gobierno Allende es la aportada por Joaquín Fernandois:

“Los soviéticos solo mostraron real interés en proporcionar recursos al Partido Comunista y en ofrecer al Ejército tentadores créditos con la idea de “peruanizarlo” a medio plazo. Aunque felices de crearles un problema a los norteamericanos, no estaban dispuestos a arriesgar un choque frontal con éstos, ni menos a entrar en la obligación de subsidiar a la economía chilena como lo hacían con la cubana”.²⁶⁴

²⁶³ Bitar, Sergio, op. cit., pág. 194

²⁶⁴ Fernandois, Joaquín, op. cit., pág. 170

LA POLÍTICA DE LA OPOSICIÓN

Ya hemos mencionado que a la elección de Allende la siguieron unos meses en los que la oposición estuvo desorientada y sin iniciativa. Si el Congreso Pleno había ratificado la victoria de Allende se debía a que la DC era dominada por su sector progresista. En esta situación la gran burguesía y su representación política principal, el PN, estaban en una situación de aislamiento. En abril de 1971 la UP eleva su apoyo electoral desde el 36% en las presidenciales al 49% en las municipales de ese mes. También hemos visto la rapidez del gobierno en ese período para poner en práctica su programa.

Garcés apunta la serie de factores que permitieron que durante el año 1971 se evitase la crisis abierta entre el Gobierno y el Parlamento. Estos factores se debieron a la voluntad deliberada tanto del gobierno como del principal partido de la oposición de evitar el enfrentamiento. Por parte del gobierno popular esto se debió a:

“a) la disponibilidad de un amplio margen de acción reservado a decisiones propias de la potestad ordenadora y administrativa del Ejecutivo; b) la deliberada voluntad de evitar entrar en conflicto con los sectores medios y sus instituciones representativas (en lo social, económico y político); c) la decisión del gobierno de actuar dentro del marco institucional”

Y del lado de la DC sus objetivos de ese período tampoco la llevaban a la dura oposición del período siguiente, pues se orientaba a:

“a) deteriorar la imagen del gobierno, presentándose como alternativa que asegura mejor la “evolución social en libertad”; b) erosionar la base popular del gobierno, estimulando aquello que pudiera hacer entrar en contradicción a los trabajadores con el gobierno(...); c) mantener la actual correlación de fuerzas en el Parlamento, que la sitúa en el fiel de la balanza”²⁶⁵

Sin embargo, ya a finales de 1971 el propio desarrollo del proceso revolucionario había agudizado las diferencias entre el gobierno popular y la DC.

Sólo la ruptura del aislamiento de la gran burguesía va a permitir a la derecha recuperar la iniciativa, y esta ruptura del aislamiento solo podía realizarse a través de un acercamiento primero, y, una alianza después, con la DC, lo cual a su vez requería que previamente su sector derechista, identificado con Frei, recuperase su control desplazando al sector progresista. El proceso no fue brusco, pero sí rápido, y se inició con una excusa dramática, el asesinato en junio del 71 del ex ministro del interior de la DC, Eduardo Pérez Zujovic.

El gobierno y la UP, por supuesto, no tuvieron en dicho asesinato ninguna responsabilidad y los autores fueron rápidamente detenidos, pero era la excusa que esperaba el sector freista de la DC y lo aprovechó sin dudarle un momento. Dado el beneficio político obtenido de este asesinato por los sectores reaccionarios no parece nada descabellado que el PC interprete que dicho asesinato fue realizado:

“con la intención de crear una barrera de sangre entre la Unidad Popular y la Democracia Cristiana. Aunque los autores materiales de este crimen militaban en un grupo de ultraizquierda, nadie puede dudar a estas alturas que allí estuvo la CIA”²⁶⁶.

²⁶⁵ Garcés, Joan E., Chile: El camino político hacia el socialismo, Ediciones Ariel, Barcelona, pág. 208

²⁶⁶ Informe al Pleno del Comité Central del Partido Comunista de Chile de agosto de 1977, pág. 22, http://www.memoriachilena.cl/mchilena01/temas/documento_detalle.asp?id=MC0016916, (31 Marzo 2005)

A partir de este momento se va a asistir en Chile a una situación paradójica, a la que Garcés denomina “posición inversa respecto a la natural en la vía revolucionaria insurreccional”²⁶⁷. Inversión que, explica, se manifiesta en tres niveles. Primero en que, en tanto la izquierda se empeña en mantener el funcionamiento del régimen institucional desde el gobierno, la derecha busca la perturbación, el bloqueo o, incluso, la destrucción del régimen constitucional. Segundo, en que mientras la UP respeta el Estado de Derecho acatando las resoluciones judiciales y reconociendo las competencias del TS, la derecha se niega a reconocer las competencias del Tribunal Constitucional. Tercero, la izquierda se mantiene comedida, buscando la canalización, en las acciones de masas, en tanto la derecha recurre sistemáticamente a las movilizaciones de masas, con apelación a la resistencia civil y la convocatoria de paros generales de carácter político.

El primer paso para la derecha era el entendimiento entre la DC y el PN, soldar la alianza política. Se eligió para ello dos terrenos, el parlamentario y el electoral. En el primero, la acción concertada comenzó en diciembre de 1971 con las primeras acusaciones contra ministros.

Su objetivo consistía en proyectar una imagen de inestabilidad política y deslegitimar el gobierno. Si la acusación del PN se dirigió contra el ministro de economía, Pedro Vuskovic, la de la DC fue contra el ministro del interior José Tohá.

En el terreno electoral el entendimiento se inició en enero de 1972 con la unión de la DC y el PN para varias elecciones complementarias que ganaron.

El segundo paso de la derecha era recomponer su frente social, que utilizaría de punta de lanza de las movilizaciones contra el gobierno. A finales de 1971 conseguiría reunir, por primera vez, en una misma organización a grandes, medianos y pequeños propietarios (el Frente Nacional del Área Privada FRENAP). Igualmente extendería su control a las organizaciones de profesionales. También en el sector profesional la derecha consiguió una organización única en la Confederación de Profesionales de Chile en mayo de 1971, culminando este esfuerzo durante la huelga política de octubre de 1972, cuando las organizaciones profesionales y empresariales crearon el Comando de Acción Gremial. La fuerza de choque que consiguió movilizar la derecha abarcaba un amplio espectro, desde los medianos y pequeños propietarios se extendió a las clases medias formadas por artesanos, profesionales y empleados y consiguió arrastrar a amas de casa, estudiantes y sectores atrasados de la clase obrera.²⁶⁸

En una estrategia que combinaba todas formas de lucha, legales e ilegales, pacíficas y violentas, la lucha ideológica cumplió un papel esencial para conseguir movilizar a las masas y penetrar en las FFAA. Su papel era doble y complementario, de un lado deslegitimar al gobierno acusándole de arbitrariedades, ilegalidades y finalmente de ponerse al margen de la constitución y la ley; por otro, legitimar las acciones de la derecha que en una escalada continua excedían el propio marco legal del Estado liberal-democrático y se situaban claramente en el terreno delictivo pasando del “acosamiento institucional” a la llamada de la “resistencia civil” y al apoyo de los intentos golpistas.

En este terreno de la lucha ideológica la derecha demostró ser más eficaz que la izquierda en cuanto consiguió arrastrar tras de sí a las clases medias y otros estratos sociales, Bitar hace, en este sentido, un apunte incisivo:

²⁶⁷ Garcés. El Estado y los problemas tácticos.... op. cit., pág. 272

²⁶⁸ Bitar, Sergio, op. cit., pág. 128

*“mientras la UP actuó inspirada en consideraciones eminentemente económicas (cambios de propiedad, redistribución), la derecha atacó en el plano ideológico (control estatal y pérdida de “libertad”, redistribución, proletarización, caos)”*²⁶⁹

La estrategia de la derecha no fue unitaria, pugnaban en su seno distintas líneas que irían prevaleciendo según la coyuntura. Según nos movemos de la derecha a la extrema derecha, es decir, de la DC a Patria y Libertad, pasando por el PN; estas estrategias iban desde el intento de hacer rectificar la política del gobierno, pasando por el intento de destitución constitucional de Allende, para terminar en el golpe de Estado puro con una solución a la Indonesia²⁷⁰.

Marta Harnecker apunta que, efectivamente, “los sectores más progresistas tienden a confiar más en la estrategia de los mariscales rusos, es decir, en una campaña prologada de desgaste flexible”.²⁷¹

Pero, continúa, no es necesario que haya una unificación de las estrategias para formar un frente unido de la oposición que coincida en varios objetivos tácticos. Estos son los siguientes: Conseguir la unidad de la oposición, la cual es alcanzada progresivamente. Dividir a la UP, utilizando para ello la táctica de intentar meter una cuña entre partidos “marxistas” y “democráticos”, sus resultados en este aspecto fueron modestos, solo consiguieron la separación del PIR de la UP. Se busca hacer fracasar económicamente al gobierno con diversas acciones que van desde el mercado negro al bloqueo legislativo. Otro objetivo es mantener el control sobre los medios de comunicación, “la derecha ha tenido siempre el control absolutamente mayoritario de los medios de comunicación: aún en ese momento controla el 70% de la prensa escrita y el 115 de los 155 radios que existen en el país.”²⁷² Defender la propiedad privada. Crear un estado de ánimo contrario a la UP en el seno de las FFAA, presentando la situación caótica y evolucionando hacia un régimen totalitario. Y, por último, movilizar a las clases medias contra el gobierno para aislar a la clase trabajadora y su gobierno.

Antes de describir el desarrollo concreto de la política de la oposición es conveniente referirnos a las distintas estrategias y visiones que informaban a las fuerzas del bloque de la oposición, especialmente a la Democracia Cristiana y al Partido Nacional, que serán los principales actores políticos que se esfuercen por imponer sus respectivas líneas políticas. Para este aspecto nos puede servir el interesante trabajo de Garretón y Moulián. Estos dos autores sostienen que la explicación de la coyuntura que permite la ratificación de Allende y del limitado período de realizaciones que le siguen se basa en la existencia de una “doble legitimidad que, por un tiempo, mantiene su vigencia, y que consistía, primero en la adhesión instrumental(...) e ideológica(...) a la democracia como principio de organización política y, segundo, a la generalización de la idea de que la sociedad chilena requería cambios profundos”²⁷³. Estas dos legitimidades van a impedir, por el momento, y en una primera etapa, soluciones de carácter extralegal.

El objetivo que la DC busca en la primera etapa es “convertirse en la única alternativa de oposición al gobierno de Allende”, y se dedica a intentar neutralizar a aquél para impedir que pueda ampliar su influencia de masas. Sus relaciones con el

²⁶⁹ *Ibíd.*, pág. 295

²⁷⁰ Luis Corvalán menciona en sus Memorias como meses antes del golpe habían aparecido en las paredes pintadas con la frase “Ya viene Yakarta”, haciendo alusión al golpe de Estado en Indonesia en 1965, llevado a cabo por el coronel Suharto, tras el cual fueron asesinadas, víctimas de la sangrienta represión, alrededor de medio millón de personas, en su mayoría comunistas.

²⁷¹ Harnecker, Marta, *La lucha de un pueblo sin armas*, op. cit., pág. 15

²⁷² Bitar, Sergio, pág. 295

²⁷³ Garretón, Manuel Antonio y Moulián, Tomás *Análisis coyuntural y proceso político. Las fases del conflicto en Chile. 1970-1973*, editorial universitaria centroamericana EDUCA, Costa Rica, 1978, pág. 24

gobierno oscilan entre el enfrentamiento y la aproximación, fruto de su propia composición y discurso.

Cuando la "desinstitucionalización" del conflicto lleve a enfrentamientos directos y se creen condiciones favorables para las soluciones extremistas, la DC intentará contrarrestarlos intensificando el conflicto institucional, éste es el significado político que Garretón y Moulián conceden a la acusación que la DC realiza contra el ministro Tohá.

La estrategia de la DC era la de emplear todos los recursos institucionales, jugando la función política de evitar una polarización que destruiría el equilibrio político, pero esta estrategia se agota con el paro de octubre de 1972 y la frustración de la oposición por los resultados de las elecciones de marzo de 1973, a los que había otorgado carácter plebiscitario previendo erróneamente un profundo retroceso político del gobierno.

En ese momento la estrategia de derrocamiento ya ha conseguido las dos condiciones necesarias para tomar la iniciativa, ha reconstruido la unidad política del bloque opositor y se ha hecho

*"hegemónica en los sectores medios, rompiendo para ello su lealtad con el régimen político con el que se identificaban, plegando de éste modo a la Democracia Cristiana"*²⁷⁴.

Estos dos autores analizan la crisis del régimen político a través de tres procesos, "la polarización política, la deslegitimación del sistema político y la desinstitucionalización política". Esta última en realidad ya había comenzado en la segunda parte el gobierno Freí y se acelera ahora con el gobierno popular, expresándose no sólo en las movilizaciones de masas, con el desbordamiento de los cauces legales, sino también en la violencia política empleada por el polo opositor.

Otra de las conclusiones de estos autores tiene que ver con la hipótesis principal de su trabajo que les sitúa entre los analistas de una de las dos grandes tendencias explicativas que distingue Garcés y Leiva²⁷⁵ sobre la crisis y la derrota final de la UP, aquella que sitúa sus causas en el "vaciamiento del centro", en el abandono por la DC del centro político.

La relación existente entre la desinstitucionalización y la polarización crearía "las condiciones ideológicas y emocionales(...) para un deterioro de la legitimidad". Con el incremento del número de conflictos y su intensidad se "alteran los márgenes de maniobra del Centro político, cuya estrategia de negociación para neutralizar la acción del gobierno requería que fuera capaz de dirigir políticamente a las masas opositoras"²⁷⁶

A continuación vamos a analizar tres frentes de lucha empleados por la oposición de manera prioritaria, el primero es el que enfrentó al Congreso con el gobierno, el segundo es el llevado a cabo en el terreno económico, y, el tercero es el de los enfrentamientos sociales y la violencia. Como se puede comprender esta división es por motivos de claridad analítica, pero en la realidad todo ello formaba parte de la misma estrategia y se superponían en el tiempo reforzándose en sus efectos mutuos.

Garretón y Moulián hacen una periodización en tres etapas de la política seguida por el bloque opositor tomando como criterio diferenciador la estrategia que predomina en cada una; y, así señalan una primera que abarca desde las elecciones

²⁷⁴ *Ibíd.*, 1978, pág 109

²⁷⁵ Este estudio de las tendencias explicativas tendremos ocasión de verlo más detenidamente en el capítulo sobre las vías enfrentadas en la UP y el fracaso de la experiencia chilena.

²⁷⁶ Garretón, Manuel Antonio y Moulián, Tomás, *Análisis coyuntural y proceso político...*, op. cit., págs. 110-111

presidenciales a la ratificación de Allende por el Congreso Pleno y que se caracteriza por el fracaso de la estrategia de derrocamiento debido a su carácter prematuro; en la segunda, que se extiende hasta octubre de 1972, hay un predominio relativo de la estrategia de neutralización; por último, la tercera está claramente dominada por la estrategia de derrocamiento.

El primer terreno de enfrentamiento, el que discurre en el pulso que mantienen el gobierno de la UP de un lado, y el Congreso y otras instituciones como la Contraloría y el poder judicial, de otro, es especialmente analizado por Joan E. Garcés y Susana Bruna, prestándole un interés especial. En el régimen liberal-democrático chileno, la forma presidencialista había devenido funcional para el control del poder de las clases dominante, pero con la elección de Allende como Presidente esta situación se altera:

*“la pérdida por el bloque dominante del órgano del Estado donde había venido concentrando el poder político institucionalizado, ha implicado de inmediato que intentara convertir al Congreso en el centro del poder unitario del Estado”.*²⁷⁷

Para alcanzar este objetivo se utilizaron tres procedimientos. En primer lugar a través de sucesivas acusaciones parlamentarias que enjuiciaban políticamente a ministros para así “acabar con el supuesto esencial del régimen presidencial vigente, como es que sólo el Jefe del Estado puede exigir responsabilidad política a los ministros”. En segundo lugar “se ha intentado limitar el derecho de veto, de competencia exclusiva del Ejecutivo en ciertas materias legislativas”. Por último intentando ignorar el veto presidencial que “impide contralegislar al Congreso si el bloque mayoritario no alcanza los dos tercios”.

Sin embargo, la izquierda enfrentó estos intentos defendiendo el régimen presidencialista “enfrentando en este campo a la burguesía con la lógica jurídica de su propio Estado de Derecho”.

Susana Bruna²⁷⁸ se refiere a esta batalla de la burguesía en el Parlamento cuyo resultado es que en 30 meses la oposición presentase “15 acusaciones; diez contra ministros de Estado y cinco contra intendentes”. En realidad, el régimen constitucional chileno solo permitía la acusación de los ministros por responsabilidad civil y penal, pero la oposición lo transformó “en un arma de acusación política, invadiendo así atribuciones exclusivas del presidente de la República”. De las 15 acusaciones llevadas a cabo entre enero de 1971 y septiembre de 1973, el Senado aprobó seis.

Pero, como recuerda esta autora, la oposición emplea otra táctica parlamentaria consistente en que “paralelamente a las acusaciones constitucionales, obstruye, demora, modifica cualitativamente o rechaza los proyectos de ley presentados por el Ejecutivo”, y recoge las denuncias hechas por el Presidente Allende, en un discurso a los trabajadores en enero de 1973, sobre este bloqueo parlamentario que había afectado a proyectos tan importantes como los referentes a la participación de los trabajadores en las empresas, la creación de un sistema de autogestión, la sanción de delitos de tipo económico, la reforma de la Constitución para establecer la Cámara Única, la creación de tribunales populares de justicia, la aprobación de leyes de reajuste de salarios sin el financiamiento necesario, etc.

La oposición también utiliza el frente judicial para obstaculizar la labor del gobierno. El enfrentamiento en este terreno abarca temas de distinta naturaleza que

²⁷⁷ Garcés, Joan E., El Estado y los problemas tácticos, op. cit., págs. 284-6.

²⁷⁸ Susana Bruna, op. cit., págs. 146-51

vienen a demostrar claramente el carácter profundamente reaccionario de la mayoría del estamento judicial. Algunos de estos temas son: El rechazo de la Corte Suprema a la petición de inhabilitación por parte del Fiscal Militar de un senador derechista supuestamente implicado en el asesinato del general Schneider. El pugna motivada por el Proyecto de Tribunales Vecinales del gobierno que, finalmente, se ve obligado a retirar. El enfrentamiento como consecuencia de los fallos de algunos tribunales orientados a limitar la capacidad de gestión de los interventores que el gobierno nombra para las industrias requisadas. La polémica por la reducción de penas al ex general Viaux por el atentado contra el general Schneider; etc.

El resultado de esta batalla político-jurídica fue desgastante y frustrante para la UP ya que su objetivo de modificar el marco jurídico para adaptarlo a los cambios socioeconómicos acaecidos no fue posible con el bloqueo continuo de la derecha, mayoritaria en el Congreso, a sus iniciativas legislativas. Los sectores más decididos de la vía pacífica de la UP eran conscientes de la importancia de mantenerse dentro de los cauces institucionales y, en consecuencia, del papel clave del Congreso en la transformación del orden jurídico constitucional. Sin embargo, para la oposición de derechas, aunque el resultado electoral de marzo de 1973 frustró su objetivo de conseguir la inhabilitación constitucional de Allende, al menos la batalla en este terreno la sirvió como elemento en la campaña propagandística cuyo objetivo último era crear una justificación legal al golpe militar en marcha, objetivo que fue alcanzado cuando el 23 de agosto de 1973 la Cámara de Diputados aprobó un acuerdo declarando la inconstitucionalidad e ilegalidad del gobierno. La batalla rebasó los muros del Congreso con la incorporación, a partir de 1972, de la Contraloría y el poder judicial a los esfuerzos de la oposición por obstaculizar la labor gubernamental. Cambio de actitud que se produce con la iniciativa política que comienza a pasar al campo de la derecha. Ambos órganos del Estado modifican sus funciones incurriendo, según Bitar, en “ilegitimidad”.²⁷⁹

El contralor era un cargo vitalicio con decisiones unipersonales que, durante el período del gobierno UP estaba ocupado por “un demócrata-cristiano de la fracción pro-imperialista del PDC que actuará en oposición total al gobierno”²⁸⁰ y, en este sentido, sus atribuciones, ya de por sí muy influyentes sobre las decisiones del gobierno, son objeto de desviaciones que utiliza para oponerse a la acción del gobierno, como cuando rechaza ciertos decretos de requisición de empresas. Susana Bruna indica que hacía el final del gobierno popular, “la Contraloría había rechazado unos 15 decretos de intervención o requisición. En todos los casos, se trataba de empresas monopólicas incluidas en la lista de 91 que debían constituir el APS”, lo que es completado con otro tipo de acciones obstaculizadoras como “la demora en la firma de documentos, demandas de información adicional, etc.”²⁸¹

Este esfuerzo conjunto de los poderes del Estado controlados por la burguesía por crear una cobertura institucional al golpe tiene una secuencia clara y programada de actuaciones: en mayo de 1973 es la Corte Suprema la que denuncia la quiebra de la juricidad del país; en julio, primero es la Contraloría la que rechaza promulgar parcialmente la reforma constitucional sobre las áreas de propiedad y, luego, es la declaración conjunta de los Presidentes del Senado y la Cámara de Diputados denunciando el supuesto desbordamiento de la legalidad; finalmente en agosto es el Colegio de abogados quien denuncia el quebrantamiento del Estado de Derecho y del

²⁷⁹ Bitar, Sergio, op. cit., pág. 178.

²⁸⁰ Bruna, Susana, op. cit., pág. 153

²⁸¹ *Ibid.*, pág. 155

ordenamiento de la legalidad; y, todo es rematado cuando al final de ese mes se produce el acuerdo mencionado de la Cámara de Diputados.

El segundo frente de lucha de la oposición tuvo lugar en el terreno económico. El gobierno UP impulsaba toda una serie de medidas con el objetivo de cumplir su programa en torno al cambio de la estructura de la propiedad y las bases de distribución de los ingresos. Una serie de fenómenos contrarrestaron sus efectos, entre ellos la congelación de las inversiones por el sector privado, la fuga de capitales, la inflación y la especulación.

Especial impacto económico y político tuvo la aparición del mercado negro en 1972 y su desarrollo espectacular después del paro de octubre de ese año. Su base de sustentación fue el exceso de demanda y la expansión monetaria, Bitar apunta que:

*“Los desequilibrios económicos crecieron más rápido que los nuevos mecanismos de control, abriendo una brecha entre la variedad de nuevas situaciones y los instrumentos para regularla. Esta brecha creó las condiciones para la aparición y desarrollo del mercado negro”.*²⁸²

Pero rápidamente este fenómeno fue utilizado por la burguesía para, por un lado, desgastar al gobierno que se tenía que enfrentar a una reducción de la recaudación fiscal y a una pérdida de popularidad; por otro lado la burguesía se veía favorecida por un mercado paralelo que les aseguraba el abastecimiento y les aportaba importantes beneficios económicos. Para ello impulsó diversas acciones para potenciar el mercado negro. Pero, también se alcanzaban dos importantes objetivos estratégicos como apunta Mauro Marini²⁸³, en primer lugar “la gran especulación” y, como estas ganancias no provenían de las medidas del gobierno, sino de su violación, las capas medias se transformaban en socios de la gran burguesía que rompía su aislamiento social; en segundo lugar al contrarrestar la especulación, la política redistributiva del gobierno llevó al enfrentamiento “en el plano del consumo a la pequeña burguesía asalariada con la clase obrera y las capas pobres de la ciudad”. Así pues fue claro el triple efecto político alcanzado con el mercado negro, sirvió para unificar el campo de la burguesía, a la vez que se introducía antagonismos en el seno del pueblo y creaba desaliento entre la clase trabajadora.

El tercer frente de lucha abierta por la derecha contra el gobierno fue el de la movilización social y el empleo de la violencia.

En este frente se alcanzaron dos puntos álgidos en el enfrentamiento. El primero tuvo lugar en octubre de 1972, y su objetivo fue claramente paralizar el país para crear el caos económico y conseguir derrumbar al gobierno. El segundo se inició en julio de 1973 y su objetivo fue crear las condiciones sociales para una intervención militar, luego que en octubre quedó claro que por sus propias fuerzas, y sin apoyo militar, la derecha no era capaz de acabar con el gobierno de la UP.

Ante esta estrategia insurreccional de la burguesía, Garcés²⁸⁴ hace un ejercicio intelectual y aplica las enseñanzas de Lenin sobre las condiciones necesarias para un proceso insurreccional, estudiadas en las luchas proletarias, a la actividad de la burguesía chilena bajo el gobierno popular. La primera condición es la incapacidad de las clases dominantes para mantener su dominio de clase, lo que se traduciría en la situación chilena por la imposibilidad del proletariado de dominar completamente el aparato del Estado por las razones ya analizadas. La segunda

²⁸² Bitar, Sergio, op. cit., pág. 195.

²⁸³ Mauro Marini, Ruy, Dos estrategias en el proceso chileno, op. cit., pág. 12-13.

²⁸⁴ Garcés, Joan E., El Estado y los problemas tácticos, op. cit., págs. 126-7

condición sería un proceso de empeoramiento agudo de las condiciones de existencia de las clases oprimidas, que se traduce en el Chile del trienio 1970-3, en la sensación de inseguridad sobre su existencia social de la burguesía, condenada a desaparecer con el cumplimiento de los objetivos de la UP. La tercera condición sería el incremento rápido de la acción de las masas espoleadas por la propia situación y los dirigentes políticos.

En el caso chileno, Garcés indica que la “meta de carácter ideológico” invocada por la derecha para la movilización de las clases medias que justificaría para ellos “una radicalización de carácter histórico” sería “la denominada reconstrucción del país”.

El paro de octubre fue preparado por la derecha como un conflicto donde pudiesen concentrar el conjunto de sus fuerzas para paralizar el país, crear el caos económico, deslegitimar al gobierno y, finalmente, hacerle retroceder o, mejor aún, derrumbarle.

Las excusas para su inicio fueron variadas y su realización ya había sido denunciada por Allende en septiembre, dado que su preparación comenzó en agosto con diversos paros gremiales. Dadas las primeras reivindicaciones parecía en su inicio un conflicto puramente gremial pero rápidamente mostró su carácter político e insurreccional. Al paro iniciado por el gremio de camioneros se fueron sumando otros gremios (comercio, pequeña industria, etc.) y sectores profesionales (médicos, abogados, etc.), mientras en el exterior la Kennecott presentaba querellas en diversos países europeos con el objetivo de conseguir el embargo del cobre chileno. En términos de clase esto suponía una alianza entre la gran burguesía, una gran parte de la pequeña burguesía propietaria y sectores de la pequeña burguesía, tanto profesional como asalariada.

Finalmente el carácter político y sedicioso de la movilización quedó patente con la unificación de los sectores movilizados en el Comando Nacional de Defensa Gremial del 20 de octubre y la publicación de un pliego de peticiones como plataforma política, el denominado “Pliego de Chile”.

El paro fue reforzado con innumerables actos de violencia, acciones de sabotaje, bloqueos de carreteras, manifestaciones, ocupación de locales universitarios etc. Y con el acuerdo entre la DC y el PN para presentar nuevas acusaciones constitucionales contra ministros. En la primera semana de octubre los paros son de carácter regional y las reivindicaciones no están coordinadas ni ponían en cuestión la legalidad y legitimidad del gobierno. Entre el 9 y el 12 de octubre el paro pasa a ser nacional y aparecen las reivindicaciones de tipo político. Del 13 al 16 el conflicto se generaliza, incorporándose los colegios profesionales y las organizaciones estudiantiles. Entre el 17 y el 24 el conflicto alcanza su máxima cota de endurecimiento y la oposición elabora el “Pliego de Chile” formado por exigencias de tipo político que buscan la claudicación política del gobierno. En la última semana de octubre el conflicto comienza a declinar, la situación es de equilibrio inestable, el sector más extremista de la oposición es consciente que sin apoyo militar no puede avanzar más allá. Finalmente el conflicto se desactivó después de la constitución de un nuevo gabinete de carácter cívico-militar el 3 de noviembre cuando la balanza se inclinó, así, de parte del gobierno, y la derecha llegó a la conclusión de que no reunía condiciones suficientes para acabar con un gobierno que había conseguido mantener la lealtad de las FFAA, además de un apoyo entusiasta de la clase trabajadora.

Porque, efectivamente, estos fueron dos de los factores más importantes con lo que contó el gobierno UP para hacer fracasar la acción insurreccional de octubre. En primer lugar, la clase trabajadora se movilizó intensamente para contrarrestar los

efectos sociales y económicos del paro gremial, asegurando el mantenimiento de la producción económica; esta reacción mostraba el enorme apoyo que tenía el gobierno entre los trabajadores a pesar de desencuentros que analizaremos más adelante. Este apoyo unitario fue crucial para la superación de la situación por el gobierno.

El segundo factor mencionado fue la lealtad mantenida por el “aparato coercitivo del Estado” al gobierno UP, lealtad mostrada en dos fases, primero cuando tras decretar el estado de emergencia, el gobierno delegó en las FFAA la responsabilidad del mantenimiento del orden público y, segundo cuando constituyó en noviembre el gabinete cívico-militar. Este fue, en definitiva, el terreno en el que fue derrotada la burguesía en octubre, en la batalla por hacerse con la influencia de los mandos militares.

En los análisis del MIR²⁸⁵, el gobierno enfrentó el paro con cinco líneas de actuación: la “desmovilización de las masas” entendida como la orientación de las masas hacia el mantenimiento de la producción y no hacia la movilización contra los gremios; la “alianza del gobierno y FFAA”, la “resolución del problema del abastecimiento y el transporte”, la negociación con los dirigentes gremiales, y la negociación con la DC.

Pero la burguesía seguía aprendiendo de sus errores. Cuando fue derrotada electoralmente en 1970 supo que tenía que superar la equivocación responsable de aquel resultado, la división de la derecha. Ahora, con la derecha unida, y tras comprobar que la derrota de la UP no era posible sin apoyo militar, su rectificación fue en este terreno, consolidar su hegemonía entre las FFAA y, tras el fracaso electoral de marzo del 73, acudir al expediente del golpe militar.

Garcés se pregunta por qué no estalló en octubre de 1972 el aparato coercitivo del Estado y siguió leal al gobierno, y se responde que ello fue debido a dos factores, a la voluntad mantenida por el gobierno de actuar dentro del respeto a los marcos institucionales, y a la “definición de las FFAA como organismos subordinados y obedientes al gobierno”²⁸⁶. A la vista del resultado final de la experiencia chilena y de la actuación de las FFAA, esta explicación resulta insuficiente, pero tendremos ocasión de analizarlo con más detalle posteriormente.

Pero había un tercer factor que ayuda a explicar la victoria del gobierno en esta batalla de octubre, y es la actitud de la clase media. En principio hay que dejar constatado el éxito de la derecha en controlar y emplear como fuerza de choque a los gremios. Los grandes empresarios no representaban un sector social importante numéricamente y la paralización de sus actividades llevaba aparejado el peligro de una ocupación de sus empresas por los trabajadores o de una intervención del Estado. Pero los gremios y profesionales eran numéricamente más importantes, y los camioneros en especial eran un sector clave para paralizar el país y difícil de controlar por el Estado o los trabajadores. El control e influencia conseguidos por la derecha y la gran burguesía sobre estos sectores fue una baza de suma importancia. Pero, durante el paro de octubre las capas medias, tomadas globalmente, mostraron una actitud ambigua y dividida, lo que se evidenció tanto en el seguimiento del paro, no secundado homogéneamente, como en una encuesta realizada por el gobierno durante la huelga²⁸⁷ que mostraba la división de las clases medias tanto en su apoyo como en la consideración de su carácter.

²⁸⁵ MIR, Informe de la Comisión Política del Comité Central restringido sobre la crisis de octubre y nuestra política electoral, en Cristián Pérez, *El MIR visto por el MIR*, op. cit., pág. 501

²⁸⁶ Garcés, Joan E., *El Estado y los problemas tácticos del gobierno Allende*, op. cit., pág. 213

²⁸⁷ Los datos de la encuesta son mencionados tanto por Garcés como por Bitar

Si es acertada la conclusión que extrae Bitar de que “este hecho confirma una vez más que la oposición de carácter sediciosa no es sino una minoría, aunque bien organizada”²⁸⁸, entonces efectivamente está claro que se refuerza la idea de que esa minoría sediciosa se vuelva hacia el ejército como último recurso para revertir un proceso que no va a tolerar de ninguna manera.

Ya hemos visto que las esperanzas puestas por la oposición, especialmente el PN, en obtener un resultado electoral lo suficientemente favorable como para conseguir los 2/3 del Parlamento y proceder, así, a la inhabilitación del Presidente, poniendo fin al gobierno UP por vía institucional, se frustró.

La derecha, frustrada pero decidida a alcanzar su objetivo por cualquier medio volvió a su estrategia desestabilizadora intentando conseguir, a la vez, un bloqueo institucional, un agravamiento de la crisis económica y una situación de caos y violencia. Para ello se sirvió del conflicto laboral desatado en la mina de cobre de El Teniente en abril de 1973, que como describe detalladamente Bitar²⁸⁹, a la sazón ministro de la minería, se desarrolló en tres fases. La primera fue de carácter estrictamente salarial y acabó con la ruptura de la unidad entre obreros, que aceptaron la proposición del gobierno y decidieron retornar al trabajo, y los empleados que, influenciados por la DC, decidieron prolongar el conflicto a cualquier precio. En la segunda fase se utiliza por parte de estos últimos una táctica dilatoria y se acude al empleo de actos de violencia y terrorismo para evitar la reanudación del trabajo. En la tercera fase, la oposición lo transforma en un conflicto político general buscando extender la huelga a otras minas y poner en acción de nuevo a los gremios.

Esta estrategia de la tensión por parte de la oposición culminaría el 29 de junio de 1973 con una intentona militar abortada por la intervención de las propias FFAA y, especialmente, por el papel jugado por el general Prats.

Tres hechos inmediatamente posteriores revelan el nivel de la conspiración: los dirigentes de la huelga aceptan rápidamente las proposiciones que venía haciendo el gobierno y la finalizan; los dirigentes de Patria y Libertad se asilan en la Embajada de Ecuador; y el Congreso, con mayoría del PN y la DC niega la autorización al gobierno para decretar el estado de sitio.

Cuando estudiemos la política seguida por la UP en el trienio del gobierno Allende veremos como este breve momento, en que es clara la nueva derrota de la derecha, no fue aprovechado por la izquierda para tomar la iniciativa y tratar de revertir la situación.

Ahora, siguiendo la línea de este análisis, podemos constatar que, a falta de la iniciativa de la izquierda, la oposición derechista recupera el aliento y en julio pone en marcha un nuevo paro de los transportistas en medio de un clima desatado de violencia y atentados. En el mes de julio se habían producido 140 atentados de diferente tipo, incluido el asesinato de un edecán del Presidente, ante lo cual el Congreso sigue negando al gobierno la capacidad para decretar el estado de sitio.

Esta vez, un nuevo gabinete cívico-militar no va a tener el efecto disuasorio de octubre de 1972 y no va a servir para frenar una dinámica insurreccional que culminará el 11 de septiembre con el intento definitivamente exitoso de golpe militar.

Touraine describe la degradación de la situación a la que se había llegado a principios de septiembre.

²⁸⁸ Bitar, Sergio, op. cit., pág. 201

²⁸⁹ *Ibid.*, págs. 229-233

“ El mes de agosto estuvo dominado por una crisis de gobierno, la entrada de militares en el gabinete, el peligro de pusch de la aviación y finalmente el hundimiento personal de Prats, que naufragó por la imposibilidad de combinar reformismo y constitucionalismo, de repetir la experiencia de noviembre de 1972. Salimos lentamente de esta crisis que Allende dominó con mucha habilidad. Pero entramos sin discontinuidad visible en una crisis mucho más grave. El ataque de los gremios, las declaraciones agresivas del Parlamento revisten una gravedad excepcional, porque están dirigidas contra un Estado debilitado, agotado, que ha sostenido muchos escollos pero no parece tener fuerza propia. No dudo que tenga un fuerte apoyo popular, pero la crisis actual es ante todo una crisis de poder.”²⁹⁰

Dentro de este tercer frente caracterizado por los enfrentamientos sociales y la violencia es necesario referirse a otros fenómenos distintos de las huelgas y boicots promovidos por la derecha con objetivos desestabilizadores. Efectivamente, seis días después de la victoria electoral de Allende hace su aparición en la escena política chilena Patria y Libertad. Este movimiento de extrema derecha va a ser la punta de lanza de la violencia política de la derecha contra el gobierno de la UP en su vertiente más agresiva, con utilización de atentados terroristas o vinculación a las intenciones golpistas.

Pero, además, la derecha utilizará las movilizaciones callejeras masivas en un intento de disputar la calle a la izquierda. La primera de estas grandes manifestaciones que utilizaría la derecha tuvo lugar el 1 de diciembre de 1971, fue la conocida como la marcha “de las ollas vacías”, llevada a cabo por las mujeres de la burguesía para protestar contra el desabastecimiento y el alza del costo de la vida. En realidad, estos sectores de la alta sociedad no padecían en absoluto estos problemas y se trató de una manipulación para hacerla coincidir con la partida de Fidel Castro después de una visita de tres semanas a Chile. Como apunta Eugenia Palieraki:

“La “marcha de las ollas vacías” inauguró un período durante el cual la violencia en las calles de Santiago fue utilizada de forma recurrente y sistemática con fines políticos”²⁹¹.

La misma autora señala a tres protagonistas principales en la violencia desatada por la oposición derechista contra el gobierno popular, de un lado, las juventudes de la oposición; de otro, los denominados vecinos, que era “una milicia, una policía privada, que creía en el “poder vecinal” como sustituto al poder político”; y, por último, las mujeres, que constituyeron el sector social más utilizado en las movilizaciones de la oposición.

Por último, termina concluyendo que la violencia fue utilizada sistemáticamente por la derecha como una manera de hacer política y de forjar una identidad común.

²⁹⁰ Touraine, Alain, Vida y muerte del Chile popular, op. cit., págs. 120-1

²⁹¹ Palieraki, Eugenia, Las manifestaciones callejeras y la experiencia de la Unidad Popular (1970-3), Pensamiento Crítico, Nº 3, 2003, pág. 16, http://www.pensamientocritico.cl/upload/est/est_031124115355_35.pdf, (27 Junio 2004)

ANÁLISIS INTERNO DE LA UP

La UP fue una alianza de sectores diversos basada en un núcleo formado por el PS y el PC. A los dirigentes del PC, principal impulsor de la amplitud de esta alianza, les es especialmente grato referirse a la heterogeneidad social e ideológica que representaba la UP. Así, por ejemplo, Corvalán se refiere a que:

*“el gobierno que encabezó el Presidente Allende fue generado e integrado por un movimiento popular dentro del cual coexistían corrientes democráticas, marxistas, racionalistas, cristianas y laicas, representadas por varios partidos agrupados en la UP”*²⁹²

El acuerdo alcanzado para levantar una candidatura común, la de Salvador Allende, y un programa de gobierno se basaba en el acuerdo de emplear los métodos legales y electorales como un medio para alcanzar el socialismo. Pero ello no significaba que todos los partidos que subscribían el acuerdo de la UP tuviesen la misma visión estratégica sobre dichos métodos. El PS, especialmente, había venido aprobando una serie de acuerdos congresuales no identificados con la línea política oficial que iba a hacer suya el Presidente Allende y su gobierno. Las tensiones latentes aflorarían cuando en el transcurso del gobierno popular apareciesen las dificultades propias de un proceso como el iniciado en Chile, cuando en momentos claves se debiesen tomar decisiones sobre el camino a seguir. Pero, además de las características propias de cada partido, fruto de su trayectoria histórica, otras presiones externas se harían notar sobre las actitudes adoptadas por ellos, especialmente las que provenían del movimiento popular, dotado de una dinámica autónoma respecto al gobierno UP, y del MIR.

David Tieffenberg²⁹³ señala los inconvenientes que son consustanciales a las alianzas de clases, de las cuales la UP es una clara expresión, que terminan por constituirse en obstáculos importantes en la revolución. Estos inconvenientes son claramente identificados y analizados en la experiencia del gobierno UP. El primero es la existencia de la práctica del “cuoteo”, consistente en la repartición de los cargos públicos entre los partidos de la alianza. Esta práctica llevaba a convertir en compartimentos estancos a sectores de la administración del Estado según que partido fuese el dominante, predominando las directrices de la organización sobre las comunes. El segundo inconveniente al que hace referencia sería la autonomía que celosamente defendían cada uno de los partidos de la UP y que impedía alcanzar acuerdos en los problemas existentes y en las convocatorias que realizaba a tal fin el presidente Allende. Esta falta de voluntad de llegar a acuerdos afectaba al núcleo de la alianza, la que formaban socialistas y comunistas, en este sentido Tieffenberg pone como ejemplo las discrepancias en torno a la reforma agraria o la incautación de empresas, pero es necesario añadir también la abismal diferencia sobre las relaciones a mantener con la DC que ambos partidos sostenían. El tercer inconveniente era la competencia electoral que mantenían los partidos de la UP entre sí, y que en las

²⁹² Corvalán, Luis, El gobierno de Allende por dentro y por fuera, op. cit., pág. 6

²⁹³ Tieffenberg, David, op. cit., págs. 177-83

elecciones locales de abril de 1971 se tradujo en el rechazo a los “pactos de compensación” que hubieran beneficiado claramente a la UP como conjunto. Finalmente, este autor se refiere al hecho de que los partidos de la UP hubieran dejado “morir por inanición a los comités de la UP” que desempeñaron un importante papel en el período preelectoral a la victoria presidencial.

Allende denunció estos obstáculos y pidió el pronunciamiento, sin éxito, de las directivas de los partidos coaligados.

El partido con más peso comprometido con la vía político-institucional era el PC. Su estrategia de transición al socialismo se basaba en una concepción etapista de la revolución, y las consecuencias que se derivaban para su actuación durante el gobierno popular las podemos resumir en tres aspectos: Primero, consolidar una alianza con las clases medias impidiendo que basculasen hacia posiciones de la gran burguesía, políticamente esto significaba intentar alcanzar un acuerdo con la DC; algo factible dadas las coincidencias durante la campaña en objetivos básicos importantes entre la DC y la UP, como fueron la nacionalización del cobre y la culminación de la reforma agraria; para el PC fue un error no intentar llegar a acuerdos con los democristianos una vez pasadas las elecciones. Segundo, concebido el proceso revolucionario de manera pacífica y gradual, la primera etapa sería de carácter democrático y antiimperialista y debería ser continuada por un nuevo gobierno popular surgido de las elecciones de 1976, su objetivo en la etapa del gobierno Allende era:

“completar la revolución burguesa, reformando las estructuras socioeconómicas y el Estado, y ampliar la influencia del Estado sobre el sector privado”²⁹⁴.

Tercero, su posición fue la de defender prioritariamente al gobierno popular y su política, subordinando a éste el movimiento de masas, rechazando la acción autónoma popular como un elemento desestabilizador del proceso. Corvalán resume esta posición, que vendría a ser la del polo gradualista de la UP, diciendo que:

“privilegiaba la lucha y movilización de las masas populares en apoyo del gobierno, en pro del estricto cumplimiento del programa y de la búsqueda de acuerdos con la DC en torno a aquellas materias que requerían la aprobación del Parlamento”²⁹⁵.

Este sería el contenido fundamental del que se conocerá como polo gradualista de la UP - El MAPU va a referirse a los dos bloques que se enfrentan en la UP como la línea proletaria y la línea centrista²⁹⁶ - y cuyos componentes eran el PC, el MAPU obrero-campesino, el Partido Radical, el Partido Democrático, la Alianza Popular Independiente y un sector socialista.

El otro pilar básico de la UP, el PS, vendría a servir de elemento principal en el denominado polo rupturista. El fundamento de esta trayectoria de los socialistas chilenos, ya lo vimos anteriormente, se remonta a su propio origen; a su política del Frente de los Trabajadores, como reacción a la frustración de la experiencia aliancista con la pequeña burguesía en los años 30 y 40; y a los acuerdos adoptados en su Congreso de Chillán en 1967 donde se inclinó por la vía armada como el camino correcto para acceder al poder y transformar la sociedad. Altamirano²⁹⁷ recoge los acuerdos de aquel Congreso donde se señalaba que:

²⁹⁴ Mauro Marini, Ruy, Dos estrategias..., op. cit., pág. 9

²⁹⁵ Corvalán, Luis, El gobierno de Allende por dentro y por fuera, op. cit., pag. 126

²⁹⁶ MAPU, Informe de la Comisión Política al Partido. El período octubre 1972 – marzo 1973 y las perspectivas futuras, en Cristián Pérez, La izquierda chilena vista por la izquierda, op. cit., pág. 528

²⁹⁷ Altamirano, Carlos, Dialéctica de una derrota I, op. cit., pág. 29

“El partido no desdeña la utilización de los métodos pacíficos y legales(...) pero considera que esos métodos no conducen por sí mismos a la conquista del poder”

y también su reafirmación en el Pleno del Comité Central de El Algarrobo en marzo de 1972:

“El enfrentamiento es el problema central y básico de todo este período(...)En algún momento del desarrollo de este proceso estas tensiones necesariamente deberán desembocar en un enfrentamiento total de clase”.

En febrero de 1971 el PS celebró su XXIII Congreso en La Serena donde se enfrentaron dos tendencias, la del Secretario General, Aniceto Rodríguez, y la encabezada por Carlos Altamirano, partidaria de un avance acelerado al socialismo y que saldría vencedora del Congreso con Altamirano como Secretario General. De este Congreso saldría un llamamiento a terminar con la hegemonía del PC, a encabezar la construcción del socialismo en Chile, criticando la firma del Estatuto de Garantías Constitucionales y rechazando cualquier tipo de acuerdo con la burguesía nacional. Para Luis Corvalán:

“El PS salio del Congreso de La Serena con una línea política discordante a la del conjunto de la UP y en particular a la orientación del presidente de la Republica. Esa línea no pudo tener aplicación plena en el primer tiempo, durante el cual el pueblo estaba a la ofensiva y la revolución chilena se abría paso (...) sin embargo, a lo largo de los dos años y diez meses del gobierno de la UP esa línea se hace presente no pocas veces”²⁹⁸

Bitar añade un argumento más para explicar la posición que la mayoría del PS adoptó durante el gobierno UP, y así se refiere a que:

“ los partidos de menos cohesión y organicidad, como el PS, sufren de lleno esta tensión, pasando a ser a menudo simples transmisores de las posiciones de las organizaciones populares, más que un aparato capaz de educar y conducir”²⁹⁹.

La estrategia y objetivos de esta segunda línea que anidaba en la UP son descritos por Altamirano³⁰⁰:

“la revolución se concebía como un proceso ininterrumpido, de carácter socialista, cuyas distintas fases no se implementarían en etapas de distinto signo. En consecuencia, valorizando como un hecho extremadamente positivo la instalación de las fuerzas populares en el gobierno y las posibilidades de utilizar la institucionalidad vigente, entendía que el objetivo central era crear un poder real, un poder militar propio, y un poder social surgido “desde la base” que permitiría reemplazar el Estado burgués por un nuevo Estado, afirmado en este poder revolucionario”.

En este polo se sitúan gran parte del PS, con su dirección, el MAPU y la IC.

Almeyda se refiere críticamente a las dos tendencias o “polos” de la UP cuando indica que:

“la una, que acentuaba la viabilidad del proceso y que objetivamente minimizaba sus dificultades, y la otra, que enfatizaba la eventualidad del enfrentamiento, en un plano abstracto, pero sin plantear la forma concreta y realista para poder prevenirlo, controlarlo y vencerlo”

y cuyo resultado, concluye, fue

²⁹⁸ Corvalán, Luis, El gobierno de Allende por dentro y por fuera, op. cit., pags. 183-5

²⁹⁹ Bitar, Sergio, op. cit., pág. 318

³⁰⁰ Altamirano, Carlos, Dialéctica de una derrota III, op. cit., pág. 16.

“neutralizar la acción del Gobierno, favoreciendo el inmovilismo en los momentos decisivos e impidió la formulación de una gran estrategia defensiva de la Revolución”³⁰¹.

Pero son más comunes las posiciones de quienes alineados con uno de los “polos” crítica la posición del contrario, como por ejemplo Sergio Bitar, que representa la crítica al polo rupturista:

“ no se puede desconocer que, aunque minoritarias, existieron en la UP concepciones distintas, las cuales concebían un camino que pasaba por la confrontación y por la transformación inmediata y total del Estado. Estas concepciones jamás constituyeron una visión coherente, más bien fueron simples actitudes de carácter extremista de quienes, ante cada acción concreta, pretendían ver materializados sus “principios revolucionarios”, empujando los acontecimientos por un camino incompatible con las condiciones históricas, y por lo tanto, inviable. Los impulsos radicalizados se irguieron como escollos a la estrategia principal de la Unidad Popular”³⁰².

El MIR no formaba parte de la UP por no compartir ni la estrategia mayoritaria que la orientaba ni el programa con el que ganó las elecciones, pero su relación con la alianza de izquierdas no era de simple oposición, sino más compleja. Las relaciones con algunos de sus componentes, especialmente con el PS, eran amistosas. Por ejemplo, los militantes del MIR formaron durante un tiempo la guardia personal de Allende, que éste mantuvo frente a las campañas de la derecha criticando esta decisión. Igualmente ofrecieron al PS el apoyo a sus candidaturas en las elecciones de marzo de 1973. Si el MIR impulsó el desbordamiento del programa de la UP en algunos aspectos, ello no significaba una ciega táctica ultraizquierdista; cuando se inició la campaña electoral de 1970, el MIR cesó en sus actividades armadas, que no reanudó durante toda la existencia del gobierno Allende; por el contrario, éste le concedió el retorno a la legalidad y una amnistía a sus militantes. La consigna del MIR “avanzar separados, golpear juntos” expresa bastante acertadamente la naturaleza de las relaciones entre el MIR y la UP.

El MIR había sido escéptico sobre la posibilidad de una victoria electoral de la UP en las presidenciales de 1970 y, desde la situación de ilegalidad en que se encontraba en esos momentos, su tarea se centró en evitar que la ilusión electoral frenase el proceso de ascenso de las luchas sociales que se vivía en ese período. Una vez que se produjo la victoria electoral de la izquierda y el acceso de Allende a la Presidencia de la República, el análisis que hace el MIR de la situación es la de que el triunfo electoral popular en realidad no supondrá entregar el poder a los trabajadores, solo significará un impasse entre las clases en lucha, que deberá resolverse finalmente mediante un enfrentamiento armado. El MIR está convencido que si el gobierno de Allende no transforma las estructuras fundamentales del sistema se verá abocado al fracaso, y será entonces el momento para que los sectores revolucionarios tomen la vanguardia del proceso, lo que a la vez impulsaría a las Fuerzas Armadas a incrementar la represión, obligando así al pueblo a resistir de manera violenta y a plantearse la conquista del poder. Este esquema analítico sobre como prevé el desarrollo de los acontecimientos es coherente con la visión que sustenta de la transición al socialismo, la cual solo puede tener lugar a través de un enfrentamiento final de clases y la instauración de la dictadura del proletariado, rechazando como ilusoria la transición de tipo pluripartidista, pluralista y libertaria que Allende expuso en su primer mensaje al Congreso.

³⁰¹ Almeyda, Clodomiro, Obras escogidas 1947-92. III, op. cit., pág. 66

³⁰² Bitar, Sergio, op. cit., pág. 18

Con la vista puesta en lo que considera un inevitable enfrentamiento final de clases, el MIR considera que la mayor parte de la resistencia armada en ese momento recaería en ellos y que, en consecuencia, una tarea importante consiste en preparar la formación militar y reforzar las infraestructuras y las tareas de información.

Frente a lo que considera un proyecto reformista, hegemónico en el seno de la UP, el MIR propone un proyecto propio que consiste en fortalecer el movimiento de masas, articular una alianza política de los revolucionarios que están fuera y dentro de la UP (es decir, en su lenguaje, las corrientes revolucionarias consecuentes y las vacilantes), y crear una nueva institucionalidad revolucionaria basada en los consejos comunales de los trabajadores. Esta propuesta la acompaña el MIR de su propio programa.

No obstante la existencia de los dos polos diferenciados al interior de la UP, Garcés en su obra “Allende y la experiencia chilena” parece mantener la tesis de la existencia de una tercera posición que si bien se ubica dentro del polo gradualista, se diferencia en aspectos esenciales de la línea mantenida por los partidos que formaban ese polo. Esta tercera posición sería, según el autor, sostenida por el Presidente Allende y algunos de sus asesores, especialmente el propio Garcés.

Esta interpretación opone de un lado la planificación de una opción táctica y coherente en el círculo cercano a Allende frente a una táctica dividida en la UP. Y aunque en esta última predominan los planteamientos del polo gradualista, sin embargo, tanto sus propios errores como las alteraciones que introducía el polo rupturista convirtieron a esta táctica en la responsable última de los errores que fueron arruinando las posibilidades del gobierno popular.

Los planteamientos de esta tercera posición, que no tenía ningún apoyo partidista, los vamos a seguir del libro citado de Garcés.

Su punto de partida sería la conciencia de la correlación de fuerzas en el Parlamento, y previendo los obstáculos que podrían surgir en éste a la implementación del programa de la UP, se planteó acudir a un referéndum de reformas constitucionales que contemplasen las nacionalizaciones necesarias, la participación de los trabajadores en los centros de decisión, y la atribución al Presidente de la facultad de disolver el Parlamento y convocar elecciones una vez durante su período gubernamental. Se partía, igualmente, de un cálculo optimista sobre la posibilidad de obtener la victoria de un referéndum a celebrar en los meses siguientes a la victoria de Allende, lo que dotaría de un mandato político mayoritario al gobierno para alcanzar sus objetivos.

Sin embargo, esta iniciativa fue desestimada por los partidos de la UP a finales de noviembre de 1970. Las dos razones alegadas serían las expresadas por Pedro Vuskovic, la primera, la falta de confianza en un resultado favorable a la UP en el referéndum; la segunda, el temor a provocar un reagrupamiento del frente opositor, incluida la DC, cuando el gobierno disponía de facultades administrativas para alcanzar sus objetivos con menos riesgos, aún siendo minoritario en el Parlamento.

Esto significó, según Garcés, que el plan político adoptado por la UP se encarriló por la vía administrativa en lugar de la “parlamentaria – referéndum”, basándose en la posibilidad de un alto nivel de expansión y crecimiento de la actividad económica antes de haber consolidado previamente el control de los trabajadores sobre los centros de decisión del Estado. Y este error sería, según el asesor de Allende, la base del fracaso posterior.

Esta posición de Garcés por supuesto que es totalmente antagónica con la del polo rupturista, pero, y esto es lo significativo, se encarga de marcar la diferencia con

la táctica del polo gradualista, especialmente con su principal actor, el PC. Estas diferencias se fundamentan en el rechazo de la premisa base de este partido, pues, para Garcés, ni antes, ni después de 1970, era posible una alianza con la burguesía nacional - cuyo representante político sería la DC - contra el imperialismo, ya que esto solo sería posible en torno a un proyecto de capitalismo socialmente avanzado, lo que de alcanzarse hubiera destruido la alianza entre el PC y el PS y, por los tanto, la propia UP.

Hay un sector importante de los protagonistas de los acontecimientos que al reflexionar sobre la experiencia de la UP insisten, entre otras cosas, en un punto común, aunque con diferentes matices, y de trascendental importancia: el error cometido por la UP al haber desperdiciado la ocasión en el inicio de su andadura, tras la victoria electoral de Allende, para haber alcanzado un acuerdo con la DC y haber así conseguido una amplia mayoría para los cambios.

En dicha reflexión falta, sin embargo, una profundización en torno a algunos aspectos fundamentales que esclarecerían las posibilidades reales de dicho acuerdo y el sentido que tendría la política que se derivaría de alcanzarse finalmente.

La primera cuestión a esclarecer sería la relacionada con la posibilidad real del acuerdo. Parece, en principio, que existiesen una condición y un precedente que avalasen su factibilidad. La condición sería el carácter de la DC en ese momento, su programa progresista en las elecciones y su propio candidato Radomiro Tomic. El precedente sería el Acuerdo de Garantías Constitucionales alcanzado después de las elecciones entre la UP y la DC y que permitiría que esta última diese el apoyo parlamentario necesario para la elección de Allende por el Parlamento, en contra de los planes para favorecer la elección provisional de Alessandri.

En general, éste sería el argumento más fuerte esgrimido por quién sería el mayor valedor de alcanzar el acuerdo, el PC. Veamos como reflexiona Corvalán a 30 años de distancia:

“Transcurrido un año del gobierno del Presidente Allende y habiendo comenzado a descender el respaldo ciudadano que había obtenido en las elecciones de abril era evidente que la UP, sola, no podía resolver los agudos y candentes problemas que estaban en el centro de la contienda política nacional. La legalidad imperante(...)había pasado a ser un freno, una traba, un obstáculo para seguir adelante con los cambios(...)Pero no pudieron actuar en consecuencia [los partidos de la izquierda]. Por su propia cuenta no podían cambiar ni modificar la institucionalidad por ningún camino, ni a través del camino legal, ni a través del camino extralegal(...)Para seguir avanzando dentro de la legalidad se requería, además del apoyo de las masas, llegar a acuerdo con la DC, dando así forma a una mayoría en el Parlamento para legislar sobre aquellas cuestiones en las que hubiese coincidencia”.

Pero, reconoce Corvalán, a pesar de los intentos del gobierno, la DC se negó a llegar a un acuerdo. Y el ex secretario general del PC concluye a partir de estos datos y con 30 años de por medio:

“Hoy me inclino a creer que(...)debiéramos haber hecho un esfuerzo mas por salvar la situación, haciendo algunas otras concesiones, buscando la concordancia con la DC, en una salida, aunque minimizada, pero aceptable”³⁰³

Las conclusiones de Corvalán parecen responder al mismo esquema reflexivo de Berlinguer tras la derrota de la UP: lograr amplias mayorías para cambios menos ambiciosos pero factibles. Así, se lamenta de la ausencia de una dirección

³⁰³ Corvalán, Luis, El gobierno de Allende por dentro y por fuera, op. cit., págs. 204-5

*“única y amplia en la UP y en el gobierno, capaz de concebir, programar y aplicar, con audacia y sin sectarismo, una política que permitiera agrupar a la mayoría nacional en la lucha por transformaciones democráticas. Una tal dirección tenía que haberse orientado a lograr un gran acuerdo con la DC e incluso gobernar en conjunto”*³⁰⁴

Sin embargo, las tensiones vividas durante el gobierno UP, tanto en el interior de esta coalición, como en la propia DC, indican que cualquier acuerdo entre ambas para un proyecto conjunto debería hacerse tras una ruptura interna tanto en la UP como en la DC. Es difícil imaginar ese acuerdo con el visto bueno del sector rupturista de la UP o el sector derechista de la DC. Y un acuerdo tras la ruptura de ambas es difícil suponer que tendría el mismo contenido que tenía el programa original de la UP y, también es difícil imaginar cual sería el derrotero de esa experiencia.

Garretón y Moulián³⁰⁵ aluden a estas dificultades para un acuerdo basándose en los opuestos intereses de ambas formaciones desde el principio. Mientras la UP busca un crecimiento en base a la ampliación de su autonomía de decisión aprovechando las atribuciones legales del Ejecutivo que le evitan estar condicionado a las negociaciones parlamentarias; la DC se marca como objetivo la neutralización y limitación de la actuación del gobierno para impedir que amplíe su influencia electoral y de masas.

Es evidente que quienes evocan esa oportunidad perdida lo hacen fundamentalmente a partir de los resultados acaecidos en Chile y porque su postura gradualista es acorde con un planteamiento de ese tipo.

La pregunta pertinente entonces es la de porque este planteamiento pactista no fue planteado y defendido por las fuerzas gradualistas en el principio de la experiencia. Garcés, por ejemplo, defendió en esos momentos un referéndum que dotase de un plus de legitimidad al gobierno para llevar a cabo su programa, y, tan solo en caso de un resultado desfavorable evoca como salida una posible alianza con la DC para nuevas elecciones. Pero eso es ya un escenario totalmente distinto. Corvalán, por su parte, hace referencia al efecto del sectarismo, que envolvía a la UP, como responsable de la falta de voluntad para alcanzar un acuerdo con la DC.

Sin embargo, continua Garcés, Allende hace un segundo intento de utilizar la vía del referéndum en junio de 1971 cuando la incorporación de las empresas a la APS estaba relentizada y los vetos del Parlamento a las nacionalizaciones del cobre ofrecían esa oportunidad. Pero, de nuevo los partidos de la UP volvieron a rechazar esa opción.

Los errores de la UP la llevaron a la paradoja de que en 1972 era la DC la que presionaba por un referéndum constitucional sobre las áreas de propiedad opuesto al proyecto de la UP, mientras ésta se encontraba obligada a rechazarlo sin alternativa.

La conclusión que extrae Garcés es la de que Allende planteó iniciativas para resolver el problema del poder, dentro de la vía político-institucional, que fueron rechazadas por los partidos de la UP, sin que éstos, a su vez, propusieran otras opciones alternativas viables. Esta situación sería, en última instancia, la responsable de la crisis del Estado, a la que se llegaría sin que el movimiento popular contará todavía con instrumentos para su reemplazo.

En la degradada situación a la que se había llegado en junio de 1973, Garcés considera que en la primera semana de ese mes se ofrece la última oportunidad para la UP, oportunidad contenida en el proyecto presentado por Allende al Comité

³⁰⁴ *Ibíd.*, pág. 207

³⁰⁵ Garretón, Manuel Antonio y Moulián, Tomás, *Análisis coyuntural y proceso político*, op. cit., pág. 37

Político de la UP, en el cual había colaborado especialmente él mismo, y cuyo punto fundamental volvía a ser la convocatoria de un referéndum que, nuevamente, es rechazado por los componentes de la UP, temiendo que los trabajadores no fueran a aceptar someter al resultado de una votación las conquistas logradas desde la victoria de 1970.

La insistencia en la vía del referéndum hizo que se plantease por última vez en septiembre de 1973, esta vez se opusieron tres partidos de la UP, el PS, el MAPU y la IC. Dada la norma de la unanimidad vigente para la toma de decisiones en la UP, tampoco ahora ésta daba el acuerdo a Allende. Sin embargo, el Presidente esta vez estaba dispuesto a convocarlo dada la gravedad de la situación y recibió finalmente el apoyo del PC. Esta decisión final provocó, a su vez, el adelanto del golpe militar en marcha. A juicio de Garcés, el desencadenamiento del golpe demostró que a esas alturas del proceso el expediente del referéndum había dejado de ser efectivo. Su momento óptimo hubiera sido en 1971, porque entonces, incluso un resultado adverso a la UP no hubiera sido dramático ya que entonces cabían dos alternativas, bien pactar con la DC, en manos entonces de sector de centroizquierda, o bien renunciar al gobierno para ir a nuevas elecciones y establecer nuevas alianzas, sin que ello supusiese en ningún momento la amenaza de un enfrentamiento violento. El carácter de opción táctica que tiene el referéndum en 1971, solo lo conserva en junio de 1973 “en la medida en que formaba parte de un cambio de línea operativa – prepararse para resistir un enfrentamiento directo en los 3 o 4 meses siguientes”, pero en septiembre de 1973 ya deja de ser viable ni como acción estratégica.

Garcés será contestado en sus argumentos por Pedro Vuskovic, quien rechaza sus planteamientos, pero ambos protagonistas del proceso, enfrentados en sus visiones tácticas, van a coincidir en una cosa, en hacer una interpretación según la cual el profundo malestar de Allende con la dirección de los partidos políticos de la UP estaría presente en las últimas palabras que dirige por radio en medio de la ofensiva militar contra La Moneda. Para Garcés:

*“En ninguna de sus alocuciones de esa mañana, Salvador Allende se dirige a los partidos políticos. Su mensaje va dirigido directamente a los trabajadores como un todo, sin distinciones”.*³⁰⁶

Corvalán coincide con Garcés en diagnosticar el problema, la pérdida de iniciativa que sufre la UP en el momento en que la revolución entraba en dificultades, pero se distancia en el análisis que hace de los factores que la provocan. En primer lugar los había que escapaban al control del gobierno, como los precios en el mercado mundial de importaciones y exportaciones. En segundo lugar estaba la pérdida de unidad interna paralela al aumento de las dificultades. En tercer lugar menciona las acciones ultraizquierdistas contra los pequeños propietarios, que al no ser combatidas por la UP les aleja de éstos. Por último, estaría la confusión por parte de la UP sobre el carácter concreto de la etapa de la revolución que se vivía en esos momentos³⁰⁷.

Ya antes de ser ratificado Allende como Presidente por el Congreso Pleno se hicieron patentes las diferencias en el seno de la UP en relación con la aceptación del Estatuto de Garantías Constitucionales que exigía la DC para votar a favor de Allende, posición de la que discrepaba inicialmente el PS.

Estas discrepancias internas afloraban en las reuniones internas de la UP. Aparte de otras reuniones, de más o menos nivel, que continuamente sostuvieron los

³⁰⁶ Garcés, Joan E., Allende y la experiencia chilena, op. cit., pág. 389

³⁰⁷ Corvalán, Luis, El gobierno de Allende por dentro y por fuera, op. cit., págs. 8-10

distintos componentes de la UP a lo largo de los tres años de gobierno, hubo dos de especial importancia a las que hacen referencia la mayoría de los protagonistas del proceso.

La primera se celebró en febrero de 1972 en El Arrayán para tratar sobre los efectos económicos negativos que empezaban a obstruir los rápidos avances del primer año de gobierno. Sus participantes fueron el Presidente Allende, el Comité Nacional de la UP y los principales responsables del área económica del gobierno. Fruto de dicha reunión es el documento dónde se plasma que las tareas más inmediatas a conseguir eran: superar el sectarismo, impulsar la participación de los trabajadores a todos los niveles, realizar una asamblea nacional de los comités de la UP, profundizar en el proceso hacia el socialismo, dar garantías al desarrollo de la pequeña y mediana empresa privada, finalizar la expropiación de los latifundios y preparar un nuevo proyecto de reforma agraria.

Corvalán anota que tanto o más importantes que estas tareas fueron las orientaciones acordadas sobre el trabajo de masas de la UP, destacando la necesidad de impulsar la movilización de masas para alcanzar los cambios sociales propuestos, tras constatar en una autocrítica que se había realizado un trabajo insuficiente en este campo. Igualmente se discutió sobre la virtualidad de la vía institucional seguida para alcanzar los objetivos del programa, que en definitiva era la línea de demarcación entre lo que serían los dos polos de la UP.

El mismo autor se lamenta sobre la suerte corrida por las resoluciones adoptadas en El Arrayán, pues, según él:

“dos de las más importantes resoluciones allí adoptadas quedaron en el papel(...)el sectarismo siguió su curso y los pequeños y medianos empresarios de la industria y el comercio continuaron siendo torpemente tratados”,

y continua refiriéndose a otro de los acuerdos alcanzados:

“En cuanto al acuerdo allí adoptado en el sentido de ‘profundizar el proceso al socialismo’ es preciso señalar que fue puro bla-bla. Y esto porque, objetivamente, no se trataba de edificar el socialismo ni en ese momento ni antes, ni en el período que siguió en pie el gobierno popular. Lo que estaba en primer plano era la necesidad de reunir más y más fuerzas para desbaratar la sedición en marcha y cumplir el Programa, esto es, para realizar los cambios que corresponden a una revolución democrática, nacional, antiimperialista y con ello abrir camino al socialismo”³⁰⁸

Corvalán realiza una serie de denuncias concretas de lo que significó el sectarismo en la UP y que afectó con mayor o menor intensidad a todos los partidos. Su primer ejemplo es el tratamiento despectivo con que, en algunos casos, se referían a los nuevos adherentes de la UP incorporados después de la victoria de Allende calificándoles de “UP 5”. También se refiere a la elección como secretario general del MAPU de Oscar Guillermo Garretón, “que se caracterizaba por asumir posiciones de ultraizquierda” y que terminaría en la escisión del MAPU. Otro caso de sectarismo e izquierdismo lo representa la IC que la hizo perder gran parte de sus seguidores tras escindirse de la DC y unirse a la UP. El último caso al que se refiere es al del Partido Radical cuya deriva izquierdista llevaría a empujar fuera de la UP a un sector radical que formaría un nuevo partido, el Partido de Izquierda Radical, y a terminar declarándose marxista.

Los resultados obtenidos en las elecciones municipales por el Partido Radical, que mostraban su continuo debilitamiento, provocaron un rebrote de la tensión

³⁰⁸ *Ibíd.*, págs. 115-6

interna sobre su identidad, sobre "la temática de sometimiento a las organizaciones marxistas y de la ausencia de un rol autónomo". La crisis estalla en su XXV Congreso, celebrado a mediados de 1971, enfrentando a los partidarios de defenderlo como una organización socialdemócrata con los partidarios de "una incorporación plena del PR a la UP, los cuales están dispuestos a pagar el precio ideológico de una marxistización". Este enfrentamiento ideológico encubría el conflicto político sobre el papel a jugar por el PR en la coyuntura: quienes terminan organizándose como PIR pretenden que el partido juegue el papel de "factor moderador, como bisagra entre el gobierno y la oposición", por el contrario, quienes permanecen como PR piensa que ese planteamiento "los marginaliza dentro de la UP y debilita así su influencia política"³⁰⁹

Lo que Corvalán está expresando en esta crítica del sectarismo es el disgusto del PC por que la evolución de estos partidos rompía con la filosofía que debía informa a la UP. Efectivamente, ya existía en su origen un sector marxista, el PC y el PS, cuya base social natural era la clase obrera de la ciudad y el campo, y el resto de los partidos debían de mantener sus características filosóficas (racionalistas, cristianos, laicos) y sociales para dirigirse y atraer a la UP a otros sectores sociales como las clases medias, los cristianos, los profesionales, etc. Pero la deriva izquierdista de estos partidos hacía que la UP perdiese esa base social que debían representar, y añadían, además, una mayor competencia en la base tradicional del PC y el PS. El PC no quería tener más cuadros marxistas en la UP, sino mantener los puentes de unión con los sectores sociales a los que el PC y el PS no llegaban.

En la reunión de H Arrayán se alcanzan dos objetivos, más bien moderados, para el gobierno, evitar cualquier retroceso en la redistribución de los ingresos alcanzada y desarrollar una mayor participación popular.

Bitar, por su parte, como participé en dicha reunión crítica la

*"débil comprensión de los fenómenos económicos por parte de los dirigentes políticos, y una escasa claridad sobre la interacción entre economía y política en una etapa de cambios acelerados"*³¹⁰.

La reunión se terminaría polarizando entre los partidarios de una mayor utilización de los ajustes financieros, buscando evitar la oposición de las clases medias, y los partidarios de un mayor control administrativo, buscando ampliar el apoyo obrero y el área social; Bitar critica que finalmente se llegase a un consenso entre ambas posiciones pues:

*"como ocurre siempre en política cuando se enfrentan dos posiciones diferentes y se decide por una mezcla de ambas, sin una línea central clara, la resultante termina siendo menos eficaz que cada una de las originales"*³¹¹.

Pero, los problemas no se solucionaron en dicha reunión y la situación económica continuó degradándose, ante lo cual, cuatro meses más tarde, se volvió a otra ronda de reuniones conocidas como el cónclave de Lo Curro. Esta vez el enfrentamiento entre los dos polos fue más nítido, el polo gradualista plantearía la consigna de consolidar para avanzar frente a la del polo rupturista de avanzar sin transar. Estas dos líneas fueron personalizadas por Pedro Vuskovic, en ese momento Ministro de Economía y ligado al sector de izquierda del PS, y por Orlando Millas,

³⁰⁹ Garretón, Manuel Antonio y Moulián, Tomás, Análisis coyuntural y proceso político, op. cit., pág. 51

³¹⁰ Bitar, Sergio, op. cit., pág. 133

³¹¹ *Ibid.*, pág. 136

dirigente del PC y exponente más decidido de la política de consolidar antes de continuar avanzando en el proceso. El primero defendió la profundización de la política sostenida hasta entonces, lo que suponía ampliar el APS, potenciar la participación de los trabajadores y, en consecuencia, no hacer concesiones a las clases medias para lograr su alianza. Millas, por el contrario, priorizó la necesidad de esa alianza para lo que consideraba necesario realizar una pausa, especialmente en el terreno de las expropiaciones y ampliación del APS. El Presidente se inclinó por seguir la política de consolidar, lo cual se tradujo en un cambio en las áreas económicas - donde en el Ministerio de Economía Pedro Vuskovic es sustituido por Carlos Maltus, y el Ministerio de Hacienda pasa a manos del dirigente comunista Orlando Millas, principal defensor de la tesis de consolidar - y en un nuevo intento de acuerdo con la DC para desbloquear el tema del APS.

El enfrentamiento entre las dos posiciones queda patente en la discusión que reflejan dos artículos de esa época cuyos autores son Millas (PC) y Comú³¹² (PS). La visión y propuestas del PC consisten en considerar que a esas alturas del proceso

“la correlación de fuerzas ha sido afectada en contra de la clase obrera y el gobierno popular(...).por errores políticos y económicos que podemos resumir diciendo que constituyen trasgresiones al programa de la UP”.

Es decir, el desbordamiento producido en la toma de tierras e industrias, los incidentes de Concepción y otros acontecimientos en los que han estado comprometidos dirigentes y militantes socialistas, han supuesto el alejamiento del proyecto UP de los sectores medios como aliados. Para Millas lo importante, entonces, es defender la estabilidad del gobierno, haciendo concesiones para evitar la ampliación de los enemigos; y menciona un aspecto al que Comú se muestra muy sensible, crítica como algo que no ayuda en nada al proceso revolucionario el pregonar lo que se hará en el futuro con condiciones más desarrolladas, porque suscita incomprensiones y resistencias innecesarias.

La respuesta de Camú refleja la posición del “avanzar sin transar”. Considera que en la correlación de fuerzas lo importante no es solo la eficacia para dividir al enemigo y neutralizar a los sectores influenciables, sino, sobretodo, el grado, calidad y cantidad de las fuerzas proletarias. Lo importante, según Camú, es conquistar a la mayoría del proletariado, y en este sentido las concesiones para ganar a las capas medias son contradictorias con la necesidad de acrecentar las fuerzas proletarias y de otras capas populares.

Finalmente, en su respuesta a Millas, Camú reconoce la necesidad de evitar que la burguesía arrastre tras de sí a los sectores medios tras la defensa general de la propiedad privada, pero sin indicar como, solo advirtiendo que esta táctica

“en caso alguno debe obstaculizar la gran táctica para abatir el poder de los enemigos principales de dentro y fuera, y no puede conducir al abandono del camino de preparación de las condiciones óptimas de conciencia y organización de las masas de los sectores industriales monopólicos, para su lucha por su ingreso en las nuevas áreas de la economía”.

Un mes después del cónclave de Lo Curro, en julio, va a hacerse pública y patente la división en el interior de la UP y la influencia de las posiciones del MIR sobre el polo rupturista. El escenario de dicha representación será la ciudad de Concepción, y tendrá lugar en dos actos consecutivos. En mayo de 1972 cinco de los

³¹² Camú, Arnoldo, Respuesta al PC (Punto Final N° 162 18 de Julio de 1972), en Cristián Pérez, La izquierda chilena vista por la izquierda, op. cit., págs. 460-5

siete partidos de la UP (PS, PR, MAPU, IC y Socialdemócrata) más el MIR se oponen a una manifestación convocada por la DC, declarando “Territorio Allendista” a la ciudad y dando lugar a graves incidentes callejeros. El MIR³¹³ justifica la política adoptada en Concepción con el argumento de que se trataba de un acuerdo coherente de los componentes de la UP (de los que se desmarcarían el PC y el API) más el MIR con los pronunciamientos expresados por la izquierda en diciembre de 1971, después de la “marcha de las cacerolas”, de no permitir en el futuro la ocupación de las calles por los fascistas. Para el PC, sin embargo, la visión era diferente, se había opuesto en marzo a una marcha de las mujeres de la Papelera porque encubría una clara manifestación fascista, pero no se oponía a la convocada por la DC en Concepción como no se opuso a la autorizada Marcha por la Democracia que la oposición celebró en abril. El PC matizaba dentro de los sectores de la oposición, buscaba su división y la posibilidad de lograr algún acuerdo con la DC. El MIR y otra parte de la UP no hacían matices importantes, buscaban una simplificación de las posiciones que hiciese más claro el enfrentamiento.

La manifestación fue apoyada además por la CUT, el Consejo Provincial Campesino, la Federación de Estudiantes Universitarios de Concepción y otros organismos de masas, y fue reprimida por el gobierno con un saldo de 90 detenidos, 50 heridos y la muerte de un estudiante.

La gravedad de los hechos llevó a las direcciones nacionales de los cinco partidos implicados a desautorizar a sus direcciones locales, pero el tema no quedó zanjado. A finales de julio, de nuevo cuatro partidos de la UP (PS, MAPU, IC y PR) junto al MIR³¹⁴ convocan una concentración en un teatro de la ciudad con el objetivo de abogar por la creación de órganos de poder en la base, y llaman a dicha convocatoria Asamblea del Pueblo, expresión utilizada por la UP para el organismo que en su programa debe sustituir al Parlamento vigente.

La convocatoria dio lugar a un nuevo desencuentro público entre los componentes de la UP, especialmente el PC, que la desautorizaba, y el PS y el MAPU que la apoyaban.

La Asamblea contó con un amplio respaldo popular en Concepción, 139 organizaciones diferentes. Cancino describe las posiciones que se discutieron en su seno, con hegemonía de la sustentada por el MIR, PS y MAPU que declaraban que:

“su intención no era convertir a la Asamblea en un poder alternativo a la institucionalidad vigente, sino en un organismo de agitación, propaganda y movilización, que permitiera romper el aislamiento en que se encontraban las diferentes organizaciones de masas de la provincia”³¹⁵

La situación crispada que provoca dicha convocatoria y el desafío público que supone desde el polo rupturista obliga al Presidente Allende a terciar en el asunto mediante una carta pública dirigida a los partidos de la UP, cuyos principales párrafos son reproducidos por Marta Harnecker³¹⁶. En esencia, Allende condena la “tendencia divisionista que atenta contra la homogeneidad del movimiento de la UP”; expresando su confianza en la superación de los obstáculos con los mecanismos propios de la vía institucional: “señalé como objetivo prioritario ganar las elecciones

³¹³ Enríquez, Miguel, Conferencia de prensa sobre los acontecimientos de Concepción, (Punto Final, N° 142, mayo de 1972), en Cristián Pérez, El MIR visto por el MIR, op. cit., pág. 425.

³¹⁴ Cancino alude a las distintas interpretaciones realizadas sobre los autores directos de la convocatoria, inclinándose por la que responsabiliza a distintas organizaciones de masas de Concepción, aunque ello solamente significaría, para este autor, que dichas organizaciones actuaron de meros intermediarios de los verdaderos promotores, que eran los partidos mencionados. Cancino., Hugo, op. cit., pág. 261

³¹⁵ *Ibíd.*, pág. 262

³¹⁶ Harnecker, Marta, La lucha de un pueblo sin armas, op. cit., pág. 27-8

generales de parlamentarios de 1973. Una mayoría popular en el Congreso permitirá impulsar los cambios institucionales y legales indispensables”; condena enérgicamente la estrategia del doble poder: “Pensar en un “doble poder” en Chile en estos momentos, no solo es absurdo, sino crasa ignorancia e irresponsabilidad”; y se reafirma en la vía chilena al socialismo expuesta en su mensaje al Congreso el 21 de mayo de 1971: “para continuar gobernando al servicio de los trabajadores, es mi deber defender sin fatiga el régimen institucional democrático”.

Las respuestas a esta carta del Presidente por parte de los partidos de la UP son diferentes. De un lado, el PC viene a coincidir a grandes rasgos con la posición de Allende. De otro, el PS y la IC mantienen su apoyo a la Asamblea, pero aclarando que no hay en ella ninguna intención divisionista con intención de crear una dualidad de poderes. Solo el MIR utilizó esta polémica posterior para reafirmar su estrategia opuesta a la vía chilena sostenida por la UP.

Los acontecimientos de Concepción son una muestra elocuente de las buenas relaciones que el MIR sostenía con los partidos ubicados en el polo rupturista de la UP y de manera especial con sectores del PS, lo que le impulsa, ante la convocatoria de elecciones parlamentarias de marzo de 1973, a dirigirse a la Comisión Política del PS para proponerle un acuerdo mediante el cual el MIR apoyaría a los candidatos del PS,

“pues pensamos que sobre las diferencias y discrepancias existentes, han surgido en el último tiempo posiciones coincidentes que configuran una base suficiente para la acción común en una serie de campos y también en el particular de la lucha electoral de marzo”³¹⁷.

Con los incidentes de Concepción también surge otro problema de las relaciones entre los partidos de izquierdas, nos referimos a las expresiones que adquieren el enfrentamiento de estrategias diferentes, o incluso opuestas, en situaciones de tensiones sociales en medio de un proceso transformador y cuando, además, una parte de la izquierda controla aparatos de seguridad del Estado.

El problema no era, por supuesto nuevo. En la revolución rusa, en la revolución alemana, en la guerra civil española y en otros acontecimientos similares, el enfrentamiento adquirió tintes dramáticos, especialmente cuando estuvo en pleno auge la hegemonía estalinista en los partidos comunistas.

En el caso chileno la situación era compleja, en los años 70 el estalinismo residual que pudiera quedar no era ni remotamente comparable al que exhibió su represión descarnada en los años 30 y 40; el proceso chileno no vivía inmerso en una guerra civil o las tensiones internacionales de la guerra fría, como en el caso de las represiones en la Europa del Este en los años 40; y la izquierda cuya línea estratégica se enfrentaba a la del gobierno popular estaba fuera (MIR) y dentro de éste (PS, MAPU). Sin embargo, los episodios represivos existieron, aunque fueron más bien marginales, en coherencia con la voluntad expresada por Allende de que el gobierno no reprimiría a los trabajadores.

Se pueden mencionar, en este sentido, cuatro ejemplos, de distinta naturaleza, que ilustran sobre los enfrentamientos y la represión en el seno de la izquierda. El primero sería la muerte de un militante mirista en diciembre de 1970 como consecuencia de un choque con militantes comunistas en Concepción. El incidente fue reconducido por las direcciones de ambos partidos y no sirvió para abrir una espiral de enfrentamientos entre el PC y el MIR.

³¹⁷ MIR (Secretariado Nacional). Carta al PS apoyando a sus candidatos, en Cristián Pérez, La izquierda chilena vista por la izquierda, op. cit., pág. 512

El segundo ejemplo sería la represión de la contramanifestación convocada por la mayoría de la izquierda en Concepción en abril de 1972, mencionada más arriba, y en la que el MIR ve un intento de legitimarla con la excusa de combatir las provocaciones de la ultraizquierda.

El tercer episodio de represión va a tener lugar en agosto de 1972 en el poblado de Lo Hermida, donde el MIR tenía gran influencia. El asalto policial que tiene lugar en ese poblado se salda con un poblador muerto y seis heridos de bala. Para el MIR se trató de un plan preparado por el PC, o al menos el sector más reformista de este partido, como intento de amedrentar al MIR y a los sectores más combativos del pueblo. Sin embargo, el propio desarrollo de los acontecimientos, con la movilización de los pobladores y el escándalo suscitado, hacen que Allende se desmarque rápidamente de los hechos, solidarizándose con los pobladores y prometiendo investigar lo sucedido. Esto, a juicio del MIR, supuso que el PC quedase aislado en la UP como responsable de la represión y que, además, se debilitase la alianza entre éste partido y Allende y la subordinación del PS al PC.

El último ejemplo es la Ley de Control de Armas, que sería utilizada por los sectores golpistas del ejército en la última etapa del gobierno Allende para allanar fábricas y locales de la izquierda con la excusa de buscar armas, pero con el objetivo claro de atemorizar y desmoralizar a las fuerzas populares como antesala del golpe final. La Ley fue una iniciativa de la derecha en el Congreso, utilizando el ambiente creado por los acontecimientos de Concepción, y aprobada finalmente en octubre de 1972. El MIR³¹⁸ denuncia que fue una concesión hecha por el gobierno y debida probablemente a una exigencia de la DC para iniciar las conversaciones propuestas, o una petición del general Prats, y para ello se basa en las maniobras realizadas por el gobierno para no vetarla. Susana Bruna³¹⁹ también se refiere a las extrañas condiciones en que se realizó su tramitación y aprobación, pero no llega a extraer las conclusiones del MIR al respecto.

El MIR, como principal responsable en el impulso de las acciones de desbordamiento del programa de la UP y de la propia legalidad, en realidad oculta en la justificación de su política (por ejemplo, su discurso sobre la ley de reforma agraria como una camisa de fuerza que rompe el movimiento campesino) el reverso que contiene, porque no puede ignorar que un gobierno que pierde la iniciativa política y permite sistemáticamente el desbordamiento de la legalidad, no solo está ofreciendo un flanco débil a sus enemigos, sino que también pierde finalmente el apoyo de sus propias bases. Ahora bien la política del MIR es coherente con su análisis sobre lo que debía ser el desarrollo del gobierno popular visto anteriormente, y así, sus acciones buscan acelerar ese fracaso del gobierno que deberá llevar a que los sectores revolucionarios tomen la vanguardia del proceso.

El PS, o mejor dicho, un sector del PS³²⁰, se sitúa en el polo rupturista y se muestra frustrado por la política seguida por el gobierno. Es el sector que se aferra al punto del Programa de la UP que habla de “iniciar la construcción del socialismo en Chile”, punto que considera una concesión formal por parte del PC de Chile, pero al que no anima ninguna intención real de ponerlo en práctica, porque para los comunistas ese es un objetivo lejano, siendo el objetivo en la etapa presente el conseguir un Estado de “democracia avanzada”. Reconocen que el PS se halla dividido a todos los niveles por las mismas tendencias que se enfrentan en la UP. La

³¹⁸ MIR, Informe de la Comisión Política al Comité Central restringido sobre la crisis de octubre y nuestra política electoral, en Cristián Pérez, *El MIR visto por el MIR*, op. cit., págs. 510-11

³¹⁹ Bruna, Susana, op. cit., pág. 231

³²⁰ PS (Regional Cordillera – Santiago), Definir e impulsar una política revolucionaria, en Cristián Pérez, *La izquierda chilena vista por la izquierda*, op. cit., págs. 537-44

tendencia revolucionaria considera que “el actual proceso chileno debe conducir al socialismo en una marcha ininterumpida, sin etapas”, cumpliendo a la vez las tareas democrático-burguesas pendientes y las nuevas tareas socialistas, apoyándose en las masas pobres de la ciudad y el campo, y previendo un inevitable enfrentamiento armado provocado por los explotadores, ante el cual hay que estar preparados. La tendencia reformista, por el contrario, converge con las tesis del PC de Chile en que la construcción del socialismo no es una tarea inmediata; y asigna una importancia tal a la alianza PS – PC que “en la práctica, subordina la línea política socialista a la comunista”; busca “una alianza política oportunista con los partidos de centro”, y considera evitable el enfrentamiento armado “en la medida que no planteemos el cumplimiento de las tareas socialistas”.

En octubre de 1972 el gobierno popular se enfrentó a la mayor ofensiva desatada por la oposición y las diferencias internas en la UP se polarizaron en torno a la propuesta de Allende de constituir un gabinete cívico-militar como la mejor manera de enfrentar la crisis. La posición de los diferentes componentes de la UP se fue transformando según transcurren los acontecimientos, desde un casi unánime rechazo la primera vez que se somete a discusión al comienzo del paro se termina aceptando la propuesta de Allende con la oposición de la IC y el PS, que incluso llega a amenazar con retirarse del gobierno, postura que es derrotada en un pleno interno que celebró la organización.

Superada la situación de emergencia que supuso el paro gremial las diferencias internas en la UP se van a polarizar en torno a dos consecuencias heredadas de dicha situación. La primera era el gobierno cívico-militar que se había creado para superar la crisis. Ahora con la situación normalizada se enfrentaron dos líneas opuestas, la partidaria de que la presencia militar sirviera para consolidar los cambios logrados, y la que veía la permanencia de las FFAA en el gobierno como un obstáculo para seguir avanzando y un elemento que separaba al gobierno del movimiento popular. La segunda consecuencia era la existencia de un conjunto de empresas requisadas en esos momentos y que se mantenían en poder de los trabajadores. El bloqueo que se mantiene sobre estas empresas a través del poder judicial y la resistencia de los ministros militares a apoyar decretos de insistencia del gobierno sobre la Contraloría llevan a aquél a presentar lo que se conoció como el Plan Prats-Millas, que fue rechazado y criticado públicamente por los partidos integrantes del polo rupturista al interpretar éstos que se trataba de un intento de normalizar la situación devolviendo las empresas a sus propietarios.

El período previo a las elecciones de marzo de 1973, en la que la UP obtiene el 43,4% de los votos, sirve para activar el debate al interior de la UP y mostrar la profundidad de las divergencias que para Cancino se expresaban en tres ejes principales:

“a) El carácter y función de las elecciones parlamentarias en el contexto del proceso revolucionario; b) La problemática de las formas emergentes de poder popular(...) c) Los ritmos y velocidades que debería imprimírsele al proceso revolucionario”.

Para Cancino hay un debate siempre escamoteado, no solo ahora, sino durante el desarrollo de todo el proceso:

“El eje ausente de la discusión(...) fue la problemática del modelo de sociedad, del tipo de sociedad que sería construido como culminación del proceso revolucionario: Parece ostensible, que esta cuestión, nunca se constituyó en un área litigiosa en el debate de la izquierda, sino que por el

*contrario, existió un consenso implícito, con diferentes matices y énfasis en la vigencia del paradigma de la dictadura del proletariado a excepción del Presidente Allende y sectores del PS”.*³²¹

Meses antes de las elecciones se dio un paso en búsqueda de un mayor nivel de unidad y se creó el Partido Federado de la UP después de vencerse la fuerte resistencia opuesta por el PS, pero, para Garcés³²², se trató de “una simple ficción electoral, sin la menor consecuencia en sus estructuras orgánicas y en su práctica”, al que los partidos componentes le ningunearon la ayuda económica para la campaña electoral. Tras las elecciones, Allende quiso aprovechar el éxito relativo para dar otro impulso unitario y finalmente se celebró un Congreso del Partido Federado de la UP en mayo, que terminó siendo “una nueva frustración”. Pasadas las elecciones la crisis se manifiesta de nuevo. Esta vez es Allende quien toma la iniciativa de frenar los planteamientos, hechos públicos, del MAPU de “orientar la UP hacia una táctica directa”; con este objetivo “Allende llevó a cabo las gestiones encaminadas a dividir el MAPU, el 7 de marzo, y aislar a la directiva que buscaba tan irracionales metas”. La maniobra de un sector minoritario de esa formación por ubicarla en el polo gradualista originó un enfrentamiento en su seno que se saldó con la escisión del MAPU Obrero-campesino, pero la mayoría permaneció en el MAPU bajo la dirección de Garretón y su línea izquierdista.

El MAPU estaba situado en el polo rupturista y a la altura de febrero de 1973 hacia el siguiente análisis de la situación por la que atravesaba el proceso revolucionario tras la formación del gobierno cívico-militar y las próximas elecciones legislativas³²³: Para el MAPU, las FFAA son una fuerza de centro que quieren evitar cualquier vuelco radical, y si actúan como un obstáculo para los sectores reaccionarios, también lo son para los revolucionarios. Por otro lado, considera que la lucha entre las dos líneas que conviven en la UP, la centrista y la proletaria, en ese momento tiene su punto de enfrentamiento en el terreno del abastecimiento, en el que los primeros quieren liquidar el mercado negro a través de un normal funcionamiento de la distribución capitalista mediante un acuerdo con la oposición que genere un clima de “confianza”, en tanto que la línea proletaria pretende superar el mercado, pero necesita previamente contar con una fuerza política que enfrente la crisis social que se desencadenaría.

Reconoce, igualmente, que desde su origen, en la UP ha predominado la línea centrista, “cuya expresión más coherente es el PC”, y que se ha ido fortaleciendo en el interior del gobierno en detrimento de la línea proletaria.

En esta situación, lo que el MAPU plantea es que para superar las limitaciones de la UP es necesario previamente “un cambio de la hegemonía política dentro de la UP y del gobierno”. En los dos años de gobierno UP la lucha de clases se ha agudizado con un debilitamiento de las fuerzas de centro y un fortalecimiento de las posiciones revolucionarias, que sin embargo tiene su punto débil en “la ausencia de un adecuado instrumento partidario”.

El centro busca un reordenamiento político y económico que evite la crisis total y la guerra civil, y en este sentido es posible un viraje del gobierno hacia posiciones de centro después de las elecciones de marzo. Si tal previsión se cumpliera, de todas formas el centro tiene muchas dificultades para lograr sus objetivos, o para evitar a largo plazo nuevas situaciones críticas; y el MAPU debe prepararse para dichas situaciones. La tarea debe orientarse a crear las condiciones

³²¹ Cancino, Hugo, op. cit., pág. 323

³²² Garcés, Joan, Allende y la experiencia chilena, op. cit., págs. 345-9

³²³ MAPU, Informe de la Comisión Política al partido. El período octubre 1972 – marzo 1973 y las perspectivas futuras, en Cristián Pérez, La izquierda chilena vista por la izquierda, op. cit., págs. 526-32

para cambiar la hegemonía centrista actual por la proletaria en el seno de la UP y del gobierno.

“Es necesario desarrollar, al interior de la UP y del gobierno, un “polo socialista”, por decir así, que vaya ganando terreno al polo centrista hoy dominante. Ese polo socialista, desarrollado, debe constituir el germen de la futura dirección proletaria y revolucionaria”.

Las consecuencias de la intervención de Allende mencionada anteriormente son contradictorias según Marta Harnecker, pues si por un lado “se agudiza aún más la crisis interna”, sin embargo, continúa la autora:

“es necesario reconocer que como consecuencia de esta acción se logra eliminar, o por lo menos controlar por un tiempo, la tendencia a formar un polo revolucionario dentro de la UP y se logra unificar ciertos criterios como resultado de los diferentes Congresos de los partidos.”³²⁴

Se observa, pues, que el desacuerdo en el interior de la UP tiene un comportamiento pendular en función de la situación por la que atraviese el enfrentamiento con la oposición. Alain Touraine hace una descripción de la dualización que rompe la UP:

“Ya la división se marca claramente en el periodo mayo- julio de 1972: las tendencias “izquierdistas” se refuerzan hasta llegar en julio a la asamblea de Concepción, mientras que los comunistas se lanzan al diálogo. La huelga patronal de octubre de 1972 refuerza las tendencias izquierdistas, pero la entrada de los militares del gobierno y la preparación de las elecciones vuelven a dar la ventaja a las tendencias centristas. En el periodo abril- junio, aparece de nuevo la divergencia creciente en las dos tendencias. Después del 29 de junio no existe prácticamente unidad. Es el gran salto hacia adelante de los Cordones, la prioridad dada a la lucha social, en tanto que el otro lado es el esfuerzo desesperado de Allende apoyado por el PC para negociar con los militares y con la DC”³²⁵

La oposición retoma la ofensiva con fuerza una vez frustrado el intento de sacar a Allende del gobierno a través de las elecciones de marzo de 1973.

Esta situación es la que lleva a Allende a proponer un plan de acción a la UP a principios de junio. Garcés³²⁶, que había participado en su elaboración, lo presenta como la última oportunidad para aquella, y estaría basado en los tres recursos al alcance del gobierno:

“ el referéndum, la reorganización de las bases del movimiento obrero para la fase en que había entrado el conflicto de clases, y la formación de un gabinete cívico-militar”.

El punto central, como el mismo reconoce, es la convocatoria del referéndum, cuya victoria serviría para dotar al gobierno de una legitimidad suplementaria con la cual poder poner en marcha el resto de las medidas que formaban el plan presentado.

Sin embargo, la dirección de la UP se mostró dividida respecto a estos tres recursos, aunque Garcés reconoce que hubo unanimidad en el rechazo del referéndum, sin ser capaz de elaborar una alternativa unánime.

Otros autores, sin embargo, aluden a otra iniciativa distinta. Efectivamente, esta coyuntura empuja al PS y al PC a un acercamiento para proponer una solución a Allende cuyo significado y causas del fracaso son presentadas de manera distinta por los autores que lo tratan.

³²⁴ Harnecker, Marta, La lucha de un pueblo sin armas, op. cit., pág. 40

³²⁵ Touraine, Alain, Vida y muerte del Chile popular, op. cit., pág. 176

³²⁶ Garcés, Joan E., Allende y la experiencia chilena, op. cit., págs. 311-13

Marta Harnecker³²⁷ habla de una proposición tendente a “instaurar una dictadura militar popular”, convencidos ambos partidos de que el proceso chileno “no puede continuar por la vía legal” y de que pueden contar con el apoyo de un sector del ejército. De esta manera se frenaría la ofensiva reaccionaria y se evitaría el riesgo de una guerra civil. El fracaso de esta solución se debería, en opinión de la autora, a las “vacilaciones de Prats y Allende”.

Luis Corvalán presenta el tema en el Informe rendido ante el Comité Central en agosto de 1977³²⁸, posteriormente recogido en los mismos términos en sus Memorias, con un significado diferente. Efectivamente, a iniciativa del PC, ambos partidos propusieron a Allende:

*“modificar la composición del gobierno en un sentido revolucionario o rupturista respecto a las ataduras impuestas por la oposición reaccionaria. Concretamente, le sugerimos formar un nuevo gabinete con mayor representación de la clase obrera y, al mismo tiempo, con una relevante participación de los militares comprometidos con el programa popular y dispuestos a doblar la mano a la mayoría parlamentaria, que se transformaba en el centro de la sedición”.*³²⁹

Según el secretario general del PC hubo acuerdo de Allende y del general Prats, quién, sin embargo, pidió agotar antes la posibilidad de un acuerdo con la DC. La iniciativa finalmente dejó de tener sentido cuando, tras las presiones de los sectores golpistas, la reacción consiguió la renuncia de Prats a la comandancia del ejército. Corvalán termina diciendo que:

“Hoy [1997] creo que ya se había hecho tarde para encarar la situación de esa manera o de otra semejante”.

Tras el intento de golpe de Estado de junio la dirección política de la UP vuelve a encontrarse dividida en torno al camino a seguir, de un lado los componentes del polo rupturista abogan por aprovechar el momento crucial de la derrota de los golpistas para pasar a la ofensiva, aún a riesgo de desencadenar una guerra civil. Sin embargo, el polo gradualista, queriendo evitar ese riesgo, se inclina por buscar el apoyo de la DC en el Parlamento de manera que el gobierno quede autorizado para declarar el estado de sitio. Allende plantea a los partidos de la UP una decisión por la negociación o el plebiscito sobre las cuales la UP no logró alcanzar un acuerdo interno. El resultado es que a finales del mes de julio, se vuelve a intentar alcanzar un acuerdo con la DC, aprovechando un llamamiento hecho por la jerarquía eclesiástica, con la que inician de nuevo conversaciones, apoyadas por el polo gradualista y rechazadas por el polo rupturista. La intransigencia de la DC, que busca lisa y llanamente la capitulación del gobierno³³⁰, lleva al fracaso de este nuevo y último intento.

La situación de Chile después del fracaso de intento de golpe de estado del 29 de junio conoce un agravamiento en todos los planos, fruto de una profundización de la ofensiva de la oposición especialmente en agosto. Touraine, vive en Chile la situación en directo, es un simpatizante de la vía chilena y, por ello, la descripción que realizar la situación pocos días antes del golpe puede considerarse objetiva,

³²⁷ Harnecker, Marta, La lucha de un pueblo sin armas, op. cit., pág. 46

³²⁸ Informe al Pleno del Comité Central del Partido Comunista de Chile de agosto de 1977, op. cit., pág. 27

³²⁹ Corvalán, Luis, De lo vivido y lo peleado, op. cit., pág. 175

³³⁰ La DC exige del gobierno la aplicación sin restricciones de la ley de control de armas, la promulgación de la reforma constitucional que los democristianos habían impulsado sobre las tres áreas de la economía y, la devolución a sus antiguos propietarios de las empresas ocupadas por los trabajadores; condiciones cuya aceptación venía a suponer la práctica claudicación del gobierno popular y, por lo tanto, eran inaceptables.

*"el régimen actual está agotado: no tiene control alguno de la economía que rueda más deprisa hacia el vacío, hacia la hiperinflación(...) Este caos económico va acompañado de una inevitable descomposición del Estado: desorganización, corrupción, caos(...). La Unidad Popular es un navío desarbolado, sin timón y sin unidad de mando"*³³¹

La crisis que los gremios han abierto en agosto de 73, a pesar de los parecidos, es muy diferente de la de octubre de 1972. En ésta aún quedaba margen político de maniobra, pues se pensaba en las elecciones de marzo de 1973. Touraine anota que "la crisis de octubre es, pues, la invasión del campo institucional por la lucha de clases. Su resultado principal es la elevación del nivel de combatividad de ambos lados, pero sobre todo el lado popular"³³². El campo institucional aún se mantiene sólido y permite a los militares aparecer como árbitros de la situación. Pero en agosto ha desaparecido la autonomía del juego institucional y los militares no son capaces de ejercer de árbitros.

En el clímax de la crisis, a principios de septiembre, Touraine expresa el cambio de situación: "Desde fines de 1971, Chile ha vivido la hora de los movimientos sociales; lo que contempló no es el triunfo o la derrota del movimiento u otro, sino el derrumbamiento del Estado"³³³.

Este observador privilegiado de los últimos momentos de la experiencia chilena describe cuáles son las posiciones que enfrentan a la izquierda y la situación de Allende:

*"la primera no quiere pensar más que en fortalecer la acción de la UP, en maximizar la fuerza del movimiento de masas; la segunda pretende ser realista, y, mientras se defiende contra la reacción, piensa en salvaguardar sus posibilidades de lucha en un futuro que en parte depende de ella el que no sea totalmente negro(...) entre estas dos posiciones, el Presidente mantiene su línea de acción: llevar adelante una política de relajación de la tensión, a la vez que hace sentir el sostén popular que lo apoya. El presidente no puede hacer otra política de la que sea aceptable la vez por el PC y el PS"*³³⁴

Así, pues, en esta situación la UP sólo confía en que se produzca otra pausa como la que ese dio en el conflicto de octubre del 72 cuando los militares entraron en el gobierno, llamar a la movilización sólo puede aumentar el conflicto e incrementar el peligro que se cierne sobre el proceso.

La dramática situación interna que vivía la UP en las últimas semanas del gobierno Allende es perfectamente descrita por Garretón y Moulián:

"La sorprendente parálisis política de la UP y del gobierno durante esta última fase crucial revela tanto la magnitud de las contradicciones existentes en su interior, como el grado de su dependencia respecto de los militares, de los que algunos, a falta de otra esperanza, todavía esperaban el apoyo."

*Hasta el final primaron la visión de la imposibilidad de cualquier compromiso y las esperanzas de enfrentar con éxito una guerra civil no buscada ni deseada sin tener para ello ejército propio y presenciando día a día la disolución de la influencia en las Fuerzas Armadas"*³³⁵.

Visto el desarrollo del golpe militar del 11 de septiembre, dónde más allá de resistencias heroicas esporádicas, los militares no encontraron realmente ninguna

³³¹ Touraine, Alain, Vida y muerte del Chile popular, op. cit., págs. 143-44

³³² *Ibíd.*, págs. 121

³³³ *Ibíd.*, págs. 123

³³⁴ *Ibíd.*, págs. 136

³³⁵ Garretón, Manuel Antonio y Moulián, Tomás, Análisis coyuntural y proceso político, op. cit., pág 108

resistencia sería, los discursos políticos de la izquierda en el período que va del 29 de junio, la última intentona militar fracasada, al 11 de septiembre, resultan incomprensibles ante la gravedad del problema que tenían que enfrentar, difíciles de justificar, ni siquiera apelando a la excusa de transmitir moral a las masas, si detrás no hay alternativas claras, bien para enfrentar el golpe definitivo previsto, bien para iniciar un repliegue ordenado que salvase el máximo de posiciones conquistadas. Esto deja planteado el problema de la calidad de una dirección revolucionaria.

En julio, Corvalán³³⁶ se dirige a un acto de masas y expresa:

“Si la sedición reaccionaria pasa a mayores, concretamente al campo de la lucha armada, que a nadie le quede dudas que el pueblo se levantará como un solo hombre para aplastarla con prontitud(...).En tal supuesto, la nueva alternativa será derrotar con la misma rapidez y energía a los que desencadenen la guerra civil y liquidar ésta apenas estalle”

Y en las mismas fechas, Altamirano³³⁷ se dirige a los trabajadores de los cordones industriales:

“Los trabajadores de todo el país se han organizado en los cordones industriales, comando comunales, consejos campesinos, comités de defensa y vigilancia y otros organismos que constituyen los gérmenes de un incipiente pero ya poderoso poder popular, y configuran una barricada inexpugnable ante cualquier tentativa insurreccional de la burguesía”.

Finalmente, el Secretario General del MAPU³³⁸ expresa que “El MAPU tiene la profunda convicción que nos amenaza de manera inminente un intento golpista de la burguesía que busca desatar la guerra civil para aplastar el Poder Popular y derrocar al gobierno”, y después de declarar su rechazo al diálogo de la UP con la DC, termina con el mismo tono de optimismo en la situación:

“entendemos que cualquier intentona golpista se encontrará de frente con las FFAA, leales, quienes junto al pueblo la enfrentará y derrotará”.

Touraine, aún impactado por lo ocurrido el 11 de Septiembre, anotará pocos días más tarde la perplejidad que le produjo la falta de reacción de la izquierda:

“¿por qué no se han oído llamamientos durante aquellas horas decisivas, la voz de Corvalán, de Figueroa o de Altamirano’ Que no digan que la represión volvía toda acción imposible. El momento en que se atacaba La Moneda, la mayor parte de la ciudad estaba tranquila(...) Las fuerzas políticas se reconstruirán; jamás borrarán la mancha de ese día”³³⁹

³³⁶ Corvalán, Luis, Del discurso en el acto de masas del PC en el Teatro Caupolicán (11 de julio de 1973), en Cristián Pérez, La izquierda chilena vista por la izquierda, op. cit., pág. 554

³³⁷ Altamirano, Carlos, Del discurso a los trabajadores de los Cordones Industriales (Chile Hoy, N° 57, 13 de julio de 1973), en Cristián Pérez, La izquierda chilena vista por la izquierda, op. cit., pág. 556

³³⁸ Garretón, Oscar Guillermo Discurso radical del 4 de agosto de 1973 (De Frente, N° 18, 10 de agosto de 1973), en Cristián Pérez, La izquierda chilena vista por la izquierda, op. cit., págs. 569-72

³³⁹ Touraine, Alain, Vida y muerte del Chile popular, op. cit., págs. 194

TRES TEMAS IMPORTANTES EN LA EXPERIENCIA DE LA UNIDAD POPULAR

En las reflexiones que los distintos protagonistas o estudiosos hacen sobre estos temas nuevamente volvemos a encontrar las mismas posturas enfrentadas que caracterizaron a los dos polos de la UP. Las visiones de la problemática sobre la alianza con la clase media, el poder popular o la cuestión militar están sesgadas por el proyecto estratégico que sostiene cada uno de los dos polos. No vamos a encontrar soluciones definitivas a cada uno de estos problemas, solo reflexiones interesantes derivadas de una experiencia intensa, pues cada estrategia es interpelada por la contraria con los problemas e interrogantes que la hacen a sus ojos inviable.

EL PROBLEMA DE LA ALIANZA CON LA CLASE MEDIA

En las páginas anteriores ya han ido apareciendo las distintas posturas adoptadas en relación con la clase media. En el polo gradualista hay un intento deliberado de ganarlas para el proceso o, al menos, obtener su neutralidad, buscando evitar en última instancia su inclinación por el campo de la contrarrevolución porque esta situación levantaría un muro insalvable para continuar por una vía pacífica o político-institucional. Sin embargo hay un matiz importante en este polo fruto de la divergencia de proyectos en su seno como hemos comprobado. El Presidente y el sector allendista del PS quieren impulsar “el segundo modelo de transición a la sociedad socialista” a partir de la victoria de 1970 y para este objetivo prefieren ganarse a la clase media directamente mediante los efectos de la política económica, sin tener que pactar con la que sería su principal representación política, la DC, pues ello podría desvirtuar su proyecto, de ahí su búsqueda de una sobrelegitimación a través de un referéndum que no llegarían a conseguir.

Pero, para el PC, la principal fuerza política sostenedora del polo gradualista, los objetivos son distintos en la etapa abierta en 1970 y, por lo tanto, también es diferente su posición para ganarse a las clases medias. Si para el PC no se trataba aún del inicio de la transición al socialismo, sino de conseguir objetivos antimonopolistas, antilatfundistas y antiimperialistas, concebía que ello era posible con la colaboración de las clases medias a través de su principal expresión política, la DC, de ahí su insistencia en alcanzar un acuerdo con este partido.

En el polo rupturista, sin embargo, aún reconociendo teóricamente la necesidad de evitar la atracción de las clases medias por la contrarrevolución, en la práctica no se muestran dispuestos a hacer concesiones para conseguirlo como lo expresa su consigna de avanzar sin transar o su oposición a las negociaciones con la DC. Están más interesados en alcanzar la unidad de la clase obrera y su alianza con el campesinado como base sólida para lo que consideran un inevitable enfrentamiento definitivo con la contrarrevolución. El caso más claro en este aspecto es el del MIR, cuyo proyecto de alianzas se basa en la convergencia del proletariado y el campesinado con las capas pobres del campo y la ciudad, y no contempla para nada a las clases medias.

A continuación vamos a ver como analizan más en profundidad sobre este tema algunos de los protagonistas y autores que se han ocupado de él en sus obras.

Entre los factores que Garcés³⁴⁰ considera indispensables para una vía político- institucional de transición al socialismo está el problema de las alianzas, o mejor dicho, y tal y como el mismo lo presenta, el problema de aislar social, política y militarmente a las fuerzas conservadoras de manera que no puedan utilizar el expediente de la guerra para evitar el cambio.

Esto supone ser capaz de diferenciar entre los sectores que pueden ser aliados y los que son antagónicos. La coexistencia o alianza con los primeros significa reconocer sus intereses y ser capaz de integrarles en el proyecto de transición. El fracaso en ésta tarea lleva inevitablemente, en un proceso de creciente polarización en todos los terrenos, a que los sectores medios no socialistas terminen aliados con los sectores conservadores enemigos de la transformación socialista y, de esta manera, se produzca un crecimiento del campo contrarrevolucionario.

Garcés ve necesarios dos requisitos para que los sectores medios se incorporen a una alianza con los trabajadores con el objetivo de la transición a socialismo; primero que no se les exija hacerlo en el papel de satélites, sino que se "les garanticen la libre manifestación de su personalidad social y política"; segundo, que la incorporación sea por libre consentimiento, no por medios coercitivos, garantizándoles que no se trata de una alianza coyuntural hasta que una correlación de fuerzas más favorables a los trabajadores les permita aplastarlos.

En la política práctica esto significaba por parte de la UP articular mecanismos de participación de los sectores medios con las instituciones gubernamentales, lo que su vez remite a un importante "problema teórico- práctico" en el cual, como recuerda Garcés, existió una grave discrepancia entre los componentes de la UP; es el problema que versa sobre la posibilidad de coexistencia, durante el proceso de transición, de un sector privado de la economía junto a otro de orientación socialista. El programa común de la UP era favorable a dicha coexistencia, pero el polo rupturista sólo la entendida de forma coyuntural, como una concesión en tanto el proletariado acumulaba el poder suficiente para "someter por la fuerza los pequeños y medianos propietarios". Garcés responsabiliza, así, al polo rupturista de lanzar a los brazos de la contrarrevolución a los sectores medios.

En una situación así, concluye Garcés, la única manera de "desconocer a los medianos y pequeños propietarios su supervivencia" durante el periodo de transición socialista es al precio de una guerra civil seguida de una férrea dictadura.

Durante 1970- 71 la UP consiguió mantener la coexistencia con los sectores medios y el proceso gozó del respaldo de la mayoría social, pero, en 1972 bajo los efectos de la crisis económica, utilizada por la oposición conservadora, esta situación se alteró.

También Altamirano³⁴¹, representando la defensa de una línea táctica muy diferente a la de Garcés concuerda en que el tratamiento de las clases medias es uno de los problemas "más complejos y controvertidos" para toda experiencia revolucionaria. La primera dificultad consiste en hacer una definición correcta de su significado, de los sectores sociales que realmente la componen.

Altamirano propone incluir en dicho término a los siguientes sectores: la pequeña burguesía no asalariada (pequeños propietarios, rentistas, artesanos y trabajadores por cuenta propia); la pequeña burguesía asalariada (empleados y funcionarios); capas intelectuales (artistas, profesiones liberales y técnicos); y

³⁴⁰ Garcés, Joan E., Allende y la experiencia chilena, op. cit.

³⁴¹ Altamirano, Carlos, Dialéctica de una derrota I, op. cit., págs. 31-7

estudiantes. Considera que en Chile todos estos sectores representaban el 50% de la población activa. Su incorporación al sistema político se realizó, como ya tuvimos ocasión de ver, en los años veinte.

Altamirano realiza un análisis de estos sectores cargado de rasgos negativos, que les presenta como unos aliados imposibles del proletariado en sus proyectos transformadores. Representa, en este sentido, el sentimiento de gran parte del PS que, como vimos anteriormente, rechazaba las experiencias de alianzas mantenidas con las clases medias durante el período del Frente Popular y en años posteriores y, cuyo revulsivo, se plasmó en la línea del Frente de Trabajadores. Altamirano les considera de una "extrema versatilidad política", identificándose con caudillos civiles y militares, o con partidos como el PR o la DC. En gran parte de América Latina estos sectores medios han servido de vehículo al proyecto de desarrollo capitalista de la burguesía industrial.

A pesar de ciertas discrepancias con el conjunto de valores burgueses, para Altamirano las clases medias mantienen la unidad ideológica con la burguesía a través de "su adhesión irrestricta al concepto de propiedad y al modo de vida burgués". Su sistema de valores la hace ser profundamente desconfiada hacia la "ideología del proletariado" y sentir como una grave amenaza "cualquier proyecto de transformación revolucionaria".

La victoria de la UP va a significar que estos sectores medios pierden el protagonismo político que habían ejercido desde los años veinte. Pero la UP se propone una amplia alianza con ellos. Es su seno hay partidos que tienen en dicho sectores su base social, como el PR, MAPU, API, SD, o la IC, pero su representatividad social es de escasa relevancia y tampoco representan los valores reales de estas capas. La UP no logró hacer realidad esa ansiada alianza y, por ello, afirma Altamirano, es un error hablar de una retirada del apoyo de las clases medias al gobierno en el transcurso del proyecto. "Este apoyo jamás existió en términos masivos", es más correcto decir que pasaron de una neutralidad inicial a la oposición.

Las clases medias en América Latina gozaban de privilegios relativos, de un nivel de vida superior a las grandes masas empobrecidas, por eso en un proceso revolucionario que impulse una política de redistribución es inevitable rebajar esos privilegios.

La política de la UP hacia las clases medias fue "más costosa que eficaz", enfocada a "satisfacer sus necesidades materiales", con declaraciones de que el proceso revolucionario "no afectaría sus intereses".

El carácter economicista, pero inviable de esta política, queda claro cuando, a pesar de las ganancias obtenidas por éstos sectores en el primer periodo del gobierno popular, gran parte de ellos adopten una oposición enconada al proceso transformador, normalmente instrumentalizados por las fuerzas de la oligarquía y el imperialismo.

Altamirano piensa que esta actitud de las clases medias chilenas responde a un comportamiento general; que por encima de cualquier promesa o decisión legal que busque tranquilizarlas, las tensiones y la inestabilidad propia de un proceso de cambio van a ser las que definan su actitud. Su conducta se orienta más a garantizar la seguridad de su forma de vida, vinculada a los valores burgueses, que a obtener beneficios inmediatos.

Para Altamirano sólo existía un medio, durante el gobierno UP, de tranquilizar a la pequeña burguesía e incorporarla a una alianza con el proletariado, y consistía en transformar la experiencia revolucionaria abierta 1970 en "un intento reformista más".

Las conclusiones, pesimistas, de Altamirano son interesantes. Considera que las capas medias son en todo el mundo "una parte integrante del bloque ideológico de la burguesía" y que, sin duda, quebrar ese bloque es uno "de los desafíos de mayor trascendencia que enfrenta el movimiento revolucionario contemporáneo". Se pregunta dónde se ha dado alguna vez esa alianza entre el proletariado y las clases medias para un proceso revolucionario emancipador, o, donde los partidos obreros han aglutinado alguna vez un bloque social que represente a más de 50% de la población.

Su última reflexión al respecto es elocuente:

"Una política para ser eficaz - sobre todo frente a las clases medias - exige disponer de fuertes elementos coercitivos, de la sólida evidencia de que existe una fuerza real, potencialmente utilizable, que puede y debe ser flexible, pero sobre cuya determinación de emplearla no quepa duda alguna. Sin la existencia de esa autoridad, las concesiones, el diálogo y cualquier tipo de transacciones, son percibidas como signos de debilidad".³⁴²

¿A qué fuerza se refiere Altamirano? Sólo cabe disponer de ella si se ejerce la dictadura del proletariado

Bitar³⁴³ también concuerda en que en las sociedades con un cierto desarrollo relativo el problema de la política hacia las clases medias por parte de las fuerzas socialistas es fundamental, exigiendo un análisis serio de estos sectores y su comportamiento.

La primera cuestión a responder es sobre la posibilidad de que existan intereses convergentes entre el proletariado y las capas medias y, sobre si un posible acuerdo político sería espontáneo o necesitaría una política definida y orientada previamente a este objetivo.

En la UP predominó, en relación con las clases medias, una concepción que ponía el énfasis en los aspectos económicos como táctica para atraerlas hacia una alianza con el proletariado, subestimando el peso de los factores ideológicos en su comportamiento político.

Otro error de esta concepción era definir esa alianza con un carácter coyuntural y no estratégico, esto implicaba que las concesiones económicas tenían un carácter temporal y, se corría el riesgo, como así ocurrió en la práctica, de que los sectores medios terminasen por desconfiar del proyecto que se les ofrecía. Ganar a estos sectores suponía concebir una alianza con carácter estratégico, representar sus intereses y alcanzar la hegemonía ideológica a través de una lucha en el terreno de los valores durante todo el proceso.

El tercer aspecto de dicha concepción radicaba en la suposición de que existía una contradicción principal entre los sectores oligárquicos y el resto del pueblo y, que la contradicción secundaria entre los distintos sectores que conforman el bloque popular sería regulable, pudiéndose, además, mantenerse esta contradicción controlada y eclipsada por la principal. Sin embargo, en la práctica, las contradicciones secundarias alcanzaron un alto nivel del conflicto y frustraron, en última instancia, la alianza entre el proletariado y la clase media.

Finalmente, un último error de esta concepción consistía en suponer que, en presencia de un conflicto agudo, las clases medias se inclinarían por el más fuerte de los dos grupos en liza.

¿Dónde y por qué empezó a fallar este planteamiento de la UP ?.

³⁴² Altamirano, Carlos, *Dialéctica de una derrota I*, op. cit., pág. 37

³⁴³ Seguiremos aquí las reflexiones de Sergio Bitar contenidas a lo largo de su obra *Transición, socialismo y democracia*. La experiencia chilena, op. cit.

En primer lugar, la posible alianza social entre el proletariado y las clases medias partía de una base fundamental, que la política de redistribución puesta en marcha por la UP se realizase a expensas de la burguesía, terratenientes y sectores ligados al imperialismo, evitando perjudicar a las capas medias. Pero, a pesar de la voluntad del gobierno en este sentido, este objetivo no se cumplió debido a la inflación, la especulación y el mercado negro que alcanzó una enorme amplitud.

En segundo lugar, el gobierno popular siguió una política económica favorable a los pequeños propietarios a través de créditos o contratos a la producción para evitar que éstos fuesen atraídos por los grandes propietarios, que comenzaban a ser intervenidos con la política de transformaciones económicas estructurales del gobierno. Pero, como apunta Bitar, dos hechos contrarrestaron estas intenciones; de un lado, la intervención de unas 50 empresas medianas y pequeñas durante 1971, muchas de ellas como consecuencia de conflictos laborales; de otro, el alargamiento de la discusión sobre los límites del APS que permitió a la derecha desplegar su propaganda atemorizante sobre los pequeños propietarios.

En tercer lugar, se cometió el error de intentar alcanzar la alianza social con los sectores medios sin la mediación de una alianza política, la cual debería pasar necesariamente por un acuerdo con la DC. Se concibió la posibilidad de atraer a las bases democristianas hacia el proyecto de la UP como consecuencia del carácter progresivo de las políticas económicas.

En realidad, Bitar señala acertadamente el conjunto de obstáculos de tipo económico, social e ideológico que obstaculizaron la concreción de la alianza a la que se aspiraba y, que terminaría por situar en el campo de la contrarrevolución a la mayoría de los sectores medios: en unos casos parece tratarse de errores imputables a la UP y, por tanto, susceptibles de ser sorteados; en otros casos, son obstáculos insalvables en el supuesto de mantener el rumbo revolucionario de las transformaciones. Entre los primeros se pueden citar dos fenómenos frutos de la reacción a la especulación y el mercado negro: los controles administrativos y la organización popular, que provocaron sentimientos de amenaza a la propiedad; también, el sectarismo y el obrerismo frente al personal técnico y administrativo; o, el problema de la escasez de repuestos de los camioneros. Son ejemplos donde cabía un cierto margen de maniobra, negociación y actuación para evitar el rechazo de los sectores medios.

Entre los obstáculos insalvables, sin embargo, podemos encontrar la actitud de las profesiones liberales o los profesionales-funcionarios, con valores y estilos de vida basados en expectativas de progresión individual, o la de los pequeños y medianos empresarios que viven del sector obrero superexplotado y temen los planes estatales sobre la modificación del sistema de propiedad o, la participación y el control de los trabajadores en las empresas.

En relación con estos últimos obstáculos ninguno de los analistas situados entre los partidarios del mantenimiento de la alianza con los sectores medios ofrece soluciones claras.

El pulso en la UP entre gradualistas y rupturistas tuvo un claro exponente en las diferentes posiciones sustentadas en relación con los sectores medios. Los gradualistas insistieron en la concesión de ventajas económicas a dichos sectores para atraerlos o, al menos, obtener su neutralidad, evitando, así, una polarización social que les situaría en el campo de la oposición. Los rupturistas, por su parte, sostenían que las capas medias se terminarían alineando en función de la relación del poder que percibieran en el enfrentamiento.

Lo paradójico es que, en parte, ambos polos tuvieron razón; la situación se terminó polarizando y, ante la unidad alcanzada por la derecha (alianza DC-PN), que la llevó a tomar la iniciativa en el enfrentamiento con el gobierno popular, las clases medias terminaron formando parte de la oposición activa gobierno.

La batalla ideológica, llevada a cabo en el terreno de los valores a los que eran sensibles los sectores medios (estatizaciones, proletarización, control obrero, pérdida de libertad, caos), fue más decisiva que las concesiones económicas que les ofreció el gobierno popular. Y ello tuvo por consecuencia, como apunta Bitar, que al final del período de la UP, se generó entre la pequeña burguesía un repudio más visceral y una intransigencia mayor a la experiencia chilena que entre la gran burguesía. Una situación que, en cierto sentido, recuerda a otras experiencias críticas, como la acaecida en la Europa de entreguerras

Hugo Cancino³⁴⁴ va más lejos en el análisis sobre el desencuentro entre la UP y las capas medias y apunta, como responsable de aquél, más allá de los errores concretos de concepción o aplicación de políticas, al "propio discurso ideológico hegemónico en la UP", al que responsabiliza de impedir consensos o la ampliación de la base social de apoyo al proceso. Acusa a este discurso de ser "tributario de las tradicionales de la III Internacional", asignando el rol de vanguardia al proletariado, y de clases de apoyo o aliados tácticos a los sectores medios; lo que, unido a las experiencias históricas del socialismo realmente existente, generó sentimiento de inseguridad entre estos sectores, de incertidumbre sobre su supervivencia como categoría social.

Cancino reconoce que la actitud ante las clases medias en la izquierda chilena, que se expresaba en términos políticos en la actitud ante la DC, recorría un espectro que iba desde la posición del Presidente Allende, en un extremo, defendiendo constantemente "la necesidad de articular a la Unidad Popular a los sectores medios"; hasta el extremo opuesto representado por la visión totalmente negativa de las capas medias del MIR, el cual las calificaba de "vacilantes, potencialmente contrarrevolucionarias y legalistas". En posiciones más cercanas a las de Allende se situaba el PC que, en su estrategia del Frente de Liberación Nacional, reclamaba a las capas medias como aliados tácticos para la etapa de la "revolución democrática, anti-oligárquica y anti-imperialista", y era, en consecuencia, un claro defensor de alcanzar acuerdos con la DC. Sin embargo, el PS estaba más próximo a la visión del MIR, con una concepción ininterrumpida del proceso revolucionario al socialismo sostenido en una alianza obrero-campesina que renegaba de la posibilidad de extenderla a las capas medias.

A pesar de reconocer esta variedad de posiciones al interior de la izquierda chilena, sin embargo, Cancino critica a ésta globalmente por la incapacidad para "reconceptualizar a las capas medias", fruto de lo que considera como "crisis ideológica y teórica de izquierda chilena", que la lleva a contemplar la realidad histórica chilena "a través de la perspectiva de la revolución rusa, cubana y de sus marcos de referencia".

El análisis de Ruy Mauro Marini³⁴⁵ sobre las clases medias chilenas tiene dos características destacables. La primera es que está realizado en enero de 1973, es decir, durante el desarrollo de la experiencia chilena, a diferencia de los otros análisis realizados tras la trágica cancelación de ésta por el golpe militar del 11 de septiembre. La segunda característica es su perspectiva más amplia, temporal y

³⁴⁴ Cancino, Hugo, op. cit., págs. 290-2

³⁴⁵ Mauro Marini, Ruy, La pequeña burguesía y el problema del poder, http://www.marini-escritos.unam.mx/010_pburguesia_es.htm, (25 Abril 2004)

geográficamente, a la vez que busca encajar sus conclusiones en la matriz del pensamiento marxista-leninista. En este último sentido su análisis va destinado a intentar demostrar que la "vía chilena al socialismo" es una vía irrealizable y, que, por el contrario, la única vía confirmada por la experiencia revolucionaria del siglo XX y teorizada por Lenin, precisamente como un rasgo peculiar de la revolución socialista, es aquella en la cual la transformación social es un proceso que se lleva a cabo sólo después de la toma del poder por el proletariado, nunca antes.

Al ser diferente el sistema de dominación - que comprende los elementos en los que se sustenta el poder de una clase - y, el Estado - como expresión institucional de dicho poder -, la simple conquista del aparato estatal no soluciona por sí misma el problema del poder, ni, por tanto, suspende la lucha de clases. Pero, su conquista para el proletariado le abre la posibilidad "de cambiar la correlación social de fuerzas, antes favorable a la burguesía, y volcarla en su favor".

En las estructuras sociales complejas cualquier sistema de dominación se asienta siempre en una alianza de clases, esto ocurrió con las revoluciones burguesas y, también, en las de carácter proletario llevadas a cabo en el siglo XX.

Para conseguir el apoyo necesario de la mayoría para la transformación socialista, el proletariado dispone de tres instrumentos, el partido, las organizaciones amplias de masas y, especialmente, el Estado. Mauro Marini acude a Lenin para argumentar que no es intentando ganar el apoyo de la mayoría del pueblo como el proletariado puede tomar el poder, sino que, por el contrario, es tomando el poder como el proletariado puede obtener el apoyo de la mayoría, porque es entonces cuando puede demostrar su proyecto de liberación de la opresión y explotación capitalista.

Desde el ejercicio de la dictadura del proletariado se pueden practicar, entonces, dos políticas; una de carácter coercitivo contra la burguesía para quebrar su resistencia, otra de carácter persuasivo y educativo sobre las clases aliadas para ganarlas para el socialismo. Mauro Marini debía saber que ésta podría ser la teorización de Lenin, pero no el desarrollo real que siguieron las revoluciones proletarias triunfantes, sobre todo en lo que se refiere a la segunda política.

En relación con las clases medias chilenas, su análisis parte de los años treinta, cuando, como la mayoría de los países de América Latina de mayor desarrollo capitalista relativo, el sistema de dominación se recompone en torno a una alianza entre la oligarquía y las clases medias que acceden en esta manera a toda una serie de beneficios. Pero, aquí acaban las similitudes de las clases medias chilenas con las de otros países de América Latina. En Chile, la "capa burocrática de extracción pequeño burguesa" mantiene las posiciones conquistadas sin llegar a incorporarse a la burguesía. Se convierte, así, en una clase de apoyo activa al sistema de dominación y, explica, también, su fuerte adhesión a las instituciones y valores que ha ayudado a forjar. Ésta era la diferencia con la mayoría de las capas medias de América Latina en la década de 1960, pues mientras éstas, en posición subordinada al sistema de dominación y con un deterioro de su situación económica se radicalizaban, la clase media chilena no era movilizable en torno a una política insurreccional.

Donde el análisis de Mauro Marini se hace más confuso es a la hora de explicar el cambio de posición de las clases medias acaecido durante la segunda parte del mandato de Frei. Consecuencia de cambio de orientación de la política económica, en favor de las posiciones de la burguesía, el descontento de los sectores medios llevaría a una parte de ellos a posiciones reaccionarias y, a otra parte, a desviarse a la izquierda.

De esta manera, el autor puede encajar el nacimiento y la política de la UP dentro del matiz de interpretación leninista de los hechos. Pero decir que "la UP corresponde a un reflejo del descontento de la pequeña burguesía" y, que el deseo de atraer a sectores de ésta explica el compromiso de la UP con el sistema político vigente, es olvidar la trayectoria de, por ejemplo, el PC y su línea del Frente Liberación Nacional, o de las alianzas anteriores a la UP, como el FRAP.

Desde esta visión interpretativa, las dificultades asociadas a la estrategia de la "vía chilena socialismo" son imputadas a los problemas derivados de la alianza de clases en la que se pretende apoyar. Debido a la heterogeneidad de su composición, la UP fue incapaz de "definir una clara jerarquía entre los sectores sociales aliados y los sectores por neutralizar".

Finalmente, en el transcurso de la experiencia del gobierno popular se habría acentuado el carácter específico de la pequeña burguesía chilena, "su capacidad como agente del consenso entre las clases, sobre cuál reposan las instituciones vigentes". Privilegiada como aliado fundamental en el sistema de dominación levantado en los años treinta y durante el gobierno UP, ésta la lleva a acentuar "su autonomización relativa", hasta que la crisis de octubre de 1972 desvele lo ilusorio de dicha autonomía al poner en primer plano de manera cruda el enfrentamiento entre el proletariado y la burguesía.

EL PODER POPULAR

El poder popular como consigna o como objetivo fue utilizado por diversos actores políticos y sociales durante el gobierno popular. Sin embargo, como ocurre con otros conceptos políticos, el significado que encerraba era muy diferente según quien lo emplease.

Recordamos que las condiciones políticas en las que se movía la dinámica interna de la izquierda venían enmarcadas por una serie de características: existían diversos proyectos en su interior, algunos de los cuales eran radicalmente opuestos; en el seno de la UP y del gobierno de Allende la hegemonía la detentaba el proyecto gradualista, apoyado por el PC y por un sector del PS, encuadrado dentro de la vía pacífica al socialismo y con el programa de la UP que marcaba las tareas y objetivos del gobierno popular; en tanto que el gobierno y los partidos que dentro de la UP mantenían la hegemonía luchaban por sostener la vía y el programa que habían acordado, la izquierda rupturista dentro y fuera de la UP buscó el desbordamiento de ese programa convencida que la vía pacífica llevaba a un callejón sin salida que solo podría saldarse con un retroceso del gobierno o un derrocamiento violento por la oposición; pero esta izquierda rupturista no tuvo ninguna oportunidad de alterar la correlación de fuerzas en el seno de la UP y el gobierno y se vio obligada a buscar una palanca en la radicalización que el proceso operó en las bases obreras y campesinas.

En todo proceso revolucionario o de aguda confrontación social emergen formas de organización autónomas de los trabajadores impulsadas por el aumento brusco de la conciencia que se produce en dichas situaciones, en las que operan tanto la tensión social existente como la ruptura con los valores dominantes estables en situaciones de paz social. Chile no fue una excepción.

Podemos apreciar, efectivamente, que el término poder popular adquiere connotaciones políticas diferentes según sea empleado por unos actores políticos u otros, pero también según distintos estudiosos de la experiencia chilena. Finalmente, su utilización más frecuente será para referirse, sobretudo, a algunos tipos de organizaciones creadas o impulsadas por los trabajadores, especialmente a partir de la huelga gremial de octubre de 1972, y, que, como recuerda Frank Gaudichaud, tomaron diferentes denominaciones: “Dependiendo del tamaño de las fracciones sociales que consiguen reunir, de su grado de poder real y de la orientación que les den los militantes presentes, estas organizaciones adoptarán el nombre de “Cordones Industriales”, “Comandos Comunales” o “Comités Coordinadores”³⁴⁶. Hay que reconocer que esta acepción es la que ha terminado siendo la más utilizada, pero no significa que sea la única como veremos a continuación.

Este autor es precisamente uno de los más representativos del empleo del término poder popular en este último sentido. Para Frank Gaudichaud³⁴⁷ la visión que la UP sostenía del poder popular era, por un lado, muy poco clara, limitándose en realidad a prever la participación de los trabajadores en los diferentes niveles del aparato del Estado, ya que el resto de las iniciativas gubernamentales las considera prácticamente intrascendentes, bien sea por su imposibilidad legal, como la Asamblea del Pueblo; bien sea por su carácter marginal, como las JAP; bien sea por su falta de desarrollo, como los Comités de la Unidad Popular; o bien sea por su

³⁴⁶ Gaudichaud, Frank, La CUT, las luchas obreras y los Cordones Industriales en el período de la UP en Chile (1970-73), págs. 14-5, mayo del 2003, <http://www.rebellion.org/docs/13779.pdf>, (18 Junio 2004)

³⁴⁷ Gaudichaud, Frank, Pensar las alternativas y el socialismo en la América Latina del siglo XXI, pág. 7, mayo 2004, <http://www.rebellion.org/izquierda/040218gaudichaud.pdf>, (18 Junio 2004)

limitación, como la participación obrera en el APS, ya que era una minoría de trabajadores la afectada.

Por otro lado, Gaudichaud cree que en la UP se impuso una “versión minimalista” del poder popular que ponía el énfasis en el apoyo de las bases populares a la política del gobierno y que, además, se encontraba condicionada por el aspecto productivista y economicista del proyecto, “al hacer hincapié constantemente en el factor de la producción y menos en su dimensión política, sobre todo participativa”³⁴⁸

Hugo Cancino, por el contrario, cree que se pueden hacer tres lecturas del poder popular a partir tanto del programa de la UP como de sus planteamientos fundacionales:

*“a) Como participación ampliada y organizada de las bases populares para apoyar al gobierno y el programa; b) Como transformación del sistema de poder y de los medios de producción y su apropiación por el pueblo organizado; c) Como germen de un nuevo Estado, generado a partir de la movilización social organizada. Dentro de la primera variante mencionada, se inscriben los Comités de Unidad Popular”*³⁴⁹.

La segunda variante del poder popular vendría expresada, continua Cancino, por el punto del programa de la UP que se refiere a la participación de las organizaciones sociales y sindicales en las decisiones de los organismos de poder, lo que supone una democratización del poder del Estado. Además, y aquí estaríamos en la tercera acepción, la movilización que debían impulsar estas organizaciones serviría para crear una nueva institucionalidad. Así,

*“El futuro “Estado Popular”, de acuerdo con el Programa Básico, se erigirá sobre la base de organismos regionales y locales de poder(...)Como instancia superior de esta red de poderes locales y regionales, el programa establecía la formación de una “Asamblea del Pueblo”(...)Este esquema institucional de un nuevo Estado, esbozado en el programa de la UP, requería la promulgación de una nueva constitución política”*³⁵⁰

Esta argumentación le va a servir a Cancino para deslindar el concepto de poder popular contenido en el planteamiento de la UP del que sustentará aquella parte de la izquierda más apegada a las concepciones clásicas del marxismo-leninismo:

*“el poder popular a crear de acuerdo a la formulación que se colige del Programa Básico, no se concebía como un contra poder o embrión dual frente al Estado y la institucionalidad existente. Por ello, el status atribuido al Poder Popular en la estrategia de la UP, implicó una ruptura con el planteo consejista/poder dual (...)y en cuyo marco conceptual e histórico, el poder popular se genera al margen y en contra del Estado e institucionalidad existente, para desarrollarse en un Estado de recambio del vigente. En el caso de la Unidad Popular, se convoca a crear un Poder Popular dentro de los confines de la institucionalidad, Poder Popular no rival, sino colaborador de un gobierno popular en un proceso de transformar el sistema sin quebrar el principio de legalidad”*³⁵¹.

Esta tesis es especialmente visible en Allende, según Cancino, dado que el PC, como veremos más adelante, tuvo una actitud ambigua respecto al poder popular.

³⁴⁸ Gaudichaud, Frank, Poder Popular y Cordones industriales, op. cit., pág. 28

³⁴⁹ Cancino, Hugo, op. cit., pág. 126

³⁵⁰ *Ibíd.*, pág. 129

³⁵¹ *Ibíd.*, págs. 129-30

Hay, pues, una manera más amplia de utilizar el término de poder popular que para referirse únicamente a los organismos nacidos por la base o impulsados por las corrientes rupturistas de la izquierda. Cancino es uno de los autores que lo emplea en este sentido amplio y así se refiere, por ejemplo, a que una dimensión de las formas germinales del poder popular es “la participación de los trabajadores en la administración de las empresas del Área Social”; y, también, a que

*“al interior de la coalición, con diferentes énfasis y bajo diferentes perspectivas, se conceptualizaba a las JAP como formas de Poder Popular, en la medida que su principal función incidía en la esfera básica de la reproducción material de la población”*³⁵²

Otro autor en esta misma línea es David Tieffenberg, para quién simultáneamente a la conformación del APS también:

*“se fomentan, se crean y se respaldan los mecanismos que dan forma y contenido a la democracia popular a través del fortalecimiento de la Central Única de Trabajadores, de la participación de los trabajadores en la dirección de las empresas de las áreas social y mixtas, de los Consejos de Vigilancia en las áreas privadas de la economía, de las Juntas de Abastecimiento y Control de Precios (JAP), de las Juntas Vecinales, de los Centros de Madres, y de las otras organizaciones de masas (embriones de poder proletario), tales como: los Consejos Comunales, los Comandos Campesinos, los Cordones Industriales, etc., todos los cuales generan su conducción y direcciones intermedias desde las bases”*³⁵³

También emplea una concepción amplia Sebastián Leiva al indicar que:

*“las energías que se desplegaron desde el mundo popular fueron múltiples, ya sea apoyando medidas tomadas desde el gobierno – la constitución y funcionamiento de las JAPs por ejemplo -, o bien creando desde la base instancias de participación, como será el caso de las “canastas populares” y “almacenes del pueblo” a nivel poblacional, o los “Cordones Industriales” a nivel del mundo obrero”*³⁵⁴

Aunque es verdad que este autor considera que los Comandos Comunales de Trabajadores constituyeron “la síntesis del Poder Popular, si bien solo alcanzó niveles embrionarios”.

Aquí vamos a tener en cuenta todas las acepciones con las que los distintos actores se refirieron al poder popular, que englobaría, entonces, toda forma de participación de los trabajadores, o el pueblo en general, en los procesos políticos, sociales o económicos que alterasen las formas normales de funcionamiento del Estado demo-liberal y la sociedad burguesa y, que, lógicamente, incluirían las modalidades organizativas levantadas a partir sobretodo del intento insurreccional de la oposición en octubre de 1972, pero también toda una serie de iniciativas impulsadas desde el propio gobierno como consecuencia del compromiso adquirido en el programa con el cual ganó las elecciones. La cuestión en discusión, y objeto de una intensa polémica en los años 1972 y 1973 por los actores políticos, y más tarde por todos los que se interesaron por el tema, es si esa participación debía ser un refuerzo para el gobierno popular que evitase su derrota por la derecha; un apoyo crítico con la exigencia de rectificación de la línea seguida para imprimir una profundización al proceso transformador en marcha; o, el surgimiento de un doble

³⁵² *Ibíd.*, págs. 224 y 349

³⁵³ Tieffenberg, David, *op. cit.*, pág. 247

³⁵⁴ Leiva, Sebastián, *El MIR y los Comandos Comunales: poder popular y unificación de la movilización social.*, pág. 1, Cyber Humanitatis, N° 30, Otoño 2004, http://www.cyberhumanitatis.uchile.cl/CDA/texto_simple2/0.1255.SCID%253D12517%2526ISID%253D494.00.html. (25 Mayo 2005)

poder que disputase la dirección del proceso a la propia UP cuya línea política no eran capaces de rectificar.

Desde esta perspectiva se pueden distinguir tres fases diferentes de la creación de poder popular que responden a tres momentos temporales y a tres impulsos distintos. El primer momento se inicia cronológicamente al poco de constituirse el gobierno de Allende, y su impulso viene motivado por la voluntad de dar cumplimiento a los compromisos adquiridos en el programa de la UP. Así, ya en diciembre de 1970 un acuerdo del gobierno con la CUT establece la participación de los representantes de los trabajadores en los organismos de planificación y desarrollo económico y social. Dos meses más tarde nuevamente se reúnen el gobierno y la CUT con el objeto de elaborar las Normas Básicas que establecían la participación obrera en la dirección de las empresas del área social y mixta.

El segundo momento tiene lugar cuando aparecen los más serios fenómenos obstruccionistas de la burguesía en el plano económico con el mercado negro y el acaparamiento; o, también, para superar las trabas burocráticas del aparato del Estado; el impulso procede también esta vez del gobierno, que busca salvar estos escollos con la ayuda de organismos populares. Entre estos se encuentran las Juntas de Abastecimientos y Precios (JAP) que actúan al nivel de la distribución en los lugares de residencia y buscan acabar con la especulación y el acaparamiento. Los Comando Comunales nacen con el objeto de coordinar a nivel local la solución a los distintos problemas de la comunidad en la que actúan diferentes organismos. Los Consejos Campesinos “se estructuran como mecanismos relacionados entre los organismos burocráticos del Estado y las exigencias de la reforma agraria”. Los Comités de Vigilancia de la Producción y los Comités de Protección de las Industrias. Todos ellos se caracterizan, sobretudo, porque en este momento aún son órganos orientados a apoyar las tareas del gobierno que es quien tiene la iniciativa.

El tercer momento va a desarrollarse especialmente a partir de la huelga patronal de octubre de 1972, cuando las energías se galvanizan para impedir que la oposición consiga paralizar el país y derrocar al gobierno popular. El impulso ahora proviene de varias fuentes, de un lado débilmente del gobierno, de otro de los propios trabajadores en las fábricas, pero también de las organizaciones que pretenden desbordar el programa gubernamental, que actúan en todos estos lugares de trabajo.

Por parte de la UP se impulsa en esa coyuntura la creación de una serie de organizaciones sectoriales con las que contrarrestar los efectos de la huelga patronal, así aparecen Frentes Patrióticos de Mujeres, de los Profesionales y de la Juventud y, también, el Movimiento Patriótico de Renovación de los Transportistas y el Movimiento Amplio de Comerciantes.

Altamirano critica la improvisación y escaso entusiasmo con que se dieron estas iniciativas:

*“Los resultados fueron óptimos si consideramos que se trataba de iniciativas improvisadas, hechas con criterio de emergencia y bajo presión de circunstancias críticas(...). Incluso la adhesión que estos sectores entregaron, no siempre contó con la atención debida y el respaldo decidido del gobierno, lo cual conspiró contra su eficacia y desarrollo”*³⁵⁵

Sin embargo serán las organizaciones nacidas al margen del impulso oficial del gobierno y la UP las que sobresaldrán en este tercer momento, destacando los Cordones Industriales como la expresión más dinámica y original en esos momentos.

³⁵⁵ Altamirano, Carlos, *Dialéctica de una derrota II*, op. cit., pág. 12

Antes de ocuparnos en extenso de las organizaciones de base que dieron la impronta más característica al poder popular vamos a detenernos en las dos formas más importantes cuya iniciativa partió del gobierno, y que tuvieron diferente éxito como aportaciones a la creación de este poder popular. Nos referimos a la participación de los trabajadores en las empresas del APS y a las JAP.

En el primer caso, la participación se impulsó a través de un acuerdo entre el gobierno popular y la CUT en diciembre de 1970 que se plasmaría, en julio de 1971, en las denominadas Normas Básicas de Participación de los Trabajadores, dónde se contemplaban dos modalidades de participación, en la planificación económica general y en la dirección de las empresas del APS. En el primero a través de la CUT, en el segundo a través de distintos órganos de participación dentro de la empresa (asambleas y comités).

Este sistema de participación de los trabajadores en la empresa no colmó las expectativas creadas tal como expone Cancino³⁵⁶: primero su desarrollo desigual fue originado por “la heterogeneidad estructural de la clase obrera chilena, sus diferentes tradiciones organizativas, niveles de sindicalización y de politización” y, también por la diferente influencia que ejercían las distintas fuerzas políticas en las empresas. De tal manera que dos años después de su puesta en funcionamiento “no se percibía ningún elemento indicador que las estructuras de participación establecidas fueran los gérmenes de un poder popular o de democracia de base”. Esta insatisfacción con el funcionamiento de la participación llevó a un debate dentro de la CUT para reformar las Normas que el golpe militar de septiembre frustró.

Finalmente, Cancino recoge las conclusiones de diversos análisis sobre las “carencias y limitaciones” de este sistema de participación, destacando entre ellas: 1) el “papel meramente asesor y consultivo de las instancias de base”; 2) el que los Consejos de Administración actuaron como meros “apéndices de la burocracia del Estado, sobrevalorando el papel de los técnicos y administrativos en la gestión”; 3) la falta de adecuación de la CUT para promover la participación o “el desarrollo de tendencias autogestionarias en el seno de la clase trabajadora”, ya que la suya era una tradición economicista y reivindicativa y “las estructuras del sindicalismo establecido se comportaban como correas de transmisión de los partidos políticos”.

La conclusión de Cancino es que

“en el marco de la implementación de las Normas Básicas de Participación, no surgieron los gérmenes de un Poder Popular, que configurarían las bases del Nuevo Estado, enunciado en el Programa Básico de la Unidad Popular”.

La Dirección de Industria y Comercio³⁵⁷ del gobierno popular justificó la creación de las JAP en el problema originado por la contradicción entre el incremento de la demanda derivada de la redistribución que había impulsado la política económica del gobierno y la estructura productiva y distributiva tradicional. Para hacer frente al problema, el gobierno acude a las organizaciones de base de la población. El objetivo que se persigue es lograr un eficaz abastecimiento y control de precios, para intentar acabar con el desabastecimiento, la especulación, el mercado negro, el acaparamiento y el contrabando. Para ello las JAP deberían investigar y denunciar ante las autoridades correspondientes cualquier actividad relacionada con los fenómenos anteriores, para que éstas tomaran las medidas oportunas.

³⁵⁶ Cancino, Hugo, op. cit., págs. 228-234

³⁵⁷ Dirección de Industria y Comercio (DIRINCO) y Secretaría General de Distribución: Marco de acción de las Juntas de Abastecimiento y control de Precios (JAP) (enero 1973), en La izquierda chilena vista por la izquierda, op. cit., págs. 507-8, recopilación de Christian Pérez

Este mecanismo fue una solución frente a otros dos tipos de alternativas vedadas a la acción del gobierno para afrontar los problemas citados; la primera sería restablecer la confianza en los mecanismos del mercado, es decir, prácticamente renunciar al programa de la Unidad Popular a favor de las soluciones de la burguesía; la segunda alternativa hubiese sido la introducción del racionamiento, pero esta medida de profundas implicaciones políticas y económicas no contaba, por ello mismo, con suficiente consenso dentro de la propia UP, como lo demostró la polémica interna levantada por las manifestaciones del Ministro de Hacienda, Fernando Flores, el 10 de enero de 1973, en el sentido de fortalecer el control popular sobre la distribución e introducir el racionamiento para artículos de primera necesidad.

Pero también cumplieron otra función suplementaria en los objetivos del gobierno, “las JAP debían ser un canal para incorporar a los comerciantes detallistas al frente de clases antimonopolista de la UP”³⁵⁸

Impulsadas por el Ministro de Economía Pedro Vuskovic en un meeting celebrado el 29 de julio de 1971, fueron oficializadas por el gobierno en abril de 1972 y se organizaron a nivel de barrios y poblaciones comunales, llegando a alcanzar en enero de 1973 un total de 2195 JAP³⁵⁹.

Para Patricio Palma³⁶⁰ las JAP eran parte del poder popular, “en el sentido de un poder ejercido por otro bloque social, pero que tenía, a la vez, la característica de emerger desde el mismo aparato estatal que la UP pretendía cambiar en su carácter y funcionamiento”. Sin embargo, este protagonista directo de la experiencia chilena, entrevistado por Gaudichaud, también se refiere a algunos de los riesgos que podrían comportar las JAP para la política del gobierno: servían de excusa para el ataque ideológico de la derecha que las acusaban de ser “un organismo ilegal, ilegítimo, arbitrario” o, en caso de no actuar con gran disciplina y conciencia política, podía actuar contra la política de la UP de alianzas con los pequeños y medianos comerciantes.

Las JAP fueron completadas con otras dos formas de abastecimiento nacidas por la base, la denominada canasta popular y los almacenes del pueblo, ambas iniciativas se encontraban en oposición a la línea oficial triunfante en Lo Curro, inclinándose por formas alternativas de abastecimiento directo que sustituyesen a los canales privados tradicionales de distribución y comercialización.

No obstante ser la huelga patronal de octubre de 1972 el fenómeno desencadenante del grueso de las experiencias del poder popular nacido desde la base, ya anteriormente habían aparecido estas experiencias, especialmente entre la población campesina, pudiendo decirse que los primeros antecedentes de este poder popular se encuentran en las luchas campesinas acaecidas al sur de Chillan en 1971.

Esta periodización es sensiblemente diferente a la empleada por Frank Gaudichaud³⁶¹ porque para este autor el poder popular va unido a la dualización del poder que “se encarnó sobretodo en los famosos Cordones Industriales”. Y así, en su opinión, la historia del poder popular conoce tres períodos:

“El primero desde la elección de Allende hasta la huelga patronal de octubre de 1972: es el concepto de participación bajo control del Estado y solamente para la minoría de asalariados del sector nacionalizado(...)El segundo comienza con la huelga patronal de octubre, para terminar en junio de 1973: se caracteriza por un desbordamiento amplio de los partidos de izquierda y la

³⁵⁸ Cancino, Hugo, op. cit., pág. 349

³⁵⁹ *Ibíd.*, pág. 349

³⁶⁰ Gaudichaud, Frank, Poder popular y Cordones Industriales, op. cit., pág. 414

³⁶¹ Gaudichaud, Frank, Pensar las alternativas y el socialismo en la América Latina del siglo XXI, op. cit., págs 10-11

aparición de organizaciones independientes al gobierno como los Cordones Industriales o los Comandos Comunales. Y finalmente el tercero que sigue al fallido golpe de junio de 1973: el debate sobre el “poder popular” está entonces en su apogeo y el conjunto de las fuerzas políticas reconocen el potencial de estos organismos”.

Cancino, por su parte, lo que periodiza es el debate suscitado en torno al poder popular con tres momentos correspondientes a tres coyunturas diferenciadas. El primer momento está relacionado con los acontecimientos que culminan en la Asamblea del Pueblo de Concepción; el segundo se origina tras la crisis de octubre cuando han eclosionado los Cordones Industriales y los Comandos Comunales; el tercero tendrá lugar con la reactivación de estos órganos de base tras el frustrado golpe militar del 29 de junio de 1973. Justo en esta ‘última fase se llegó a un consenso mínimo dentro de la izquierda:

“la necesidad de alentar el desarrollo del Poder Popular. Los disensos residieron en la conceptualización del Poder Popular y de su status en el contexto de una estrategia al socialismo”³⁶²

Expresado en distintos medios³⁶³, este debate se centró fundamentalmente en torno a las posiciones sostenidas por el PS y el MIR con dos asuntos esenciales:

“a) El status del Poder Popular en el marco de la estrategia al socialismo; b) El Poder Popular bajo la forma de Comandos Comunales y sus relaciones con el Gobierno y el sistema democrático representativo”³⁶⁴

El primer Cordón Industrial ya se había formado poco antes de la huelga patronal, pero será con ésta cuando tomen impulso definitivamente. Efectivamente, en la comuna de Maipú venían produciéndose movilizaciones de pobladores desde abril por problemas relacionados con la locomoción colectiva, que bajo el impulso del PS terminaron en la convocatoria de un Cabildo Abierto. Después la agitación se propagó al sector industrial de la Comuna, donde la reivindicación central era la exigencia de incorporación de algunas empresas al APS e, impulsados, también, por una reacción contra las actitudes obstruccionistas que la judicatura y el Parlamento oponían a sus demandas y a los planes del gobierno. Finalmente, esa actitud se condensó en la creación del Cordón Industrial Cerrillos-Maipú en junio de 1972. La huelga patronal de octubre extendió esta nueva forma de organización de los trabajadores surgida por la base con el objeto inmediato de impedir la paralización de la producción y continuar el abastecimiento normal de productos y servicios. En Santiago se crearon ahora los Cordones Industriales de Vicuña Mackenna y hasta otros 20 más, y la experiencia saltó a otros puntos del país: Concepción, Valparaíso, etc. Un nuevo impulso a la expansión de los Cordones surgirá como consecuencia reactiva a dos crisis posteriores, la del tanquetazo en junio de 1973, y la de la nueva huelga patronal del mes de julio siguiente.

Detrás de la eclosión de estos organismos de base se encuentran varias razones; la primera es, claramente, la necesidad de oponerse al grave reto que suponía la huelga patronal de octubre de 1972, pero el que la respuesta tomará está forma tiene que ver con las carencias y limitaciones de la CUT que no disponía de

³⁶² Cancino, Hugo, op. cit., pág. 335

³⁶³ Leiva y Neghme sitúan en tres foros las discusiones sobre el poder popular; el primero impulsado por el Movimiento Cristiano por el Socialismo en noviembre de 1972; el segundo a iniciativa del sindicato del diario Clarín en diciembre de ese año, y, el tercero desarrollado por la revista Chile Hoy a fines de julio de 1973. Leiva, Sebastián y Neghme, Fahra, op. cit., pág. 140

³⁶⁴ Cancino, Hugo, op. cit., págs. 330-1

estructuras territoriales de coordinación y, además, se percibía como una estructura burocratizada en sus niveles superiores. Como apunta Cancino:

“Los trabajadores perciben en los Cordones la existencia de un espacio más amplio y flexible que la estructura de los sindicatos, en la medida que convergen en ellos trabajadores de ramas distintas, de diversos niveles de sindicalización insertos en un mismo marco geográfico”³⁶⁵

El modelo de organización común que adoptaron los Cordones Industriales a principios de 1973 es descrito por Cancino³⁶⁶ como compuesto por tres fases diferentes: en la primera se elegían los representantes al Consejo del Cordón por la asamblea de cada empresa; en la segunda, estos representantes elegidos constituían el Consejo de Delegados del Cordón Industrial; finalmente, este Consejo elegía en su seno una directiva.

Sebastián Leiva³⁶⁷ apunta a la existencia de dos elementos previos a la huelga patronal que favorecen la aparición de los Cordones Industriales. El primero es la oposición que aparece entre los sectores más radicalizados a la política económica que la UP adopta en el cónclave de Lo Curro, impulsada por la izquierda del PS, que busca presionar desde las bases obreras contra los acuerdos alcanzados al nivel de los dirigentes. El segundo es la rivalidad existente entre el PS y el PC por controlar el mundo obrero y, desde él, influir en la orientación del gobierno. El PC ratifica su control sobre la CUT durante el gobierno de Allende y la alinea con su política de “consolidar para avanzar”, por lo que el sector izquierdista del PS ve en los organismos de base que se van gestando una vía para contrarrestar su posición secundaria en el movimiento sindical oficial en su lucha por la conducción del movimiento obrero, y la manera de poder presionar a favor de su línea política.

Estos nuevos organismos tuvieron un efecto político que afectó a varios planos. En lo inmediato su acción fue muy importante para hacer fracasar la huelga patronal y sus objetivos desestabilizadores. Pero también produjeron una onda de choque en la izquierda; primero porque ocuparon diversas empresas que exigieron su incorporación al APS, lo cual sobrepasaba las intenciones originales del gobierno y provocaría una agria polémica en el interior de la UP sobre su devolución o no; segundo, porque el polo rupturista vio en estos nuevos organismos los gérmenes del poder popular, del nuevo Estado popular que reemplazaría al Estado burgués, incluso en algunos casos se vio en ellos el germen de un doble poder opuesto al gobierno; y, tercero, porque puso en entredicho el papel de representatividad exclusiva que en el mundo obrero mantenía la CUT, que se vio obligada a adaptarse a los nuevos órganos nacidos con la radicalización de la lucha.

Este último efecto es objeto de un examen detallado por parte de Frank Gaudichaud³⁶⁸, quién hace un análisis de la trayectoria de la CUT desde su nacimiento en 1953 hasta el final de la UP con especial atención a su relación con los partidos políticos y el Estado. Su nacimiento le ve relacionado justamente con el “descalabro de los partidos obreros tradicionales frente al populismo de Ibáñez y a su desorientación política”, y es por esta razón que “se muestran temporalmente incapaces de retomar la dirección del movimiento sindical”. Pero éste es un período de independencia “excepcional” que dura solo unos años:

³⁶⁵ *Ibíd.*, pág. 303

³⁶⁶ *Ibíd.*, pág. 336

³⁶⁷ Leiva, Sebastián, El MIR y su inserción en el movimiento obrero: el Frente de Trabajadores Revolucionarios (FTR) y su relación con los Cordones Industriales, págs. 7-9, Cyber Humanitatis, N° 28, Primavera 2003, http://www.cyberhumanitatis.uchile.cl/CDA/texto_simple2/0,1255,SCID%253D6783%2526ISID%253D374,00.html, (20 Agosto 2005)

³⁶⁸ Gaudichaud, Frank, La CUT, las luchas obreras y los Cordones Industriales en el período de la UP en Chile (1970-73), op. cit.

“En 1961, el PC retoma el control de la Central para dirigirla, con los socialistas y la DC, hasta el golpe de Estado de 1973. La Central se convierte de nuevo en la correa de transmisión de los partidos y pierde de este modo una parte de su autonomía”.

Sin embargo, Gaudichaud considera que en 1964, con la victoria de Frei sobre Allende, se produce “una ruptura en las formas que adquiere la lucha de clases”, de la que hace otra lectura, pues interpreta que también significa

“la progresiva ruptura entre la dirección del movimiento obrero y la práctica de las luchas en la base, que tienden a desbordar el conjunto de los aparatos de representación y de mediación social tradicionales”.

Cuando se produce la victoria de la UP en 1970, la CUT alcanza los 700.000 afiliados sobre un total de aproximadamente 2,5 millones de asalariados en el sector privado y 300.000 en el público (con un 90% de afiliación en este último). Así, una gran parte de los trabajadores de la pequeña y mediana empresa no están representados en la CUT. Además, señala Gaudichaud, la Central es “una organización profundamente vertical y burocrática”, a la vez que “el movimiento sindical está extremadamente disperso, atomizado. Cada sindicato es sumamente autónomo, incluso aislado en su unidad de producción, ya que el sindicalismo chileno no está estructurado por ramas”.

En definitiva, Gaudichaud resume en cuatro las deficiencias estructurales históricas del movimiento sindical chileno: “debilidad de representatividad en el conjunto de los asalariados; fuerte atomización de sindicatos y falta de unidad; carácter superestructural y burocrático de la CUT(...) [y] la posición histórica subalterna de la CUT frente a los partidos políticos”. Si las tres primeras son, en efecto, deficiencias que no necesitan mayores aclaraciones, sin embargo, la cuarta no está claro que, a priori, sea una deficiencia, solo puede contemplarse así desde una posición ideológica determinada, por ejemplo la del anarco-sindicalismo. Pero Gaudichaud contempla esta característica como una deficiencia porque va a interpretar el surgimiento de los Cordones Industriales, justamente, como su superación, porque ellos van a suponer la recuperación de la independencia del movimiento obrero respecto a los partidos y el Estado.

De momento anota: “esta falta de autonomía explica que el período de UP fuera el de una acentuada “subordinación” de la CUT a los proyectos gubernamentales”, interpretando que, con el acuerdo entre la CUT y el gobierno sobre las Normas Básicas de participación de los trabajadores en la dirección de las empresas del APS, y la participación de la Central en las instituciones de planificación nacional, “la CUT inició un proceso de integración orgánica en el aparato del Estado”. La entrada de los dos máximos dirigentes de la CUT en el gabinete cívico-militar de noviembre de 1972 es considerada por Gaudichaud como el punto álgido de la integración del aparato sindical en el gobierno de la UP, con lo que se “tiende a suprimir todo grado de autonomía y de autodeterminación de los asalariados y, por otro lado, a acentuar las decisiones políticas dentro de la clase obrera”.

La tensión política y social generada por las transformaciones impulsadas por el gobierno Allende, que afectan tanto a las relaciones izquierda-derecha, como a las relaciones entre los componentes de la izquierda, se trasladan, como no podía ser de otra manera, al interior de la CUT, donde las distintas opciones políticas luchan por su influencia y dirección.

Las mismas contradicciones viven el conjunto del movimiento obrero, fruto en gran medida de las propias posiciones de los partidos políticos que actúan en su seno, pues si por un lado es perfectamente coherente el compromiso firme de la dirección de la CUT con el gobierno Allende, que no solamente expresa los intereses históricos de los trabajadores con su proyecto de transición socialista, sino que impulsa una política inmediata de redistribución profunda; por otro lado, se asiste a un incremento de los conflictos laborales en esos años con una mayor frecuencia en la utilización de las huelgas ilegales. Esta última actitud ¿denota una mayor o una menor conciencia política de la clase obrera?. Los Cordones Industriales van a presionar por incorporar al APS más empresas de las previstas por el gobierno en su calculada estrategia, detrás de ello se encuentra la acción del ala izquierda del PS y el MIR; los obreros de El Teniente van a la huelga por conseguir mayores salarios y serán manipulados por la derecha. Ambos ejemplos, orientados en direcciones diferentes y con la influencia de actores políticos opuestos tendrán, sin embargo, el mismo efecto sobre el gobierno popular, aumentar sus dificultades y poner en crisis su línea política.

Esa mayor radicalidad reivindicativa y movilización no significaba automáticamente una mayor conciencia política y el propio Gaudichaud lo reconoce al citar a Manuel Castell: “Está claro que la contención voluntaria sólo puede venir de una conciencia política, de un apoyo activo de las masas a una estrategia general”.

La aparición de los Cordones Industriales es interpretada por Gaudichaud, por un lado, como la aparición de “principio de “dualización” del poder” y, por otro, como “la crisis de los organismos históricos de mediación y de dirección del movimiento obrero, es decir, la CUT y los partidos obreros. A raíz de esto, el movimiento obrero recupera una autonomía de clase que había perdido parcialmente”. Es de suponer que con esto se quiere decir que se recupera la autonomía respecto al PC o la DC, porque la dirección de los Cordones Industriales queda mayoritariamente en manos del PS o, en menor medida, del MIR como el propio Gaudichaud reconoce.

La disyuntiva de los Cordones Industriales no parece estar entonces “entre su apoyo al gobierno y su voluntad de autonomía e independencia de clase, con el fin de superar el callejón sin salida en el que Allende se encontraba”, sino entre apoyar la estrategia del gobierno y el polo gradualista de la UP o la del polo rupturista, mayoritario en el seno de los Cordones. Y como el componente de este último polo dentro de la UP (PS, MAPU, IC) se negaba a transformar los Cordones Industriales en un “poder dual”, entonces su objetivo solo podía ser el de utilizarles como elemento de presión sobre el polo gradualista para intentar cambiar su línea política.

Augusto Samaniego M.³⁶⁹ extrae cinco rasgos de la experiencia de los Cordones Industriales:

“(1) Los Cordones jugaron un papel muy destacada en la movilización y de las organizaciones sindicales de base(...)(2) La radicalización política de los obreros de los Cordones aparece como contradictoria con su menor experiencia sindical. En estos sectores obreros prevalecía una masa de trabajadores jóvenes que representaban una segunda o primera generación de inmigrantes(...)(3) que había encontrado ocupaciones de baja calificación en fábricas y servicios(...)(4) Las medianas empresas que constituían una mayoría en la zona de los Cordones representaban una realidad específica. Los trabajadores recibían allí las más bajas remuneraciones(...)(5) Se trataba de una masa débilmente encuadrada en las estructuras de la CUT(...)(6) Su nueva conciencia social se fundaba en la experiencia de organización y de acción definida por los lazos territoriales entre sus actores(...).la combatividad mostrada era resultado de las precarias condiciones de vida y de trabajo

³⁶⁹ Samaniego M., Augusto, Octubre rojo: fulgor y agonía de la “unidad de los trabajadores”, págs. 16-7, www.clasecontraclase.cl/scripts/documentos-descargar.php?id=42, (3 Septiembre 2003)

de esos sectores obreros(...)Pero, a ese respecto también intervenía la ausencia de hábitos relativos a las prácticas formales del sindicalismo tradicional(...)(5) La experiencia de los Cordones mostró históricamente una muy específica potencialidad gestada mediante el crecimiento de las aspiraciones y luchas obreras(...)pudieron haber consolidado una dinámica muy favorable para dotar de nueva fuerza a dos supuestos fundamentales construidos por el movimiento sindical en el período de la CUT: a) La 'unidad de acción' por encima de las diferencias ideológicas y partidarias(...)b) el enriquecimiento de la 'democracia sindical' “.

Los Cordones Industriales experimentaron un desarrollo importante³⁷⁰ impulsados desde el punto de vista orgánico por el PS principalmente, partido al que pertenecían la mayoría de los dirigentes de los Cordones, pero también por el MIR y, en menor medida, por otros partidos políticos y, desde el punto de vista sociopolítico por las dos grandes convulsiones que representaban la huelga patronal de octubre de 1972 y el tanquetazo de junio de 1973. Su punto más alto de desarrollo lo alcanzaron en julio de 1973 cuando logran crear la Coordinadora Provincial de Cordones Industriales de Santiago. Ésta parte de una iniciativa del Cordón Cerrillos en junio del 73 y en su constitución emite una Declaración que contiene los principios que les impulsan y los objetivos que se propone, y viene a expresar la autopercepción que tienen los Cordones de sí mismos. Cancino entiende que el documento está atravesado por un “discurso clasista-proletario”, pero no cree, sin embargo, que exista una intención expresa de conformarse como un poder paralelo al gobierno; interpreta que representa la visión que el sector más radicalizado de la clase obrera industrial tiene del proceso chileno y le crítica que “no percibe los condicionamientos histórico-estructurales de la vía chilena al socialismo”.

Leiva y Neghme³⁷¹, por su parte, hacen un resumen del carácter y objetivos de los Cordones Industriales extraídos de esa Declaración de la Coordinadora: En principio, no se conciben como un modelo paralelo a la CUT, buscando evitar una polémica que, de todos modos, tuvo lugar dadas las diferentes posiciones mantenidas por los Cordones Industriales y la CUT en temas candentes. En segundo lugar, los Cordones se planteaban “como problema central la construcción del poder popular”. En tercer lugar, los Cordones se diferenciaban de la CUT en la línea política que apoyaban, siendo los primeros partidarios del “avanzar sin transar”, en tanto la segunda apoyaba la de “consolidar para avanzar”. Por último, los CI expresaron su voluntad de independencia respecto al gobierno, al que ofrecieron su apoyo condicionado, y apostaron por la “profundización del proceso y la agudización de las contradicciones de clase”.

Esta coordinación solo alcanzó a nivel provincial de la capital y se encontró con numerosos obstáculos, fruto de las diferencias internas en el PS y de las existentes entre este partido y el PC, así como de la oposición del MIR a esta Coordinadora, a la que acusará de contribuir a dividir a la CUT y de aislar a otras capas del pueblo de la clase obrera.

Por tanto, no es posible analizar los Cordones Industriales como si se tratase de un fenómeno espontáneo de la clase trabajadora; más bien puede decirse que fueron los distintos partidos que actuaban en su seno quienes les impulsaron, les dirigieron e influenciaron en todas sus manifestaciones. Al seno de estos organismos se trasladó la polémica sobre la estrategia revolucionaria que enfrentaba a la izquierda y, a su vez, fueron un elemento importante en la discusión de esa estrategia desde su nacimiento.

³⁷⁰ Sobre su alcance cuantitativo, hay autores que apuntan a que en agosto de 1973 llegaron a englobar al 50% de los trabajadores industriales.

³⁷¹ Leiva, Sebastián y Neghme, Sahra, op. cit., págs. 127-30

En su obra sobre el poder popular el propio Gaudichaud parece corroborar esta visión cuando resume como se formaban y funcionaban estos organismos:

“Los cordones industriales se forman sobre la base de una coordinación territorial de varias decenas de fábricas y agrupan en su mayoría a delegados sindicales de las medianas empresas al lado de algunos representantes de las empresas del APS(...)a pesar de una voluntad reafirmada de estructurarse desde la base a través de la elección sistemática de delegados en asamblea y el rechazo de nombramientos desde las cúpulas de los partidos, esta democratización “total” de los cordones no logró alcanzarse, aunque efectivamente en varias fábricas se elegía a los delegados a los cordones en asamblea. Eran esencialmente dirigentes sindicales y militantes del PS y del MIR quienes participaban y bajaban la información en su fábrica, donde a menudo encontraban el rechazo de los dirigentes sindicales comunistas”³⁷²

Cancino resume cuales fueron las diferentes posiciones de la izquierda frente al fenómeno de la eclosión de diversas organizaciones de base que conformaron el poder popular. En primer lugar diferencia la posición de Allende y algunos sectores de la UP que buscaron compatibilizar “estas nuevas organizaciones populares de base al proyecto de la vía chilena al socialismo”. El PC más bien se abstuvo de impulsarlas, decantándose por fortalecer las organizaciones tradicionales del movimiento obrero. En las antípodas de estas posiciones estaba el MIR, buscando crear un poder dual que precipitase la creación de un Estado proletario siguiendo el modelo de los bolcheviques. En el medio se encontraba el PS dónde convivían posiciones diversas, con un denominador común de no concebir el poder popular como opuesto al gobierno, sino más bien de apoyo, pero con autonomía tanto de éste como de la CUT, sin embargo, diferían en que órgano del poder popular debía ser el principal articulador y, por tanto, dársele prioridad, los Cordones Industriales o los Comandos Comunales. La primera opción era la expresión de las tendencias más apegadas al “vanguardismo proletario”; la segunda, por el contrario, veía en los Comandos la posibilidad de articular la alianza de la clase trabajadora con otras capas sociales, necesaria para el éxito de la vía chilena al socialismo, pero diferente de la alianza que buscaba el MIR.

Entre las organizaciones políticas, las dos que más claramente muestran su desacuerdo sobre la concepción del poder popular son las mismas que sostienen las dos visiones opuestas más clara y homogéneas de los proyectos en el campo de la izquierda, el PC y el MIR.

La posición inicial del PC frente a los Cordones Industriales o los Comandos Comunales fue compleja, en opinión de Sebastián Leiva, pues reconoce su importancia pero evita su participación en ellos o se abstiene de impulsarles; primero porque vieron que se trataba de una iniciativa al margen de la CUT de formación de organismos paralelos que podían debilitar una organización donde los comunistas ejercían gran influencia; segundo por su actitud de rechazo a la línea oficial del gobierno adoptada en Lo Curro, es decir, a la de consolidar antes de continuar el avance; y, tercero, porque no dejaron de presentir que se trataba de un intento de disputarles tanto a ellos mismos, como al sector gradualista de la UP la dirección del proceso. No obstante, consolidada su existencia y verificada su influencia y capacidad de movilización, el PC decide, en junio de 1973, llamar a sus militantes a participar en los Cordones Industriales con objeto de subordinarles a la CUT formando su base territorial.

Luis Corvalán expresa cual era la posición del PC:

³⁷² Gaudichaud, Frank, Poder Popular y Cordones Industriales, op. cit., pág.36

“en 1973, surgieron, por iniciativa del MIR y de un sector del Partido Socialista, los Cordones Industriales, proclamados también como órganos de poder alternativo al gobierno. Los objetamos al comienzo por esta cualidad que se les daba. Sobre este punto conversamos socialistas y comunistas; coincidiendo finalmente en la necesidad de apoyar los cordones industriales, contribuyendo ambos partidos a darles el carácter de bastiones del proletariado bajo la dirección de la CUT. Convinimos también, en trabajar en conjunto para que en ellos participaran todos los sindicatos de cada sector industrial y tuvieran una generación democrática. Además, ambos partidos, así como todas las colectividades que integraban la Unidad Popular, terminamos por concebir esos cordones como órganos de poder que no eran ni podían ser paralelos, ni menos opuestos, al Gobierno Popular. Esta posición asumida por socialistas y comunistas partió de la necesidad de fortalecer todas las formas de poder popular y crear nuevas formas de ese poder a condición de que tendieran a fortalecer y no a debilitar al gobierno de la Unidad Popular, siempre y cuando no se plantearan como alternativas a él, porque esto último contribuía a debilitarlo y a favorecer la materialización del sueño predilecto de la ultra-reacción, el de echarlo abajo.”³⁷³

El propio PC reconoce que, sin embargo, no tuvo éxito en imponer su visión sobre las organizaciones autónomas del poder popular frente a la que sostenían los sectores más izquierdistas:

“en este campo proliferaron, o tuvieron cierta influencia, otras tendencias que se orientaban a crear un poder popular alternativo y en contra del Gobierno de Allende y no fuimos capaces de derrotar esas tendencias en toda la línea”³⁷⁴.

Esta posición del PC era compartida por el polo gradualista de la UP y es el propio Salvador Allende³⁷⁵ quien se encarga de dejar claro cual es la visión que del poder popular sostiene su gobierno:

“El ingreso al Área Social de un centro productivo representa un hecho absolutamente distinto de un cambio de patrón. Es el comienzo de una transformación radical en las relaciones de trabajo y en el modelo organizativo(...)Los mecanismos de participación son el símbolo del desaparecimiento del poder empresarial(...)Pero el hecho más relevante consiste en que las transformaciones estructurales y la transferencia de poder económico hacia las organizaciones populares han abierto el camino de la socialización del poder político. La jerarquía, la autoridad y el orden burgués han perdido su vigencia ante los trabajadores, quienes se esfuerzan por crear, dentro del régimen institucional del Estado y su normativa legal, un orden y una disciplina que repose socialmente en ellos mismo. Comités de Dirección del Área Social, Consejos Comunales Campesinos, Consejos de Salud, Consejos Mineros, Juntas de Abastecimientos y Precios, Cordones Industriales, Comandos Comunales, etc.”

Hay que recordar que en el programa de la UP se recogía expresamente el objetivo de crear un poder popular que significaba, como ya vimos, sustituir el Estado burgués por otro que respondiese a los intereses del proletariado y el resto de los sectores y capas aliadas. La democratización a todos los niveles, acompañada de la movilización organizada de las masas debería desembocar en la nueva Constitución del Estado Popular. Más concretamente, también vimos que el programa aludía a la necesaria intervención de las organizaciones sindicales y sociales en las decisiones de los órganos de poder.

La obra de Cancino está orientada por el deseo de mostrar que entre las diferentes posiciones existentes en la izquierda chilena, la representada por Allende era la más coherente y la única realmente adecuada a las condiciones sociales y políticas de Chile. Éste, por tanto, también es el hilo argumental en relación con la

³⁷³ Corvalán, Luis, El gobierno de Allende por dentro y por fuera, op. cit., págs. 188-9

³⁷⁴ Informe al pleno del Comité Central del Partido Comunista de Chile de agosto de 1977, op. cit., pág. 41

³⁷⁵ Allende, Salvador, Tercer mensaje ante el Congreso (21 de mayo de 1973), en Cristián Pérez, La izquierda chilena vista por la izquierda, op. cit., págs. 552-3

posición respecto al poder popular. Para Cancino³⁷⁶, Allende sería el único dirigente que tuvo una visión clara sobre la articulación del poder popular dentro de la vía chilena al socialismo. En principio, está su concepción pluralista acerca del poder popular, ya que los sujetos populares serían más amplios que la alianza obrera campesina, englobando a aquellos sectores opuestos al imperialismo, la oligarquía y la burguesía monopólica. En segundo lugar, para el Presidente, el poder popular debía ser canalizado en una nueva legalidad, dentro del nuevo Estado Popular:

“El desarrollo del Poder Popular, sin romper el principio de legalidad, y articulado con la democracia representativa, junto con la mantención de las libertades y derechos democráticos, constituía para Allende el “Segundo Modelo hacia el Socialismo”, equidistante de las experiencias de las dictaduras del proletariado y de la Social Democracia”³⁷⁷.

Sin embargo, como reconoce el autor, el discurso de Allende no encontró eco ni en las filas de su partido, ni, en general, en el conjunto de la izquierda chilena.

En relación con la posición de los Cordones respecto al gobierno popular, predominaba mayoritariamente en su seno la de mantener una postura equidistante entre estar sometido a él o conformarse como un poder paralelo y, por tanto, en oposición al gobierno, es decir, se ubican como organismos autónomos del gobierno al que apoyan a la vez que le presionan para evitar su retroceso, para oponerse a la política de “consolidar para avanzar” adoptada en Lo Curro, y que defienden sobretudo el PC y la CUT. Su visión es la de que el gobierno de Allende se amolda a las reglas de juego impuestas por la legalidad burguesa que no quiere quebrar, pero a las que los trabajadores y sus nuevas formas de organización no tienen porque plegarse. El gobierno, a su vez, adoptó una posición inicial de rechazo hacia los Cordones Industriales que fue modificando posteriormente conforme éstos mostraban su capacidad y potencial movilizador y de influencia, terminando por adoptar una postura en la que se reconocía su autonomía, pero intentando que apoyasen al gobierno en lugar de criticarle o presionarle.

Es la posición que, como hemos visto, sostienen tanto el PC como el propio Salvador Allende, cuando plantean su visión sobre estos organismos: actuando bajo la dirección de la CUT; ni paralelos ni opuestos al gobierno; jugando un papel tendente a fortalecer al gobierno y no a debilitarle; y con una orientación que busque la superación de la jerarquía, autoridad y orden burgués, pero dentro del régimen institucional del Estado y su normativa legal.

El MIR es uno de los partidos más activos dentro de los Cordones Industriales, detrás de la izquierda del PS, y su visión es totalmente diferente de la que acabamos de ver, como expresa la respuesta que el MIR dirige al PC sobre el tema del poder popular:

“estamos hablando de un poder obrero y popular, que se organiza desde abajo en forma autónoma e independiente, en contradicción y lucha con el Estado burgués y sus instituciones de dominación social y política. Se trata de un poder autónomo y alternativo al estado burgués e independiente del gobierno actual.

Esto no significa que ese poder tenga que ser contradictorio con el gobierno. Esto depende exclusivamente del gobierno, de su capacidad para realizar y absorber o no, los intereses inmediatos y generales de los distintos sectores de la clase obrera, las masas y el pueblo. Más aún, se trata de

³⁷⁶ Cancino, Hugo, op. cit., págs. 270-1

³⁷⁷ *Ibíd.*, pág. 434

*que efectivamente el gobierno ayude a desarrollar este poder que es el único factor de fuerza que le puede dar una estabilidad clasista, proletaria y popular.*³⁷⁸

La visión del MIR sobre el poder popular se inscribe en su estrategia basada en una alianza de fuerzas sociales y un programa alternativo al de la UP, por ello es más coherente su apoyo a los Comandos Comunales como el espacio de articulación de la alianza que propone entre los obreros, los campesinos y los pobres del campo y la ciudad, y cuyo programa puede deducirse del contenido del Pliego del Pueblo que levanta durante la huelga patronal. Por ello mismo, su línea de orientación del poder popular es con el objetivo de transformarlo en un poder dual que abra paso a un nuevo Estado proletario. Su concepción de la revolución, en opinión de Cancino, solo se diferenciaba del modelo bolchevique en “ritmos, intensidades y plazos históricos”.

Sebastián Leiva³⁷⁹ se ocupa de poner en claro que, contrariamente a una visión muy extendida, el origen de los Cordones Industriales no se encuentra en una iniciativa política impulsada por el MIR, versión ésta que achaca sobretodo a la propaganda de la derecha y, en menos medida, al PC. El MIR, por el contrario, se había decantado desde el inicio del gobierno popular por la creación y desarrollo de los Comandos Comunales, criticando a los Cordones Industriales por estar centrados en la organización y movilización de la clase obrera en detrimento y abandono de otras capas populares, especialmente los campesinos y los pobladores. Los Comandos Comunales eran concebidos como organizaciones populares con una triple tarea, por un lado debían de servir para “incorporar a la lucha política a los sectores más pobres y atrasados”, por otro lado, debían permitir “controlar el aparato burocrático del Estado y desarrollar la lucha antiburocrática”, y, finalmente, deberían ser los gérmenes de poder popular, “primero a nivel comunal, para después coronarse en una Asamblea del Pueblo que reemplace al Parlamento”³⁸⁰.

No obstante, dada la realidad de su existencia y su fuerza, el MIR no rechazó participar en los CI, sino que busco orientarles según su concepción, es decir, los Cordones Industriales debían ser organismos territoriales democráticos de base de la CUT a la vez que plataformas para construir los Comandos Comunales.

Su intervención en los Cordones la llevó a cabo a través de su Frente de Trabajadores Revolucionarios (FTR), uno de los frentes de masas creados por el MIR para trabajar a nivel popular, y su influencia se manifestó no solamente en su participación en las direcciones de algunos Cordones, sino que también está presente en la propia producción reivindicativa de éstos, como muestra Sebastián Leiva al analizar algunas de las plataformas de los Cordones.

Pero, como insiste este autor, el MIR orientó sus esfuerzos principalmente hacia los Comandos Comunales, que algunas veces fueron denominados como Coordinadores Comunales o Comités Coordinadores, considerándole en la práctica el “padre ideológico” de estas organizaciones. Se pueden encontrar ya antecedentes de ellos a finales de 1971 y principios de 1972, cuando el MIR impulsa los Consejos Comunales, pero, como los Cordones, su auge está ligado al paro patronal de octubre y al tanquetazo de junio de 1973. Leiva describe la composición de algunos de estos organismos - donde concurren las JAP, sindicatos, centros de madres, etc. - y sus tareas, como el abastecimiento, la distribución, defensa y vigilancia, etc.

³⁷⁸ Harnecker, Marta, La lucha de un pueblo sin armas, op. cit., pág. 37

³⁷⁹ Leiva, Sebastián, El MIR y su inserción en el movimiento obrero, op. cit.

³⁸⁰ MIR (Secretariado Nacional), Carta al Partido Socialista apoyando a sus candidatos (Punto Final N° 176, 30 de enero de 1973), en Cristián Pérez, El MIR visto por el MIR, op. cit., págs. 326-7

Al contrario que el PS, que se vuelca en los Cordones pero no deja de trabajar en algunos Comandos, el MIR orienta sus esfuerzos a los Comandos y su apoyo es menos decidido en los Cordones. Dada esta relación, Leiva investiga la posición y actitud del MIR en los Comandos, a los que concibe como organizaciones embrionarias de la dualización del poder y capaces de articular la alianza entre obreros, campesinos y sectores pobres de la ciudad y el campo, es decir, de incorporar a las capas más atrasadas.

El apoyo decidido del MIR a los Comandos le lleva a criticar a otras organizaciones de izquierda que optarán por construir formas distintas de poder popular, criticando dos desviaciones:

“por una, aquellos que se habían opuesto a él (poder popular) con el propósito de mantener niveles de hegemonía burocrática en el movimiento de masas, oponiéndose a los comandos por un supuesto paralelismo con la CUT, posición que se manifestaba en el PC, y por otra, aquellos que habían restringido el desarrollo del poder popular al desarrollo de los cordones, cuestión que sería insuficiente pues sólo aprovechaba los niveles de organización de la clase obrera, no organizando ni incorporando a las otras capas del pueblo, posición que se manifestaba especialmente en el Partido Socialista”³⁸¹

El MIR desplegó un gran esfuerzo para constituir Comandos Comunales como recoge el estudio de Leiva y Neghme³⁸², pero, a pesar de estos esfuerzos la importancia que adquirieron los Comandos estuvo muy lejos de la alcanzada por los Cordones, aunque también se intentó lograr una forma superior de coordinación de aquellos en agosto de 1973. Cancino calcula que tras el paro patronal de octubre llegaron a estar en funcionamiento unos 20 Comandos Comunales en el Gran Santiago y alrededor de 100 a nivel nacional, con gran diversidad en su organización y composición de organizaciones de base.

Las razones por las que los Comandos no alcanzaron la importancia de los CI son, en opinión de Leiva y Neghme³⁸³, las siguientes: las diferencias existentes entre los partidos sobre su significado y proyección; su configuración como órganos de enfrentamiento, que hace que si bien se activan en los momentos de aguda lucha de clases, luego, los sectores que lo conforman regresan a sus organizaciones tradicionales y sectoriales; además, el partido que más capacidad tenía para impulsarlos, el PS, se inclinó por los CI; por último, porque el partido más comprometido con los Comandos, el MIR, “no tenía la capacidad orgánica y de inserción de masas suficiente para asumir por sí solo la constitución de éstos”.

A pesar de esta menor importancia real de los Comandos, sin embargo, su impacto fue mayor en el debate teórico, en opinión de Leiva, quien cree que el MIR logró “influir en mayor o menor medida en el resto de la izquierda en torno a la importancia capital de este órgano de poder”.

Sobre las razones por las cuales el MIR se inclinó por los Comandos más que por los Cordones, son diferentes las opiniones de Hugo Cancino³⁸⁴ y Sebastián Leiva. Para el primero se trató de un cálculo práctico del MIR, que debido a su escasa penetración en el mundo obrero no podía disputarle la dirección de los Cordones al PS, siendo, por el contrario, mayor su influencia entre pobladores y estudiantes. Para Leiva, en cambio, la opción del MIR se basa en su concepción aliancista entre obreros, campesinos y sectores pobres y atrasados del campo y la

³⁸¹ Leiva, Sebastián, El MIR y los Comandos Comunales: poder popular y unificación de la movilización social, op. cit., pág. 5

³⁸² Leiva, Sebastián y Neghme, Sahra, op. cit., págs. 146-8

³⁸³ *Ibíd.*, págs 161-2

³⁸⁴ Cancino, Hugo, op. cit., págs 340-1

ciudad, y vendría refrendada porque la opción por los Comandos ya la había realizado el MIR a principios de 1972.

La conclusión de Leiva es la de que aún de menor importancia que los Cordones, sin embargo,

*“hacia fines del gobierno de la Unidad Popular se van transformando en el órgano de poder popular más importante, no solo en lo que respecta al debate, sino en la práctica, puesto que todos los partidos políticos optan por conformarlos, y si aquellos no alcanzan mayor masividad es esencialmente por que la reacción militar se adelantó a dicha situación”.*³⁸⁵

En definitiva, la presencia e influencia que el MIR logró alcanzar entre los campesinos y pobladores no lo consiguió en el mundo obrero, donde la tradicional presencia del PC y el PS le impedían penetrar. Esta débil presencia en el ámbito proletario fue lo que le impidió finalmente orientar el movimiento obrero según sus consignas y, por supuesto, convertirle en el articulador de los Cordones o dotar de mayor protagonismo a los Comandos que alentaba. Esta función fue realizada por el PS en los Cordones, partido que disponía de una mayor presencia entre los trabajadores.

Un último apunte sobre el MIR y su táctica de impulsar un poder popular por la base para alcanzar una dualidad de poderes, sobre su énfasis en la democracia directa, es la incisiva reflexión de Cancino sobre la contradicción entre este aspecto de la política del MIR y la naturaleza de su propia organización: “caracterizado por el elitismo, jerarquización cuasi militar, cancelación de la democracia interna, sujeción irrestricta de las bases a los órganos direccionales constituidos fundamentalmente por procedimientos de cooptación”³⁸⁶, y se pregunta,

*“en que medida las organizaciones que niegan las tendencias, el ejercicio de la democracia directa, el control de sus dirigencias, pueden auténticamente animar el desarrollo de democracia directa en la sociedad civil”.*³⁸⁷

Cuando se desata la huelga patronal de octubre de 1972 la dirección del PS³⁸⁸ llama a crear y potenciar los Comandos Comunales, a los que encarga una serie de actividades relacionadas con el control por los trabajadores sobre las actividades fundamentales y su mantenimiento, y la defensa frente a la contrarrevolución a través de los Comités de Autodefensa. Su objetivo es convertirlos “en poder efectivo, a través del control progresivo de la producción, el transporte, el abastecimiento, servicios públicos, vigilancia, etc.” Y dotarlos de una estructura a nivel nacional integrándolos “en Comandos Provinciales y en un gran Comando Nacional, de manera que éstos surjan con un poder real en la base y con representatividad real, no burocráticamente por arriba”. Pero en absoluto está pensando en la sustitución de la CUT, pues plantea claramente las tareas de defensa de manera conjunta: “bajo la dirección de la CUT y Comandos Comunales, formar y fortalecer los Comités de Protección en cada empresa, servicio, oficina, escuela, etc., y los Comités de Autodefensa manzana por manzana”. Y tampoco alberga intenciones de dualización de poder frente al gobierno, pues plantea que:

³⁸⁵ Leiva, Sebastián, El MIR y los Comandos Comunales: poder popular y unificación de la movilización social, op. cit., pág. 9

³⁸⁶ Cancino, Hugo, op. cit. pág. 306

³⁸⁷ *Ibíd.*, págs. 188-9

³⁸⁸ PS (Comité Central), Informe a los militantes sobre el paro patronal. Documento confidencial interno (19 de octubre de 1972), en Cristián Pérez, La izquierda chilena vista por la izquierda, op. cit., págs. 468-9

“es indispensable convertir toda la lucha popular en una acción concertada del Gobierno con las masas. Son dos elementos de la misma fuerza: no pueden disparar para distinto lado(...)Las organizaciones respaldan todas las medidas del Gobierno y ayudan a hacerlas efectivas. El Gobierno se apoya en las masas para avanzar con medidas más enérgicas y decisivas”.

Esta posición del PS y la gravedad de la situación permiten en esos momentos alcanzar un acuerdo con el PC³⁸⁹ sobre los Comandos Comunales a los que definen como “organismos de poder en el seno de las masas, que sin entrar a suplir los organismos de poder del Estado, canalicen las inquietudes y problemas de los trabajadores, del pueblo en general”, que coordinen a nivel comunal a la CUT, Junta de Vecinos, JAP, Centro de Madres, autoridades locales, organizaciones de estudiantes y el Consejo Comunal Campesino. El PS llega en esos momentos a acordar con el PC la coordinación oficial de estos organismos con el gobierno:

“en el espíritu de que estos organismos no aparezcan como poderes paralelos al Gobierno, pensamos que deben estar presididos por el Intendente, el Gobernador o el Subdelegado, según sea el caso”.

Sin embargo, no será esta posición coyuntural la que prevalezca en la dirección del PS y en sus sectores más radicalizados, sino la que expresa su Secretario General, Carlos Altamirano, en febrero de 1973³⁹⁰ para distanciarse de las posiciones del PC al respecto.

“la participación no puede reducirse a los estrechos márgenes de las empresas del APS(...)Por el contrario, los Comandos Comunales, surgidos en torno a las organizaciones de la clase obrera en los cordones industriales representan un paso importante en la generación de un efectivo poder popular(...)Se trata, en consecuencia, de organismos opuestos al poder burgués, no al Gobierno. Dicho de otra manera, estos organismos nacen no dependientes del Gobierno, pero tampoco en contra del Gobierno(...)El mismo rol deben desempeñar los Consejos Comunales Campesinos(...)En uno y otro caso es menester impedir que estos órganos de poder popular sean aprisionados en el marco de hierro de la legalidad vigente”.

Esa es la idea principal que sostiene el PS, el gobierno está atrapado en la legalidad burguesa que actúa como una jaula de hierro sobre el proceso revolucionario, la vía democrática con la que están comprometidos el PC y el sector gubernamental del PS imposibilita romper con estas trabas, pero los nuevos organismos populares no están comprometidos con esa legalidad, deben de ser el punto de ruptura del dique que se opone a la revolución:

“Nosotros no negamos la utilización táctica del sistema institucional, pero esa utilización debe básicamente apoyarse en la formación de un poder revolucionario independiente y autónomo de la legalidad vigente(...)Ahí están los Consejos Comunales y Provinciales Campesinos, los Cordones Industriales, la Asamblea Popular de Concepción. Ahí están los Comandos Comunales”³⁹¹.

El propio Secretario General, Carlos Altamirano³⁹², se encarga de racionalizar esta posición del PS cuando escribe su análisis valorativo inmediatamente posterior a la derrota de la experiencia chilena, mucho antes de su transformación política

³⁸⁹ PS y PC, Propósitos de ofensiva política (octubre de 1972), en Cristián Pérez, La izquierda chilena vista por la izquierda, op. cit., págs. 472-3

³⁹⁰ Altamirano, Carlos, Carta a Luis Corvalán (El Siglo, 15 de febrero de 1973), en Cristián Pérez, La izquierda vista por la izquierda, op. cit., págs. 533-4

³⁹¹ PS (Regional Cordillera-Santiago), Definir e impulsar una política revolucionaria. Documento con ocasión del 40 aniversario del PS (marzo de 1973), en Cristián Pérez, La izquierda chilena vista por la izquierda, op. cit., pág. 539

³⁹² Altamirano, Carlos, Dialéctica de una derrota II, op. cit., págs. 10-14

personal: expresa el entusiasmo del PS por estos organismos populares fruto del “desarrollo de la conciencia individual y colectiva de las grandes masas”, nacidos como “una respuesta urgente e improvisada a las acuciantes necesidades planteadas por la experiencia revolucionaria”, devienen y se transforman en una “cierta conducta autónoma de las masas”. La incorporación de las masas al ejercicio del poder es vista como una necesidad imprescindible no solo para profundizar en el proceso en marcha, sino para “hacerlo irreversible”, encontrando en ello el PS una solución a este problema, pues si por cualquier circunstancia (acuerdo con la DC, etc.) se llegase a unas nuevas elecciones presidenciales existiría el riesgo de una derrota electoral y un posterior desmantelamiento de las conquistas populares. Altamirano recuerda que el PS se había pronunciado en contra de una concepción simplemente estatista de la revolución, denunciando que “las reformas superestructurales impuestas por la administración central tenderán inevitablemente a deformar el proceso revolucionario y concluirán por convertir al gobierno en un gobierno reformista, burocrático y paternalista”, pero también contra “las concepciones simplemente espontaneístas”. Por tanto, el proceso debiera ser el “resultado de la acción convergente del Estado y de la organización y movilización de las masas”.

Altamirano se acerca a las concepciones del MIR sobre el poder popular cuando, después de evocar la importancia de los Cordones Industriales, reconoce sus limitaciones al centrarse en el proletariado industrial, limitaciones que son superadas por la incorporación al proceso del “subproletariado de la ciudad y el campo”, que vive en las poblaciones marginales, a través de una red de organizaciones populares que confluyen en los Comandos Comunales.

Esta potencialidad del poder popular no se llegó a concretar en la práctica a juicio de Altamirano porque la vanguardia política no estuvo a la altura de las necesidades y problemas planteados. Hubiera sido necesaria “transformar la Unidad Popular en una dirección única y coherente”.

Las fuerzas de la revolución se expresaban en tres niveles, gobierno popular, Unidad Popular y Poder Popular, que tendrían que haber actuado “en forma armónica y coherente. Bajo este supuesto, el poder popular debía generarse en la base, con el apoyo del gobierno y bajo la dirección de la Unidad Popular, aunque independiente del aparato estatal”. Pero esa dirección falló y con ello “se le empuja peligrosamente [al poder popular] a una desviación: la de desarrollarse como poder alternativo o dual, antagónico al Gobierno Popular”.

Gaudichaud coincide con Altamirano en la parte del diagnóstico que hace referencia a la necesidad de una dirección política unificada - por otra parte una posición muy común en la mayoría de los analistas - pero difiere en cuanto al proyecto a defender, pues éste debería ser uno alternativo al defendido por el gobierno. Este autor concluye definiendo al movimiento popular chileno como un “movimiento de ruptura a contracorriente de las orientaciones mayoritarias de la izquierda chilena, pero a la vez carente de propuesta política alternativa concreta”³⁹³

Si este conjunto de organismos no se opone al gobierno, pero tampoco se sienten atrapados por la legalidad vigente, es decir, la desbordan, entonces ponen al gobierno popular en la disyuntiva de reprimirles cuando superen la legalidad (manifestación de Concepción), entrar en conflicto con ello (Plan Prats-Millas con el proyecto de restitución de 123 empresas ocupadas por los trabajadores durante la huelga patronal de octubre de 1972 que provocaría una reacción opositora de los Cordones y que sería retirado en marzo de 1973), o adaptarse a su dinámica y, por

³⁹³ Gaudichaud, Frank, Poder Popular y Cordones Industriales, op. cit., pág 50

tanto, reconocerles la iniciativa en la dirección del proceso (lo que en ningún momento aceptaron el PC y el sector allendista del PS por suponer un cambio total de línea; recordemos que el PC se mantuvo invariablemente dentro del denominado “cauce constitucional”, es decir, de fidelidad al programa de cambios de la UP realizados dentro de la legalidad).

Cancino deja planteada la cuestión de “la problemática de los límites de movilización de los movimientos populares dentro de los marcos de la vía política institucional al socialismo”³⁹⁴. Y reconoce, en este sentido, un doble aspecto contradictorio derivado de la práctica del poder popular: Por un lado contribuyen a la profundización de la democracia, extendiéndola más allá de los canales clásicos como el Parlamento, el municipio o el sindicato. Pero, por otro lado, pueden servir para inclinar las capas medias a favor de la burguesía, pues las diversas acciones directas que pusieron en práctica los distintos componentes del poder popular en la ocupación de empresas o tierras, en la distribución directa, etc., fueron utilizadas por la oposición para difundir una imagen de desbordamiento del gobierno, la autoridad y la ley que restaron apoyos sociales al gobierno Allende.

Para Cancino este aspecto negativo fue responsabilidad de la “la crisis y el déficit teórico de gran parte de la izquierda chilena”, que la impidió articular las crecientes expresiones de la democracia directa con las instituciones de la democracia representativa, y ello como consecuencia de “una actitud de fetichización del Poder Popular y de la democracia directa que hizo de ella una institución y una práctica antagónica y opuesta a la democracia parlamentaria-representativa”³⁹⁵

³⁹⁴ Cancino, Hugo, op. cit. pág. 344

³⁹⁵ *Ibíd.*, pág. 384

LA POLÍTICA MILITAR

En este apartado vamos a analizar dos aspectos objeto de discusión por la izquierda chilena y algunos de los analistas del proceso; el primero se refiere a la naturaleza de las Fuerzas Armadas chilenas, para buscar una explicación a su comportamiento durante el período del gobierno popular; el segundo, se centra en las concepciones sustentadas sobre la política militar tanto por las diversas organizaciones de izquierda como por el gobierno, en un doble plano, el de la política a seguir con la institución militar, que ocupa el grueso de la discusión, y el de las posibilidades de una actuación paramilitar para defender la revolución, que es tratado con menor rigor y profundidad.

Antes incluso de la toma de posesión por Allende en el cargo de Presidente de la República ya se produjo la primera intervención militar para intentar abortar la experiencia de un gobierno de izquierda con intención claramente transformadora. A lo largo de los tres años de esa experiencia no faltaron otros intentos golpistas y distintas señales de la hostilidad creciente en las filas de las FFAA al gobierno de la UP.

Por otra parte, Chile se encuentra ubicada en una región con larga tradición de dictaduras militares, y su propia historia también ofrece ejemplos suficientes de la actitud interventora de las FFAA en la política.

Sin embargo, la política militar del propio gobierno de Allende y de los partidos que conformaban la UP muestra un débil interés por enfrentarse seriamente al problema militar, que resultaría finalmente fatal para la experiencia chilena.

La primera cuestión a analizar se refiere a las características de las FFAA que según la Constitución chilena se encontraban bajo el mando del Presidente de la República.

Una de las premisas fundamentales en las que se apoyaba la vía chilena al socialismo era, precisamente, la creencia en el carácter no intervencionista y de respeto a la Constitución de las Fuerzas Armadas chilenas.

¿Era éste un análisis correcto?. Veremos algunas visiones desde la izquierda sustentadas por los distintos estudiosos del tema, que en algunos casos fueron protagonistas directos en la experiencia chilena y que escribieron sus reflexiones sobre el tema militar después del golpe de Estado del 11 de septiembre de 1973. Este dato es importante. Este capítulo está redactado en base a análisis realizados mayoritariamente con posterioridad al trágico desenlace de los tres años de gobierno Allende y, por lo tanto, no deja de estar condicionados por dicho resultado. Sin negar la parte de verdad que pudieran contener estos análisis, lo cierto es que no puede negarse dicho condicionamiento, buscando entender las causas que explicarían el comportamiento de las FFAA chilenas el 11 de septiembre de 1973 y posteriormente. La pregunta pertinente ahora es: ¿por qué no se hicieron análisis serios y rigurosos por la izquierda sobre las FFAA antes y durante el gobierno popular?

Vamos a ver en primer lugar el análisis que realiza Luis Vitale, más documentado que los que veremos a continuación de Clodomiro Almeyda, Carlos Altamirano o Susana Bruna.

Luis Vitale no comparte esa visión generalizada que sustentaba la izquierda chilena y, por el contrario, afirma:

“Que Chile ha sido siempre un país civilista es un mito fabricado por los ideólogos de los partidos políticos y la historiografía tradicional; así como también es un mito que las FF.AA. han sido constitucionalistas”³⁹⁶

Para justificar estas afirmaciones, Vitale escribió este documento que pone de manifiesto que la intervención de las Fuerzas Armadas chilenas en la política nacional lejos de ser un fenómeno esporádico era una práctica recurrente.

Su análisis, que abarca desde la Independencia chilena hasta 1970, recorre los principales acontecimientos y aporta los datos que demuestran sus afirmaciones, apoyándose en numerosos estudios sobre el tema.

Vitale recoge la expresión de “militarismo latente” para referirse al período comprendido entre 1823-37, con dos ciclos separados por un momento de “extrema efervescencia”. Las dos décadas que van desde 1831 a 1851 se caracterizan por la fuerte presencia de los militares en la política y sus gobiernos tuvieron un carácter oligárquico-autoritario.

Vitale rechaza la versión creada por la historiografía tradicional de un Chile estable durante la “era portaliana”, para afirmar que Chile, al igual que otros países latinoamericanos, sufrió varias guerras civiles, y recoge el dato de “17 conspiraciones, revueltas y motines y dos guerras civiles”.

Para reforzar su argumento sobre el enorme peso de los militares en la política chilena durante el siglo XIX, Vitale aporta los datos ofrecidos por investigadores del tema:

“entre 1812 y 1881 hubo 28 militares en calidad de Diputados, además de 13 altos oficiales que ocuparon el cargo de Ministros de Guerra y 7 Presidentes de la República.

Asimismo, ocuparon otros cargos políticos importantes, administrando gran parte del territorio nacional como Intendentes”³⁹⁷.

Todos estos cargos permitieron a las Fuerzas Armadas convertirse en un “poder fáctico” y acumular riquezas.

Ya a finales de siglo, en 1891, tuvo lugar la guerra civil que derrocó al Presidente Balmaceda, suponiendo el ascenso al gobierno de otro militar y acelerando la conversión de Chile en una semicolonias inglesa.

El período que va entre los fracasos de los últimos complots balmacedistas, que se sucedieron tras la derrota de aquél, y el inicio de otro intenso período de intervención militar en la década de 1920, tampoco estuvo exento de la presencia militar en política, cuyas dos manifestaciones más claras fueron los golpes frustrados de 1912 y 1919. Este último era portador de un programa mezcla de autoritarismo con populismo para fomentar el desarrollo industrial y frenar el ascenso de las movilizaciones populares, y parte de sus postulados serían llevados a la práctica por los golpes militares de la siguiente década.

Otro aspecto importante a tener en consideración es el reseñado por Vitale:

“Desde principios del siglo XX, el ejército chileno se ensañó con el “enemigo interno”, es decir, con los trabajadores, con una dimensión sin igual en la historia latinoamericana(...).ninguno

³⁹⁶ Vitale, Luis, Intervenciones militares y poder fáctico en la política chilena (de 1830 al 2000), Santiago 2000, pág.61. http://mazingher.sisib.uchile.cl/repositorio/lb/filosofia_y_humanidades/vitale/obras/svs/bchi/i.pdf. (28 septiembre 2005)

³⁹⁷ *Ibíd.*, pág 17

*fue tan feroz ni provocó tantas muertes como el ejército chileno, que se convirtió en el gendarme necesario para las compañías británicas del salitre*³⁹⁸.

En los años 20 se va a producir un incremento de las intervenciones militares en la política chilena en medio de una coyuntura caracterizada por la crisis de conducción política de los partidos de la burguesía. El golpe militar llevado a cabo el 5 de septiembre de 1924 va a inaugurar un período de 8 años de intervención militar. Pero este movimiento militar distaba de ser homogéneo. Si, por ejemplo, este primer golpe tenía por objetivo el restaurar la vieja alianza con el imperialismo inglés, puesta en crisis por el gobierno de Alessandri, también contenía un “ala anti-oligárquica, acaudillada por Marmaduke Grove y Carlos Ibáñez del Campo”. Este último protagonizaría el golpe del 23 de enero de 1925 que rectificaría el carácter oligárquico y pro-inglés del anterior. Le siguieron unos años convulsos de continuas intervenciones militares de diverso signo que finalizarían, en 1932, con la elección de Arturo Alessandri y la retirada de los militares a los cuarteles, en medio de un profundo descrédito y una reacción antimilitarista en la sociedad que dio lugar a la aparición de las milicias republicanas, apoyadas desde el gobierno, como expresión de la aspiración de los partidos burgueses de terminar con el control del Estado por parte de los militares.

No obstante este clima, se produjeron algunos conatos de intervención militar tanto con el gobierno de Alessandri como con el posterior del Frente Popular. Pero no será hasta una década después de su retirada a los cuarteles cuando los militares vuelvan lentamente a la vida política con los gobiernos de Juan Antonio Ríos y González Videla, ocupando puestos en los gobiernos y recuperando facultades interventoras relacionadas con la seguridad interior. Tendencia que se agudizó con el segundo gobierno de Carlos Ibáñez entre 1952-8.

Según Vitales, a fines de la década de los años 40 existían dos tendencias en el seno de las FFAA, una conservadora, pro-yanqui, y otra filonacionalista “influenciada por los movimientos populistas de América Latina liderados por militares”. Durante el segundo gobierno Ibáñez se fortaleció esta última ala que compartía postulados con sus homólogos en Argentina y Bolivia. Según este autor, “la mayoría de los militares “nacionalistas” no eran fascistas, aunque compartían algunos de sus postulados”.

El análisis que hace Clodomiro Almeyda³⁹⁹ del papel político de las FFAA en la vida política chilena está mucho menos documentado que el de Luis Vitale, al menos hasta el período de intervención militar intensa que se inicia en 1924. Todo el período anterior a esa fecha es resumido en unas pocas líneas con una interpretación muy diferente a la que hace Vitale.

Veamos cual es la visión de Almeyda para los años que van desde la independencia de Chile hasta 1924: Las Fuerzas Armadas no habrían jugado, tras la independencia, ningún papel determinante en la constitución del Estado Nacional. Tras establecerse un régimen conservador y autoritario en 1830 se consolidó el “predominio civil en el Estado y el sometimiento del Ejército a la legalidad republicana y constitucional”. Así, y a diferencia de otros países del área, el ejército ni “cumplió la función de reclutamiento de liderazgos políticos, ni tampoco la de mecanismo de ascenso social y económico”. Dada la estabilidad de la que gozaba el sistema político oligárquico no fue necesaria la intervención cotidiana del ejército en la vida política.

³⁹⁸ *Ibíd.*, pág. 34

³⁹⁹ Almeyda, Clodomiro, En torno a las FFAA en el sistema político chileno, en *Obras escogidas 1947-1992*. Compilador Guarani Pereda III, op. cit., págs. 56-

La conclusión de Almeyda no deja lugar a dudas:

“El año 1924, la ya tradicional prescindencia política de las Fuerzas Armadas chilenas se interrumpe excepcional y abruptamente”.

En la etapa de intensa intervención militar en política que va de 1924 a 1932 las Fuerzas Armadas son consideradas por Almeyda, en general, “como agentes modernizadores, con una inspiración nacionalista y populista”, cuya valoración global es la de que tuvieron una orientación política ambivalente, primero con rasgos progresistas y luego de orientación conservadora. Finalizado este período con una fuerte reacción antimilitarista, Almeyda vuelve a juzgar el papel posterior de las Fuerzas Armadas, hasta los años 70, como un regreso a la prescindencia política:

“Las Fuerzas Armadas permanecieron durante esos treinta años en sus cuarteles, alejadas de las preocupaciones y de las contingencias políticas(...)sólo esporádicamente se usó al Ejército, Armada y Aviación para desempeñar algún acto represivo”.

La explicación, para Almeyda, del carácter reaccionario de las Fuerzas Armadas, que se mostraría dramáticamente en el golpe del 11 de septiembre, no provendría de una tradición intervencionista y represiva inscrita en su propia historia, sino de factores que se activarían o reforzarían en esos 30 años anteriores al gobierno de la UP, como las relaciones cada vez más intensas con las Fuerzas Armadas de los EE.UU., que las darían una educación anticomunista que reforzaría su clásico autoritarismo reaccionario; o, su creciente resentimiento contra un entorno social y político que no les reconocía ningún papel en la actividad nacional. Todo ello, apunta Almeyda, llevaría a que en su seno surgiesen “personalidades caracterológicamente fascistas”.

Lo más significativo en este caso es la visión de las Fuerzas Armadas por los distintos partidos, pues no percibían su “reaccionarismo” y “resentimiento social”, fijándose solo en el aspecto más aparente “de su prescindencia política, de un apego a la institucionalidad constitucional y democrática”.

Sobre lo extendida que estaba esta visión puede dar cuenta otro testimonio importante, el de Carlos Altamirano⁴⁰⁰, quien inicia su análisis sobre las Fuerzas Armadas admitiendo que “durante ciento cuarenta años, salvo breves períodos de excepción, los institutos armados chilenos habían permanecido marginados de la contienda política”. Ello dio lugar a la difusión de una visión de sometimiento del poder militar al poder civil en la que coincidían todas las fuerzas políticas chilenas. Altamirano considera que solo “en 1924, por primera vez los institutos armados, como tal, afloran al proceso político”.

Un segundo factor importante para Altamirano es lo que denomina “debilidad política de las Fuerzas Armadas” causada por tres motivos: su incapacidad para actuar como grupo de presión, la falta de prestigio social de la profesión militar y su bajo nivel de ilustración.

La convergencia de estos factores,

“alimentan la ilusión de una fuerza armada políticamente prescindente, no deliberante y sometida al poder civil. Una especie de mítico ejército profesional, más allá de las clases y por encima de sus conflictos”.

⁴⁰⁰ Altamirano, Carlos, Dialéctica de una derrota II, op. cit., pág. 28

La aceptación de este mito por la izquierda fue “la más seria desviación del proceso chileno, y la que en definitiva sellará su destino”.

Esta opinión de Altamirano es compartida por quien en aquellos momentos era el Secretario General de los comunistas:

*“En el gobierno y en la Unidad Popular influyeron, en relación a las FFAA, concepciones erróneas muy arraigadas en la mentalidad chilena que, de una u otra forma y en mayor o menor medida alcanzaron a todos los partidos. Nos referimos, obviamente, a la creencia de que las FF.AA de Chile se singularizaban por su subordinación al poder civil, por su prescindencia política y por su sentido profesionalista”.*⁴⁰¹

Aunque Corvalán intentará dejar claro a posteriori que el PC participaba con muchas dudas de esta concepción.

Altamirano no resalta tanto los aspectos de psicología social de la Fuerzas Armadas como su componente social para explicar su comportamiento político, al afirmar que “al menos desde 1920” su reclutamiento se hace masivamente entre la pequeña burguesía, que llega a ser hegemónica hacia 1960 en el cuerpo de oficiales. Ahora bien, si el oficial chileno tipo está por su origen familiar situado en la clase media, su actividad social y profesional le liga fuertemente a la burguesía.

De esta manera, todos estos autores llegan a la misma conclusión sobre la existencia de unas Fuerzas Armadas con unas características peligrosas para el proceso que se va a poner en marcha en 1970. La diferencia, como hemos podido apreciar, radica en el tipo de datos utilizados, Vitale se apoya en el análisis histórico, en tanto que Almeyda o Altamirano se centran más en aspectos de psicología social o influencias ideológicas por su origen o relaciones sociales.

Una cuarta interpretación del papel de las Fuerzas Armadas es la que desarrolla Susana Bruna⁴⁰², quien, a su vez, toma de referencia las tesis de Alain José en su obra *Las Fuerzas Armadas en el sistema político de Chile*.

Su análisis parte de un rechazo de dos definiciones simplistas sobre las Fuerzas Armadas chilenas, ni son golpistas en cuanto latinoamericanas, ni son apolíticas; y acepta una periodización de las intervenciones militares según la cual habría una primera etapa entre la independencia y 1932 de intervención activa en la vida política, y una segunda, desde 1932 hasta el gobierno popular, con intervenciones esporádicas.

Pero lo interesante de su aportación es la interpretación que hace sobre la naturaleza de las Fuerzas Armadas chilenas, en las cuales lo determinante no es su apoliticismo sino el sentido de su intervencionismo, que se realiza

“a favor de una apertura progresiva del sistema político hacia las clases que lo apoyan(...) en cada caso, la acción militar lleva a cabo un cierto progreso en el camino de la democratización formal del sistema”.

Así, no habría contradicción entre el progreso político que es funcional al desarrollo del capitalismo dependiente chileno, y la intervención militar antes de 1970, que se orienta a reforzar la eficacia del sistema. En este sentido su intervención política fue “progresista”.

Pero, y esto parece lo fundamental, cuando se produce una “irrupción peligrosa de las fuerzas antisistema” debido a la flexibilidad del sistema político, entonces van a intervenir las Fuerzas Armadas defendiendo o negando la

⁴⁰¹ Corvalán, Luis, El gobierno de Allende por dentro y por fuera, op. cit., pág. 213

⁴⁰² Bruna, Susana, Chile: la legalidad vencida, op. cit., págs. 64-7

constitucionalidad en cumplimiento de “su tarea principal de garantizar el orden burgués”.

Otro aspecto relacionado con el análisis de la naturaleza de las Fuerzas Armadas chilenas es el referente a la influencia de las doctrinas militares de los EE.UU. sobre su comportamiento político.

A partir de 1950 los EE.UU. comienzan a ejercer una intensa influencia sobre Chile, que se convierten entre 1950 y 1965 en el segundo país de América Latina en la recepción de ayudas militares después de Brasil. Y es también uno de los principales destinatarios del programa de entrenamiento militar por EE.UU., con un total de 2.064 militares chilenos entrenados en aquel país en los 15 años citados. En un estudio realizado por el sociólogo norteamericano Roy Allen Hansen y citado por Robinson Rojas se aportan los siguientes datos:

“el 55% de los miembros de la élite del ejército chileno había estado en EE.UU. durante un período de 14 meses(...).Desde 1968, y por idea del general René Schneider, TODOS los graduados de la Escuela Militar Bernardo O’Higgins pasan dos meses en la zona de Panamá invadida por los yanquis”⁴⁰³

Esta nueva situación de la influencia norteamericana tiene su origen en el Tratado de Río de Janeiro de 1948 (Tratado Interamericano de Asistencia Recíproca) que difunde la nueva doctrina de defensa del hemisferio en el contexto de la guerra fría.

La Doctrina de la Seguridad Nacional fue elaborada en los EE.UU. desde finales de los años 40 y aplicada a los países de América Latina:

“Conforme a esta doctrina, el conflicto de la segunda postguerra se daba a escala interna, en el enfrentamiento entre las fuerzas políticas y los bloques sociales que en cada país propiciaban la subversión y la implantación de un régimen comunista y quienes defendían los valores de la civilización cristiana occidental. Esta noción de “guerra interna” llevaba aparejada la de “enemigo interno”. Por ello los defensores de la DSN propiciaban la supresión de los regímenes democráticos liberales por considerar que éstos facilitaban el caldo de cultivo favorable para la expansión y triunfo del comunismo”⁴⁰⁴

La influencia de los EE.UU. se hará más intensa sobre los ejércitos de América Latina con motivo de la revolución cubana, tomando una importancia especial la noción de defensa frente al “enemigo interior”.

Después de este análisis sobre los aspectos relativos a la naturaleza de la FF.AA. chilenas, ahora en la segunda parte de esta sección nos vamos a centrar en las posiciones adoptadas por la izquierda frente a las Fuerzas Armadas durante los casi tres años de gobierno popular.

Robinson Rojas⁴⁰⁵ cree que en el momento de la victoria de Allende se pusieron de manifiesto dos expectativas simplistas sobre el futuro comportamiento de los militares, por un lado, la oligarquía y sectores imperialistas pensaban en una actuación militar que acabase con la experiencia popular antes de iniciarse, por otra, en amplios sectores dirigentes de la UP (de los que debe excluirse a Salvador Allende) creían en un apoyo de las Fuerzas Armadas debido a su constitucionalismo y a que el acceso a la Presidencia se había realizado por medios democráticos. Pero

⁴⁰³ Rojas, Robinson, Las Fuerzas Armadas chilenas (III). El informe de los yanquis sobre las Fuerzas Armadas chilenas, pág. 24, <http://www.purochile.org/>, (16 Octubre 2004)

⁴⁰⁴ Rebolledo, Marcela y Ortega, Diego, El Estado militar: La difícil ruta hacia la democracia, Santiago, enero 2002, www.rebellion.org/chile/030904rebolledo.pdf, (4 Septiembre 2003)

⁴⁰⁵ Rojas, Robinson, Las Fuerzas Armadas chilenas (I). El papel de los militares en el gobierno UP, págs. 11-12, <http://www.purochile.org/>, (16 Octubre 2004)

en esos momentos iniciales “las contradicciones y las vacilaciones eran fuertes en el seno de las Fuerzas Armadas” y éstas terminaron por aceptar al nuevo gobierno popular por dos motivos, primero debido al fracaso de la intentona golpista que acabó con la vida del general Schneider y que actuó como un boomerang contra los sectores golpistas y, segundo porque consideraban que el gobierno se mantendría dentro de los “márgenes del cauce burgués”, practicando una política reformista.

Igualmente este autor apunta a que durante el mes de octubre de 1970 se dirimió un pulso a tres bandas por conseguir el apoyo de las Fuerzas Armadas en el que estuvieron implicados la Democracia Cristiana, la oligarquía y el imperialismo, y el propio Salvador Allende personalmente. Y es justo en este momento cuando el candidato vencedor en las presidenciales expresa las líneas maestras de su política respecto a las Fuerzas Armadas y que queda plasmada en tres puntos clave: Las Fuerzas Armadas son consideradas la “columna vertebral” del sistema; se integrarán “a la dirección de los aspectos clave de la economía nacional, complementando sus funciones clásicas”; y, solamente el Presidente Allende será competente en la designación de los altos mandos militares, rechazando en este campo la injerencia de cualquier tipo de los partidos de la UP.

Joan E. Garcés⁴⁰⁶ también se refiere a esta política seguida por el Presidente Allende para tratar de conseguir la complicidad o, al menos, la neutralidad de los militares con el proceso en marcha, y que él resume en tres líneas principales: realizar las transformaciones económicas con habilidad para evitar el rechazo militar; comprometer a los mandos militares en tareas económicas, poniéndoles al frente de empresas nacionalizadas; y, prestar especial atención al equipamiento de las Fuerzas Armadas.

Esta política militar de Salvador Allende es congruente con la estrategia de la vía chilena al socialismo, cuya premisa fundamental es implementar un conjunto continuado de transformaciones, primero en el ámbito económico y luego en el jurídico-institucional que desembocasen finalmente en el socialismo. Y para ello era necesario evitar la ruptura violenta del proceso, en lo cual los militares jugarían un papel fundamental.

Esta política del Presidente también explica su actitud de intentar apoyarse en las Fuerzas Armadas en los momentos críticos del proceso como fueron las huelgas patronales de octubre de 1972 y julio de 1973.

En ambos casos se terminó por acudir a la formación de un gabinete cívico-militar. En la primera ocasión el Comandante en Jefe del Ejército, General Carlos Prats, se ocupó del Ministerio del Interior, el General de Aviación Claudio Sepúlveda del Ministerio de Minería y el Contralmirante Ismael Huerta de Obras Públicas. Junto a ellos el Presidente y Secretario General de la CUT se ocuparon del Ministerio de Trabajo y del Ministerio de Agricultura.

Garretón y Moulián⁴⁰⁷ se preguntan legítimamente “¿Cómo fue posible esta solución del conflicto, que comprometía a Fuerzas Armadas con un Gabinete de izquierda”? Y ensayan una respuesta a este interrogante. En principio es importante reconocer que aún predominaba en el seno de las Fuerzas Armadas una ideología “constitucionalista” como consecuencia “de la fortaleza que mostraba el Estado y del recuerdo del caos político provocado por las intervenciones militares en la década del veinte”.

El enclaustramiento más o menos continuo desde entonces en su ámbito profesional y corporativo habría dificultado que se articulasen en las Fuerzas

⁴⁰⁶ Garcés, Joan E., *El Estado y los problemas tácticos del gobierno Allende*, op. cit., págs. 27-8

⁴⁰⁷ Antonio Garretón, Manuel y Moulián, Tomás, op. cit., págs. 85-7

Armadas "proyectos políticos de consenso". Esta es la explicación de que a pesar del desarrollo de la crisis "los militares no se encontraban en condiciones de generar unidad política interna sobre bases nuevas" y que su principio de unificación continuase siendo el apoyo al gobierno constitucionalmente elegido.

En segundo lugar, frente a la política de gobiernos anteriores en relación a las Fuerzas Armadas, caracterizada por un cierto desdén respecto a sus remuneraciones y dotaciones, el gobierno de Allende supuso un cambio profundo al incorporarles a las tareas económicas, elevar sus ingresos y aumentar sus dotaciones, pasando las Fuerzas Armadas, de esta manera, "del relativo aislamiento a la significación".

En definitiva, apuestan estos autores, al aceptar el rol de sostén de un gobierno constitucional,

"demuestra que en ellas estaba presente la idea de su significación política. Todavía no existía dentro de las Fuerzas Armadas la suficiente unidad de criterios respecto al carácter y magnitud de la crisis, como para abandonar los principios tradicionales de apoyo al Gobierno constitucional".

La incorporación de los militares al gobierno no fue una cuestión pacífica en el seno del UP, el sector rupturista criticaba que se buscara la negociación para desactivar una crisis que encerraba posibilidades revolucionarias, o temían que el gobierno entrara en transacciones y concesiones, además de que se desconfiaba de una institución que podía imponer sus condiciones. Pero, tras las elecciones de marzo de 1973, la continuación en el gobierno de las Fuerzas Armadas se hizo insostenible. Garretón y Moulián sostienen que la decisión de prescindir de ellas se tomó tras el criterio militar "de que la participación en el gobierno deterioraba la correlación interna en las Fuerzas Armadas. Para continuar en el gabinete, ellas necesitaban plantear exigencias respecto al curso político, que permitieran también un plan orgánico de colaboración" y, esto, "despertaba el máximo reticencias en la UP"⁴⁰⁸

El segundo gabinete cívico-militar se forma el 9 de agosto y Allende le denomina gabinete de la "Seguridad Nacional". En él participan tres generales y un almirante, de las distintas armas y carabineros, Prats en Defensa, Montero en Finanzas, Ruiz Danyau en Obras Públicas y Sepúlveda Galindo en Agricultura. El objetivo era acabar con la nueva huelga gremial y evitar la guerra civil. Pero la actitud en las FFAA era ya diferente de noviembre pasado y este gabinete no cumplió el papel de entonces:

"En noviembre de 1972 bastó la presencia de los militares en el Gabinete para que el efecto de disuasión pusiera término a la huelga patronal, sin recurrir a ninguna medida de fuerza. En agosto de 1973, sin embargo, ello no influyó en absoluto y la dinámica insurreccional prosiguió.

*En ese momento se vio claro que en la conducción de la ofensiva económica - huelgas -, terrorista y política - resoluciones parlamentarias - estaba comprometido parte del aparato militar."*⁴⁰⁹

Al poco tiempo de formado este gabinete, Allende dimitió a Ruiz Danyau de su puesto de ministro y de comandante en jefe de la Aviación. Después vendría la dimisión de Prats como ministro y como comandante en jefe del ejército por las presiones y ataques que sufre de sus propios compañeros de armas. A pesar de la desconfianza y las críticas que suscitó en el interior de la UP, el PS y el PC apoyaron públicamente este gabinete.

⁴⁰⁸ *Ibíd.*, págs. 103

⁴⁰⁹ Garcés, Joan E., *El Estado y los problemas tácticos en el gobierno de Allende*, op. cit., pág. 46

En los últimos meses del gobierno popular se había producido un rápido deterioro de las relaciones entre éste y las Fuerzas Armadas que Garretón y Moulián sitúan en cuatro acontecimientos:

*"1) La visible y publica perdida de legitimidad de la máxima jerarquía militar; 2) el fracaso del nuevo Gabinete con participación militar; 3) la aplicación de la Ley de Control de Armas contra las organizaciones de la UP; 4) la denuncia por parte del Almirantazgo de un plan izquierdista de infiltración en la Armada"*⁴¹⁰

Darcy Ribeiro⁴¹¹ expone sintéticamente cual era la visión de Allende sobre las Fuerzas Armadas:

"Primero como una burocracia tan jerarquizada que podría ser sometida a los mandos institucionales. Segundo, como una institución eminentemente política, proclive al fascismo por lealtades clasistas, por su constitución y adoctrinamiento, pero susceptible de ser dividida y anulada políticamente por la acción disciplinada del pueblo organizado".

En base a esto podía suponerse que,

"el brazo armado del viejo orden o parcelas ponderables de él podrían convertirse en custodios de un orden solidario. Esto si no se sentían amenazados en su sobrevivencia institucional ni perjudicados en sus privilegios".

Pero, parece que Allende era realista al concebir que el proceso no estaría exento de "crisis históricas" que se expresarían como intentos de golpe. Darcy Ribeiro continua diciendo que Allende

"confiaba, sin embargo, en que podría, probablemente, controlar esos levantamientos a condición de que algunos cuerpos de las fuerzas armadas se mantuviesen fieles a la legalidad institucional y que los militares incorporados a las tareas del desarrollo nacional le brindasen apoyo político".

Tieffenberg alega, como prueba de la existencia de un cierto éxito en el propósito de Allende de conseguir inclinar las simpatías de los militares hacia el proceso revolucionario en marcha, el hecho de que, como consecuencia del golpe de septiembre, "fueron fusilados un número considerable de oficiales, suboficiales y tropa; otros fueron brutalmente torturados y se encuentran presos, muchos murieron combatiendo"⁴¹²

Finalmente, las expectativas mantenidas por los partidarios de la vía chilena no se cumplieron. Pero los análisis realizados sobre este fracaso varían diametralmente al señalar las causas responsables. Los defensores de la vía chilena apuntan a los efectos de la actitud irresponsable de parte de la izquierda sobre la actitud final de los militares. Los críticos de la vía chilena, a su vez, reprochan los errores y debilidades de ésta para aprovechar oportunidades que hubieran podido modificar la correlación de fuerzas en el seno de las Fuerzas Armadas ante un enfrentamiento que preveían como inevitable.

En el primer caso podemos ubicar a Hugo Cancino⁴¹³ quien parte de la constatación según la cual los militares chilenos no compartían el proyecto de la UP

⁴¹⁰ Antonio Garretón, Manuel y Moulián, Tomás, op. cit, págs. 104

⁴¹¹ Darcy Ribeiro (intelectual brasileño, amigo y consejero de Allende), artículo publicado en La Opinión el 20 de enero de 1974, recogido en Tieffenberg, David, op. cit., págs. 287-8

⁴¹² Tieffenberg, David, op. cit., págs. 287

⁴¹³ Cancino, Hugo, págs. 364-5

y se mantuvieron a la expectativa en tanto el sistema constitucional no fuese desbordado. Tampoco interpreta la presencia del general Prats en el gobierno como una expresión de su identificación con la vía chilena, sino que dicha presencia debe interpretarse más bien como “una actitud de cautelar el orden legal, restablecer consensos, evitar el enfrentamiento social”.

Para Cancino el cambio de “actitud de tensa espera” por parte de las Fuerzas Armadas se produjo “cuando los movimientos populares de base en su dinámica tendieron a radicalizar el proceso y sectores de la izquierda enfatizaron y subrayaron los tópicos de su discurso insurreccionalista”.

Esto se debió a un cálculo erróneo sobre el comportamiento de las Fuerzas Armadas por parte del MIR y la izquierda del PS basado en otras experiencias revolucionarias. Su previsión era la de que la polarización creciente del conflicto terminaría por dividir a los militares. Cancino indica dónde se encuentra el error de esta lectura:

“omitía considerar la fuerza de la cohesión institucional de las Fuerzas Armadas; su estructura jerárquica y verticalidad de los mandos; sus códigos ideológicos específicos, sus símbolos y tradiciones históricas, su auto-conciencia de ser depositarias de la integridad de la Nación y de la defensa de la Soberanía Nacional; este sentimiento y autoconciencia transformado en ideología atravesaban sus distintos estamentos, trascendiendo los orígenes y trayectorias de clase de sus miembros”

Las reflexiones de Joan E. Garcés sobre las Fuerzas Armadas en relación con el gobierno de Allende mantienen la misma calidad de sus otros análisis sobre los aspectos más institucionales y políticos relacionados con la experiencia chilena. Aquí le vamos a seguir en la obra donde trata éste problema de manera más exhaustiva⁴¹⁴.

En primer lugar, Garcés se va a referir a las condiciones militares existentes al iniciarse el gobierno Allende, y que define por las siguientes características: La mayoría de la oficialidad se muestra contraria al programa y partidos de la UP, pero, a la vez, está marcada por una práctica constitucionalista, de lo que se derivan tres consecuencias; no tienen experiencia para tomar las riendas del gobierno, un intento de golpe tendría un costo altísimo, y, aún en caso de éxito, su futuro sería incierto. El gobierno respeta al carácter profesional de las Fuerzas Armadas para evitar que se sientan agraviadas. Allende también se esforzó en evitar la crisis de las instituciones políticas mientras procedía a las transformaciones económicas como manera de impedir cualquier intervención militar, buscando mantener el vínculo de las Fuerzas Armadas con el gobierno. Éste fue el sentido de la política de participación de aquéllas en las tareas económicas. En dichas tareas participaron, especialmente, los rangos superiores y tuvo el efecto de acercar a sus participantes a la UP. La presión golpista se centró sobre todo entre la oficialidad intermedia, contenida por los mandos superiores. Esto lleva Garcés a suponer que una participación mayor de estos cuadros en las tareas económicas hubiera desactivado esas actitudes.

En segundo lugar, Garcés se refiere a las doctrinas militares en pugna en ese periodo; de un lado la que define el general Schneider y continua, tras su asesinato, el general Prats, "que asigna a las Fuerzas Armadas el papel impedir la guerra civil mediante el respaldo de los mecanismos político- sociales que encauzan y regulan la sociedad civil"; de otro, la del Pentágono que busca instrumentalizar a las Fuerzas Armadas contra las fuerzas transformadoras señaladas como el "enemigo interno"; por último, la táctica insurreccional de los movimientos revolucionarios que, a través de la desarticulación del aparato militar y la "guerra civil armada" pretenden

⁴¹⁴ Garcés, Joan E., Allende y la experiencia chilena, op. cit., págs. 146-279

conquistar el poder. La vía político- institucional del gobierno Allende fue viable en tanto la primera doctrina fue la dominante en las instituciones armadas y no fue reemplazada por la segunda.

En tercer lugar, el autor analiza las condiciones que hicieron posible, en un primer tiempo, que el gobierno contase con la lealtad general de los militares y más tarde, estos entrasen en una espiral conspirativa que llevó al golpe.

Durante la primera parte del gobierno popular, hasta marzo de 1972, cuando éste lleva la iniciativa y va cumpliendo su programa, en tanto la oposición derechista no pasa a la ofensiva, las Fuerzas Armadas respaldan la política del gobierno y, como prueba de ello, Garcés se refiere a su comportamiento durante cuatro momentos críticos en ese periodo: el asesinato de Pérez Zujovic en junio de 1971, la reacción derechista ante la visita de Castro en noviembre de ese año, la primera destitución ministerial en enero de 72 y, el desenlace del putch de la CIA en marzo.

Esta situación sufrió un vuelco, y el sector golpista pasó a la acción, cuando la iniciativa y la hegemonía en la lucha social y política pasó a la contrarrevolución.

Garcés considera que era necesario cumplir dos tipos de requisitos para evitar que las Fuerzas Armadas se volvieran contra el gobierno y el proceso marcha; en primer lugar, sería necesario evitar las confrontaciones, por un lado, con los sectores medios, predominantes en el seno de las Fuerzas Armadas, por otro, con la estructura legal del Estado, que era el fundamento ideológico de la subordinación de los militares gobierno. El otro requisito era consolidar la hegemonía política, social y económica del bloque popular.

La contención o el fracaso de las actuaciones golpista durante gobierno popular se debió fundamentalmente al respeto por el gobierno de la estructura jerárquica de las Fuerzas Armadas y a la atención prestada a su equipamiento técnico profesional. Sin embargo, lo que para Garcés es una razón de su contención, la primera, para otros autores es uno de los graves errores del gobierno, no haber procedido a depurar las Fuerzas Armadas de elementos golpistas.

Por último, el autor se refiere a la ausencia de la política militar de la UP - hecho reconocido por la mayoría de los protagonistas - y a sus causas. Piensa que si fue siempre inviable preparar al movimiento popular para insurrección, no lo fue para la antiinsurrección:

"la articulación Fuerzas Armadas - organizaciones populares era posible concebirla y ponerla en práctica, a partir de 1970, siempre cuando estuviera delimitada dentro de las coordenadas en que se movía el sector antigolpista dentro de las Fuerzas Armadas: evitar la guerra civil mediante la defensa y fortalecimiento de las instituciones político- sociales basadas en los principios democráticos".

Esta ausencia de una política militar fue consecuencia de las prácticas contrapuestas que sostenían los partidos de la UP. Así, viene a coincidir con la mayoría de los analistas en que la ausencia de una dirección revolucionaria homogénea es el meollo del problema, sólo que su necesidad se alega por parte de los distintos autores para ponerla al servicio de prácticas contrapuestas.

Sergio Bitar⁴¹⁵ es más matizado a la hora de buscar causas y repartir responsabilidades. Reconoce la existencia de dos sectores mayoritarios en el seno de las Fuerzas Armadas chilenas, uno constitucionalista y otro más militarista en el que predominaban los valores como la disciplina, el orden y el anticomunismo. Junto a

⁴¹⁵ Bitar, Sergio, Transición, socialismo y democracia, op. cit., págs. 324-5

ellos habría otros dos sectores minoritarios, uno “en cierta forma prosocialista; otro fascista”.

La hipótesis de Allende y los sectores de la UP que buscaban apoyarse en los constitucionalistas para mantener la disciplina no era descabellada siempre que se hubiese cumplido al menos dos requisitos imprescindibles; el primero, “la existencia de una mayoría política en el país que impidiese un estancamiento institucional”; el segundo, “el ejercicio de una autoridad firme, capaz de evitar que el orden público se alterase más allá de un cierto nivel y de impedir actos espontáneos y de violencia de ultraderecha y de ultraizquierda”. Ahora bien, estos requisitos no se cumplieron y el sector constitucionalista se debilitó, lo que fue aprovechado por los enemigos de la revolución para inclinar a su favor a los militares con una propaganda que incidía sobre los más rancios valores castrenses, poniendo el énfasis en que el país vivía una situación “presubersiva” y estaba dividido por la lucha de clases, lo que ponía en peligro el orden, el proceso productivo y “debilitaba a la patria”.

Corvalán apoya esta visión de Bitar sobre la existencia de sectores “dispuestos a apoyar la causa popular” y, además de alegar los mismos argumentos que Tieffenberg sobre la represión en el seno de las Fuerzas Armadas tras el golpe, aporta toda una serie de nombres de altos mandos leales al gobierno de Allende. Sin embargo, no acude a las mismas causas que Bitar para justificar el retroceso del sector constitucionalista. Para Corvalán, al contrario, estas causas son otras:

*“el deterioro en la correlación de fuerzas repercutió de tal modo a las instituciones armadas que muchos oficiales y suboficiales se sintieron confundidos, frustrados y paralogizados. Esto fue lo fundamental. A esto se agregó el hecho de que ni como gobierno ni como Unidad Popular habíamos elaborado, con los militares leales, un plan operativo que mereciera tal nombre para enfrentar y derrotar un eventual golpe de Estado”.*⁴¹⁶

Los comunistas eran el partido principal que sostenía la política del gobierno de Allende, que mantenía frente a otros sectores de la UP o el MIR su política de “cauce constitucional”. ¿Cuál fue la posición que sostuvieron respecto a las Fuerzas Armadas y su crítica posterior?

Como hemos visto anteriormente, el PC había elaborado una estrategia de paso al socialismo de tipo gradualista que vendría a denominar “vía no armada”. Por otro lado, participaba con otros sectores de la izquierda chilena en el denunciado posteriormente como el mito del constitucionalismo de las Fuerzas Armadas o alejamiento de la intervención política.

Estos dos factores actuarían en una doble dirección; de un lado inhibiendo el interés del partido por todo lo que ocurría en el mundo militar y, por otro, actuaría como un distorsionador de los análisis sobre el comportamiento de las Fuerzas Armadas durante el gobierno popular, lo que le llevaría proponer medidas que algunos han calificado de “ingenuas”.

En el primer caso tenemos el testimonio de Luis Corvalán, quien además de reconocer esta despreocupación, justifica de paso el que los asuntos militares fuesen un terreno reservado en exclusiva al Presidente:

“la Unidad Popular, cuyos partidos no se preocuparon de los problemas relativos los Fuerzas Armadas(...) También carecían, tanto más que Allende, del conocimiento que debían haber tenido del mundo militar. Por ello, socialistas y comunistas hablamos este problema con el presidente

⁴¹⁶ Corvalán, Luis, El gobierno de Allende por dentro y por fuera, op. cit., pág. 214

sólo en contadas ocasiones, sólo en los últimos meses de su gobierno cuando a este respecto era poco o nada lo que se podía hacer".⁴¹⁷

Y más adelante, el entonces secretario general del PC, hace una autocrítica de esta carencia cuándo, al referirse a la vía no armada sustentada por el partido desde 1956, reconoce que se trata siempre de una posibilidad y de que, incluso así, sería necesario estar preparados para defender al gobierno popular. Por ello mismo continúa diciendo el autor:

"esta consideración debió ir acompañada de una política militar que en primer término contemplara el estudio, el conocimiento de las instituciones armadas y un trabajo dirigido a promover en su seno las ideas democráticas, el interés por la lucha del pueblo(...) Los partidos comunistas, socialistas y MAPU sólo vimos esto en el último tiempo, lo que constituyó una grave insuficiencia".⁴¹⁸

Respecto al segundo aspecto, es posible rastrear esas distorsiones y propuestas "ingenuas" con motivo de momentos críticos relacionados con las Fuerzas Armadas. En 1969, el PC analiza en su XIV Congreso el intento golpista que un mes antes había intentado el general Roberto Viaux, y concluye que ello significa el fin del período de prescindencia de las Fuerzas Armadas, proponiendo para contrarrestar posibles nuevas intentonas "solucionar sus demandas 'profesionales' y 'democratizar' sus estructuras, a través de vincularlas junto a la 'clase obrera' al desarrollo del país"⁴¹⁹. Estas serían, justamente, las medidas llevadas a cabo por el gobierno Allende al respecto.

Ya avanzado el proceso, y cuando se empiezan a encender las alarmas sobre la actitud insurreccional de gran parte de la oposición y sobre su capacidad para influir en la mayoría de la oficialidad de las Fuerzas Armadas, el PC lanza la consigna de "no a la guerra civil" que expresa sus concepciones en ese momento sobre un posible enfrentamiento armado. En primer lugar, la propia consigna ya deja claro que la peor opción que el PC vislumbra en esos momentos es un enfrentamiento en el cual las Fuerzas Armadas se dividan verticalmente en contra y en favor del gobierno popular. En segundo lugar, como expresa Luis Corvalán en un libro entrevista⁴²⁰, cree que, en caso de producirse, sería una situación "más o menos pasajera" y "abarcaría a grupos reducidos sin mayor porvenir". Por último, en la misma entrevista, el secretario general del PC expresa el optimismo sobre la fuerza de la clase obrera para hacer frente a una tal situación:

"la clase obrera y el pueblo tienen sus armas, y una de las más poderosas es la huelga general(...) Los trabajadores del país irían a un paro completo y nacional de sus actividades, con la ocupación de industrias(...) Pero, además, el proletariado y el pueblo podrían contar - y yo creo que contarán - con otros elementos, con todo lo que tuvieran a mano, hasta con herramientas de trabajo convertidas en armas de combate".

Todo ello teniendo en cuenta que para Luis Corvalán lo principal no sería la correlación de fuerzas en el seno de los militares, sino "la correlación de fuerzas sociales y políticas, y la decisión del pueblo de no permitir el retroceso".⁴²¹

⁴¹⁷ *Ibíd.*, pág. 127

⁴¹⁸ *Ibíd.*, pág. 201. Estos son los mismos términos empleados por Corvalán cuando, como Secretario General del PC, rinda un Informe analítico sobre el período de la Unidad Popular en el Pleno del Comité Central de 1977, y que veremos más tarde en el capítulo dedicado a examinar las razones del fracaso de la experiencia chilena.

⁴¹⁹ Álvarez Vallejos, Rolando, *op. cit.*, pág. 62

⁴²⁰ Labarca Goddard, Eduardo, *El Chile de Luis Corvalán. Una entrevista de 27 horas*, *op. cit.*, pág. 140

⁴²¹ *Ibíd.*, págs. 137-8

Esta perspectiva del PC podía tener coherencia en el inicio del proceso y hasta un momento determinado. Alcanzar un acuerdo con las fuerzas del centro (la Democracia Cristiana) permitiría reforzar el sector constitucionalista de las Fuerzas Armadas, a lo que habría que añadir esa política de gestos hacia los militares como eran atender sus reivindicaciones profesionales, aumentar los gastos en dotaciones o, hacerlos partícipes en tareas económicas. Eso sí, al precio de ralentizar las transformaciones o encauzarlas de otra manera, según el acuerdo que se alcanzase con la Democracia Cristiana. En definitiva, la política de "consolidar para avanzar" que el PC defendió.

Pero una vez que esa política se arruinó -a pesar de ser aceptada en Lo Curro- como demostraban las frustrantes negociaciones con la DC, la actitud cada vez más insolentemente desafiante de una gran parte de la oposición o, el rechazo explícito de parte de la UP y de los sectores populares más radicalizados ¿podía el PC dar un giro de 180 grados a su táctica y trabajar para crear condiciones más favorables en la perspectiva de un inevitable enfrentamiento armado?.

Más adelante nos referiremos a la plausibilidad de esta línea, ahora sólo diremos que otros PPCC en el mundo han dado giros bruscos en sus políticas en otros momentos, pero es difícil suponer que en un partido como el chileno, con su larga socialización colectiva en una estrategia gradualista, fuese capaz de realizar tal maniobra y en poco tiempo.

Se podría agregar como prueba de esta tesis dos hechos. El primero, más relativo: el golpe lo ve venir el PC como otras organizaciones de la izquierda: "hacia septiembre de 1973, existía en el PC la conclusión de que podría producirse un golpe de Estado o una insubordinación castrense, razón por la cual todas la estructura partidaria - cual más, cual menos - tomó medidas de seguridad"⁴²²; pero, una vez producida la insurrección militar, e impactados por la magnitud que adquiere, la decisión de la dirección es la de un "repliegue ordenado" sin ofrecer una resistencia armada o más activa que considera inútil:

*"Las cosas se presentaron en forma tal que no debíamos lanzar al combate las fuerzas de que disponíamos. Le mortandad habría sido varias veces mayor, habrían caído miles de militantes de nuestro Partido en un combate perdido de antemano, porque, como todos sabemos, no se trataba de luchar contra una facción alzada"*⁴²³.

El segundo hecho, más definitivo, es el tiempo que tarda el PC en admitir lo que él va a denominar "vacío histórico de la falta de una política militar". Antes del Pleno celebrado por el PC en agosto de 1977 se había venido sosteniendo en su seno, como tesis principal, que la derrota del gobierno popular era fundamentalmente política antes que militar, centrada en el "aislamiento de la clase obrera"; sin embargo, en dicho Pleno se incorporó la crítica a las carencias militares:

"con los años se realzó en el discurso comunista cotidiano la temática referida al "vacío histórico" (...) se hizo un lugar corriente entre la militancia hablar más del "vacío histórico" que del "aislamiento de la clase obrera""⁴²⁴.

La línea mantenida por el PC, esta larga socialización política es lo que le lleva a apoyar al gabinete cívico- militar que nombró Allende en noviembre de 1972, a apoyar al general Alberto Bachelet y su política al frente de la Secretaría Nacional

⁴²² Álvarez Vallejos, Rolando, op. cit., pág. 63

⁴²³ Informe al pleno del Comité Central del Partido Comunista de Chile de agosto de 1977, op. cit., pág. 36

⁴²⁴ Álvarez Vallejos, Rolando, op. cit., pág. 165

de Distribución y Comercialización, a apoyar con el general Prats el proyecto de devolución de empresas ocupadas durante el paro de octubre y que no revestían carácter estratégico (plan Prats-Millas) o, finalmente, a apoyar a Allende en agosto de 1973 cuando forma el segundo gabinete cívico-militar. Y por ello mismo aparece un tanto confuso, un tanto artificial, las diversas evocaciones hechas a un posible apoyo por su parte a un golpe anticipatorio en julio de 1973.

En una posición diametralmente opuesta a la del presidente Allende o la del PC se encontraba el MIR. Como ya vimos anteriormente, para el MIR el triunfo electoral popular en septiembre de 1970 no suponía la toma del poder por los trabajadores, en realidad sólo iba provocar un impasse entre las clases en lucha que tendría que resolverse por medio de "un enfrentamiento armado".

En su análisis del proceso, el MIR sostiene que si el gobierno popular no transforma las estructuras fundamentales del Estado, entre ellas las Fuerzas Armadas, entonces, inevitablemente, el gobierno fracasaría en su programa, lo que crearía una situación favorable para que los sectores revolucionarios tomen la dirección del proceso. Las Fuerzas Armadas incrementarían a su vez la represión obligando al pueblo a resistir de manera violenta y a plantearse la conquista del poder.

Estas predicciones son congruentes con el esquema clásico que utiliza de la toma revolucionaria del poder político, lo cual solo sería posible con la agudización máxima de la lucha de clases que desembocar en el "enfrentamiento armado".

Su esquema, como se sabe, nunca se cumplió en la realidad y los sectores revolucionarios de los que habla el MIR no consiguieron jamás liderar el proceso.

Sin embargo, el problema militar se fue haciendo agudo y en junio de 1973, con el intento del golpe de Estado frustrado, era evidente el peligro real e inminente que corría la experiencia chilena. El MIR entonces propone, por un lado, la necesidad de "una reforma institucional que contemple la democratización de las Fuerzas Armadas" con una serie de reivindicaciones, exige al gobierno que tome medidas contra los oficiales sediciosos y, pide una mejora de las condiciones salariales para las Fuerzas Armadas y Carabineros.

Pero, por otro lado, tras constatar que el intento de golpe fue aplastado por los sectores militares leales gobierno, llama a crear comités populares de todo tipo para controlar las poblaciones y ocupar los lugares de trabajo⁴²⁵.

El MIR coincide con la UP en creer que, en el caso de golpe, las Fuerzas Armadas se dividirían verticalmente y la parte leal al gobierno lucharía junto al pueblo. La gran diferencia es que el "polo gradualista" de la UP busca a toda costa evitar ese escenario, como expresa la consigna del PC de "no a la guerra civil", mientras que el MIR agita las consignas de la movilización y del poder popular para tomar la iniciativa y derrotar a la reacción. Ese es el análisis que hace en agosto de 1973:

*"tres perspectivas se abren hacia delante para los trabajadores y el pueblo: la perspectiva de la capitulación, esto es que la práctica del diálogo conduzca finalmente la capitulación del gobierno(...). La perspectiva de golpe militar reaccionario, que se impondría como salidas si la capitulación no se produce y a la vez el pueblo y la izquierda no desatan una amplia contraofensiva revolucionaria y popular(...). La perspectiva de la contraofensiva revolucionaria y popular(...). Es la única que puede paralizar el emplazamiento civil y militar reaccionario"*⁴²⁶.

⁴²⁵ Pérez, Cristián, El MIR visto por el MIR, Tercera parte, op. cit., págs. 369-70 y 377.

⁴²⁶ *Ibíd.*, pág. 387

Con el esquema de revolución que emplea el MIR y la estrategia insurreccional que defiende, es lógico que su postura ante los gobiernos cívico-militares que se crearon en ese periodo fuese crítica, pero con análisis incisivos.

En noviembre de 1972 Allende forma el primer gabinete cívico-militar con la presencia de tres altos jefes de las Fuerzas Armadas y dos altos cargos de la CUT. El MIR comienza por reconocer que no es un "gabinete militar" porque no cumple las características que lo definirían como tal: no se produce un "cambio brusco del carácter del gobierno"; no altera el programa y las tareas del gobierno; no se muestra "represivo contra el movimiento de masas y contra los sectores revolucionarios de izquierda"; y, por tanto, no produce la división de la UP y la retirada del PS y el PC de gobierno⁴²⁷.

Luego analiza las posibles evoluciones de gobierno cívico-militar: que derive hacia una "forma de arbitraje bonapartista"; que lo haga hacia el "gorilismo"; y, la que considera más plausible, que dicho gabinete "no sea capaz de dar las garantías suficientes a la clase dominante" y que está, finalmente, "coloque a los miembros ese gabinete - por lo menos a Prats - al "otro lado", con la generación de una "zanja" entre la clase dominante y Prats"⁴²⁸.

El MIR termina llamando a rechazar la constitución de ese gabinete basándose en sus argumentos maximalistas: el vacío de poder que llenaron los generales tendría que haberlo hecho los órganos del naciente poder popular; es peligroso ese tipo de alianzas sin condicionarlas a la realización de un programa revolucionario; esta alianza va a limitar el avance de los sectores populares; y, no puede establecerse una alianza de esta naturaleza en nombre del pueblo sin consultarle.

En agosto de 1973 cuando se forme el efímero segundo gabinete cívico-militar, que ya no cumplirá el papel que cumplió el primero, la crítica del MIR al gobierno será más dura, el MIR le acusa de ser "el gabinete de la capitulación" y de producir las mismas consecuencias que el anterior pero de mayor gravedad: "división del pueblo y de la izquierda, confusión y desconcierto de las masas". Su alternativa sigue siendo la misma:

*"a través de la contraofensiva popular era posible paralizar el golpismo y luego desarticularlo. Había y hay fuerza en los trabajadores y entre soldados, marineros, carabineros, suboficiales y oficiales honestos"*⁴²⁹.

Lo cierto es que no hubo capitulación del gobierno Allende, ni, por tanto, "un golpe blanco"; se dio la otra posibilidad que preveía el MIR, "el golpe gorila"⁴³⁰, sin que encontrase una resistencia popular masiva, más allá de focos esporádicos heroicos. Consecuentemente con sus postulados, el MIR decidió no asilarse y presentó una batalla frontal a la dictadura. El precio que pagó fue muy alto.

Hemos visto ya la posición sustentada por el presidente Allende en relación con el problema militar, pero la suya no era la posición oficial dentro del Partido Socialista. Dividido en este tema, como en tantos otros, la posición mayoritaria en su

⁴²⁷ Pérez, Cristián, El MIR visto por el MIR, Segunda parte, op. cit., pág. 505-6

⁴²⁸ *Ibíd.*, pág. 508-10

⁴²⁹ *Ibíd.*, págs. 401-2

⁴³⁰ Esta distinción sobre las posibles diferentes maneras de intervenir por parte de las FFAA era compartida por el MIR y parte de la UP. La diferencia entre ambos la describe claramente Cancino: "El primer tipo suponía un copamiento progresivo de las FFAA del Gobierno, con la consiguiente subordinación de las autoridades civiles a las militares. Mientras que el golpe "gorila" o golpe seco, se expresaría en un violento y brutal quebrantamiento de la institucionalidad vigente, acompañada de represión sistemática al movimiento popular". Cancino, Hugo, op. cit., pág. 426

seno corresponde más bien a la que sostiene quien era su Secretario General en aquel momento, Carlos Altamirano.

Altamirano⁴³¹ considera que fue precisamente el tratamiento dado a las Fuerzas Armadas la "desviación principal" de la UP. En tanto que la burguesía y el imperialismo establecían claramente cuál era el objetivo que buscaban en las Fuerzas Armadas, su insurrección; el gobierno UP adoleció de la ausencia de una política militar:

"se limitó a ensayar un tipo de vinculación que no penetró las formas tradicionales de manejo de los asuntos castrenses, ni alteró la naturaleza formativa de sus cuadros(...) En general, estuvo orientado a satisfacer sus aspiraciones profesionales(...) A solventar sus reivindicaciones presupuestarias y establecer un modus vivendi de participación convencional en algunos sectores de la actividad económica".

Paralelamente, el gobierno popular desperdiciaba algunos de sus mejores oportunidades e instrumentos de intervención en las Fuerzas Armadas:

"se autoimponía una absurda renuncia a utilizar las facultades pertinentes para la promoción y remoción de sus cuadros(...) Así los sectores democráticos fueron paulatinamente marcados, aislados. Sin coherencia fraccional, la "neutralidad" del gobierno los condenaba.

La participación militar, incluso su presencia en algunos gabinetes, no modificó la relación de fuerzas al interior de ella".

Altamirano propone una alternativa de actuación con relación a las Fuerzas Armadas equidistante de las que hemos analizado del PC y el presidente Allende, y del MIR. Crítico de la vía político-institucional, cree que hubiera sido factible "la implementación de una línea estratégica armada", rechazando la "concepción fatalista" que negaba la existencia de cualquier "margen de acción del movimiento popular en esta materia", y que, en consecuencia, estimaba que lo máximo que podría hacerse era la "preservación de un sector constitucionalista, como disuasivo del desarrollo de tendencias golpistas".

La propuesta de Altamirano es arriesgada, lo reconoce, pero inevitable para poder continuar el proceso iniciado. El problema es que no se utilizó el "margen de maniobra" que existió, debido a la decisión original de no tocar al ejército. Altamirano alude con ello a la abstención en la utilización de facultades propias del Presidente, como la capacidad para llamar al retiro de generales en el momento oportuno, o utilizar la junta de calificaciones para incidir en la promoción. Igualmente, se refiere la existencia de una cierta simpatía por el proceso entre los carabineros.

Otra línea que se abandonó fue la del trabajo dentro de las Fuerzas Armadas, orientada a agrupar a los sectores leales al gobierno que encarnaban "tendencias democráticas y progresistas". El abandono de esa tarea supuso que fuesen "barridos por una minoría fascista, audaz y resuelta". Por el contrario, si esa tarea se hubiese realizado, seguramente hubiera sido otro el resultado del "putsch fascista".

Otra serie de tareas abandonadas por el gobierno popular y la izquierda que cita Altamirano en relación con el problema militar son: un trabajo de penetración en la suboficialidad y en la tropa; la creación del servicio de inteligencia leal al gobierno; o la consolidación de bases de apoyo sólidos en unidades militares estratégicas a través de traslados, promociones y destituciones.

⁴³¹ Altamirano, Carlos, *Dialéctica de una derrota*, II, op. cit., págs. 31-32

Por último, Altamirano se refiere a un tema delicado y caro para la izquierda rupturista: la posibilidad de haber armado al pueblo. El tema lo trata sin rigor en pocas líneas, simplemente para expresar su opinión de que hubiera sido posible, pero sin analizar cómo, cuándo y con qué consecuencias.

En opinión de Luis Corvalán⁴³² los mejores análisis sobre el problema militar durante el gobierno popular fueron hechos por Clodomiro Almeyda, dirigente socialista y ministro en el gobierno de Allende. De nuevo nos remitimos en esta ocasión a análisis hechos con posterioridad al golpe militar de 1973, por lo tanto, como la mayoría de los análisis anteriores se trata de consideraciones sobre una etapa ya cerrada. En este caso Almeyda ordena sus reflexiones para un seminario sobre Seguridad Nacional celebrado en 1978 en México⁴³³.

El matiz con el que comienza su análisis es altamente significativo para centrar la perspectiva; la experiencia de la UP no se inserta en lo que se suele definir como una situación revolucionaria en términos leninistas, por el contrario, la causa que "determinó un salto cualitativo en el ascenso de movimiento popular chileno" fue "un evento electoral". Esto significa que el acceso a la Presidencia de la República, el control del poder ejecutivo se debió "no a la debilidad del sistema político vigente, sino por el contrario, gracias a su gran legitimidad y fortaleza", pues, recuerda Almeyda, la ratificación de Allende se hizo a pesar de haber obtenido un apoyo electoral minoritario. Esto significaba una situación totalmente insólita.

El problema militar era la tarea fundamental a la que se enfrentaba el gobierno popular, problema al que debía buscar una solución si quería sacar adelante su proyecto; y Almeyda rechaza como absolutamente inviables dos posibles respuestas a este problema: la de destruir las Fuerzas Armadas existentes para reemplazarlas por un "ejército del pueblo o algo parecido", y, la de enfrentar al pueblo con un ejército profesional. Pero, además, está convencido de que simplemente el haber hecho algún intento en este sentido hubiese supuesto la inmediata ruptura del sistema político y la intervención de las Fuerzas Armadas. Tampoco era viable una tercera opción, la de postergar indefinidamente el problema militar "en espera de que el transcurso del tiempo lo resolviese por sí solo".

Partiendo de unas premisas planteadas de manera realista, el objetivo que persigue Almeyda es demostrar que había espacio para haber articulado una política militar que, si no hubiera impedido un golpe inevitable, al menos hubiera permitido su derrota al impedir que los golpistas contasen con un apoyo unánime dentro de las Fuerzas Armadas y, que, además, ésta división permitiese a las tropas leales al gobierno, junto al pueblo, obtener la victoria.

Sin embargo, desgraciadamente, la UP no contó con este necesario proyecto de política militar que debería haber perseguido seis objetivos que Almeyda desgana:

Modificar la composición de los cuadros militares; ésto además de ser jurídicamente posible, era políticamente viable dados los precedentes existentes en la historia reciente de Chile; y hubo dos oportunidades especialmente propicias para ello; al inicio del gobierno, aprovechando la trama de complicidades en la conspiración que le costó la vida al general Schneider; y tras la importante victoria de la UP en las elecciones municipales de 1971.

Crear y desarrollar una nueva legitimidad revolucionaria. Para Almeyda éste fue el gran vacío de la UP, la ausencia de un proyecto ideológico que disputase la hegemonía en el plano de los valores a las clases dominantes, y cuyas consecuencias

⁴³² Corvalán, Luis, *El gobierno de Allende por dentro y por fuera*, op. cit., pág. 225

⁴³³ Almeyda, Clodomiro, "La dimensión militar en la experiencia de la Unidad Popular", en *Pensando en Chile*, op. cit., págs. 79-96

se hubiera hecho sentir más allá de las Fuerzas Armadas. La lucha ideológica en el seno de las Fuerzas Armadas debería haber eliminado el carácter conservador de sus valores y construir una nueva concepción de la seguridad nacional.

Crear vínculos entre las Fuerzas Armadas, las iniciativas gubernativas y las organizaciones populares. Esta tarea se puso en acción durante el gobierno popular, pero de manera bastante improvisada, y, sobre todo, debía haberse extendido a la suboficialidad y la tropa, y no limitarse a los altos mandos y oficiales.

Modificar el régimen legal y orgánico de las Fuerzas Armadas, en este sentido Almeyda se refiere a dos ejemplos de reformas que debían haberse impulsado; otorgar el derecho de voto a la tropa, y, "redefinir los deberes de obediencia militar" para eliminar sus componentes irracionales.

El desarrollo "dentro de los marcos permitidos por el sistema político vigente, de una organización de carácter paramilitar de las fuerzas populares". Sobre éste tema, después de enunciarle, Almeyda pasa de puntillas y hace una referencia a la revolución cubana que no viene al caso con la experiencia chilena.

Crear en el seno del gobierno popular "un verdadero Estado Mayor" que impulsará este proyecto militar.

Almeyda insiste en que estas seis líneas de acción son complementarias; podían "haberse iniciado dentro de los límites del sistema político vigente" sin haber provocado la inmediata insubordinación militar; y de haberse puesto en marcha desde el principio del gobierno popular sus efectos acumulativos hubieran sido claros en dos o tres años.

De todos estos enunciados hay dos claramente conflictivos, el primero es el que hace referencia a la posibilidad de organizar paramilitarmente a las fuerzas populares; el segundo es el de la posibilidad de promover estas líneas dentro de los límites del sistema político democrático liberal. Ambas afirmaciones hubiesen necesitado, dado su aspecto controvertido, la confirmación práctica de su viabilidad.

Almeyda recuerda que si en los diversos análisis posteriores parece tan obvio la necesidad de un proyecto militar en la UP, en su momento no lo fue tanto debido a una conciencia insuficiente del problema, consecuencia de tres falsas ideas que tenía la izquierda sobre las Fuerzas Armadas: primero, la "falacia" sobre su profesionalismo y apoliticismo; segundo, su creencia en que aquéllas se dividirían en caso de un golpe militar; y, tercero, la creencia en la emergencia de manera espontánea de una corriente nacionalista y progresista en su seno como hubo en otros ejércitos de países vecinos.

Para evitar dar la sensación de que el factor militar es la clave exclusiva en la explicación del trágico resultado final del proceso, termina recordando que, pese a la importancia de esta carencia en la política de la UP, hubo otros errores y carencias que es necesario tener en cuenta.

Este examen pone en evidencia que en relación con el problema militar se reproducen, en el seno de la izquierda chilena, las mismas divisiones de proyectos y tácticas que en el resto de los temas tratados. En general, todas las expresiones de izquierda compartían dos "falacias" fundamentales. La primera era la confianza en el apoliticismo de las Fuerzas Armadas y su obediencia a las autoridades civiles legítimamente constituidas, aunque en este aspecto discrepaba el MIR. El fracasado intento del 29 de junio de 1973 supuso un brusco desmentido de esta convicción, pero la forma en que fue abortado el golpe reforzó el segundo de los errores, el de que cualquier intento de golpe dividiría verticalmente a las Fuerzas Armadas y el gobierno popular nunca se encontraría totalmente aislado y sin apoyo entre los militares. A pesar de la unanimidad en este último aspecto, sin embargo, las

conclusiones extraídas para la acción eran diferentes. El polo gradualista se esforzará en alcanzar un acuerdo con la Democracia Cristiana para evitar el aislamiento político de la clase obrera y desactivar las conspiraciones golpistas. El polo rupturista va a buscar, por el contrario, impulsar una ofensiva del movimiento popular para derrotar los planes de la reacción, pero da la impresión de que teniendo en mente como escenario más negativo un golpe blanco, y por ello llama "gabinete de la capitulación" al que forma Allende en agosto de 1973.

Los análisis posteriores inciden, de un lado, en las posibles actuaciones no llevadas a cabo utilizando las prerrogativas legales de que disponía el Presidente. Y por otro lado, evocan, sin profundizar en absoluto, posibilidades de organización paramilitar. ¿Es realista hacer este último planteamiento?. Dada la poca insistencia en el tema, su escasa profundización, da la impresión de que se trata de una concesión verbal a posteriori, fruto de servidumbres a esquemas teóricos heredados, más que de una propuesta madura basada en consideraciones realistas.

Altamirano dedica una página de su obra "Dialéctica de una derrota"⁴³⁴ a discutir la viabilidad de una estrategia armada. Concibe tres posibles escenarios en esta estrategia, con el común denominador de la necesidad de contar con el apoyo de una parte las Fuerzas Armadas: una acción de la dirección revolucionaria que se anticipara al *putsch* reaccionario; un contragolpe cuyo momento propicio hubiera sido después del 29 de junio de 1973; o, la resistencia armada con insurrección generalizada.

Después repasa los dos tipos de los obstáculos que se oponían a esta estrategia. De un lado, los de tipo objetivo: debilidad de apoyos en el ejército; virtual imposibilidad de armar al pueblo; falta de una dirección única; y, correlación de fuerzas desfavorables a los trabajadores en el terreno militar a nivel interno e internacional. De otro lado, los subjetivos, que Altamirano considera los más difíciles de superar: la ausencia de voluntad y conciencia, en el "vértice direccional del proceso", de la necesidad de apelar a las formas de lucha armada.

Las conclusiones de Altamirano en este aspecto son contradictorias, reconoce que las condiciones objetivas para una estrategia armada "eran extraordinariamente difíciles", "estaban plagadas de gravísimos obstáculos", lo que también puede interpretarse como que era una política aventurera la decisión de tomar ese camino. Pero, en el momento de escribir dicha obra, no renuncia a sus posiciones anteriores y defiende su estrategia de esos años: con todas sus dificultades, dice, la estrategia fue factible hasta junio de 1973 y, además, "la vía pacífica, en cambio, en el Chile de 1970-73 era imposible".

Durante el desarrollo del proceso si hicieron continuas alusiones, desde el MIR desde luego, pero también incluso desde el PC, a la movilización popular para profundizar la revolución en marcha, o para defender al gobierno de la UP y las conquistas alcanzadas, frente a los cada vez más agresivos planes de quienes querían acabar con esta experiencia, incluyendo las clásicas formas de lucha del movimiento obrero, la huelga general y la ocupación de los centros productivos.

También existió un reducido aparato militar en el PC y el PS, y se levantó un cierto mito en torno a la preparación de una defensa militar desde los Cordones Industriales. Por ejemplo, Corvalán⁴³⁵ reconoce que, desde 1963, hubo una cierta preparación militar de militantes comunistas orientada no a derribar un gobierno, sino a defender las conquistas del pueblo cuando alcanzarse el poder. Insiste que podía haber sido útil ante un tipo de golpe tradicional en el que los trabajadores

⁴³⁴ Altamirano, Carlos, *Dialéctica de una derrota*, I, op. cit., pág. 31

⁴³⁵ Corvalán, Luis, *El gobierno de Allende por dentro y por fuera*, op. cit., pág. 201

hubiesen tenido cierto margen de acción para tomar la calle y los centros de trabajo, pero no lo fue para la forma en que fue ejecutado en Chile.

Altamirano, por su parte, considera que "no había entre militantes comunistas, socialistas, del MAPU e incluso del MIR, más de 1500 personas con una mínima formación militar(...) con capacidad de disparar armas livianas".⁴³⁶

La realidad de la capacidad de defensa de las fuerzas populares frente a una intervención militar ya había quedado al descubierto en primer lugar, con ocasión del tanquetazo del 29 de junio; este hecho puso en evidencia, de un lado, "la no existencia de una fuerza militar propia de la UP, capaz de enfrentar a cuerpos regulares del Ejército"; de otro lado, también reveló el papel que podían jugar las organizaciones populares principales:

*"tanto los Cordones como los Consejos Comunales representaban importantes organizaciones de retaguardia, útiles para tareas políticas y para procurar la máxima normalidad en la producción y el abastecimiento y para la defensa de determinados emplazamiento. Ellas tendrían una enorme importancia militar sólo si se dividían las Fuerzas Armadas"*⁴³⁷

En segundo lugar, también quedó en evidencia cuando en las semanas anteriores al golpe, las Fuerzas Armadas no encontraron ningún tipo de los arsenales, que se denunciaba continuamente por la derecha, en los masivos registros hechos por los militares al amparo de la ley de control de armas.

Todos estos aspectos evocados para defender la revolución chilena frente a un golpe militar - organización paramilitar, movilización popular, huelga general, ocupación de fábricas, milicias partidistas o populares - son referencias a formas de lucha, defensivas o insurreccionales, practicadas por los movimientos revolucionarios, no sólo el movimiento obrero, a lo largo de siglo y medio. Pero, ¿Eran realmente viables para la naturaleza de un proceso como el impulsado por la UP? ¿Eran adecuadas a las condiciones políticas y sociales que se daban en Chile? ¿Eran posibles de ejecutar por los actores colectivos que formaban izquierda chilena? ¿Eran apropiadas para el proyecto político que suponía la vía político institucional al socialismo?

⁴³⁶ Gaudichaud, Frank, Poder popular y Cordones Industriales, op. cit., pág. 391

⁴³⁷ Garretón, Manuel Antonio y Moulián, Tomás, op. cit., págs. 101-2

LAS VÍAS ENFRENTADAS EN LA UP Y EL FRACASO DE LA EXPERIENCIA CHILENA

Este capítulo tiene un carácter recapitulativo respecto a todo lo analizado en los anteriores. Su objeto es, precisamente, examinar las diferentes posiciones que se han venido manteniendo en torno a la viabilidad o no del proyecto defendido por la UP; sobre las causas últimas que llevaron al trágico desenlace de la experiencia chilena; respecto a la responsabilidad de los distintos actores que impulsaron esta experiencia y; en definitiva, en torno a la discusión sobre las vías de transición a socialismo.

Como en el resto de los capítulos anteriores contamos para ello con una gran cantidad de analistas que se han ocupado el tema bien por haber sido protagonistas directos, bien por diferentes motivaciones de índole académico o político. Sin embargo, para el examen de esta parte contamos con una ventaja de partida que facilita su desarrollo. Esta ventaja es un ensayo realizado por dos investigadores del tema, Mario Garcés D. y Sebastián Leiva F⁴³⁸, quienes hacen una revisión sobre 15 de los estudios más importantes realizados sobre el periodo de la UP. Es verdad que faltan entre ellos algunos de los estudiosos importantes que se han interesado sobre este tema, pero los autores elegidos son bastante representativos del espectro de las diferentes posiciones que existen.

A los efectos de este capítulo su resumen nos va servir de introducción para, posteriormente, poder proceder en profundidad y aprovechar para referirnos también a algunos de los autores que están ausentes en el estudio de Garcés y Leiva.

La primera característica común a la mayoría de estos quince estudios es que se centran en los actores políticos formales, los partidos políticos y las temáticas vinculadas a ellos. Solamente se apartan de esta característica dos de las obras analizadas. La primera es la de Frank Gaudichaud, quién cuestiona las tesis sostenidas más comúnmente, como la de la determinación de los factores externos en la derrota de la UP. La segunda es la de Peter Winn que, como Gaudichaud, pone el énfasis en la autonomía de los movimientos populares.

En las tesis mayoritarias, las centradas en el protagonismo de los partidos políticos, aparecen, sin embargo, dos tendencias explicativas.

La primera es la que señala como causa de la crisis al abandono por la Democracia Cristiana del centro político. El autor más importante en esta tendencia sería Arturo Valenzuela, quien plantearía por primera vez la tesis del "vaciamiento del centro" como explicación de la crisis institucional de 1973. Pero, a su vez, se pueden distinguir dos variantes distintas de esta primera tendencia. La primera variante viene representada por Luis Corvalán Márquez, quien pone el énfasis en la existencia de una polarización desde fines de los 50 que eclipsa a los partidos gradualistas, agravada por la ausencia de un centro pragmático. La segunda variante la representan Manuel Antonio Garretón y Tomás Moulián, quienes inciden en que la polarización, desinstitucionalización y deslegitimación la inician la derecha y es

⁴³⁸ Garcés D., Mario, y Leiva F., Sebastián, , Perspectivas de análisis de la Unidad Popular. Opciones y omisiones, http://www.eco-educacionycomunicaciones.cl/Downloads/opciones_u_omisiones.pdf, (15 Mayo 2005)

ayudada por la izquierda. Por último, una última variante de esta primera tendencia la representa Alfredo Jocelyn-Holt, para quien la radicalización de los años 50 impacta sobre la Democracia Cristiana que deja de actuar como un centro pragmático y marca, así, una tónica que la UP profundizará.

La segunda tendencia va a buscar las razones explicativas de la derrota de la UP, y va a señalar que ésta fue sobretodo consecuencia de sus errores y contradicciones. También aquí encontramos dos variantes diferentes en esta tendencia. La primera va a plantear que la vía institucional era factible de ser realizada, pero, su frustración fue debida a que no se llegaron a crear las condiciones necesarias para su éxito. En ella se pueden ubicar a varios autores. El primero es Tomás Moulián, para quien no se cumplieron las condiciones mínimas para el desarrollo de la vía chilena, especialmente, la necesidad de negociación con la Democracia Cristiana; lo que se agravó con las tensiones en la izquierda, que llevó finalmente a una situación de "empate catastrófico". El segundo es Luis Corvalán Lepe, quien coincide con Moulián en la necesidad de alcanzar un acuerdo con la Democracia Cristiana y en la importancia de la ausencia de una dirección única en la UP como factores principales de la derrota, aunque añade otras variables. El tercero es Clodomiro Almeyda, coincide con Corvalán Lepe en los dos factores señalados pero, añade un tercero importante, el problema de la ausencia de una política militar como factor fundamental en la derrota de la UP. En la misma línea coinciden Jorge Arrate y Eduardo Rojas. Finalmente, Hugo Cancino va a enfatizar el hecho de que sólo la vía institucional era un proyecto viable en Chile, pero que ésta necesitaba del acuerdo entre la UP y la Democracia Cristiana.

La segunda variante de esta segunda tendencia se va a centrar, por el contrario, en intentar demostrar que la vía institucional no era viable y, también aquí se analizan diferentes autores. La primera es Susana Bruna, quien señala el error de la UP de suponer que el Estado burgués se dejaría modificar progresivamente desde dentro; error basado en los supuestos de que tanto la burguesía como el movimiento popular actuarían dentro de los límites legales. El segundo autor es Gabriel Smirnow, para quien la UP diseñó una política revolucionaria que frustró el gradualismo del PC; para este autor, el polo revolucionario no fue responsable de tres aspectos que hicieron fracasar el proyecto: la política de alianzas, la política respecto a las Fuerzas Armadas y, la utilización del aparato institucional. Por último, Fernando Mires quien, aunque alude a otros factores externos para explicar la derrota de la UP, sin embargo, sitúa la explicación central de esta derrota en los que considera sus errores estructurales: la raigambre parlamentarista de los partidos que dificultaría la relación con el movimiento popular, las limitaciones económicas del programa y, el carácter excluyente y discriminatorio del programa UP respecto a ciertos sectores populares marginados.

Garcés y Leiva terminan llamando la atención sobre lo que consideran dos grandes omisiones en los estudios realizados sobre la UP. La primera sería la intervención norteamericana en Chile, que no ha sido objeto de estudios sistemáticos históricos. La segunda omisión sería el poco interés por movimientos sociales populares, con la excepción de los estudios de Gaudichaud y Winn.

Dados los objetivos explícitamente señalados al inicio de este capítulo es evidente que el desarrollo que se realizará aquí podría enmarcarse dentro de la segunda gran tendencia en que dividen Garcés y Leiva los distintos estudios sobre el tema.

Efectivamente, la preocupación nodal que recorre el análisis que venimos realizando se muestra más claramente en estos últimos capítulos, y tiene que ver con

las enseñanzas que se pueden extraer de una experiencia tan insólita como la chilena. Volver a contemplarla y repasar toda la polémica suscitada a su alrededor más de 30 años después, es hacerlo desde un momento histórico muy diferente de aquel en que fueron escritos muchas de las obras a las que nos estamos refiriendo, y después de otras muchas experiencias acaecidas en unas décadas de profundos cambios que han convulsionado profundamente a la izquierda en todas sus concepciones teóricas y prácticas.

Las cuestiones planteadas al inicio van a tener, a grandes rasgos, dos respuestas diferentes que, en definitiva, van a coincidir con los dos grandes campos enfrentados en la izquierda durante el periodo el gobierno de la UP

Pensamos que en ambas respuestas hay elementos acertados de análisis y errores, aunque, como vemos, el peso de cada uno de ellos en cada campo es diferente.

El primer campo sobre el que vamos a indagar esta formado por aquellos que creyeron en la viabilidad del proyecto político de la UP, que buscan en los errores cometidos ante los diferentes obstáculos encontrados, la explicación del fracaso de esta experiencia. Su común adscripción a éste campo no evita que, por lo demás, haya profundas diferencias en torno a otras cosas tan importantes como eran el carácter de la etapa del gobierno popular, o, el tipo de sociedad socialista en el que estaban pensando.

Algunos de estos autores, como Cancino o Joan E. Garcés hacen un esfuerzo por extraer conclusiones teóricas de largo alcance en torno a las estrategias del movimiento socialista, del tipo de socialismo que se pretende alcanzar.

El análisis de Cancino está enmarcado por dos ideas clave sobre los actores de la izquierda chilena. La primera sería que, pese a las divergencias profundas existentes en las estrategias de estos actores, todos participan en una matriz teórica común, el marxismo de la III Internacional y los modelos de revolución, de Estado, partido y democracia que esta organización instituyó, codificando la experiencia de la revolución de octubre de 1917 en Rusia. La segunda, es la consideración por Cancino del presidente Salvador Allende como el representante genuino de un proyecto de socialismo democrático, diferenciado claramente el proyecto sustentado por el PC, al que a veces se le asimila, y que vendría a ser, justamente, la verdadera alternativa en la izquierda al dominio hegemónico del "marxismo dogmático y los modelos de la Tercera Internacional".

Frente a la vía chilena al socialismo, estrategia aceptada por la UP, al menos en teoría, y defendida de manera clara por el presidente Allende y, en general, por el denominado polo gradualista, se encontraría la estrategia insurreccional, que para Cancino no tenía ninguna "posibilidad de aplicación eficaz en las condiciones histórico-estructurales de la formación social chilena". Esta última estrategia la define por los elementos que fueron característicos del modelo bolchevique de revolución: partido de vanguardia que dirige una insurrección rápida con aparición de milicias obreras y rupturas del ejército; aparición de organizaciones populares de base, los soviets y, finalmente, asalto al Estado, entendido como fortaleza, y constitución de un gobierno obrero y campesino⁴³⁹.

La hegemonía en la izquierda del modelo derivado de la Tercera Internacional tenía dos variantes en torno a la táctica para la toma del poder, la primera abogó por un proceso de revolución por etapas, la segunda se inclinaba por un ataque frontal y rápido de carácter insurreccional. Estalinistas, trotskistas y castristas, con todas sus variantes participaban de este esquema. Sólo Allende y un puñado de seguidores

⁴³⁹ Cancino, Hugo, op. cit., págs. 25-6

dentro del Partido Socialista permanecían alejados defendiendo un modelo diferente, democrático. Este es el núcleo de la crítica de Cancino al pensamiento y comportamiento de izquierda durante el período de la Unidad Popular.⁴⁴⁰

Si es evidente que el PC se encuentra inscrito en este campo hegemonizado por el pensamiento derivado de la Tercera Internacional - su defensa de la vigencia de la dictadura del proletariado, o de los regímenes de socialismo real existente así lo prueban -, no es menos cierto que su análisis posterior sobre las causas responsables del fracaso de la experiencia chilena se aparta de los autores más ortodoxos dentro del marxismo-leninismo, que apuntan a que este desenlace era inevitable desde el momento en que la UP no siguió las enseñanzas históricas de las revoluciones proletarias del siglo XX. Al fin y al cabo, el PC seguía su "vía no armada" en perfecta concordancia con lo defendido por los dirigentes de la URSS desde 1956.

El análisis de Cancino contiene una triple conclusión: La primera de ellas se refiere a la estrategia, defendiendo que la única realmente viable para las fuerzas populares, en el contexto histórico de 1970 en Chile, era el proyecto de la vía político-institucional al socialismo⁴⁴¹. El programa de la UP y esta vía eran los únicos que respondían a las condiciones de una sociedad civil compleja y pluralista.

La segunda conclusión gira en torno a las alianzas necesarias, insistiendo en que la transformación estructural profunda que pretendía llevar a cabo el gobierno popular

"requería para su éxito una amplia base de apoyo social, y por ello, el establecimiento de un consenso entre la Unidad Popular y una política como la Democracia Cristiana, que asumía significativamente la representación y convocación de las capas medias y de sectores campesinos y populares urbanos. Este consenso habría permitido aislar y desarticular al bloque burgués reaccionario".⁴⁴²

La tercera conclusión tiene por destinatarios los partidos políticos de la izquierda, preguntándose por su idoneidad para conducir la vía chilena al socialismo:

"¿Era posible la implementación de la vía política institucional al socialismo, por partidos o tendencias que formalmente aceptaban sus premisas y a la vez reconocían la validez del paradigma de la vía armada/insurreccional, la dictadura del proletariado, y, en definitiva, el ejemplo de los 'socialismos reales'?"⁴⁴³

Su respuesta a esta pregunta es negativa.

Joan E. Garcés, por su parte, es uno de los más importantes defensores de la vía político-institucional. Consejero del presidente Allende y, como tal, protagonista directo de la experiencia chilena, hace uno de los intentos más serios por analizarla con rigor y extraer lecciones sólidas para el futuro.

Sus conclusiones en torno al destino final sufrido por el gobierno y el movimiento popular chileno podemos dividirlo, a efectos de claridad expositiva, en tres apartados consecutivos, que girarían en torno a los distintos proyectos enfrentados en el campo de la izquierda disputándose la dirección del proceso, y, su trayectoria histórica; los problemas concretos que llevaron al trágico final conocido, y; las lecciones a extraer del proceso chileno para una estrategia político-institucional.

⁴⁴⁰ *Ibíd.*, pág. 385

⁴⁴¹ *Ibíd.*, pág. 431

⁴⁴² *Ibíd.*, pág. 433

⁴⁴³ *Ibíd.*, pág. 440

Garcés considera que en la experiencia del movimiento socialista se han teorizado o practicado tres grandes modelos para la conquista del Estado por parte de los trabajadores: el de la guerra popular (y su variante guerrillera), el modelo insurreccional, y, el político-institucional⁴⁴⁴. Pero, dado el desarrollo histórico en Chile, la primera quedó al margen de cualquier posibilidad de aplicación y, sólo las dos últimas se enfrentaron claramente, y, por lo tanto, son el objeto de atención por parte de este autor.

Ambas vías son también definidas como estrategia directa e indirecta de transición al socialismo; y son claramente expuestas a través de sus elementos más definitorio:

"en la vía político-institucional las relaciones sociales se canalizan a través de una dinámica de incitación-estímulo entre los sectores contradictoriamente diferenciados que persigue la reestructuración socioeconómica y política de la sociedad a través de una estrategia indirecta que evite el conflicto violento y la ruptura de los mecanismos sociales de coexistencia e identificación colectiva(...) Por su parte, la vía insurreccional contempla la agudización de las tensiones como camino hacia la polarización de las fuerzas sociales y, producido el conflicto, el proceso de relaciones sociales es regulado a través de la dinámica coerción-disuasión, que encuentra su resolución natural en el enfrentamiento violento entre las organizaciones antagónicas - estrategia directa".⁴⁴⁵

Sobre la vía político-institucional ya vimos en el capítulo dedicado a "la vía chilena al socialismo" la exposición que de ella hizo este autor, ahora veremos la vía insurreccional. Ésta necesita para su implementación, y eventual éxito, de algunos prerequisites que Garcés va desgranando⁴⁴⁶: por el lado de los factores económicos menciona, siguiendo a Lenin, una grave crisis de producción y distribución, un agravamiento agudo de las privaciones y sufrimientos de las clases oprimidas y, consecuencia de lo anterior, un aumento de la actividad de las masas. Por el lado de los factores políticos se encontraría una grave crisis del sistema político, con especial incidencia en el aparato represivo del Estado, y, también en su aparato ideológico que se ven, así, resquebrajado, perdiendo eficacia los elementos coactivos, valorativos e institucionales que mantienen la legitimidad del orden y la autoridad.

Finalmente, la vía insurreccional lleva implícita la necesidad del enfrentamiento armado como fase última de conquista del gobierno.

Si aquellos son los prerequisites, el medio instrumental por excelencia en esta vía es el fenómeno del doble poder que implica la fractura del régimen institucional, buscando la legitimación del poder político en las decisiones de las organizaciones populares, al margen de los mecanismos institucionalizados que tiene el sistema político vigente para ello.

Finalmente, recuerda Garcés, todo ello desemboca "en la dictadura del proletariado, a través de la guerra civil, como mecanismo de definición y solución del enfrentamiento".

Para justificar su posición en favor de la vía político institucional para Chile, Garcés realiza un examen de la trayectoria histórica del movimiento obrero y socialista, y, expone las lecciones que se desprende de ella, especialmente a tener en cuenta por los movimientos transformadores que operan en sociedades económica y políticamente desarrolladas, es decir, industrializadas y con regímenes políticos demo-liberales.

⁴⁴⁴ Garcés, Joan E., El Estado y los problemas táctico en el gobierno de Allende, op. cit., pág. 248

⁴⁴⁵ Garcés, Joan E., Allende y la experiencia chilena, op. cit., págs. 42-3

⁴⁴⁶ Garcés, Joan E., El Estado y los problemas tácticos en el gobierno de Allende, op. cit., págs. 248-53

De manera apretada resumimos algunas de estas conclusiones extraídas por Joan E. Garcés⁴⁴⁷: De un lado, las características que adquiriera un período de transición al socialismo vienen condicionadas por la naturaleza de la crisis precedente que pone fin a la capacidad de continuidad del sistema capitalista. Por otro lado, sin existencia de una crisis social no es posible un cambio de régimen, ni, con mayor motivo, de sistema político. Una tercera enseñanza de la historia social del último siglo medio es la de que allí donde las fuerzas capitalistas nacionales o internacionales eran dominantes, las insurrecciones obreras han sido ahogadas en sangre; en tanto que allí donde han contado con respaldo económico-militar suficiente han conquistado o retenido el poder.

La existencia de estas dos vías no significa que su elección o desarrollo histórico dependa de un acto de voluntarismo; sino de las condiciones históricas en que se haya desarrollado un determinado movimiento obrero, especialmente del hecho de sí cuenta o no con una trayectoria de lucha democrática. Así, Garcés constata una constante histórica según la cual

"en ningún país donde el movimiento obrero ha conquistado y ha practicado las formas de lucha política propias de un sistema fundado en el sufragio universal, se ha instalado un gobierno socialista por la vía insurreccional. Y lo contrario es igualmente cierto: en ningún país donde ha triunfado una insurrección proletaria, el movimiento obrero había incorporado a su praxis las formas de lucha democrática fundamentadas en el sufragio universal, es decir, en la democracia política".

La razón de esta constante radicaría en que

"los fundamentos socioeconómicos y políticos que hacen viable la lucha social por la vía político-electoral, no sólo son distintos sino incluso contrapuestos a los de la vía insurreccional".⁴⁴⁸

Además, continua, desde 1917 todo intento revolucionario por medio de la guerra civil en un país industrializado ha terminado en un fracaso o en un baño de sangre. Igualmente, cuanto más se aproxima un proceso revolucionario a una guerra civil, más condicionado está su suerte por las relaciones militares entre las potencias.

Finalmente, un proceso revolucionario que tenga lugar en un contorno internacional militarmente dominado por fuerzas capitalistas debe evitar derivar hacia la situación de guerra civil porque, en ausencia de guerra internacional, la táctica insurreccional es inviable en los países industrializados. Esta confusión de tácticas por parte de los dirigentes revolucionario de los países industrializados "durante tres generaciones" han llevado a derrotas trágicas como la de Chile en 1973.

De estas lecciones Garcés extrae las conclusiones pertinentes que aplica a la experiencia chilena, y le llevan a un punto de encuentro con Hugo Cancino; Chile era un país en el cual, por su trayectoria política e histórica, y la de su movimiento obrero, sólo era posible y viable la aplicación de la vía político institucional.

Entonces ¿dónde se encuentran los factores responsables de su derrota?

Garcés⁴⁴⁹ analiza las razones geopolíticas y económicas que animaban a los sectores internos e imperialistas a promover el golpe de Estado, y considera que quizás con la distancia estas razones sean predominantes en la explicación de la derrota, pero de momento él considera que los factores externos eran una condición necesaria pero no suficiente para aquella. Era necesario para que tuvieran éxito que

⁴⁴⁷ Garcés, Joan E., Allende y la experiencia chilena, op. cit., págs. 11, 20, 24-6, 28, 38

⁴⁴⁸ *Ibíd.*, pág. 22

⁴⁴⁹ *Ibíd.*, págs. 113-117

el movimiento popular cometiera una serie de errores, y éstos son los que vamos a examinar a continuación.

La UP alcanzó la victoria electoral con poco más de un tercio de los votos (36,5 %), y, además, su posición era minoritaria en el Congreso, así que la ratificación de Allende sólo fue posible gracias a una "entente movimiento popular-sectores medios progresistas (DC)". Pero una vez que esta entente inicial dio paso a un conflicto abierto entre ambos sectores sociales, que a su vez controlaban diferentes instituciones estatales, la cohesión del aparato estatal se descompuso y se abrió paso la posibilidad de una salida de fuerza, concretada en el golpe militar del 11 de septiembre.

Hasta mediados de 1972 fue posible el desarrollo de la vía político-institucional, pero a partir de ése momento se alteraron las condiciones que la hacían posible debido, en opinión de Garcés, "a la presión combinada de las fuerzas contrarrevolucionarias internas y externas y a ciertos errores tácticos de la UP"⁴⁵⁰

Con la profundización de la crisis, Allende se va a apoyar en uno de los tres pilares de la vía indirecta, "la vinculación entre aparato estatal y Fuerzas Armadas", pero le fallarían las otras dos condiciones necesarias: obtener un respaldo superior al de la oposición, y, conseguir coordinar al gobierno y el Parlamento⁴⁵¹

Para Garcés, la UP cometió en el primer periodo de gobierno un triple error táctico que condicionó toda su posterior línea estratégica: El primero fue no haber apoyado la continuidad en la DC de una dirección menos proclive a la alianza con los sectores contrarrevolucionarios. Fue un grave error de la UP el impulsar la división de la DC y contribuir a la polarización de las fuerzas políticas. La UP debería haber sostenido al sector de izquierda de la DC para poder llegar a acuerdos con esta fuerza política⁴⁵². Éste es, precisamente, un punto de los más delicados y controvertidos, que ningún autor parece explícitamente querer profundizar en sus consecuencias. Garcés lo único que constata es que lo imposible era una alianza UP-DC en torno a un proyecto de capitalismo de Estado socialmente avanzado, pues esto sólo sería posible con la exclusión del PS, es decir, con la ruptura de la UP⁴⁵³. A partir esta constatación queda sin precisar, entonces, cuáles eran los acuerdos posibles para lograr la coexistencia.

El segundo error de la UP sería no haber impulsado una política económica orientada a obtener la mayoría en el Parlamento antes de que el enfrentamiento con la reacción fuera irreversible. Garcés cree que la confianza excesiva en la posibilidad de asegurar el crecimiento económico sin antes haber consolidado el control sobre los centros de dirección del Estado y la estructura económica es otro de los graves errores de la UP. Aunque, en última instancia, lo fundamental fue la insuficiente "unidad táctico-estratégica" que lastró la capacidad de conducción de la UP; el que sus partidos no aceptaran la disciplina hacia el comité político conjunto, el gobierno o Allende⁴⁵⁴. Otro aspecto de este segundo error fue la ausencia de una política realista en la UP para crear en los primeros meses de gobierno un APS de contornos y funciones bien delimitados.⁴⁵⁵

En tercer de los errores tácticos es,

"no haber articulado a las organizaciones obreras con el aparato armado del Estado, con vistas a incrementar el poder que disuasión(...) [y] si aún así resultaba imposible evitar que la

⁴⁵⁰ *Ibíd.* pág. 143

⁴⁵¹ *Ibíd.*, pág. 192

⁴⁵² *Ibíd.*, pág. 212

⁴⁵³ *Ibíd.*, pág. 242

⁴⁵⁴ *Ibíd.*, pág. 228

⁴⁵⁵ *Ibíd.*, pág. 230

*oposición adoptara una estrategia directa contra la UP, facilitar la reconversión del movimiento popular, para hacer frente a las necesidades que exige esta nueva situación "*⁴⁵⁶

Para Garcés no existió en la UP claridad teórica para articular una política militar antiinsurreccional basada a la vez en las Fuerzas Armadas y en los organismos populares y obreros. En este punto Garcés es menos explícito que Almeyda sobre el papel a jugar por las organizaciones del movimiento popular. Tampoco existió una línea coherente de trabajo hacia el interior de las Fuerzas Armadas. La UP accedió al gobierno sin tener prevista una política militar adecuada a la línea táctica impulsada, ni tampoco fue capaz de establecerla cuando gobernó debido a las diferencias de tácticas que pugnaban en su seno ⁴⁵⁷.

Estas recomendaciones están bien planteadas en la teoría, pero lo que no queda nada claro es su viabilidad práctica. Garcés insiste en diversas líneas que parecen incoherentes entre sí en la práctica: De un lado, dadas las condiciones históricas, sociales y políticas de Chile la única vía posible era la político-institucional. De otro lado, las condiciones concretas en que se inicia esa vía en Chile la hacían extremadamente difícil de implementar. Además, sostiene que la práctica histórica ha demostrado que proceder a un cambio de vía en pleno proceso revolucionario es muy complejo y "requiere secuencias de tiempo generalmente largas". Pero, a pesar de todo, parece concluir que si se hubiesen evitado determinados errores imputables a la UP, hubiera podido sobrevivir, y coronarse con éxito, la experiencia puesta en marcha con la victoria presidencial de 1970.

En 1972, cuando publica su obra "El Estado y los problemas tácticos del gobierno de Allende", Garcés apunta que en la teoría, tanto Marx como Lenin, concebían la vía pacífica como posible en determinadas condiciones, pero, continua:

*"en la práctica está por demostrar que el camino político-institucional pueda conducir a la hegemonía política de la clase trabajadora y hacer posible de este modo la transición al socialismo. El proceso revolucionario chileno actual es el que más ha avanzado por este sendero"*⁴⁵⁸.

El final sangriento del proceso impidió verificar la viabilidad de esa vía, pero ¿demostraba ese final su total imposibilidad?

El análisis oficial del PC sobre las razones de la derrota de la experiencia chilena fue realizado en el Pleno del Comité Central de este partido que tuvo lugar en Moscú en agosto de 1977. Como tal, este documento es imprescindible para conocer las lecciones que los comunistas extrajeron de esos tres intensos años. Junto a él hay otras dos importantes obras escritas tardíamente por quien fue durante el gobierno de Allende el máximo responsable del PC⁴⁵⁹. A través de estos documentos veremos cuáles fueron las causas que llevaron a la derrota del gobierno popular según los comunistas.

Recordemos que para el PC las tareas que el gobierno Allende debía cumplir en esa etapa eran las de una revolución antiimperialista, antioligárquica y orientada al socialismo. Y como tal, Corvalán considera que el proceso desarrollado entre 1970-73

"fue una revolución, parcial e inconclusa, pero revolución al fin, y no un mero proceso revolucionario y menos un proceso simplemente reformista(...) Si la revolución quedó a medio

⁴⁵⁶ *Ibíd.*, pág. 179

⁴⁵⁷ *Ibíd.*, págs. 277-78

⁴⁵⁸ Garcés, Joan E., *El Estado y los problemas tácticos en el gobierno de Allende*, op. cit., pág. 274

⁴⁵⁹ El informe fue rendido ante el pleno de 1977 por su entonces Secretario General Luis Corvalán y muchos los argumentos recogidos en ése documento son luego utilizados en las dos obras escritas con posterioridad.

camino y no logró afirmarse fue, ante todo, porque la Unidad Popular no supo y por lo tanto no pudo unir a la mayoría del país con vistas a resolver, en toda su extensión, la cuestión del poder"⁴⁶⁰.

El entonces secretario general del PC rechaza de plano la interpretación de quienes critican la vía chilena socialismo como un proyecto inviable y, por el contrario, suscribe la tesis de Pedro Vuskovic según la cual esta derrota

*"fue el desenlace impredecible a que está expuesto cualquier empresa revolucionaria cuyo propósito transformador lo enfrenta a poderosos intereses y cuya trayectoria es, por lo mismo, una trayectoria de lucha cuyo éxito no está nunca garantizado"*⁴⁶¹.

Corvalán es consciente de que más allá de la ausencia de garantías para cualquier proyecto transformador, hay causas concretas que analizar para poder conocer por qué se llegó a un determinado desenlace y no otro, y él hace su propia aproximación.

El propio autor ratifica posteriormente que en el Pleno del Comité Central del PC de 1977 se enfatizaron como causas principales de la derrota aquellas de mayor contenido militar: de un lado, el precario carácter de las relaciones entre la Unidad Popular y las Fuerzas Armadas, y, de otro, la insignificante preparación militar de los partidos populares para defender al gobierno, incluso con las armas⁴⁶². Ésto, como vimos, forma parte de la autocrítica que realizó el PC en ese Pleno a su carencia de una política militar acorde con la etapa de transformaciones en marcha, lo que pasaría a conocerse como "el vacío histórico".

Sin embargo, Corvalán apunta a que hubo otros "vacíos históricos" además del militar. Con ello se refiere a la polémica que se suscitó sobre si la secuencia de transformaciones no debió ser la inversa de la seguida en la realidad, es decir, en lugar de comenzar por la esfera económica haberlo hecho por la político-institucional. En este sentido la opinión del Secretario General del PC es la de que

*"las uvas aún estaban verdes. Los poderes legislativos y judicial nunca fueron sometidos a una crítica seria por parte de los partidos de izquierda. En el país no había una conciencia formada acerca de la necesidad de transformar las instituciones estatales. En esta situación, el gobierno de la Unidad Popular no tenía posibilidad de contar entonces con una mayoría en el Congreso para legislar sobre tales materias"*⁴⁶³.

Así, pues, los errores e insuficiencias que llevarán a la derrota son fruto de varios "vacíos históricos". Pero hay que recordar que, tras la constatación de estos vacíos, ya en el Pleno de 1977 se había profundizado en el análisis de los errores más importantes cometidos por la UP, y, se utilizó para ello una dicotomía.

Los primeros serían errores de derecha. Con ello se apuntaba, fundamentalmente, a dos cuestiones: En primer lugar, a lo que se consideraba falta de firmeza por parte del gobierno para parar los pies a los sectores reaccionarios en las numerosas ocasiones en que sobrepasaron los marcos legales en su estrategia de sembrar el caos, aludiendo con ello a fenómenos como el acaparamiento, los bloqueos de carreteras, o los asaltos a los locales de partidos de izquierdas entre otros. El Informe considera que:

⁴⁶⁰ Corvalán, Luis, De lo vivido y lo peleado. Memorias, op. cit., pág. 176

⁴⁶¹ Corvalán, Luis, El gobierno de Allende por dentro y por fuera, op. cit., pág. 209

⁴⁶² *Ibíd.*, pág. 182

⁴⁶³ Corvalán, Luis, De lo vivido y lo peleado. Memorias, op. cit., pág. 164

"prevalecieron en el Gobierno criterios reformistas y no revolucionarios. Los contrarrevolucionarios usaban descaradamente la prensa, la radio y la televisión para preparar el derribamiento del gobierno(...) y anunciaban que "Yakarta viene " "464.

En segundo lugar a la política militar de la Unidad Popular y del gobierno. Aun considerando como un error de derecha la política seguida en este campo, sin embargo, el Informe estima que el hecho concreto de la salida de los militares del gobierno después de las elecciones legislativas de marzo de 1973 fue, sin embargo, un error sectario, de "izquierda", pues, en concreto, "su salida [el general Prats] del Ministerio debilitó gobierno, alentó a la reacción y facilitó la conspiración en el seno mismo del Ejército"⁴⁶⁵.

Los aspectos más claros de este error de derecha tienen que ver con las oportunidades desperdiciadas para depurar a los elementos más reaccionarios en el seno de las Fuerzas Armadas, lo que era una responsabilidad sobre todo del gobierno. Pero es aquí donde PC hace su autocrítica por el "vacío histórico" de una política militar.

Su opción por la vía pacífica en 1956 se había hecho teniendo en cuenta que cabía la posibilidad de que en algún momento tuviese lugar un enfrentamiento armado. Sin embargo, ello no se tradujo en la implementación de una política militar basada en el estudio de las instituciones armadas y un trabajo de promoción en su seno de las ideas democráticas, "lo que constituyó una insuficiencia más que grave de la política del Partido"⁴⁶⁶.

Por otro lado, el gobierno y la UP habrían cometido lo que se denominan como errores de izquierda; y a los que Corvalán considera tan graves como los primeros. La importancia que les concede esta clara en sus Memorias:

"si, en definitiva, ésta [la revolución chilena] no prosperó, no fue por qué de por si fuera inviable(...) ni se debió al poder de sus enemigos, el imperialismo norteamericano en primer término(...) Fue derrotada, principalmente porque la UP carencia de una política amplia y acertada y en ella terminarán por gravitar más las posiciones sectarias extremistas que no contribuyeron a traer más y más fuerza y, en cambio, llevaron agua al molino de los contrarios "467.

El Informe hace un repaso de este tipo de errores cometidos durante el período del gobierno de la UP⁴⁶⁸ y que se vinculan con el incorrecto enfoque de una serie de problemas relacionados "con el papel de la clase obrera como fuerza motriz y dirigente de una alianza muy amplia y con la significación de las capas medias". Derivados estos errores de la existencia de posiciones sectarias, están referidos, primero a la "vulneración del programa de la UP en materia de expropiaciones de tierras y de expropiaciones o requisiciones de industrias", apuntando directamente a la responsabilidad del MIR y otros sectores izquierdistas. En segundo lugar, se menciona el trato incorrecto a algunos sectores de las capas medias, entre ellos a algunas categorías de profesionales. En tercer lugar, se critica la posición ultraizquierdista contraria a la batalla de la producción, que llevó a posiciones de "conformismo y pasividad" en esta materia. El último de los errores de izquierda se relaciona con la política a seguir en relación con la oposición, en la cual - frente a la actitud del PC de diferenciar entre el fascismo, al que había que voltear y suprimir, y las expresiones burguesas - los sectores izquierdistas de la U.P pretendían dirigir

⁴⁶⁴ Informe al Pleno del Comité Central del Partido Comunista de Chile de agosto de 1977, op. cit., pág. 26

⁴⁶⁵ *Ibíd.*, pág. 30

⁴⁶⁶ *Ibíd.*, pág. 32

⁴⁶⁷ Corvalán, Luis, De lo vivido y lo peleado. Memorias, op. cit., pág. 172

⁴⁶⁸ Informe al pleno del Comité Central del Partido Comunista de Chile de agosto de 1977, op. cit., pág. 38-40

todo el fuego contra la Democracia Cristiana por ser la fuerza más numerosa de la oposición.

Ya vimos anteriormente que Corvalán se muestra especialmente crítico contra las manifestaciones de sectarismo o radicalismo que atravesaron la UP y la debilitaron, como la deriva a la izquierda del Partido Radical, que terminó declarándose marxista, empujando así a un sector del mismo a la escisión (PIR), y, acabó por abandonar la representación de las clases medias; o, la ruptura de la IC con la DC y su posterior radicalización; también la línea enarbolada por el MAPU de Garretón que terminaría en la escisión de este partido; igualmente fue un error sectario de la UP, inducido por el PS, el presentar candidato propio en la lección de Valparaíso el 18 de julio de 1971, y no apoyar al candidato de la DC⁴⁶⁹.

La importancia trascendental de estos errores se encuentra en que influyeron en el cambio de correlación de fuerzas que era "la cuestión central en torno a la cual giraba o debía girar la política de la Unidad Popular", o, como, se dice en otra parte del Informe, "la lucha por la revolución se convirtió en la lucha entre el pueblo y la reacción por cambiar la correlación de fuerzas en favor de uno u otro"⁴⁷⁰. Y si esa es su importancia, su origen lo sitúa el PC en la ausencia en la UP de un criterio común respecto al carácter de la revolución, a las etapas de la revolución y el papel de las capas medias.

Sin embargo, hay un error clave para Corvalán: "entre tantos factores que facilitaron nuestra derrota, el principal estuvo en la falta de una Dirección única y amplia en la UP y en el gobierno". En este punto coincide con la inmensa mayoría de los análisis sobre las causas de la derrota de la UP, pero es una coincidencia formal, pues cada cual plantea la unidad de dirección para objetivos diferentes. Los que plantea Corvalán, es decir, el PC, son claros:

*"una tal Dirección tenía que haberse orientado a lograr un gran acuerdo con la Democracia Cristiana e incluso gobernar juntos, de manera de haber contado siempre con una correlación de fuerzas favorables a los cambios"*⁴⁷¹.

Había un argumento fundamental para Corvalán en la defensa de esta tesis aliancista. Transcurrido un año del gobierno popular se había hecho evidente que:

*"la legalidad imperante(...) había pasado a ser un freno, una traba, un obstáculo para seguir adelante con los cambios(...) Se hizo entonces más claro, más evidente, la necesidad de cambiarla(...) En ello estaban de acuerdo todos los partidos izquierda(...) [pero] Por su propia cuenta, no podían cambiar ni modificar la institucionalidad por ningún camino, ni a través del camino legal, ni a través del camino extralegal(...) Para seguir avanzando dentro de la legalidad se requería, además del apoyo de las masas, llegar a un acuerdo con la democracia cristiana"*⁴⁷²

Reconociendo las diferencias de programas entre la DC y la UP, Corvalán evoca, con tres décadas de distancia, la posibilidad de acuerdos parciales para traducirles en "una alianza democrática avanzada"⁴⁷³, con lo que parece referirse a las reflexiones de Berlinguer sobre la necesidad de conseguir una gran mayoría para los cambios democráticos avanzados, como etapa anterior de acceso al socialismo. Sea como fuere, la responsabilidad de esa posibilidad frustrada la hace recaer sobretodo, como por otra parte no le falta razón, sobre el PS, al que reprocha

⁴⁶⁹ Corvalán, Luis, El gobierno de Allende por dentro y por fuera op. cit., pág. 185-92

⁴⁷⁰ Informe al pleno del Comité Central del Partido Comunista de Chile de agosto de 1977, op. cit., pág. 20

⁴⁷¹ Corvalán, Luis, De lo vivido y lo peleado. Memorias, op. cit, pág. 168

⁴⁷² Corvalán, Luis, el gobierno de Allende por dentro y por fuera, op. cit., pág. 204

⁴⁷³ *Ibid.*, pág. 207

amargamente el contraste entre el sectarismo de ayer y el oportunismo de hoy. Pero no en exclusiva, pues en esa responsabilidad también fallaron otros actores políticos importantes:

"en medio del sectarismo imperante en esos días, aquella actitud política nos faltó incluso a los comunistas.

*La Democracia Cristiana tuvo una responsabilidad no menor en el fracaso del nuevo camino que emprendía el país".*⁴⁷⁴

En el Informe se realiza un acto de fe, en el sentido de que expresa más un deseo que una constatación empírica verificada, sobre la vía pacífica y la continuación de su validez a pesar de la derrota: "a pesar de haber sido ahogada en sangre la revolución chilena, creemos que nuestra derrota no desaloja la posibilidad de la vía pacífica en una serie de países". Pero, el PC CH sigue teniendo, en 1977, una concepción de la revolución y del socialismo situada dentro de los parámetros ortodoxos vigentes en el movimiento comunista del momento, como lo deja bien claro la manera en que concluye esta parte del análisis: "Al mismo tiempo deducimos también de nuestra experiencia que las leyes generales de la revolución rigen en toda circunstancia, cualesquiera que sean las vías de que se trate".⁴⁷⁵

Olga Uliánova se ha ocupado de estudiar la visión y posición de la URSS en torno a la experiencia del gobierno popular que se desarrolló en Chile y recoge algunos de las interpretaciones que los soviéticos hicieron sobre las causas de la derrota. Vamos a seguir su estudio en este aspecto a continuación.⁴⁷⁶

Estos análisis, puntualiza la autora, están inscritos en el seno de un debate ideológico más amplio que sostiene en aquellos momentos el comunismo soviético con el eurocomunismo y, según el tono de este debate se va agriando, la visión soviética de la experiencia chilena va evolucionando desde una posición inicial, en la que se señala sobretodo a la ultraizquierda como responsable del fracaso, hasta la posición que en 1980 pone el énfasis en la necesidad de la "defensa de la revolución", entendida rigurosamente como defensa armada, y no como el mantenimiento de mayorías estables a favor del proceso, tal como era interpretado al principio.

El primer examen realizado por los soviéticos sobre la derrota de la UP fue hecho por el Instituto del Marxismo-Leninismo del Comité Central del PCUS en febrero de 1974. En dicho estudio la experiencia chilena está englobada dentro de la "ofensiva histórica" que se lleva a cabo a nivel mundial por la implantación del socialismo, y lo que se viene a probar con su derrota es el carácter contradictorio del desarrollo mundial. Además, es analizada como parte de la situación de los "países capitalistas" y no de los "países en vías de desarrollo". El objetivo del informe es defender la validez de la "vía pacífica", a pesar del fracaso en Chile, frente a las posiciones izquierdistas que la niegan. La defienden, pero también la matizan; estos matices se refieren sobretodo a dos aspectos; en primer lugar, a una visión falsa de la vía pacífica, pues recuerdan que no deja de ser una guerra de clases aguda con el empleo de todas las formas y medios de lucha a excepción de la guerra civil; y, en segundo lugar, una reafirmación de que la vía pacífica no está exenta de la necesidad de quebrar el aparato estatal burgués para sustituirlo por otro popular; la peculiaridad de la "vía pacífica" reside en que son distintos los "tiempos y ritmos de ese proceso".

⁴⁷⁴ *Ibíd.*, pág. 205

⁴⁷⁵ Informe al pleno del Comité Central del Partido Comunista de Chile de agosto de 1977, op. cit., pág. 28

⁴⁷⁶ Uliánova, Olga, La Unidad Popular y el golpe militar en Chile: Percepciones y análisis soviéticos, op. cit., págs. 115-126

En cuanto a los errores principales que contribuyeron a la derrota, el informe se centra en dos; el fracaso de la izquierda en "democratizar al ejército y atraerlo al lado de la UP " y, el olvido de la necesidad de "preparación política, psicológica y organizativa de la clase obrera para defender la revolución".

Posteriormente aparecieron diversos estudios de carácter académico entre autores soviéticos que tienen en común su rechazo a la tesis de la inviabilidad de la vía pacífica o, el rechazo de las interpretaciones que daban por fracasada de antemano la experiencia chilena, aunque Uliánova sospecha que esto no es cierto en muchos casos. De cualquier manera, hay coincidencia en responsabilizar del fracaso a los "errores de conducción de la vanguardia revolucionaria".

Entre los dirigentes socialistas el análisis sobre las causas últimas de la derrota de la "vía chilena" no tiene conclusiones unánimes, reflejo de las posiciones encontradas que se debatieron en su seno durante el propio proceso, por esta razón vamos a hacer referencia a tres análisis distintos, dos de ellos corresponden a dos de sus principales dirigentes, el tercero es colectivo, representativo de la dirección del partido en un momento determinado e inmediatamente posterior a la derrota.

Comenzaremos por el análisis que se encuentra más cerca de las conclusiones repasadas hasta el momento, el de Clodomiro Almeyda. Efectivamente, su crítica, como las anteriores vistas, de los errores estratégicos y prácticos cometidos durante el proceso, y que podrían haberse evitado, se enmarca dentro de una visión que considera viable el proyecto revolucionario que puso en marcha la UP.

Igualmente, se sitúa entre los analistas que consideran que los factores determinantes de la derrota fueron de carácter interno, que los factores externos, es decir, el papel del imperialismo norteamericano, sólo sirvieron para potenciar los efectos de esos factores internos; tesis que no sólo considera correcta para el caso concreto de la experiencia chilena, sino de validez general:

*"salvo el caso de agresión militar directa de un Estado a otro, siempre los factores externos inciden en la estabilidad de un sistema político distinto, a través de su influencia en y sobre los factores que internamente debilitan a ese sistema"*⁴⁷⁷.

Pero antes de ver cuáles fueron esos errores a que apunta Almeyda es necesario constatar lo que considera una debilidad de nacimiento de la "vía chilena", a lo que otros autores le presta poca o ninguna atención:

*"el hecho de haberse iniciado como un triunfo electoral en que sólo poco más de un tercio del electorado votó por el candidato de la Unidad Popular"*⁴⁷⁸.

La causa fundamental responsable de los errores que la UP cometió a lo largo del proceso revolucionario en marcha se encuentra en lo que él denomina

*"una apreciación equivocada, infundadamente optimista y, hasta triunfalista, de la correlación de fuerzas en el país(...) Tales ideas e intuiciones resultaron a la postre erróneas, porque no tomaba en cuenta la objetiva situación del país, sino que se fundaban en una captación subjetivista e irreal del poderío relativo a las fuerzas sociales contendientes"*⁴⁷⁹.

A continuación Almeyda desgrana esos aspectos equivocados de la visión de la realidad chilena por parte de la UP que recorre los campos principales de todo proyecto revolucionario: las clases sociales, las alianzas, los factores ideológicos, los

⁴⁷⁷ Almeyda, Clodomiro, Obras escogidas III, op. cit., pág. 61

⁴⁷⁸ Almeyda, Clodomiro, Pensando a Chile, op. cit., pág. 49

⁴⁷⁹ Almeyda, Clodomiro, Obras escogidas III, op. cit., págs. 61-2

militares y los económicos. Se pensaba que la antigua oligarquía tradicional chilena se encontraba "en plena retirada y aguda descomposición" debido a los efectos de la reforma agraria iniciada con Frei. Se contemplaba a la burguesía industrial arrastrada por una "debilidad congénita" en relación con la de otros países de América Latina. Se creía que las clases medias estaban predestinadas "a acompañar a la Unidad Popular en su proyecto revolucionario"; y que los ideales democráticos estaban tan sólidamente asentados en la sociedad chilena que era inconcebible pensar que el fascismo pudiera ejercer su influencia. Se suponía que las Fuerzas Armadas "iban a mantener a toda prueba su lealtad al régimen político, siempre que se respetará su integridad institucional". Por último, se generó una excesiva confianza en que la estatalización de un importante sector de la economía iba a actuar como factor determinante en ésta, y que su eficiente administración sería suficiente para contrarrestar las tendencias inflacionarias.

Esa misma visión distorsionada de la realidad llevará a la UP a cometer dos errores de sobrevaloración de su propia fuerza; el primero consistió en confundir el desarrollo de los partidos obreros "con el proceso ascendente de la misma clase en su totalidad"; el segundo, fue la sobreestimación de

*"la vigorosa y espontánea movilización de masas que se desencadenó durante el gobierno de la Unidad Popular, lo que, lejos de significar, como se pensaba, la culminación de un proceso que elevaba al plano político la conciencia obrera, representaba, más bien, el estado inicial de ese proceso para muchos sectores populares, que recién entonces se movilizaron políticamente, por lo que su madurez y consistencia estaban lejos de llegar a nivel que optimistamente se les atribuía"*⁴⁸⁰.

En su análisis de las causas de la derrota, Almeyda también concede una gran importancia a la lucha ideológica, que la derecha supo hábilmente utilizar partiendo del "poder ideológico que mantienen en la sociedad" y, aprovechando el control que ejercen sobre los medios de comunicación, agitan el peligro que el gobierno popular supone para los valores especialmente sensibles para la clase media, "la patria", "la libertad", "la democracia" y "la seguridad" y, con ello, consiguen, fácilmente, inclinar el lado de la contrarrevolución a esas clases medias. Esta agitación ideológica tiene por motivo la inseguridad y el desorden que las fuerzas conservadoras provocan, a lo que contribuyen

*"las actitudes vanguardistas que algunos grupos de extrema izquierda, que de buena fe intentaban llegar más allá de lo que permitían las condiciones objetivas. Con ello facilitaban objetivamente el trabajo a la contrarrevolución"*⁴⁸¹.

Sin embargo, a pesar de poner el acento en aristas diferentes de los errores cometidos por la UP respecto a lo que hacen otros autores, Almeyda va a coincidir con ellos en la falla fundamental de la UP, lo que fue su debilidad vital: la ausencia de una fuerza dirigente única y eficaz. Eso sí, repartiendo la responsabilidad equitativamente entre las tendencias enfrentadas en su seno, sin, aparentemente, entrar a posicionarse claramente por una u otra:

"la existencia y desarrollo de dos tendencias fundamentales opuestas dentro de la Unidad Popular la una, que acentuaba la viabilidad del proceso y que objetivamente minimizaba sus dificultades, y la otra, que enfatizaba la eventualidad del enfrentamiento, en un plano abstracto, pero sin plantear la forma concreta y realista para poder prevenirlo, controlarlo y vencerlo, contribuyó

⁴⁸⁰ *Ibíd.*, págs. 65-66

⁴⁸¹ *Ibíd.*, pág. 63

bastante para neutralizar la acción del gobierno, favoreciendo el inmovilismo en los momentos decisivos e impidió la formulación que una gran estrategia defensiva de la revolución"⁴⁸².

Después de haber repasado cuáles fueron los errores y debilidades de la revolución chilena que hicieron posible su derrota, Almeyda expone lo que debieron ser las líneas correctas de actuación, que no son más que aquéllas que hubieran evitado los errores analizados⁴⁸³. En primer lugar se debería haber ampliado políticamente la base de sustentación del gobierno atrayendo a los sectores progresistas de la democracia cristiana, incluso, propone, haciendo concesiones en el inicio del proceso que hubieran permitido, a la larga, una mayor estabilidad política del gobierno y un incremento de su base social; y, asimismo, desplegar una política que neutralizase a las clases medias a través de una garantía de los valores que esas capas compartían y que eran compatibles con el proyecto de la UP

En segundo lugar considera que la legitimidad formal del gobierno, sustentada en su origen constitucional y electoral era insuficiente, necesitaba una sobrelegitimación basada en los objetivos y metas democráticas y progresistas que perseguía, lo que significa una lucha por la hegemonía ideológica en la sociedad, liberada en los terrenos cultural, educacional y de los medios de comunicación de masas, evitando, así, "la manipulación de la opinión pública por la contrarrevolución".

En tercer lugar se debiera haber procedido a una reforma constitucional y la transformación de la naturaleza y poderes del Estado y, especialmente, haberse dotado de un gran proyecto militar, cuyas líneas maestras tuvimos ocasión de ver en el capítulo dedicado al problema militar.

Por último, en el plano económico, faltó poner en marcha una planificación económica, pues,

"el mero traspaso de la propiedad y la mera redistribución del ingreso, no logran alterar el mecanismo de reproducción espontáneo del sistema, el que termina por absorber y dominar a los islotes aislados del socialismo ".

Almeyda sale al paso de una objeción que se le puede hacer a su planteamiento; efectivamente, ¿cómo es posible plantearse estas ambiciosas tareas cuando, precisamente, el mismo reconoce que se subestimó la fuerza de la reacción? Su respuesta es de tipo voluntarista:

*"el no haber intentado transformar la institucionalidad y las Fuerzas Armadas y el no haber disputado a la reacción la hegemonía ideológica en la sociedad, fue la razón de que ambas instancias de la estructura social (...) se volcarán en contra nuestra, en la medida en que se agudizaba el conflicto"*⁴⁸⁴.

Hay un último orden de reflexiones de Almeyda en torno a la experiencia que supuso el proceso chileno y su desenlace, y que gira en torno al tema de la democracia, sus valores e instituciones⁴⁸⁵. En este sentido es contundente cuando afirma que "la democracia burguesa que heredamos, debe ser sustancialmente transformada y superada durante el proceso revolucionario, si no queremos que se repitan en otros escenarios históricos, los trágicos acontecimientos de Chile", apuntando a cuatro tipos de transformaciones necesarias en la etapa de transición; de

⁴⁸² *Ibíd.*, pág. 66

⁴⁸³ *Ibíd.*, págs. 64-5

⁴⁸⁴ *Ibíd.*, págs. 65

⁴⁸⁵ Clodomiro Almeyda, *Pensando a Chile*, op. cit., pág. 49-52

éstos, los tres primeros tipos de transformaciones son relativos a la hegemonía política e ideológica de la clase dominante que se prolonga durante dicha etapa, y un último tipo transformaciones se refiere a las fuerzas políticas que dirigen el proceso.

Las primeras tienen relación con la necesidad que tiene la revolución de "defenderse de las tendencias contrarrevolucionarias antidemocráticas", que se generan en el propio proceso y, frente a las cuales, son insuficientes "los mecanismos defensivos del orden social consolidado" que se prolonga durante la transición. Esto implica, de un lado, "transformar radicalmente" las instituciones que encarnan los valores de las clases dominantes, como son las Fuerzas Armadas, el poder judicial y otras instancias decisivas de poder y, por otro lado, alterar radicalmente la influencia decisiva que las clases dominantes tienen en los medios de comunicación de masas para evitar la manipulación de las conciencias de las masas, regulando para ello, el ejercicio de la libertad de información.

El segundo bloque de transformaciones tiene que orientarse a modificar la democracia representativa tradicional para crear nuevas formas de influencia del pueblo en el poder.

En tercer lugar, es necesario

"redefinir las libertades burguesas en función de las nuevas condiciones y objetivos revolucionarios, reglamentándolas; lo que implica una limitación en su ejercicio en cuanto se inspiran en valores de clase, y pueden ser fuentes de abusos y de comportamientos lesivos al avance de la revolución. Estas limitaciones de las libertades burguesas sólo les quitan su carácter de clase, y no deben afectar a su contenido protector de la condición humana, que precisamente el socialismo quiere ampliar y profundizar".

La última modificación que propone Almeyda parte de la consideración de que "el multipartidismo tradicional tampoco es funcional para desarrollo de la revolución". Teniendo en mente la experiencia negativa de las relaciones internas en la UP, su efecto paralizante durante el proceso, rechaza que partidos con posiciones divergentes pretendan dirigir una revolución: "debe al menos establecerse una articulación entre ellos que favorezca la emergencia y desarrollo de una sola gran fuerza dirigente de la revolución".

Son propuestas sin desarrollar que apuntan a la superación de los errores vividos durante la experiencia chilena, pero cuya interpretación y puesta en prácticas concreta puede dar lugar a muchas lecturas, desde la ortodoxa leninista (el modelo clásico de la Tercera Internacional a decir de Cancino) hasta otras próximas a algunas de las propuestas que pondría en circulación el eurocomunismo. Aunque, quizá, Almeyda esté hablando en ese momento más cerca de la primera clave que de la segunda.

En marzo de 1974 el Comité Central del Partido Socialista en el interior elaboró un documento donde se recoge un análisis sobre la recién derrotada experiencia chilena y se definen las líneas de actuación contra la dictadura militar⁴⁸⁶. El documento es elaborado por la dirección interior del PS y, aparte del análisis que contiene sobre la experiencia chilena, que es lo que nos interesa aquí, va a proponer una refundación del PS en base a los principios del marxismo-leninismo. Estas proposiciones son rechazadas por Carlos Altamirano y la mayor parte de los dirigentes anteriores al golpe, dando lugar al inicio de un pulso interno que llevará a la división del partido en 1979.

⁴⁸⁶ Documento de marzo del Comité Central del P. S. (Al calor de la lucha contra el fascismo, construir la fuerza dirigente del pueblo para asegurar la victoria), op. cit.

De entrada podemos resaltar dos aspectos que llaman la atención en este análisis, el primero es la ausencia de cualquier mención al imperialismo como factor mínimamente importante en la derrota del proceso chileno, los factores realmente determinantes son, por el contrario, localizados en las relaciones de fuerza que se desarrollan en el interior de Chile; el segundo aspecto, es la autocritica que se hace del papel jugado por el PS durante esos tres años.

Las causas de la derrota pueden situarse en dos bloques distintos, en el primero estarían todas aquellas relacionadas con la estrategia llevada a cabo por la oposición y sus éxitos alcanzados en diversos campos decisivos; en el segundo se encontrarían todos los errores que cometió la UP o los partidos que la conformaban. Unas y otras son corresponsables del resultado final, aunque también en este documento se termina dando una importancia más determinante a los errores cometidos por la UP que a los éxitos de la estrategia de la oposición.

En principio se señala como factor fundamental de la derrota la inmensa fuerza que lograron acumular los enemigos del proceso a partir de una situación de debilidad y repliegue con que se encontraron tras la victoria presidencial de Allende: supieron explotar las contradicciones internas en la UP y las debilidades del proceso revolucionario; consiguieron arrastrar a las clases medias y a las fuerzas políticas que las representaban, aislando al movimiento popular y desgastando al gobierno; influyeron en la oficialidad de las Fuerzas Armadas, y utilizaron todo el repertorio de luchas, entre las cuales la más eficazmente utilizada fue la ideológica a través de su poder en los medios de comunicación de masas.

Pero, si aquél era el factor fundamental de la derrota, el factor decisivo final fue la cohesión alcanzada en el seno de la oficialidad de las Fuerzas Armadas "porque dio al enemigo una superioridad de fuerzas aplastante".

No obstante, la derrota militar sólo fue la ratificación última y dramática de la derrota política de la clase obrera, que se había producido antes y que venía determinada por su aislamiento y la ausencia de una fuerza dirigente capaz de utilizar con éxito la potencialidad revolucionaria existente en el movimiento popular y en los resortes nacionales controlados por el gobierno.

Las críticas que se vierten sobre los errores cometidos por la UP también se mantienen en un cierto nivel abstracto y apuntan en todas direcciones; así se habla de ausencia de capacidad de autocritica y de corrección de errores, o, para tomar la iniciativa; de falta de línea política clara, y de "la presión de las tendencias pequeño burguesas, disparadas hacia el evolucionismo, la conciliación sin principios, el aislamiento o el extremismo anárquico".

Las diferencias en el interior de la UP se manifestaron respecto al ritmo de desarrollo del proceso; no se comprendieron los requisitos necesarios para la acumulación de fuerzas; y, hubo incapacidad para discriminar quiénes eran los enemigos principales. La política de alianzas sufrió desviaciones y prejuicios, desde el izquierdismo que rechazaba cualquier compromiso, al oportunismo de ganar aliados sociales por la base mediante la política económica y al margen de sus representantes políticos, sin entender el papel que juega la ideología. En el tratamiento del problema de la violencia los errores también fueron por los dos extremos, de un lado "se sembraron ilusiones en el desarrollo pacífico y evolutivo del proceso" y, de otro, "cundió también el verbalismo insurreccionalista". En relación con las Fuerzas Armadas, si de un lado hubo excesiva tolerancia con bs elementos golpistas, de otro lado, como por ejemplo el MIR, "con su típico espíritu infantilista enajenó el apoyo de sectores de las Fuerzas Armadas".

Entre todos los errores, la deficiencia principal la sitúa el documento en

"la incapacidad para articular y combinar el ejercicio de todas las formas de poder con que contaba el movimiento popular: el poder del gobierno y la fuerza del movimiento de masas organizado".

Estos errores impidieron aprovechar tres coyunturas claves para haber orientado favorablemente el proceso en favor de las fuerzas populares. La primera sería en abril de 1971, momento en que la izquierda tenía la iniciativa y estaba a la ofensiva, sin haberse desatado aún la crisis económica; con la derecha aislada y la DC aún bajo la influencia de su ala democrática. Menos favorables eran ya las coyunturas nacidas tras la derrota del paro de octubre y tras las elecciones de marzo de 73, pero seguían siendo oportunidades para una ofensiva estratégica. Faltó siempre "una vanguardia política a la altura de las complejas necesidades del proceso revolucionario".

La conclusión de esta parte del análisis es la ratificación de una de las tesis leninistas más conocidas: "la derrota de la Unidad Popular demostró la importancia determinante el factor subjetivo, expresado en una fuerza política dirigente del proceso revolucionario".

Pero la crítica no se detiene en la UP como conjunto y se dirige a sus dos principales componentes, el PC, y, especialmente el PS, donde se aprovecha para hacer una profunda autocrítica.

En relación con los comunistas, el documento les critica la magnificación que hicieron de la lucha económica y electoral, así como de la vía no armada, lo que implicó caer en el ilusionismo y cometer "errores fatales de apreciación del carácter de clase de las instituciones democrático- burguesas". El PC sobrevaloró los aspectos tácticos. Siguió una línea correcta en relación con la política de alianzas, pero sin enfrentarla desde unas posiciones de fuerza. Le critica al PC su actitud cautelosa respecto a las nuevas formas de organización popular que surgieron, lo que repercutió en un comportamiento ineficaz de la CUT ante las nuevas circunstancias y problemas.

La autocrítica del PS parte de reconocer las insuficiencias que este partido arrastraba desde su nacimiento y que dejaron sentir su influencia durante el periodo de gobierno popular. Los dos principales defectos históricos que resalta el documento se refieren, primero, a la lenta e incompleta formación marxista y leninista del partido y, en segundo lugar, a lo que denomina una constante de su política, el ser capaz de "plantear certeras decisiones estratégicas, pero no tener capacidad para desarrollar una táctica correcta y construir la organización necesaria para concretarla en la práctica". Esto le ha llevado a oscilar entre desviaciones de derecha e izquierda.

La responsabilidad por el hecho de que el partido no hubiera podido convertirse en una auténtica organización leninista habría sido debido al "predominio ideológico de la pequeña burguesía revolucionaria en el partido". Durante los tres años de la experiencia chilena esto se tradujo en una actuación que el documento critica con dureza:

"el partido fue, en gran medida el principal portador, pese a los esfuerzos de la dirección, de la dispersión política que impidió consolidar la hegemonía de la clase obrera en la conducción del proceso".

Señalando en especial la desviación que con más fuerzas se expresó en el PS, la izquierdista, traducido en

" subestimación del papel del gobierno, culto del espontaneísmo de las masas, verbalismo revolucionario, oposición infantil a cualquier concesión o compromiso, voluntarismo, la consideración de la correlación de fuerzas real, etc."

En definitiva, la persistencia de contradicciones ideológicas y debilidades orgánicas dieron lugar a graves deficiencias del trabajo de masas y en el frente del gobierno.

Esto tuvo su traducción práctica en algunos errores graves que el documento menciona: Su propuesta en diversas ocasiones para celebrar un plebiscito para reformar la Constitución. La frustración del primer intento de acuerdo DC-UP sobre el APS, facilitada por la oposición del oportunismo de izquierda en el PS. La incapacidad del PS para, por ejemplo, explicar la estrategia del APS a las bases, que exigían la expropiación de pequeñas y medianas empresas; para convencer al resto de la UP de pasar a la ofensiva tras el paro de octubre de 72; o, para explicar a las masas el significado objetivo del gabinete cívico-militar entonces formado y contrarrestar así la propaganda del MIR.

A pesar de tratarse de tres análisis de dirigentes del PS, el análisis que Carlos Altamirano realizó sobre la experiencia de la Unidad Popular y las causas de su derrota es diferente en sus conclusiones tanto del realizado por Clodomiro Almeyda como del anteriormente visto de la dirección del interior recogido en el "Documento de Marzo".

El punto central en el que va a insistir Altamirano, y que guiará sus reflexiones, es el de la inviabilidad de la "vía chilena"; utilizando su derrota final para intentar cargarse de razón en las posiciones que había mantenido, y que fueron los oficiales del PS en el periodo estudiado. Altamirano alega que el P. S. ya en su primer Congreso consideraba inviable la posibilidad de un "tránsito pacífico al socialismo", y que esta convicción perduró durante todo el período que va hasta el gobierno popular, siendo una de sus más claras definiciones al respecto la aprobada en el XXII congreso del PS celebrado en 1967 en Chillán:

*"Las formas pacíficas o legales de lucha (reivindicativas, ideológicas, electorales, etc.) no conducen por sí mismas al poder. El Partido Socialista las considera como instrumentos limitados de acción, incorporados al proceso político que nos lleva a la lucha armada"*⁴⁸⁷.

Por lo tanto, considera que "la derrota del proceso revolucionario en 1973" vino a confirmar de manera trágica las posiciones que históricamente había venido sosteniendo el PS, aunque es verdad que realiza una importante matización: "nuestro partido estuvo acertado en sus previsiones estratégicas, pero no en sus implementaciones tácticas"⁴⁸⁸.

El error no estaría en haber utilizado el procedimiento electoral para conquistar una parte del aparato del Estado, como ocurrió en las elecciones presidenciales de 1970, ni en hacer una política de transformaciones desde las posiciones conquistadas. El error fundamental consistió en no haber previsto el inevitable enfrentamiento armado final al que llevaría necesariamente una política de transformaciones revolucionarias consecuentes y, por lo tanto, "la incapacidad para sustituir oportunamente la estrategia equivocada".

La "vía chilena" representaba una línea estratégica insuficientemente elaborada que expresaba más un deseo que una concepción acabada y que iba a

⁴⁸⁷ Altamirano, Carlos, *Dialéctica de una derrota I*, op. cit., pág. 10

⁴⁸⁸ *Ibid.*, pág. 13

contracorriente de todas las experiencias revolucionarias acumuladas por el movimiento obrero en los últimos cien años.

Así, en la práctica, todos los supuestos en los que se apoyaba la vía pacífica comienzan a naufragar en cuanto se intenta utilizar la institucionalidad burguesa en contra de la propia burguesía, y, a partir de ese momento, la vía pacífica comienzan a desmoronarse.

A pesar de que la línea argumental fundamental de Altamirano es la de rechazar la viabilidad de la vía pacífica por la propia naturaleza del proceso de transición socialismo, y por las tensiones y enfrentamientos agudos que necesariamente desencadena ese proceso, sin embargo, no por ello deja de repasar las circunstancias concretas que, en el caso de Chile, materializaron esas derrotas. En su análisis, las causas principales se encuentran en la agresiva ofensiva de la burguesía y el imperialismo, y las causas coadyuvantes en los errores cometidos por la UP

En tanto las fuerzas revolucionarias utilizaron la vía pacífica para alcanzar el poder, sometidos a las reglas del juego democrático, el imperialismo y la gran burguesía concibieron "desde su comienzo una estrategia insurreccional armada", evocando como ejemplo de ello el propio papel de la CIA en el secuestro del general Schneider con objeto de provocar un golpe militar antes de la ratificación de Allende, o, la creación de aparatos armados vinculados a la burguesía como "Patria y Libertad" o los comandos "Rolando Matus", entre otros muchos ejemplos que se podrían alegar para demostrar esta tesis.

De la importancia que concede Altamirano a la agresión del imperialismo y la burguesía en la derrota de la experiencia chilena no queda ninguna duda, como tuvimos ocasión de comprobar en el apartado donde se analizó la intervención del gobierno norteamericano en el proceso chileno.

Y en otro lugar apunta que el triunfo de la contrarrevolución estuvo determinado esencialmente "por nuestra incapacidad para responder estratégica y tácticamente a la resuelta decisión de los Estados Unidos de aplastar la revolución en Chile"⁴⁸⁹.

Siendo ésta la causa fundamental, la UP cometió errores que ayudaron a la burguesía y el imperialismo a conseguir sus objetivos. En este aspecto, Altamirano difiere de otros autores tanto en la importancia que estos errores tienen en la derrota como en cuáles fueron concretamente dichos errores.

En primer lugar se refiere a aquellos errores cometidos en el terreno económico, señalando especialmente dos de ellos; el primero sería la excesiva redistribución y expansión del consumo, que al no ser regulados convenientemente comprometieron el necesario "esfuerzo de acumulación que permitiese enfrentar las exigencias futuras". Todo ello contribuiría a la aceleración del fenómeno inflacionario. El segundo error se ubicaría en la política antiinflacionaria, que tuvo el efecto perverso de transformar el APS en un generador de déficit y así, "lejos de constituirse en el sector líder de la acumulación, se transformó en factor importante del déficit fiscal y la consiguiente aceleración inflacionaria"⁴⁹⁰.

Otros dos tipos de errores de naturaleza diferente son los que se refieren, de un lado, a la creencia existente, en la parte hegemónica de la UP, en la posibilidad de un entendimiento con la DC capaz de salvar el proceso y; de otro, el error de subestimar los factores ideológicos responsables de la vinculación de las capas medias al campo de la burguesía.

⁴⁸⁹ Altamirano, Carlos, Reflexiones críticas sobre el proceso revolucionario chileno, pág. 6, <http://www.salvador-allende.cl/Cuadernos/Cuadernos3.pdf>, (15 Agosto 2004)

⁴⁹⁰ Altamirano, Carlos, Dialéctica de una derrota II, op. cit., págs. 42-43

Altamirano se enfrenta también a algunas de las interpretaciones recogidas en otros análisis sobre las causas responsables de la derrota de la UP para refutarlas. La primera de ellas se refiere al aislamiento de la clase obrera que, como vimos anteriormente en el "Documento de Marzo" de la dirección interior del P. S., es presentado como un elemento clave en la derrota de la UP Altamirano, por al contrario, sostiene que

"en ninguna instancia del proceso, ni siquiera en el momento del desenlace, la clase obrera estuvo aislada(...). En cambio, si es efectivo, que aún sin estar aislada, no logró concitar en torno suyo una fuerza militar y política suficiente para vencer".

El centro del problema está en otro lugar sostiene:

"No basta el 51% cuando el resto - la minoría derrotada en términos sociales y electorales - tiene a su lado la inmensa mayoría del poder económico, "del sentido común", de las Fuerzas Armadas, del aparato represivo, de los medios de comunicación de masas y articula el omnipresente poder del imperialismo. La minoría " con fuerza " manda, arbitra y decide "⁴⁹¹.

Pero, justamente esta será una de las conclusiones de Berlinguer, un 51% no basta para promover transformaciones profundas en la sociedad y, además, en marzo de 1973 la UP obtuvo el 44% de los votos.

En segundo lugar se refiere a uno de los argumentos más comúnmente sostenidos en la mayoría de los análisis como elemento también fundamental en la derrota del gobierno popular, el de la ausencia de una dirección única. Para Altamirano, el problema no es la coexistencia de dos estrategias diferentes en el seno de la UP, sino "la aplicación obstinada de una de ellas, la errónea". Evidentemente es una forma de plantear de manera diferente el problema, pues el Secretario General del PS en aquel momento viene a decir que aunque hubiese existido una dirección homogénea con la línea predominante en la UP el resultado hubiese sido exactamente el mismo. Sólo una línea estratégica diferente, la que él defiende, hubiera podido revertir ese resultado, con o sin dirección única, pues eso no era lo más importante.

El tercer elemento que refuta Altamirano es aquél que apunta a la ultraizquierda como responsable decisiva de la derrota; sin negar los excesos cometidos por estos sectores y el daño ocasionado al proceso, le parece una "deducción simplista y unilateral" sostener que sin esos excesos la vía al socialismo habría triunfado.

También rechaza como falso el argumento que señala como causa del fracaso al ritmo demasiado acelerado del proceso, al hecho de no haber procedido a una pausa. A juicio del autor "La consecuencia práctica, visible e inmediata de una consolidación prematura, hubiera sido la desmovilización y frustración de la clase obrera". Para Altamirano no había soluciones a mitad del camino, sólo cabía "la ofensiva ininterrumpida de las fuerzas revolucionarias, en la consecución de una línea estratégica correcta".

Por último, terminando de refutar todos aquellos argumentos que sobre las causas de la derrota esgrimían los autores afines a lo que había sido la línea gradualista en la UP, Altamirano rechaza la importancia concedida a otros errores como el sectarismo, o, la incapacidad del gobierno para mantener el orden público alterado por los desmanes de la burguesía, o, también, el efecto milagroso que hubiera podido producir una mayor ayuda financiera del campo socialista. En éste

⁴⁹¹ Altamirano, Carlos, Dialéctica de una derrota III, op. cit., pág. 13

último aspecto, sin embargo, Altamirano se muestra contradictorio, pues frente a esta interpretación sostenida en su principal documento sobre la experiencia chilena, "Dialéctica de una derrota ", en otro documento anterior, el mismo autor sostiene que uno de los errores importantes en la derrota fue

"la incapacidad de factibilizar un apoyo real de la comunidad socialista a la experiencia chilena, que impidiera los efectos demoledores de la caída del precio del cobre, el bloqueo financiero y el alza de los productos agropecuarios en el mercado mundial"⁴⁹².

El error decisivo para la derrota está relacionado, en el esquema argumental de Altamirano, con el propio proyecto de la vía pacífica. Tiene que ver con el extendido mito de la singularidad de Chile por su larga estabilidad institucional:

"Este mito impregnó hasta sus raíces la vida política de Chile. De él nace la desviación más decisiva del proceso, que atribuye ilimitadas potencialidades democráticas al sistema institucional y visualiza al conjunto de las Fuerzas Armadas, como un cuerpo esencialmente profesional y prescindente, y en tal calidad, erigido en garante del proceso en marcha(...) En lo fundamental, esta desviación ignoró las lecciones porfiadas de la historia(...). Las clases propietarias jamás se dejan desposeer sin recurrir a la violencia; no importa cuán legales sean los procedimientos empleados, ni democrático el proyecto que cuestiona su poder "⁴⁹³.

Altamirano se muestra escéptico con la vía pacífica incluso en el caso favorable que no haber sido obstruida y atacada con la virulencia con que lo fue por la oposición. Sólo ve dos maneras que haber conseguido la mayoría capaz de realizar las necesarias modificaciones en el ordenamiento jurídico y transformar la Constitución; la primera sería mediante una victoria en las elecciones parlamentarias de marzo de 1973, pero dado que sólo se renovaba parcialmente el Senado se hacía realmente difícil controlar efectivamente el Congreso y, entonces, volvían a plantearse las preguntas claves ¿qué programa y que política se debían utilizar hasta el momento de alcanzar esas mayorías, en el mejor de los casos en 1977?. La segunda manera de transformar el ordenamiento jurídico sería acudiendo al plebiscito pero, a juicio de Altamirano, sólo hubo una oportunidad verdaderamente factible para ello, después de las elecciones municipales de 1971, y fue desechado por la UP cuando lo propuso el PS.

La singularidad de la vía chilena consistía en su pretensión de transformar las estructuras capitalistas antes que haber resuelto el problema del poder, todo lo contrario del camino seguido históricamente por las revoluciones proletarias.

La derrota de esta experiencia no se debió entonces, a una suma de errores que pudiera haberse evitado, sino a un error irremediable:

"la incapacidad de la dirección revolucionaria para construir la defensa militar del proceso, a contar del enfrentamiento irremediable(...) el problema cardinal, esto es, el problema del poder, no fue resuelto y no podía serlo, mientras se conservará una confianza ciega e irracional en la institucionalidad, que la propia burguesía había resuelto destruir"⁴⁹⁴.

Altamirano va a responder a la pregunta que él mismo se formula sobre la viabilidad de la vía pacífica al socialismo en las condiciones de Chile en 1970, y en general. En principio rechaza extraer consecuencias definitivas de una sola experiencia:

⁴⁹² Altamirano, Carlos, Reflexiones críticas sobre el proceso revolucionario chileno, op. cit., pág. 6

⁴⁹³ Altamirano, Carlos, Dialéctica de una derrota III, op. cit., págs. 15-6

⁴⁹⁴ *Ibid.*, pág. 14

"Sabemos que la derrota misma no certifica - por principio - la inviabilidad de un tránsito pacífico al socialismo. Ello explica que esta cuestión se mantenga hasta nuestros días en el centro del debate ideológico".

Después rechaza la interpretación de la derrota como consecuencia de los errores cometidos:

"A estas alturas nos parece insensato insistir en las posibilidades, aunque sólo sean teóricas - para Chile y América Latina -, de un camino carente de respaldo histórico en la experiencia revolucionaria mundial; aduciendo para ello, que en la interrupción sangrienta del proceso chileno, pesaron más los errores cometidos, que la inviabilidad de la vía ensayada".

Por último, rechaza cualquier posibilidad de tránsito socialismo sin prever su defensa armada:

"La derrota de la experiencia chilena - esta es nuestra profunda e íntima convicción - es el precio, elevadísimo, de la renuencia a prever oportuna, correcta y estratégicamente, la inevitabilidad el uso de las armas en defensa de la revolución amenazada"⁴⁹⁵.

Alain Touraine escribe en caliente sus impresiones en el libro "Vida y muerte del Chile popular", al contrario de la gran mayoría de los otros trabajos, éste no es, pues, un análisis mediatizado por la distancia temporal. En este sentido reconoce los sentimientos encontrados que alberga, de un lado se muestra pesimista sobre la situación de la gestión económica de la UP, por otro, reconoce su simpatía por la vía chilena. Justifica su postura aludiendo a otro gran acontecimiento ocurrido en su país, Francia; la experiencia del Frente Popular fue económicamente desastrosa, pero fue enormemente positiva para la transformación de la sociedad francesa.

Considera que, a pesar de análisis complejos sobre la UP, hay dos posiciones posibles de enjuiciar su experiencia:

"la primera presenta a la UP como el agente de destrucción del antiguo régimen. Proceso revolucionario en este sentido, pero que no construye un poder nuevo y que se agota en su propia tarea de destrucción antes de ser aplastado por los escombros. La segunda afirma que era posible hacer algo distinto, que se han cometido errores graves, que la UP podía haber logrado construir una sociedad nueva, la de la transición a socialismo"⁴⁹⁶.

Él se confiesa más cerca de la primera

Para el sociólogo francés todo ha fracasado y lo que ha faltado no ha sido la competencia, que tampoco fue muy abundante, sino la capacidad de dirección política. Sostiene que para construir una sociedad o, más modestamente, para dirigir una economía es necesario un poder. Este poder puede provenir de tres fuentes; bien de una clase dirigente, que en Chile era débil y, además, se buscaba su destrucción por la UP; bien de un partido revolucionario de tipo leninista, pero en Chile las características de las organizaciones de izquierda lo impedían; bien, finalmente, del Estado, pero como apunta el autor: "lo que hacen la grandeza y la debilidad de la UP es que ha hecho vivir a Chile como una sociedad casi enteramente privada de Estado"⁴⁹⁷. Es decir, durante el período de la UP han faltado cualquiera de las tres fuentes.

⁴⁹⁵ *Ibíd.*, pág. 38

⁴⁹⁶ Touraine, Alain, Vida y muerte del Chile popular, op. cit., pág. 145

⁴⁹⁷ *Ibíd.*, pág. 148

El fracaso, insiste, no se debe a la comisión de ciertos errores, ni a la resistencia de las instituciones, sino a la ausencia de un poder fuerte. En su esquema, la solución transformadora en las sociedades "cerradas", "aquellos países donde un aparato autocrático de reproducción ha bloqueado el desarrollo", la aportan los partidos revolucionarios leninista. Pero en las sociedades "abiertas" de América Latina

*" el papel central lo desempeñar necesariamente el Estado(...) En Chile, la Unidad Popular debía ser la combinación de un Estado "desarrollista" y de un movimiento popular de base(...) pero su Estado ha sido de una debilidad extrema "*⁴⁹⁸.

Debilidad que tiene unas causas externas y otras internas a la propia UP Entre las primeras cita la ausencia de un enfrentamiento exterior que infunda fuerza interior a un movimiento revolucionario y, también, la utilización de una parte de las instituciones del Estado por parte de la DC en su lucha contra la UP. Esta debilidad estatal se ha agravado debido a la falta de unidad política de la UP.

Touraine no está pensando en un Estado totalitario transformador, sino todo lo contrario:

*"Yo quiero el triunfo de un socialismo; no quiero un sistema político totalitario(...) Concibo siempre en último análisis un movimiento social popular como una fuerza de oposición a la clase o la élite dirigente que manejan la acumulación, dirigen el aparato del Estado e imponen su ideología "*⁴⁹⁹.

Susana Bruna está ubicada en el grupo de analistas que sitúan las causas de la derrota de la UP no en los errores cometidos, sino en la propia naturaleza del proceso. Es decir, que rechaza la viabilidad la vía pacífica al socialismo. Pero, a la vez, como veremos, reconoce las dificultades inherentes a todas las vías posibles.

La autora señala los obstáculos insalvables a la vía pacífica en dos niveles diferentes, en las propias condiciones interiores y en la presión del imperialismo.

En relación con lo primero, la vía chilena se apoyaba en dos supuestos erróneos, como demostró la propia experiencia; en primer lugar "que la burguesía podría ceder "razonablemente" frente a un ascenso legal, institucional y democrático (a la burguesa) de las fuerzas populares hacia la transformación de la sociedad"; y, en segundo lugar: "que el movimiento popular mismo se desarrollaría estrictamente dentro de las vías legales propuestas para la conquista de sus objetivos, manteniéndose esencialmente como fuerza de apoyo electoral y como fuerza de movilización en los casos necesarios"⁵⁰⁰.

Ya vimos cómo esta autora divide el proceso chileno en dos fases; durante la primera, la más larga, se asistió al desarrollo y aceleración de las contradicciones; la segunda, que va del conflicto institucional al golpe militar es en la que tiene lugar la explosión de estas contradicciones.

Este desarrollo terminó bloqueando las dos tácticas que pugnaban en el interior de la UP De un lado se asistió al gradual agotamiento de la vía legal, pero, de otro, la denominada táctica "revolucionaria-armada" tampoco fue capaz de imponerse como alternativa "porque no existía una instancia real de concentración de poder". Con ello Susana Bruna se refiere al problema de la ausencia de un partido que dirigiera dicha táctica: "el partido hegemónico de la clase no se organiza, quizá

⁴⁹⁸ *Ibíd.*, pág. 173

⁴⁹⁹ *Ibíd.*, pág. 141

⁵⁰⁰ Bruna, Susana, *op. cit.*, pág. 80

porque le faltó el tiempo necesario para su maduración. La burguesía se adelantó a la coyuntura de aceleración máxima de la lucha de clases⁵⁰¹. A partir de esta situación el proceso "se encamina, no hacia la ruptura revolucionaria, sino hacia la ruptura contrarrevolucionaria".

Es decir, en el orden interno hay dos situaciones que se refuerzan en sus efectos sobre la derrota de la UP; de un lado la vía legal, hegemónica en la UP, se agota sin que se materialice la táctica alternativa de la vía armada por falta de un partido revolucionario hegemónico que conduzca el proceso; por otro lado, la burguesía toma conciencia más rápidamente del agotamiento de la flexibilidad del sistema político y cambia de táctica, orientándose hacia una ruptura contrarrevolucionaria.

El otro plano donde la vía chilena encontró un obstáculo insalvable es el internacional, donde "el ascenso de las fuerzas obreras y populares(...) provoca una intervención directa de las fuerzas imperialistas para frenarlo"⁵⁰². En realidad, más que directamente, la propia autora matiza que el imperialismo interviene a través de sus aliados nacionales, la burguesía monopolista y el aparato armado que movilizó.

En este punto es cuando Susana Bruna hace una importante matización al introducir un inteligente interrogante. Agotada y bloqueado la táctica legalista-institucional, el cambio a una táctica apoyada en la fuerza necesitaba de dos condiciones, la mencionada necesidad de un partido revolucionario hegemónico de la clase obrera, y, "el apoyo de las fuerzas socialistas" para contrarrestar la presión imperialista y, entonces, se pregunta:

"¿Es posible esta condición después de Cuba y el entendimiento norteamericano-soviético?(...) ¿No nos vemos llevados, en una especie de necesidad táctica coyuntural, a poner el acento primero en un proyecto de liberación nacional que no despierte inmediatamente el carácter antagónico de las contradicciones de clase, tal como lo hace un proyecto que pone inmediatamente el acento en su carácter "socialista"? "⁵⁰³.

La conclusión de esta autora es, pues, que bajo las condiciones en que tuvo lugar la vía chilena, y que ella se encarga de enumerar,:

" a) bajo el imperio de la ideología dominante; b) utilizando las vías legales burguesas para provocar cambios en las relaciones de producción y en la superestructura jurídico-política; c) teniendo como poderoso enemigo exterior al imperialismo norteamericano; d) con un contorno geopolítico mediato e inmediato que no ha roto el círculo hegemónico del poder, a excepción de Cuba; y e) bajo una situación interna en el que el poder económico burgués fue fisurado (no quebrado) desde el interior de su propia racionalidad formal (jurídico-legal), y donde por tanto el poder popular debía ser frenado respecto a su autonomización política "

Entiende que el punto más alto que puede alcanzar el proceso:

"es a develar el antagonismo de las contradicciones de clase, transformándolo en una condición evidente y manifiesta cuya consecuencia es la respuesta violenta organizada y poderosa de la burguesía y el imperialismo a través del aparato armado. Situación que desemboca en un régimen de Estado capitalista de excepción de forma fascista "⁵⁰⁴

Ruy Mauro Marini era un intelectual brasileño vinculado al MIR y su análisis sobre las causas de la derrota de la vía chilena se sitúa dentro en las posiciones de los

⁵⁰¹ *Ibíd.*, pág. 266

⁵⁰² *Ibíd.*, pág. 270

⁵⁰³ *Ibíd.*, pág. 271

⁵⁰⁴ *Ibíd.*, pág. 272-3

que defendieron la inviabilidad de esa vía, defendiendo claramente el camino insurreccional.

Reconoce, de entrada, que no existe un modelo de vía al socialismo, sino que " existen tantas vías al socialismo cuántos sean los pueblos que emprendan, bajo la dirección del proletariado, la tarea de destruir la sociedad explotadora burguesa", ahora bien, si ninguna de las diferentes vías utilizadas exitosamente hasta el momento - y respecto de las cuales la vía chilena se presenta como alternativa diferente - representan en sí un modelo, "todas se rigen por las leyes generales de la revolución proletaria, tal como la ciencia marxista las ha definido"⁵⁰⁵.

En relación con el carácter pacífico de la revolución, es posible concebirlo de esta manera, aunque sea teóricamente, en las revoluciones burguesas, pero no en las proletarias. En este último caso, la transformación social como algo posterior a la toma del poder es la única vía posible, como así lo ha confirmado la propia experiencia revolucionaria del siglo XX y fue teorizado por Lenin; siendo, por tanto, un rasgo peculiar de la revolución socialista.

El segundo argumento de Marini se refiere a la diferencia existente entre el sistema de dominación, "conjunto de elementos en los que una clase basa su poder", y el Estado, "expresión institucional de ese poder", diferencia que explica porque la conquista del poder estatal no soluciona por sí el problema del poder proletario, ni suspende la lucha de clases; aunque evidentemente, pone a disposición del proletariado un importante instrumento que le brinda la posibilidad de "cambiar la correlación social de fuerzas", de conseguir las alianzas necesarias, mediante la demostración de su capacidad para liberar a las clases y capaz aliadas y vacilantes de la explotación capitalista. La dictadura del proletariado se hace necesaria en la transición al socialismo para, primero, poder luchar mejor, para quebrar la resistencia burguesa y, segundo, mediante "la persuasión y la educación política" guiar a los aliados hacia socialismo.

Para Marini, el drama de las fuerzas hegemónicas en la UP es que no comprendieron que la victoria presidencial en 1970

*"no era la manifestación de un simple proceso acumulativo, que autorizaría esperar el aumento progresivo de la fuerza electoral de la izquierda hasta poder plantearse, en 1976, la elección no sólo de un nuevo gobierno de izquierda, sino también de una mayoría parlamentaria: esa victoria era más bien el resultado de un deslindamiento de las contradicciones de clases, que no dejaban otra salida que el enfrentamiento directo entre ellas "*⁵⁰⁶.

Marini plantea que no es el carácter armado o pacífico del enfrentamiento el problema central:

*"Es posible imaginar - aunque parezca improbable que eso pudiera haber sucedido en Chile - que la izquierda, mediante una política decidida y hábil de aumento de sus fuerzas respecto a las de sus enemigos, adquiriera una superioridad tal que no le permitiera a éstos darle batalla y los obligará a ceder terreno, hasta que, de repliegue en repliegue, se les hiciera imposible reaccionar con éxito "*⁵⁰⁷.

El problema central se sitúa en cómo se logra y se mide una correlación favorable de fuerzas, y, evidentemente, los índices electorales no pueden ser los únicos. La conquista del gobierno tendría que haber servido a la UP para precipitar la

⁵⁰⁵ Mauro Marini, Ruy, La pequeña burguesía y el problema del poder, pág. 2, http://www.marini-escritos.unam.mx/010_pburguesia_es.htm, (25 Abril 2004)

⁵⁰⁶ Ruy Mauro Marini, Dos estrategias en el proceso chileno, pág. 16, http://www.marini-escritos.unam.mx/011_dos_estrategias.htm, (25 Abril 2004)

⁵⁰⁷ *Ibíd.*, pág. 16

crisis de dominación y desarticular el Estado, no, como se hizo, para mantenerlo e intentar consolidar las posiciones en su seno mediante la vía electoral.

La política de concesiones del gobierno popular benefició a la estrategia y posiciones de la derecha. El enfrentamiento, para Marini, tuvo un momento decisivo en el que se jugó la suerte del proceso, éste fue el período inmediatamente siguiente al fracaso del tanquetazo del 29 de junio de 1973. Su interpretación es la de que en aquellos momentos, con la burguesía en retroceso, las fuerzas armadas vacilantes y las fuerzas populares galvanizadas, se podía haber infringido una derrota decisiva a la contrarrevolución. Lo que Marini plantea es que se debía haber cambiado de táctica:

"sonaba la hora de arremeter contra los sectores golpista de las Fuerzas Armadas, someter por la fuerza de las masas y de las armas a los demás órganos del Estado, apelar directamente a las bases militares y regimentar el pueblo (que de por sí presentaba ya un elevado grado de organización y combatividad) para sostener esa ofensiva"⁵⁰⁸.

No es cuestión de hacer un ejercicio de imaginación y suponer las posibilidades reales que tenía el gobierno popular, las consecuencias que pudieran haberse derivado, o, los derroteros que hubiera tomado el proceso; no se trata de hacer ciencia-ficción. La cuestión es que había una determinada realidad en el seno de la UP y en el movimiento popular, que ya ha sido analizada en los capítulos anteriores, que hicieron que las cosas fuesen como fueron y no de otra manera.

El hecho de no haberse producido ese cambio de táctica en esos momentos decisivos fue lo que sentenció definitivamente la suerte de la revolución:

"En ese lapso, todo cambió. Tras un momento de vacilación, el gobierno buscó el diálogo con la democracia cristiana(...) La burguesía, sin necesidad de apelar a recuentos electorales, se dio cuenta de que la situación había cambiado".

En la misma línea argumental del MIR, Marini estima que la ofensiva desatada por la burguesía en los dos últimos meses hizo retroceder al gobierno de tal manera que incluso era innecesario recurrir a las fuerzas de las armas: "el mismo Allende(...) se dispuso a anunciar al país un plebiscito sobre su renuncia. El simple hecho de hacerlo significaba la capitulación"⁵⁰⁹.

La ejecución de un golpe no estrictamente necesario se encontraría entonces en tres razones:

"rechazar y desorganizar al movimiento popular(...)restaurar la unidad del aparato del Estado y reformarlo(...) asentar sobre bases sólidas – las fuerzas armadas - el poder del gran capital"⁵¹⁰

⁵⁰⁸ *Ibíd.*, pág. 17

⁵⁰⁹ *Ibíd.*, pág. 17

⁵¹⁰ *Ibíd.*, pág. 18

COMPARACIÓN CON EL EUROCOMUNISMO Y LA REVOLUCIÓN BOLIVARIANA.

Hemos sostenido que la experiencia del gobierno de la UP en Chile fue un acontecimiento insólito, que fue la primera y última vez que se intentó la transición al socialismo desde una coalición electoral que había ocupado el poder ejecutivo a través de la victoria en unas elecciones presidenciales; la primera vez que un conjunto de fuerzas predominante y declaradamente marxistas expresaba en un programa concreto su intención de realizar profundos cambios socioeconómicos, y le ponía en práctica una vez alcanzado el gobierno; la primera vez que desde esa posición y con esa trayectoria se realizaba el programa anunciado y, en medio del fragor de una insurrección institucional y de masas en contra, se seguía garantizando escrupulosamente los derechos y libertades reconocidas en la Constitución.

Todos los fenómenos sociales tienen un cierto grado de insólitos, en mayor o menor medida, y no por eso desaparece la posibilidad fructífera de proceder a análisis comparativos. En el caso de la experiencia chilena también se han realizado comparaciones, e incluso durante el mismo proceso de desarrollo, con otras revoluciones triunfantes para poner en evidencia, según sus autores, la incoherencia y errores de esta experiencia, saldada finalmente con la derrota, frente a las revoluciones triunfantes que, inevitablemente, transitaban por otra vía, la armada.

La comparación más socorrida fue, sin duda, con la cubana, paradigma de revolución triunfante en América Latina y ejemplo a seguir sin desviaciones por sus imitadores más rendidos. En Chile el MIR o un sector del PS. Pero también se ha acudido a la comparación con la soviética o la china.

Aquí queremos hacer una comparación con experiencias análogas, aunque distantes en multitud de aspectos, como se pondrá en evidencia. Los casos donde elegir son muy escasos y se intentará justificar los dos elegidos: el eurocomunismo, donde sobresalen las prácticas de tres partidos europeos, el PCE, el PCF y, sobretodo, el PCI; y la revolución bolivariana en Venezuela.

Localizados en situaciones históricas, políticas, sociales o geográficas muy diferentes, ¿qué es lo que podría ser útil para hacer estas comparaciones?.

En el caso del eurocomunismo, es claro, es un precursor, con gran influencia, de la vía democrática al socialismo. El PCI, principal partido adscrito a esa línea, apostó por esa vía después de la Segunda Guerra Mundial, en un momento de una enorme potencia y cuando, al menos esa era la impresión de un sector del partido, podía haber tomado el poder. Su presencia en el gobierno fue en coalición y durante un breve período hasta 1947; aunque si tuvo responsabilidades más largas en gobiernos locales y regionales, y un enorme peso electoral que condicionaba la vida política italiana. Si, en consecuencia, ni en el caso del PCI, ni en el de los otros dos partidos eurocomunistas pueden desprenderse enseñanzas de una praxis real de intento de transición al socialismo, la importancia de esta corriente es incontestable como generador de una enorme influencia política y teórica sobre quienes, desde el campo marxista, querían seguir la vía democrática de transición al socialismo, y cuyo

cenit se alcanzaría entre los años 1976-81. Pues bien, es necesario constatar de entrada que esa influencia no afectó a los partidos de la UP, ni siquiera al Partido Comunista de Chile que, como hemos visto, se encontraba, en aquellos momentos alejado del eurocomunismo.

La vinculación del eurocomunismo con la experiencia chilena se encuentra en el eje clave de intentar la transición al socialismo por una vía democrática y con partidos que se declaraban adscritos al marxismo. En el caso italiano fue un largo intento, nunca alcanzado, de crear las condiciones para llegar al gobierno y ponerlo en práctica; en el caso chileno fue una experiencia real, menos teorizada, y frustrada por un sangriento golpe militar.

Pero, ¿qué puede vincular la experiencia del gobierno de Allende con el de Chávez?. No se trata de un líder marxista y sus evocaciones a un posible objetivo socialista son ambiguas. Pero se trata de otra experiencia que buscando una mayor justicia social, en un país con gran polarización social, se enfrenta a los intereses de la oligarquía nacional y del imperialismo norteamericano y sufre el mismo tipo de acoso que sufrió el gobierno de la UP. Discutiremos si la intención final de Chávez y las fuerzas que le apoyan es alcanzar el socialismo, pero no hay duda de que pretende transformar en un sentido más democrático e igualitario la sociedad venezolana, utilizando los mecanismos democráticos y partiendo de las instituciones existentes. Estos objetivos y métodos, más el hecho de estar situadas ambas experiencias en América Latina, hace que el proceso venezolano sirva para poder ser comparado con el chileno.

LA VÍA CHILENA AL SOCIALISMO Y EL EUROCOMUNISMO

Las referencias comparativas entre las experiencias del gobierno popular chileno y el eurocomunismo también han sido evocadas por otros autores que se han ocupado de analizar el primer caso. Pero lo más conveniente es hacer una descripción de los postulados y el desarrollo de la corriente eurocomunista antes de entrar en el terreno comparativo. Para ésta tarea nos apoyaremos en el desarrollo plasmado en una obra anterior: "Teoría y práctica democrática en el PCE (1956-1982)".

El eurocomunismo conoce su período de mayor influencia en la segunda mitad de la década del 70 cuando tres grandes partidos comunistas de Europa occidental se identifican con esa corriente, el PCE, el PCF y el PCI. Sus orígenes teóricos han sido objeto de diferentes interpretaciones que ponen el acento en acontecimientos y autores diversos que van desde el frentepopulismo de los años treinta hasta las aportaciones de Gramsci y Togliatti, pasando por el austromarxismo.

La posibilidad de esta corriente se basó en la existencia de una serie de premisas a las que sus partidarios se refieren constantemente, entre otras ésta serían:

*"el peso del sistema socialista en el ámbito mundial, el elevado nivel de socialización de la producción y de las necesidades humanas, la coexistencia pacífica, el carácter monopolista del Estado que posibilitaría la alianza entre las fuerzas partidarias del socialismo y la burguesía no monopolista"*⁵¹¹.

La génesis de esta corriente está salpicada de desencuentros y rupturas con la histórica vinculación que los partidos comunistas han mantenido con la URSS, lo que finalmente también ha llevado a cada uno de estos partidos a desembocar en situaciones diferentes, una vez que el propio eurocomunismo entró en crisis como alternativa al impasse que los comunistas atravesaban en su actuación en los países desarrollados de occidente. Las dos coyunturas más claras de esta ruptura tuvieron que ver con dos actuaciones internacionales de la Unión Soviética: las intervenciones en Checoslovaquia y Afganistán en 1968 y en 1979.

Hay una serie de características que identifican esta corriente dentro de lo que se denominó anteriormente como movimiento comunista; en principio, frente al monolitismo y la unanimidad siempre exigida, pero nunca alcanzada, por la URSS, los eurocomunistas aceptan la diversidad y la divergencia; en segundo lugar reconocen la necesidad de una relación fuerte entre democracia y socialismo así como el mantenimiento de las libertades alcanzadas en las democracias liberales avanzadas; en tercer lugar reclaman la autonomía de cada partido para elaborar su propia línea y estrategia en una actitud abierta a explorar nuevas vías para alcanzar el socialismo; por último, reclaman su derecho a criticar abierta y francamente al socialismo realmente existente sin que ello puede ser considerado como antisovietismo.

Para el eurocomunismo, la transición al socialismo deja de ser planteada según los esquemas clásicos leninistas a partir de un momento inicial de conquista y destrucción del Estado capitalista, para ser concebida como un proceso largo de

⁵¹¹ Sánchez Rodríguez, Jesús, Teoría y práctica democrática en el PCE (1956-82), Fundación de Investigaciones Marxistas, Madrid, 2004, pág. 231

transformación democrática del Estado y la sociedad, en el cual las libertades y derechos son ampliados, reformulados y enriquecidos en un sentido más popular y democrático. Esta nueva orientación tiene implicaciones directas asimismo en la concepción del propio partido, que deja de autoconcebirse como el único genuino representante de la clase trabajadora, y no se propone convertirse en la fuerza dominante del Estado. Igualmente cambia la política de alianzas que, ahora, se concibe basada en la posibilidad de acuerdos estables con la burguesía no monopolista y las clases medias en una fase de transición larga con estabilidad democrática y movilizaciones de masas.

La lucha política y social, que persistirá, en estas condiciones, esta marcada con unas características diferentes de las clásicas en la vía insurreccional: desde el interior de las instituciones, ampliando la democracia de base, con un programa gradual de reformas que amplíe derechos y libertades a la vez que cambie la estructura socioeconómica y la jurídico- institucional y, basándose en un consenso amplio que permita controlar electoralmente las instituciones más importantes del Estado.

Algunos de los autores que reflexionan sobre el tema se plantean seriamente las posibilidades reales de esta vía y los posibles obstáculos que puede encontrar; especialmente el de la previsible resistencia violenta por parte de las clases dominantes a este proceso. Sus respuestas suelen ser optimistas; confían en algunos de los rasgos más superficiales de los sistemas políticos liberales asentados en el occidente industrializado, en los mecanismos de negociación habituales, en las tendencias al consenso y el repudio de las soluciones violentas, o, en la capacidad de impedir que la derecha reaccionaria se dote de un movimiento de masas que utilizar de ariete contra el proceso de cambio democrático en marcha.

En la obra citada al principio de este capítulo se apuntan algunas señas de identidad fundamentales en el eurocomunismo que lo diferenciaban de las concepciones estratégicas clásicas en lo que se denominó movimiento comunista. La primera de estas señas sería la renuncia a la dictadura del proletariado. Denominación con la cual el marxismo ortodoxo define la necesaria etapa de transición en la que el proletariado ejerce el poder con un Estado adecuado a dicha tarea.

La forma que pueda tomar dicho Estado de la dictadura del proletariado ha sido objeto de polémica, pero es su plasmación práctica en los países de socialismo real la que, finalmente, concite la posición a tomar sobre su aceptación o rechazo. En el caso del eurocomunismo, los partidos adscritos a esta corriente terminan por rechazar este término dadas sus connotaciones negativas que contiene tanto el propio término "dictadura", como la imagen que proyectan los países de socialismo real. Este abandono, producido con escaso debate y sin resistencias especiales, responde a la necesidad de dichos partidos de dotarse de una imagen más aceptable en una sociedades donde los procedimientos democráticos de los regímenes liberales gozan de una enorme legitimidad. Toda la experiencia histórica acaecida desde la revolución rusa hasta los años 70, y, especialmente, el traumático recuerdo de la lucha contra el fascismo, planteaban los problemas de la lucha por el socialismo en un nivel diferente. Un argumento que refuerza las razones del abandono de este concepto es el que se refiere a la existencia en la actualidad, y a diferencia del pasado, de una mayoría social partidaria de la transformación socialista. En este nuevo esquema la esencia de la transición al socialismo no es la dictadura del proletariado sino la hegemonía de la clase trabajadora.

En el eurocomunismo la concepción de la democracia se transforma de manera significativa y, de concebirse como un instrumento con el cual alcanzar el socialismo, se la termina valorando como un fin en sí misma, indispensable para la propia existencia del socialismo. La democracia es una conquista de las masas populares que deben continuamente defenderla de los intentos de las clases dominantes por vaciarla de contenido real. Similar revalorización conoce el tratamiento de las libertades que dejan de ser motejadas de formales y se aboga por conservar todas las conquistas obtenidas a lo largo de todo un período histórico, unas veces por la burguesía durante su etapa revolucionaria y otras veces por el proletariado cuando la burguesía se transforma en clase dominante.

En el movimiento comunista nunca se rechazó la posibilidad, aunque solo fuera teóricamente, de un tránsito pacífico al socialismo. El propio PCUS se inclinó en este sentido en 1956. Lo característico del eurocomunismo es que esta novedad es acompañada de otra serie de cambios que le dan un cariz diferente: renuncia a la dictadura del proletariado, renuncia al papel dirigente del partido, revalorización de la democracia, etc.

El eurocomunismo no renuncia a la democracia directa como un instrumento esencial para el desarrollo del socialismo en democracia, pero no la contrapone a la democracia representativa, sino que las hace complementarias. Su apuesta por una vía parlamentaria para la transición al socialismo le obliga a enfrentarse a otros dos problemas conexos, el del pluralismo y el de la alternancia en el poder.

En relación con el primero, su evolución le lleva a aceptar la necesidad de colaborar con otros partidos partidarios del socialismo y a reconocer

*“plenos derechos a todos los partidos constitucionales, incluso aquellos que no desean la transformación de la sociedad en un sentido socialista y que se oponen a ella, naturalmente siempre dentro del respeto a las normas democráticas y constitucionales”*⁵¹².

En relación con la posible alternancia en el poder durante el proceso de transición hay manifestaciones también a favor; pero en ambos casos, y especialmente en el segundo, son notorias las ambigüedades al respecto dada la incoherencia y dificultad que en la práctica supondría tal situación. Se acude, entonces, a dos argumentos hipotéticos: que en el inicio se generasen, con una mayoría amplia, cambios de tal profundidad de carácter social, político, económico e institucional que hicieran irreversible la transformación; y, que impulsada la transición por una mayoría social, ésta se mantuviese durante todo el proceso, dado que los cambios beneficiarían a la mayoría de la población.

Todo este desarrollo teórico puesto en marcha por el eurocomunismo está salpicado de lagunas, ambigüedades y algunas incoherencias como hemos podido apreciar, pero, además, hay otros tres problemas importantes a los que se enfrentó esta corriente sin terminar de darles respuesta, a falta, sobretodo, de un desarrollo práctico, que era el único terreno posible de solución en cualquier sentido. Estos problemas se refieren a las garantías democráticas ofrecidas por el eurocomunismo frente a la desconfianza de otras fuerzas políticas, dada la trayectoria histórica seguida en los países del socialismo real; a la ausencia de una teoría marxista del Estado alternativa a la teoría democrática-liberal; y, a los peligros que el desarrollo de esta vía termine llevando al mismo camino seguido por la socialdemocracia.

Entre los partidos eurocomunistas, el que más se acercó a las condiciones necesarias para poner en práctica esta vía fue el PCI, el mayor de todos y el que llevó

⁵¹² *Ibid.*, pág. 239

las iniciativas principales en el terreno de la innovación de la línea política. Contaba para ello con el prestigio y la fuerza adquirida durante la resistencia al fascismo y con la presencia de dos importantes figuras en el ámbito teórico y organizativo, Gramsci y Togliatti:

“Desde 1945 el PCI se apoya en una concepción de democracia progresiva y defiende la Constitución italiana como marco para alcanzar el socialismo. A partir de estas bases, el PCI mantendrá una evolución lenta, pero sin rupturas, con intensos debates internos y una práctica parlamentaria no obstruccionista que le llevan desde una concepción instrumentalista de la democracia a una adhesión leal a sus principios fundamentales”⁵¹³.

El PCI se había fundado en 1921, pero, tras el período fascista y su papel en la resistencia después de la Segunda Guerra Mundial, se puede decir que conoció una refundación en 1945. Desde el comienzo jugó un importante papel en el establecimiento del nuevo régimen republicano italiano y su Constitución. Desde 1944 Togliatti habla de establecer en Italia un régimen democrático progresivo que debía consistir en una democracia de tipo nuevo que promovería reformas económicas y sociales, abriendo la vía al socialismo. Y ese es su objetivo para la Constitución que, sin embargo, acaba siendo un texto de compromiso entre las diferentes fuerzas políticas, pues antepone el mantenimiento de las alianzas y la reconstrucción a la reforma de las estructuras. Su apoyo a la Constitución se basó en dos razones, primero porque representaba una garantía contra todo peligro de regreso a una situación autoritaria y, segundo, porque interpretaba que dicha Constitución contenía la promesa de un avance al socialismo.

A pesar de su actitud, el PCI no se libraría de los efectos de la guerra fría y, en 1947, es separado del gobierno bajo las presiones norteamericanas. El PCI se mantendrá durante un largo período histórico como la segunda fuerza política italiana, pero no regresará como tal jamás al gobierno, solamente cuando ya se haya transformado en PDS volverá al gobierno en 1996.

Su fuerza política durante el período que se abre en 1945 y hasta su desaparición oscila entre el 22% de los votos obtenidos en 1953 y el 34% en 1976, mientras su afiliación alcanzaba los dos millones en los años 50 y el millón y medio a principios de los años 70. Esta contradicción entre una persistente fuerza política y su exclusión del gobierno representaba una anomalía democrática impuesta por las condiciones de la guerra fría y los acuerdos de Yalta. No obstante su marginación del gobierno como tal, el PCI controló numerosas comunas y regiones de Italia.

La figura dominante durante la primera parte de este período es Togliatti, hasta su muerte en 1964, marcando el rumbo del PCI durante 20 años con su propuesta de democracia progresiva. Togliatti piensa en una vía italiana al socialismo que se realizaría de manera pacífica, con el objeto de superar el capitalismo con el mínimo de sacrificios y, sobretodo, nunca pierde de vista la consideración de las particularidades nacionales.

En 1956 el PCI celebra su VIII Congreso en el que inicia una renovación teórica y política, su evolución es ayudada por la existencia en su seno de dos tendencias a izquierda y derecha que representan Ingrao y Amendola, terminando la primera por ser derrotada en 1966 en su XI Congreso.

El cambio que se va produciendo en el PCI da lugar a fuertes tensiones internas, entre, de un lado, su personal político que gestiona sus cuotas de poder y, de otro, los militantes de la vieja guardia y los radicales de los años 60 y 70; entre la

⁵¹³ Ibid., pág. 376

doctrina y la práctica. Berlinguer persistió en esta línea política de renovación en la continuidad y el PCI se reafirma en su identidad de ser una fuerza revolucionaria que busca una tercera vía del paso al socialismo, entre la socialdemocracia y el socialismo real.

Las tensiones que anidan en el PCI saldrán con virulencia a la superficie cuando a finales de los años 80 se unan las derrotas electorales con el derrumbe del socialismo real. La solución mayoritaria en su seno es, entonces, asimilar plenamente los valores democráticos y deshacerse de sus últimas señas de identidad comunistas. Como señala Marc Lazar

“El PCI ha consumado su larga marcha en las instituciones, reemplazando la ‘función tribunicia’ cara a Georges Lavau. El partido italiano contribuye de esta manera a anular las tendencias subversivas de la Italia popular. A la inversa, ha hecho prueba de una gran impotencia política puesto que no ha obtenido casi ningún beneficio. Y, en el trayecto, a perdido su identidad”⁵¹⁴.

Este autor habla, para referirse al caso de los partidos comunistas italiano y francés, de un proceso de aculturación⁵¹⁵. Para el PCI distingue dos fases; la primera es la de integración. El PCI comienza una revisión de sus fundamentos ideológicos y busca seguir de cerca las rápidas transformaciones de la sociedad italiana, incorporando valores políticos occidentales en su propio sistema de referencias. Es el período en que intenta compaginar una definición de socialismo democrático manteniendo la fidelidad a la URSS, de defender las instituciones republicanas afirmando a la vez su irreducible diferencia. La segunda fase es la que denomina de asimilación, que se desarrolla a partir de finales de los años 80, cuando algunos de sus responsables buscan precipitar el movimiento, entonces tiene lugar el reconocimiento del fracaso histórico del comunismo y la adhesión completa a los principios de la cultura occidental, en particular a la economía de mercado y la democracia.

El punto más álgido en las elaboraciones teóricas del PCI se alcanza hacia mitad de los años 70 cuando bajo el nombre del eurocomunismo se alinean una serie de partidos comunistas europeos-occidentales sobretodo, que incluye a un históricamente ortodoxo PCF. Su influencia tanto en la política interior como sobre otros partidos similares alcanza cotas altas. El golpe de Estado de Chile, que interrumpió sangrientamente la experiencia del gobierno Allende, va a impactar fuertemente en los dirigentes comunistas italianos llevándoles a profundizar en su línea gradualista con el “compromiso histórico”, que en la práctica se tradujo en un apoyo a los gobiernos de la DC entre 1976 y 1979, cuando ocurre el asesinato de Aldo Moro.

El PCI es el más impactado por los acontecimientos chilenos de los tres grandes partidos que iniciaban la senda del eurocomunismo. Su peso político y electoral lo hacen una alternativa viable de gobierno, que nunca se materializará, y es plenamente consciente de la resistencia feroz del imperialismo a la posibilidad de un modelo exitoso de transición al socialismo por vía democrática. El gobierno de Allende fue un intento real, y él sería la otra posibilidad real en esos momentos de llevarlo a la práctica.

Sus dirigentes, entonces, sacan conclusiones que les lleva, no a rectificar, sino a profundizar el camino emprendido por el partido hace ya mucho tiempo, el problema es alcanzar consensos mayoritarios

⁵¹⁴ Lazar, Marc, Maisons Rouges, Ed. Aubier, París, 1992, pág 293

⁵¹⁵ *Ibid.*, pág 331

“si los grupos sociales dominantes intentan romper el marco democrático, dividir en dos al país y desencadenar la violencia reaccionaria, esto nos debe impulsar aún más a mantener fuertemente en nuestras manos la causa de la defensa de las libertades y del progreso democrático, a evitar la división vertical del país y a esforzarnos con mayor decisión, inteligencia y paciencia a aislar a los grupos reaccionarios y a buscar todo acuerdo y toda convergencia posible entre las fuerzas populares”⁵¹⁶

A partir del sangriento desenlace de la experiencia chilena el PCI se orienta hacia el “compromiso histórico” cuya esencia es definida como:

“la preocupación por evitar el fraccionamiento del país en dos partes, la escisión del Estado (...) [pues] si en Chile no se hubiera producido tal escisión – de una parte, la Unidad Popular con su 44%, por otra, todos los demás, comprendida la mayor parte de las capas medias e incluso ciertos sectores de los trabajadores – el golpe no habría podido triunfar”.

A partir de aquí se define lo que es esta nueva línea, profundización de la trayectoria precedente:

“la necesidad de buscar, de construir una alineación social, política y también de gobierno que, al no ser reducible, por la amplitud de su base, a una simple mayoría parlamentaria, proteja al país de cualquier aventura reaccionaria y garantice la renovación de la sociedad”⁵¹⁷.

Los dirigentes comunistas italianos sostienen que el “compromiso histórico” sigue siendo un camino al socialismo, aunque más gradualista.

En 1991 el PCI se transforma en el Partido Democrático de la Izquierda (PDS) y más tarde en Democráticos de Izquierda (DS), ingresando en la Internacional Socialista. No todos los militantes aceptaron estos cambios y una minoría se inclinó por crear, en 1991, Refundación Comunista, un partido minoritario con un porcentaje de votos que oscila entre el 5% y el 8%.

La bancarrota del eurocomunismo a finales de la década de los 70 tuvo una primera expresión en el PCF, donde esta línea política no dejó de ser un paréntesis dentro de su posición ortodoxa, sirviendo más bien de legitimidad suplementaria a su política de Unión de Izquierdas con los socialistas. Rota ésta, y tras el fracaso cosechado en las elecciones de 1978, el PCF se aleja del eurocomunismo a la vez que se reconcilia con la URSS, como queda patente en toda una serie de gestos en esa época entre los que sobresale su aprobación a la invasión de Afganistán en 1979.

En el PCE, el tercero de los grandes partidos eurocomunistas europeos, la ruina de esta línea está relacionada con el incumplimiento de todas las previsiones que había hecho para acabar con la dictadura franquista, lo que unido a una serie de fracasos electorales le llevan a la desorientación y a un grave enfrentamiento interno.

Pero, aparte de las concretas circunstancias peculiares que concurren en cada caso, hay otras de tipo general que pueden ayudar a explicar el fracaso de este proyecto. Perry Anderson alude a una crisis del marxismo occidental, manifestada en la pérdida de vitalidad o el abandono del marxismo por parte de los intelectuales o, en la pérdida de peso de los partidos comunistas en las sociedades del sur de Europa, donde, desde la Segunda Guerra Mundial, habían mantenido un gran peso e influencia..

Se puede apuntar como un factor general en esta crisis del eurocomunismo la reducción de la tradicional base social y electoral en que se habían venido apoyando los partidos comunistas, de un lado la clase obrera tradicional perdía peso en la

⁵¹⁶ Berlinguer, Enrico, La cuestión comunista, Ed. Fontamara, Barcelona, 1977, pág. 148

⁵¹⁷ *Ibid.*, pág. 170

estructura social de los países occidentales avanzados, de otro, la crisis se ensañó, sobretudo, con aquellos sectores donde los comunistas habían tenido sus principales bastiones: minería, siderurgia, etc.

Otro factor sería el continuado descrédito del socialismo real que extendería sus efectos a estos partidos, a pesar de su alejamiento y crítica de los regímenes del este europeo, contribuyendo a restarles apoyos sociales. Además, la actitud ante el socialismo real producía crecientes tensiones internas ya que se trataba de un tema que afectaba a las señas de identidad profundas de estos partidos, a su razón de ser histórico, existiendo un lazo emocional con la revolución de octubre y todo su significado, vínculo que permanecía con el paso del tiempo más fuerte cuanto más se descendía a la base de estos partidos.

En tercer lugar es necesario aludir al conjunto de cambios de tipo cultural que afectaron a las sociedades occidentales y cuyo impacto en los partidos comunistas tendría dos consecuencias⁵¹⁸. De un lado, el aumento de las actitudes individualistas, consumistas y hedonistas restaban fuerza a los valores de tipo colectivista, como la solidaridad de clase y la militancia sacrificada, sobre los cuales los comunistas habían construido sus prácticas organizativas. De otro lado, se asistía a la aparición de nuevas demandas sociales, como el ecologismo, el feminismo, el pacifismo, etc., que los partidos comunistas no fueron capaces de recoger en su inicio por estar alejadas de las tradicionales temas de movilización y propaganda, y que les restaron el apoyo de un potencial electorado que se trasladó a los nuevos movimientos sociales: “en este cambio desfavorable del ambiente social y político, los partidos comunistas dieron señas claras de falta de adaptación y contribuyó, además a potenciar sus tensiones internas”.

¿Se puede inscribir al PC de Chile entre los partidos eurocomunistas?. La cuestión es compleja y tiene varias aristas. En primer lugar, el PC de Chile, en la época de la Unidad Popular, no se autoubicaba en aquella corriente. Como tuvimos ocasión de ver, el propio Corvalán reconoce que, más allá de algunas afinidades, había dos puntos esenciales en aquellos momentos que separaban claramente al PC de Chile de los partidos eurocomunistas. El primero se refería a la diferente postura mantenida respecto a la Unión Soviética y al socialismo realmente existente. El PC de Chile se mantenía totalmente leal y solidario con ese mundo, apoyando algunas de las medidas más controvertidas tomadas por la URSS en la época, como fue la invasión de Checoslovaquia antes del gobierno de la UP y, la invasión de Afganistán después, y aceptaba la realidad de esas sociedades sin ningún atisbo crítico. Esto le separaba enormemente del eurocomunismo, algunos de cuyos partidos, como el PCI o el PCE, evolucionarían profundamente en esta posición, acompañando su aceptación plena de los valores democráticos con una crítica cada vez más incisiva de los defectos del socialismo real, especialmente en lo referente a la ausencia de libertades democráticas. El PC de Chile, por el contrario, mantenía un discurso interno de carácter democrático, de respeto a las instituciones democráticas chilenas, de las que fue uno de los principales defensores durante los tres años de gobierno popular, que compatibilizaba con su defensa del socialismo real, lo que resultaba claramente contradictorio.

La segunda diferencia del PC de Chile del período de la UP con el eurocomunismo versaba sobre otro tema esencial, el de la dictadura del proletariado. Los partidos eurocomunistas habían terminado desprendiéndose de este concepto en su evolución, pero el PC de Chile seguía aferrado a él, viendo necesaria la dictadura

⁵¹⁸ Un resumen de estos análisis está recogido en la memoria de Luis Ramiro Fernández, *Cambio, estrategias políticas y estrategias organizativas: el caso de Izquierda Unida*, mecanografiado

del proletariado en la transición al socialismo. Por ello mismo rechazó la posibilidad del segundo modelo de transición del que hablaba Allende. Como hemos comprobado, el período de la UP no era para el PC de Chile una etapa de transición al socialismo, por el contrario definía dicha etapa como una revolución antimonopolista y antiimperialista. Lo que no aclaraba era como se daría ese tránsito desde esa etapa hasta aquella en la que se iniciase la transición al socialismo con dictadura del proletariado. Ni siquiera tenía el PC de Chile claramente definida la manera de continuar el proceso iniciado en 1970 si éste hubiese continuado hasta las siguientes elecciones presidenciales en 1976 y se hubiera producido una derrota electoral de la izquierda.

Eduardo Labarca se lo planteaba en la entrevista realizada entre 1971 y 1972 a Luis Corvalán, la respuesta de éste en aquellos momentos es la de que había cosas irreversibles de las ya realizadas, aún en el caso de derrocarse al gobierno popular, y se refiere con ello a la nacionalización del cobre, la reforma agraria o ciertas estatalizaciones como la banca y, continua: "Pero lo que todavía no puede decirse que sea irreversible, y que nosotros tenemos la obligación de transformarlo en irreversible, es precisamente el proceso general al socialismo ", ¿cuál es la fórmula? ¿La implantación de la dictadura del proletariado?, Corvalán elude la respuesta:

"Para transformar en irreversible proceso general de marcha hacia socialismo, tenemos que consolidar y ensanchar aún más las posiciones del gobierno, aseguran que el gobierno del presidente Allende termine su período, que a él le sigan otro gobierno y luego otro gobierno, y así sucesivamente hasta el infinito, por así decirlo, que trabajen en la misma dirección ".

Pero, el periodista insiste de manera directa, ante una derrota electoral en 1976 ¿El PC estaría dispuesto a entregar gobierno?. No hay respuesta. Corvalán en su lugar contesta:

"Esta es una pregunta, estimado compañero, fuera de tiempo y fuera de foco. Yo quisiera decirle que, es claro, nuestra orientación es actuar teniendo en cuenta las realidades que se puedan crear. Para mí, la actitud que habría que adoptar en ése momento hipotético, estará determinada por el curso que tome el proceso estos años "⁵¹⁹.

Entre los partidos eurocomunistas y el PC de Chile se producía entonces una paradójica inversión de prioridades, desafíos y respuestas. Los eurocomunistas, que no tenían posibilidades reales de alcanzar el gobierno y enfrentarse a problemas prácticos para los que debían tener una línea política desarrollada, sin embargo, se preocuparon de desarrollar dicha línea, teorizaban en el vacío podría decirse. Sin embargo, el PC de Chile, enfrentado a esos problemas prácticos, escamoteaba enfrentarse a diseñar una línea política coherente con su praxis y vivía la esquizofrenia de mantener una teoría ortodoxa con una práctica totalmente alejada, improvisaba una práctica sin tener una teoría adecuada en este caso.

El PC de Chile se mostró explícitamente crítico con el eurocomunismo en su momento, además de estas diferencias constatables. Sin embargo esto no es un problema para los sectores izquierdistas que, como el trotskismo, buscan hacer un análisis reduccionista para mejor deslindar campos entre supuestos revolucionarios y supuestos reformistas. Esta es la posición que sostiene Nicolás Miranda: "La política del PC de Chile se inscribe dentro de otra alternativa que se iba conformando: el llamado eurocomunismo"⁵²⁰.

⁵¹⁹ Labarca Goddard, Eduardo, El Chile de Luis Corvalán. Una entrevista de 27 horas, Ed. Fontamara, Barcelona, 1975, 133-37

⁵²⁰ Miranda, Nicolás, op. cit., pág. 113

En la segunda mitad de los años noventa, Corvalán reconocerá, al publicar sus memorias, que los eurocomunistas tenían razón en aquellas cuestiones importantes que les separaban, pero ya no existía ni el eurocomunismo, ni la Unión Soviética, ni había en perspectiva ningún proceso parecido al chileno.

Parecen más afines al eurocomunismo las posiciones mantenidas por el Presidente Allende y, sobre todo, las ideas plasmadas en primer mensaje al Congreso Pleno, en el cual vino a definir, lo que él denominó segundo modelo de transición socialismo. Pero Allende, y el pequeño número de socialistas que le eran afines, tuvo que centrarse en los acuciantes problemas diarios de su gobierno, que le absorbían todas las energías, sin permitirle el necesario reposo para una reflexión a largo plazo. Lo harían con posterioridad algunos de sus colaboradores más cercanos, como es el caso de Joan E. Garcés, cuyas ideas hemos tenido ocasión de analizar.

Revelador de esta mayor afinidad es el tratamiento dado a la cuestión de la irreversibilidad del proceso, que al contrario del PC de Chile pretende fundamentar en modificaciones constitucionales. Ésto se plasmó en un proyecto elaborado por varias comisiones gubernamentales, que fue aprobado por Allende en septiembre de 1972. El punto clave del proyecto se encuentra en el tratamiento dado al órgano de representación popular que, como explica Garcés⁵²¹, intenta compatibilizar la representación de las distintas clases (principio pluralista) con la necesidad de asegurar la hegemonía de la clase trabajadora (necesidad socialista) a través de una estructura bicameral en la que una Cámara de Diputados expresaría la representación nacional de todos los ciudadanos, y, una "Cámara de Trabajadores elegida en votación directa y nacional por todos los trabajadores del país" expresaría la hegemonía del bloque social de los trabajadores. La primacía del bloque de los trabajadores se conseguiría situando el origen de las materias de orden económico en esta última Cámara, actuando la de Diputados como revisora. De esta manera quedaba garantizada "la supremacía de la clase trabajadora en las resoluciones económicas del Estado, ya que tendría la mayoría en la Cámara de Trabajadores, aunque no la alcanzara en la de Diputados".

Para este autor se trataría:

"del esquema más completo que se ha elaborado hasta la fecha en diseñar un aparato del Estado de transición al socialismo, concebido según las características de la actual etapa del proceso revolucionario y su resolución táctica por la vía político- institucional".

Para Garcés una forma de Estado como la descrita aseguraría la hegemonía de la clase trabajadora sin por ello renunciar al pluralismo y a la vigencia de los "derechos públicos universales".

⁵²¹ Garcés, Joan E., El Estado y los problemas tácticos en el gobierno de Allende, op. cit., págs. 196-99

LA VÍA CHILENA AL SOCIALISMO Y LA REVOLUCIÓN BOLIVARIANA

El eje de comparación entre la experiencia chilena y el eurocomunismo puede situarse en la cuestión de la transición al socialismo por medios democráticos, pacíficos, o, si se prefiere, mediante una vía político-institucional.

¿Es este eje de comparación también válido para hacerla con el proceso venezolano?. La respuesta ya no es tan clara. En principio hay que decir que, dado que nos encontramos en el momento de escribir esta obra ante un proceso abierto, la comparación se hace más difícil; después hay que añadir que los principales actores, especialmente Hugo Chávez, no se han definido y orientado claramente hacia un objetivo socialista, pero eso puede ser una actitud de prudencia estratégica, dada la correlación de fuerzas, o, un rechazo de ese objetivo que, tampoco tiene por qué ser definitivo.

Por estas razones quizás sea más preciso situar el eje de comparación entre la experiencia chilena y el proceso bolivariano en el terreno de la búsqueda de alternativas de desarrollo autónomas orientadas a mejorar la situación de las clases populares, lo que enfrenta a ambas con el poder de la oligarquía interna y el imperialismo omnipresente.

La utilización de esta última comparación se basa en dos razones complementarias además de la ya expuesta al principio de este capítulo. Primero, porque tras el desplome de socialismo real es el primer intento sostenido y con permanencia de desafiar el dominio neoliberal con una alternativa social, que ha terminado por crear importantes expectativas en la izquierda. Segundo, porque, como reconocen algunos autores que se ocupan del tema, la experiencia chilena está presente para aprender de sus aciertos y errores en el propio proceso venezolano.

Así se reconoce por algunos de los protagonistas venezolanos:

*"El 11 de septiembre de 1973 América toda despertó del sueño, pero la experiencia democrática chilena comenzaría a tener influencia en vastos sectores cívico-militares de todo el continente, especialmente en Venezuela (...) Es tal la magnitud de esa experiencia que el Presidente Chávez siempre se ha referido a las similitudes y diferencias entre los dos procesos cuando se le interroga al respecto o se pretende hacer comparaciones mecánicas"*⁵²².

Igualmente, Chávez reconoce en la entrevista que realiza para Marta Harnecker que "Otra cosa que influyó en mí fue el golpe contra Allende"⁵²³, aunque un poco más adelante en la misma entrevista matiza esa influencia:

*"la experiencia de la Unidad Popular no influyó mucho en mi forma de ver las cosas, pero sí influyó Carlos Matus, un economista chileno, que fue ministro de Allende"*⁵²⁴.

Como tendremos ocasión de ver más adelante, otros autores han mostrado su interés por las semejanzas de la revolución bolivariana con otras revoluciones diferentes de la chilena, poniendo el énfasis en diferentes aspectos del singular proceso que se desarrolla en Venezuela; bien sea el papel del ejército, la manera de

⁵²² Bonilla-Molina, Luis y El Trudi, Haiman, Historia de la revolución bolivariana, pág. 52, <http://www.rebelion.org/docs/7333.pdf>, (29 Enero 2006)

⁵²³ Harnecker, Marta, Hugo Chávez Frías. Un hombre, un pueblo, pág. 10, http://www.nodo50.org/cubasi gloXXI/politica/harnecker24_310802.pdf, (27 Agosto 2003)

⁵²⁴ *Ibíd.*, pág. 26

intervención de Estados Unidos, las condiciones sociales con las que arrancaba, o la ubicación entre las experiencias populistas en América Latina. Todas estas comparaciones son interesantes y aleccionadoras. La que vamos a intentar aquí se centra en las similitudes de la estrategia empleada en cuanto utilizan una vía institucional, lo que significa conquistar electoralmente el poder ejecutivo del Estado para extender a partir de ahí los cambios revolucionarios

Aunque el objetivo de esta sección no es hacer un análisis histórico de las últimas décadas en Venezuela, sobre lo cual existe un numeroso material, si se hace imprescindible presentar los principales desarrollos políticos que desembocan en la victoria electoral de Hugo Chávez en las presidenciales en 1998, así como la estrategia implementada a partir de ese momento, tanto desde las fuerzas bolivarianas como desde la oposición.

En 1948 un golpe militar acaba con el gobierno democrático de Rómulo Gallegos dando paso a una dictadura de carácter cívico-militar, al inicio, y, personalizada en Marcos Pérez Jiménez posteriormente. A la caída de éste, en 1958, se abre un periodo de varias décadas que los protagonistas de la revolución bolivariana van a denominar de "democracia representativa", es decir, un régimen democrático-liberal formalmente similar a los vigentes en el mundo occidental, pero que así quieren claramente diferenciarle de la "democracia participativa y protagónica" inaugurada con la revolución bolivariana.

El inicio de este periodo democrático estará marcado por el Pacto de Punto Fijo que suscriben tres de los cuatro principales partidos existentes en ese momento, AD, COPEI y la URD, pues el PCV queda al margen. Se trata de un pacto de gobernabilidad que daría lugar a un sistema bipartidista protagonizado finalmente por AD y COPEI. Mediante este acuerdo se "garantizaría la estabilidad democrática y un régimen que progresivamente tomó distancia de los intereses de las mayorías nacionales"⁵²⁵.

El desenlace final de este sistema se puede fijar en el caracazo del 27 de febrero de 1989, durante el cual la insurrección popular contra la política de ajuste aplicada por Carlos Andrés Pérez es sofocada a sangre y fuego. El colofón se desarrollaría en tres actos, el primero será la destitución de Carlos Andrés Pérez por malversación de fondos y el descrédito de Acción Democrática; el segundo será el intento de golpe militar de Hugo Chávez el 4 de febrero de 1992; y el tercero, su triunfo electoral en las elecciones presidenciales de diciembre de 1998.

Tres características de este período ayudan a explicar los acontecimientos posteriores: el control de la CTV por AD y COPEI; las frustrantes experiencias guerrilleras que llevan a cabo desde los 60 la izquierda venezolana, especialmente el MIR y el PCV, y que se saldan con una derrota política y militar; y, la gran división de la izquierda desde finales de los 60.

La crisis del petróleo de principios de los setenta, basada en un incremento de los precios, da lugar a que en Venezuela se incrementen rápidamente los ingresos, produciendo lo que se denomina una situación de renta petrolera. Pero estos ingresos no son utilizados para poner en marcha un desarrollo endógeno, sino que, en el cuadro político existente en Venezuela, generan toda una serie de fenómenos perniciosos. La renta petrolera se utiliza por los partidos para mantener una política clientelar, con institucionalización de la corrupción y saqueos de fondos públicos. Esta corrupción y dilapidación de recursos terminan llevando a una política de endeudamiento exterior, y al aumento de la brecha social entre una minoría

⁵²⁵ Bonilla-Molina, Luis y El Trudi, Haiman, op. cit., pág. 35

favorecida por la renta petrolera y una mayoría que ve como empeora sus condiciones de vida, aumentando la pobreza, la marginalidad y la exclusión social.

Los problemas sociales se agravaron a finales de los 80, cuando empiezan a implementarse las políticas neoliberales que se extendían por el mundo con el derrumbe del campo socialista.

Gregory Wilpert describe la situación provocada por lo que denomina "implosión de la economía" comenzada 20 años antes que Chávez alcanzara la presidencia. Cuando la renta petrolera comenzó a decaer y el despilfarro y la corrupción parecían asentados sólidamente en Venezuela. Entre 1978 y 1985 el PIB descende rápidamente, de manera que a mediados de los 90 el PIB per cápita era igual que el de los 60, en tanto, en paralelo, crecía la deuda y se fugaban los capitales. Las dos terapias neoliberales de 1989 y 1996 fracasaron. Esta situación

"exacerbó brutalmente los ya elevados niveles de desigualdad. A medida que los salarios se desplomaban y que un Estado cada vez más desesperado iba recortando el gasto social, el porcentaje de la población obligada a vivir por debajo del umbral de pobreza se disparaba desde el 36% en 1984 hasta el 66% en 1995, y el número de personas viviendo en la extrema pobreza se triplicaba, aumentando del 11% al 36% (...) El porcentaje de la renta nacional percibida por los dos quintos más pobres de la población cayó del 19,1% al 14,7% entre 1981 y 1997, el de la décima parte más rica se incrementó el 21,8% al 32,8% ".⁵²⁶

El 70% de los puestos de trabajo creados entre 1990-8 lo fueron en el sector informal. Solo un 25% de los trabajadores cotizaban a la seguridad social. Había un 20% de hogares sin ingresos fijos. El 89% de los niños entre 4 y 15 años se encontraba en situación de pobreza. El 70% del consumo alimentario era importado. Y los salarios reales en 1998 equivalían al 56,8% de los de 1990⁵²⁷.

En los 80, Venezuela es también afectada por la crisis de la deuda externa que recorre la región. En 1983 se produce la primera devaluación importante de la moneda y, en 1989, con el segundo mandato de Carlos Andrés Pérez, se pone en marcha un paquete de ajuste neoliberal en la línea preconizada por los organismos financieros internacionales. Esta medida va a provocar el estallido popular del 27 y 28 de febrero de ese año, conocido como el caracazo, que el gobierno enfrenta con una política represiva que produce un elevado número de muertos. Estos acontecimientos y la conflictividad social que perdura hace que en la aplicación de las políticas neoliberales en Venezuela fuese más lenta que en el resto de la región, pero no que la paralizase.

El factor característico que va a concurrir en Venezuela al desarrollo de la revolución bolivariana es el representado por el intervencionismo militar de orientación popular que saldrá a la luz en 1992. Porque como sostienen Bonilla-Molina y El Trudi tres son los elementos que concurrirán en los 80 en la revolución bolivariana: el movimiento popular, la izquierda y los militares rebeldes⁵²⁸.

El origen de estos últimos puede situarse en 1977, cuando Hugo Chávez crea lo que sería el embrión del MBR 200, el Ejército de Liberación del Pueblo de Venezuela. En 1982 se crea el MBR 200 como organización militar clandestina. La estrategia inicial que informa a este grupo consiste en:

⁵²⁶ Wilpert, Gregory, Colisión en Venezuela, pág. 111, <http://www.newleftreview.net/PDFArticles/Spanish/NLR25505.pdf>, (17 Diciembre 2004)

⁵²⁷ Torres López, Juan y Montero Soler, Alberto, "¿Ha hundido Chávez la economía venezolana", en Mirando a Venezuela, Ed. Hiru, Hondarribia, 2004, págs. 83-4

⁵²⁸ Bonilla-Molina, Luis y El Trudi, Haiman, op. cit., pág. 115

*"la necesidad de obtener primero del poder nacional, para desde allí desarrollar el proyecto político bolivariano. Los movimientos sociales y las distintas formas de participación y organización popular son considerados como fuerzas independientes y esenciales al proyecto político representado por el MBR 200, que convergen para articularse junto al MBR 200, en un gran 'Frente Patriótico' "*⁵²⁹

A mediados de los 80 el MBR 200 establece una alianza con otros grupos conspirativos dentro de las Fuerzas Armadas.

En las condiciones políticas, sociales y económicas que, como hemos visto, concurren en Venezuela a principios de los 90 tiene lugar el intento frustrado de rebelión militar liderado por Hugo Chávez el 4 de febrero de 1992 que, a pesar de su fracaso, generó una amplia simpatía popular. La derrota de esta vía, tras un segundo intento de rebelión militar fracasado en noviembre de ese año por la fuerza aérea, llevará a Hugo Chávez, finalmente, a apostar por la vía institucional como medio de alcanzar los objetivos de la revolución bolivariana. Esto queda reflejado, tras su salida de la cárcel en 1994, en la denominada Agenda Alternativa Bolivariana (AAB) en la que se apuesta por un proceso constituyente que abra la posibilidad de una democracia participativa y protagónica.

Para las elecciones de 1998, que auparán a Chávez a la Presidencia de la República, el movimiento bolivariano crea una plataforma electoral de apoyo, el Movimiento V República (MVR), que establece una alianza de cara a esas elecciones con otras expresiones de izquierda y que se plasma en el Polo Patriótico. Bonilla-Molina y El Trudi⁵³⁰ analizan el significado del consenso alcanzado para las elecciones de 1998 en torno a la figura de Chávez y la propuesta de cambio, que se concreta en: la unificación de las distintas fuerzas que en Venezuela habían luchado por un cambio social; "la revalorización del papel de las Fuerzas Armadas como sector revolucionario, nacionalista y justiciero"; el desarrollo del programa revolucionario a través de una constituyente originaria; basar "la unidad revolucionaria en una alianza cívico-militar que no negaba la alianza de clases para impulsar la revolución"; la superación del estereotipo de la revolución violenta y la dictadura del proletariado; la necesidad de construir una vanguardia durante el proceso que se correspondiesen a la naturaleza de la revolución en marcha; la consideración de la democracia representativa como algo superado por la nueva democracia participativa y protagónica que, en el futuro, podría ser una democracia directa.

Estos autores señalan al régimen nacido con la victoria de Chávez y la aprobación de la nueva constitución, la V República, como un Estado de transición con cinco objetivos estratégicos a alcanzar. Éstos son los ejes que recordaba Marta Harnecker en su entrevista con Chávez:

*"el eje político que se propone construir la democracia bolivariana; el eje económico que busca construir un modelo económico productivo, humanista, sustentable y diversificado; el social que se plantea cancelar la deuda social y lograr la justicia social: meta esencial y el fin supremo de la revolución; el territorial que pretende la desconcentración del poder y el equilibrio en el desarrollo territorial; y, por último, el internacional que se orienta a fortalecer nuestra soberanía en el marco de un mundo pluriplural"*⁵³¹.

Tras la victoria presidencial, Chávez impulsó rápidamente un referéndum, que ganó, para convocar una Asamblea Constituyente que dotase al país de una

⁵²⁹ *Ibíd.*, pág. 77-8

⁵³⁰ *Ibíd.*, pág. 140-1

⁵³¹ Harnecker, Marta, Hugo Chávez Frías. Un hombre, un pueblo, op. cit., pág. 81

nueva estructura jurídica, necesaria para proseguir los cambios previstos por la vía legal. La victoria abrumadora del chavismo en la elección de la Constituyente despejaba el camino hacia su proyecto al realizar una revolución de tipo político en las estructuras del país y dotarle de una nueva institucionalidad estatal más acorde con el proyecto a desarrollar.

Tras la aprobación de la nueva Constitución, son reelegidos nuevamente los principales cargos políticos, con nuevas victorias de los chavistas en las elecciones del año 2000, con lo cual todo el nuevo régimen se relegitima. El único punto donde el chavismo fracasa, por errores de estrategia, es en la renovación sindical.

En el terreno social, el gobierno Chávez pone en marcha el Plan Bolívar 2000 para el período 1999-2001, plan de carácter cívico-militar de ayuda a los pobres sin tocar las estructuras económicas. Su campo de acción se centró en la salud, la educación y las infraestructuras. Estos planes, y los que le siguieron, fueron posibles sin una previa reestructuración económica gracias a la acción emprendida a escala internacional por el gobierno bolivariano para conseguir una mejor situación de los precios del petróleo.

De hecho, el gobierno Chávez implementó en su inicio una política de estabilidad macroeconómica:

*"se adoptó una política económica diseñada para preservar las reservas internacionales, aparentemente con el propósito de protegerse contra las potenciales presiones del FMI. Paralelamente se intentó controlar la inflación y lograr una mayor estabilidad económica interna"*⁵³².

Esto, junto a su voluntad de cumplimiento escrupuloso con el pago de la deuda externa, le situaban dentro de la aplicación de una política económica ortodoxa.

*"nada más lejano a lo que podría ser un tratamiento populista de la política económica que el aplicado por Chávez (...) descartó la búsqueda de una recuperación rápida de la economía por el camino de un incremento del gasto público y de un aumento fuerte de los salarios"*⁵³³.

Marta Harnegger justifica esta política socio-económica de los primeros años del gobierno bolivariano alegando que:

*"la complicada correlación de fuerzas internacional; el desastre climático del 99; el pesado lastre del aparato institucional heredado; la lenta elaboración de las nuevas leyes que permitan concretar los avances revolucionarios y la necesidad de salir al paso de las tácticas desestabilizadoras de la oposición han impedido realizar transformaciones económico-sociales profundas durante los cuatro primeros años del gobierno del presidente Chávez"*⁵³⁴.

De todas formas, el concepto clave que orienta el objetivo económico del gobierno Chávez es el de "desarrollo endógeno" lo que viene a significar "activación de las fuerzas e industrias nacionales, aumento de las formas colectivas de trabajo y reducción de la dependencia de importaciones"⁵³⁵, y ello conlleva el desarrollo del

⁵³² Parker, Dick, ¿Representa Chávez una alternativa al neoliberalismo?, pág. 99, Rev. Venez. de Econ. y Ciencias Sociales, 2003, vol. 9, n° 3 (mayo-agosto), http://www.revele.com.ve/revistas.php?rev=revista_venezolana_de_economia_y_ciencias_sociales, (13 Noviembre 2004)

⁵³³ Medina, Medófilo, Chávez y la globalización, pág. 123, Rev. Venez. de Econ. y Ciencias Sociales, 2001, vol. 7 n° 2 (mayo-agosto), http://www.revele.com.ve/revistas.php?rev=revista_venezolana_de_economia_y_ciencias_sociales, (13 Noviembre 2004)

⁵³⁴ Harnegger, Marta, Venezuela. Una revolución sui generis, pág. 26, <http://www.rebellion.org/harnegger/harnegger240203.pdf>, (23 Junio 2004)

⁵³⁵ de Cházaro, Ernesto Fidel, Venezuela: Buscando la revolución bolivariana, pág. 62, <http://www.rebellion.org/docs/30980.pdf>, (7 Mayo 2006)

cooperativismo, la cogestión y las denominadas Empresas de Producción Social, “que implica una nueva forma de producción no orientada a maximizar las ganancias sino a la utilidad social y por tanto central en los planes de transformación”⁵³⁶

El bloque de fuerzas que permitió las primeras victorias abrumadoras del chavismo era muy heterogéneo. Esto suponía, en principio, la ausencia de una fuerza claramente dirigente del proceso y, en segundo lugar, la inevitable decantación de ése bloque en cuanto se produjesen medidas de profundización de la revolución. Las contradicciones, que existían en ése bloque desde 1998, se agudizan a partir el 2001 cuando se van definiendo las tareas revolucionarias del gobierno, contrarias a las del sector que Bonilla_Molina y El Trudi denominan "gatopardismo reformista"; el diagnóstico que hacen sobre el enfrentamiento interno es claro:

“No queremos decir que la revolución bolivariana tomó partido por los senderos de la revolución socialista, proletaria o comunista. Lo que estaba claro, desde ese momento, era que Chávez lideraba un gobierno abiertamente nacionalista e imbricado a los intereses de los pobres. El riesgo lo constituía la tendencia de un sector del chavismo a convertirse en la nueva burguesía nacional, intentando limitar la revolución bolivariana a una revolución democrática burguesa”⁵³⁷.

Este deslindamiento de sectores chavistas tomó como punto de referencia la promulgación de 49 leyes habilitantes en 2001 que desarrollaban el texto constitucional en materias como la tierra o los hidrocarburos, y que generan una dura oposición de la oligarquía, porque aunque no modifican la estructura socioeconómica si tocan los intereses de los poderosos. Esto va a precipitar también el reagrupamiento de la oposición y el desencadenamiento de una ofensiva contra la revolución bolivariana. Las causas de este retraso de tres años que la oposición tardó en reaccionar hay que buscarlas en su confianza en que el proceso iniciado en 1998 se quedaría en promesas y cambios superficiales que no alterarían sustancialmente la situación. Sólo cuando es evidente que no se van a cumplir esas expectativas es cuando pasa a la acción resueltamente y sin reparar en medios. Esta ofensiva opositora tendrá cuatro puntos álgidos que se convertirán en otras tantas derrotas para ella y, a su vez, en posibilidades de avances de la revolución: El primer embate opositor se produce en diciembre de 2001 con un llamamiento al paro general de actividades laborales hechos por Fedecámaras con el apoyo de la CTV. El segundo embate tendrá lugar en abril de 2002 con el fracasado golpe de Estado para acabar con Chávez, tras la decisión de éste de poner fin a la situación de PDVSA - que actuaba como un Estado dentro del Estado al servicio de los Estados Unidos y la tecnocracia petrolera - pasando a ser controlada efectivamente por el Estado y cambiando su directiva. El tercer intento por acabar con el proceso venezolano se producirá a finales de 2002 con el desencadenamiento de una huelga petrolera cuyo objetivo era paralizar la economía nacional y provocar una situación del caos para alcanzar sus objetivos. Ésta situación se prolonga hasta febrero del 2003 en que finalmente es derrotada. Tras estas derrotas, la oposición se orienta al terreno electoral para, aprovechando la posibilidad de promover un referéndum revocatorio a la mitad del mandato, intentar conseguir legalmente la salida de Chávez del gobierno. También en este terreno la oposición será derrotada en el referéndum de agosto de 2004; derrota que será remachada en sucesivas elecciones posteriores, primero en la de gobernadores y alcaldes que ese año, después en las de Consejos Municipales y Juntas Parroquiales en agosto de 2005, y finalmente en las elecciones legislativas de diciembre de 2005, en todas las cuales las fuerzas bolivariana

⁵³⁶ *Ibíd.*, pág. 63

⁵³⁷ Bonilla-Molina, Luis y El Trudi, Haiman, op. cit., pág. 191

obtuvieron contundentes victorias, demostrando claramente que la oposición había perdido la iniciativa en la lucha contra la revolución bolivariana.

Después del Plan Bolívar 2000 y de las leyes habilitantes, la tercera iniciativa en el campo social del gobierno Chávez fueron las Misiones, puestas en marcha a mediados del 2003 en los sectores sanitario y educativo. Se trata de mecanismos orientados a superar la ineficacia de la administración pública venezolana en la solución de los problemas sociales mediante la participación popular. El espectro de campos que abarcan es muy variado, pudiéndose citar entre otras, la Misión Mercado de Alimentos (MERCAL), la Misión Robinson contra el analfabetismo y por la elevación del nivel de educación de la población, la Misión Vuelvan Caras para luchar contra el desempleo potenciando las cooperativas, la Misión Barrio Adentro para extender la sanidad gratuita a la inmensa mayoría de la población sin acceso a ella, etc.

Tras las victorias electorales de 2004 concurren una serie de factores positivos que, en opinión de Bonilla-Molina y El Trudi, facilitan el avance de la revolución y, entre ellas, citan la fortaleza política y la gran legitimidad adquirida por el proceso, las múltiples expresiones de organización social de base o el avance de las fuerzas progresistas en América Latina.

Igualmente, Marta Harnacker⁵³⁸ cree que la situación que se abría con estas últimas victorias del chavismo en 2004 servía para hacer frente a una serie de desafíos necesarios de afrontar: proceder a un salto cualitativo en la participación del pueblo, avanzar en el terreno de la organización de los partidarios de la revolución; avanzar en el desarrollo del modelo económico alternativo; mejorar la correlación de fuerzas en el campo institucional; y, contrarrestar la ventaja abrumadora de que dispone la oposición en el campo comunicacional. Pero, puntualiza claramente que estos desafíos

"no llaman de inmediato a terminar con el capitalismo. En cambio, cada uno de ellos tiene que ver con la capacitación del pueblo para una participación más consciente y protagónica de la vida de su país(...) Sólo ello hará avanzar el proceso revolucionario bolivariano a paso seguro y lo transformará en irreversible".

Los autores marxistas que sostienen que es posible, a pesar de las condiciones internacionales existentes, comenzar actualmente el paso a la revolución socialista en Venezuela analizan estos acontecimientos de manera diferente. Es el caso de Alan Woods, que contempla las dos graves derrotas de la oposición, en el golpe de Estado de abril de 2002 y en la posterior huelga petrolera de diciembre de ése año, como dos oportunidades desperdiciadas para la revolución:

*"Después de la derrota del golpe habría sido posible llevar a cabo la revolución socialista de una forma tranquila e incruenta. Desgraciadamente, la oportunidad se perdió y los reaccionarios pudieron reagruparse y organizar un nuevo intento por la llamada "huelga" (en realidad un paro patronal) que provocó un serio daño a la economía. El nuevo intento fue derrotado por los trabajadores(...) De nuevo existía la oportunidad de una transformación radical sin guerra civil. Y nuevamente se perdió la oportunidad"*⁵³⁹

Antes de proceder a realizar la comparación entre la experiencia chilena desarrollada a principios de los 70, y el actual proceso venezolano, es conveniente detenernos sobre una polémica que ha acompañado a este último y que tiene dos

⁵³⁸ Harnacker, Marta, Venezuela. Una revolución sui géneris, op. cit., págs. 54-7

⁵³⁹ Woods, Alan, Los Marxistas y la Revolución Bolivariana, pág. 11, <http://venezuela.elmilitante.org>, (15 Septiembre 2005)

dimensiones relacionadas entre sí, ¿el proceso que se inaugura con la victoria presidencial de Chávez en 1998 es una revolución o se trata de una nueva versión del populismo que ha recorrido en otras ocasiones América Latina?. Este interrogante ha dado lugar a discusiones tanto en ámbitos académicos como políticos y ha suscitado la polémica en la izquierda internacional. La dificultad de la cuestión aumenta porque se trata de un proceso abierto y cambiante cuya tendencia parece inclinarse por una mayor profundización de las transformaciones sociales, a la vez que, después de casi ocho años, todavía no se han producido cambios significativos e irreversibles en la estructura socioeconómica. Y porque el ideario que sustenta el líder de la revolución no es marxista, sino bolivarianista.

Vamos a empezar por este último punto. Medófilo Medina⁵⁴⁰ considera que el chavismo "ha construido una ideología" a partir de dos conjuntos: "Un componente central: el árbol de las tres raíces, y otros subordinado y ecléctico, integrado por ideas provenientes de las distintas tradiciones filosóficas". Con la denominación de árbol de las tres raíces se hace referencia al aporte de tres personajes: Simón Bolívar; Ezequiel Zamora, "caudillo de masas rurales del siglo XIX"; y, Simón Rodríguez, "el preceptor de Bolívar". Para Medina la recuperación por el chavismo de estos tres personajes le emparentan con la corriente roussoniana de la Ilustración. En relación con las otras corrientes que influyen en el chavismo, Medina se refiere al marxismo y a la influencia del argentino Norberto Ceresole en Chávez entre 1994-98, aunque esta última fue claramente rechazada por importantes dirigentes del chavismo.

Por su parte, Dick Parker sostiene al respecto que no cabe duda de la naturaleza populista del discurso chavista:

*"El nacionalismo y el rescate de un proyecto nacional identificado con los próceres están a la vista, como también el rechazo a la dominación foránea y a una oligarquía considerada responsable de desvirtuar el proyecto nacional"*⁵⁴¹

y recuerda también la apelación del propio Chávez a construir una alianza entre la izquierda, los militares nacionalistas y los sectores populares.

Medina recuerda que lo definitorio de Chávez es su pragmatismo político y es desde esa perspectiva como se puede entender su posición sobre el capitalismo humanizable del que habla con Marta Harnecker en su entrevista. En ella sostiene que el capitalismo no es humanizable "en el marco del más puro sustrato capitalista"; para a continuación puntualizar que, "en el caso venezolano, con un gobierno como éste, con una Constitución como ésta, con un pueblo que ha despertado como el nuestro, con una correlación de fuerzas como la que tenemos, si es humanizable"; y terminar su reflexión con el recordatorio de que las políticas sociales implementadas por su gobierno "son toques de humanización dentro del modelo capitalista. Claro, como una etapa transitoria"⁵⁴².

No cabe duda de su política antiimperialista, que ha tensado gravemente la actitud de Estados Unidos hacia Venezuela, pero es mucho más ambigua su posición socialista de la que sólo a hecho alguna alusión:

⁵⁴⁰ Medina, Medófilo, op. cit.

⁵⁴¹ Parker, Dick, El Chavismo: populismo radical y potencial revolucionario, pág. 28, en Rev. Venez. de Econ. y Ciencias Sociales, 2001, Vol 7, N° 1 (enero-abril), http://www.revele.com.ve/revistas.php?rev=revista_venezolana_de_economia_y_ciencias_sociales, (13 Noviembre 2004)

⁵⁴² Harnecker, Marta, Hugo Chávez Frías. Un hombre, un pueblo, op. cit., pág. 57

*"Hasta ahora empero desiste de declarar la guerra al capitalismo. Lo que hay que combatir no es, según él, la posesión de capital como tal sino su concentración en pocas manos"*⁵⁴³

¿Se trata, entonces, de otro populismo más de los que han crecido en América Latina?. Dick Parker se ocupa de este aspecto del análisis del proceso venezolano, y ya hemos visto que, para este autor, se trata de un discurso de naturaleza populista. Pero esto no es descalificatorio, al contrario, pues, apoyándose en Ernesto Laclau y David Raby, interpreta que el populismo es portador de un auténtico potencial revolucionario y cita como ejemplos al Movimiento 26 de Julio en Cuba o al gaitanismo en Colombia.

Sostiene, pues, que el populismo

*" se trata de un discurso político que se distingue por interpelar y calar profundamente entre los sectores populares, a la vez que logra estimular entusiasmo y un potencial de movilización entre estos mismos sectores que abre perspectivas de profundos cambios en la sociedad "*⁵⁴⁴.

Ahora bien, aunque el proyecto chavista es portador de un potencial radical dadas sus características populistas, eso, de por sí, no es ninguna garantía en el futuro, y Dick Parker analiza algunos problemas y tendencias que podrían perjudicar ese potencial, citando, entre otras, las contradicciones surgidas de la heterogeneidad de sus bases de apoyo, lo que a su vez potencia el papel mediador del líder para resolver esas contradicciones, o, el déficit democrático del MVR y, termina reconociendo que incluso si se reconoce, como hizo Fidel Castro, que era posible hacer la revolución en el marco de la nueva Constitución Bolivariana, aún quedan muchos interrogantes por resolver.

Desde el hundimiento del socialismo real y la ofensiva consiguiente del neoliberalismo a nivel mundial, la izquierda transformadora, desde una actitud claramente defensiva, intenta levantar una alternativa antineoliberal que frene esa ofensiva que arrasa con multitud de derechos conseguidos en las décadas anteriores y empeora las condiciones de vida de las masas populares, sobre todo fuera del mundo industrializado, aunque también en éste. La pregunta, por tanto, esta vez es, como titula Dick Parker un artículo suyo, ¿Representa Chávez una alternativa al neoliberalismo?⁵⁴⁵. Su respuesta es afirmativa al respecto, pero dejando claro que entiende por tal. Para este autor la globalización no es reversible y,

"de lo que se trata es de luchar por quitarle a la globalización su impronta neoliberal y de establecer criterios para controlar la entrada al país de capitales extranjeros, en lugar de abdicar a esta potestad y entregársela a la " mano invisible " del mercado o a aquella más visible del capital transnacional. Se trata no de eliminar el mercado si no de encontrar la manera de evitar que el mercado se transforme en eje único o preponderante de la organización de la sociedad".

El chavismo contendría cuatro elementos claves como alternativa al neoliberalismo: 1) la redefinición de la política petrolera basada en el control de PDVSA, el fortalecimiento de la OPEP y la recuperación de los precios del petróleo; 2) el impulso al desarrollo endógeno, no obstante que las relaciones del gobierno Chávez con el capital extranjero han sido más fáciles que con el capital nacional, cuya principal organización, Fedecámaras, ha estado a la cabeza del sector opositor; sin embargo, el gobierno Chávez insiste en fomentar la actividad empresarial local,

⁵⁴³ de Cházaro, Ernesto Fidel, op. cit., pág. 142

⁵⁴⁴ Parker, Dick, El Chavismo: populismo radical y potencial revolucionario, op. cit.

⁵⁴⁵ Parker, Dick, ¿Representa Chávez una alternativa al neoliberalismo?, op. cit., págs. 83-110

sobre todo la de la pequeña y mediana empresa; 3) el rechazo del ALCA, frente al cual el gobierno bolivariano promueve una mayor integración latinoamericana⁵⁴⁶; 4) los objetivos económicos- sociales del chavismo, consistentes en elevar el nivel de vida e impulsar una economía humanista y autogestionaria.

Para Dick Parker, si hasta diciembre del 2002 la política social del gobierno Chávez sólo tomó medidas de emergencia, sin solucionar seriamente los graves problemas sociales del país, con la Ley de Seguridad Social de ese mes rompe radicalmente con el neoliberalismo. La elección de Chávez en 1998 fue la expresión de las frustraciones populares frente al neoliberalismo y, por ello, levantó tantas esperanzas dentro y fuera de Venezuela y, si en los primeros años cometió errores e incoherencias fruto de su falta de preparación, con el tiempo ha terminado convirtiéndose en una alternativa creíble al neoliberalismo.

La última pregunta pertinente es la referida a sí el proceso venezolano puede ser considerado una revolución, al menos desde los parámetros que la izquierda maneja sobre este tema.

Marta Harnecker⁵⁴⁷ expone siete razones por las que el proceso venezolano es catalogado de sui generis, y que explican como al romper los esquemas clásicos de la izquierda fue difícil de entender para ella: Arranca con el triunfo electoral de Chávez en las presidenciales de 1998 y se mantiene dentro de una vía institucional. Al ser el bolivarianismo y no el marxismo la ideología orientadora se le califica de indefinido ideológicamente. Su líder es un militar, intentó una insurrección militar y da un excesivo protagonismo a los militares en el proceso. Además de ser un militar, utiliza un discurso populista. No existe un partido de vanguardia para dirigir el proceso. Su lucha contra la corrupción no ha sido exitosa. Por último, ni se han producido transformaciones económicas profundas, ni tampoco ha puesto en causa el pago de la deuda externa.

Pero a pesar de estas razones, la autora considera que si se trata de un proceso revolucionario, y para ello alega una razón definitiva,

“se va constituyendo así como sujeto revolucionario cada vez más amplio, combativo y consciente. Y es éste justamente el mayor logro del original proceso venezolano y el que permite definirlo como revolucionario. No se ha avanzado mucho en transformaciones socio-económicas, pero si se avanzado enormemente en la constitución del sujeto protagónico de la nueva sociedad que se quiere construir”⁵⁴⁸.

También Michael Albert⁵⁴⁹ considera como atípica a la revolución bolivariana por el empleo de unos métodos que buscan la participación popular intensiva en el proceso y una estrategia basada en crear sistemas populares en diferentes campos, como la salud, la educación, la comunicación, la producción, etc., en coexistencia paralela con los ya existentes y en la esperanza de conseguir desplazarlos sin tener que utilizar la coacción para ello,

“[estas] nuevas formas que llaman anti-capitalistas, participativas, socialistas y bolivarianas, entre otras. No están directamente ocupando o eliminando las viejas estructuras por la fuerza. Están funcionando legalmente dentro de los parámetros de la sociedad para fomentar la creación de nuevas formas y así mostrar por contraste, y a través de la socialmente aceptable

⁵⁴⁶ Está integración está representada por el ALBA: "La idea central es la de una colaboración no capitalista, no hegemónica, racional, solidaria, orientada en los intereses de los pueblos, creadora de puestos de trabajo, orientada hacia la superación de la pobreza, la protección de los recursos naturales y el medio ambiente". de Cházaro, Ernesto Fidel, op. cit., pág. 76

⁵⁴⁷ Harnecker, Marta, Venezuela, una revolución sui generis, op. cit., pág. 15

⁵⁴⁸ *Ibíd.*, pág. 27

⁵⁴⁹ Albert, Michael, Hugo Chávez y la vía venezolana, Znet en español, <http://www.rcci.net/globalizacion/2005/fg570.htm>, (17 Enero 2001)

competencia, que las viejas formas venezolanas eran inferiores, esperando que con el tiempo las nuevas formas vencerán legalmente a las viejas".

Su impresión general es que "la revolución bolivariana es un poco difusa". Un líder como Chávez puede ser beneficioso o convertirse en perjudicial si cambia o desaparece. Derrotar al viejo sistema por la vía de la competencia puede "evitar un conflicto prematuro e indeseado" pero, a su vez, "se arriesga a instaurar métodos y cualidades competitivas y fomentar estructuras clasistas y burocráticas".

Termina reconociendo que su futuro no está claro. La revolución bolivariana podría terminar desembocando en la socialdemocracia; también podría recaer en la tentación del autoritarismo

"Pero la revolución bolivariana podría resultar un modelo notable, tanto de un mundo mejor como de una muy original forma de llegar a ese mundo mejor".

Una posición más clásica, desde los parámetros del marxismo, respecto a la revolución bolivariana es la sostenida por Alan Woods⁵⁵⁰. Este autor y la tendencia marxista que representa han venido defendiendo a la revolución venezolana y han entrado en polémica con otros sectores marxistas que la critican. En su análisis considera que la revolución bolivariana es de carácter democrático-burguesa y que el punto de vista de Chávez es el de la democracia pequeña burguesa revolucionaria. Sin embargo, considera que el marxismo revolucionario debe apoyarla, primero, por qué hay un campo común donde coinciden sus luchas como es la lucha contra el imperialismo, por la autodeterminación nacional y por el control del pueblo venezolano de sus propios recursos; y, segundo, porque la derrota de Chávez por la reacción "sería un golpe devastador contra las fuerzas revolucionarias en Venezuela y en toda América Latina".

El apoyo que esta corriente marxista ofrece a Chávez es un apoyo crítico y considera que el punto fundamental que les separa del proyecto de Chávez es que éste

"piensa que es posible desarrollar el país y liberarse del dominio imperialista manteniéndose dentro de los límites de capitalismo. Esto no es posible. Esa es la debilidad fatal de su programa, política y perspectivas, esa es la línea que nos divide".

Alan Woods se mantiene fiel a las enseñanzas del trotskismo y por eso mismo concluye que

"Lo que estamos presenciando en Venezuela es una variante peculiar de la teoría de la Revolución Permanente. Es imposible considerar las conquistas de la revolución dentro de los límites de sistema capitalista"⁵⁵¹

En una línea similar a algunos de los planteamientos anteriores, pero visto también de una manera más compleja, Heinz Dieterich⁵⁵² plantea que en la venezolana coexisten tres revoluciones; una de tipo anticolonial que es evidente, otra de tipo democrático burguesa, y los "gérmenes de una revolución socialista"; y, considera, que si las políticas chavistas son claramente identificables con las dos

⁵⁵⁰ Woods, Alan, La estupidez sectaria y la revolución bolivariana. <http://www.rebellion.org/noticia.php?id=3134>, (18 Agosto 2004)

⁵⁵¹ Woods, Alan, Los Marxistas y la Revolución Venezolana, op. cit., pág. 9

⁵⁵² Dieterich, Heinz, Venezuela. ¿Puede triunfar el socialismo del siglo XXI?, <http://www.rebellion.org/noticia.php?id=18445>, (3 Agosto 2005)

primeras se debe a que en tanto no se avance en esas dos dimensiones, no puede pasarse a construir el socialismo.

Este autor alerta contra el espejismo de pensar que algunas de las medidas innovadoras son sinónimo de avance al socialismo:

“El establecimiento de cooperativas, la cogestión, la regulación del mercado, el trueque y las empresas no mercantiles, no significan de por sí, que se esté construyendo una economía socialista”

Después de esta apretada síntesis sobre el proceso venezolano y algunas de las opiniones vertidas sobre él, vamos a pasar a lo que es el objeto principal de esta sección del capítulo, su comparación con la experiencia chilena, utilizando para ello la metodología de resaltar las principales diferencias en lo que es una vía similar, que las diferencia de otras revoluciones: en ambas no hay una previa ocupación del Estado para iniciar la revolución, sino que, partiendo de un gobierno revolucionario en medio de un Estado no revolucionario, se inicia un proceso de intensas transformaciones, lo que provoca enormes tensiones y una intensificación de la lucha de clases con resultados diferentes.

Primera diferencia. En Chile un potente movimiento popular basado en dos grandes partidos marxistas que trabajaban dentro del sistema constitucional va alcanzando cada vez mayores cotas de madurez y de apoyo social y electoral hasta que, finalmente, en 1970 se alza con la victoria presidencial. A pesar de que en ciertos momentos hayan aparecido tendencias partidarias de la vía armada en su seno – el reinosismo en el PC y, sobretodo, en sectores mayoritarios del PS – la tendencia principal y hegemónica fue siempre la de utilizar los mecanismos institucionales existentes para alcanzar el poder. Además, la persistente acción de estos partidos, y de la CUT, fue capaz de estructurar un movimiento obrero y campesino concienciado, que va a apoyar claramente al gobierno popular en todas las coyunturas difíciles.

En Venezuela, por el contrario, existe una alta fragmentación de las fuerzas auténticamente socialistas actuando en el período inmediatamente anterior – el del Pacto de Punto Fijo – en la sociedad, de tal manera que cuando se produce el caracazo se tratará de un movimiento espontáneo de protesta, que no será encauzado ni aprovechado por ningún partido opositor a la política seguida por el gobierno de Calos Andrés Pérez. Además, cuando surja un primer intento serio de cambiar la situación, será mediante el empleo de la vía armada - el intento de golpe militar de Chávez en 1992 – por parte de elementos de las Fuerzas Armadas. El golpe de 1992 fue llevado a cabo por el Movimiento Bolivariano Revolucionario 200, organización de oficiales dirigidos por el teniente coronel Hugo Chávez, fundada en 1982. Solo tras este fracaso, Hugo Chávez emprenderá la más fructífera vía democrática.

Por lo tanto, Hugo Chávez deberá apoyarse para impulsar su proyecto en un conglomerado de organizaciones diversas: El Movimiento V República, creado como plataforma electoral por el movimiento bolivariano para concurrir a las elecciones en 1998, de ideología nacionalista y populista; el MAS; el partido Patria Para Todos; el PCV y el MEP entre otros⁵⁵³, que formarán el bloque Polo Patriótico de apoyo a la candidatura de Chávez. Esta alianza heterogénea conocerá importantes tensiones y, finalmente, rupturas cuando el proceso se vayan decantando en una posición más comprometida con los pobres y aumente el enfrentamiento con la oligarquía y el

⁵⁵³ El MAS surge de una escisión del PCV en 1968, liderado por Teodoro Petkoff, del que también se separa La Causa R. Patria Para Todos es, a su vez, una organización que se desprende de La Causa R fruto de la discusión en su seno sobre el apoyo a Chávez en 1998.

imperialismo. Así, una fracción del MVR, liderada por Luis Miquilena, se pasará a la oposición, lo mismo que el MAS. Además, el MVR muestra sus debilidades como organización adecuada para liderar el proceso cuando éste se profundiza a partir del 2001: "se comporta en muchos aspectos igual que cualquier partido en cualquiera de las "democracias" burguesas. El ansia de conseguir y mantener el poder, discusiones "verticales" e intrigas no están ausentes en esta organización"⁵⁵⁴; lo que lleva a Chávez a proponer una refundación del MBR 200 como movimiento de masas, basado en los círculos bolivarianos, para apoyar al proceso transformador. El problema en este sentido es planteado crudamente por Marta Harnecker cuando afirma que:

*"El talón de Aquiles del proceso venezolano es que no cuentan con instrumentos políticos adecuados a las trascendentales tareas que se propone realizar"*⁵⁵⁵.

Stuart Piper⁵⁵⁶ también considera el punto más preocupante del proceso la gran debilidad de los movimientos sociales y de los partidos políticos de izquierda, de lo que se derivan algunas consecuencias negativas; en primer lugar, el carácter efímero que adquieren las formas de organización que aparecen en el curso de las sucesivas movilizaciones; en segundo lugar, la falta de autonomía de las organizaciones de masas, que se hacen dependientes de las iniciativas procedentes del aparato del Estado o de Chávez; la única excepción a este fenómeno sería la UNT; por último, los partidos políticos que apoyan la revolución bolivariana no son eficaces como "organizadores colectivos de acciones políticas" o "suministradores de ideas políticas".

Nada que ver pues con una alianza probada en el tiempo de partidos marxistas, con un programa claro de transformaciones y con una implantación social profunda. Ni siquiera en el mundo sindical pudo Chávez encontrar apoyo, la Confederación de Trabajadores Venezolanos era una vieja central minada por la corrupción debido a sus vínculos a AD y a Fedecámara. Sin embargo, a lo largo del proceso, esta situación de desventaja se fue corrigiendo y la CTV, cuya dirección fue abiertamente beligerante contra Chávez, fue paulatinamente desplazada por la Unión Nacional de Trabajadores (UNT), con una orientación más autónoma y anticapitalista donde existen tendencias que pretenden una mayor radicalización del proceso.

El principal activo en las elecciones de 1998, y posteriormente, será el propio Chávez, con la aureola ganada entre los pobres por su intento de golpe militar, y con una relación directa con sus seguidores. No es difícil que se sospeche que se trate de un nuevo nacionalismo populista. Así lo reconoce, por ejemplo, José Steinsleger, quién, sin embargo lo vincula, más que a otros precedentes, como Vargas, Cárdenas o Perón quienes idealizaron un esquema de unidad nacional y de alianza de clases que les llevó a la derrota, al pensamiento de otros revolucionarios latinoamericanos como Morelos, Sandino, El Che o Allende⁵⁵⁷.

La ventaja de la experiencia chilena, en este aspecto, es relativa. Basada en partidos de izquierda de larga trayectoria y profundo arraigo social, sin embargo, las diferentes estrategias que sostenían y les enfrentaban restaron gran parte de la ventaja que debían aportar, y terminó por convertirse en el obstáculo principal para encontrar soluciones a los graves problemas que se fueron planteando.

⁵⁵⁴ de Cházaro, Ernesto Fidel, op. cit., pág. 133

⁵⁵⁵ Harnecker, Marta, Venezuela. Una revolución sui géneris, op. cit., pág. 10

⁵⁵⁶ Piper, Stuart, Revolución en la revolución, <http://www.rebellion.org/noticia.php?id=20364>, (22 Septiembre 2005)

⁵⁵⁷ Steinsleger, José, "El mensaje de la revolución bolivariana", en Mirando a Venezuela, op. cit., págs. 144-5

Segunda diferencia. En Chile, las Fuerzas Armadas gozaban en el momento de la victoria de Allende de la imagen de ser respetuosas con el ordenamiento constitucional, y poco proclives a las intervenciones en política. Una imagen que, como tuvimos ocasión de analizar, no respondía exactamente a la realidad. Por debajo de esa imagen se ocultaban dos realidades más determinantes de su comportamiento en una situación de conflicto interior; primero, su extracción de clase, que llevaba aparejada la hegemonía de una serie de valores vinculados a las clases altas y medias; segundo, la fuerte vinculación a las Fuerzas Armadas de los Estados Unidos a través de un antiguo sistema de relaciones, mediante las cuales el imperialismo inculcaba sus doctrinas de defensa a los mandos de las Fuerzas Armadas chilenas.

A pesar de ello, el peso de la tradición constitucionalista fue efectivo durante un tiempo y permitió la supervivencia por tres años al gobierno de Allende. Dos nombres expresan esta situación, Schneider y Prats. Pero el gobierno popular no contó con un apoyo significativo a su proyecto en el seno de las Fuerzas Armadas, y lo que es más grave aún, no sólo no lo promocionó, sino que ni siquiera hizo un esfuerzo serio por sostener a la corriente constitucionalista, depurando las Fuerzas Armadas de sus elementos más reaccionarios y golpistas, aprovechando para ello las distintas crisis militares vividas. El gobierno y todos los partidos de la UP, como hemos visto, destacaron por la poca atención prestada en este ámbito.

En Venezuela, por el contrario, el malestar producido por el corrupto sistema existente antes de 1998 prendió entre la oficialidad joven que fundó en 1982 el Movimiento Bolivariano Revolucionario 200 (en referencia al bicentenario de la muerte de Simón Bolívar) con el objetivo estratégico de tomar el poder, y el histórico de la construcción de un nuevo modelo de sociedad⁵⁵⁸ y en el que la represión del caracazo del 27 de febrero de 1989 actuó como catalizador para decidirse a actuar contra el gobierno de Carlos Andrés Pérez.

Marta Harnecker recuerda la respuesta de Chávez al comparar el proceso venezolano y el chileno:

*"la diferencia entre ese y éste proyectó es que el primero fue una Revolución desarmada y que la Revolución Bolivariana tiene armas y hombres dispuestos a usarlas en caso de necesidad para defenderla"*⁵⁵⁹

¿Tiene el ejército venezolano una composición y naturaleza diferente al resto de ejércitos de América Latina y, en especial, del chileno en 1973, que le permite jugar un papel distinto en la revolución?. Algunos aspectos parecen inclinarse por una respuesta afirmativa a éste interrogante: el líder de la revolución ha salido de sus filas y, en 1992, el ejército protagonizó dos rebeliones de orientación popular contra el gobierno de Carlos Andrés Pérez. Pero también hay aspectos contrarios, las desafecciones de antiguos compañeros de Chávez respecto a su proyecto, el apoyo de algunos sectores castrenses a la oposición y, el definitivo, el golpe de Estado de abril 2002.

Marta Harnecker se inclina por la primera de las respuestas y alega varias características diferenciadoras de las Fuerzas Armadas venezolanas en apoyo de sus tesis⁵⁶⁰. En primer lugar estaría la impronta dejada por Simón Bolívar, en cuyo pensamiento están presentes los sectores populares. La segunda característica sería el hecho de que, desde la generación de Chávez, el ejército venezolano formó a sus

⁵⁵⁸ Harnecker, Marta, "Venezuela pos referendo: los nuevos desafíos", en *Mirando a Venezuela*, op. cit., pág. 247

⁵⁵⁹ Harnecker, Marta, Hugo Chávez Frías. *Un hombre, un pueblo*, op. cit., pág. 40

⁵⁶⁰ Harnecker, Marta, *Venezuela. Una revolución sui géneris*, op. cit., pág. 29-31

mandos en una Academia Militar propia, profundamente transformada, en lugar de en la Escuela de las Américas; además, dicha generación se formó cuando el país estaba casi pacificado y apenas debió enfrentarse a la guerrilla. La tercera característica diferenciadora sería que, a diferencia de otros países, no existe en las Fuerzas Armadas venezolanas una casta militar, siendo accesibles sus puestos más altos a las familias de pocos recursos. En cuarto lugar, su uso como instrumento de represión con ocasión del caracazo produjo una gran conmoción y rechazó en su seno. También hay que tener en cuenta que la corrupción reinante con los gobiernos del Punto Fijo, y la brecha social ampliada a pesar de la renta petrolera, crearon una corriente de repudio en el interior de las Fuerzas Armadas que se expresaría en la sublevación militar de febrero de 1992 que, a pesar de su fracaso, pondría en primer plano a su líder, el teniente coronel Hugo Chávez. La victoria electoral de Chávez y su proceso legal con el cambio de Constitución también son factores de ligazón de las instituciones armadas al proceso, ya que la defensa de la Constitución es una defensa del propio proceso. Las dos últimas características alegadas por Marta Harnecker se refieren al programa económico nacionalista de Chávez como "alternativa a la globalización neoliberal extranjerizante" que busca un "desarrollo endógeno" y que, por tanto, es grato a la institución militar; y, a la figura carismática y popular de Chávez, que goza de una gran admiración entre los soldados.

Además, el papel jugado desde el inicio del proceso por el ejército ha sido muy positivo. De un lado se ha implicado en los grandes proyectos sociales del gobierno; y, de otro, especialmente

*"fueron los principales artífices del retorno de Chávez al gobierno cuando un grupo de altos oficiales, la mayoría de ellos sin mando de tropa, hicieron el triste papel de peones de los grandes intereses empresariales en un frustrado intento de golpe de Estado en abril 2002"*⁵⁶¹

Algunas de las razones sostenidas por Marta Harnecker en este aspecto son también respaldadas por otros autores⁵⁶².

Alan Woods⁵⁶³ compara la actuación del ejército en Venezuela con el papel que jugó en Portugal en la revolución de los claveles y, a partir de este rol similar, continúa analizando los paralelismos entre ambas revoluciones. Efectivamente, sostiene que Portugal fue un precursor de la revolución bolivariana, en cuanto el movimiento se inició en el ejército para extenderse a las masas, y sostiene que tuvieron el mismo significado el golpe reaccionario del general Spínola en marzo de 1975 y el del 11 de abril de 2002 en Venezuela, terminando ambos de la misma manera. En ambos casos, sostiene este autor, se perdió, tras el fracaso de golpe, la oportunidad muy favorable para llevar a cabo la transformación pacífica de la sociedad por ausencia de una dirección revolucionaria consecuente.

Esta reflexión de Alan Woods sobre el paralelismo de las dos revoluciones puede servir de llamada de atención frente a las opiniones optimistas que expresan otros autores, como Ernesto Fidel de Cházaro, para quien, como consecuencia del fracaso del golpe de estado de 2002:

*"en Venezuela ya no hay que esperar, para años en adelante, un golpe militar. Chávez (...) ha depurado, a consecuencia del intento golpista, las Fuerzas Armadas, de manera que están ahora bajo el mando de oficiales y generales de confianza"*⁵⁶⁴

⁵⁶¹ *Ibíd.*, pág. 28

⁵⁶² Parker, Dick, *El Chavismo: populismo radical y potencial revolucionario*, op. cit., págs. 24-6

⁵⁶³ Woods, Alan, *Los Marxistas y la Revolución Venezolana*, op. cit.

⁵⁶⁴ de Cházaro, Ernesto Fidel, op. cit., pág. 136

De cualquier manera, los peligros más evidentes para la revolución bolivariana no tienen porque provenir necesariamente de otro intento de golpe de Estado, aunque sea comprensible ese temor en América Latina, como apunta Heinz Dieterich⁵⁶⁵ al evocar otras posibilidades que pueden poner en graves dificultades al proceso, como es el caso de que Chávez tuviese que dejar de ejercer sus funciones de líder del proceso por diferentes razones, o que fallasen algunos de los apoyos fundamentales en América Latina como son Cuba, Brasil o Argentina.

Tercera diferencia. La principal fuente de riqueza de Chile, el cobre, estaba en manos de compañías norteamericanas, y el programa de la UP contemplaba de manera clara su traspaso a manos del Estado chileno. Esta medida fue tomada con rapidez por el nuevo gobierno popular y, además, fue utilizada la denominada doctrina Allende para calcular el monto final de las indemnizaciones a pagar. Esta situación ofrecía un motivo claro al que poderse agarrar el gobierno de EEUU para justificar una política agresiva ya decidida de antemano, y en la cual los motivos políticos y estratégicos eran de mayor peso que los económicos, pero menos fáciles de defender en la arena internacional e interna. Chile recuperó su principal fuente de ingresos y gran parte de su autoestima nacional al precio de ofrecer un flanco fácil a la ofensiva del imperialismo. Además, aunque existiese el mismo interés para el gobierno norteamericano en evitar el nacimiento de un nuevo foco independiente en América Latina como una alternativa de desarrollo autónomo, enfrentado al imperialismo y posible modelo para otros países de la región; en el caso chileno la hostilidad se agravaba por el hecho de definirse como socialista el nuevo modelo propuesto, y por la existencia de una competencia con la URSS que hacía aparecer a la experiencia chilena, fuese esa su intención o no, como una pieza de ajedrez en el tablero geoestratégico de la guerra fría.

Chávez también se ha enfrentado a la agresión imperialista, pero creemos que en condiciones más favorables, menos dramáticas a como tuvo que hacerlo el gobierno de Allende. Hay autores, como James Petras, que sostienen que la hostilidad estadounidense se basa más en motivos ideológicos que económicos y que dicha hostilidad tenderá a decrecer:

“Tras cinco años gobernando y tres importantes “confrontaciones de clase” es evidente que, al menos a escala del Gobierno, no ha habido ruptura en lo que respecta a las relaciones de propiedad o de clase, como tampoco la ha habido con los acreedores extranjeros, los inversores y los clientes del petróleo venezolano (...) Ni la derecha ni la izquierda han sabido reconocer las diferencias tácticas empleadas, de una parte, por un Washington dominado por la ideología y, de otra parte, por un Wall Street pragmático. La clase política estadounidense (tanto los republicanos como los demócratas, tanto la presidencia como el Congreso) ha estado activamente implicados en las amenazas, las intervenciones y el apoyo al destructivo lock-out, en el golpe violento, y ha buscado el fraude en el referéndum, a fin de expulsar a Chávez. Contrariamente, las principales compañías petroleras y los bancos estadounidenses y europeos han seguido manteniendo relaciones económicas estables y provechosas con el Gobierno venezolano (...) Las divergencias tácticas entre Washington y Wall Street probablemente se reducirán a medida que el Gobierno de Venezuela entre en una nueva fase de conciliación con Fedecámaras y Washington”⁵⁶⁶.

Otros autores, como Roberto Montoya⁵⁶⁷, coinciden en que, efectivamente, Chávez es “un líder sumamente incomodo para el Imperio estadounidense”, pero también que “no supone un riesgo ideológico, político y geoestratégico” como lo

⁵⁶⁵ Dieterich, Heinz, Venezuela. ¿Puede triunfar el socialismo del siglo XXI?, op. cit.

⁵⁶⁶ Petras, James, “El Presidente Chávez y el referéndum: mitos y realidades”, en Mirando a Venezuela, op. cit., págs. 65-7

⁵⁶⁷ Montoya, Robert, “Un líder incómodo para el Imperio”, en Mirando a Venezuela, op. cit., págs. 111-4

fueron otras experiencias revolucionarias anteriores en América Latina. El problema más grave para Washington sería que se trata de

“un presidente que da mal ejemplo: por su discurso antiimperialista, su política reformista, por su prohibición de productos transgénicos, por sus suministros de crudo a Cuba a cambio de formar allí a miles de sus médicos y recibir el apoyo de 10.000 médicos cubanos en Venezuela, por su intento de crear en América Latina una empresa petrolera independiente, Petroamérica, con los países que tienen petróleo y gas”.

Por el contrario, hay quienes opinan, como Philip Agee⁵⁶⁸, que el esfuerzo de la administración norteamericana por derrocar Chávez es importante y su estrategia está más cercana a la empleada para derrocar a los sandinistas que a Allende.

El programa de operaciones de Estados Unidos en Venezuela se habría iniciado ya con la administración Clinton y consiste

“en proveer dinero, capacitación, consejo y dirección a una amplia red de partidos políticos, ONG, medios de comunicación, sindicatos y empresarios, todos determinados a terminar con el proceso revolucionario bolivariano”.

En los 80, EEUU se propuso acabar con los sandinistas utilizando dos vías, la paramilitar de ayuda a la contra, y la electoral. La primera no pudo alcanzar sus objetivos, a pesar del daño humano y económico producido, en el campo de batalla; pero la segunda fue más fructífera para el imperialismo que consiguió derrotar a los sandinistas. Agee describe los mecanismos utilizados por el gobierno norteamericano después de los Acuerdos de Esquipulas en 1987 para su intervención electoral, las agencias utilizadas y el dinero empleado. En el caso nicaragüense se acumularon los efectos de una guerra sostenida por Estados Unidos durante diez años y su embargo económico con su intervención en las elecciones para lograr un resultado favorable.

Para este autor, la Administración Bush aplica una estrategia similar a la de Nicaragua contra Chávez con dos importantes diferencias, no promueve ni “una guerra terrorista a la escala de la contra”, ni un embargo económico. Pero denuncia la penetración y manipulación del proceso político venezolano realizados por las agencias de Estados Unidos.

Las dos ventajas que Chávez tiene a su favor en relación con los sandinistas son, de un lado, una economía favorable gracias a los ingresos del petróleo y, de otro, la ausencia de una guerra interna que aterrorice a la población y arruine la economía.

Cuarta diferencia. El contexto de la correlación de fuerzas a nivel internacional es absolutamente diferente. La experiencia chilena tiene lugar en un mundo bipolar, donde el imperialismo encuentra un freno en el denominado campo socialista. Pero no solamente existía esa relación de fuerzas, sino que la izquierda chilena emprende el gobierno popular en una convicción profunda de que vivía un período histórico caracterizado por el avance de las fuerzas socialistas a nivel mundial. Es discutible cuando menos pensar que para el caso chileno el campo socialista servía de retaguardia y apoyo efectivo para su avance al socialismo, como tuvimos ocasión de ver, pero, al menos, la fuerza de los sectores capitalistas e imperialistas aparecían factibles de derrotar.

El proceso venezolano se desarrolla, sin embargo, en unas condiciones muy diferentes. Ya se había producido el derrumbe del campo socialista y la desintegración de la Unión Soviética cuando Chávez intenta la insurrección militar

⁵⁶⁸ Agee, Philip, La intervención silenciosa de los EEUU contra la revolución bolivariana, <http://www.rebellion.org/noticia.php?id=18132>, (26 Julio 2005)

en 1992, y el neoliberalismo había desplegado triunfante sus postulados por el mundo en 1998, cuando gana la presidencia por medio de las elecciones.

Además, la derrota del sandinismo en las urnas en 1990 produjo un impacto profundo en la izquierda latinoamericana. Parte de la dirección sandinista concluyó que el ciclo de las luchas antiimperialistas había llegado a su fin en América Latina. El efecto fue que las expectativas revolucionarias se vieron fuertemente rebajadas, y no fueron pocos los antiguos dirigentes revolucionarios que se inclinaron por la vía socialdemócrata. En esas condiciones históricas una parte de la izquierda, una de cuyas portavoces intelectuales más cualificadas es Marta Harnecker⁵⁶⁹, sostiene que la estrategia política adecuada para dicho período histórico, caracterizado por la enorme fortaleza de las fuerzas conservadoras, es la lucha antineoliberal, entre cuyos objetivos a corto plazo no está la superación inmediata al capitalismo, objetivo irreal en la actualidad, sino la acumulación de fuerzas; tesis que no es compartida por otra parte de la izquierda, más radical, que sostiene que las tareas antineoliberales no son incompatibles con las anticapitalistas⁵⁷⁰.

La experiencia venezolana actual es interpretada por Marta Harnecker como coincidente con sus tesis, donde la principal tarea, hasta el momento, ha sido la de construir el sujeto revolucionario que sostenga a la revolución bolivariana y, donde la tarea de acumular fuerzas tiene uno de sus objetivos fundamentales en la construcción de una integración latinoamericana opuesta a la impulsada por Estados Unidos, y a la que se dirigen los esfuerzos de Chávez con el ALBA (Alianza Bolivariana de las Américas)

No obstante la desaparición del campo socialista, y con ello un supuesto apoyo frente a la agresión imperialista, Chávez cuenta con otras bazas importantes frente a Estados Unidos, como la revitalización de la OPEP, su importancia en el suministro de petróleo a ese país, la existencia en América Latina de posibles aliados como Lula o Kitscher o, más directamente afines como Castro o Morales.

Quinta diferencia, la estrategia para enfrentarse a la transformación que se pretende. En ambos casos el evento que desencadena el proceso transformador es similar, una victoria electoral en elecciones presidenciales. Ese momento inicial se asemeja, el ejecutivo pasa a manos de las fuerzas transformadoras mientras el resto de las instituciones y poderes se mantienen en manos de los partidarios del sistema a modificar: poder legislativo y judicial, medios de comunicación, poderes económicos, etc.. Si acaso una diferencia, en Chile las fuerzas transformadoras cuentan con el apoyo de los sindicatos, aunque la presencia de la DC en ellos es importante; mientras en Venezuela los sindicatos siguen bajo la influencia de la burocracia vinculada a AD y COPEI; por el contrario, en relación con las Fuerzas Armadas es más ventajosa la posición de Chávez que la de Allende.

Pero, a partir éste punto de partida similar, aparecen las divergencias de las trayectorias. En Chile el victorioso movimiento socialista en el gobierno se propone una transformación socialista (aunque hemos visto las profundas diferencias de estrategias al respecto) y centra sus esfuerzos en la inicial transformación de las estructuras económicas, lo que lleva al gobierno a un creciente enfrentamiento con los otros poderes del Estado e instituciones sociales que permanecen en manos de la burguesía, hasta llegar a una situación de bloqueo. Se rechaza un referéndum inicial sobrelegitimador por temor a provocar una temprana unificación de las fuerzas opositoras y, con ello, la posibilidad de una derrota prematura y bloqueante. Se

⁵⁶⁹ Harnecker, Marta, Una revolución sui géneris, op. cit., págs. 58-66

⁵⁷⁰ Se puede consultar como ejemplo la obra de Osvaldo Coggiola "América Latina siglo XXI. ¿Una revolución en marcha?", en www.rebelión.org

confía en producir cambios socio-económicos profundos que sirvan para acumular fuerzas con las que cambiar la institucionalidad. El resultado ya lo hemos analizado anteriormente.

En Venezuela, por el contrario, no hay un proyecto declarado de transformación socialista inicialmente, sino de cambio institucional para acabar con las prácticas de una democracia representativa corrupta que había aumentado enormemente las diferencias sociales en el país. El propio Chávez justifica esta estrategia:

*"La sociedad tiene tres tipos de estructuras(...)la estructura político-jurídica(...)la estructura económico-social(...)y la estructura ideológica(...)quien pretende transformar la realidad debe ser capaz entonces(...)de determinar cuál de esas tres estructuras es la más débil y por ahí hay que atacar(...) Nosotros usamos esta metodología para analizar la realidad venezolana y fue así como decidimos comenzar el ataque por la estructura jurídico-política, porque era la más débil de todas"*⁵⁷¹

Efectivamente, esta fue la estrategia exitosamente implementada por Chávez, su inmediata apelación a un referéndum para convocar una Asamblea Constituyente le permitió, posteriormente, transformar la estructura jurídico-institucional, aunque eso no le ahorraría, como en Chile, un virulento ataque de la oposición, incluido el golpe de Estado. Es decir, la sobrelegitimación que adquirió el proceso con la Constituyente, la nueva Constitución y la nueva reelección de los distintos poderes no sirvió de antídoto ni contra los intentos golpistas, ni para convencer a sus opositores, pues sistemáticamente los medios de comunicación nacional e internacionales en manos de la burguesía (la inmensa mayoría) contrarrestaban esa sobrelegitimación con la presentación de una imagen de "dictador" y "demagogo" del presidente Chávez. Así las cosas, el golpe de abril de 2002 fue abortado por una insurrección popular que consiguió arrastrar a sectores del ejército. Es difícil evaluar el papel que jugó la sobrelegitimación legal adquirida en esta reacción popular-militar, o la ascendencia el propio Chávez sobre las masas populares o sectores del ejército.

Inicio similar en ambos procesos, estrategias posteriores distintas, pero reacciones contrarrevolucionarias similares para hacerlos abortar. En Chile se proclamó la voluntad de realizar la revolución socialista de manera explícita, Allende la concibió, incluso, como el segundo modelo de transición al socialismo. En Venezuela, ¿hay en marcha una revolución?, explícitamente socialista, no. Pero Chávez defiende que si se trata de una revolución:

*"Ha habido un cambio en la estructura jurídico-política(...)la esencia de la estructura socio-económica del país hemos avanzado muy poco, pero es que esa estructura tiene una naturaleza diferente de la estructura jurídico-política. Si nosotros logramos cambiar la Constitución(...)y en dos años darle nacimiento(...)sería una ilusión pensar que en dos o tres años pudiésemos realizar cambios esenciales en la estructura socio-económica(...) Pero nuestra estrategia era otra: vamos a pulsar el botón de las transformaciones político-jurídica, llevemos la economía con calma(...).en el orden económico hemos avanzado poco pero estamos orientados correctamente. Si no fuera si no hubiese habido golpe aquí"*⁵⁷²

Los distintos actores y analistas que han reflexionado sobre la experiencia chilena se han referido a lo que consideraban diferentes errores cometidos en su transcurso, que habrían contribuido a su derrota final. Algunos de estos errores

⁵⁷¹ Harnecker, Marta, Hugo Chávez Frías, Un hombre, un pueblo, op. cit., pág. 26

⁵⁷² *Ibíd.*, pág. 51-2

parecen haber sido eludidos en el proceso venezolano, o, gracias a que ha dispuesto de oportunidades, corregidos en su transcurso. Si, como algunos han considerado, el iniciar las transformaciones en la esfera económica y no en la política-institucional en Chile fue un error, en Venezuela no se cometió tal error, pero aún no se han abordado las transformaciones económicas para ver el resultado.

La depuración en el ejército, y la política militar en general, parece ser otro error corregido en el caso venezolano tras la superación del golpe militar del 2002.

En el terreno de la lucha ideológica y los medios de comunicación parece existir, en la revolución bolivariana, una rectificación de errores iniciales, prestando mayor atención a este importante campo.

Pero persisten en el proceso venezolano algunas de las deficiencias y errores señalados para Chile. Es difícil evaluar si tienen la misma importancia para el devenir del proceso dadas las diferencias que les separan, pero, en cualquier caso, la experiencia chilena y sus reflexiones no debieran dejarse de lado por quienes tienen responsabilidades en la actual revolución bolivariana.

Vemos pues, que es posible hacer una comparación fructífera entre la experiencia chilena y el actual proceso que se desarrolla en Venezuela, pero también hemos podido comprobar que, dada la complejidad que envuelve a cualquier fenómeno revolucionario; que siempre muestra una peculiaridad propia que le hace diferente de cualquier precedente, la revolución bolivariana también tiene aspectos que la asimilan a otras experiencias como son la revolución de los claveles en Portugal, para el aspecto del papel del ejército y las masas, o, la experiencia sandinista, para el aspecto de la manera de intervenir el gobierno de Estados Unidos en el proceso electoral para favorecer la victoria de las fuerzas contrarrevolucionarias. No queremos dejar de mencionar en esta parte final a un autor que piensa que la comparación más fructífera de la revolución bolivariana no es con Chile, sino con Cuba⁵⁷³. Para ello resalta como similitudes los siguientes aspectos: las condiciones históricas favorables en que han tenido lugar; el dominio previo a la revolución de élites sin escrúpulos ni bases sociales sólidas; la existencia de líderes revolucionarios carismáticos que en ambos casos no se presentaron inicialmente como socialistas; igualmente faltó en el inicio una organización política adecuada; los dos líderes estimularon la participación activa del pueblo y, finalmente, las dos revoluciones fueron incitadas a avanzar por la agresión imperialista.

Entre las diferencias que la separan anota las siguientes: el papel más decisivo de Chávez en el avance del proceso; su menor talla revolucionaria respecto a Castro y su menor preocupación por las formas de discriminación racial y de género; y, el desarrollo más irregular de la revolución venezolana.

En cualquier caso, la revolución venezolana es un proceso y un debate abierto que no es el objeto principal esta obra.

En el contexto del presente estudio, la comparación entre las dos experiencias tiene como objeto iluminar las posibilidades de un proceso superador del capitalismo por la vía institucional. Que ello sea factible es algo que aún no ha sido corroborado por la historia, más allá de los argumentos teóricos aducidos en favor o en contra. La experiencia más emblemática de la historia, la chilena, fue derrotada hace más de 30 años, y hoy vuelve a plantearse nuevamente una experiencia de vía institucional ¿para superar en neoliberalismo?, ¿para alcanzar socialismo?. Desconocemos el resultado, pero hoy todos los que trabajan por una sociedad mejor la contemplan con la ilusión de que sirva de ejemplo para desbloquear las esperanzas que quedaron congeladas en estos tres últimos decenios.

⁵⁷³ de Cházaro, Ernesto Fidel, op. cit., pág. 137-40

ABREVIATURAS EMPLEADAS

AAB	Agenda Alternativa Bolivariana
AD	Acción Democrática
ALBA	Alianza Bolivariana de las Américas
ALCA	Acuerdo de Libre Comercio Americano
API	Acción Popular Independiente
APS	Área de Propiedad Social
ARS	Acción Revolucionaria Socialista
CERA	Cetros de Reforma Agraria
CI	Cordones Industriales
CIA	Central de Inteligencia Americana
COPEI	Comité de Organización Político Electoral Independiente
CORFO	Corporación de Fomento de la Producción
CTC	Confederación de Trabajadores de Chile
CTV	Confederación de Trabajadores Venezolanos
CUT	Central Única de Trabajadores
DC	Democracia Cristiana (PDC)
DS	Democráticos de Izquierda
DSN	Doctrina de Seguridad Nacional
FLN	Frente de Liberación Nacional
FOCH	Federación Obrera de Chile
FP	Frente Popular
FRAP	Frente de Acción Popular
FRENAP	Frente Nacional del Área Privada
FT	Frente de Trabajadores
FTR	Frente de Trabajadores Revolucionarios
IC	Internacional Comunista
IC	Izquierda Cristiana
IS	Internacional Socialista
JAP	Juntas de Abastecimiento y Control de Precios
MAPU	Movimiento de Acción Popular Unitaria
MAS	Movimiento Al Socialismo
MBR 200	Movimiento Bolivariano Revolucionario 200
MEP	Movimiento Electoral del Pueblo
MIR	Movimiento de Izquierda Revolucionaria
MPR	Movimiento de Pobladores Revolucionarios
MVR	Movimiento V República
NAP	Nueva Acción Política
OEA	Organización de Estados Americanos
OLAS	Organización Latinoamericana de Solidaridad
OPEP	Organización de Países Productores de Petróleo
OSPAAAL	Organización de Solidaridad para África, Asia y América Latina
PC	Partido Comunista de Chile (PC CH)
PCH	Partido Comunista de Chile (PC)

PCE	Partido Comunista de España
PCF	Partido Comunista Francés
PCI	Partido Comunista Italiano
PCUS	Partido Comunista de la Unión Soviética
PCV	Partido Comunista de Venezuela
PD	Partido Democrático
PDC	Partido Demócrata Cristiano (DC)
PDS	Partido Democrático de la Izquierda
PDVSA	Petróleos de Venezuela Sociedad Anónima
PIR	Partido de Izquierda Radical
PN	Partido Nacional
POS	Partido Obrero Socialista
PR	Partido Radical
PRS	Partido Radical Socialista
PS	Partido Socialista
PS CH	Partido Socialista de Chile
PSP	Partido Socialista Popular
PST	Partido Socialista de los Trabajadores
PUSP	Partido de Unión Socialista Popular
SD	Socialdemócratas
TS	Tribunal Supremo
UNT	Unión Nacional de Trabajadores
UP	Unidad Popular
URD	Unión Republicana Democrática
URSS	Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas

BIBLIOGRAFIA

- A. Vives, Pedro, "El Chile de Allende", Historia 16, Cuadernos del mundo actual, Nº 63. "Acción encubierta en Chile 1963-1973", Publicado en Internet por Equipo NIZKOR, <http://www.derechos.org/nizkor/chile/doc/encubierta.html>.
- Agee, Philip, "La intervención silenciosa de los EEUU contra la revolución bolivariana", <http://www.rebellion.org/noticia.php?id=18132>.
- Albert, Michael, "Hugo Chávez y la vía venezolana", Znet en español, <http://www.rcci.net/globalizacion/2005/fg570.htm>.
- Agurto Timoner, Irene, *Política y utopía en situaciones de crisis. El caso de Chile*, Tesis presentada en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociología de la Universidad Complutense de Madrid. <http://www.ucm.es/BUCM/tesis/19911996/S/1/S1022501.pdf>
- Allende, Salvador, *La revolución chilena*, Editorial universitaria de Buenos Aires, Argentina, 1973.
- _____, La "vía chilena al socialismo". Discurso ante el Congreso de la República 21 de mayo de 1971, <http://www.marxists.org/espanol/allende/21-5-71.htm>.
- _____, *El pensamiento económico del gobierno de Allende*, Editorial Universitaria, Santiago, 1971.
- Almeyda, Clodomiro. *Obras escogidas 1947-1992*. Compilador Guarani Pereda, <http://www.salvador-allende.cl/Biblioteca/Cam1.pdf>
- _____, "Dejar a un lado el ilusionismo electoral" (Punto Final Nº 42 del 22 de noviembre de 1967), en *La izquierda chilena vista por la izquierda*, recopilación de Christian Pérez
- _____, *Reencuentro con mi vida*, Ediciones del Ornitorrinco, Santiago, 1987
- _____, *Pensando a Chile*, Ed. Terranova, Santiago, 1986
- Alonso Daire, T., "La política del Partido Comunista desde la post-guerra a la Unidad Popular", en *El Partido Comunista en Chile. Estudio multidisciplinario*, Augusto Varas (comp.) Santiago: CESOC, 1988,, http://www.memoriachilena.cl/mchilena01/temas/documento_detalle.asp?id=M00016913
- Altamirano, Carlos, *Dialéctica de una derrota*, <http://www.salvador-allende.cl>
- _____, "Del discurso a los trabajadores de los Cordones Industriales" (*Chile Hoy*, Nº 57, 13 de julio de 1973), en *La izquierda chilena vista por la izquierda*, recopilación de Christian Pérez
- _____, "Carta a Luis Corvalán" (El Siglo, 15 de febrero de 1973), *La izquierda vista por la izquierda*, recopilación de Christian Pérez

- _____, "Reflexiones críticas sobre el proceso revolucionario chileno", <http://www.salvador-allende.cl/Cuadernos/Cuadernos3.pdf>.
- Álvarez Vallejos, Rolando, *Desde las sombras. una historia de la clandestinidad comunista (1973-1980)*, Tesis para optar al grado de Magister Artium, mención Historia. [http://jjcc.cl/biblioteca/libros/UNIVERSIDAD DE SANTIGO DE CHILE.zip](http://jjcc.cl/biblioteca/libros/UNIVERSIDAD_DE_SANTIGO_DE_CHILE.zip)
- Angell, Alan, *Partidos políticos y movimiento obrero en Chile*, Ed. Era, 1974
- Arrate, Jorge, *La fuerza democrática de la idea socialista*, Ediciones del Ornitorrinco, Santiago, 1985
- Arrate, Jorge y Rojas, Eduardo, *Memoria de la izquierda chilena. 1850-2000* http://cep.cl/Cenda/Cen_Documentos/Varios/J_Arrate/Libro_Arrate_Rojas
- Avendaño, Daniel y Palma, Mauricio, *El rebelde de la burguesía. Historia de Miguel Enríquez*, CESOC, Santiago, 2002
- Barria, Jorge, *Historia de la CUT*, Prensa Latinoamericana, Santiago, 1971
- Berlinguer, Enrico, *La cuestión comunista*, Ed. Fontamara, Barcelona, 1977.
- Bitar, Sergio, *Transición, socialismo y democracia. La experiencia chilena*, Siglo XXI Editores, México, 1979.
- _____, *Chile 1970-1973: Asumir La Historia Para Construir Un Futuro*, Pehuén, Santiago, 1995
- Bitar, Sergio y Pizarro, Crisóstomo, *La caída de Allende y la huelga de El Teniente*, Ediciones del Ornitorrinco, Santiago, 1986
- Bonilla-Molina, Luis y El Trudi, Haiman, *Historia de la revolución bolivariana*, <http://www.rebellion.org/docs/7333.pdf>.
- Bravo Covarrubias, Inma y Gascón i Martín, Felip, "Cristianismo y marxismo en Chile: Paradojas comunicacionales y espacios de convivencia", *Artículos/Artículos*, Volumen 3, N° 4, julio-agosto-septiembre 2002, http://www2.metodista.br/unesco/PCLA/revista12/artigos_2012-3.htm.
- Bruna, Susana, *Chile: La legalidad vencida*, Ediciones Era, México, 1976.
- Camú, Arnoldo, "Respuesta al PC" (*Punto Final* N° 162 18 de Julio de 1972), en *La izquierda chilena vista por la izquierda*, recopilación de Christian Pérez
- Cancino Troncoso, Hugo, *La problemática del poder popular en el proceso de la vía chilena al socialismo. 1970-1973*, Ed. Aarhus University Press, 1988.
- Castells, Manuel, *La lucha de clases en Chile*, Siglo XXI, Buenos Aires, 1974
- Cifuentes, Luis, *Kirberg, testigo y actor del siglo XX*, Santiago, 1993
- "Contribuciones para una historia del MIR. Algunos antecedentes del MIR", en *El MIR visto por el MIR*, recopilación de Christian Pérez, www.cepchile.cl/dms/archivo_3040_536/rev85_cperezparte3.pdf
- Corvalán, Luis. *De lo vivido y lo peleado. Memorias*, LOM Ediciones, Santiago de Chile, 1997

- _____, *El gobierno de Allende por dentro y por fuera*, http://cep.cl/Cenda/Cen_Documentos/Varios/J_Arrate/Libro_Arrate_Rojas
- _____, "Del discurso en el acto de masas del PC en el Teatro Caupolicán (11 de julio de 1973)", en *La izquierda chilena vista por la izquierda*, recopilación de Christian Pérez
- Corvalán Marquez, Luis. "Las tensiones entre la teoría y la práctica en el Partido Comunista en los años 60 y 70", en *Por un rojo amanecer. Hacia una historia de los comunistas chilenos*. http://www.memoriachilena.cl/mchilena01/temas/documento_detalle.asp?id=MC0016914
- _____, *Los partidos y el golpe del 11 de septiembre: contribución al estudio del contexto histórico*, Cesoc, Santiago, 2000
- de Cházaro, Ernesto Fidel, *Venezuela: Buscando la revolución bolivariana*, <http://www.rebellion.org/docs/30980.pdf>.
- del Pozo, José, *Rebeldes, reformistas y revolucionarios: una historia oral de la izquierda chilena en la época de UP*, Documentas, Santiago, 1992, ,
- Debray, Régis, *Conversación con Allende*, Siglo XXI Editores, México, 1971.
- Dieterich, Heinz, "Venezuela. ¿Puede triunfar el socialismo del siglo XXI?", <http://www.rebellion.org/noticia.php?id=18445>.
- Dirección de Industria y Comercio (DIRINCO) y Secretaría General de Distribución: "Marco de acción de las Juntas de Abastecimiento y control de Precios (JAP) (enero 1973)", en *La izquierda chilena vista por la izquierda*, recopilación de Christian Pérez
- Documento de marzo de 1974 del Comité Central del Partido Socialista de Chile, Cuadernos de orientación y pensamiento socialista, abril 2003, N° 2, <http://www.salvador-allende.cl>.
- Durán, Claudio, 'El Mercurio contra la Unidad Popular. Un ejemplo de propaganda de agitación en los años 1972 y 1973.', *Araucaria*, Cuarto trimestre 1982, N° 20
- Enríquez, Miguel, "Conferencia de prensa sobre los acontecimientos de Concepción", (*Punto Final*, N° 142, mayo de 1972), en *El MIR visto por el MIR*, recopilación de Christian Pérez
- Equipo periodístico de la revista Araucaria, "Sesenta años del Partido Comunista de Chile. Mesa redonda con su Comisión Política", *Araucaria*, Primer trimestre 1982, N° 17
- Farías, Víctor, (comp.), *La izquierda chilena (1969-1973): documentos para el estudio de su línea estratégica*, CEP, Berlín, 2000
- Faúndez, Julio, *Izquierda y democracia en Chile, 1932-73*, BAT, Santiago, 1992
- Fernandois, Joaquín. "¿Peón o actor? Chile en la guerra fría (1962-73)", http://www.cepchile.cl/dms/archivo_1150_300/rev72_fernandois.pdf.

- Furci, Carmelo. *The Chilean Communist Party and the Road to Socialism.*, Zed Books, London, 1984
- Garcés D., Mario, y Leiva F., Sebastián, "Perspectivas de análisis de la Unidad Popular. Opciones y omisiones", http://www.eco-educacionycomunicaciones.cl/Downloads/opciones_u_omisiones.pdf.
- Garcés, Joan E., *El Estado y los problemas tácticos del gobierno de Allende*, Siglo XXI Editores, México, 1974.
- _____, Chile. *El camino político hacia el socialismo*, Ariel, Barcelona.
- _____, *Allende y la experiencia chilena*, Ariel, Barcelona, 1976
- Garretón, Oscar Guillermo, "Discurso radical del 4 de agosto de 1973" (De Frente, N° 18, 10 de agosto de 1973), en *La izquierda chilena vista por la izquierda*, recopilación de Christian Pérez
- Garretón, Manuel Antonio y Moulián, Tomás, *La Unidad Popular y el conflicto político en Chile.*, Minga, Santiago de Chile, 1983.
- Garretón, Manuel Antonio y Moulián, Tomás, *Análisis coyuntural y proceso político. Las fases del conflicto en Chile. 1970-1973*, Editorial universitaria centroamericana EDUCA, Costa Rica, 1978.
- Gaudichaud, Frank, "Pensar las alternativas y el socialismo en la América Latina del siglo XXI", <http://www.rebellion.org/izquierda/040218gaudichaud.pdf>.
- _____, "La CUT, las luchas obreras y los Cordones Industriales en el período de la UP en Chile (1970-73)", <http://www.rebellion.org/docs/13779.pdf>.
- _____, *Poder Popular y Cordones Industriales*, LOM, Santiago, 2004
- Gazmuri, Jaime, "El MAPU y su papel en la campaña electoral" (*Punto Final* N° 99 3 de marzo de 1970), en *La izquierda vista por la izquierda*, recopilación de Christian Pérez
- http://www.cepchile.cl/cgi-dms/procesa.pl?plantilla=/base.html&contenido=documento&id_doc=1116,
- Giusti, J., *Organización y participación popular en Chile*, Flasco, Santiago, 1973
- Harnecker, Marta, *La lucha de un pueblo sin armas*, Septiembre 2003, <http://www.rebellion.org/harnecker/030912harnecker.pdf>.
- _____, *Hugo Chávez Frías. Un hombre, un pueblo*, http://www.nodo50.org/cubasi sigloXXI/politica/harnecker24_310802.pdf.
- _____, *Venezuela. Una revolución sui generis*, <http://www.rebellion.org/harnecker/harnecker240203.pdf>.
- _____, "Venezuela pos referendo: los nuevos desafíos", en *Mirando a Venezuela*.
- "Informe al Pleno del Comité Central del Partido Comunista de Chile de agosto de 1977", http://www.memoriachilena.cl/mchilena01/temas/documento_detalle.asp?id=M C0016916.

- “Informe Hinchey sobre las actividades de la CIA en Chile”, Publicado en Internet por Equipo NIZKOR, <http://www.derechos.org/nizkor/chile/doc/hinchey-e.html>.
- “Informe sobre la situación chilena elaborado por el Instituto de América Latina de la Academia de Ciencias de la URSS”, en *La izquierda chilena vista por la izquierda*, recopilación de Christian Pérez Jobet, Julio César. *El Partido Socialista de Chile*.
- Jobet, Julio César y Chelén Rojas, Alejandro, *Pensamiento teórico y político del partido socialista*, Quimantú, Santiago, 1972
- Jocelyn-Holt, Alfredo, *El Chile perplejo. Del avanzar sin transar a transar sin parar*, Planeta-Ariel, 1998
- Jorquera Tolosa, Carlos, *El chico Allende*, Bat, Santiago, 1990
- Kalfon, Pierre, *Allende. Chile: 1970-3*, Foca, Madrid, 1999
- Labarca Goddard, Eduardo, *El Chile de Corvalán, una entrevista de 27 horas*, Editorial Fontamara, Barcelona, 1975.
- _____ “El golpe por dentro”, *Araucaria*, Primer trimestre 1978, Nº 1
- Labrousse, Alain, *El experimento chileno ¿reformismo o revolución?*, Barcelona, Grijalbo, 1973
- Lazar, Marc, *Maisons Rouges*, Ed. Aubier, París, 1992.
- Lecciones de Chile, en *Marxismo Hoy*, Nº 5, Septiembre, 1998, Fundación Federico Engels, http://www.engels.org/marxismo/marxis5/mar_5_2.htm.
- Leiva, Sebastián, “El MIR y los Comandos Comunales: poder popular y unificación de la movilización social”, *Cyber Humanitatis*, Nº 30, Otoño 2004, http://www.cyberhumanitatis.uchile.cl/CDA/texto_simple2/0.1255.SCID%253D12517%2526ISID%253D494.00.html.
- Leiva, Sebastián, “El MIR y su inserción en el movimiento obrero: el Frente de Trabajadores Revolucionarios (FTR) y su relación con los Cordones Industriales”, *Cyber Humanitatis*, Nº 28, Primavera 2003, http://www.cyberhumanitatis.uchile.cl/CDA/texto_simple2/0.1255.SCID%253D6783%2526ISID%253D374.00.html.
- Leiva, Sebastián y Neghme, Fahra, *La política del MIR durante la Unidad Popular y su influencia sobre los obreros y pobladores de Santiago*, Tesis para optar al grado de Licenciado en Educación en Historia y Geografía, http://www.archivochile.com/Archivo_Mir/Mir_libros_sobre/mirlibros0001.pdf.
- Loyola, Manuel y Rojas, Jorge (compiladores), *Por un rojo amanecer. Hacia una historia de los comunistas chilenos.*, Impresora Vals, Santiago, 2000
- M. Kramer, Andrés, *Chile, historia de una experiencia socialista*, Ediciones Península, Barcelona, 1973
- MAPU, “Informe de la Comisión Política al Partido. El período octubre 1972 – marzo 1973 y las perspectivas futuras”, en *La izquierda chilena vista por la izquierda*, recopilación de Christian Pérez

- Marín, Germán, *Una historia fantástica y calculada : La CIA en el país de los chilenos*, México, Siglo XXI, 1976
- Martner, Gonzalo, “La dirección económica durante el gobierno de Allende”, *Araucaria*, Nº 12, 4º trimestre 1980.
- Martner, Gonzalo (ed.). *El pensamiento económico del gobierno de Allende.*, Editorial Universitaria, Santiago, 1971.
- Mauro Marini, Ruy, “Dos estrategias en el proceso chileno”, http://www.marini-escritos.unam.mx/013_transicion_es.htm
- _____, “La pequeña burguesía y el problema del poder”, http://www.marini-escritos.unam.mx/010_pburguesia_es.htm.
- _____, *El reformismo y la contrarevolución. Estudios sobre Chile*, Era, México, 1976
- Medina, Medófilo, Chávez y la globalización, *Rev. Venez. de Econ. y Ciencias Sociales*, 2001, vol. 7 nº 2 (mayo-agosto), http://www.revele.com.ve/revistas.php?rev=revista_venezolana_de_economia_y_ciencias_sociales
- Millas, Orlando, “La economía chilena en los años de Allende”, *Araucaria*, Nº 5, Primer trimestre 1979
- _____, *La alborada democrática en Chile. Memorias. Tomo IV. Una digresión*, Chile-América, 1996
- MIR, MIR. *Dos años en la lucha de la resistencia popular del pueblo chileno. 1973-75*, Ed. ZERO, Madrid, 1975.
- MIR (Secretariado Nacional), “El MIR y las elecciones presidenciales”, (*Punto Final* Nº 104 del 12 de mayo de 1970), en *El MIR visto por el MIR, Primera Parte*, recopilación de Christian Pérez, www.cepchile.cl/dms/archivo_3040_536/rev85_cperezparte1.pdf
- MIR, “Documento interno sobre el resultado electoral, septiembre 1970”, en *El MIR visto por el MIR, Primera Parte*, recopilación de Christian Pérez
- MIR (Secretariado Nacional). “Carta al PS apoyando a sus candidatos”, en *La izquierda chilena vista por la izquierda*, recopilación de Christian Pérez
- MIR, “Informe de la Comisión Política al Comité Central restringido sobre la crisis de octubre y nuestra política electoral”, en *El MIR visto por el MIR*, recopilación de Christian Pérez
- MIR (Secretariado Nacional), “Carta al Partido Socialista apoyando a sus candidatos” (*Punto Final* Nº 176, 30 de enero de 1973), en *El MIR visto por el MIR*, recopilación de Christian Pérez
- Miranda, Nicolás. *Historia Marxista del Partido comunista de Chile (1922-1973)*, http://www.clasecontraclase.cl/libro_PC.php
- Mires, Fernando, *La rebelión permanente. Las revoluciones sociales en América Latina*, Siglo XXI, México

- Mistral, Carlos, *Chile: del triunfo popular al golpe fascista - economía y política de la Unidad Popular*, Ediciones Era, México, 1974
- Montoya, Robert, "Un líder incómodo para el Imperio", en *Mirando a Venezuela*.
- Moulian, Tomás, *Conversación interrumpida con Allende*, LOM, Santiago, 1990
- _____, *La forja de ilusiones. El sistema de partidos 1932-73*, ARCIS-FLACSO, Santiago, 1993,
- Moulian, Tomás y Torres D., Isabel. "¿Continuidad o cambio en la línea política del PC CH?", en *El Partido Comunista en Chile. Estudio multidisciplinario*, Augusto Varas (comp.) Santiago: CESOC, 1988, http://www.memoriachilena.cl/mchilena01/temas/documento_detalle.asp?id=M0016918
- Naranjo Sandoval, Pedro, *Biografía de Miguel Enríquez*, <http://home.bip.net/ceme/>
- Novoa Monreal, Eduardo, *¿Vía legal hacia el socialismo?, el caso de Chile, 1970-1973*, Jurídica Venezolana, Caracas, 1978
- Ottone, Ernesto, *Hegemonía y crisis de hegemonía en el Chile contemporáneo (1970-1983)*, Lar, Madrid, 1984
- Palieraki, Eugenia, "Las manifestaciones callejeras y la experiencia de la Unidad Popular (1970-3)", *Pensamiento Crítico*, N° 3, 2003, http://www.pensamientocritico.cl/upload/est/est_031124115355_35.pdf
- Parker, Dick, "¿Representa Chávez una alternativa al neoliberalismo?", *Rev. Venez. de Econ. y Ciencias Sociales*, 2003, vol. 9, n° 3 (mayo-agosto), http://www.revele.com.ve/revistas.php?rev=revista_venezolana_de_economia_y_ciencias_sociales
- _____, "El Chavismo: populismo radical y potencial revolucionario", en *Rev. Venez. de Econ. y Ciencias Sociales*, 2001, Vol 7, N° 1 (enero-abril), http://www.revele.com.ve/revistas.php?rev=revista_venezolana_de_economia_y_ciencias_sociales
- Pastrana, E. y Threfall, M., *Pan, techo y poder. El movimiento de pobladores en Chile (1970-3)*, Siap-planteos, Buenos Aires, 1974
- Petras, James, "El Presidente Chávez y el referéndum: mitos y realidades", en *Mirando a Venezuela*.
- Petras, James F., and Morris Morley. *The United States and Chile: Imperialism and the Overthrow of the Allende Government.*, Monthly Review Press, New York, 1975.
- Pinto Vallejos, Julio (coordinador editor), *Cuando hicimos historia: La experiencia de la Unidad Popular*, LOM, Santiago de Chile, 2005
- Piper, Stuart, "Revolución en la revolución", <http://www.rebellion.org/noticia.php?id=20364>.
- Politzer, Patricia. *Altamirano*, Melquiades, Santiago, 1990.

- Pozo, José del, *Rebeldes, reformistas y revolucionarios*, Ed. Documentas, Santiago, 1992
- Prats González, Carlos. *Memorias: Testimonio de un soldado*, Pehuén, Santiago, 1985.
- “Programa básico del gobierno de la Unidad Popular”, Centro de Estudios Bicentenario Chile 1810-2020, www.bicentenariochile.cl.
- PS (Regional Cordillera – Santiago), “Definir e impulsar una política revolucionaria”, en *La izquierda chilena vista por la izquierda*, recopilación de Christian Pérez
- PS (Regional Cordillera-Santiago), “Definir e impulsar una política revolucionaria. Documento con ocasión del 40 aniversario del PS” (marzo de 1973), en *La izquierda chilena vista por la izquierda*, recopilación de Christian Pérez
- PS (Comité Central), “Informe a los militantes sobre el paro patronal. Documento confidencial interno (19 de octubre de 1972)”, en *La izquierda chilena vista por la izquierda*, recopilación de Christian Pérez
- PS y PC, “Propósitos de ofensiva política (octubre de 1972)”, en *La izquierda chilena vista por la izquierda*, recopilación de Christian Pérez
- Quiroga, Patricio (ed.). *Salvador Allende: Obras escogidas, 1970-1973*, Editorial Crítica, Barcelona, 1989.
- Ramírez Necochea H., *Origen y formación del Partido Comunista de Chile*, Progreso, Moscú, 1984
- Rebolledo, Marcela y Ortega, Diego, “El Estado militar: La difícil ruta hacia la democracia”, Santiago, enero 2002, www.rebellion.org/chile/030904rebolledo.pdf.
- Rodríguez Elizondo, José, *Crisis y renovación de las izquierdas. De la revolución cubana a Chiapas, pasando por el caso chileno*, Andrés Bello, Santiago, 1995
- Rojas, Robinson, “Las Fuerzas Armadas chilenas (III). El informe de los yanquis sobre las Fuerzas Armadas chilenas”, <http://www.purochile.org/>.
- _____, “Las Fuerzas Armadas chilenas (I). El papel de los militares en el gobierno UP”, <http://www.purochile.org/>.
- _____, *Estos mataron a Allende*, Ediciones Martínez Roca, Barcelona, 1974
- Roxborough, Ian; O'Brian, Phill; Roddick, Jackie, *Chile: State and Revolution*, Macmillan, London, 1977
- Samaniego M., Augusto, “Octubre rojo: fulgor y agonía de la ‘unidad de los trabajadores’”, <http://www.clasecontraclase.cl/scripts/documentos-descargar.php?id=42>.
- Sánchez Rodríguez, Jesús, *Teoría y práctica democrática en el PCE (1956-82)*, Fundación de Investigaciones Marxistas, Madrid.
- Seguel-Boccaro, Ingrid, *Les passions politiques au chili durant l'Unité Populaire, 1970-73*, ed. De l'harmattan, París, 1997

- Silva, Miguel, *Los cordones industriales y el socialismo desde abajo*, Santiago, 1998
- _____, *Los partidos, los sindicatos y Clotario Best, Mosquito*, Santiago, 2000
- Smirnow, Gabriel, *La revolución desarmada. Chile 1970-1973*, Era, México
- Steinsleger, José, “El mensaje de la revolución bolivariana”, en *Mirando a Venezuela*.
- Tapia, Jorge, “Informe al Pueblo sobre las conversaciones con la DC”, en Cristian Pérez, *La izquierda chilena vista por la izquierda*.
- Tieffenberg, David, *Cuatro revoluciones en América Latina*, 7x7 edicions, Barcelona, 1977
- Timossi, Jorge, *Grandes alamedas, el combate del presidente Allende*, Editorial de ciencias sociales, La Habana, 1974
- Torres López, Juan y Montero Soler, Alberto, “¿Ha hundido Chávez la economía venezolana”, en *Mirando a Venezuela*, Ed. Hiru, Hondarribia, 2004.
- Touraine, Alain, *Vida y muerte del Chile popular*, Siglo XXI Editores, México, 1974.
- Uliánova, Olga, “La Unidad Popular y El golpe militar en Chile: Percepciones y Análisis Soviéticos”, http://www.cepchile.cl/dms/archivo_1120_349/rev79_ulianova.pdf.
- Valenzuela, Arturo, *El quiebre de la democracia en Chile*, FLACSO, Santiago, 1989
- Valenzuela, Humberto, *Historia del movimiento obrero chileno*, POR, Santiago, 1972
- Varas, Augusto (compilador), *El Partido Comunista en Chile. Estudio multidisciplinario*, CESOC, Santiago de Chile 1988
- Vargas, Luis, (MIR), “La formación del área social: del programa de la UP a la lucha de clases” (*Marxismo y revolución*, Santiago, 1973), en *El MIR visto por el MIR*, recopilación de Christian Pérez
- Vega Contreras, Luis, *La caída de Allende. Anatomía de un golpe de Estado.*, Publicado en Internet por Rebelión.org
- Vitale, Luis. *Interpretación marxista de la historia de Chile*, Tomo VI, http://mazinger.sisib.uchile.cl/repositorio/lb/filosofia_y_humanidades/vitale/obras/sys/bchi/a/t6.pdf
- _____, *Interpretación marxista de la historia de Chile*, Tomo VII, http://mazinger.sisib.uchile.cl/repositorio/lb/filosofia_y_humanidades/vitale/obras/sys/bchi/a/t7.pdf.
- _____, *Intervenciones militares y poder fáctico en la política chilena (de 1830 al 2000)*, Santiago 2000., http://mazinger.sisib.uchile.cl/repositorio/lb/filosofia_y_humanidades/vitale/obras/sys/bchi/j.pdf.
- Vuskovic, Pedro, *Una sola lucha*, Ed. IEPALA, Madrid, 1978.
- _____, “La política económica de la transición al socialismo”, en *La izquierda chilena vista por la izquierda*, recopilación de Christian Pérez
- Winn, Peter, *Tejedores de la revolución*, LOM, Santiago, 2004
- Witker, Alejandro, *El partido socialista de Chile*. Archivo Salvador Allende, México, 1990

- _____, *Historia documental del PSCH. 1933-1993. Socialismo y nación. Socialismo y mundo*, Archivo Salvador Allende, Concepción, 1993
- Wilpert, Gregory, “Colisión en Venezuela”,
<http://www.newleftreview.net/PDFArticles/Spanish/NLR25505.pdf>.
- Woods, Alan, “Los Marxistas y la Revolución Bolivariana”,
<http://venezuela.elmilitante.org>.
- _____, “La estupidez sectaria y la revolución bolivariana”.
<http://www.rebellion.org/noticia.php?id=3134>.



Información disponible en el sitio ARCHIVO CHILE, Web del Centro Estudios “Miguel Enríquez”, CEME: <http://www.archivochile.com> (Además: <http://www.archivochile.cl> y <http://www.archivochile.org>). Si tienes documentación o información relacionada con este tema u otros del sitio, agradecemos la envíes para publicarla. (Documentos, testimonios, discursos, declaraciones, tesis, relatos caídos, información prensa, actividades de organizaciones sociales, fotos, afiches, grabaciones, etc.) Envía a: archivochileceme@yahoo.com y ceme@archivochile.com

NOTA: El portal del CEME es un archivo histórico, social y político básicamente de Chile y secundariamente de América Latina. No persigue ningún fin de lucro. La versión electrónica de documentos se provee únicamente con fines de información y preferentemente educativo culturales. Cualquier reproducción destinada a otros fines deberá obtener los permisos que correspondan, porque los documentos incluidos en el portal son de propiedad intelectual de sus autores o editores. Los contenidos de cada fuente, son de responsabilidad de sus respectivos autores, a quienes agradecemos poder publicar su trabajo. Deseamos que los contenidos y datos de documentos o autores, se presenten de la manera más correcta posible. Por ello, si detectas algún error en la información que facilitamos, no dudes en hacernos llegar tu [sugerencia / errata](#)..